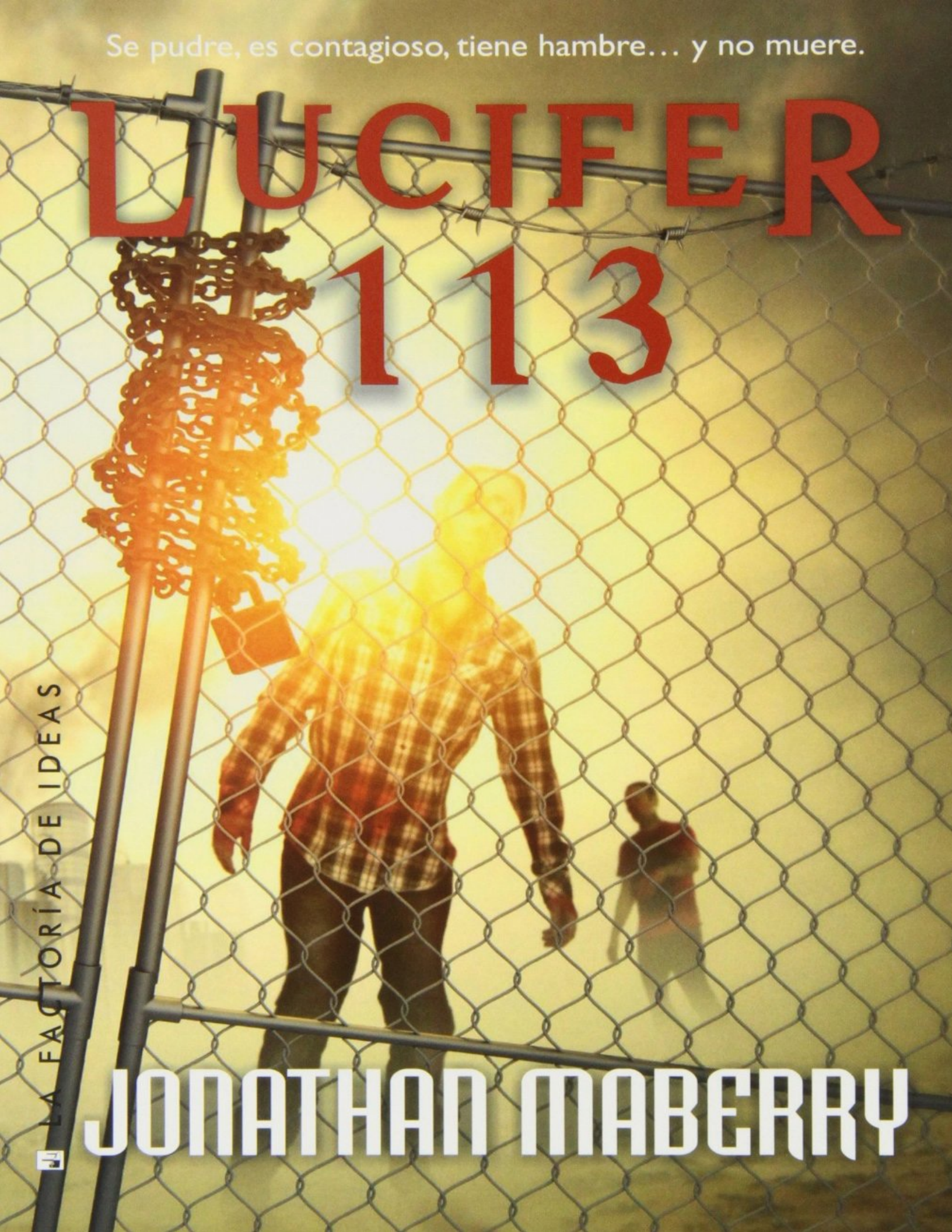
Se pudre, es contagioso, tiene hambre… y no muere.

LUCIFER 113



LA FACTORÍA DE IDEAS

JONATHAN MABERRY

El doctor Herman Volker ha estado investigando una nueva fórmula. Quién mejor para probarla que el desalmado asesino en serie Homer Gibbons. Donde muchos ven una merecida pena de muerte por inyección letal, Volker ve una oportunidad de hacer justicia. Le inyecta a Gibbons el fármaco que hará que mantenga la conciencia mientras su cuerpo se pudre en la tumba. Desgraciadamente, nada sale según lo planeado. En vez de ser enterrado en la prisión, llevan al asesino al cementerio de una pequeña ciudad de Pensilvania. Y toda sustancia experimental tiene efectos secundarios imprevistos… El criminal despierta antes de que lo entierren. Está hambriento. Infectado. Y es contagioso. Cuando la agente Dez Fox llega al camposanto, solo encuentra un par de cuerpos a medio masticar y una bolsa para cadáveres… vacía.

Jonathan Maberry

Lucifer 113

ePub r1.0

patrimope 03.07.14

Título original: *Dead of Night*
Jonathan Maberry, 2011
Traducción: Isabel Blanco González
Diseño de cubierta: James Thew

Editor digital: patrimope
ePub base r1.1



Dedicado a George A. Romero,
por levantar a los muertos.

Y como siempre, a Sara Jo.

Agradecimientos

Quiero agradecer a ciertas personas magníficas su contribución a la investigación y elaboración de esta novela tanto por la información sumamente valiosa que me proporcionaron como por su consejo y ayuda. Los citaré sin ningún orden en particular: Michael Sicilia, director de relaciones públicas del Programa de Evaluación y Entrenamiento en Seguridad de California; detective Joe McKinney, del Departamento de Policía de San Antonio; Mike Watt y Amy Lynn Best, cineastas; Rodney Jones, Tim Hanner, C. J. Lyons, Scott Michaleas, Colin Madrid, Tony Faville, Laura Freed, Tonia Brown, Lisa McLean; Carl Zimmer, parapsicólogo; doctor Wade Davis, etnobotánico; Mike Harris, fisiólogo comparativo; doctor John Cmar, profesor de medicina del The Johns Hopkins University School of Medicine y especialista en enfermedades infecciosas del Hospital Sinaí de Baltimore, Maryland; doctor Richard Tardell, especialista en emergencias retirado, y Jeff Strauss, gurú del ordenador.

Como siempre, gracias a mi agente Sara Crowe; a mi editor Michael Homler; a Joseph Goldschein, M. J. Rose, Don Lafferty, Doug Clegg y a Sam West-Mensch.

Gracias también a mis buenos amigos del Horror Writers Association («Asociación de Escritores de Terror»), del International Thriller Writers («Club Internacional de Escritores de Thrillers»), del Mystery Writers of America («Asociación de Escritores de Misterio de América») y del Liars Club («Club de los Mentirosos»).

Y por último, gracias a los ganadores del concurso I Need to Be a Zombie in Dead of Night («Quiero ser un zombi en *Lucifer 113*»): Shane Gericke, Sheldom Higdon, Nick Pulsipher, Wrenn Simms, Kealan Patrick Burke, Michael McGrath, Andy Diviny, Jillian Weiner, Byron Rempel, Elisabeth Donald, Peggy Sullivan y Paul Scott.

Primera parte

Hombres huecos

Todo asunto humano se tuerce cuando pretende curarse con el mal.
—Sófocles

1

Así es como acaba el mundo.

2

Estado de Transición Hartnup
Condado de Stebbins, Pensilvania

Estaba convencido de que se estaba muriendo. Era tal como él había imaginado que sería la muerte.

Fría.

La oscuridad descendía lentamente sobre las aristas de los objetos. Como si las sombras ocultas tras los armarios y debajo de las mesas se fueran filtrando para invadirlo todo. Sin dolor.

Esa era la parte extraña. Lee Hartnup soñaba a menudo con la muerte, pero en sus sueños siempre había dolor. Huesos rotos. Heridas de bala. Cortes profundos de navaja.

En cambio esto… no era doloroso.

Ya no. No después del primer mordisco.

Había sentido ese instante único de agonía, pero a su manera también había sido bello. Era un dolor tan intenso que rebosaba pureza. Estaba más allá de cualquier otra experiencia, y eso que Hartnup había tratado de imaginárselo muchas veces. Junto a la gente silenciosa con la que trabajaba. La gente hueca, carente de vida.

La policía y los enfermeros de las ambulancias le habían mostrado todo tipo de dolor. Deshumanización, palizas. Aplastamientos en accidentes de tráfico. Suicidios, asesinatos. Hasta los viejos de las residencias, que todo el mundo cree que mueren tranquilamente durante el sueño. Hartnup sabía que esos también experimentaban dolor. Para unos se trataba de la voracidad roedora del cáncer; para otros del dolor psíquico, fruto de la eliminación de los recuerdos por parte del escalpelo odioso del alzhéimer. Había dolor para todos. Era la moneda para pagar al barquero.

Hartnup sonrió al pensarlo. A pesar del momento. Por algo que había dicho su padre una vez, allá por los días en los que era el director de la funeraria y Lee era su ayudante. El viejo John Hartnup había sido un hombre poético. Sin sentido del humor, pero dado a la metáfora y a los símiles. Había sido él quien había comenzado a llamar «hombres huecos» a los cuerpos de la sala fría. Bueno; hombres y mujeres huecas, hablando en términos políticamente correctos. Gente cuyo soplo vital sagrado los había abandonado por una rendija cualquiera por las que se cuela el dolor.

Hartnup mismo sentía en ese momento cómo su propio soplo vital sagrado trataba de abandonarlo en pos de la libertad. Ese soplo, ese aliento, era lo único cálido que le quedaba. Una burbujita de aire moribundo en los pulmones que no tenía por dónde salir. Su garganta no estaba en condiciones de exhalar ese último aliento. Así que no se produciría el estertor de la muerte, cosa que le hacía gracia como profesional. Lo oiría el empleado de la funeraria a la que lo llevaran cuando preparara su cuerpo.

Aunque por supuesto no sería el director de la funeraria. Primero se ocuparía el forense. Después de todo había sido asesinado.

Si es que podía llamarse asesinato.

Hartnup observó cómo esa oscuridad líquida invadía la sala.

¿Se trataba de un asesinato?

El hombre… el asesino… jamás sería acusado.

¿Cómo iban a acusarlo?

Y si llegaban a hacerlo… ¿cómo sería?

Era confuso.

Sentía deseos de gritar y de pedir calor, pero naturalmente no podía. No con lo poco que le quedaba de garganta.

Era una lástima. Estaba convencido de que habría podido emitir al menos un grito bestial. Como los de sus sueños. La mayoría de sus sueños terminaban con un grito. Por eso generalmente se despertaba por las noches. Era la razón por la que lo había abandonado su mujer al final. Ella había tolerado el hecho de que él trabajara con muertos todo el día y comprendía que eso le produjera pesadillas. Pero después de ocho años había sido incapaz de seguir soportando las interrupciones constantes del sueño dos o tres noches por semana. Primero usó tapones para los oídos. Después dormitorios separados. Y por último separación de las vidas.

Se preguntaba qué pensaría ella de esto.

No simplemente de su muerte, sino de su asesinato.

Oyó un ruido y quiso girar la cabeza. No pudo.

Tenía desgarrados los músculos de la nuca. También los dientes y las uñas. Pero ya no podía sentir el dolor de las heridas. Hasta el frío se disipaba. Su cuerpo era una isla remota, separada de su mente por un millón de kilómetros.

Ruido otra vez. Primero un repiqueteo de metal y después el cántico del instrumental al caer sobre las baldosas del suelo. Pinzas de sujeción, agujas y herramientas diversas. Utensilios que él ya no volvería a usar.

Cosas que otros utilizarían con él en unos días.

Se preguntaba quién prepararía su cuerpo para el ataúd. Probablemente el imbécil de Lester Sevoy, de Bordentown.

Otro golpe. Después ruido. Como de pisadas, pero algo no encajaba. Eran pasos torpes, inconexos. Como los de un borracho que se tambalea a tientas por un bar.

No obstante, Lee Hartnup sabía que no era un borracho.

Aunque tampoco tenía un nombre con el que llamarlo.

Bueno… eso no era del todo cierto.

Se trataba de un hombre hueco.

La sala parecía más oscura en ese momento. Las sombras se cernían sobre él como si estuviera en una bolsa de cadáveres y alguien cerrara la cremallera con él dentro.

Un símil. A papá le habría gustado.

Hartnup notó que su cuerpo se estremecía. Captó la vibración, pero no sintió de hecho la sensación. Costaba comprenderlo. Sabía que su carne vibraba porque le temblaba la visión, pero no sentía ni los escalofríos ni la sensación de arrugársele la piel, y tampoco notaba que el frío fuera más intenso. Y sin embargo la vibración estaba ahí. El temblor.

Se preguntó qué sería. Era algo tan violento que por un momento pensó que su cuerpo comenzaría a convulsionarse. Pero eso habría afectado a su visión, y no obstante su vista seguía siendo la normal en la oscuridad.

Ladeó la cabeza, pese a su cuello destrozado, y se maravilló de conservar todavía la suficiente integridad estructural como para hacerlo con tanta brusquedad.

Entonces, de pronto, Lee Hartnup comprendió qué estaba sucediendo.

No se trataba de escalofríos. De hecho la sensación de frío casi había desaparecido. Lo abandonaba conforme se intensificaba la oscuridad. Tampoco eran convulsiones. El movimiento no era el resultado ni del esfuerzo de sus músculos, ni de la agitación nerviosa. Se debía a agentes externos por completo.

Alguien lo sacudía.

No… alguien se ocupaba de él, esa era la palabra. Igual que un terrier se ocupa de una rata.

Eso era lo que estaba ocurriendo.

Y no obstante no era eso… Porque no era como si un perro de caza intentara romperle el cuello a un roedor. No… se trataba de otra cosa. A pesar de la oscuridad, Hartnup se daba cuenta de que algo iba terriblemente mal. No podía sentir los dientes

agarrándolo y sujetándolo. Estaba más allá de toda posible sensación de presión o de dolor. No le quedaba más que el movimiento agresivo del cuerpo y el cabeceo incontrolable producido por el hombre hueco que le mordía y lo desgarraba a pedazos.

El frío había desaparecido. La oscuridad se cernía sobre él, le ocultaba toda la luz. Desapareció hasta la visión vibrante. Hartnup sintió cómo moría.

Porque sabía que estaba muerto.

Y eso lo aterrorizaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Más que el hombre de la camilla. Más que el hecho de ver a ese hombre abrir los ojos. Más que el primer mordisco horrible. Más que el frío y la oscuridad. Más que el hecho de saber que alguien lo estaba devorando.

Sabía que estaba muerto.

Lo sabía.

¡Dios del cielo!

Porque ¿cómo podía estar muerto… y saberlo? Hubiera debido de ser un cadáver. Solo eso. Carente de vida, carente de toda conciencia y de toda sensación.

Sin embargo, lo que le sucedía era algo que jamás había imaginado, algo con lo que jamás había soñado. Algo que estaba tan mal que su mente era un puro alarido.

Esperó a que llegara la nada en esa oscuridad. Habría sido un alivio.

Esperó.

Rezó.

Gritó sin voz.

Pero no se convirtió en un cadáver.

Se convirtió en un hombre hueco.

3

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono en esta mañana fresca y despejada de noviembre. Transmitiendo para ustedes en directo por las dos fuentes, por radio desde radio Wahora y por la red. Su fuente informativa de noticias, deportes, el tiempo, el tráfico y la música. Transmitimos las noticias a la media, así que tenemos tiempo para asomarnos a la ventana a ver qué nos prepara la madre naturaleza… ¡Y vaya lo enfadada que está hoy! Parece que ya podemos ir despidiéndonos del sol, porque se nos viene encima una tormenta procedente de Ohio. De momento anoche aparcó en Pittsburgh, pero ya ha azotado Three Rivers con algo más de cinco centímetros de agua por metro cuadrado. Vamos, que no se han mojado por los pelos. ¡Ay…! Eso de mojarse por los pelos me recuerda a mi primer marido.

Ruido de bombo y platillos.

—Esta tormenta viaja despacio, así que no veremos las primeras gotas hasta última hora de hoy. Se registran vientos constantes de cuarenta y ocho kilómetros por hora con picos que llegan a los ochenta. Abrochaos el abrigo, chicos, que esta va a ser de las buenas.

4

Cámping de caravanas «Dulce Paraíso»
Condado de Stebbins, Pensilvania

Hay días en los que nos levantamos con la sensación de que todo va ir de mal en peor. Lo captamos en cuanto sacamos el pie de la cama y lo plantamos de lleno, desnudo, sobre un vómito helado. Pero incluso en ese momento, cuando sentimos esa sensación viscosa y desagradable, sabemos que las cosas pueden ir mucho peor.

Desdemona Fox intuía que ese iba a ser uno de esos días. Era experta en el tema, y aquel día prometía ser un clásico de los malos.

El vómito pertenecía a la mierda de inquilino de una de las caravanas, un pedazo de cuerpo espectacular de cabellera larga, sin cerebro, que yacía despatarrado en el suelo con la pierna morena sobre el borde de la cama. Dez se incorporó y lo miró desde arriba. Su aspecto seguía siendo de toma pan y moja incluso a la luz cruda e implacable del amanecer, pero la barba incipiente, el vómito y el condón usado que tenía pegado al muslo izquierdo desvanecían por completo esa imagen de Eros, de dios del amor, de la noche anterior. Menos mal que había vomitado sobre sus propios pantalones en lugar de en la alfombra.

—Jódete —le soltó Dez.

Solo que en lugar de una palabra más bien le salió un croar ronco. Tosió, se aclaró la garganta y volvió a intentarlo. La segunda vez lo dijo con un tono de voz más fuerte y con un poco menos de flema, pero igualmente sin entusiasmo y sin autoridad.

Dez levantó el pie, luchó contra el impulso de echar ella también la pota y miró a su alrededor con el propósito de buscar algo con lo que limpiarse que no fuera suyo. No vio nada, así que se limpió el pie sobre la cadera del dios Amor.

—Jódete —repitió.

Esa vez sonó mejor.

Se levantó y caminó a la pata coja sobre el talón para evitar manchar la alfombra. La caravana que tenía alquilada era doble y no tenía ganas de perder la fianza que le había dado al gilipollas de Rempel solo por una mancha en la alfombra. Entró en el baño, abrió el grifo de la ducha y puso el agua a tal temperatura que podría haber servido para hervir una cacerola entera de cangrejos de los de caparazón grueso. Se quitó la camiseta con la que había dormido. Era una Pearl Jam de estilo vintage que

sin duda había visto días mejores. Dez tomó aliento y lo retuvo antes de meterse bajo el grifo de la ducha, pero perdió el equilibrio y se dio en la barbilla con el borde de la bañera.

Juró bajo la lluvia de agua hirviendo y perjuró mientras se enjabonaba el pelo con champú. Y siguió lanzando juramentos cuando se terminó el agua caliente.

Entonces sí que juró, pero a voz en grito y con verdadera rabia, mientras bailaba bajo el agua helada y trataba de aclararse el champú. Rempel le había asegurado que había arreglado el calentador del agua. Se lo había jurado por sus hijos. Dez se acordaba de él pletórica de ira casi todos los días, pero aquel día no le cabía duda de que habría podido volarle la tapa de los sesos sin el menor rastro de arrepentimiento.

Se secó el pelo y trató de recordar el nombre del pastelito de carne despatarrado en el suelo.

¿Billy?, ¿Bart?, ¿Brad?

Empezaba por be.

Pero no, no era Brad. Brad era el guitarrista al que se había tirado la semana anterior. Tocaba con un grupo de sustitución. Música retro. Green Day y Nirvana. Un grupo pésimo. Pero el guitarrista tenía una carita como la de Channing Tatum y un cuerpo como el de…

Sonó el teléfono. No el fijo. El móvil.

—¡Mierda! —gruñó mientras se enrollaba la toalla y salía corriendo al dormitorio.

El tipo, como se llamara, aunque Dez estaba convencida de que empezaba por be, se había dado la vuelta y había colocado la mejilla derecha sobre el vómito. Encantador. Su vida entera en una sola imagen memorable.

Dez se lanzó sobre la cama para contestar, pero calculó mal el impulso y en lugar de cogerlo golpeó el teléfono con el brazo extendido. El móvil, el reloj, la insignia con su estuche y la Glock, con cartuchera y todo, resbalaron de la mesilla al lado opuesto de la cama.

—¡Joder!

Se columpió por la cama y trató de pescar el móvil que había quedado debajo, y por fin apretó con la uña el botón de contestar.

—¿Qué? —bramó.

—Buenos días a ti también, miss Simpatía.

Era el sargento J. T. Hammond. Su compañero de ocho a cuatro, su mejor amigo y con frecuencia solo uno más en la lista de gente a la que sin duda habría podido matar

en cualquier instante, mientras se desternillaba de risa. Aunque tenía que admitirlo: con J. T. después se habría sentido mal. Él era lo más parecido que tenía a una familia y, al parecer, la única persona a la que no lograba espantar.

—Que te jodan —volvió a repetir, pero sin la menor rabia.

—Has tenido una mala noche, ¿eh, Dez?

—Que te jodan a ti al caballo que has cabalgado esta noche —siguió despotricando Dez. J. T. soltó una risita—. ¿Por qué demonios me llamas a esta maldita hora de la mañana?

—Por dos razones —contestó él con buen ánimo—. Por trabajo y por…

—No entramos a trabajar hasta las ocho en punto.

—… y porque no es tan pronto como tú te crees. Según mi reloj son las ocho y dos minutos.

—¡Ah… mierda!

—Así que anoche no pusimos el despertador, ¿eh? Bebimos un poquitín de más…

Dez colgó.

Pero se quedó ahí, tumbada en el borde de la cama con el culo al aire, apoyando el peso del cuerpo sobre un codo.

—¡Oh, Dios! —exclamó una voz pastosa detrás de ella—. Por una cosa así sí que merece la pena despertarse.

Dez no se movió; ni siquiera se dio la vuelta.

—Noticias del día, gilipollas —contestó en cambio con voz alta y clara—. O coges tu mierda y te largas de aquí en diez segundos, o te doy una patada en los huevos y te los meto entre los omoplatos.

—¡Demonios…! Sí que te has levantado con el pie izqu…

—Diez. Nueve. Tres. Dos…

—¡Ya me largo!

Se oyó un ruido como de arañazos mientras Brandon o Blake, o como se llamase, recogía sus cosas. La puerta de rejilla se abrió y cerró de golpe. Después rugió un motor y las ruedas de una Harley lanzaron la gravilla contra la chapa de aluminio de la caravana.

Dez se revolvió en la cama con las carnes vibrantes, se giró y se incorporó. El dormitorio pareció balancearse a los lados, pero por fin se quedó fijo. Miró a su alrededor. Todo estaba desnudo, lúgubre, sin decorar y apenas sin amueblar. Y eso le recordaba a su propia vida. Cerró los ojos. Ideas como esa no eran buenas ni siquiera

en un buen día. Pero en un día como ese resultaban crueles.

Abrió los ojos, recuperó el aliento y se puso en pie.

El dios del amor había dejado un rastro de motas de vómito que iban de la cama a la puerta, pero no tenía tiempo de limpiar la alfombra. Rempel estaría encantado; detestaba devolver la fianza.

—¡Que te jodan! —le espetó Dez al dormitorio vacío.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas que no había derramado. Se vistió con el último uniforme que le quedaba limpio, se retorció la melena rubia en una aproximación bastante horrenda de una trenza y se ajustó el cinturón de la cartuchera del que colgaban todos los cachivaches y chismes que requería el reglamento. Cogió la gorra y las llaves, cerró la caravana y salió.

El aparcamiento estaba vacío.

—¡Mierda! —gritó con la ira suficiente como para espantar a los cuervos de los árboles.

Buck o Biff, o quienquiera que fuera, la había traído a casa desde el bar. Tenía el coche a seis kilómetros y medio de distancia por una carretera secundaria polvorienta, y llegaba tarde al trabajo.

Había días en los que las cosas no podían ir peor.

5

Pinky, el Paraíso de los Donuts
Condado de Stebbins, Pensilvania

El verdadero nombre de pila del sargento J. T. Hammond era J. T. La idea había sido de su padre. J. T. tenía una hermana que se llamaba C. J. y un hermano más pequeño que se llamaba D. J. Su padre lo encontraba gracioso. Pero hacía más de once años que J. T. no le mandaba una postal por el día del padre.

J. T. estaba sentado en el vehículo policial esperando a que Dez saliera del Pinky con los cafés. Después de ir a recogerla y de llevarla a buscar su coche habían quedado en encontrarse en la estación de servicio de la calle Fábrica de Muñecas para revisar juntos la agenda de patrullas de ese día tomando café. Stebbins era un pueblo pequeño, pero compartía con los otros tres únicos pueblos del condado las tareas de patrulla de toda la región. El condado entero era del tamaño de Manhattan, pero estaba constituido por granjas en un noventa y cinco por ciento y no contaba más que con siete mil habitantes. J. T. siempre quería empezar el turno diario con el plan de patrullas y de retirada para pasar luego a las tareas posteriores. De ese modo, si todo lo que se anotaba en el cuaderno de bitácora eran unas cuantas multas por aparcamiento, un par de infracciones por conducir bajo los efectos de la droga o el alcohol y unos cuantos accidentes de tráfico, entonces al menos al final del turno tendrían todos los informes casi hechos y todos los puntos sobre las íes.

Sin embargo ese día parecía que iba a ser uno de esos en los que lo importante iba a ser la atención al detalle. Si la tormenta resultaba tan terrible como pronosticaban los servicios meteorológicos, entonces sin duda todos los agentes trabajarían hasta bien entrada la noche. Tendrían que hacer la tarea de pastor del rebaño y llevar a la gente a los refugios, cerrar los colegios antes de la hora y coordinarse con el servicio de bomberos y con los otros servicios de emergencias para rescatar a los vecinos de las zonas inundadas y quién sabía qué más.

Los dos coches policiales estaban aparcados formando una uve, con los capós casi tocándose. La unidad de J. T. era un Police Interceptor de siete años de antigüedad, con casi trescientos cuarenta mil kilómetros de rodaje en el motor, que seguía siendo el original. No obstante, el coche no tenía ni una mota de polvo, y era el único de toda la flota de seis vehículos que no olía a cerveza rancia, a sangre seca o a pis reciente. J.

T. era muy quisquilloso con eso. Tenía que pasarse ocho horas diarias allí metido y a veces el doble, así que la limpieza le importaba mucho. Su casa seguía tan limpia como el primer día tras la muerte de Lakisha. Los hijos de J. T. eran mayores y ya se habían marchado: LaVonda se dedicaba a salvar al mundo en Médicos sin Fronteras y Trey era agente de policía estatal en Ohio. El esmero en la limpieza era el único modo de soportar la vida en soledad.

Por el contrario, el vehículo policial de Dez era mucho más nuevo, pero estaba hecho un desastre. Estaba plagado de manchas y de abolladuras, y eso que no tenía ni dos años. Dez lo conducía a lo bruto; siempre estaba deseando intervenir en persecuciones y pisar el acelerador. De haber podido, Dez habría preferido conducir un tráiler sin carga con una ametralladora instalada en la parte frontal y un par de lanzacohetes.

J. T. solía ofrecerse para ayudarla a limpiar el coche, e incluso para limpiar y decorar la caravana, al menos tres veces al año, pero la sugerencia se topaba invariablemente de frente con una de esas expresiones vulgares que se oían con tanta frecuencia y entusiasmo en las emisoras negras o con la revisión de los impuestos.

J. T. miró el reloj y tocó la bocina con renuencia una vez. Dez asomó la cabeza por la ventana sucia de la cafetería. Él tocó el reloj y ella le sacó el dedo corazón.

J. T. sonrió, se recostó sobre el respaldo del asiento y abrió el ejemplar de *JET* que estaba leyendo. Iba a medias por un artículo sobre los superhéroes negros de los cómics y quería terminarlo antes de que saliera Dez. No es que ella fuera a enfadarse por el hecho de que él leyera una revista tan particularmente étnica; después de todo ella tenía la colección completa en DVD de *Recorrido cómico por las costumbres de los trabajadores del mono azul*, y no había nada más típicamente blanco que eso. Sencillamente Dez tenía por costumbre burlarse de su afición a los cómics. J. T. estaba convencido de que Dez jamás había sido una niña.

Donny Sampson, que tenía una tienda de piezas de recambio para tractores en la calle Mason, salió de la cafetería con un refresco de arándanos y otro de cola en las manos. Iba riéndose a carcajadas, así que J. T. se figuró que Dez le había contado una de sus bromas. A Donny siempre le habían gustado las bromas obscenas, y en eso Dez era una enciclopedia. Donny vio a J. T. y lo saludó alzando uno de los refrescos. J. T. asintió.

Dez tardaba lo suyo, así que se acomodó en el asiento. Pero en lugar de seguir leyendo dejó la revista sobre el regazo y se quedó mirando la puerta del Pinky por el

parabrisas y pensando en Dez. Los emparejaban con frecuencia para hacer la patrulla y, dado que ninguno de los dos tenía familia por los alrededores, solían celebrar juntos el día de Acción de Gracias y la Navidad, además de asistir a los partidos de la Super Bowl. Nada romántico, por supuesto; J. T. podría haber sido su padre, y para él Dez era como su sobrina. Podría haber sido incluso como una hija si Dez hubiera sido capaz, aunque solo fuera por una vez, de dejar de lado su vehemencia a la hora de reclamar la igualdad de las mujeres. A su manera, J. T. la quería. Sentía hacia ella ese afán protector. Por muy dura que fuera ella. Dez había levantado una buena barricada salpicada de minas a su alrededor para alejar a todo el mundo. A excepción de él, el resto del departamento la odiaba y temía en proporciones iguales.

Como profesional Dez era muy buena, más de lo que requería el Departamento de Policía de un pueblo. Pero no era lo que se dice una tía maja. Bueno, quizá eso no fuera justo. Sencillamente era material defectuoso, que no es lo mismo que ser una mala persona. Eso y que además su forma de pensar estaba profundamente arraigada en el nihilismo, a menudo contraproducente, de la mentalidad rural de la América profunda. Juraba igual que un carretero, bebía como un cosaco y se follaba al tipo de gente a la que ellos mismos solían arrestar, siempre y cuando el tío tuviera un buen cuerpo, fuera mono y no estuviera interesado en ningún tipo de compromiso personal. Sobre todo desde la última vez que rompió con Billy Trout.

Lo de Billy Trout sí que era una verdadera lástima. Trout y Dez habían crecido juntos y habían sido la comidilla del pueblo en más ocasiones de las que J. T. podía recordar. Los rumores que circulaban eran de lo más picante. Sin embargo jamás habían conseguido que la relación funcionara, cosa que a J. T. le producía un verdadero sentimiento de frustración porque él sabía que entre ellos había magia de verdad. Por mucho que ninguno de los dos quisiera verlo. La expresión «almas gemelas» no era precisamente la favorita de J. T., pero no había mejor etiqueta para ellos. Lástima que en el día a día, cuando estaban juntos, fueran como la gasolina y las cerillas. Los tipos a los que Dez arrastraba a la cama eran invariablemente clones de Billy; no obstante, mencionárselo habría sido como pedirle que le pegara un tiro.

Así que en lugar de amante, Dez Fox tenía un compañero de trabajo. Un hombre negro de mediana edad de Pittsburgh, licenciado en Justicia Criminal y defensor decidido de la corrección y la buena educación, tal como le había enseñado su madre, bibliotecaria. Por su parte, Dez era el típico producto de la Pensilvania rural: una rubia de ojos azules que podría haber sido modelo a juzgar por su equipamiento, de no

haber incluido ese equipaje lo que J. T. calificaba de «ira excesiva y reaccionaria del trabajador blanco americano», tan extendida en las zonas rurales del sur de Estados Unidos.

De repente se oyó una voz por la radio:

—Unidad cuatro, ¿dónde estás?

J. T. alzó el micrófono y apretó el botón para hablar.

—Aquí unidad cuatro informando. Estoy en el Pinky, en código seis. ¿Tienes algo para mí, Flower?

Flower Martini, de veintiocho años de edad, era uno de los frutos del bum de la generación del amor. Era la recepcionista, telefonista, secretaria, encargada del archivo de fotografías y taquígrafa del Departamento de Seguridad Pública del condado de Stebbins. Tenía el aspecto que habría tenido Taylor Swift de haber padecido un bajón en su carrera que la hubiera llevado a los bares más sórdidos del oeste. A pesar de todo seguía siendo una monada, y J. T. estaba convencido de que se había fijado en él pese a la diferencia de edad y raza.

—Sí —contestó Flower—. Parece que han entrado en el Estado de Transición de Hartnup.

Flower pronunció el nombre con mucha pompa, en un tono de voz que era una mezcla de ironía y desaprobación tácita. La familia Hartnup había sido la propietaria de la funeraria del pueblo durante generaciones, pero a mediados de los años ochenta, en plena ola de la New Age, a Lee se le había ocurrido cambiar la imagen del negocio. Para empezar había reemplazado el nombre de «Casa Funeraria Hartnup» por el de «Estado de Transición Hartnup», mucho más moderno. Había añadido cantidad de servicios no confesionales y mucha música de Enya. De hecho, el negocio prosperó tanto que atrajo a familiares incluso de Pittsburgh. Pero tras quedar cubierta de polvo la New Age, el nombre seguía siendo objeto de chistes en el pueblo. Aun así, la gente se seguía muriendo y los Hartnup seguían poniéndolos guapos y enterrándolos.

—Ha llamado la mujer de la limpieza desde el despacho —continuó Flower—. Es la única testigo, pero no habla inglés. Lo único que he podido comprender es que ha pasado algo raro en la puerta de atrás, aparte de la dirección. No tengo más detalles, lo siento. ¿Necesitas refuerzos?

—Dez está conmigo.

—Entendido.

A pesar del gran tamaño del condado, no había más que dos unidades de patrulla a

cualquier hora del día. La unidad uno estaba reservada para el jefe Goss y la unidad tres permanecía siempre de reserva.

—Iremos a investigar y te llamaremos si necesitamos refuerzos.

—Es un código dos. Proceded con precaución, ca… J. T.

Flower hizo una pausa muy corta antes de decir su nombre. J. T. creyó oírla pronunciar la sílaba «ca». Siempre lo llamaba «cariño», excepto cuando hablaban por radio. El jefe le gritaba constantemente por esa razón. Pero Flower era la hermana del alcalde, así que más le valía no echarla si quería conservar su empleo.

—Entendido.

J. T. cortó la comunicación e hizo sonar la sirena del salpicadero una sola vez. Instantes después la puerta del Pinky se abrió y Dez Fox salió casi corriendo con una bolsa de papel blanco entre los dientes y vasos extralargos de café en cada mano. Le tendió uno por la ventanilla abierta del coche y metió la cabeza dentro para abrir la boca y soltar la bolsa de papel sobre el regazo de J. T.

—¿Qué ha sido esa llamada? —preguntó, molesta por el hecho de que el trabajo interfiriera con el ritual de la cafeína y los hidratos de carbono.

J. T. sabía bien que para ella constituía un momento sagrado.

—Un posible robo en la funeraria de Doc Hartnup.

—¿Y quién diablos iba a querer robar nada en un tanatorio?

—Probablemente un borracho. Pero aun así, no me vendría mal un refuerzo.

—Pues venga, vamos, colega. Con las luces encendidas, pero sin sirenas, ¿vale? Ahora mismo tengo la cabeza pegada con celo; está que no se me tiene.

—No haré el menor ruido —prometió J. T.

Dez volvió a meter el brazo por la ventanilla, recogió la bolsa de papel y se la llevó a su coche.

—¡Eh! —gritó J. T.

Entonces ella volvió a mostrarle el dedo corazón. Cuando lo miró de nuevo, J. T. le enseñó la lengua. Dez se echó a reír, pero luego hizo una mueca y se apretó la cabeza con una mano.

—¡Uaah!

—¡Ja! —soltó J. T. tras sacar la cabeza por la ventanilla.

Segundos después, Dez salió disparada del aparcamiento haciendo volar un montón de gravilla por los aires. Al llegar al asfalto apretó el acelerador, encendió las luces rojas y azules y el motor rugió por la calle Fábrica de Muñecas en dirección

norte. J. T. suspiró, dejó el vaso de café en el hueco del salpicadero y la siguió a unos discretos ciento diez kilómetros por hora.

6

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes
Condado de Fayette, Pensilvania

El viejo médico se sentó en una de esas sillas duras de madera de la cocina y se quedó mirando el teléfono. La llamada del director de la prisión de Rockview, donde trabajaba como médico jefe, había sido breve. El director solo quería darle una noticia interesante. De la conversación solo había seis palabras que destacar.

—Hemos transferido el cuerpo esta mañana.

Seis palabras pronunciadas de la forma más natural, que no obstante habían sido como navajazos en el pecho del médico.

Hemos transferido el cuerpo esta mañana.

Durante la conversación telefónica había tratado de mantener la calma y se había esforzado por no gritar. Había preguntado el nombre y el número de teléfono del encargado de la funeraria que había ido a recoger el cuerpo a la prisión y los datos personales del pariente del fallecido que se había ocupado del papeleo del traslado. Pariente que el médico no sabía que existiera. En realidad nadie lo sabía. Porque se suponía que no tenía parientes. Por eso iban a enterrar el cuerpo tras la ejecución. Por lo cual era de suponer que en ese preciso momento estaría bajo tierra.

—¡Oh, Dios! —exclamó en un susurro el doctor.

Se levantó de la silla, se dirigió al salón como un sonámbulo y subió las escaleras hasta el dormitorio. Abrió la puerta del armario, alzó el brazo hacia el estante de arriba, sacó un estuche, lo abrió y se quedó aturdido contemplando el arma. Una pistola automática rusa Makarov PM. La había comprado en 1974, nueva. La suya se la habían quitado al abandonar la CIA, aunque después se la habían devuelto. Una muestra de confianza. Se sentó en el borde de la cama. En el estuche tenía una caja de balas llena y tres cargadores vacíos. El médico abrió la caja y comenzó a introducir las balas en uno de los cargadores. Lo hizo con lentitud, metódicamente, casi sin conciencia de lo que hacía. Su mente estaba en otra parte, a kilómetros de distancia, en un pueblecito en el que el empleado de una funeraria abría una bolsa con un cadáver.

—¡Dios! —murmuró una vez más.

Introdujo la última bala en el cargador y lo deslizó dentro del arma. Cerró los ojos,

respiró hondo y contuvo el aliento durante diez segundos. Luego lo exhaló despacio y tiró de la corredera hacia atrás para meter las balas en la recámara.

La pistola pesaba y estaba fría.

No obstante sería rápido. Sabía cómo y dónde tenía que colocarla para acertar a matarse. Solo necesitaba un instante de coraje. Si es que la palabra coraje era la correcta. Cobardía quizá fuera mejor, de hecho.

Dos lágrimas heladas brotaron en sus ojos y se deslizaron de forma irregular por su rostro, surcando las arrugas de la vejez; la ira y la locura marcadas en las mejillas.

Calibró el peso del arma en la palma de la mano.

—Quiera Dios perdonarme por lo que he hecho —susurró.

7

Estado de Transición Hartnup

El tanatorio estaba escondido al fondo de una calle serpenteante sin salida de unos nueve metros de largo que había sido rebautizada oficialmente con el nombre de «travesía de la Transición». Al borde de la calzada crecía una vegetación exuberante de flores silvestres y arbustos de hoja perenne. Dez siempre se echaba a reír nada más ver la señal amarilla enorme de «Sin salida» justo al girar.

El propietario era Lee Hartnup, más conocido como Doc, y no porque fuera médico, sino porque tenía un doctorado. Igual daba que el doctorado fuera en Literatura con alguna asignatura de filosofía; el hecho de que hubiera alcanzado semejante nivel lo situaba en la cima de la pirámide de la comunidad de Stebbins.

Doc le caía bien. A veces parecía un poco estirado, pero era buena gente a juicio de Dez.

Detrás del edificio, que imitaba una mansión y que servía de decorado, había otros más pequeños dedicados a actividades distintas. En aquel momento no había luz en ninguno de ellos y tampoco coches aparcados a la vista. El tanatorio estaba al fondo, así que Dez y J. T. entraron con los coches zigzagueando por entre los pinos hasta el aparcamiento. Había dos coches fúnebres junto a la puerta trasera de un edificio de aspecto funcional. El primero era un Cadillac cuya nariz gris asomaba entre las sombras de un garaje abierto. El segundo estaba aparcado fuera, en batería. Dez y J. T. aparcaron los suyos juntos, bloqueando la salida de ambos coches fúnebres. Abrieron las puertas, se quedaron un rato analizando la escena y finalmente salieron cada uno de su vehículo.

J. T. alzó el mentón al ver el más grande de los dos turismos aparcados en el aparcamiento: un Lexus plateado de solo cuatro años.

—Ese coche es el de Doc Hartnup. El otro debe de ser el de la mujer de la limpieza.

El segundo vehículo era un Ford, pero estaba tan viejo y lleno de rasguños que era prácticamente imposible descifrar el modelo, año o color.

El resto del aparcamiento se mostraba desierto a primera hora de aquella mañana apacible, en la que solo soplaba una ligera brisa que sacudía las copas de los árboles. Los rayos de luz roja y azul de las unidades de policía trazaban líneas en las

superficies reflectantes una y otra vez; en los cristales de las ventanas, en el esmalte gris brillante del coche fúnebre, en los faros apagados del vehículo aparcado en batería.

—Todo parece tranquilo —comentó Dez.

J. T. seleccionó el canal uno en el micrófono que llevaba enganchado a la solapa.

—Informando, dos unidades en la escena del robo. ¿Puedes decirnos dónde está la testigo?

—No, cariño —contestó Flower—. Quiero decir, negativo. Le dije que esperara en el coche, pero colgó.

—Entendido —contestó J. T., que se giró hacia Dez—. Flower dice que le advirtió a la señora de la limpieza que se quedara en el coche. Puede que esté dentro.

Conforme iban acercándose al edificio del tanatorio, ambos policías desabrocharon las cartucheras de las pistolas que llevaban a los costados. Se aproximaron cada cual por un lado para evitar ponerse a tiro si alguien disparaba desde la puerta. Era una buena táctica de aproximación, la forma de proceder habitual en cualquier escenario de un potencial delito. Cierto que el pueblo no era grande, pero los dos se tomaban su trabajo muy en serio.

La mujer de la limpieza tenía razón. Había un detalle sospechoso en la puerta trasera. Dez lo vio la primera y se lo señaló a J. T. con un gesto de la cabeza. J. T. se inclinó sobre la puerta y comprobó que estaba encajada en la jamba, pero no lo suficiente como para que el pestillo entrara en el hueco correspondiente.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —le preguntó él en voz baja.

No hablaron en susurros. Los silbidos que se generan con los murmullos se oyen por lo general desde muy lejos.

Dez examinó la puerta.

—No hay señales de que la hayan forzado. La cerradura está intacta. Pero esto no me gusta, colega. Vamos a seguir la consigna de los Boy Scouts.

Él asintió y ambos prepararon las armas. Glocks del 22 con una bala en la recámara y una ronda completa en el cargador de alta capacidad para quince balas. Ambos se regían por el sabio lema de estar preparados.

Esa parte del trabajo le gustaba a Dez. Era justo el tipo de actividad que necesitaba para borrar el recuerdo del dios Amor tirado sobre su propio vómito en el dormitorio. Esas entradas, igual que las intervenciones cuando los llamaban por una pelea en un bar o porque un adulto acosaba sexualmente a un niño, le aceleraban el pulso. Le

hacían sentir que merecía la pena arrastrarse fuera de la cama por la mañana. J. T. en cambio las detestaba, y Dez lo sabía. Él se encontraba en el extremo opuesto de la escala evolutiva. Creía en serio que la palabra «paz» de la expresión «fuerzas por la paz» quería decir que su trabajo consistía en mantener el mundo en un estado de no violencia, de tranquilidad.

J. T. accionó el micrófono de la solapa.

—Aquí unidad cuatro informando. Contén el aliento y mantente a la escucha.

—Recibido.

—Estoy lista —dijo Dez—. Yo, a la izquierda; tú, a la derecha.

Dez metió la punta del zapato entre la puerta y la jamba. Solo con los labios, inició la cuenta atrás a partir del tres y empujó. La puerta se abrió hacia dentro sin el menor ruido. Por un segundo, Dez y J. T. retrocedieron, pero luego actuaron deprisa: ella entró por la izquierda y él la cubrió, y luego él entró por el otro lado, comprobó que nadie los pudiera sorprender por detrás y examinó los rincones. Los dos llevaban la pistola en alto, la agarraban con ambas manos y seguían el rayo de luz de la linterna con la vista.

Habían entrado en un cuarto grande que servía de lavandería; un cobertizo añadido al edificio hace tiempo. En una de las paredes había una lavadora industrial y armarios, y en la otra, estanterías con productos de limpieza. En la pared opuesta a la puerta, la más lejana, había otra puerta entornada.

—¡Hay sangre! —exclamó J. T.

—Ya la veo.

Habría sido imposible que pasara desapercibida. En la pared, junto a la puerta entornada, había una huella roja de una mano pequeña, de mujer. Los rastros de sangre recorrían toda la habitación. Para dejar esa huella aquella mano tenía que haber estado bañada en sangre. Dez sintió como si algo se alterara en su cerebro, como si alguien hubiera encendido un interruptor. Era una sensación que conocía. La había experimentado por primera vez en su primer viaje a Afganistán, en mitad de una misión, y de nuevo después, en el segundo y en el tercer viaje a ese mismo país, pero ya de una manera mucho más continua. Cierta vez, tratando de describirle esa sensación a un sargento, mientras se bebían una botella de Beam en una tienda de campaña al nordeste de Afganistán, el veterano del Ejército cubierto de cicatrices le había dicho que formaba parte de la mentalidad del guerrero. «Es la mentalidad del hombre de las cavernas, la mentalidad del superviviente», le había asegurado. «Se

produce cuando te das cuenta, a un nivel profundo, de que acabas de abandonar el mundo habitual para internarte en el valle de las sombras».

En otra ocasión Dez había tratado de explicárselo a J. T., pero aunque lo entendía a nivel intelectual, el problema era que jamás había estado en el Ejército ni había participado en la Marcha por el Desierto. En sus treinta años de servicio, J. T. jamás había disparado el arma ni recibido ningún impacto de bala. Y eso suponía una diferencia, pese a que ninguno de los dos lo dijera en voz alta. Él era inteligente y se ajustaba estrictamente al código de conducta establecido, pero en cierto modo seguía siendo un civil y Dez jamás podría volver a sacar a colación esa preparación militar especial.

El cambio de mentalidad de Dez transformó también el lenguaje de su cuerpo: apoyó todo su peso en el envés del empeine de los pies, flexionó las rodillas levemente en posición de ataque y de lucha, parpadeó con menos frecuencia y sujetó la Glock con fuerza. Dez era consciente de ello de una manera un tanto distante.

J. T. se acercó a la sangre y retrocedió. Se lamió los labios con nerviosismo.

—Esto no me gusta esto, Dez.

—Tus gustos no cuentan en el trabajo, colega.

Dez abrió la puerta poniendo solo dos dedos sobre el pomo, y en esa ocasión fue J. T. quien la empujó, y con fuerza. Comenzaron a moverse deprisa: entraron en la sala de preparación de cadáveres, revisaron los rincones, se cubrieron el uno al otro y siguieron todos los rastros… hasta pararse en seco sobre sus pasos. Las luces fluorescentes estaban encendidas y se reflejaban sobre las mesas de acero inoxidable y sobre docenas de instrumentos quirúrgicos plateados.

No había ni el más ligero indicio de movimiento en la habitación, pero estaba todo patas arriba.

Había una camilla volcada junto a la puerta de la cámara de refrigeración, sábanas y vendas enredadas y retorcidas por todas partes, vasos y botellas aplastadas, los delicados instrumentos quirúrgicos tirados y dispersos. Y todo, desde las paredes al suelo, hasta los restos de vendas, estaba cubierto de sangre.

Aquello parecía un matadero.

—¡Por Jesucristo! —exclamó J. T. apenas sin aliento.

Por un momento su talante tranquilo y profesional estuvo a punto de desvanecerse para dar paso a un espectador boquiabierto y paralizado. Había un olor muy fuerte a desinfectante y a carne corrupta, aparte de la peste a cobre de la sangre de los

miembros cercenados.

—Lárgate de esta jodida sala, colega —soltó Dez de improviso en un tono de voz fuerte que sonó como una bofetada.

Pero J. T. reaccionó. Se dirigió al extremo opuesto de la sala, abrió los armarios de una patada y revisó la cámara frigorífica para asegurarse de que todo estaba tan desierto como parecía.

Solo que no lo estaba.

—¡Tengo un cuerpo! —gritó J. T. Dez echó un vistazo en su dirección—. ¡Oh, Dios!… ¡Es Doc!

Mierda.

—¿Herida de bala? —preguntó Dez a gritos.

—No… bueno… ¡Por Cristo!… ¡No lo sé! De navaja, tal vez… Pero está fatal. Descuartizado.

Sin embargo, Dez no estaba observando el aspecto del director de la funeraria. Chasqueó la lengua y, cuando J. T. alzó la vista, ella le señaló con la barbilla la puerta del lado contrario que daba a las oficinas.

—Rastros de sangre —dijo Dez.

J. T. trató de reprimir su repulsión y se concentró en su tarea de policía. Se apresuró a acercarse a Dez. Tenía los ojos bien abiertos y el arma lista, pero Dez comprobó que el sudor le cubría todo el rostro.

Había dos series de huellas de pies. Una serie correspondía a pies desnudos y la otra, a pies con zapatos. Los desnudos pertenecían a un hombre y eran grandes, posiblemente del número 44. Los otros eran más pequeños, aunque seguían siendo grandes para tratarse de zapatos de mujer, detalle por otra parte evidente.

Ambos grupos de huellas tenían grandes rayas y se giraban como si las dos personas hubieran salido de allí bailando. Pero una lucha violenta producía exactamente el mismo tipo de marcas.

—¡Joder! —gruñó Dez al tiempo que abría la puerta de una patada.

Entraron en el despacho a toda prisa, gritando a pleno pulmón:

—¡Policía! ¡Arriba las manos! ¡Policía!

Sus gritos rebotaron sobre las paredes y se desvanecieron en el aire inmóvil.

Igual que en la sala de preparación de cadáveres, solo había una persona en la oficina. E igualmente estaba muerta.

J. T. se paró en seco y se quedó mirando el cuerpo.

—¡Dios…!

Dez atravesó el despacho y se dirigió a la otra puerta, la salida principal que daba al exterior. El rastro de pies desnudos sanguinolentos salía por allí y se perdía en la hierba, más allá de la cual había una franja boscosa y densa a la que llamaban la Arboleda.

—Tenemos a una persona que va a pie y descalza —dijo Dez, apartándose de la puerta y llamando por radio—. Informando, unidad dos, tenemos múltiples víctimas. El sospechoso posiblemente sea un hombre grande y debe de andar por el vecindario descalzo. Manda a todas las unidades disponibles a la escena del crimen.

Después cerró la puerta, encendió la luz del despacho y se acercó a J. T., que seguía mirando a la víctima. La mujer se había desplomado sobre la silla rodante de piel del despacho en medio de un charco de sangre.

Iba vestida con la bata azul del uniforme de limpieza que se abrochaba por delante. Llevaba unos manguitos grises y trapos en las suelas de los zapatos. Tenía el pelo moreno echado hacia atrás y recogido en un moño bien apretado. Del cuello le colgaban unas gafas enganchadas a una cadena barata. Llevaba una etiqueta con su nombre: Olga Eltsina.

Dez se figuró que Olga rondaría los cincuenta años. Rusa. Debía de medir al menos un metro ochenta y pesar unos noventa kilos. Tenía los brazos de un lanzador de disco, las piernas como los troncos de los árboles y los pechos como los bolos de una bolera. La miraras como la miraras no era guapa, y además tenía los labios y la nariz grandes.

El estado en el que se encontraba era inexplicable. No tenía sentido tomarle el pulso. No merecía la pena, viendo lo poco que le quedaba de cuello. Lo tenía rasgado y destrozado. Le colgaban tiras de carne de las mejillas, de los brazos y de los pechos. Tenía trozos de carne sin forma pegados al uniforme y había más tirados en el suelo.

Dez se guardó la linterna en el estuche del cinturón, se inclinó y examinó las heridas. Eran extrañas. No había un solo corte limpio. Ni agujeros de bala. Tampoco eran los agujeros que dejarían las dos puntas posteriores de un martillo. La piel parecía hecha jirones.

Dez oyó el sonido que haría alguien amordazado y se giró a medias hacia J. T.

—Si vas a vomitar, hazlo fuera.

J. T. estaba de color gris, pero sacudió la cabeza en una negativa.

—Tómate un respiro, colega —aconsejó Dez.

Él le hizo caso. Respiró despacio, de forma irregular.

—¡Dios! —volvió a exclamar J. T. casi sin aliento mientras se limpiaba el sudor de la cara con la manga—. He visto todo tipo de accidentes de tráfico. He visto decapitaciones y… y todo eso. Pero ¡por Cristo, Dez!, que me parece que eso son mordiscos.

—Lo sé —contestó ella en voz baja—. ¿Doc estaba igual?

J. T. asintió y preguntó:

—La puerta estaba entornada… ¿crees que podría haber entrado un oso?

Dez escrutó el rostro de su compañero por un momento antes de responder:

—¡Vamos, J. T.! Esto no lo ha hecho un jodido oso. Habría señales de arañazos de uñas.

—¿Un coyote, entonces? —volvió a preguntar J. T., más esperanzado que otra cosa.

Pensilvania había sido repoblada con manadas de coyotes en bastantes ocasiones durante la última década. Eran criaturas agresivas, violentas, y se habían cobrado unas cuantas víctimas entre los animales domésticos de la zona. Sin embargo era extremadamente extraño que atacaran a seres humanos, y sus mordiscos se parecían a los de los perros. Dez se inclinó cuanto pudo sin pisar el charco de sangre.

—No —negó mientras se erguía—. No ha sido ni un oso, ni un coyote, ni el yeti. Y tú lo sabes.

J. T. jadeaba como si hubiera estado corriendo.

—Pero Dez… entonces es que crees que son mordiscos de un ser humano, ¿verdad?

Era evidente a juicio de ambos; lo habría sido para cualquiera que hubiera visto alguna vez las marcas que deja una dentadura humana. Dez mantuvo la cara de póquer y respondió:

—El forense construirá el molde.

Se echó atrás y volvió a la sala anterior para echarle un vistazo a Doc Hartnup. Yacía retorcido sobre el suelo de baldosas sanguinolentas, con una postura que solo podría haber puesto una muñeca. J. T. la siguió.

A Dez le dolía ver a ese hombre así. Doc había sido un buen tipo.

—Mira esto, J. T. —dijo ella al tiempo que señalaba el bulto del bolsillo trasero izquierdo de los pantalones de Hartnup—. Parece como si todavía llevara encima la cartera.

—Las llaves del coche están en un gancho de la pared junto a la puerta —alegó J. T.—. El criminal ha debido de huir en su propio coche.

—Pues iba descalzo cuando salió fuera. Si es que esas son las huellas del criminal, claro —lo rebatió Dez sin dejar de sacudir la cabeza—. Necesitamos forenses y detectives para este caso. A mí las cosas no me cuadran. Aquí dentro hay un montón de objetos valiosos y en el despacho hay una pantalla plana y un Blu-ray. ¿Por qué no se lo han llevado?

—Puede que el asesino no tuviera tiempo. Puede que lo hayamos asustado y que saliera huyendo en dirección a la Arboleda.

Dez asintió. Esa era una posibilidad, pero entonces andaban listos. Porque la Arboleda se comunicaba con el parque estatal a un kilómetro escaso de allí.

—¿Sabes que te digo, colega? Que aquí se va a montar un buen circo muy pronto. Hay que tomar nota de todo esto, y no quiero cargarme nada. Ve a por la cámara de fotos de tu coche.

J. T. asintió distraído, pero no salió a por la cámara.

Dez se enderezó y chasqueó los dedos delante de la cara de J. T., sobresaltándolo.

—¡Eh, tú! ¿Estás ahí? Si tienes que salir de aquí, lárgate. Ve a sentarte en el coche, lo que sea; pero no eches la pota aquí.

J. T. se quedó mirándola con cierta irritación e impaciencia, como si estuviera contando hasta cinco, tratando de evitar contestar de mala manera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dez con un tono de voz tranquilo aunque poco delicado y con los ojos azules fríos como el metal.

J. T. inspiró largamente abriendo las aletas de la nariz y luego asintió con un gesto escueto.

—Sí, estoy bien.

Dez sonrió antes de añadir:

—Pues entonces espabila, grandullón, y volvamos a la tarea.

—Vale. Lo siento. Es solo que…

—Cuando vayas a por la cámara —lo interrumpió Dez—, tráete también la escopeta. Por si acaso a Caníbal Lecter se le ocurre volver. No vamos a ponerle el sándwich de cerdo en bandeja.

El comentario le arrancó una pequeña sonrisa a J. T., que salió fuera. Dez hurgó en los bolsillos de su pantalón en busca de un paquete de chicles, sacó dos del estuche de papel de aluminio de Eclipse y se los metió juntos en la boca.

Pobre J. T., pensó Dez mientras se quedaba mirándolo unos segundos, en pie junto al dintel de la puerta. Era él quien estaba nominalmente al mando en la mayoría de las ocasiones y en cualquier otra circunstancia, y Dez lo sabía. Los dos lo sabían. Él era mejor policía que ella en la mayoría de los sentidos. Los dos eran buenos. Pero él había ejercido la profesión durante mucho más tiempo. Sin embargo, cinco años en el Ejército proporcionaban una reacción completamente distinta ante escenas horribles como aquella. Dez había jugado al escondite con los talibanes en las montañas afganas mientras J. T. conducía por las carreteras secundarias del condado de Stebbins. Ella jamás había pertenecido a las Fuerzas Especiales, pero sí había participado en el ajetreo de la batalla a lo largo de kilómetros y kilómetros de desierto y había colaborado en todo tipo de tareas: desde patrullar, pasando por explorar en busca de artefactos explosivos improvisados y caseros, hasta esquivar el fuego enemigo. Había formado parte de la primera oleada de mujeres americanas enviadas al frente para luchar hombro con hombro con los hombres. Había visto todos los tipos de carnicerías y caos que podían producir las armas modernas, además de todo tipo de carroña de animales. De haber sido cualquier otro el que hubiera perdido los papeles en plena faena, Dez le habría echado la bronca. Pero J. T. era para ella como de la familia; a él no se le aplicaban las mismas reglas.

La mente de Dez fue divagando de J. T. al escenario del crimen. Aquel era un asunto gordo que fácilmente podría írseles de las manos. Si el criminal se había internado en la Arboleda, entonces habría que montar una misión de caza y búsqueda a lo grande. Más allá del césped y de la Arboleda, el parque forestal estatal era un lugar en el que resultaba fácil perderse y permanecer escondido. Por no mencionar las decenas de miles de acres de terreno dedicado a granjas de particulares del condado de Stebbins. Habría que rastrear cientos de carreteras secundarias, de cortafuegos, de carreteras estatales, de cruces de sendas y de circuitos de motocross. Bastaba con el que criminal fuera un poquitín inteligente para que hicieran falta cien hombres con perros y helicópteros, y aun así quizá tardaran días en dar con él. Días con los que no contaban, si es que el pronóstico del tiempo acertaba y se acercaba una tormenta terrible.

Dez se giró y se quedó mirando el cuerpo.

Doc Hartnup… ¡Maldito fuera el asesino!

Había conocido a muchos soldados que habían muerto en la batalla o a causa de artefactos explosivos como las minas o los chalecos repletos de dinamita de los

suicidas, pero jamás había visto a nadie asesinado de ese modo. Y le sorprendía que esa imagen la hiciera sentirse mucho peor.

—Esto está pero bien jodido —le comentó a Doc.

J. T. volvió con la cámara unos instantes después. También llevaba la Mossberg, una escopeta cargada con una munición de balas que parecían judías. Dez habría hecho cualquier cosa con tal de no tener que utilizarla. La consideraba una mariconada, e incluso en una ocasión había comentado que tenían la fuerza letal de una mamada. Naturalmente J. T. no estaba de acuerdo. El cartucho de judías podía tumbar a cualquiera: desde un ciclista gilipollas, hasta un drogadicto adicto a la metadona. Podía dejarles la cabeza a la altura del culo. Pero eso a Dez no le bastaba.

Dez tomó la Nikon digital.

—Yo haré las fotos de la escena. ¿Por qué no montas un perímetro mientras tanto? Trata de imaginar por dónde ha escapado el criminal, a ver si conseguimos unos cuantos refuerzos para iniciar la persecución. Quiero pillar a ese cabrón antes de que termine nuestro turno. Me gustaría pasarme la noche con él, haciéndolo cagarse de miedo en la celda. Suena bien, ¿eh?

J. T. se echó a reír. Era evidente que no estaba muy convencido de que ella estuviera bromeando.

—Y mantén los ojos bien abiertos, J. T. El gilipollas este podría estar fuera. Y acaba de cargarse a dos personas… No vaciles ni un segundo —advirtió Dez, subrayando el último comentario con un leve asentimiento hacia la escopeta que él sostenía.

J. T. cargó la escopeta con una ronda completa y salió fuera sin decir una palabra.

Dez se dirigió al despacho adyacente, sorteó con cuidado las pisadas impresas con sangre y se quedó en el trozo de alfombra limpio. Desde allí comenzó a hacer las fotos. Tomó todas las fotografías precisas para seguir con claridad el rastro de las pisadas desde la sala de preparación de cadáveres hasta el despacho. Luego se inclinó y fotografió de cerca las huellas de pies desnudos. Las imágenes que tomó se solapaban las unas con las otras, así que después podrían colocarlas de manera que mostraran la progresión ininterrumpida desde una de las salas escenario del crimen hasta la otra.

La luz del flash destacaba cada uno de los elementos con un brillo instantáneo que a Dez le recordó la intensidad de los cielos de Afganistán.

Flash.

Dez fotografió las marcas de las manos de la pared. Fotografió la sangre esparcida por la pantalla de la lámpara de la mesa y por toda la superficie de la mesa. Fotografió el charco de sangre alrededor de las ruedas de la silla de despacho. Se giró, se enderezó y tomó fotos de la víctima.

Flash.

La mujer de la limpieza estaba ahí mismo.

Justo ahí.

Flash.

Dez se quedó contemplando a aquella mujer rusa enorme a un metro escaso de ella. Estaba absolutamente horrorizada, se sentía incapaz de comprender. Sus ojos abiertos no revelaban nada. No había el menor rastro ni de conciencia, ni de dolor, ni de cualquier otro sentimiento en esos ojos negros profundos.

—No… —comenzó a decir Dez.

Y de pronto, la mujer gruñó y la embistió.

8

Estado de Transición Hartnup

La mujer de la limpieza se lanzó contra Dez con todo su peso, la agarró del pelo y la arrastró hacia atrás. Las dos estaban a punto de caer. La mujer gruñía, pero lo que salía de su garganta destrozada era un gorjeo extraño e imposible. Abalanzó la cabeza hacia delante con violencia, sin importarle que en ese preciso momento ambas estuvieran a punto de estrellarse contra la mesita del café. Hizo estallar la mesa en miles de fragmentos de madera y piezas decorativas incrustadas. El golpe le arrancó un grito a Dez. Le cayeron encima los noventa kilos que pesaba la rusa, además de clavársele en la espalda, en los riñones y en las costillas todos los artilugios que llevaba colgando del cinturón.

Dez oyó cómo los dientes ensangrentados de la mujer entrechocaban unos con otros a un centímetro de su oreja. Metió el antebrazo por debajo de la mandíbula de la mujer mientras esta seguía intentando darle mordiscos y más mordiscos, tratando de arrancarle un pedazo de cara, de oreja o de tráquea. La rusa se sentó a horcadas sobre Dez, la inmovilizó y le impidió echar mano de las armas con sus muslos inmensos. Y sin embargo, a pesar de los kilos, no era una mujer fuerte; era como si sus músculos estuvieran medio dormidos, además de que la carne le temblaba. Pero era un horrible peso muerto que le impedía huir.

En realidad, el ataque de la mujer de la limpieza no obedecía a ningún plan preconcebido; solo quería tener a Dez lo bastante cerca para darle un mordisco. Gruñía, silbaba en lugar de jadear, mordía el aire y trataba de retorcerse y estirarse, obsesionada por sobrepasar la barrera del brazo de Dez. Pero defenderse de esos dientes era terriblemente cansado, porque suponía empujar y levantar toda aquella masa de carne floja y retorcida.

La rusa trató de escupirle. Expectoró una masa viscosa de sangre coagulada sobre Dez, quien logró esquivarla. La sustancia negra pegajosa cayó al suelo, y Dez pudo ver por el rabillo del ojo cómo algo parecido a los gusanos se retorcía en aquella masa de mierda.

—¡Por Cristo!

Por fin Dez consiguió liberar el brazo derecho. La cámara seguía colgando del cordón atado a su muñeca. Dez la agarró y la estampó con todas sus fuerzas contra la

sien de la rusa. El impacto incluso le hizo daño en la muñeca. Trozos de metal y de plástico salieron volando en todas direcciones. La mujer de la limpieza echó la cabeza a un lado. Y eso fue todo. La expresión de su rostro no cambió ni lo más mínimo, y eso a pesar de que el golpe le arrancó una tira de carne del tamaño de un billete de la mejilla, que se le quedó colgando. La herida no sangró. La mujer no reaccionó en absoluto al golpe ni al dolor que, por fuerza, tenía que haberle producido.

Un estallido de ira y un grito surgió de lo más hondo del pecho de Dez. Se abalanzó sobre la mujer para pegarle con la cámara una y otra vez y aplastarle la oreja, desgarrarle la ceja, perforarle la sien, el ojo y los orificios nasales. Los bordes metálicos rajados de la cámara le desfiguraron todavía más la cara, desgarrándosela en una serie de tiras rojas.

Pero eso no detuvo a la rusa. Ni siquiera trató de evitar que Dez siguiera golpeándola. Lo único que hacía era morder y morder, tratar de escarbar en la carne y sujetarla. La mujer volvió a escupir sangre negra otra vez sobre Dez, cuyo uniforme quedó completamente manchado.

—¡J. T.! —gritó Dez, que por fin comenzaba a sentirse presa del pánico y la impotencia.

Dez flexionó las rodillas, acercó ambos talones al culo y colocó las plantas de los pies en el suelo, y entonces tomó impulso y levantó las caderas hacia arriba como si fuera un caballo salvaje que se resistiera a la doma. La sacudida lanzó el cuerpo de la rusa por los aires, y de inmediato Dez rodó a un lado y aprovechó la fuerza de giro de sus caderas para golpear la parte interna de los muslos de la mujer. El mecanismo de palanca surtió efecto, y la mujer cayó de lado.

Dez se giró al instante en el sentido contrario, rodó hasta quedar de lado y comenzó a dar patadas a la mujer con ambos pies en el pecho y en la cara hasta que la rusa se derrumbó sobre el sofá.

Pero ni siquiera entonces la mujer se quedó aturdida. Se levantó de inmediato de donde había caído, se apoyó en manos y rodillas y comenzó a arrastrarse hacia Dez.

—¡Mierda! —exclamó Dez, que se giró hasta quedar boca arriba y sacó la Glock —. ¡Quieta o disparo!

La mujer gruñó, chocó los dientes de arriba contra los de abajo y se lanzó sobre ella.

Dez disparó.

La bala le dio en la parte superior del pecho y le hizo un agujero negro de un

centímetro de diámetro justo debajo de la clavícula. La fuerza del impacto la hizo retroceder y tambalearse hasta caer de rodillas, sin dejar en ningún momento de sacudir los brazos como si estuviera rezando y padeciendo una agonía religiosa. Sin embargo su rostro no reflejaba dolor alguno; no había en él el menor detalle que revelara que una bala del calibre 44 había atravesado su cuerpo. Se mordió los labios con los dientes sanguinolentos y se lanzó una vez más sobre Dez.

Dez gritó y volvió a disparar.

La segunda bala le voló parte de la mandíbula y le hizo un agujero que le llegó hasta la oreja, del cual salieron disparados sangre y restos de materia gris que salpicaron el sofá.

Solo entonces la mujer hizo una pausa. Su expresión salvaje se disipó para dar paso a un rostro ausente en el que los labios y los gruñidos habían perdido toda firmeza.

Pero no se derrumbó.

Dez creyó que el mundo comenzaba a dar vueltas a su alrededor. Disparó otras dos veces más a quemarropa. Dos disparos. Sobre el pecho y la cara. En el maldito sofá había trozos de hueso y de tejido cerebral. Era increíble, imposible.

No podía ser verdad.

La rusa volvió a la carga con una lentitud insólita; se arrojó a las piernas de Dez y la sujetó para darle un mordisco.

Dez se inclinó hacia delante y colocó el cañón del arma sobre su frente.

—¡Muérete ya, joder!

Apretó el gatillo. Una vez. Dos. La cabeza de la mujer reventó. Restos del cráneo y tiras de duramadre y pulpa cerebral se desparramaron sobre el sofá, la pared y la lámpara de pie.

La mujer… se derrumbó por fin.

De golpe.

Sucedió justo en el instante en el que J. T. abría la puerta de la sala de preparación de cadáveres con la escopeta en la mano.

9

Estado de Transición Hartnup

—Dez, ¿estás bien? —quiso saber J. T., que nada más verla corrió hacia ella.

—Yo…

Al ver la sangre espesa desparramada sobre sus piernas y sus manos, la voz le falló y no pudo pronunciar más que una palabra. Entonces vio las larvas que se retorcían, se puso histérica y comenzó a sacudirse la ropa.

—¡Dios!

—¿Estás herida?

—No, pero… ¡ayúdame a quitarme esto de encima!

J. T. metió una mano por debajo de su axila y tiró de ella para sacarla de debajo del cuerpo de la rusa. Dez escarbó sin querer con los talones la sangre que cubría el suelo al tratar de salir de allí. J. T. la soltó involuntariamente cuando estaba todavía a solo tres metros del cuerpo, así que Dez cayó de culo al suelo y se quedó ahí, mirándolo con la boca abierta y sacudiendo la cabeza. El arma se le cayó de las manos, pero Dez no trató en ningún momento de recuperarla. J. T. se agachó y la recogió.

—¿Qué ha ocurrido?

La pregunta de J. T. parecía proceder de otro mundo, le sonó tan distante y lejana que Dez incluso llegó a dudar que él estuviera de verdad allí. J. T. dio la vuelta y se acuclilló delante de ella. Torció el gesto y frunció el ceño con una expresión de vacilación al tiempo que chasqueaba los dedos delante del rostro de Dez, tal como había hecho ella momentos antes. Dios, ¿era cierto que solo habían pasado unos cuantos minutos? Dez comprendió entonces, a cierto nivel muy profundo, que se encontraba en estado de shock, y al mismo tiempo se dio cuenta de que era consciente de ello. Su mente trataba de escabullirse de la realidad, de lo que acababa de ocurrir y, al hacerlo, parecía fragmentarse.

—Yo… —volvió a repetir, sin saber qué decir.

Sacudió la cabeza.

J. T. se levantó y la ayudó a ponerse en pie con cuidado, la agarró del codo y la llevó al extremo opuesto del despacho, a un rincón lleno de ficheros. Él seguía sujetando la Glock de Dez.

—Dez —insistió J. T. en voz baja—, ¿qué ha pasado?

—Esa mujer me atacó —jadeó Dez.

—No —negó él, sacudiendo la cabeza—. Escúchame, Dez… el jefe y los forenses están a punto de llegar. Tenemos que contarles lo que ha sucedido, contarles una historia. Hay que contarles algo que se puedan creer, así que tienes que decirme qué ha ocurrido. ¿Por qué has disparado el arma? ¿Ha sido un accidente? No, no —negó él mismo, corrigiéndose—. He oído cuatro disparos, así que no podemos decir que ha sido un accidente. Dez, ¿has visto al criminal? ¿Es que ha vuelto? ¿Es eso lo que ha ocurrido… que lo has visto y por eso has disparado?

Dez no paraba de sacudir la cabeza en una negativa. Se apartó un mechón de pelo de la cara con manos trémulas.

—Dime algo, Dez —rogó J. T., cuyos ojos comenzaban a nublarse por el miedo—. Tenemos que darle un sentido a todo esto, no sé…

—¡Ella me atacó, joder! —soltó Dez.

J. T. dio un paso atrás. La escrutó, buscó su mirada y después se giró y contempló a la rusa. Se dio la vuelta una vez más, volvió a mirar a los ojos a Dez y desvió la vista.

—Dez…

—¡Que no, mierda! ¡Esa zorra rusa me atacó!

—Vale, vale, ya te he oído. Ella te atacó. Pero… ¿cómo es posible?

—¿Qué quieres decir con eso de que cómo es posible?

—Vamos, Dez… Cuando llegamos estaba muerta. Estaba…

—¡Por supuesto que estaba muerta, pedazo de gilipollas!

—Dez, tenía toda la garganta abierta. Lo vimos los dos…

—¡Pues entonces es que lo vimos mal! —exclamó Dez, tratando de calmarse—. Escucha, J. T., te juro que no son imaginaciones mías. Esa mujer me atacó. Te aseguro que no le he disparado cuatro veces solo por divertirme. Ella-se-lanzó-sobre-mí —explicó, pronunciando cada palabra muy despacio y en voz alta y clara, y haciendo una pausa entre palabra y palabra.

De pronto, J. T. alzó la cabeza en actitud de escuchar. Dez también lo oyó. Sirenas.

—Escucha, Dez, tú sabes que yo te apoyo, ¿verdad? Eso es incuestionable. Les contaré la historia que tú quieras. Que se joda el jefe y que se jodan todos… pero tienes que darme algo con lo que pueda trabajar. No puedo soltarles un cuento de hadas.

—¡J. T.!

—Te harán un análisis de sangre —dijo él.

J. T. dejó caer el cargador de la Glock y sacó la bala de la recámara. Luego metió la bala en el cargador y volvió a meter este dentro del arma. Pero no se la devolvió.

—¿Cuánto alcohol tienes ahora mismo en sangre?

—¡Que te den!

—No —negó él con firmeza—. No me dejes fuera. Estoy de tu parte, ¿no te acuerdas? ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Pero tienes que contarme qué ha ocurrido.

Dez señaló el cuerpo con un dedo y dijo:

—No podía estar muerta, J. T. Es imposible. No me importa lo que pareciera. Debimos juzgarlo mal. ¿Quieres una historia? Pues esa es la historia, y es la pura verdad. Esa cerda trató de pegarme un mordisco.

—Pegarte un mordisco —repitió J. T. sin ninguna entonación ni entusiasmo.

J. T. se acercó al cuerpo, se agachó y tocó la mejilla, el antebrazo y la muñeca con el dorso de los dedos. Se enderezó y se dirigió hacia la sala de preparación de cuerpos, donde yacía el cadáver de Doc Hartnup. Pero inmediatamente volvió hasta donde estaba Dez, caminando muy lentamente y con una expresión de duda y preocupación en el rostro.

—Sí, trató de morderme. Y me parece que eso de morder está muy de moda por aquí.

—Tiene la piel helada, Dez —afirmó J. T.

—Como si está hecha un témpano, J. T. Se abalanzó sobre mí, me clavó en el suelo y yo le dije que se apartara y le di tal patada que salió volando, pero como si estuviera de cachondeo. Vino a por mí y trató de destrozarme la garganta.

—Así que le disparaste.

—¡Sí, le disparé, joder!

—A una mujer desarmada.

—¡Sí! —volvió a confirmar Dez de mal humor.

—A una mujer desarmada y gravemente herida.

—¡Que sí! ¡Aj, Dios, J. T.!

Las sirenas sonaban ya muy cerca. Parecía como si estuviesen girando en la calle para entrar por la carretera de acceso al tanatorio.

—Le disparaste cuatro veces, Dez. ¿Cuántos disparos hacen falta para…?

De pronto Dez lo empujó y J. T. se tambaleó hacia atrás y se tropezó con la fila de ficheros. De uno de ellos cayó un jarrón de gardenias que se estampó contra el borde de la mesa. Antes de que J. T. pudiera recuperar el equilibrio, Dez le quitó la Glock de las manos y se la guardó en la cartuchera.

—¡Jamás pensé que me fallarías, J. T.! —dijo ella amargamente. Sentía deseos de darle un puñetazo, de tirarlo al suelo y pisotearlo.

Y de llorar. Pero era capaz de tragarse la pistola antes que derramar una sola lágrima. A pesar de lo ocurrido.

J. T. se puso en pie despacio, mirando alternativamente el rostro de Dez y la pistola en su mano.

—Me estás asustando, Dez. Te estás comportando un modo completamente irracional…

—Soy perfectamente racional. No he perdido la cabeza, y no estoy borracha. Ni drogada, ni nada de eso. ¿Quieres hacerme la prueba de la alcoholemia? Bien, pero cuando compruebes que estoy limpia, te voy a dar una patada en el culo.

—Cálmate, Dez. Yo no he dicho…

Las sirenas sonaban ya como si estuvieran exactamente delante de la puerta; sus aullidos parecían asfixiar el ambiente del despacho exiguo de consecuencias. Dez cerró los ojos un instante al oír que se abrían y cerraban las puertas de los coches y al escuchar las pisadas sobre la gravilla. De golpe, la puerta trasera y la principal del tanatorio se abrieron, y todo el edificio comenzó a llenarse de gritos de agentes de la policía de Stebbins y de dos de los pueblos vecinos.

—Dez —insistió J. T. una vez más, despacio—, tú sabes lo que van a decir. Van a examinar el cuerpo. Van a tomarle la temperatura, a medir su grado de lividez y a hacerle todas esas pruebas científicas que aclararán cuánto tiempo lleva muerta. Y después van a comparar eso con el registro de nuestras respuestas. Y a examinar las heridas de bala.

—¿Y qué? ¡Pues que examinen!

—Vamos, Dez… Le has disparado cuatro veces. ¿Cómo es que no ha sangrado por ninguna de las heridas?

Dez dio un paso atrás sin darse cuenta, como si J. T. le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué?

J. T. señaló el cuerpo y añadió:

—Los cadáveres no sangran. O bien la mataste al primer disparo, en cuyo caso

querrán saber por qué seguiste disparando desde ángulos y a distancias distintos, o bien la mataste con los disparos de la cabeza, y entonces te pedirán que les expliques por qué no salió sangre de la bala del pecho —objetó J. T. sin dejar de sacudir la cabeza y con una nota de ruego en la voz—. ¿Qué vamos a decirles, Dez?

Parecía como si no hubiera aire suficiente para respirar; Dez no sabía ninguna de las respuestas. Tenía el pecho tenso, el corazón le martilleaba de puro miedo. Bajó la vista hacia la mujer muerta y siguió la dirección de la mirada de los agentes que acababan de llegar. Por primera vez fue consciente de la violencia tremenda de la escena. Vio la sangre y los pedazos de tejido humano a través de los ojos de los otros agentes.

Dios, se dijo, sin duda ese iba a ser su final. Porque si ni siquiera J. T. la creía, entonces nadie más lo haría.

El pánico se apoderó de ella. Miró a su alrededor con la esperanza de encontrar una puerta en la que leer «salida». Pero una de las puertas daba a la sala de despiece en la que se había convertido la sala de preparación de cadáveres, y la otra era la ruta que había tomado el asesino para abandonar la locura del escenario del crimen.

Entonces, de repente, esa primera puerta se abrió y el jefe Martin Goss entró en el despacho desde la sala de preparación de cadáveres. Era un hombre bajito y gordo. Su piel colorada estaba constantemente cubierta de sudor.

Goss desvió la vista de J. T. a Dez, después al cuerpo y de nuevo a J. T. Se quedó contemplando el uniforme de Dez, completamente cubierto de sangre.

—¡Dios mío de mi vida! —exclamó—. Dez, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —musitó ella.

—¿Seguro? Hay enfermeros de camino…

Ella asintió.

—Estoy bien, jefe. Solamente estoy manchada.

—¿J. T.?

—Yo estoy bien. Estaba fuera cuando ocurrió todo.

Goss se lamió los labios.

—Según vuestra llamada había un sospechoso que huyó a pie, ¿no?

J. T. le mostró las huellas de los pies desnudos ensangrentados.

—Desaparecen al borde del césped. Parece que se dirigía al oeste, pero es solo una suposición.

Goss asintió brevemente, apretó el botón de su micrófono e informó al resto del

equipo. Ordenó que comenzaran la búsqueda de inmediato y les aconsejó a todos que tomaran precauciones extremas. También llamó a la policía estatal para pedir ayuda. Ellos disponían de más hombres y de helicópteros. Entonces llegaron otros agentes, entre ellos el forense del condado, Paul Scott. Scott echó un vistazo rápido a J. T. y a Dez y volvió a la sala de preparación de cuerpos. Llevaba una bolsa en la que iba guardando las muestras.

Goss se giró de nuevo hacia J. T. y Dez.

—Vale… pues ahora contadme qué ha pasado.

Dez arrancó a hablar, pero no pudo emitir más que un caos de palabras incoherentes. Ella misma captaba el miedo en su propia voz.

J. T. dio un paso adelante y tomó el relevo. A pesar de su primera reacción, pareció haber recuperado la calma e informó con rapidez de todo lo ocurrido desde que aparcaron el coche, vieron la huella de la mano ensangrentada en la pared y encontraron el cuerpo de Doc Hartnup. Y lo hizo con la jerga fría y objetiva de un agente de policía. Por un momento Goss frunció el ceño, pero no lo interrumpió. Dez no dejaba de observar su rostro todo el tiempo, tratando de descifrarlo.

J. T. continuó:

—Creímos que estábamos ante el escenario de un crimen, así que solo examinamos el cuerpo de la segunda víctima de una manera superficial. La dimos por muerta. Entonces yo salí fuera para inspeccionar mientras Dez… la agente Fox, quiero decir, comenzaba a hacer fotos del escenario con la cámara digital. Y fue entonces cuando la… mmm… —J. T. hizo una pausa de solo un segundo; Dez no podía quejarse—… la segunda víctima, que evidentemente seguía viva, procedió a atacar a la agente Fox de una manera completamente agresiva e irracional. La agente Fox se vio obligada a defenderse utilizando la fuerza para salvar la vida.

Todos los agentes se habían detenido para oír la historia. Sus rostros expresaban confusión, duda y asco en grados distintos. Paul Scott entró y se inclinó sobre el oído de Goss para susurrarle algo. El jefe lo miró, se acercó a la puerta y asomó la cabeza por la sala de preparación de cuerpos. Luego volvió y escrutó los rostros de J. T. y de Dez. Su propio rostro expresaba confusión y vacilación.

No se lo creía, reflexionó Dez. Así que estaba verdaderamente jodida.

—¿Y eso es todo? —preguntó el jefe Goss muy despacio, arqueando las cejas—. ¿Esa es vuestra historia?

—Es lo que ocurrió, jefe —respondió J. T.

Dez asintió. Tenía la ropa manchada de sangre y el pelo revuelto. Sabía que debía de parecer una loca.

Goss señaló a la mujer muerta.

—¿Fuiste tú la que le causó esas heridas en el cuello?

—¡Por supuesto que no! —comenzó a decir Dez.

Entonces J. T. le tocó el hombro y la interrumpió.

—Parece ser que tenía ya todas esas heridas cuando llegamos al escenario del crimen, jefe —alegó J. T.—. Tal y como dije, le hicimos un examen superficial y…

—¿Y a Doc Hartnup también le hicisteis un examen superficial?

J. T. hizo una mueca al oír la inflexión de la voz de Goss al pronunciar la palabra «superficial».

—Sí, señor.

—¿Y qué decidisteis, que estaba probablemente muerto, o que en apariencia seguía vivo?

—Muerto, señor —contestó Dez.

—¿En serio? —siguió preguntando Goss muy despacio—. ¿Y la mujer de la limpieza te atacó en este despacho?

—Sí.

—¿Y Doc Hartnup?

—¿Qué quiere decir, señor?

—¿Él también te atacó?

—No —negó Dez—. Ya te lo ha dicho J. T. Doc estaba muerto de verdad cuando llegamos.

—¿En serio? —continuó preguntando Goss, al tiempo que se acercaba de nuevo a la puerta—. Y entonces, ¿dónde coño está su cuerpo?

Dez le lanzó una mirada a J. T. y acto seguido ambos salieron corriendo a la sala de preparación de cadáveres. Había sangre por todas partes, además de unos cuantos agentes. Parte de la sangre era roja, parte negra y otra parte eran esputos como los que le había escupido la rusa a Dez. En los esputos había lombrices diminutas, semejantes a gusanos, retorciéndose. Una serie de pisadas sanguinolentas trazaban un camino desde el charco de sangre del suelo más grande hasta la puerta trasera abierta.

Pero no había ningún cadáver.

Doc Hartnup había desaparecido.

10

Redacción de Noticias Regionales por Satélite
Agencia del condado de Stebbins, Pensilvania

«Billy Trout a la caza de la noticia», esa fue la frase con la que contestó al teléfono.

Sin embargo, su voz sonó de lo más sosa. Estaba tirado en el sillón de su despacho que, según él, había pertenecido al criminal en serie y misógino Gerald Stano. Al sillón lo llamaba la «Vieja Chispita» en memoria de aquella otra silla tan distinta, situada en la sala de ejecuciones de la prisión de Florida, desde la cual Stano había partido de este mundo.

—¿Eres tú, Billy?

La persona que llamaba tenía acento de Misisipi.

—Mmmm —musitó Trout de mal humor.

Solo le faltaban seis letras para terminar el crucigrama del *New York Times*. Tenía que rellenar la casilla treinta y ocho, vertical hacia abajo, con una palabra que fuera un sinónimo de «parásito» y que tuviera seis letras. Lo había intentado con las palabras «abogado», «exmujer» y «editor», pero ninguna de ellas encajaba.

—¿Sigues trabajando en esa sección de noticias extravagantes?

—De ahí la inteligente frase que suelto nada más descolgar el teléfono —murmuró Trout sin el menor interés.

—¿Y sigues pagando bien los soplos de ese tipo de noticias?

—Depende. ¿Quién llama?

—Soy Barney Schlunke.

—¡Ah! —exclamó Trout, que acababa de dar con la palabra que le faltaba—. Insecto —añadió, arrojando el periódico sobre la mesa—. ¿Sigues en Rockview?

—Sigo en Rockview. Aunque son los presos los que viven dentro, los empleados solo…

—Lo sé. Era una broma. Nos vimos ayer. ¿Qué quieres?

—Sí, traté de hablar contigo ayer durante la ejecución, pero te escabulliste antes de que me soltaran.

Lástima, pensó Trout.

—¿Hablar conmigo de qué?

—De una noticia.

Trout soltó un bufido.

—La única noticia por aquí es la tormenta, y yo no soy el hombre del tiempo.

—No me refiero a ese tipo de noticias. Escucha, Billy, quiero saber si sigues pagando lo mismo que antes por los soplos.

—Si es una noticia buena, puedo darte el setenta y cinco por ciento.

Schlunke bufó.

—¿Es que quieres estafarme?

—No —negó Trout—. La economía se ha ido al garete, ¿o es que no lees los periódicos?

—¿Y quién lee los jodidos periódicos cuando puedes enterarte gratis por internet?

—¿Y me preguntas por qué bajan mis precios?

—Quiero el mismo porcentaje de antes.

—Imposible. El setenta y cinco por ciento o mis criaturas no comen.

—Tú no tienes hijos.

—Tengo que pagar la pensión alimenticia de mis dos exmujeres, que son como niñas. Así que es lo mismo.

—Créeme —continuó Schlunke—, lo que tengo se merece el porcentaje habitual más una…

—Ese es ahora el porcentaje habitual.

—… más un veinticinco por ciento más, además.

—No puedo permitirme pagarle los vicios a un drogadicto.

—Yo no me drogo.

—Pues entonces no puedo permitirme pagarte tus costumbres porno por internet, Schlunke.

—¡Dios!, no sabes cuánto he echado de menos ser tu pelele y apuntador, Billy. Puede que fuera mejor que me drogara, porque me parece que estoy a punto de sufrir un episodio psicótico. Quiero decir… creía que estaba hablando con un periodista serio, con ganas de hacerse con una exclusiva. Pero… ¡eh, será producto de las setas alucinógenas!

—Ya vale con la guasa —contestó Trout, bostezando.

De pronto se le ocurrió pensar que Schlunke era una de esas personas extrañas cuyo aspecto parecía corresponderse a la perfección con el nombre. Era grandote y de carnes flojas; el típico zoquete sureño que había arrastrado el culo hasta Pensilvania porque en Misisipi la gente no era lo suficientemente reaccionaria. Sin embargo tenía

que admitir que Schlunke le había mandado tres o cuatro historias buenas a lo largo de los años.

—Bueno, vale —añadió el periodista—. Tú me cuentas lo que tienes, y yo te digo si se merece lo que pides.

—El precio completo es del cien por cien más un veinticinco por ciento de tu porcentaje.

—Tú suéltalo.

—¿Palabra de honor?

Trout sonrió mientras echaba un vistazo a la redacción dividida en despachos con mamparas. Parecía como si un experto en decorados de Hollywood hubiera querido que estuvieran allí reunidos todos los estereotipos y clichés jocosos propios de un periódico de provincias: desde el tipo asiático grasiento hasta la fosa séptica, pasando por los cerros de papeles. Dos terceras partes de su mesa estaban vacías; el otro tercio había quedado enterrado bajo un desorden tan completo que hacía tiempo que se había metamorfoseado en una única vista amorfa y horrenda en lugar de una colección de chismes únicos; el reloj de pared que seguía marcando la hora antigua para ahorrar luz; y el reportero dormido, con los pies encima de la mesa y una novela de John Grisham abierta sobre el pecho.

El ambiente lo deprimía. Todavía era capaz de recordar un tiempo, no tan lejano, en el que acudir al trabajo constituía un acontecimiento emocionante. Por supuesto por aquel entonces él aún creía que los periodistas eran los buenos, que representaban la voz del pueblo, y que lo único que importaba era la verdad. Pero el tiempo y la economía habían ido arrebatándole todos esos principios. El periodismo no era ya más que un trabajo, y quizá pronto dejara incluso de serlo.

El servicio de *Noticias Regionales por Satélite* era uno de esos híbridos que había surgido con el bum de las noticias por internet del siglo XXI y la muerte de la prensa escrita. Trout y sus compañeros reporteros recopilaban historias nuevas para más de cuarenta periódicos impresos del oeste de Pensilvania, ninguno de ellos de primera línea. Grababan vídeos con historias para internet y, con suerte, incluso para servicios como AP. Pero en el oscuro condado de Stebbins no habían vuelto a tener ni un solo día de suerte.

—Palabra —contestó Trout—. ¿Te fías de mi palabra?

—¡Ja! ¿Cómo te sienta eso de ser el pelele de otro?

—¡Es jodidamente divertido! ¿Cómo te sentaría a ti que te colgara el teléfono?

—No vas a colgar. No con lo que tengo para ti.

Billy Trout golpeó la goma del extremo del lápiz contra el papel secante de la mesa y contó hasta tres.

—Vale. El veinticinco. Pero tiene que ser realmente bueno…

—Te diré dos palabras —dijo el guardia de prisión—: Homer Gibbon.

—Me has dicho dos palabras. Pero esa noticia es de ayer.

Trout oyó que Schlunke se echaba a reír.

—¿Sabes que está muerto? —preguntó Trout—. ¡Ah!, espera… creo que recordar que tú estabas en la sala de ejecución cuando le pusieron la inyección letal. Pues te voy a dar otra noticia: ¡yo también! Pero dime, Gosh, ¿cuánto tiempo hace de eso? ¿No fue ayer? No, miento… hace solo veintitrés horas y…

—Y la historia seguiría si tú cerraras la boca y escucharas.

—Vale —suspiró Trout—. Cierro la boca.

—Se ha producido una tormenta de noticias desde el día en que Gibbon perdió la última apelación y se fijó la fecha de la ejecución. Los periodistas han acampado en el aparcamiento. No sé cómo es que pillaste la entrada para el espectáculo principal, pero…

—Tengo amigos en los bajos fondos.

—… pero en cuanto murió ese gilipollas, empezó la fiesta. Y ahora el último capítulo. La historia oficial es que Gibbon iba a ser enterrado en no sé qué agujero sin nombre ni losa de los terrenos de detrás de la prisión.

—Correcto.

—Pero no es eso lo que ha ocurrido.

El interés de Trout aumentó medio grado. Homer Gibbon era el asesino en serie más famoso del estado. Lo habían encerrado por once casos de asesinato, pero se sospechaba que, de hecho, había matado a más de cuarenta mujeres y niños por toda Pensilvania, Ohio, Nueva Jersey, Maryland y Virginia, a lo largo de un período de diecisiete años. Aunque él jamás había admitido oficialmente ninguno de los cargos, al final solo lo habían condenado por uno de ellos, basándose en unas pruebas tan contundentes que el tribunal no había tardado ni dos horas en tomar una decisión. Después había ido perdiendo apelación tras apelación, y durante el transcurso de la última habían surgido pruebas forenses nuevas que lo implicaban irrefutablemente en un caso doble de violación y asesinato de una camarera y de su hija de dos años. El crimen había sido tan brutal y con tantas evidencias de tortura que hasta el periodista

más acostumbrado a ese tipo de noticias se había visto obligado a describirlo con generalizaciones en lugar de con detalles. La apelación no surtió efecto, se celebró un nuevo juicio rápido, se le condenó a pena de muerte y el gobernador aprobó por primera vez la ejecución por inyección letal tras la ejecución de Gary Heidnik en 1999. Esta vez hasta las protestas de los grupos provida y de los derechos civiles fueron escasas. No había nadie que quisiera que Gibbon siguiera vivo.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Que han enviado los restos a su familia.

—Mmm… Pero él no tenía familia. Estuve investigando.

—Lo sé, ¿vale? Querías hacer uno de esos reportajes humanitarios de mierda: «El coste que paga la familia del asesino» o «Los ejecutados no son las únicas víctimas». Una mierda de esas.

—Me alegro mucho de que respetes mi trabajo.

—Vamos, Trout, seamos sinceros. Yo reúno la mierda y tú la sueltas toda en los titulares. Ninguno de los dos actúa por motivos humanitarios. Como mucho, si hay suerte, yo consigo transformar la vida de esos violadores de niñas en un infierno mientras esperan a que el sistema los reincorpore a la sociedad; tú, por tu parte, puede que logres escribir un artículo genuino y con auténtico sentimiento cada diez años, en vez de esa basura sensacionalista. Dime que no es verdad.

Trout se quedó impresionado. No cabía duda de que Schlunke era un parásito, pero según parecía no era el bicho estúpido que había creído. Opinión corregida.

—La familia —soltó Trout, volviendo al tema anterior—. Según los registros del caso no tenía familia.

—Los registros del tribunal eran erróneos. Después de la última apelación apareció una tía bastante vieja. Según parece aportó pruebas suficientes para convencer al juez y al guardia. El asunto es que reclamó el cadáver para enterrarlo. Todo en el último momento, deprisa y corriendo.

Por fin Trout estaba verdaderamente interesado en la historia.

—Así que una tía, ¿eh? ¿Cómo de vieja?

—Más que Matusalén. Se las arregló para llevarse el cuerpo a casa y que una funeraria lo pusiera presentable antes de meterlo en la caja.

—¿Pero qué cementerio aceptaría a un…?

—No, quería enterrarlo en la propiedad de la familia. Bueno… en una granja. Antes era una propiedad grande, pero ya no le queda casi nada. Unas cuantas docenas

de acres sin cultivar, repletas de malas hierbas. Tiene un cementerio familiar detrás de la casa, y quería enterrar a Homer Gibbon allí.

—¿Por qué?, ¿es que quiere devaluar la propiedad? —preguntó Trout.

Sin embargo lo comprendía perfectamente. La vieja dama cuyo único pariente vivo es un asesino en serie. Puede que lo hubiera conocido de pequeño y que quisiera rendirle honores al niño que había sido, más que al hombre en el que se había convertido. La historia clásica de siempre. O puede que se tragara la teoría del abogado defensor de que Gibbon padecía un desequilibrio químico. ¿Era ese el pretexto que utilizaba para aferrarse a su amor propio y al orgullo de su apellido?

—¿Pero me estás escuchando, cabrón? —gritó Schlunke.

—¡Pues claro, hombre! —mintió Trout, que comenzaba a pensar que quizá la historia mereciera la pena. Quizá incluso diera para una película. De las sentimentaloides. O una serie con un sinfín de capítulos, si es que la tía se parecía a Betty White—. Decías que la tía… que la preparación para el entierro…

—Cuando reclamó el cadáver, pidió que no se informara a la prensa. Debía de tener miedo de que alguien quisiera profanar la tumba: amigos o familiares de las víctimas de Gibbon. O gente en busca de emociones fuertes y ese tipo de cosas.

—Sí, sí —convino Trout, que todavía estaba con el reparto de la película. Kristen Bell en el papel de la camarera asesinada—. Pero necesito la dirección. Sin ella no hay historia.

—Lo sé. Así que… ¿estamos completamente de acuerdo en lo del ciento veinticinco por ciento?

—Schlunke, eres tú el que debería estar al otro lado de los barrotes.

—¿Sí o no?

—Sí, sí, sí. Y ahora dime, ¿dónde vive esa jodida tía…?

—En Stebbins.

Trout no captó el nombre, y preguntó:

—¿Qué?

—Stebbins. La tía vive en Stebbins.

—Pero… pero yo vivo en…

—Sí —confirmó Schlunke—, la vieja tía vive en tu pueblo.

11

Estado de Transición Hartnup

—¡Encontradlo! —bramó el jefe Goss—. Doc Hartnup está herido y probablemente en estado de shock.

—Se va a poner a llover —advirtió uno de los agentes.

—Pues ponte en marcha. No ha podido llegar muy lejos si está herido.

—No está herido, jefe. Está muerto. Alguien ha robado su cuerpo —afirmó Dez, solo que en voz baja.

J. T. la miró y sacudió la cabeza.

Los agentes salieron corriendo en todas las direcciones: se internaron en el bosque, abrieron todas las puertas de los edificios de los alrededores y encendieron las luces de todos los rincones para alumbrar incluso debajo de las piedras. Goss llamó para informar de la noticia a los agentes que en aquel momento peinaban ya los bosques en busca del asesino y se encontraban en el extremo opuesto al tanatorio.

—¡Aquí! —gritó un agente de Nesbitt que había cruzado el césped para internarse en la Arboleda.

Dez corrió hacia él. Goss se movía deprisa a pesar de estar gordo. Llegó justo después que J. T. El agente de Nesbitt, un chico de cabello negro llamado Diviny que había salido de la academia justo un año antes, se arrodilló en la hierba de la Arboleda. Señaló una mancha de sangre sobre la gravilla y marcas rojas sobre briznas de hierbas dobladas y aplastadas.

—Parece que se ha internado en el bosque.

J. T. se inclinó, observó el rastro de sangre y comenzó a seguirlo por un lateral para no estropear las pruebas. Dez hizo lo mismo por el otro lado. Las gotas de sangre eran cada vez más escasas. Las del principio estaban húmedas y eran relativamente grandes y brillantes. Luego iban menguando hasta quedar reducidas a gotas diminutas y, por último, a unos cuarenta metros de los árboles, no quedaba nada.

—Lo he perdido —gritó Diviny, que seguía a J. T.

Era evidente que el joven agente trataba de evitarla, concluyó Dez. Todos los policías la miraban con expresiones extrañas.

Pues que se les den por culo, se dijo Dez. Seguía muy nerviosa, y la suspicacia de Goss y del resto de agentes no contribuía a que se calmara. De haber jurado que había

visto un platillo volante o al yeti revolviendo en el cubo de la basura puede que le hubiera concedido crédito a la opinión que J. T. no se atrevía a pronunciar en voz alta acerca de su percepción teñida por una mezcla de Jack Daniels y cerveza Yengling. Pero lo que había ocurrido en el tanatorio no era una alucinación, y tampoco se trataba de elefantes rosas. La rusa muerta se había levantado hecha un energúmeno. Eso era un hecho. Todavía podía sentir su peso muerto clavándola al suelo y sus dedos helados agarrándola del pelo.

Dez se agachó y examinó la hierba.

—No… mira la hierba.

Diviny y J. T. se inclinaron y observaron el trozo de césped que ella señalaba. La hierba era corta, fuerte y bastante resistente a la presión de las huellas, pero un buen examen forense siempre descubría un rastro detrás de todo contacto. Algunas de las briznas estaban aplastadas y en proceso de volver a ponerse en pie, por mucho que no se hubieran tronchado.

—Bien visto —dijo Goss con una nota de reserva en la voz—. Diviny, mira a ver si puedes encontrar a ese gilipollas. Pero no se te ocurra lanzarte a por él tú solo. Si lo ves, llama y pide refuerzos —continuó Goss, que entonces señaló a otra agente de Nesbitt—. Natalie, tú ve con él, ¿de acuerdo? No quiero héroes.

Ambos asintieron y se alejaron hacia los árboles.

—¿Adónde quieres que vayamos J. T. y yo? —preguntó Dez.

Goss se pasó la lengua por los dientes antes de responder:

—Quiero que vayáis a sentaros a vuestra unidad y que me redactéis un informe razonable. No, no me miréis con esa cara. No os lo estoy rogando.

—¿Pero por qué? —preguntó J. T.—. Este es el escenario de un crimen real y…

—Y según parece la víctima de la agresión se ha levantado y ha salido andando de la escena del crimen como si tal cosa.

Dez juró en silencio. Quería alejarse de allí, marcharse a casa.

—Imposible —insistió J. T.—. Doc Hartnup no se ha levantado y se ha marchado andando. No, señor.

—Entonces dame otra explicación, oficial Hammond —contestó Goss, que señaló el rastro que habían seguido desde el tanatorio—. Hemos seguido el rastro de unas huellas de zapatos saliendo del edificio. Y comienzan exactamente donde tú dices que yacía muerto Doc. ¿Estáis sugiriendo, agentes, que alguien entró en la escena del crimen mientras vosotros luchabais con la mujer de la limpieza, se tomó la molestia de

ponerle los zapatos a Doc, recogió el cuerpo y se lo llevó al bosque? Rellenad bien ese informe, y con mucha calma. Pensad bien lo que vais a responder.

J. T. cerró la boca con tal fuerza que Dez creyó que se había partido los dientes.

El jefe los miró alternativamente a los dos repetidas veces y luego añadió:

—Hemos pedido un montón de refuerzos. Si Diviny y Natalie no consiguen nada, comenzaremos la búsqueda por el bosque. Además, nuestra gente ya está registrando los edificios de la zona.

Dez señaló hacia el tejado de la mansión victoriana blanca, apenas visible más allá de la Arboleda, y dijo:

—Al menos déjanos que registremos la casa vieja de Doc.

—Creía que estaba vacía —alegó Goss.

—Está a la venta, pero no está vacía —lo corrigió Dez—. April, la hermana de Doc, ha estado viviendo allí a la espera del divorcio. Con sus dos hijos, Tommy y Gail. Creo que llevan dos semanas en la casa. Antes no nos dio tiempo a ir a verlos, así que déjanos que vayamos…

—No —negó Goss con firmeza—. Mandaré a otros agentes. Vosotros id a redactar el informe. Y a ver si escribís algo que no parezca una puta historia de ciencia ficción.

Dez se giró para ocultar su malestar. J. T. suspiró. Observaron a los agentes Ken Gunther y Dana Howard desaparecer por el camino que atravesaba la Arboleda hasta la casa vieja de Hartnup. Entonces Dez, sin volverse hacia Goss, afirmó:

—Fue un disparo en toda regla, jefe.

Al ver que el jefe no respondía, Dez se giró por fin y lo miró a los ojos en silencio durante unos segundos. Poco a poco, la línea tensa de los labios de Goss se suavizó. Suspiró y dijo:

—¡Dios! Eso espero, Dez.

—¿Nos hará falta un abogado? —preguntó entonces J. T.

Goss volvió a suspirar.

—Por mí no. Pero el estado va a meterse en este asunto, de eso no te quepa duda. Hablarán con los representantes de la unión, y tendrán listos a los abogados.

De repente todos se dieron la vuelta hacia Scott, el forense, que salía corriendo del tanatorio y meneando una tablilla con un sujetapapeles. Scott se acercó a ellos y preguntó:

—J. T., Dez… ¿qué ha sido del tercer cuerpo?

J. T. y Dez se quedaron mirándolo sin comprender.

—¿Qué tercer cuerpo? —preguntó Goss.

—El del muerto —contestó Scott de mal humor.

—¿Es una broma? —preguntó J. T. con el mismo mal humor.

—No. Me refiero al cuerpo del tanatorio. El cuerpo con el que iba a trabajar Doc Hartnup. ¿Qué ha sido de él?

J. T. sacudió la cabeza antes de responder:

—No había ningún cuerpo en la cámara refrigeradora de la sala de preparación. Puede que Doc hubiera venido solo para ocuparse del papeleo o a…

—No —negó Scott, interrumpiéndolo—. No me cabe ninguna duda de que había un cuerpo —añadió, dando unos golpecitos sobre el papel—. Tendría que estar en el depósito. Llegó hace poco más de dos horas. Doc mismo firmó la entrega.

—Había huellas de una tercera persona —dijo entonces J. T. muy despacio—. Alguien ha tenido que entrar para llevárselo.

—Las huellas que he visto yo eran de pies descalzos —alegó Scott—. Es un poco raro.

—Es que hoy todo es un poco raro —murmuró J. T. entre dientes—. La cuestión es por qué alguien, descalzo o no, iba a entrar, matar a Doc Hartnup, atacar a la señora de la limpieza y luego llevarse un cadáver.

Scott se pasó la lengua por los dientes.

—Quizá desde el principio solo se tratara de robar el cuerpo. Alguien entró a robarlo sin saber que Doc estaba dentro. Vamos, que no entró en el momento más oportuno.

—El coche de Doc está aparcado fuera —alegó Goss.

—Sí, pero puede que Doc llegara después de que hubiera entrado el agresor. Y con la señora de la limpieza, lo mismo.

—Lo cual nos lleva otra vez a la pregunta de por qué alguien iba a querer robar un cadáver —señaló J. T.—. Además puede que fuera más de una persona. Los cuerpos pesan una tonelada.

—Sí, peso muerto —bromeó Scott. Nadie se echó a reír. Scott se aclaró la garganta y añadió—: A mí me parece que el motivo es evidente.

—Pues a mí no —objetó Goss, malhumorado.

—¿Estás de broma? Los cuerpos de los famosos están muy demandados —dijo Scott, señalando la tablilla—. Y más este.

La palabra «famosos» quedó suspensa por un momento en el aire, hasta que Dez

le arrebató a Scott la tablilla de las manos. Examinó el formulario y se quedó boquiabierta.

Goss y J. T. releyeron por encima de su hombro. La página de encima era el formulario habitual de la orden de traslado de un cuerpo de una prisión a un tanatorio. Sin embargo, llevaba grapado un acuerdo confidencial firmado por el guardia de la prisión estatal de Rockview ante notario. Venía a decir, con términos legales complejos, que Lee Hartnup se exponía a una multa, a la pérdida de la licencia del negocio e incluso a la persecución criminal en el caso de que rompiera la promesa del secreto profesional y revelara la identidad del prisionero fallecido que dejaban a su cargo.

Leyeron el nombre del prisionero a la luz cruda de la mañana. Dez era incapaz de articular palabra. Goss sencillamente se quedó observando el papel, pronunciando el nombre en silencio.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó J. T. en susurros.

El nombre del prisionero ejecutado era Homer Gibbon.

12

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono, dispuesta a contarles las últimas noticias acerca de la tormenta. A pesar de la fuerza del viento, el frente del temporal comienza a decaer y parece que va a aparcar justo en la frontera entre Maryland y Pensilvania, por lo que será el condado de Stebbins el que se lleve la peor parte. Según advierten los servicios meteorológicos, van a producirse lluvias torrenciales, vientos fuertes e inundaciones severas. Pero he aquí el giro que toma el asunto: a pesar de tratarse de una tormenta en el mes de noviembre, las masas de aire caliente procedentes del sur nos traerán rayos y truenos en abundancia. De momento ya han sonado unos cuantos bastante fuerte. El tráfico aéreo se está desviando lejos del temporal. Así que relajémonos y escuchemos una canción apropiada para la ocasión. Primero oiremos a Bob Dylan con *A Hard Rain's A-Gonna Fall*.

13

Redacción de Noticias Regionales por Satélite

Billy Trout estaba ya animadísimo con la historia. Con las historias, porque según parecía podía sacar varias. Primero la exclusiva de salida inmediata de que el asesino de masas Homer Gibbon volvía a casa. Esa valía su peso en oro, ya que hasta el momento las únicas casas en las que se sabía que hubiera vivido el asesino en serie habían sido una colección de hogares de acogida de la zona metropolitana de Pittsburgh. Nadie, absolutamente nadie, lo había relacionado nunca con el condado de Stebbins. Ni nadie sabía que tuviera una tía llamada Selma.

Además, se dijo Trout mientras metía el equipo de trabajo en el maletín del portátil, *¿no es Selma un nombre de lo más apropiado?* Selma Elsbeth Conroy. Tía Selma. Hecho a la medida para la noticia, perfecto para Hollywood. Esa era la segunda historia. Trout se había prometido a sí mismo que empeñaría hasta el último aliento que le quedara en convertir la historia en un verdadero éxito de taquilla. Un éxito para toda la vida… porque pensaba picar muy alto. Scorsese. De Palma. Quizá Sam Raimi. Conseguiría que Helen Mirren hiciera el papel de Selma. Puede que le añadiera un toque ficticio de incesto, con Kate Winslett en el papel de una tía Selma joven.

Vamos, que la historia se escribía ella sola.

Por primera vez en muchas semanas sentía que levantarse por la mañana para ir a trabajar merecía la pena. Estaba tan emocionado que hasta tenía ganas de llamar a Dez Fox para contárselo, solo que… Solo que ese habría sido un movimiento erróneo. La última vez que había roto con ella, Dez le había dicho alto y claro que prefería que se la comieran las ratas antes que volver a oír hablar de él. Y poco importaba que la culpa de la ruptura la hubiera tenido ella.

Trout lo comprendía perfectamente, porque conocía muy bien a Dez. Lo comprendía cada vez que rompían y lo comprendía cada vez que volvían juntos. Dez era mercancía estropeada, y siempre lo sería. Tenía un corazón de oro, de eso no le cabía ninguna duda, pero amurallado con alambre de espino y rodeado de minas de tierra.

Trout echó un vistazo a las fotos de Dez clavadas en el interior de su diminuto cubículo. Dez con flores en el pelo y con vaqueros ajustados y una camiseta atada al cuello que le dejaba los hombros desnudos, riéndose de algo que había dicho él

mientras hacía la foto. Dez en el día de su graduación de la academia de policía. Dez sentada en el muelle de detrás de la casa de Trout, agarrándose las piernas con los dos brazos, con la silueta destacada delante de un sol poniente impresionante. Dez con un bikini de caerse de espaldas que no consistía sino en unos triangulitos de tela de colores fuertes. Dez de adolescente, con aparato en la boca, cuando él fue a recogerla para ir al baile de fin de curso.

Dez, Dez, Dez…

No era el recuerdo de la ruptura lo que más le dolía; al fin y al cabo eso no era más que un montón de mierda que ya había pasado a la historia y a la que había que agregar la extrañeza y las murmuraciones de la gente que habían durado siete días. Ni tampoco la discusión que había prendido la mecha de su desmoronamiento catastrófico como pareja. No, el recuerdo imborrable con el que tenía que convivir Trout día y noche, y sobre todo de noche, era el de la última vez que habían estado juntos antes de que todo se fuera al garete. Había sido un día perfecto. Habían pasado el día montando a caballo por el parque estatal; Dez sobre un macho castrado pero fogoso y Trout sobre un Clydesdale torpe, un caballo de carga amish retirado. Aquel día el bosque estaba plagado de flores y de cantos de pájaros, y parecía como si ellos no hicieran otra cosa que reír. Dez no paraba de reír. Se reía con todo el cuerpo, apretando los ojos de los que le salían lágrimas.

Luego habían vuelto a casa de Trout. Cualquier otra noche Dez le habría reprochado su sentimentalismo. Vino frío, velas de olor a lila y a lavanda, rosas rojas y rosas y sábanas limpias en la cama. Habían bailado música de Sade y después se habían quedado en el salón, besándose hasta perder la cabeza. Y entonces ambos se habían ido quitando la ropa muy despacio, prenda tras prenda, hasta llegar a la piel del otro con los dedos y con las bocas.

Una vez desnudos se produjo un momento extraño pero encantador en el que ambos se quedaron ahí, en pie simplemente, mirándose el uno al otro. Trout la había tocado con la mayor delicadeza del mundo, como si ella fuera un fantasma de bruma, y sus dedos habían ido trazando sombras de excitación desde los labios y el cuello hasta el pecho, hasta cada uno de aquellos pechos abultados y hasta los pezones rosados. Entonces ella lo había tomado de la mano y lo había llevado a la cama. El sexo entre ellos siempre había estado bien, pero a menudo era rápido. Dez siempre quería saltarse los preliminares e ir directamente al grano. Pero aquella noche fue diferente. Pasaron mucho tiempo juntos, jugando y excitándose el uno al otro hasta

justo antes de llegar al clímax, momento en el cual retrocedían para volver a comenzar, solo que de otro modo. Después él se había tumbado boca arriba y había tirado de ella hasta tumbarla encima. Y habían hecho el amor muy despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Para finalmente yacer el uno junto al otro con los cuerpos vibrantes y rebosantes de un calor fiero, de un sudor que había calado hasta las sábanas, escuchando cada cual los latidos rítmicos del corazón del otro.

Esa había sido la última vez que habían hecho el amor. Y quizá ya no volvieran a hacerlo nunca. Veinticuatro horas más tarde ya se habían peleado. Y ambos sabían muy bien cómo lanzar la bomba que destrozaría el corazón y las esperanzas del otro.

Trout estuvo a punto de sacar el móvil del bolsillo. Quizá ella no siguiera enfadada. Puede que se hubiera calmado y se arrepintiera de lo que había hecho. Puede que lo echara de menos.

Pero dejó el móvil en el bolsillo e hizo un esfuerzo de voluntad para pensar en lo que estaba ocurriendo. Para volver al presente, a algo real y tangible. A algo sobre lo cual sí tenía control.

Poco a poco la emoción por la historia que estaba surgiendo fue provocándole un bombeo de adrenalina. Se puso en pie y se dirigió a la sala de vídeo. Allí había un joven tirado en una silla, escribiendo un mensaje en el Twitter. Al sentarse Trout a su lado alzó la vista.

—¡Cabra! —exclamó Trout con alegría—. Justo la persona que andaba buscando. Coge la cámara.

Gregory «Cabra» Weinman era un tipo alto y desgarbado de piernas y brazos larguísimos, de pelo negro rizado y revuelto y con una piel que jamás había visto el sol. Iba envuelto en ropa suelta al estilo de la nueva bohemia, pero jamás le pegaba una prenda con otra.

—¡Ah!, ¿es que estamos en uno de esos momentos cumbres en los que hay que parar la impresión? —preguntó Cabra sin ninguna inflexión de la voz.

—Pues de hecho sí —confirmó Trout—. Coge el equipo.

Cabra terminó de escribir el mensaje y apretó el «intro». Trout leyó el comentario. Se trataba de una observación mordaz acerca de la última película de Woody Allen. Cabra era el cámara, el editor de vídeos, el ingeniero general para *Noticias Regionales por Satélite* y, que Trout supiera, un tipo temperamental, impredecible y con un engreimiento de proporciones legendarias. Era un cineasta fracasado de cine independiente con un máster en Bellas Artes por la Universidad de Carnegie Mellon y

con una sensibilidad en extremo refinada y esnob como para que Hollywood le brindara una oportunidad. Lo mismo podría haber llevado la palabra «autor» escrita en la frente. Además Trout sabía que Cabra detestaba cada segundo que pasaba en el país de las noticias regionales retransmitidas por cable. Sin embargo, teniendo en cuenta la situación de la economía y dado su temperamento, había sido el único trabajo fijo que había encontrado. Por otra parte también era cierto que Cabra era capaz de tomar metros y metros de película de los juegos de la liga infantil, de las reuniones del Tea Party, de las carreras de Nascar o de las exhibiciones de tiro, y convertirlos en algo irresistible. Si alguien se hubiera molestado en ver las noticias que él enviaba, cosa que desde luego no era el caso, sin duda Cabra habría ganado varios premios.

—Vamos —lo animó Trout—, andando.

—Imposible.

—¿Por qué? ¿Viste por fin todo el porno de internet?

—Ojalá, pero no. Me he pasado la noche entera editando un vídeo. El discurso horrible del alcalde y el partido de fútbol. De no ser por las madres futboleras, me habría pegado un tiro. Vamos, que estoy hecho polvo. Me largo.

—Pero esto es importante…

—¿El qué?, ¿el temporal? Porque si te has creído que voy a quedarme parado en medio del jodido huracán mientras Gino lee los pronósticos es que lo que tomas es un buen alucinógeno.

—A la mierda con la tormenta. Tengo una pista de algo que puede que sí sea importante.

—¿Importante a qué escala? ¿A escala de pueblo o de ciudad?

Trout sonrió antes de responder:

—Entre el Pulitzer y el Óscar.

Cabra parpadeó, confuso.

—¿Me tomas el pelo?

—Pues claro que no.

Trout le contó la historia.

—¡Oh, sí! —exclamó Cabra—, ¡eso sí que es grande!

—Lo sé.

—El puto Gibbon cabalga de nuevo. Déjame que twitee un poco.

Trout asintió. Comprendía perfectamente el valor de las redes sociales como

cualquier periodista que tuviera en perspectiva labrarse un futuro con sueldo en la profesión. Twitter y Facebook movían montañas en términos de relaciones públicas y de cuchicheo. Cabra manejaba las cuentas *online* para la división de *Noticias Regionales por Satélite*, y había engordado la charlatanería hasta el punto de que NRS había sobrepasado los ocho mil seguidores. Diez veces la población del condado de Stebbins.

—¿Qué tal suena esto? —preguntó Cabra mientras escribía un mensaje corto—: Muy pronto, en exclusiva desde NRS, los secretos inconfesables de Homer Gibbon.

—Perfecto —aseguró Trout—. Pero corto. Creía que en Twitter te permitían escribir ciento cuarenta palabras.

—Ciento cuarenta caracteres —corrigió Cabra—. La brevedad es el dios que permite sumar masas. Este mensaje tiene cincuenta y siete. Cuanto más breve, más fácil que la gente lo reedite con su nombre de usuario. Lo cual contribuye a extenderlo —explicó Cabra, que hizo una pausa—. Creo que cuando volvamos voy a editar un vídeo con «lo mejor de Gibbon». Titulares, metros de película en los que el FBI saca ese cuerpo del contenedor de basura de Akron, los cara a cara del juicio, el paseo del criminal hasta la sala de ejecución, todo esto. Voy a subirlo a YouTube. Puedo colgarlo con un enlace a Twitter, a ver si conseguimos que la gente empiece a hablar y se convierta en un virus. Así preparamos el terreno para cuando soltemos la bomba.

—Por mí bien —dijo Trout.

Cabra apagó el ordenador y comenzó a meter el equipo en una bolsa reforzada. En cuanto terminó se puso en pie. Parecía una escoba gigante al lado de Trout.

—Venga, vamos.

Tres minutos más tarde estaban en el Ford Explorer de Trout, abrochándose los cinturones, dispuestos a recorrer la calle Fábrica de Muñecas en dirección al Estado de Transición.

14

Estado de Transición Hartnup

El agente Andrew Diviny, de veintitrés años de edad, se había graduado en la academia de policía un año y cuatro días antes. Planeaba quedarse un año más en el Departamento de Policía de Nesbitt para consolidar su carrera, añadiendo quizá una mención o dos, y solicitar después su incorporación en el FBI. La idea era abandonar esos pueblos insignificantes de América tan deprisa que quedaran huellas de haber derrapado hasta en el currículum. Lo tenía planeado desde el instituto. De ninguna manera estaba dispuesto a quedarse en un viejo pueblo minero sin salida como Nesbitt, cuya única virtud consistía en no ser una mierda tan chunga como Stebbins.

Sabía que su perfil encajaba en el FBI a la perfección. Tenía una nota media alta tanto en el colegio como en el instituto, se había licenciado en Justicia Criminal y tenía conocimientos de contabilidad. Esa última asignatura la había elegido deliberadamente. Diviny sabía que lo más importante en el FBI eran los números. Había que seguirle la pista al dinero, incluso en tiempos como aquellos en los que la agencia estaba bajo los auspicios del gobierno. El dinero lo era todo, y Diviny sabía manejar los números. Incluso le gustaba la contabilidad. Su padre y sus tíos eran contables, y su madre era licenciada en Económicas por la Universidad de Pittsburgh.

Diviny caminó a paso ligero en dirección al bosque. De vez en cuando le dirigía una mirada de soslayo a la agente con la que lo habían emparejado para la tarea. Natalie Shanahan. Pasaba de los treinta, le sobraban cinco kilos que apenas le cabían en el uniforme y corría proyectando la cabeza hacia delante como si estuviera a punto de coger al asesino en lugar de simplemente siguiéndolo. No iba a pillarlo. Diviny estaba convencido. Pero él sí. En una ocasión había seguido un rastro en ese mismo bosque y había encontrado a la víctima perdida. Él haría el rescate, por decirlo de alguna manera. Estaba destinado a lucirlo en la chaqueta.

Nada más alcanzar el borde de la hierba aceleró y adelantó a Natalie para ser el primero en llegar a la Arboleda.

—¡Tranquilo, chico! —jadeó Shanahan.

Diviny fingió no oírla.

El bosque era alto y espeso, con pinos densos cuyas ramas colgantes repletas de agujas se mezclaban unas con otras de tal modo que la luz brillante del día quedaba

reducida a un ocaso de media luz. Diviny sacó la linterna y se aseguró de enfocar en todo momento muy por delante de Shanahan y lejos de ella. Encontraría el modo de dejarlo caer cuando redactara el informe, esmerándose como siempre para que pareciera que su intención era elogiar a su compañera mientras iba destacando uno a uno todos los detalles a su favor.

La escasa luz daba lugar a calvas en la hierba que finalmente dieron paso a un terreno medio desnudo, solo cubierto en parte de musgo. Diviny atisbó la línea errática de huellas de zapatos casi al instante, pero las atravesó y se alejó hacia la derecha a sabiendas de que Shanahan lo seguiría a él. Y efectivamente así fue, de modo que la apartó unos veintidós metros del rastro.

—¡Mierda! —exclamó ella poco después, mientras reducía la velocidad de la carrera hasta caminar a buen paso, respirando con dificultad a causa del chaleco de Kevlar—. ¡Lo hemos perdido!

—Ya lo sé —mintió Diviny. Entonces se mordió el labio como si estuviera pensando y añadió—: Escucha: está herido, ¿no? Así que no creo que haya podido subir ninguna colina. Hay dos senderos —dijo señalándolos, ambos entre los troncos de los árboles—. Ese va colina abajo. No requiere tanta resistencia. ¿Por qué no lo coges tú y yo voy colina arriba, por si acaso?

Shanahan contestó sin parpadear.

—Buena idea. Mantente alerta, chico.

¡Por Cristo!, pensó Diviny, *¿de qué serie «B» de polis habrá sacado esa frase?*

—Claro —contestó él con una sonrisa tan amplia que enseñó todos los dientes.

Diviny echó a caminar hacia la izquierda para formar un ángulo que interceptara casi con total seguridad la línea de huellas que había dejado pasar. Le echó un vistazo a Shanahan de refilón. Se dejaba caer despacio ladera abajo hacia un destino insignificante impreso en el informe que redactaría con posterioridad. Nada más volver a encontrar las huellas sonrió.

Se agachó a examinarlas. Zapato de hombre, probablemente del número 42 o 43. El terreno estaba blando, pero las huellas no eran muy profundas. Diviny sabía que Doc Hartnup venía a medir un metro ochenta y era delgado. Puede que pesara unos sesenta y cinco kilos. Encajaba a la perfección.

La línea de las huellas que iba dejando era errática. Como caminaría un borracho o una persona herida de gravedad. Quizá una persona delirante tras un fuerte shock. Eso también encajaba.

Pensó en todo lo que había oído en el tanatorio. J. T. Hammond y Desdemona Fox tenían reputación de buenos polis. Se decía incluso que habrían estado mejor en un departamento más cargado de trabajo y con tareas más estimulantes y exigentes. Los dos poseían un montón de menciones. Aunque sin duda Dez Fox se había llevado tantas reprimendas como honores. Por hablar inadecuadamente en el trabajo, por destruir la propiedad pública y por ejercer una fuerza excesiva sobre los sospechosos. Se decía que había arrojado a un alto cargo del Ayuntamiento por la cristalera del despacho del asesor jurídico del condado por maltratar a su esposa. Eso después de zurrarlo. Un par de noctámbulos detenidos por conducir bajo los efectos de las drogas y el alcohol aseguraban que Dez pisaba terreno resbaladizo, pero que le permitían seguir en el cuerpo porque a unos cuantos polis del condado les caía bien mientras que el resto estaba deseando follársela.

No le extrañaba. Dez Fox estaba muy buena. Tenía el cuerpo de Scarlett Johansson, los ojos de un azul helado, los labios hinchados y voluptuosos y el cabello rubio natural, si es que los rumores eran ciertos. De no haber sido como Gengis Kan solo que con tetas, tal como la describía un amigo común de ambos, Diviny incluso habría considerado la posibilidad de pedirle que salieran. Solo que no cabía duda de que su reputación habría constituido una mancha en su expediente, y de eso nada, colega.

Diviny se detuvo. El terreno estaba lleno de marcas alargadas, así que lo alumbró con la linterna para tratar de interpretar lo ocurrido. Confusión de pisadas, huellas de palmas de manos y hendiduras, como si alguien se hubiera arrodillado. Indudablemente Doc Hartnup se había derrumbado allí mismo. Diviny rodeó la zona con cuidado para no borrar ninguna prueba. Hizo una pausa. Las huellas que partían del lugar en el que la víctima había caído al suelo no seguían la misma dirección de antes. En lugar de dirigirse erráticamente hacia el nordeste trazaban una curva alrededor de unos cuantos rododendros silvestres enmarañados. Si bajaba siguiendo ese rastro se encontraría con Shanahan.

—¡Mierda! —exclamó Diviny, que echó caminar a toda prisa.

Tenía que interceptar a Doc antes de que Shanahan lo viera, porque sino tendría que compartir los honores con ella.

Corrió despacio tras el rastro. Apenas necesitaba alumbrarlo con la linterna para verlo. Caminaba con la cabeza gacha y el cuerpo ligeramente doblado por la cintura, además de una sonrisa en los labios en previsión de su futuro éxito, cuando rodeó el

tronco de un árbol grueso y se topó de frente con una figura silenciosa.

Diviny retrocedió asustado y alzó la cabeza. Sonreía de pura sorpresa y desconcierto.

Pero su sonrisa se desvaneció al instante.

—¿Doc?

La cara de Doc Hartnup estaba cubierta de sangre. Tenía los ojos oscuros e inexpresivos, como muertos, y los músculos de la expresión flojos. Excepto la boca, que abrió inmensamente para abalanzarse sobre el agente.

Al cerrarse de golpe los dientes blancos alrededor de la tráquea del agente Diviny se oyó un chasquido, y luego se escuchó el silbido hidrostático que se produce al succionar y bombear la sangre fresca al exterior con la fuerza de una manguera de incendios. La sangre salpicó las ramas extendidas de los árboles de alrededor.

15

Estado de Transición Hartnup

Dez, J. T. y el jefe Goss se quedaron atónitos durante tres segundos, contemplando el nombre escrito en el documento sujeto a la tablilla. Después se giraron y se apresuraron a atravesar la hierba en dirección al edificio del tanatorio.

—¿Cómo demonios ha terminado aquí el cuerpo de un psicópata como Homer Gibbon? —preguntó Dez de mal humor mientras corría al paso de Goss—. ¿Tú lo sabías, jefe?

Goss desvió la vista hacia ella por un momento y luego apartó los ojos antes de contestar:

—Se arregló en el último momento.

—¿Y no se te ocurrió que los agentes de turno tenían que saberlo?

—Baja el tono —soltó Goss, poniéndose colorado—. ¿Por qué iba a contárselo a nadie? Estaba tieso, metido en una bolsa de cadáveres, y se suponía que iban a enterrarlo mañana. Además, hay una orden judicial que prohíbe hablar del asunto a todos los implicados en el traslado.

—¿Por qué? —quiso saber Dez.

Goss esquivó la pregunta por un momento. Era evidente que, dadas las circunstancias, no estaba seguro de que la orden siguiera siendo válida. Dio unos cuantos pasos rápidos antes de contestar:

—Vale, vale… Gibbon tenía un familiar en el pueblo que fue a reclamar su cuerpo ante el tribunal para enterrarlo en la propiedad familiar.

—Espera —intervino entonces J. T., alzando una mano—. ¿Gibbon era de aquí?

—No, pero su tía vive aquí. Selma Conroy.

J. T. lo miró.

—¿Selma la Sexi?

—¿Quién es Selma la Sexi? —preguntó Dez.

—Tú eras demasiado joven —explicó J. T.—. Selma Conroy dirigió un antro de prostitución en la carretera 381 durante años, cuando yo era un novato. Hicimos docenas de redadas, pero siempre se las apañó para esquivarnos. No cogimos a nadie de importancia. Se retiró hace años.

—¿Y esa es la tía de Homer Gibbon? ¡Qué encanto de familia! —exclamó Dez sin

dejar de mirar a Goss—. No habría estado mal saber dónde nos metíamos cuando contestamos a esta llamada.

—¡Eh! —exclamó Goss—, que a mí tampoco me informaron más que de un par de memeces. Además, la prohibición era necesaria a causa de las amenazas.

—¿Qué amenazas? —exigió saber J. T.

—Durante el juicio se recibieron cincuenta tipos de amenazas distintas. La gente quería arrastrar el cuerpo de Gibbon por las calles y colgarlo de un árbol como si fuera una piñata. Otros se conformaban con mearse sobre su tumba.

—Yo también me habría meado a gusto —musitó Dez.

Goss siguió hablando sin hacerle caso:

—Llegaron cartas hasta de un par de sectas siniestras de admiradores.

—¿De qué sectas? —quiso saber Scott.

—No lo sé, de los gilipollas esos que rinden culto a los tipos malévolos como Gibbon, Ozzy Osbourne o Satanás. ¡Yo qué sé! Cretinos que celebran misas negras. Decían que querían guardar su cuerpo como reliquia.

—¡Oh, por el amor de…!

Dez no pudo terminar la frase. Era todo tan absurdo y estaba tan nerviosa que no quería más que olvidarse del asunto y marcharse a casa, pedir una pizza, beberse seis latas de Yuengling y ver unos cuantos capítulos de la serie *Muertes terribles* hasta que las cosas volvieran a su cauce.

Ya estaban casi en el tanatorio. Habían llegado más unidades de policía de otros pueblos, y el camino estaba completamente bloqueado.

J. T. se aclaró la garganta y preguntó en un tono neutral:

—Jefe, a la luz de las amenazas y todo eso, ¿no crees que sería más prudente darles unas cuantas pistas a los agentes que van a incorporarse ahora al caso? Si a esos admiradores se les ocurre intervenir, se podría montar un verdadero follón…

Goss no dijo nada, simplemente desvió la vista.

Ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello, comprendió Dez muy enfadada. ¡Cabeza de chorlito!

—¡Dios! —exclamó J. T.

La tensión, producto de la desaprobación por parte de ambos agentes, era evidente. Pero J. T. no dijo nada, tampoco Dez. El jefe se puso todo colorado y aceleró el paso.

—Bien —dijo Goss, cambiando de tema—, menos mal que la prensa todavía no se

ha enterado.

—Hay sangre en el agua. Los tiburones no tardarán en llegar —afirmó Dez.

Volvieron a entrar en el tanatorio, siempre con mucho cuidado para no estropear las pruebas. Scott se dirigió directamente hacia la camilla volcada. Los demás se reunieron a su alrededor. En cuanto prestaron atención a los detalles en lugar de quedarse paralizados contemplando tanta sangre y tanta muerte, los hechos resultaron evidentes. No hacía falta que Scott les explicara lo sucedido. La camilla yacía sobre una pila de sábanas blancas manchadas y una bolsa de plástico de las de guardar cadáveres.

Goss se giró hacia un agente que estaba haciendo fotos con una cámara digital para documentar el estado del escenario del crimen.

—Barney, te ocupas tú de todo eso, ¿verdad?

—Sí, jefe. Adelante.

Scott se sacó un par de guantes de polietileno del bolsillo, se los puso y levantó delicadamente la sábana por una esquina para mostrar las palabras impresas con tinta azul medio borrada sobre el embozo: Prisión Estatal de Rockview.

El mismo nombre que en la bolsa de cadáveres.

—Bien —concluyó Dez—, de modo que es cierto que trajeron aquí el cuerpo de Gibbon. Es una verdadera suerte. Así que… puede que tengamos que vérnoslas con una pandilla de mentecatos fanáticos religiosos, de esos que llevan antorchas y horcas, o con una secta satánica dispuesta a matar a Doc Hartnup y quien se le ponga por delante con tal de robar el cuerpo. Este trabajo es que me encanta.

16

Estado de Transición Hartnup

Podía sentirlo todo.

Hasta-la-más-mínima-cosita.

La forma de sacudirse los muslos con cada paso torpe. Las quejas de los músculos, que trataban de luchar contra el rígor mortis justo en el instante en el que flexionaba los brazos y las manos. El estiramiento de los músculos de la mandíbula. La vibración durante los segundos en que se produjo el chasquido al cerrar los dientes con fuerza alrededor del cuello del joven agente.

Y después la sangre. Cálida, salada y pegajosamente dulce. Fluyendo por su boca, bañándole las encías y la lengua, entrando a borbotones por su garganta.

Lee Hartnup gritó. Gritó desde lo más hondo de su alma mientras abría la boca y volvía a cerrarla una, y otra y otra vez. Partiendo, desgarrando. Masticando.

Devorando.

Gritó y gritó, pero no con los pulmones. Ni con la voz. Esas cosas, cada una de esas partes físicas, ya no le pertenecían. Existían en torno a él. Él estaba en el interior. Impotente y sin control sobre ellas, y no obstante conectado de alguna forma a cada uno de los nervios y de los órganos sensoriales. Notaba cada detalle. Desde el arañazo de los dientes sobre el hueso maxilar al morder hasta las vértebras cuando hacía ese movimiento lento de masticar a medias y deslizar el bocado por la garganta. Lo sentía todo. No se le pasaba nada.

Sus gritos produjeron un eco en el vacío oscuro. Si acaso escapó algo al exterior, fue el más débil de los susurros. Un simple gemido grave y lastimero.

Hartnup trató de echarse atrás. Trató de arrojar aquella cosa roja destrozada que sostenía entre las manos… pero a pesar de que sentía cómo se flexionaban los músculos de sus manos, de sus muñecas, de sus bíceps, de sus hombros y de su pecho, no era capaz de controlarlos. Ninguno de aquellos órganos era ya suyo, excepto la terrible conciencia.

Dios, permíteme morir, rogó.

Pero fue su misma voz la que le susurró que ya estaba muerto.

Los dientes mordieron, rasgaron y masticaron.

Esto es imposible. ¿Cómo puede mi cuerpo hacer estas cosas tan terribles, tan

repugnantes?

Pero ninguna voz, ni interior ni exterior, respondió.

Estaba atrapado en la oscuridad como un pasajero que viaja en contra de su voluntad; era incapaz de mover un dedo, ni tan siquiera la aleta de la nariz. Nada.

Su cuerpo cayó de rodillas al suelo y su cabeza se sacudió al tratar de rasgar un trozo de carne del cuerpo del agente.

Estoy en el infierno.

Su cuerpo se inclinó sobre el festín para morder y arrancar.

Soy un monstruo.

Soy un hombre hueco.

Inmerso en aquel oscuro raciocinio, Doc Hartnup gritó y gritó.

17

Calle Fábrica de Muñecas
Condado de Stebbins, Pensilvania

—Vale, ¿y cuál es el plan? —preguntó Cabra—. Llegamos al tanatorio y soltamos por las buenas: «Hola, amigo, sabemos que tienes a un criminal en serie en la cámara frigorífica. Venimos a hacerle una foto».

Trout soltó un bufido y contestó:

—Claro. Así, sin más. Seguro.

—¿Lo dices en serio?

—No. Tenemos que ir camelándolo con artimañas, porque si no nos va a echar a patadas y va a llamar a la tía Selma para que suba el puente levadizo.

—Y entonces, ¿cuál es tu malévolo plan maestro?

—Le soltamos una historia que nos sirva de tapadera. Le contamos que estamos haciendo un reportaje sobre el negocio de la muerte. Ya sabes: tanatorios, residencias de ancianos, cementerios, depósitos de cadáveres, ese tipo de cosas. Le decimos que estamos rodando una serie. Un análisis sobrio y compasivo acerca del proceso de la muerte y de las diversas etapas anteriores y posteriores al fallecimiento. Respeto por la vida incluso después de la muerte y mierdas de esas.

—Vale —convino Cabra—. A ese tipo le encanta la New Age… Puede que se lo trague.

Condujeron unos pocos segundos en silencio.

—Esa historia podría estar bien en cualquier otra circunstancia —comentó Cabra.

—Lo sé. Eso mismo estaba pensando justo mientras te lo decía.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta Gibbon y Selma?

—No estoy seguro todavía. Primero hay que conseguir entrar en el tanatorio con esa historia, y luego nos lo trabajamos un poco, lo ponemos de nuestra parte. Incluso podemos incluirlo en el proyecto del rodaje. Le hablamos del éxito en Hollywood. Y de un *best seller*. Y si no es capaz de ver las ventajas publicitarias del asunto… bueno, entonces solo queda pasar al soborno y a la amenaza.

—Para eso no cuentes conmigo, Billy.

Trout aceleró para adelantar a un autobús escolar.

—No te estoy hablando de amenazarlo con romperle las piernas. Si se trata de la

misma Selma Conroy que conocí cuando aterricé por primera vez en este pueblo, entonces es una vieja prostituta. Ya nos inventaremos algún tipo de conexión entre Doc y ella. El hecho de que sea verdad o no da igual, porque será él el que tenga que demostrar que es falso, y eso en los medios de comunicación es imposible. Twitter es más poderoso que una espada, como tú bien sabes, y tal y como anda la economía, ningún negocio puede permitirse la mala prensa.

Cabra se giró en el asiento hacia él y se quedó mirándolo.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

Trout siguió conduciendo unos segundos antes de contestar:

—¿Y tú? ¿Es que eres un santo?

Cabra suspiró y sacudió la cabeza.

—¿De verdad conoces a alguien en Hollywood a quien puedas poner a trabajar en esto?

Trout asintió.

—Tengo una agente, solo que hasta ahora no había tenido ninguna historia tan jugosa como esta. Ni remotamente tan jugosa. Ella sabrá con quién tiene que hablar.

—¿Y si Hartnup no se lo traga?

—Nos largamos y nos vamos a ver a la tía Selma. Podemos utilizar su pasado como palanca de presión. Y si eso no funciona, de todos modos escribimos la historia y la sacamos a la luz pública. Todas las historias terminan por salir a la luz, chico. Todas.

—Deberías poner esa frase en tu tarjeta de visita, chico. O decirlo cuando contestas al teléfono. Es mucho mejor que eso de «Billy Trout a la caza de la noticia».

—¡Vaya!

Cabra sonrió, sacó el iPhone y se conectó a la cuenta de Twitter.

—¡Uau!, la cosa va bien. Tenemos trescientas respuestas de twiteros en el correo. Estupendo. Cuéntame algo más para que el bollo no se enfríe.

Trout se quedó pensativo por un momento antes de decir:

—«Homer Gibbon: ¿sabe el testigo equis dónde enterró los cadáveres de sus víctimas?». ¿Qué tal, te gusta?

—Horripilante —comentó Cabra, que inmediatamente colgó el mensaje—. Me encanta.

Giraron para salir de la calle Fábrica de Muñecas y entrar en la travesía de la Transición. Trout presionó el freno de inmediato y el coche dio bandazos a los lados,

derrapó y esparció la gravilla hasta detenerse.

Toda la calle estaba bloqueada con coches de policía y ambulancias.

—¿Qué coño pasa aquí? —gritó Cabra—. ¡Oh, Dios…! Creo que alguien más ha descubierto la historia.

—No —murmuró Trout mientras sacudía la cabeza despacio, inspeccionando—, no es eso, se trata de otra cosa. Pero… lo que sí creo es que somos los primeros periodistas en llegar. Me parece que hemos tenido todavía más suerte de la que esperábamos.

Trout aparcó, giró la llave de contacto y abrió la puerta. Dos policías los observaban mientras Cabra recogía sus cosas antes de bajarse del coche. Uno de ellos, una mujer, echó a andar hacia el Explorer con esa seguridad y determinación que, por experiencia, Trout sabía que no podía significar nada bueno. Aunque tampoco le sorprendió, porque a pesar de la distancia reconoció a la agente.

Se aferró al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Dez. Habían estado evitándose el uno al otro durante meses, pero ahí estaba. Solo a un idiota se le habría ocurrido pensar que Trout se había pasado todo ese tiempo acariciando la idea de tumbarla debajo de él. De pronto el corazón comenzó a latirle aceleradamente en el pecho. Trout no supo discernir si era por los nervios de volver a verla o por miedo a que ella le disparara en la rodilla en el preciso instante en que saliera del coche.

—¡Agárrate, chico! —comentó Trout entre dientes—. Estamos a punto de experimentar el huracán Desdémona.

—¿Esa?, ¿esa es la chavala de las fotos de tu cubículo? Pues tiene un culo que no te lo pierdas. Y un buen polvo…

—¡Cabra! —advirtió Trout en voz baja—, si quieres conservar los huevos en su sitio, ni se te ocurra decir absolutamente ni una sola palabra de eso delante de ella. No tiene mucha paciencia cuando está de buen humor, pero si estoy yo delante entonces su tolerancia es cero, peor todavía que… que Hitler en una ceremonia del bar mitzvá.

—¿En serio? Así que tuvisteis una historia, ¿eh?

—Más o menos.

Cabra se encogió de hombros y preguntó:

—¿Y quién hará su papel en la película?

—El tiburón Mandíbulas Grandes —musitó Trout.

Dez Fox llegó furibunda al Explorer y cerró la puerta del conductor. Trout tuvo

que meter las piernas a toda prisa para evitar que lo pillara.

—¡Por Dios, Dez! —exclamó él de mal humor—, has abollado todo el…

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí? —lo interrumpió Dez con un tono de voz tan frío que habría podido dar comienzo a una nueva Edad del Hielo.

Trout hizo una mueca, pero enseguida intentó transformarla en una sonrisa.

—¡Eh!, ¿crees que esa es forma de tratarme después de…?

Dez se enfrentó a él cara a cara y le habló con un tono de voz tenso y bajo:

—Como se te ocurra traer a colación el pasado, Billy, voy a freírte con la pistola eléctrica mientras te meas en los pantalones. Y no creas que es broma.

—¡Dios, Dez! Veamos las cosas con un poco de perspectiva. No he sido yo el que…

—Tú eres un gilipollas al que deberían haber tirado a la basura nada más salir expulsado de la placenta.

Trout suspiró y se llevó la mano al pecho.

—Me duele que me digas esas cosas, Desdemona.

—Más te va a doler.

—¡Vaya, agente! —intervino Cabra, sacudiendo una mano entre los dos para separarlos—. Bajemos un poco el tono de voz y…

—¡Que te follen! —contestaron Dez y Trout al mismo tiempo.

—Pero…

J. T. se había acercado unos cuantos pasos por detrás de Dez e intervino en ese momento para coger a Cabra del brazo y llevárselo.

—Ven conmigo, hijo. Cuando se ponen a discutir estos dos, más vale mantener las distancias.

Cabra permitió que J. T. lo arrastrara a la acera opuesta sin dejar de observar a Dez y a Trout, que se inclinaban el uno sobre el otro, nariz contra nariz, y se hablaban a voces.

—¿Pero qué les pasa? —preguntó Cabra—. ¿Es que se la tienen guardada el uno al otro, o qué?

J. T. esbozó una sonrisa tolerante.

—¿Y eso te lo has imaginado tú solito? Buen trabajo.

Cabra se giró hacia J. T., pero no con una sonrisa.

—Oye, que yo soy un fenómeno de reportero-cámara. Un poquito más de respeto,

¿eh?

J. T. extendió las manos.

—No te pongas así, chico, que era broma. Te he sacado de allí antes de que te hicieran daño. Ni siquiera yo me atrevo a meterme entre esos dos, y eso que voy armado.

La respuesta apenas apaciguó a Cabra, que murmuró algo en yidis. J. T. soltó una carcajada.

Dez y Trout seguían discutiendo a poco más de cinco metros de ellos.

—No he venido aquí a discutir, Desdemona.

—Como vuelvas a llamarme así voy a tener que hacerte entrar en razón con la porra. Me llamo Dez, o agente Fox. En realidad para ti soy la agente Fox. Y ahora dime a qué has venido.

Trout estuvo a punto de decir algo, pero se tragó las palabras. En lugar de atreverse, señaló la fila de coches de policía y contestó:

—En busca de la noticia, agente Fox. ¿A qué otra cosa podría haber venido?

—No hay ninguna noticia. Muchas gracias por venir. Que tengas un buen día. Y ahora, jódete y muérete.

—¿No hay noticia? ¿Y entonces por qué están aquí la mitad de los policías del condado? ¡Por Dios!, ¿eso que tienes esparcido por toda la camisa es sangre? —preguntó Trout con un nudo en el estómago—. ¡Maldita sea, Dez!, ¿estás herida?

Dez dio un paso atrás para apartarse de él, y Trout la vio cerrar los ojos. Luego Dez desvió la vista hacia J. T. y, al seguir Trout la línea de su mirada, pilló al sargento Hammond asintiendo escuetamente en dirección a su compañera.

Entonces Dez se aclaró la garganta.

—Este es el escenario de un crimen —declaró Dez con ese tono de voz inflexible que usan los polis de la academia—. De requerirlo las circunstancias, las autoridades harán una declaración formal pública a su debido tiempo.

Dez hizo ademán de darse la vuelta, pero Trout le tocó el brazo.

—Vamos, Dez, no me sueltes esa mierda. Tengo el copyright de toda la mierda que suceda en el condado de Stebbins. Aquí está pasando algo gordo, y yo quiero saberlo.

Dez, que por fin había recuperado el control, se detuvo y se quedó mirando la mano de Trout sobre su brazo con un gesto muy significativo. Luego lo miró a la cara.

—Quíteme esa mano de encima, por favor, caballero.

—¿Caballero? ¡Oh, por favor…! Corta ya ese rollo, Dez —se quejó Trout, quien, sin embargo, apartó la mano—. Dime al menos si estás herida.

Dez tardó un rato en responder a esa pregunta. Trout mientras tanto observó su rostro, que trataba de disimular y reprimir unas cuantas emociones. No obstante, al final fue la poli dura la que ganó.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees? —respondió él con otra pregunta, tratando de sonreír a pesar de sentirse profundamente dolido—. Escucha… solo por el hecho de que entre tú y yo se hayan producido ciertas cuestiones…

—Cuestiones —repitió ella en voz baja.

—… eso no significa que no me importe lo que te ocurra.

Dez miró para abajo, hacia su uniforme manchado, y luego alzó la vista hacia los ojos de Trout y contó hasta tres.

—No estoy herida —dijo al fin con un tono de voz frío, eligiendo muy bien las palabras para que sonara muy formal.

Trout sintió por fin que se le disolvía el nudo del estómago.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Vete, Billy —contestó ella al mismo tiempo que se daba la vuelta y se alejaba.

Trout apretó los dientes. *¡Ah… joder!*, se dijo. Y salió corriendo detrás de ella.

—¿Es por Homer Gibbon?

El nombre detuvo a Dez en seco. Trout sabía que ella era demasiado buena policía como para darse la vuelta atónita, pero la tensión repentina se reflejaba en cada una de las líneas de su cuerpo. Dez se dio la vuelta y volvió a acercarse a él.

—¿Quieres repetir eso, por favor?

Trout se lamió los labios antes de volver a hacer la pregunta:

—¿Quiere eso decir que esto está relacionado con el caso de Homer Gibbon?

—¿Qué sabes tú de eso, Billy?

No «caballero», ni «gilipollas». Dez había utilizado su nombre.

—Sé que está aquí —confesó Trout, haciendo un gesto hacia el tanatorio.

Dez no dijo nada.

—¿Es que ha sucedido algo? —siguió preguntando Trout—. Durante el juicio, antes de la ejecución, hubo amenazas. ¿Ha entrado alguien a profanar el cuerpo?

Nada. Los ojos de Dez bien podrían haber sido dos piedras azules heladas.

—¿Han robado el cuerpo? Porque también amenazaron con robarlo.

Los ojos de Dez parpadearon involuntariamente, lo cual le reveló a Trout que había dado en el clavo. *¡Cojones!*, se dijo. Si la ejecución había sido el tercer acto, entonces es que iban ya por el epílogo. Un epílogo de oro sólido.

No obstante, Trout evitó esbozar una sonrisa triunfal.

—¿Alguna teoría sobre quién ha podido robarlo? —insistió Trout una vez más.

—Yo no he dicho una sola maldita palabra acerca de… —comenzó a decir Dez, que se interrumpió al ver a J. T. Hammond cruzar la carretera y quedarse en pie a su lado.

Cabra lo siguió en silencio como si fuera una estela.

—¿Tienes alguna información que compartir con nosotros, Billy? —preguntó J. T. con un tono de voz tan frío como el de Dez.

—No, pero me gustaría conseguir información sobre…

—Entonces, por favor, entra en el coche, da la vuelta y vuelve a la otra calle —declaró J. T.

—No puedes echarme. Se trata de una noticia que…

J. T. dio un paso amenazador. Trout era alto; medía un metro ochenta y dos, pero J. T. medía cinco centímetros más que él y estaba mucho más fuerte.

—Esta es una travesía privada, Billy —dijo J. T.—. Es propiedad del tanatorio hasta la calle Fábrica de Muñecas. Puedes esperar fuera, en el cruce, o más arriba, en la cafetería. Pero no puedes aparcar aquí.

—¿Desde cuándo te has unido a la Gestapo, J. T.? —preguntó Billy con un tono de voz desagradable.

Las patas de gallo del agente se marcaron profundamente. Cuando quería, J. T. podía transformar su rostro para pasar del Samuel L. Jackson tonto y genial de *Parque Jurásico* al Samuel L. Jackson mucho más temible de *Pulp Fiction*. Aquella era la primera vez que llevaba a cabo la transformación para Trout.

—No contabas con muchos amigos nada más llegar aquí, Billy… pero ahora tienes todavía menos. Así que coge tu coche y lárgate. No voy a pedírtelo más veces.

Billy Trout se quedó mirándolo con una expresión intimidatoria a pesar de saber desde el principio que la batalla estaba perdida. No le quedaban cartas que jugar.

Se giró sin decir una palabra más, le hizo un gesto escueto a Cabra para se subiera al coche y en diez segundos salieron a la calle. Y solo para cabrearlos a ambos, rebasó el límite de velocidad. Era una pequeña victoria bastante tonta que le hizo sentirse unos seis centímetros más alto.

18

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Magic Marti al micrófono con las noticias de última hora del culo del mundo. Si vas con prisas esta mañana, ni se te ocurra meterte con el coche por el lado este de la calle Fábrica de Muñecas a la altura de la calle Mason. Hay mucha actividad policial en esa zona y el atasco es monumental.

Ruido de trueno enlatado.

—Hora de informar acerca de la tormenta que se nos viene encima desde Pittsburgh. Se están levantando vientos huracanados; corre un viento sostenido de ochenta kilómetros por hora con rachas que alcanzan los ciento cuarenta y cinco. El Servicio Meteorológico Nacional ha clasificado la tormenta de huracán de categoría uno, y ya hay informes de los daños producidos en caravanas, vallas publicitarias y otras estructuras endebles, así como de pequeñas inundaciones. Se espera que llegue a nuestro condado dentro de dos horas, así que seguramente cerrarán colegios y negocios antes de la hora.

19

Estado de Transición Hartnup

—¿Cómo demonios se ha enterado? —preguntó Dez de mal humor mientras ella y J. T. observaban desaparecer el coche de Billy Trout.

J. T. se encogió de hombros y contestó:

—Puede que estuviera escuchando el canal de radio de la policía y que oyera la llamada.

—Pero eso no explica que supiera lo de Gibbon.

J. T. volvió a encogerse de hombros.

—Es un buen periodista, Dez. Seguramente tendrá sus fuentes de información. Puede que en el Departamento de Policía, en los tribunales, o incluso en la prisión. Podría haber sido cualquiera, pero eso da igual. El caso es que lo sabe y que ahora este circo se va a convertir en una feria estatal. Vendrán todos los medios de comunicación de los grandes. La CNN, la Fox, todo el mundo.

—Sí.

J. T. miró a Dez, que se restregaba las sienes y hacía una mueca.

—¿Por qué eres tan dura con ese pobre chico? —preguntó él.

—No empieces.

—Dez…

—Billy lo quiere todo. Quiere cosas que yo no puedo darle.

—Sé lo que quiere, Dez. Yo estaba ahí las quinientas o seiscientas últimas veces que rompisteis. Lo que no entiendo es por qué se lo haces pasar tan mal. Te he visto tratar con más compasión a los adictos a la metadona que maltratan a sus mujeres. Lo único que quería el pobre chico era…

—¿Y a ti qué te importa lo que él quería?

J. T. alzó un dedo en señal de advertencia.

—A mí no me hables en ese tono, niña.

Por un momento Dez se quedó mirándolo de mal humor, pero luego apartó la vista.

—Lo siento.

Entonces J. T., con un tono mucho más suave, añadió:

—Me importa todo lo que te pasa, Dez. Has estado hecha una furia desde que

rompisteis la última vez. Ya antes bebías mucho, pero ahora…

Dez apretó los puños.

—Escucha, doctor Phil, no me hace ninguna falta que me recuerdes que mi vida es una mierda. La verdadera noticia es que lo llevo bien. Estoy cómoda así de jodida, así que basta ya de portarte como si fueras mi madre.

—Si fuera tu madre te mandaría a tu habitación.

Dez señaló con el dedo hacia el tanatorio.

—¿Lo dices por lo que ha pasado ahí dentro? ¿Es que pretendes hacerme pasar por una discapacitada o algo así? ¡Pobrecita Dez! Tiene el corazón tan destrozado que no hace más que empaparse el cerebro de Jack Daniels. Ya no te puedes ni fiar de lo que dice. Ve hasta elefantes rosas y…

—¿Pero qué te pasa hoy, Dez? Sigues empeñada en que no te he respaldado ahí dentro, pero si dejaras de gritar aunque solo fueran dos minutos te acordarías de que lo que he hecho es precisamente apoyarte.

—Tú lo que has hecho ha sido venderme. Ni me has creído, ni me has apoyado.

—¡Y una mierda que no! Te he respaldado antes y te he respaldado ahora. Todo el tiempo, y tú lo sabes. Le conté al jefe la única versión de la historia que tenía sentido, así que deja ya de meterte con todo el mundo. Yo no soy tu enemigo. Ni Billy Trout tampoco, por cierto. Ni el resto de la humanidad.

Los ojos azules de Dez brillaron con un azul desafiante.

—¿Entonces lo que quieres decir es que me crees cuando te digo que esa rusa gigante me atacó?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita?

Dez le clavó el dedo índice en el pecho y preguntó:

—¿Y por qué no lo dijiste cuando estábamos ahí dentro?

J. T. apartó el dedo de Dez.

—Porque estaba conmocionado, ¿tú qué te crees? Tú también estabas paralizada por el shock. No sabía qué pensar en absoluto. ¿Es que vas a decirme sinceramente que lo que ha ocurrido hoy es lógico, que es fácil de creer?

Dez no dijo nada.

J. T. asintió.

—Justo lo que pensaba. Así que dime, ¿qué habrías pensado tú si te hubiera dicho que Doc Hartnup se había levantado y se había marchado? ¿Pretendes decirme que te lo habrías creído sin vacilar? ¿Sin hacer preguntas? No. No te lo habrías creído

porque no tiene lógica. Pero nosotros sabemos que ocurrió. Del mismo modo que sabemos que la mujer de la limpieza te atacó. Y sin embargo no tiene ninguna lógica.

J. T. y Dez se quedaron mirándose en silencio el uno al otro durante unos cuantos segundos. Muy lejos, al oeste, se oyó el rugido grave de un trueno. El ruido echó a perder el momento, y Dez desvió la vista hacia el oeste y luego al suelo de gravilla.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—No importa —dijo J. T. en voz baja, tocándole el brazo—. Ya verás como todo se arregla.

No especificó qué era lo que se iba a arreglar: si el caso, el asunto de Billy, o el tren descarrilado que constituía la vida de Dez. No obstante ella asintió muy despacio.

Detrás de los árboles se produjo un crujido sordo. Dez alzó la vista hacia las nubes. Habían dicho por la radio que la tormenta se acercaba, pero…

El mismo crujido otra vez.

No era un trueno distante.

Era un arma de fuego.

Entonces fue cuando comenzaron los gritos.

20

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes

El doctor Herman Volker estaba a punto de disparar cuando sonó el teléfono. Tenía los nervios en tensión, igual que las cuerdas de un instrumento musical, los latidos de su corazón iban a la velocidad a la que los dedos pulsan las teclas del ordenador, y la vieja pistola Makarov vibraba en su mano. Le olía la ropa a sudor, a Old Spice, a tabaco y a miedo. Apretaba el cañón de la pistola contra la sien, pero todavía no había deslizado el dedo en el gatillo. De haberlo hecho, a esas alturas ya estaría muerto. En lugar de ello acariciaba la parte externa del gatillo.

—¡Dios! —jadeó en voz alta.

Nadie podía oírle en el interior sombrío de su casa. La exclamación rebotó sobre las paredes y se desvaneció en el silencio, junto con el polvo.

El teléfono volvió a sonar. Era un modelo antiguo, el típico de los hoteles, al que entonces llamaban Kitschy. A esas alturas simplemente resultaba un engorro. Y escandaloso. Daba la sensación de que el timbre te gritaba.

Con el primer timbrazo se le había sacudido todo el cuerpo. Todavía podía oír el eco trémulo, reverberándole en el pecho. La sensación empeoró con el segundo timbrazo. La ansiedad que sentía en el estómago era como un cable eléctrico.

¿Sería la policía? ¿Lo habrían llamado por el busca? ¿Es que iban a entregarlo a la policía por lo que había hecho? ¿Llamaría la policía a la puerta o la abrirían por la fuerza? Después de tantos años trabajando con ellos en la prisión, en realidad no lo sabía.

¡Ring!

El señor Price, el contacto de Volker en la CIA, le habría llamado al móvil antes que al fijo de casa. Y lo mismo el director o cualquier otro del personal de Rockview.

La mano con la que sostenía la pistola se dobló como un pez moribundo. Volker dejó la pistola en la mesa. El ruido metálico que hizo al golpear la madera lo sobresaltó. Y de nuevo volvió a sobresaltarse un segundo después cuando…

¡Ring!

Volker sabía que era hombre muerto. Aunque la policía tirara abajo la puerta y consiguiera arrestarlo antes de que él apretara el gatillo, a pesar de todo seguía siendo hombre muerto. Un funcionario de prisión era un hombre marcado. Los presos se lo

comerían vivo. Sobre todo cuando saliera a la luz lo que había hecho. Homer Gibbon era una leyenda en Rockview. El héroe de los convictos. Lo llamaban el Ángel de la Muerte. Algunos presos incluso tenían tatuada su cara en el brazo.

Cuando se enteraran de lo que había intentado hacer, de lo que había hecho en realidad, se lo… La mente de Volker se negaba a concretar cuál sería ese fin.

Se quedó observando el teléfono, que volvió a sonar otras dos veces, conteniendo el aliento. En realidad sonó cinco veces. No tenía contestador automático. Ni buzón de voz. Seguiría sonando hasta quedarse mudo. O hasta que Volker se volviera loco.

¿Quién podía ser?

De repente se lanzó a contestar. Cogió el auricular antes de que pudiera volver a sonar y lo apretó contra la oreja y la boca. Pero una vez más flaqueó y fue incapaz de pronunciar palabra.

Se oyó una voz desde el otro lado.

—¿Hola?

Volker cerró los ojos con una sensación de alivio. Era la voz de un extraño. No era su contacto. Ni el director de la prisión. Ni se trataba tampoco de la típica voz helada y formal que él imaginaba adoptaría la policía.

Segundos después la voz volvió a preguntar:

—¿Doctor Volker?

Volker trató de tragarse el nudo que le atenazaba la garganta, más gordo que un puño.

—Eh… ¿sí?

—Ah, bien. Creía que había marcado mal.

—¿Quién llama?

—Sí, lo siento. Soy Billy Trout, de *Noticias Regionales por Satélite.* Ayer estuve en la prisión y…

—Por favor —lo interrumpió Volker, cuya ira sobrepasó momentáneamente el miedo que lo embargaba—. No puedo comentar nada de lo sucedido ayer, y le agradecería mucho que…

Trout también lo interrumpió:

—No es acerca de la ejecución. No exactamente…

Volker no dijo nada. ¡Dios! ¿Así que ese hombre sabía lo de Lucifer 113? Y si era así, ¿cómo se había enterado?

—Le pido disculpas por llamarlo a su casa, doctor —continuó Trout—. Lo intenté

primero con el número de su despacho y el del móvil.

—¿Y por qué razón quería ponerse en contacto conmigo?

—Me gustaría hablar con usted acerca de la tía Selma.

—¿De quién?

Volker sabía que su pregunta había sonado a mentira, pero es que lo era.

—Selma Conroy —continuó Trout—. La tía de Homer Gibbon. La que reclamó el cadáver… Tengo entendido que fue usted quien le proporcionó el cuerpo.

—Sí —confirmó Volker con rigidez. Su voz sonaba como la de un muerto incluso para sus oídos. Desvió la vista hacia la pistola sobre la mesa. Cerró los ojos—. ¿Cómo es que se ha enterado usted de eso, señor Trout? Según tenía entendido, esa información no debía darse a conocer a la prensa. ¿Cómo lo ha descubierto?

—Lo siento, doctor Volker. Fuentes confidenciales.

Volker soltó un gruñido de desagrado.

—¿Qué es lo que quiere? Mi tarea en ese caso ha terminado. Si tal y como dice estuvo usted ayer en la prisión, entonces ya lo sabe.

—Bueno, sí —contestó Trout, alargando la respuesta y relativizándola, dando a entender que el asunto podría tener otras interpretaciones.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? —insistió en preguntar Volker.

¿Le habían intervenido el teléfono? No le habría sorprendido que la CIA hubiera puesto micrófonos en su casa en el instante mismo en el que se mudó allí. Volker miró a su alrededor con ansiedad, como si estuviera viendo a miles de agentes acurrucados y ocultos tras equipos de grabación de lo más sofisticados. Pero allí lo único que había eran las sombras del vacío de un hogar estéril.

—Me gustaría que me diera su opinión, doctor —continuó Trout—. Su posición como médico jefe de la prisión le ha permitido mantener una relación única con Homer Gibbon. Me refiero al trato personal. La gente se lo cuenta todo a su médico.

—No —negó Volker—. Yo soy el médico de toda la instalación, pero tengo a muchos empleados a mi cargo. No era el terapeuta de ese hombre, ni el trabajador social encargado de su caso.

—Lo comprendo, pero estamos de acuerdo en que usted conocía personalmente a Homer Gibbon. Quiero decir, tan bien como cualquier otro empleado de la enfermería.

—Bueno, yo… —comenzó a decir Volker, cuya voz se desvaneció.

No sabía qué respuesta dar para ponerse a salvo.

—Entonces —continuó Trout como si Volker hubiera admitido que era cierto—, ¿sabría usted decirme por qué razón podría alguien querer robar su cuerpo?

—¿Robar? —repitió Volker.

Su pecho inhaló tan repentina y profundamente que casi vomitó sobre el auricular. Lo soltó del golpe y se alejó del aparato como si fuera a morderle.

—¡Oh, Dios! —exclamó entre las sombras que invadían el salón—. ¡Oh, Dios!, pero ¿qué he hecho?

21

Aparcamiento del centro comercial de Fairview
Condado de Stebbins, Pensilvania

—Con calma —aconsejó Cabra con una sonrisa y un montón de patatas fritas del Burger King en la boca—. Verte en acción es como hacer un curso rápido de periodismo de investigación. Has conseguido hacerle hablar al doctor Volker. ¡Uau!

—Cállate —gruñó Trout.

—No, en serio… Apuesto a que hasta Anderson Cooper te considera una estrella del rock. Quiero decir que me has dejado impresionado con tu forma de tratar a esa policía, pero luego, cuando le has hecho la entrevista al médico y he visto cómo le desnudabas el alma… ¡Ojalá te hubiera grabado en vídeo para subirlo a YouTube!

Trout le lanzó una mirada fulminante.

—¿Has terminado?

Cabra lo pensó y se encogió de hombros.

—Sí. A menos que esta comedia tenga un tercer acto.

Trout suspiró.

—Y hablando de esa policía —continuó Cabra—, ¿qué hay entre tú y la dama del Golpe Mortal?

Trout estuvo reflexionando acerca de ello un minuto y luego suspiró.

—Hemos estado una temporada saliendo juntos y rompiendo. Una larga temporada. En general manteníamos la relación al margen del trabajo. Ya sabes, poli y periodista no encajan. Ese tipo de cosas resultan sospechas. Pero… la cosa se fue poniendo seria, hasta que llegamos a un callejón sin salida. Ya sabes lo que pasa: uno quiere llegar a un compromiso y el otro quiere mantener la relación más relajada. Al final lo único que hacíamos era discutir.

—Deja que adivine —comentó Cabra con una sonrisa—: tú eras el gilipollas que no quería comprometerse. Tenías que correrte todavía unas cuantas juergas.

Trout se quedó mirando el parabrisas como si pudiera ver en él el pasado. Volvió a suspirar… pero esa vez larga y profundamente.

—No —negó—. Yo era el gilipollas que quería casarse con ella.

Eso hizo callar a Cabra. Se quedó mirando el perfil de Trout un rato y después sacudió la cabeza. Sacó el iPhone y comenzó a navegar por Twitter.

Trout no se molestó en contarle los detalles de la ruptura. No quería seguir hablando de ese tema. Todo había ocurrido seis meses atrás, y sin embargo lo sentía como si hubiera sido ayer. Según había oído decir Dez había apaciguado la amargura de su corazón follándose todo lo que tuviera dos piernas, una buena dosis de testosterona y mucha tolerancia al alcohol. Y probablemente eran todos del mismo estilo. Altos, rubios o con el pelo rubio rojizo, ojos azules, piel bronceada y muchas arrugas en la cara de tanto sonreír. Era el tipo de Dez. Lo era desde el instituto y desde aquel primer año excitante en que habían salido juntos por primera vez. Una noche habían entrado juntos en el instituto y allí mismo habían perdido ambos la virginidad, en el sofá del despacho del vicedirector. El sofá en el que se sentaban los alumnos castigados, nada menos.

Trout creía ser la plantilla en la que iban encajando una a una las sucesivas conquistas posteriores de Dez. Pero eso solo lo creía cuando tenía un buen día. Al fin y al cabo él tenía los ojos azules, era rubio y encarnaba una versión pasable de un rostro sonriente y bronceado. Sin embargo cuando tenía un mal día se preguntaba si no sería más bien él el que encajaba en el tipo que Dez se había formado en la pubertad. Trout sabía que había gente que funcionaba así: creaba una fijación con un tipo determinado y se pasaba la vida buscándolo. Años atrás, antes de que Dez y él fueran la comidilla del pueblo por tercera vez, un periodista amigo suyo había dicho que «Dez habría atravesado el Atlántico y llegado hasta el fondo si el capitán del Titanic hubiera tenido los ojos azules y la sonrisa de un vaquero».

De momento habían sido ya la comidilla del pueblo en cinco ocasiones, y en los intervalos Trout se había casado y se había divorciado dos veces. Tampoco había contribuido mucho a su serenidad mental el hecho de que ese mismo periodista y amigo le hubiera señalado cuánto se parecían sus dos mujeres a Dez.

Trout le había dado un ultimátum la última vez que habían salido juntos. No podía seguir soportando los altibajos de la relación. Quería que fuera algo permanente por muchas facturas de psiquiatra que implicara e incluso a pesar de que eso los llevara al asesinato a los dos. Dez le había contestado que tenía que pensarlo.

Al día siguiente él se había presentado en la caravana de Dez con flores, un anillo y dos billetes de avión para Aruba. Había abierto la puerta con la llave que ella misma le había dado y había entrado con la sonrisa de niño inocente, dispuesto a ofrecérselo absolutamente todo, por este orden: su corazón, su carrera y sus esperanzas y sueños de aquel entonces. Pero Dez estaba desnuda y despatarrada en brazos de un motorista

rubio de pelo largo con aspecto de expresidiario. Así que Trout había echado mano de todos los insultos que, por lo general, reservaba para los abogados de sus exesposas.

Dez había salido tras él hasta bien entrada la carretera con un arma en la mano. Desnuda y, según se comprobó después, con el arma descargada.

J. T. Hammond se había visto obligado a intervenir con las esposas para apaciguar las cosas. Pero la magia de la relación se había roto.

¿No es verdaderamente grandioso el amor?, meditó Trout mientras conducía.

—He colgado otra pista en Twitter —dijo Cabra, interrumpiendo la ensoñación de pesadilla de Trout—. Vale, ¿y ahora qué?

—Vamos a volver a escuchar la conversación —sugirió Trout.

Trout había grabado la llamada telefónica con el equipo digital. Rebobinó y la reprodujo con los altavoces. Apenas tenía distorsiones, así que el tono y la inflexión de la voz de Volker se mostraron claramente.

—Vale, mi querido y portentoso Cabra… se supone que eres un gran director de cine… Así que dime, ¿cómo calificarías tú la actuación de Volker?

Cabra se quedó contemplando el techo del coche, reflexionando.

—Bueno… yo diría que estaba molesto.

Trout giró un dedo en señal de que continuara.

—O bien Volker trataba de mantener un tono de voz neutral y la ha jodido —apuntó Cabra, analizándolo despacio—, o bien estaba asustado.

—¿Asustado? Eso a mí no me lo ha parecido.

—Sin duda. Asustado y puede que hasta paranoico. Su voz es tensa. Vacila entre estar a la defensiva y tratar de averiguar qué sabes tú.

Trout se quedó fascinado.

—Explícate.

—Bueno, piénsalo. Llamas a ese tipo a su casa. Mientras marcabas el número me dijiste que lo más probable era que colgara. Cosa que ha hecho, pero no en el momento correcto. Es el médico jefe de una prisión y acaba de inyectarle una solución letal a un asesino en serie. Por fuerza tiene que haberlo perseguido todo el mundo, desde los medios de comunicación hasta la derecha cristiana. Si el teléfono de su casa fuera del dominio público, entonces habría dejado que sonara hasta que saltara el contestador o el buzón de voz. O incluso habría desenchufado el cable, harto de tantas llamadas, ¿no?

—Sí.

—Pero su número no es del dominio público. Has tenido que pedir favores para conseguirlo. Así que Volker no está recibiendo llamadas a mansalva por esa línea, y por eso le ha sorprendido que lo telefonearas.

Trout asintió. Comenzaba a ver adónde quería ir a parar Cabra.

—En cuyo caso tendría que haberse enfadado por el hecho de que lo molestara. Nada más descolgar el teléfono tendría que haberme leído la cartilla, amenazarme con posibles consecuencias, etcétera, etcétera —concluyó Trout.

—Cosa que no ha hecho. Ni siquiera te ha presionado para que le digas de dónde has sacado el número. Solo quería saber por qué razón llamabas. Cualquiera en su situación sabría de sobra para qué llamabas: para conocer su punto de vista acerca de Gibbon ya que él lo conocía personalmente, para saber qué pensaba de las protestas, de la ejecución; esas cosas. El tipo de preguntas que se hacen normalmente en estos casos. Pero Volker ni siquiera se lo figuraba. No solo intentaba averiguar por qué llamabas, sino que además creo que tenía miedo de lo que le dijeras.

—Estás construyendo un caso entero basado en la conciencia de la culpa —comentó Trout, poco convencido.

—Es que si tuviera que montar una trama sobre la conciencia de la culpa para una película —alegó Cabra mientras se señalaba el pecho con una patata frita encorvada —, usaría precisamente esto como modelo.

Trout se reclinó en el asiento y se quedó absorto, mirando a una distancia intermedia. Cabra le tendió el cucurucho de patatas fritas. Trout cogió una y la masticó despacio, mordiendo trocito a trocito en una especie de trance contemplativo.

—¿Qué conclusiones sacas tú? —preguntó Cabra.

—No tantas como tú. Eres muy bueno, chico.

Trout cogió el móvil y marcó un número de marcación rápida.

—*Noticias Regionales por Satélite* —contestó una voz alegre y primaveral como una pradera florecida.

—Querida Marcia, ¿te gustaría ganar un dinerillo haciendo unas horas extra?

—Soy la chica que buscas. Siempre y cuando no tenga que salir de una tarta ni esté relacionado con ningún polaco desnudo.

Trout sonrió. Aquella prometía ser la voz de una rubia veinteañera californiana, voluptuosa y sonriente. Todo el que llamaba al despacho se enamoraba. Pero de hecho la voz pertenecía a una mujer que pasaba un poco de los cuarenta años y mucho de los noventa kilos. Repleta de curvas, desde luego, y de carita alargada con

montones de rizos negros. Y, según decía ella misma, con diecinueve piercings bien repartidos por todo el cuerpo. Billy Trout había visto ocho y, a pesar de que ella pesaba por lo menos veinte kilos más que él, estaba deseando ver el resto.

—Lástima, pero esta vez no —contestó Trout.

—¿Murray está de acuerdo? —preguntó entonces ella.

De sobra era sabido que Murray Klein, el editor, se negaba a que sus trabajadores hicieran horas extra de ninguna clase. Quería que todos los empleados terminaran las tareas en el horario establecido. Pero no por eso Trout le tenía manía. *Noticias Regionales por Satélite* funcionaba con un excedente de presupuesto que apenas habría alcanzado para dos cafés.

—Sí —contestó Trout, faltando a la verdad. Aunque Klein no lo había aprobado, dada la naturaleza de la historia sin duda lo habría hecho de haberle consultado—. Necesito un poco de tu magia a la hora de investigar. Tú serías capaz de encontrar hasta a Jimmy Hoffa si nos faltara algún dato de la historia.

—Seguramente. ¿Qué puedo hacer por ti, Billy?

—Necesito que averigües todo lo que puedas sobre dos personas. Una investigación profunda. Todo lo que encuentres en internet y en cualquier otra fuente. La primera es Selma Conroy. No sé si ese es su nombre de soltera o de casada.

—¿La Sexi Selma? ¡Dios! ¿No me digas que ha vuelto al negocio? Fue al instituto con mi madre, y estoy convencida de que tuvo algo que ver con el divorcio tan complicado de mis padres. O mucho.

—Escucha… es para algo realmente importante. Fundamental. No puedes contárselo a nadie. A nadie.

—Mis labios están sellados.

—Lo digo en serio.

—Y yo.

—Bien… está relacionado con el caso de Homer Gibbon. Creo que es bastante probable que Selma Conroy sea la tía de Gibbon y que ella haya solicitado que traigan su cuerpo a Stebbins.

Marcia silbó.

—¿A que sí? Sabía que te sorprendería —dijo Trout.

—Pues… la verdad es que no —negó ella—. Porque, ahora que lo dices, es verdad que se parecen.

—¿Selma y Gibbon?

—No. Gibbon y la hermana de Selma.

—¿Es que hay una hermana?

—La había. Murió hace tiempo. Tranquilo, yo te monto todo el rompecabezas. Sé dónde encontrar todos los datos de los Conroy. ¿Cuál es el otro objetivo?

—El médico de la prisión de Rockview. Herman Volker. Estuve investigando para mi historia, pero lo único que descubrí es que es europeo. El nombre es alemán, pero no tiene acento alemán. Más bien suena a polaco o algo así. Vive aquí desde hace mucho tiempo. Se licenció en Medicina en la Universidad de Jefferson de Filadelfia.

—Vale. Te conseguiré todo lo que pueda. ¿Algo más?

—No, preciosa, pero lo necesito ya.

—¿Está relacionado con lo que está pasando en el tanatorio de Doc?

—No lo sé. Fuimos allí, pero nos topamos con Dez, así que la cosa no podría haber salido mejor. Nos echó.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Voy a ver si me entero de qué está pasando allí. Hay montones de policías, y creo que todavía vienen más. Además acaban de llamar a una segunda ambulancia.

—¿Quién está herido?

—No se sabe. Se han pasado a un canal de radio táctico al que no podemos acceder.

De pronto, Trout sintió un miedo atroz en pleno pecho. Por Dios, que no se tratara de Dez.

Marcia, tan intuitiva como siempre, añadió:

—Llamaré a Flower a comisaría, a ver si puedo sacarle algo. Dez ha debido de darle a alguien una buena paliza, porque el pobre chico se ha quedado como tú.

—¡Muy gracioso!

—En serio, Billy, estoy segura de que primero se ha ocupado del uno y luego del otro —rió Marcia.

—Gracias. Tú tampoco lo haces mal, Marcia.

—No tienes ni idea —contestó ella con una risita sofocada, tras lo cual colgó.

—¿Qué? —preguntó Trout.

Cabra sonreía ampliamente nada más colgar Trout.

—¿Cuándo te la vas a beneficiar?

—Es una compañera de trabajo.

—Ya. No después de las cinco ni entre las sábanas. Y te aseguro que es una mujer

salvaje.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Trout casi a gritos.

La sonrisa de Cabra se amplió.

—De la única manera posible.

Trout lo miró y preguntó:

—¿Hay alguien a quien no te hayas follado?

—¿En Stebbins?

—En los Estados Unidos.

Cabra lo consideró un momento antes de contestar:

—No me he follado a esa poli de las tetas estupendas.

Trout sacudió la cabeza y comentó:

—No eres su tipo.

—¿Por qué?, ¿porque soy judío?

—No. Porque no estás loco.

Trout giró la llave de contacto y arrancó.

—¿Vamos a casa de la tía Selma? —preguntó Cabra.

—Exacto, a casa de la tía Selma.

Billy Trout atravesó el aparcamiento, se internó en medio del tráfico, giró el volante y pisó el acelerador en dirección a la granja de Selma Conroy. Le traía al fresco el límite de velocidad. Todos los polis estaban ocupados.

22

Estado de Transición Hartnup

El eco de los disparos rebotó contra el techo bajo que formaban las nubes tormentosas. Dez se giró, sacó el arma y empujó instintivamente a J. T. fuera de una línea de fuego imaginaria. Fue un acto reflejo, y muy rápido.

Un grito agudo, largo y penetrante desgarró el aire, amortiguado únicamente por la humedad y la distancia. Hubo otros dos disparos. Luego tres más. Después una ráfaga continua y un segundo grito más alto y más agudo, que paulatinamente se desintegró en una especie de gárgaras húmedas.

Y después silencio.

—¡Por allí! —gritó J. T., señalando hacia la línea de árboles.

Pero Dez ya había echado a correr.

—¡Shanahan! —chilló Dez—. ¡Esa debe de ser Natalie Shanahan! Se internó en el bosque con ese chico, Diviny.

J. T. la alcanzó a lo largo del sendero que llevaba más allá del tanatorio. Muchos agentes de policía comenzaron a salir del edificio y a correr en la misma dirección. El jefe Goss salió caminando como un pato en medio de todos ellos, pero los policías que estaban en mejor forma lo sobrepasaron y corrieron hacia los árboles. Todos habían sacado la pistola, pero a Dez no le gustaba nada lo que estaba viendo. La mayoría de ellos eran chicos tan inexpertos en combate como J. T., y el entrenamiento de la academia distaba mucho de ser suficiente. Aparte de que muchos lo habían realizado hacía mucho tiempo. O demasiado recientemente. Corrían con una expresión de pánico en el rostro. *Alguien saldría herido*, se dijo Dez, *y no será precisamente el malo. Será otro policía, o puede que un civil.*

Dez aceleró y se dirigió hacia la izquierda para adelantarlos a todos, y enseguida comenzó a sacudir una mano para tratar de obligarlos a ir más despacio y con más cautela. Sin embargo, los chillidos parecían seguir resonando en el aire.

—¡J. T.… guárdame las espaldas!

—De acuerdo. Adelante.

Dez alcanzó la línea de árboles la primera y al pasar de la plena luz del sol a la oscuridad púrpura de las sombras aminoró la marcha y caminó con más prudencia. J. T. entró en la Arboleda por la derecha apuntando con el arma. Ambos las dirigían

alternativamente a derecha y a izquierda, cruzándose el uno con el otro. No vieron nada excepto las ramas de los árboles y los arbustos, agitados por la brisa.

Al llegar el resto de agentes a la línea de árboles, Dez se colocó claramente a la vista y alzó un puño. Casi todos la vieron y se detuvieron. Dos agentes tropezaron uno con otro y cayeron al suelo, pero J. T. los ayudó a levantarse y les advirtió que guardaran silencio.

Dez se giró para observar a sus compañeros. Había dos de Stebbins y siete de otros pueblos. Que ella supiera, solo tres de ellos eran veteranos de combate. Vio que esos tres la observaban, así que les indicó con la mano que avanzaran formando una franja ancha. Al resto les hizo una señal para que se quedaran más atrás.

—¿Qué es lo que quieres, Dez? —le susurró J. T. nada más acercarse por un flanco.

—Que se queden atrás, en una línea desde la que se vean los unos a los otros, pero bien extendidos, cubriendo mucho terreno. Y asegúrate de que Simmons mantiene el jodido dedo lejos del gatillo. Yo me voy con los otros.

J. T. asintió y volvió atrás, cerca del agente Simmons. Era el policía más joven del condado.

Dez miró a derecha e izquierda para estar segura de que los veteranos se extendían formando una línea larga y se mantenían detrás de los árboles. Dos de ellos, Schneider y Strauss, llevaban una pistola en cada mano y el tercero, Sheldon Higdon de Barnesville, llevaba una escopeta FN que se recargaba automáticamente.

Dez señaló hacia delante con un movimiento de la mano. Salió de detrás del árbol y comenzó a avanzar a paso ligero, saltando de árbol en árbol y haciendo un zigzag que quebrara la ruta para no ser un blanco fácil. Oyó los crujidos de las pisadas sobre las hojas secas en el momento en el que los otros echaron a caminar para mantener el paso con ella. Algo menos de tres metros más adelante se detuvo para examinar el terreno. Vio dos grupos de huellas y un poco más lejos, a la izquierda, un tercer rastro. Esas terceras huellas eran las de Doc, de eso estaba segura. De los dos grupos que había visto al principio uno se desviaba para seguir a Doc, y por el tamaño se figuró que era el rastro de Andy Diviny. El grupo de huellas más pequeñas correspondía a Natalie que, de pronto, torcía a la derecha para seguir camino abajo. Lo cual era bastante extraño. ¿Por qué no había acompañado al otro agente y seguido unas huellas tan claras?

Le hizo un gesto con la mano a Mike Schneider y le mostró el rastro del camino

ascendente. Schneider captó la situación al instante y asintió, y acto seguido se separó del grupo y sacudió la cabeza en dirección a Strauss para que lo acompañara. Dez le hizo una señal a Sheldon y señaló el camino descendente. Él asintió y ella comenzó a caminar cuesta abajo. Sheldon la siguió por el flanco derecho, a distancia. Apuntaba con el arma sin vacilar y apretaba los párpados con mucha concentración.

Las sombras fueron creciendo conforme se internaban camino abajo. Cada vez había más piedras y las rocas eran más grandes. Las había arrastrado hasta allí un glaciar miles de años atrás. Había sido fácil seguir las huellas de Natalie Shanahan por la tierra y el musgo, pero enseguida se desvanecieron en cuanto el terreno se hizo más rocoso. Noventa metros más adelante Dez había perdido el rastro por completo.

Dos minutos después, Sheldon se giró bruscamente y silbó. Dez se dio la vuelta, y entonces él le indicó con la mano que se acercara. Dez vio claramente la razón antes incluso de que él se la señalara. Las huellas de Natalie habían vuelto a aparecer, pero en un sitio distinto del que Dez esperaba. Giraban alrededor de una de esas piedras enormes y después se dirigían directamente en línea recta hacia arriba. La profundidad de la huella del zapato era mayor a la altura del envés del empeine.

—Debió de salir corriendo ladera arriba como alma que lleva el diablo —murmuró Sheldon.

Dez asintió.

—Yo iré para arriba directamente desde aquí. Tú da la vuelta y sube por el este.

—Voy para allá —contestó él, que inmediatamente echó a correr muy deprisa y en silencio.

Dez lo observó por un momento y asintió con aprobación. Al igual que ella, Sheldon había dejado atrás la actitud policial y había vuelto a las arenas del desierto.

La colina era demasiado escarpada por esa cara como para subirla sin la ayuda de las manos, así que Dez se guardó la pistola en la cartuchera y fue agarrándose a las raíces para ascender. Le sorprendía que Natalie hubiera sido capaz de subir el culo por allí. Natalie era la reina del control de peso, pero se metía dos Big Mac todos los días a la hora de la comida.

Al llegar a cierta altura, Dez sacó la pistola y la sujetó con mano firme. No podía oír a Sheldon, pero sabía que él estaría ya subiendo a esa misma colina. Había tomado una ruta más larga pero también más sencilla, así que los dos llegarían a la cumbre más o menos al mismo tiempo.

Dez respiró hondo, se irguió y atisbó el terreno brevemente desde su posición.

Pero enseguida se agachó y comenzó a cavilar acerca de lo que acababa de ver en ese breve vistazo.

El bosque, normalmente verde, estaba rojo.

—¡Por Dios! —exclamó en voz alta, al tiempo que ubicaba mentalmente los datos en la pantalla de su imaginación.

Las hojas y la hierba estaban pintadas de un rojo carmesí fuerte. Había algo tirado en el suelo; algo pálido salpicado de líneas de un rojo oscuro. Un brazo. De eso estaba segura. Y lo de más allá… ¿era una figura en pie? No. Se trataba de un árbol. De eso también estaba convencida.

El corazón de Dez comenzó a martillearle el pecho como un loco. Se aferraba a la pistola y a la raíz de un árbol. Entonces, tras soltar un gruñido y maldecir, siguió subiendo y escarbando con los pies por las piedras escurridizas, cubiertas de musgo. Más arriba, más arriba… hasta la cresta, donde barrió el terreno con el cañón de la Glock agarrada con las dos manos, observándolo y comprobándolo todo, apuntando a un sitio y a otro hasta que cada forma adquirió un sentido y todo pareció en orden.

Solo que en realidad nada de lo que veía parecía estar en orden. Ninguna pieza iba a encajar para formar una imagen lógica. Lo comprendió de pronto, y por un momento inconexo ni siquiera notó que tuviera el arma en la mano.

Natalie Shanahan yacía tumbada sobre las hojas y el musgo. Tenía los ojos abiertos. Lo mismo que el pecho. Su chaleco estaba desgarrado y abierto. La camisa y el sujetador hechos jirones. Unas cuantas costillas blancas rotas salían disparadas hacia arriba por el torso, cuya carne estaba hecha trizas. Tenía el cuerpo bañado en sangre y el rostro salpicado de una mucosidad negra. La carne alrededor de la herida del pecho estaba rasgada, como si hubieran tirado de ella para arrancársela. Y de esa carne reventada del pecho salía vapor hacia arriba. Humo del cañón de la pistola, que la agente todavía agarraba con la mano; la corredera estaba echada hacia atrás. Había cartuchos de latón desparramados entre las hojas y las piedras, y trozos de carne tirados.

No había el menor movimiento en el claro. Ni rastro del criminal. Nada.

—¡Dios todopoderoso…! —exclamó Sheldon en voz baja.

Dez ni siquiera se dio la vuelta al oírlo. Se sentía incapaz. No podía moverse.

—¡Agente herido! —se oyó gritar a una voz—. ¡Agente herido!

Dez alzó la vista. Sheldon la desvió hacia ella por un momento y luego los dos se giraron y se quedaron mirando en dirección este. Los gritos provenían de un punto un

poco más alto de la pendiente. Dez reconoció la voz. Era la de uno de los otros dos polis veteranos. Al instante comprendió aterrada que habían encontrado a Andy Diviny.

—¡Dios… Dios…! —murmuró.

23

Estado de Transición Hartnup

—¡Jesús! —exhaló Sheldon—. ¡Pero mira cómo está!

—Sí.

Se oyeron más gritos y después el «bang bang» grave de los disparos de una pistola.

—Dez… —comenzó a decir Sheldon, pero ella lo interrumpió.

—Sí, ya lo sé —gritó ella, que echó a correr ladera arriba a la velocidad del rayo.

Sheldon la siguió muy de cerca.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Sheldon a gritos mientras corría.

Dez no respondió. Ese día todo estaba saliendo mal; las cosas se estaban precipitando y se les escapaban de las manos. Sentía como si se estuviera echando atrás, como si su mente se batiera en retirada incluso mientras corría hacia delante. Las cosas que estaban sucediendo eran imposibles.

Tiró del micrófono enganchado al hombro y gritó:

—Tenemos a dos agentes caídos, repito, dos agentes caídos. ¡Necesitamos refuerzos ya, ahora mismo!

Entonces Sheldon y ella penetraron por en medio de una pantalla de arbustos y… y todo lo sucedido ese día se hizo un poco más absurdo todavía, más imposible.

El agente Jeff Strauss yacía boca arriba sobre la hierba en el extremo del claro opuesto a ellos. No tenía… rostro. Se lo habían arrancado; se le veía el músculo rojo y el hueso blanco. Le caía sangre por los lados de la cara. Su pistola yacía tirada en el suelo a ocho centímetros de la mano.

Mucho más cerca de Dez y de Sheldon, a solo unos pocos metros, el agente Mike Schneider estaba en pie, de espaldas a ellos. Schneider tenía los brazos a los costados y sujetaba la Glock con una mano con el puño fuertemente apretado. De repente, todo su cuerpo se retorció con un espasmo y presionó el gatillo. El fogonazo sonó muy alto y muy brusco, y la bala le perforó el hueso del tobillo, que se hundió en la tierra al instante. Entonces se le doblaron las piernas y cayó de rodillas al suelo. Con la sacudida, sus dedos retorcidos dejaron caer el arma. Inmediatamente se oyó una especie de silbido y Dez vio un géiser de sangre roja brillante salir de debajo de la barbilla del agente Schneider y salpicar el rostro pálido de Andy Diviny. La sangre le

cayó en la boca y los ojos, y roció además las hojas de un rododendro cercano enorme. Mientras Schneider se tambaleaba a un lado y al otro hasta caer al suelo, Diviny se quedó mirando fijamente a Dez.

Abrió los labios púrpura, mostró unos dientes sanguinolentos y emitió una especie de silbido en dirección a ella.

24

Estado de Transición Hartnup

—No…

Dez oyó la palabra, pero en ese momento no supo distinguir si la había pronunciado ella o Sheldon. No podía haber sido Strauss. Eso era evidente. No tenía labios con los que hablar. Le habían arrancado la boca y las mejillas, y sus ojos se dirigían atónitos en un estado terminal hacia el techo de hojas verdes.

Los ruidos del bosque parecían haber cesado, barridos por un momento por otro sonido. El que producía Andy Diviny al masticar carne con la boca llena.

—¡No!

Esa vez fue Sheldon el que lo dijo; más que decirlo lo sollozó. Entonces su llanto se transformó en un berrido, se abalanzó con el arma en alto y encañonó a Diviny a la altura de la mandíbula. Dez lo observó todo, incapaz de reaccionar. Se produjo un chasquido terrible. Hueso roto, dientes por los aires; la cabeza del poli joven se partió en mil pedazos y todo su cuerpo se retorció con una pirueta extraña. Diviny cayó sobre el rododendro y desapareció casi por entero de la vista, excepto por las piernas retorcidas que sobresalían.

Sheldon bajó la vista hacia él, ladeó después la cabeza rápidamente para mirar a Schneider y a Strauss, y por último se giró hacia Dez. Tenía los ojos inmensamente abiertos con una expresión fiera, y respiraba a una velocidad alarmante.

—¡Joder, no! —gritó Sheldon.

Dez sacudió la cabeza en silencio en una negativa, como si estuviera de acuerdo con él.

Oyó ruidos detrás de ella. Gritos, cuerpos apresurándose entre los arbustos. Al girarse vio que J. T. estaba allí y que los otros estaban justo detrás. Llegaron todos al borde del claro y se detuvieron como si se tratara de un campo de minas. También a ellos la escena les parecía imposible.

Tres agentes caídos. Dos muertos. Otro destrozado, retorciéndose. Todos los polis miraban a su alrededor en busca del criminal, del maníaco que había hecho eso; pero paulatinamente sus ojos fueron quedando fijos en Sheldon y Dez.

—Ha sido Andy Diviny —dijo Dez con voz tensa—. Cuando llegamos aquí, Strauss estaba en el suelo y Andy estaba… mordiendo a Schneider. No sé… no sé…

—continuó Dez, sacudiendo la cabeza; era incapaz de terminar la frase con cierta lógica.

J. T. se quedó parpadeando confuso, contemplando a los agentes muertos. Parpadeaba como si de ese modo pudiera borrar la imagen que veía. Entonces dio un paso adelante a tientas, luego otro, y por fin corrió el resto del camino hasta Dez. La sujetó de los brazos y se quedó mirándola de arriba abajo, comprobando si estaba herida.

—¡Dez! ¿Estás bien?

Ella casi se echó a reír. Era exactamente lo mismo que le había preguntado antes. La pregunta estaba clara. Y la respuesta era sí.

—No —dijo Dez.

De pronto él la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Como haría un padre. Como haría un compañero de armas.

El jefe Goss llegó caminando torpemente al claro con la cara toda colorada y el uniforme húmedo de sudor por las axilas y el pecho. Dez se soltó de J. T. y se giró hacia Goss. Lo observó intentando interpretar la escena.

—Ha sido Andy —dijo Sheldon con una voz ronca—. Andy Diviny… Él… Él…

Sheldon sacudió la cabeza.

Al igual que Dez, tampoco tenía palabras para explicar lo sucedido.

—¿Él qué? —gritó Goss—. ¿Qué estás tratando de decir?

—Es cierto —dijo Dez con voz rota—. Diviny… Diviny… cuando llegamos aquí él estaba…

—¡Eh! —gritó J. T.—. ¡Sheldon! ¡Cuidado! Pero… ¡se está poniendo en pie!

Todos se giraron hacia Diviny, que luchaba por apoyar las manos y los pies en medio de la densa maraña del arbusto. Gruñó y enseñó la mandíbula destrozada y una fila de dientes rotos. Entonces, con un grito salvaje, Sheldon Higdon dio un paso adelante, lo agarró por la parte trasera del cinturón, lo levantó, le dio una vuelta violentamente y lo tiró de bruces al suelo.

—¡Ponedle las esposas a este hijo de puta enfermo! —gritó Sheldon a continuación.

Los dos agentes que estaban más cerca vacilaron. Era todo demasiado extraño como para reaccionar.

—Espera… ¿qué estás diciendo, Shel? —preguntó el más mayor de los dos—. Tienes que estar equivocado. Andy llegó aquí al mismo tiempo que nosotros. Él no

pudo atacar a Doc y a…

—¡Abre los ojos! ¡Acaba de matar a Mike Schneider y a Jeff Strauss, maldita sea! Dez y yo lo hemos visto —gritó Sheldon, que le propinó una patada bestial a Diviny en la espalda y volvió a tirarlo al suelo justo cuando trataba de levantarse—. Tírame unas esposas para que se las ponga a este cabrón antes de que le suelte una…

Diviny se giró en el suelo. Tenía los ojos abiertos, negros y vacíos. La barbilla destrozada estaba cubierta de sangre y el cuello era una masacre de carne desgarrada. Su boca emitió un gruñido salvaje. Entonces soltó otro silbido antinatural y se arrojó sobre el poli más mayor, que se echó a un lado y dio diez pasos atrás. Todas las pistolas se giraron y apuntaron a Diviny.

Diviny se abalanzó entonces sobre Sheldon, pero Dez metió una pierna por en medio y el joven tropezó. El poli novato destrozado cayó al suelo con un fuerte golpe, pero inmediatamente trató de ponerse en pie de nuevo sin mostrar el menor síntoma de dolor o de miedo.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Goss en un tono exigente.

Dez dio la vuelta al círculo de policías por el interior y les indicó que se apartaran, diciendo:

—No lo sé. Se ha vuelto loco. Jefe, escúchame… —añadió, agarrándolo de la manga de la camisa—. Natalie Shanahan también ha caído. Creo que ha sido Andy también quien la ha matado.

—¡Santo cielo!

El cuerpo de Andy Diviny se tambaleaba y se sacudía. Le salía una baba negra de la boca. Dez se acordó de la mujer rusa de la limpieza, a quien le pasaba exactamente lo mismo. No sabía qué era esa baba negra, pero el solo hecho de verla le producía un miedo atávico.

—¡Mucho cuidado! —gritó Dez—. ¡No dejéis que os escupa!

—¡Andy! Túmbate en el suelo. Las manos a los costados. ¡Ahora! ¡Al suelo! —gritaban los policías.

Pero la expresión fiera del rostro del novato no daba muestras de que entendiera los gritos. De repente, se lanzó sobre el jefe Goss y trató de clavarle las uñas.

J. T. y Sheldon alzaron las escopetas y dispararon. Llevaban las Mossberg cargadas con balas pequeñas de tela del calibre 9, rellenas de plomo de un peso de alrededor de cuarenta y dos gramos. No eran letales, pero una sola bala equivalía a la patada de una mula. Las dos ráfagas acertaron a Diviny en el pecho, cada una por un

lado. El agente salió disparado hacia atrás como si alguien lo tuviera atado con una cadena por la espalda y tirara de él. Cayó al suelo. En teoría las balas tendrían que haberlo dejado aturdido y mareado, además de obligarlo a toser; en vez de eso, Diviny rodó de inmediato por el suelo y se puso en pie.

—¡Pero si no hay manera de…! —exclamó el jefe Goss, casi sin aliento.

—¡Échale pimienta! —gritó alguien.

De hecho Dez tenía ya el espray en la mano. Apartó de golpe el brazo de Diviny y le roció la pimienta en los ojos.

Pero ni tosió ni se ahogó. Ni siquiera parpadeó. Al contrario, siguió tratando de escupir, pero en dirección a Dez.

Dez lo golpeó una y otra vez, pero tuvo que echarse atrás para apartarse de sus dedos sanguinolentos y de la mucosidad negra.

—¡Jesús! —gritó ella—. ¡Que alguien me ayude a reducir a este hijo de…!

Cinco agentes dispararon al instante la Glock. Las balas alcanzaron el chaleco de Kevlar, lo perforaron y le rompieron unos cuantos huesos del tórax a Diviny, que por un momento pareció bailar y menearse como una marioneta. La descarga lo mandó finalmente hacia atrás contra el tronco de un árbol, al que golpeó con tal fuerza que comenzaron a caer piñas de las ramas. Pero a pesar de la lluvia de piñas, Diviny rebotó contra el tronco y trató de arremeter otra vez contra Goss.

—¡Andy, por el amor de Dios, basta ya! —gritó J. T.

Diviny se lanzó contra el jefe escupiendo sangre. J. T. le apuntó con el arma a la cabeza.

—¡No dispares! —bramó Dez.

Dez arrojó el espray al suelo, sacó la porra, dio un paso adelante y golpeó a Diviny en las espinillas. El golpe hizo vibrar la porra y le produjo la sensación de que le pinchaban con agujas a lo largo de todo el brazo, pero por fin Diviny cayó de bruces al suelo. Antes de que pudiera rodar de nuevo y ponerse en pie, J. T. se acercó, le clavó la rodilla entre los omoplatos y seis policías se apresuraron a ayudarlo. Agarraron a Diviny del pelo para que mantuviera la cabeza en el suelo y los dientes contra la tierra, tiraron de los brazos hacia atrás, retorciéndoselos, y le pusieron las esposas con las manos a la espalda. Le quitaron las armas y le desabrocharon el cinturón con todas las armas y herramientas. J. T. mantuvo la rodilla sobre él, presionándolo con todo su peso. No tenían grilletes para los pies.

—¡Jesús!, ¿pero qué le ha pasado? —siguió preguntando Goss una y otra vez.

Sin embargo nadie tenía la respuesta.

Dez miró a su alrededor y preguntó:

—¿Alguien tiene una capucha?

—Yo tengo una —dijo un agente de Martinville.

Abrió uno de los bolsillos del cinturón y sacó una capucha de un solo uso. Dez la desplegó y se la colocó a Diviny en la cabeza. La goma elástica que quedaba a la altura del cuello mantendría la prenda en su sitio sin ahogar al agente. Había artilugios mejores para esa tarea, como por ejemplo las máscaras de plástico para evitar mordiscos. Pero nadie llevaba ninguna encima; todos se las habían dejado en los coches.

—Tenemos que hacerle algo en la garganta —advirtió J. T., que rebuscó en su bolsillo y sacó una venda Izzy.

J. T. rasgó el envoltorio y le tendió la venda a Dez, que estaba situada en la mejor posición para colocársela.

Dez le colocó el vendaje en la garganta. Era de fabricación israelí; de ahí el nombre. Tenía una tira de plástico por el interior que servía para ejercer una presión continua sobre la herida, de modo que por un lado la cerraba y por otro mantenía toda la venda fija en su sitio. Todos los soldados las llevaban; era un artículo muy común. Diviny le escupió a Dez mientras se la ponía, pero la capucha de plástico evitó que fuera ella la que se manchara.

—Cuidado, no se la pongas muy fuerte —aconsejó J. T.

—Podría estrangular a ese cabrito chupasangre —musitó Sheldon.

Nadie hizo caso del comentario. Dez comprobó la tirantez y asintió.

—Sobrevivirá. Y se le sujetará en su sitio —afirmó Dez, que entonces ordenó a otros dos agentes que mantuvieran a Diviny clavado al suelo.

El resto de agentes se quedaron de pie, formando un círculo alrededor de Diviny. Dez observó sus rostros mientras se erguía. Todos ellos miraban de reojo y con miedo los restos de los cuerpos de Mike Schneider y de Jeff Strauss.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó entonces alguien con voz ronca.

De pronto Dez se dio cuenta con un sobresalto de que la pregunta la había hecho ella.

25

Despacho de Oscar Price
Departamento Diez, edificio federal
Pittsburgh, Pensilvania

Oscar Price se quedó contemplando el móvil, pensando qué hacer.

Era un hombre frío y disciplinado y su despacho disponía de climatizador, pero a pesar de todo tenía la frente cubierta de sudor.

—¡Por Cristo! —exclamó en voz baja.

Estaba solo, pero a pesar de todo miró a su alrededor como si esperara que alguien, quizá el mismo Jesucristo, fuera a bajar para ofrecerle una solución. Instantes después bramó:

—¡Mierda!

Price se reclinó sobre el respaldo del sillón y adoptó una postura tranquila y natural con la esperanza de engañar a su propio cuerpo y relajarse. Sentía los comienzos de una nueva migraña rodándole la conciencia.

Estaba absolutamente convencido de que, de haber estado a solas con el doctor Volker, en un lugar apartado, allí mismo lo habría obligado a arrodillarse y le habría descerrajado dos tiros en la cabeza, por bastardo.

Lucifer 113 se les había ido de las manos.

Para eso lo había llamado Volker por teléfono. No se lo había dicho exactamente con esas palabras, pero sí algo parecido.

Era un procedimiento científico con tan pocas probabilidades de tener éxito que rayaba con la imposibilidad. El Proyecto Lucifer estaba más que obsoleto. Enterrado junto con la Guerra Fría. Olvidado, de hecho, excepto por los hijos de puta psicóticos como Volker o los desgraciados sin suerte como él.

En general, el trabajo diario de Price era bastante sencillo. Nada de estrés ni de momentos de tensión. Contaba en su cartera con veintidós «clientes» de perfil bajo, que en ese momento atravesaban todos fases distintas de un bajón profesional. Clientes que habían dejado de formar parte integrante de la maquinaria de investigación activa del Departamento Diez. Extranjeros que, en su mayor parte, hacía años que habían dejado atrás la etapa inicial de afincamiento y naturalización en un país en el que, por otro lado, ya ni siquiera se utilizaba la expresión Guerra Fría.

Hombres y mujeres mayores de talentos gastados que todavía podían ser útiles como asesores en proyectos en marcha hacía mucho tiempo; asesoría por la seguían mereciendo mantener un contacto dentro de la Agencia de nivel dos, en lugar de un contacto de los niveles tres o cuatro. Los que mantenían un contacto con un nivel tres o cuatro también atravesaban un bajón en sus carreras. Los contactos del nivel dos, como Price, apenas aparecían en las listas de candidatos a ascensos.

Excepto cuando ocurrían cosas como estas. Por eso Price estaba enfadado, porque estaba ansioso por conseguir ese ascenso. No trabajaba para la Agencia por amor al arte. Quería ascender a director regional o a jefe de un país importante. Como Japón, por ejemplo, ya que Corea del Norte se había convertido en una amenaza constante.

Sin embargo, el asunto de Herman Volker podía darle la vuelta a la tortilla, hundir la carrera de Price o incluso tirarla entera por el retrete. O… si lo manejaba con acierto, musitó Price para sí mismo, quizá pudiera hacerlo destacar.

La cuestión era averiguar cuál sería el movimiento más apropiado dada la situación.

Volker había sido un agente estrella de la CIA.

La información que había aportado al desertar equivalía en términos políticos a una bomba atómica. Los diplomáticos de Reagan la habían utilizado para acabar con el régimen soviético. Puede que no hubiera derribado el muro de Berlín, pero sí había tirado el primer ladrillo. Price jamás había dejado de maravillarse al pensarlo. ¡Armas biológicas y jodidos parásitos zombis! O, como los llamaban en los documentos del Proyecto Lucifer, huéspedes orgánicos con una capacidad deambulatoria minimizada metabólicamente. Un arma horripilante que contravenía de hecho todos los acuerdos globales y todos los convenios firmados a puerta cerrada acerca de la guerra biológica. En realidad deberían haberlo llamado el Proyecto a Cagar. Igual daba que la investigación Lucifer hubiera llegado a un callejón sin salida y que los soviéticos formularan un plan para abandonarlo y sellar todos los documentos relativos al asunto. Volker había desertado antes de que se tomara esa resolución, y para entonces Reagan y la Agencia tenían los resultados en sus manos.

El problema era que se suponía que Volker no estaba trabajando en nada relacionado con el Proyecto Lucifer. Oficialmente el viejo pedorro tenía permiso para enredar cuanto quisiera con su mente retorcida con una colección de muertos que, hablando claro, a nadie le importaban una mierda. Pero no disponía ni de una orden federal ni de un compromiso oficioso de palabra para andar jodiendo con nada ni

remotamente relacionado con Lucifer. Nada de nada.

Y no obstante…

Price se pasó lengua por los dientes y pensó en qué hacer.

Ni tenía el nivel ni le pagaban para saber si los Estados Unidos tramaban algo con ese proyecto de investigación obsoleto. Price personalmente esperaba que hubiera quedado todo guardado en una caja bien sellada, preferentemente enterrada en un cubo de cemento de tres metros de espesor. Pero aunque era joven no era ningún tonto, y jamás había sido un ingenuo. Por supuesto que alguien, en alguna parte, tenía que estar trabajando en el asunto. Y por lo menos llevaban treinta años en ello. Treinta años sin interrupción, se recordó a sí mismo; lo cual implicaba que por lo menos eran precavidos.

Volker, por otra parte…

Price tamborileó con los dedos sobre la mesa con tal fuerza que hizo saltar el auricular del teléfono. Sabía que tenía que informar del asunto. La pregunta era a quién. El protocolo le exigía que lo hablara directamente con el jefe de su sección, pero aunque Tony Williams tampoco era tonto, estaba demasiado interesado en el ascenso. ¿Le pasaría él la pelota al escalafón siguiente? ¿O aprovecharía la información para hacer caer al joven que le pisaba los talones? Price sospechaba que más bien haría lo segundo. El asunto podía complicarse fácilmente y pasar a convertirse en el juego de a ver quién tenía la culpa, y sin duda el blanco sería él.

Sin embargo la gente moría y, cuanto más tiempo pasara, más cadáveres se amontonarían. Price no se engañaba a sí mismo a propósito de los verdaderos motivos de su actuación: sus buenas intenciones no llegaban tan lejos como para alcanzar a un puñado de granjeros blancos reaccionarios de clase baja con las botas cubiertas de mierda del estado de Pensilvania. Pero tenía que parecer que sí.

Lo cual hacía de la segunda opción una alternativa muy tentadora. Saltarse a Williams y hablar directamente con la directora regional Colleen Sykes. Sykes era la clásica arpía dominante, pero estaba tan estrechamente relacionada con Washington y con Langley que su carrera profesional prácticamente era antibalas. Podía hacer algo al respecto al instante, de eso no cabía duda.

No obstante era muy puntillosa con las normas, así que ¿cómo se tomaría el hecho de que se saltara el escalafón intermedio? ¿Lo vería a él como a un hombre tan preocupado por su misión que estaba incluso dispuesto a arriesgarlo todo por el bien común? ¿O lo vería como al típico perdedor egoísta capaz de romper el protocolo?

Lo cierto era que Price no veía claro ninguno de los dos caminos. De un modo u otro, el asunto podía acabar con su carrera en la Agencia.

—¡A la mierda con el asunto y a la mierda con todo! —exclamó en voz alta.

Y alargó el brazo para coger el teléfono.

26

Estado de Transición Hartnup

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los agentes más verdes con una voz teñida de miedo.

Su expresión era de preocupación y de culpa, como si lo ocurrido fuera de alguna forma responsabilidad de todos ellos en lugar de un acontecimiento absolutamente inesperado.

—¡Nada de nada! —gruñó el jefe Goss—. Esta situación está por completo fuera de nuestro control, así que nos quedamos sentaditos y esperamos a la policía estatal. Llegarán de un momento a otro.

—Jefe —lo llamó J. T. con discreción—, ¿no deberíamos informar de esto?

Goss se sacó el walkie-talkie del cinturón y apretó un botón.

—Aquí Goss informando… Tenemos varios agentes caídos. Repito, agentes caídos.

—¿Quéeeee? —exclamó Flower—. ¿Quién está herido…?

Goss la interrumpió.

—Necesito médicos, ambulancias y unidades adicionales. Extiende el aviso al nivel siguiente. Mándame a todos los que puedas… Y dime la hora estimada de llegada de la policía estatal.

Por un segundo, Flower se atascó con las palabras, pero finalmente pudo responder:

—La policía estatal llegará en ocho minutos. Hay dos unidades…

—No quiero oír esa mierda ahora, Flower. Diles que nos manden a todas las unidades disponibles porque vamos a tener que bloquear las carreteras y necesitaremos a muchos polis de a pie. Y quiero helicópteros. Llama también a los Zimmer, a Carl y a Luke. Los necesitamos aquí con los perros. Y consígueme a alguien que pueda controlar a los medios de comunicación.

—¿Pero qué está pasando? —exigió saber Flower casi con un chillido.

—Tú haz lo que te digo —soltó Goss, que acto seguido apagó el walkie-talkie.

Sudaba tremendamente y le había salido un sarpullido de granitos rojos en las mejillas. Soplaba un viento húmedo que ascendía por la colina y le volaba el pelo empapado en sudor.

—Va a llover —advirtió J. T. con una voz deliberadamente neutral—. Y con este viento… No creo que puedan utilizar ni helicópteros ni avionetas de observación.

—Pero a los perros no los va a detener ni la lluvia ni el viento —afirmó Sheldon —. Los Zimmer tienen perros rastreadores que pueden seguirle la pista hasta al más mínimo pedo en un huracán.

Dez desvió la vista hacia el jefe, cuya expresión era la de alguien a punto de estallar. Comprendía su situación. Al igual que la mayoría de los agentes presentes, Goss era policía de carrera y había trabajado siempre en un pueblo pequeño en el que jamás ocurría nada serio. Las peleas en los bares o la conducción bajo los efectos del alcohol o de las drogas no suscitan el mismo tipo de estado vigilante que adoptan los polis de las grandes ciudades o los soldados veteranos. Goss no tenía ninguna clase de experiencia con el problema que se traía entre manos, y se le escapaban múltiples detalles.

—Jefe —intervino entonces Dez, tratando de imitar el tono de voz neutral de J. T. —, tenemos agentes esparcidos por toda la zona y ni siquiera sabemos si el problema acaba aquí. ¿No deberíamos hacer un recuento del personal?

Goss la miró y por un momento parpadeó como si Dez le hubiera hecho la pregunta en chino. Instantes después la expresión de sus ojos reveló que había captado la idea y asintió.

—Recuento de agentes. Bien, bien… —contestó Goss, que miró a su alrededor como si esperara que todos estuvieran ya allí, preparados para la enumeración.

¡Por Dios!, pensó Dez, no solo el asunto se le había ido de las manos, sino que además había perdido los papeles.

Miró a J. T., cuyo rostro oscuro parecía esculpido en un pedazo inerte e inexpresivo de caoba, por mucho que sus ojos brillaran y casi ni siquiera parpadearan. Trataba de mantener una cara de póquer, pero él también estaba al límite. Hasta Sheldon, que había estado en Afganistán, estaba asustado.

Dez tragó. En realidad todos lo estaban. Todos, incluida ella.

Entonces Goss volvió a sacar el walkie-talkie y apretó el botón del canal por el que se comunicaba todo el equipo de la policía.

—A todos los agentes, informad ahora mismo. Nombre, localización y estatus.

Uno por uno los agentes de policía fueron contestando. Paul Scott, dos enfermeros de ambulancia y otro forense en busca de pruebas estaban en el tanatorio. Cinco agentes, todos ellos de otros pueblos, estaban con Goss, J. T. y Dez. Faltaban

dos para el recuento completo.

—Espera… ¿quién falta? —preguntó J. T.

—Un momento —intervino Dez—, ¿quiénes fueron los que se acercaron a la casa de la hermana de Doc y sus hijos?

Goss soltó una maldición y apretó el botón del walkie-talkie.

—Contened el aliento. Agentes Gunther y Howard, informad de vuestra localización y estatus.

Se produjo un silbido agudo, producto de las interferencias, y luego se oyó intermitentemente una voz al mismo tiempo que el chisporroteo.

—Estamos en casa de Hartnup. No hay nada de qué informar. Me ha parecido oír disparos. He llamado a Flower, pero…

Goss lo interrumpió.

—¿Le has contado a April lo de su hermano?

—Nos dijiste que no se lo contáramos.

—Bien, porque puede que no esté muerto.

—Repite, por favor —contestó Gunther tras una pausa.

—No está confirmado, pero tenéis que estar alerta porque se ha perdido el cuerpo de Doc Hartnup y es muy posible que esté herido y sufra un fuerte shock. Puede incluso que esté delirando. Debe de andar por la Arboleda.

—¿Pero… cómo? Jefe… creía que Dez y J. T. habían dicho que estaba…

Goss volvió a interrumpirlo:

—No me preguntes cómo es posible, porque no lo sé. Simplemente mantened los ojos bien abiertos. Puede que Doc esté tratando de llegar a casa de su hermana. Quiero que uno de vosotros se quede en el porche y el otro entre dentro con la familia. E intenta evitar por todos los medios que April y sobre todo los niños vean a Doc. En cuanto lo veáis, tú o quien sea, llamad inmediatamente.

—Sí, muy bien, jefe.

Goss cortó la comunicación. Si las noticias de Gunther habían supuesto un alivio para él, no se le notó. Las gotas de sudor brillaban en su cabeza. Dez temía que acabara por darle un ataque si las cosas seguían así.

—Pronto estarán aquí los polis estatales —repitió Goss. Miró a su alrededor y se lamió los labios con nerviosismo—. Tenemos que formar un perímetro alrededor de esta zona y también en el lugar en el que… donde está Natalie.

—Yo me ocuparé de eso —dijo uno de los agentes.

Le dio un golpecito a otro poli de su mismo pueblo y ambos comenzaron a descender por la colina siguiendo las indicaciones de Dez.

—¡Os quiero a todos participando en la búsqueda! —gritó Dez—. En realidad tendríamos que estar ya todos fuera buscando para…

—¿Buscar a quién? —soltó Goss—. ¿Es que acaso sabes qué es lo que está pasando aquí? Porque yo desde luego no. Tenemos un doble homicidio en el tanatorio que resulta que no es un doble homicidio. Una de las víctimas te ataca a ti y la otra se va de paseo por el bosque. Tenemos a un agente implicado en un tiroteo con una de esas supuestas víctimas. Tenemos a un desconocido descalzo que abandona el escenario del crimen, y que no sabemos si está implicado o no. También tenemos el robo del cuerpo de un asesino en serie. Y por último, ahora tenemos a dos agentes muertos y a otro que se ha vuelto completamente loco.

—Pero jefe…

—Así que dime, agente Fox… ¿qué conclusión exacta podemos sacar del escenario del crimen? Porque de no ser por el hecho de que todo esto está ocurriendo aquí y ahora, delante de nuestras mismas narices, yo juraría que es mentira y, desde luego, soy incapaz de hilvanar una historia razonable en la que todos ellos formen parte del mismo maldito caso.

Dez cerró la boca. No tenía la respuesta a esa pregunta y estaba claro que cualquier conversación con Goss iba a acabar mal. No es que el jefe le cayera bien, pero tampoco quería ser la causa de que se le hinchara la vena de la cabeza hasta reventar.

—De acuerdo, jefe, ya te hemos oído —intervino entonces J. T. con calma—. Pero si tuvieras que apostar, ¿qué dirías que está pasando?

Por un momento Goss le lanzó una mirada cáustica.

—¿Y cómo cojones quieres que lo sepa?

—Pero jefe —continuó J. T., acercándose a él y bajando la voz—, creo que tendríamos que ir sacando unas cuantas conclusiones, ¿no te parece?

El jefe respiró tan hondo que los botones de su camisa estuvieron a punto de estallar. Luego exhaló el aire despacio al tiempo que asentía.

—¡Por Cristo! No me hace ninguna falta esta mierda de caso. Ninguna falta.

Eso desde luego no podía negarlo, coincidió Dez.

—Puede que no se trate exactamente del escenario de un crimen —sugirió entonces Sheldon, que también había logrado controlar los nervios—. Escuchad, tenemos a un montón de gente normal y corriente que de repente se pone a hacer

cosas de lo más raras, cosas imposibles. Inexplicables. Pero puede que no se trate exactamente de asesinos cometiendo crímenes… puede que sea otra cosa. Puede que algo les afecte. Algo tóxico que se haya podido extender o que esté en el agua, ya sabéis a qué me refiero.

Los agentes se miraron los unos a los otros y la idea cambió su estado de ánimo tan repentinamente como si hubieran cambiado el canal de televisión. Hasta Goss adoptó una postura más relajada y se quedó absorto, mirando al vacío a una distancia media, reflexionando acerca de la cuestión.

—No creo que esté en el agua, Shel —concluyó entonces Dez, hablando despacio —. Andy llegó aquí después de que atacaran a Doc y a la mujer rusa. Y yo no lo vi beber nada desde que llegó. Ni agua del grifo ni nada.

—Sea lo que sea —intervino J. T.—, ha tenido que afectarles también a Strauss y a Schneider. Quiero decir… mira cómo tiene Andy la garganta. No ha podido hacérselo él mismo.

—¿Entonces quieres decir que tenemos a otro como este por ahí? —preguntó Goss, poniéndose pálido.

—Sería lo más lógico —señaló Dez—. Incluso podría ser Doc, si es que es algo que afecta a la gente. O podría ser la persona que ha dejado las huellas de pies descalzos en el tanatorio.

—Puede que sea algo que te afecte cuando te muerden —sugirió una vez más Sheldon—. Alguien mordió a la mujer de la limpieza, y entonces ella se puso como loca y atacó a Dez, ¿vale? Y puede que a Andy le pasara lo mismo. Le mordieron, se puso enfermo y enloqueció.

—¿Y no es todo demasiado rápido para tratarse de una infección? —preguntó J. T. —. Ese tipo de cosas, ¿no tardan días en extenderse?

—Yo solo digo que tendríamos que tenerlo en cuenta —alegó Sheldon.

—¿Podría ser algo que esté en el aire? —preguntó uno de los agentes que seguía agachado, sujetando a Diviny contra el suelo.

—Si estuviera en el aire, ahora lo tendríamos todos —argumentó Dez.

—Un virus —concluyó J. T.—. No todo el mundo reacciona de la misma manera ante una infección.

Sheldon asintió y añadió:

—O una alergia. Puede que sea por alguna planta rara que llevara Doc a un funeral. O por algún producto químico que usara. Puede que cierta gente sea sensible

a esa sustancia.

De pronto todos los agentes tenían sugerencias que hacer mientras, por otro lado, Andy Diviny seguía retorciéndose y tratando de morder a alguien.

Por fin Goss levantó una mano.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte. Si tenéis una teoría, se la contaremos a la policía estatal y a los médicos. Pero ahora mismo lo que hay que hacer es llevar a Diviny a hacerle pruebas —dijo Goss, señalando al agente en el suelo—. Dez, J. T.… llevadlo a la ambulancia y que lo lleven al hospital de Wolverton. Llama antes de ir para allá, diles que se trata de una situación de peligro biológico potencial.

—Muy bien, jefe —contestó Dez, que inmediatamente le dio un puñetazo a J. T. en el hombro—. Vamos, colega.

—¡Eh! —exclamó el jefe—. Y que nadie hable con la prensa. Prohibido llamar a casa y contárselo a la familia y, por supuesto, que a nadie se le ocurra subirlo a Twitter. Este es un asunto de la policía y no va a salir de aquí hasta que no sepamos qué está pasando.

Los agentes se miraron los unos a los otros y asintieron despacio con la cabeza. Incluso los polis más jóvenes convinieron en ello.

Dez exhaló angustiosamente una bocanada de aire que había estado reteniendo en el pecho y asintió. J. T. y ella agarraron a Diviny y se lo llevaron medio arrastrando, medio a cuestas, colina abajo. Parecía que por fin habían entrado en una etapa más tranquila y ordenada del caso, pero los acontecimientos del día seguían siendo absurdos e imposibles.

27

Agencia Central de Inteligencia
Langley, Virginia

Lorne McMasters, director de la Agencia Central de Inteligencia, leyó el nombre escrito en la pantalla del teléfono. Cogió el auricular y sonrió.

—¡Coleen! —exclamó con alegría—, ¿qué tal estás? ¿Cómo están Ted y los…?

—Lorne —lo interrumpió Coleen Sykes—, tenemos un Protocolo Electrocución.

McMasters se enteró solo a medias, pero inmediatamente activó el emisor de interferencias del teléfono.

—Necesito confirmación. ¿Qué hay en el poyete de la ventana?

—Un azulillo —contestó ella.

Se trataba de la primera parte del código de ese día.

—¿Y en el árbol?

—Una cometa amarilla.

—¿Y qué es la otra cosa?

—Perros de caza.

—Confirmado —dijo entonces Lorne—. ¿Qué ocurre, Coleen?

Coleen Sykes era la directora adjunta de la Junta Directiva de Ciencia y Tecnología de la CIA. A lo largo de su carrera no había tenido que hacer llamadas como esa más que en una ocasión. Aquella primera vez la situación se resolvió con rapidez y con el mínimo de complicaciones, y los radares de los medios de comunicación no tuvieron tiempo de captar ni el rastro.

—Acabo de recibir un informe según el cual «el diablo se ha escapado del saco» —dijo Coleen.

McMasters abrió la pantalla del buscador de intranet y mecanografió la frase en código. Inmediatamente salió el nombre de Lucifer 113 seguido de una serie de puntos en los que se enumeraban diversos aspectos como ciencia, peligros, personas clave y protocolos internos. En la esquina superior derecha de la pantalla aparecía un icono codificado con la calificación del estatus de peligrosidad. El código de colores que indicaba ese índice de peligrosidad no se correspondía con el código de colores que se utilizaba a nivel general en el resto de asuntos del estado. El azul correspondía al nivel más bajo de peligro y el negro al más alto. El icono codificado del archivo era de

color negro.

—¡Por Cristo! —soltó McMasters de mal humor—. Cuéntame.

Sykes le contó lo que Oscar Price le había explicado a ella.

—¿La población se ha enterado de esto? —exigió saber McMasters de inmediato.

—No tenemos confirmación directa, pero se ha producido un incidente sospechoso en el tanatorio al que se llevó el cuerpo de Gibbon. Tenemos informes contradictorios sobre un doble homicidio, pero los informes posteriores indican que las víctimas podrían no haber muerto. Parece ser que una de esas víctimas ha atacado a una agente de policía, que se vio obligada a utilizar la fuerza letal para defenderse. La otra supuesta víctima ha desaparecido; creemos que abandonó el escenario del crimen por su propio pie.

—Sigo un paso por detrás de ti en este asunto, Coleen. ¿Qué significa todo eso? La gente muerta no ataca a los polis ni se levanta y camina.

Sykes hizo una pausa antes de contestar:

—De hecho, Lorne… si abres el informe sesenta y tres de la traducción del documento *Estrategias soviéticas*, verás que se menciona eso precisamente como un efecto previsible. Fue por esa razón fundamentalmente por la que los soviéticos al final abandonaron la investigación.

McMasters releyó por encima el documento. Notó que se ponía pálido.

—Pero esto es… ¡Por Dios, Coleen!, ¿me estás diciendo que nosotros permitimos que alguien continuara adelante con este proyecto?

—No, no dimos el permiso —negó Sykes con firmeza—. El doctor Volker tenía órdenes expresas de no acercarse ni lo más mínimo al proyecto ni a nada remotamente parecido.

—Entonces, ¿cómo consiguió acceder al proyecto?

—Su contacto en la Agencia está convencido de que más que acceder a la información del proyecto, lo que ha hecho Volker es recrearlo… y seguir adelante con él. Volker es un científico brillante. Nos pidió que le concediéramos un puesto como médico de prisión y, por desgracia, parece que nos ha tomado el pelo. El búfer de seguridad que le proporcionamos, además de las medidas adicionales de seguridad de la prisión, le han impedido a Price seguir de cerca cada uno de sus pasos. A Price o a cualquier otro. Además Lucifer 113 no era un proyecto caro, y muchos de los componentes necesarios son sustancias que ni se controlan, ni figuran en las listas de vigilancia. Le ha llevado su tiempo… de hecho Volker ha tardado décadas, pero al

final nos ha engañado a todos.

McMasters estaba que echaba chispas.

—Y si es tan inteligente, ¿cómo es que este asunto se le ha ido de las manos? ¡Joder, que no es como soltar al perro para que se mee en el estanque de tu vecino!

—Lo sé.

—Ese Volker, ¿es un terrorista?

—No se sabe, pero es poco probable.

Coleen le contó lo que le había dicho Oscar Price acerca de los motivos del doctor Volker.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó McMasters—. Voy a tener que informar al presidente, y él tendrá que ponerse en contacto con los gobernadores de Pensilvania y de Maryland.

—Y posiblemente también con los de Ohio y Virginia Occidental. Puede incluso que con el de Virginia.

—Dime que se trata de una broma, Coleen.

—Ojalá pudiera, Lorne.

—Vale, vale… Infórmame de algunos puntos clave para que pueda hablar con el presidente. ¿Cuál es la situación exactamente y hasta dónde puede llegar?

—Lorne… No estoy muy segura de que te hayas leído el informe sobre la estrategia soviética con el suficiente detenimiento. Las únicas formas de evitar que se extienda son las barreras naturales y la esterilización directa.

McMasters cerró los ojos y volvió a exclamar con un susurro:

—¡Santa madre de Dios!

28

Terrenos de los Conroy
Condado de Stebbins, Pensilvania

Billy Trout tuvo que conducir por una serie de carreteras secundarias y de caminos rurales que no hacían más que dar vueltas absurdas para llegar a la casa de Selma Conroy, situada en pleno corazón del condado. A pesar de que el pueblo de Stebbins era pequeño, el condado al que pertenecía era enorme y estaba compuesto fundamentalmente por grandes terrenos de cultivo de trigo, cebada, patatas, manzanos, melocotoneros y maíz. Entre las tierras de cultivo había caminos y extensiones de pastos para vacas y rebaños de ovejas. Las casas y las granjas estaban desparramadas por la inmensidad del paisaje, pero las granjas eran tan gigantescas que parecían una isla perdida en el vasto océano de verde ondulante.

Marcia lo llamó por teléfono y Trout paró en la cuneta y encendió el altavoz.

—¿Qué tienes?

—Solo he conseguido la mitad —contestó ella—. El doctor Volker me está costando trabajo, pero de Selma Conroy lo tengo todo. ¿Quieres que te lo cuente ahora mismo?

—Mándame un correo electrónico con todos los datos y ahora hazme un resumen con lo fundamental.

—Vale —contestó Marcia. A continuación oyeron el ruido de las teclas del ordenador—. Selma Elsbeth Conroy tiene ochenta y dos años. Nació en el este de Texas, en un pueblo diminuto llamado Red Lick, cerca de la frontera con Arkansas. Se mudó a Stebbins en 1969, pero parece ser que aunque tenía familia aquí, en Pensilvania, el traslado se debió a que la echaron con cajas destempladas por ejercer la prostitución. Su madre era tan virtuosa como ella. Seis hijos, de cinco padres distintos. Una mujer con clase. ¿Quieres saber el nombre de uno de esos padres?

—Si dices Gibbon te doy un beso.

—Si es Gibbon, ¿puedo elegir dónde me das el beso?

—Ya veremos. Cuéntame la relación con Gibbon.

—¿Cabra está oyendo esto?

—Y me lo estoy pasando en grande —intervino entonces Cabra.

—Bien, esto os va a encantar, chicos. Homer era el hijo único de la hermana de

Selma. ¿Queréis saber cómo se llamaba la madre de Homer? ¡Clarice!

Trout y Cabra se quedaron mirándose el uno al otro dos segundos. Luego estallaron a reír.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Trout—. ¿La madre de un asesino en serie se llama Clarice?

—¡Hola, Clarice! —bromeó Cabra, poniendo la voz de Hannibal Lecter.

—No te estoy tomando el pelo —aseguró Marcia—. ¿Crees que la vida imita al arte o algo así? Bueno, pues ahora viene lo bueno. El apellido de la familia de hecho es Gibbens. Clarice Gibbens. G-i-b-b-e-n-s. Ni idea de cuándo cambió. Los registros de nacimiento y de los juzgados son escuetos, y eso es decir poco. Pero por lo que he podido recopilar, Clarice tuvo un hijo fuera del matrimonio que dio en adopción a los pocos meses. Debió de ser el que rellenó la solicitud de adopción el que transformó el apellido.

—¿Y cómo es que nadie siguió la pista de Gibbon hasta Stebbins? —preguntó Trout.

—No había ninguna razón para hacerlo. Cuando Clarice dio al niño en adopción, puso la dirección de una prima suya de Pittsburgh. No hay nadie en Stebbins con el apellido Gibbon o Gibbons, Clarice solo vivió aquí una temporada. Jamás fue una residente a nivel oficial. Además, solo conseguí enterarme de todo esto cuando añadí el nombre de Selma Conroy a la búsqueda. Selma aparecía como el pariente de sangre más cercano de Clarice en los informes de adopción. Y con la dirección del este de Texas, no la de Stebbins. Los archivos están patas arriba.

—¿Intencionadamente?

—Imposible saberlo. Es probable que la mayoría de los errores se deban a la escasa alfabetización del campesino blanco reaccionario que rellenó las solicitudes y los informes del hospital. Y puede que después Homer Gibbon borrara a propósito las huellas.

—¿Qué hay de la madre, Clarice? ¿Dónde vive?

—Imposible de localizar, probablemente esté muerta. Lo último que aparece de ella es un arresto por posesión en Harrisburg en 1993. Mi chico del Departamento de Policía de Harrisburg la ha buscado en los archivos, y tiene una docena de arrestos por posesión y prostitución. Según los informes médicos tenía el sida y un montón de problemas más. Debió de morir en algún fumadero de crack. Muchos drogadictos mueren en esos fumaderos sin papeles, o se los roban cuando se han metido una

sobredosis.

—Callejón sin salida —dijo Trout—. ¿Algún otro pariente vivo?

—No en los registros. Hay más datos, pero nada tan emocionante como lo que os he contado. Copias de documentos, cosas de esas. Ahora voy a ponerme a investigar a Volker.

—Muy bien, Marcia —contestó Trout—. Eres un hacha.

—Lo sé —dijo Marcia con cierta presunción, tras lo cual colgó.

Trout se giró hacia Cabra. El cámara sonreía.

—¡Oh, sí! ¡Esto es de Pulitzer!

—Por lo menos de película —alegó Trout, que volvió a arrancar el coche—. Y ahora vamos a ver a la tía Selma.

El GPS los fue guiando por carreteras que cada vez eran peores hasta que dieron con un camino polvoriento lleno de baches, capaz de acabar con los bajos del Explorer. Finalmente entraron por un sendero tan insignificante que no tenía ni nombre en el GPS.

—¿Pero esto es una carretera? —se quejó Cabra, que no dejaba de dar botes.

El camino giraba en una curva y penetraba bajo los brazos de dos hileras de olmos retorcidos cuyas cortezas estaban salpicadas de roya y envueltas en enredaderas fibrosas. Había hiedras venenosas a los dos lados, que se retorcían y encorvaban a lo largo de kilómetro y medio en dirección a la granja desvencijada y medio abandonada.

Trout pisó el freno y detuvo un momento el coche, y el motor por fin descansó lánguidamente.

—¡La leche! —suspiró Cabra.

Trout asintió. Ni siquiera la llamarada de colores otoñales era capaz de darle una pizca de gracia al lugar. Los rojos y naranjas se mezclaban formando las siluetas de víctimas del fuego. La casa estaba completamente cerrada en previsión de la tormenta. Sin duda sus paredes habían sido encaladas alguna vez, pero la pintura estaba descascarillada y enseñaba la madera gris leprosa de debajo. Todo el perímetro exterior estaba rodeado de un porche, amplio y cubierto, en el que las mecedoras vacías se balanceaban y chirriaban al son de la brisa fuerte del oeste, que se colaba por entre los altos maizales. Los campos de maíz estaban secos y marrones, los tallos desvencijados bajo el peso de la cosecha sin recoger.

—Toma unos cuantos metros de película del lugar —dijo Trout—. Esto vale su peso en oro.

—Ya lo veo —contestó Cabra, que andaba ya toqueteando los botones de la diminuta cámara digital de alta definición—. La granja de la estrafalaria familia Adams. Me he colado de polizón en vagones repletos de heno más alegres que esto. Sería mejor tomar fotos de las vistas desde lo alto de un helicóptero.

—¿Y quién va a pagarlo?

Cabra sonrió antes de contestar:

—Era solo una idea. Si es que realmente quieres invertir en este proyecto.

Trout bajó la ventanilla del coche y asomó la cabeza. Hasta el aire esparcía el olor apestoso y dulzón de la cosecha pasada.

—Este sitio tiene todas las características que necesitamos —comentó Trout al tiempo que apartaba el pie del freno y conducía hasta la puerta principal de la casa.

Aparcaron en una rotonda junto a un Nissan Cube de solo dos años de antigüedad. El coche estaba tan limpio y parecía tan fuera de lugar que cualquiera habría jurado que lo habían colocado allí con PhotoShop.

—¿Te pega que la tía Selma conduzca un Cube? —preguntó Cabra sorprendido, con una sonrisa.

Trout sacudió la cabeza.

—Será de alguien que ha venido a verla. Es una mujer mayor, así que a lo mejor ha pedido que le traigan comida rápida. No sé. El coche está limpio, y todo lo demás está polvoriento.

Salieron de su vehículo y echaron a caminar hacia las escaleras que subían al porche. Cabra llevaba la cámara grande apoyada en el hombro. Iba filmando.

Al llegar a los escalones, la puerta principal se abrió unos doce o quince centímetros. Trout se detuvo y Cabra le tocó el brazo. El rostro que se asomó para mirarlos era el de una mujer con la piel tan arrugada que parecía una momia. El ojo que se podía ver, no obstante, era de un verde brillante e impactante.

Antes de que Trout pudiera decir nada, la mujer preguntó en tono exigente:

—¿Qué?

La voz era aguda y cortante como el sonido de un palo al romperse.

—Perdone la intrusión, señora —dijo Billy Trout con la mayor educación del mundo, sombrero en mano y rebosante de humildad al estilo sureño. Aunque nominalmente Pensilvania era uno de los estados del Norte, contaba con un vasto territorio de cultivo—. Trabajo para *Noticias Regionales por Satélite*. Me llamo…

—Ya sé quién eres —interrumpió ella—. Te he visto en la televisión.

Genial,se dijo Trout. ¿Y esa era su audiencia? Sin embargo, mantuvo la sonrisa impasible.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

Selma Conroy escrutó el rostro de Trout con esos ojos verdes fieros, e instantes después abrió la puerta y salió al porche. Era delgada y vieja, pero bajo el cúmulo de arrugas Trout pudo adivinar la gran belleza que había sido en su juventud, antes de que la vida y sus propias elecciones erróneas la talaran. Llevaba un vestido azul descolorido y encima una bata gorda gris que se ató con fuerza al llegar a la barandilla del porche.

—¿Preguntas acerca de qué?

—Sobre su sobrino —confesó Trout.

No dijo el nombre. Quería saber cómo respondía ella.

Los ojos verdes de Selma se enfriaron.

—Toda mi familia está muerta.

—Tengo entendido que tenía usted una hermana que tuvo un hijo.

Selma sacudió la cabeza brevemente y con amargura.

—Mi hermana murió hace mucho tiempo. Y yo ya tengo el billete para ese tren —dijo, tras lo cual asomó la cabeza fuera del porche para escupir sobre una hilera de rosas marchitas.

Trout levantó un pie y lo apoyó en el primer escalón.

—Pero usted conoce a su sobrino.

Selma no dijo nada, solo echó un breve vistazo al coche aparcado en la rotonda.

—¿Qué pasa con él? —preguntó al fin Selma en voz baja.

—Lo ha arreglado usted todo para traerlo a Stebbins.

Ella calló.

—Con la intención de enterrarlo en la granja de la familia —continuó Trout.

—¿Cómo sabes tú eso?

—¿Eso importa?

—Se suponía que no tenía que enterarse nadie. Ni la prensa. Me lo garantizaron en el juzgado y en la prisión.

—No creo que lo sepa nadie más que yo —contestó Trout, que apoyó el peso de su cuerpo en el primer escalón y puso el otro pie en el segundo.

Selma se mantuvo firme y defendió su posición.

—Pues vaya tontería. ¿Y qué? —contestó de mal humor—. Has venido aquí a por

una historia, y diga lo que diga se la vas a contar al mundo entero. Es lo que hacen los periodistas. Buscar a personas que tengan una herida para escarbar en ella. ¿Cómo es esa frase? La sangre vende. ¿Por qué iba yo a querer hablar con alguien como tú? —preguntó finalmente Selma, sacudiendo la cabeza.

—Vale —concedió Trout—, me queda claro. Los periodistas comerciamos con el dolor. El dolor vende. Lo sabe todo el mundo. Y esta historia acabará por salir, no cabe duda —aseguró Trout. Subió otro escalón hasta que sus ojos quedaron a la misma altura que los de ella—. Pero ahora usted tiene la oportunidad de expresar su opinión para que salga a la luz pública junto con la historia… O no.

—¿Eso es una amenaza?

Trout extendió las manos y contestó:

—Así es el periodismo.

—Eres un cerdo.

—Y tú una exprostituta —soltó Trout lisa y llanamente, dejándose por fin de cortesías y de tratarla de usted—. Empezaremos por ahí, a ver si sale algo interesante.

La tía Selma se cruzó de brazos y escrutó a Trout con la frialdad de un carnicero que sopesara el valor de un pedazo de vaca. Entonces esbozó una sonrisa a medias, solo con las comisuras de los labios.

—Muy bien, hablemos.

Sin embargo, antes de que a Trout se le escapara la sonrisa, Selma señaló con el dedo a Cabra y añadió:

—Pero él no. Esa cámara no grabará la conversación. Todavía me queda algo de respeto por mí misma, y estoy decidida a conservarlo. Y para eso me basta con alegar que es tu palabra contra la mía. Nada de fotos ni de vídeos, y nada de grabaciones de sonido.

Trout lo consideró y asintió. Se giró hacia Cabra.

—Espera en el coche, ¿de acuerdo?

—Claro —contestó Cabra.

Cabra giró sobre los talones, se dirigió de vuelta al camino y desapareció en el coche.

Trout se volvió entonces hacia Selma.

—¿Vamos dentro y…?

—No —negó ella con sencillez—. Ha venido a verme una dama de la parroquia, y no quiero que oiga nada de esto.

Ah, pensó Trout, *la propietaria del Cube.*

Sin decir ni una sola palabra más, Selma bajó los escalones del porche y se dirigió al granero de aspecto oxidado situado junto a un riachuelo, a unos sesenta y cinco metros de la casa, en el interior de la propiedad. Trout se metió las manos en los bolsillos, encendió el botón de la grabadora digital con el dedo pulgar izquierdo y la siguió.

29

Despacho del presidente de los Estados Unidos de América
Washington, D. C.

El presidente siguió el ritual recodificado a diario con Lorne McMasters. Sentía que se le estaba haciendo un nudo en el estómago.

—Adelante, Lorne —dijo una vez terminado el protocolo y verificada la seguridad de la línea.

—Señor presidente, se ha producido un escape deliberado no autorizado de un arma biológica de la clase F en el territorio agrícola de Pensilvania.

—¿Es un acto de terrorismo?

—No, señor presidente. Ha sido uno de nuestros invitados.

McMasters se apresuró a poner al día al presidente a propósito de Volker, Lucifer 113, Rockview, Homer Gibbon y la posibilidad muy real de que se produjera un brote infeccioso en Stebbins. La información al respecto iba saliendo en la pantalla del portátil del presidente conforme hablaba.

—¡Dios mío! —exclamó el presidente casi sin aliento—. ¿En qué estatus nos encontramos en cuanto a la contención?

—Todas las fuerzas de la ley han sido informadas, señor presidente. Es posible que la policía local de Stebbins se halle en una situación comprometida, pero estamos coordinándolos con la policía estatal de Pensilvania y de Maryland. No obstante necesitaremos a la Guardia Nacional para acordonar la zona.

—Llamaré al gobernador Harbison de inmediato. No cuelgues —dijo el presidente, que acto seguido pulsó un botón—. Janine, por favor, ponme con el gobernador Harbison. Código uno de emergencia. Y también con el director de Seguridad Nacional y los secretarios de Defensa y de Estado. Ya.

En menos de un minuto, la secretaria logró comunicar por teléfono con el gobernador de Pensilvania.

—Señor presidente —comenzó Harbison—, es un placer. ¿En qué puedo servirle?

El presidente lo interrumpió.

—Teddy, escúchame atentamente. Nos hallamos en una situación crítica.

El presidente se lo soltó todo de golpe.

30

Propiedad Conroy

Cabra estaba echando un vistazo a los alrededores, sentado en el Explorer, cuando vio a Selma y a Trout caminando por un sendero hacia el establo, de espaldas a él. Bajó la ventanilla, apoyó la cámara pesada sobre la puerta y rodó unos cuantos metros de película. Entonces miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, salió del coche y echó a correr hacia un lateral de la casa.

En cuanto se convenció de que no había nadie, rodeó parte del porche y subió por los escalones laterales. Por ese lado había tres ventanas que daban al porche. Se acercó a la primera, se arrodilló y asomó la cabeza por encima del alféizar. El cristal estaba gris de puro mugriento, pero a pesar de todo pudo ver el cuarto de estar: un par de sillones que parecían tener mil años cada uno, un sofá que no pegaba, varias mesas y vitrinas repletas de todo tipo de colecciones de porquerías. Cucharas decorativas, platos con personajes de Disney, una colección de conejos de porcelana. ¿Conejos? Cabra los adoraba. El contrapunto de los opuestos siempre funcionaba en historias como aquella. La prostituta del corazón blando. O quizá la prostituta convertida en una anciana señora, rodeada de cachivaches baratos. Conmovedor.

Levantó la cámara y filmó el cuarto de estar con diversos grados de acercamiento del zoom.

Tras la segunda ventana atisbó el comedor. A un lado de la mesa había montoncitos de cartas y una pila de revistas. La otra mitad estaba puesta para tomar el té. Tetera china, dos tazas distintas, azucarero recuerdo de Atlantic City, un envase de cartón abierto de leche semidesnatada y un plato de galletas. Cabra había oído a Selma decir que tenía una invitada. Una dama de la parroquia. Pero no había ni rastro de ella, así que Cabra siguió espiando. Al barrer el espacio con la cámara a lo ancho de la ventana Cabra creyó ver parte de una sombra que se alejaba y se dirigía hacia una puerta interior abierta. Se acercó entonces a la ventana trasera de la cocina para captar mejor la imagen, pero la sombra había desaparecido.

Se trataba de una silueta. De la figura de una persona. ¿La dama de la parroquia? *Probablemente*, pensó, aunque le había parecido demasiado grande como para ser una ancianita.

No quedaba nada más de interés en la planta de abajo, por lo que se dirigió al

jardín de atrás, tan abandonado y desastroso como la parte frontal de la casa. Dos olmos enfermos soportaban una hamaca raída, cubierta de hojas caídas y marchitas del año anterior; una mesa de exterior a la que le faltaba una pata, nivelada con una pila de ladrillos. Trastos viejos que revelaban con elocuencia una vida cuesta abajo, así que también lo filmó. Todo el metraje que estaba tomando estaba destinado a servir de ambientación. Pero en realidad no ocurría nada, así que apagó la cámara y volvió al Explorer para matar el tiempo subiendo la historia al Twitter.

Cabra no vio la sombra que fue siguiéndolo despacio ventana tras ventana, observándolo.

31

Estado de Transición Hartnup

—¡Echadme una mano! —gritó Dez.

Dos enfermeros salieron por la puerta trasera de una ambulancia y se apresuraron hacia ella. Dez los conocía. Eran Don y Joan. Un equipo mixto que bien podría haber sido de hermanos: ambos musculosos, de cuello corto, cubiertos de tatuajes y con aspecto de tener genes de bulldog en el ADN.

—¿Eso de la garganta es una herida? —preguntó Joan, que enseguida alargó un brazo hacia Diviny.

Dez le dio un manotazo para apartarla.

—¡Cuidado! —advirtió Dez—. Muerde… y escupe mierda negra asquerosa.

—Trae la camilla —ordenó Don.

Joan volvió al vehículo. Sacó la camilla y comenzó a cargar encima el equipo. J. T. y Dez sujetaron a Andy, que no dejaba de retorcerse, y Don se inclinó hacia la víctima todo lo que se atrevió para levantar un poco los bordes del Izzy y ver la herida.

—¿Qué clase de herida es esta? —preguntó Don.

—Un mordisco —contestó Dez.

Don le lanzó una mirada breve a Dez.

—¿Qué clase de mordisco?

—Humano.

—¡Jesús! Los bordes están completamente desgarrados. Pero no ha sangrado a través de la venda, así que voy a dejarla en su sitio. Hay que llevarlo a emergencias de inmediato —declaró el enfermero.

—Justo lo que pensábamos hacer —dijo Dez entre dientes.

—¿Por qué está esposado? —siguió preguntando Don.

—Se ha vuelto loco —contestó J. T.—. No sabemos cómo. Ha matado por lo menos a otros dos agentes, posiblemente a tres.

El enfermero se quedó boquiabierto mirando a J. T.

—¡Tonterías! Yo conozco a Andy y es…

—¿Sabes si había intentado comerse a alguien antes? —soltó Dez agriamente.

—¡Pero tú te has vuelto loca, Dez! ¡Ay, Dez…!

—¿En serio? Quítale la máscara y acércate —contestó Dez—. Cuando termine de

comerse tu cara, entonces hablamos.

Joan volvió con la camilla y la dejó caer al suelo, exhausta.

—¿Qué tenemos? —le preguntó a Don.

—Dicen que Andy ha perdido el juicio y se ha puesto a atacar a los otros policías.

—A matar policías —corrigió J. T.—. A Jeff Strauss, a Mike Schneider, y puede que a Natalie Shanahan.

Joan se puso completamente blanca.

—¡Oh, Dios mío!

—Te lo repito —insistió Don—, eso es imposi…

Diviny saltó hacia delante tan brusca e inesperadamente que estuvo a punto de soltarse de Dez y de J. T. Los dientes del joven agente mordieron el aire a escasos centímetros de la nariz de Don.

—¡Jodida rata de mierda! —gritó Don, que se echó atrás y cayó sobre la camilla.

—Deja ya de jurar y trae la tabla —chilló J. T. mientras él y Dez luchaban por seguir sujetando a Andy.

Los enfermeros se quedaron atónitos por un momento. Dez vio la chispa de la incredulidad brillar en sus ojos y supo exactamente cómo se sentían. Imposible. Todas y cada una de las malditas cosas que ocurrían ese día eran imposibles. Los enfermeros reaccionaron enseguida y se pusieron manos a la obra.

La tabla era una pieza de plástico de alta tensión del tamaño de un cuerpo, con agujeros por los bordes que servían para sujetarla a la camilla y atar al paciente. Tardaron tres minutos de sudor y juramentos en tumbar a Andy Diviny en la tabla, cerrarle las esposas a los lados y sujetarle las piernas con un rollo de cinta adhesiva. Otros departamentos de policía mejor equipados disponían de correas más caras para ese tipo de situaciones, pero allí en el campo la cinta adhesiva era rápida, duradera y siempre estaba disponible. Joan dio vueltas y más vueltas con la cinta alrededor de las espinillas. Luego hizo lo mismo a la altura de los muslos y del pecho.

—¿Tienes una mascarilla de plástico para los mordiscos? —preguntó Dez mientras sujetaba la cabeza de Diviny por enésima vez.

—Son mejores los collarines de Filadelfia —dijo Don, que sacó uno del maletín con el equipo.

Se trataba de un collarín cervical de espuma de plástico formado por dos piezas que se unía con velcro y que tenía una abertura para dar acceso a la garganta. Sin duda evitaba que Diviny abriera la mandíbula lo suficiente como para darle un

mordisco a nadie, y por otra parte le inmovilizaba la cabeza. De todos modos reforzaron el collarín con otra vuelta de cinta adhesiva alrededor de la frente y de la tabla. Dez le quitó la cinta a Joan y dio otra vuelta más alrededor del pecho y de los hombros.

Por fin Dez y J. T. se echaron atrás, agotados y sudando. Don y Joan vacilaron, indecisos.

—¿Está bien atado? —preguntó J. T. Diviny gimió, gruñó y se retorció—. ¿Puedes darle algo? —siguió preguntando J. T. mientras se secaba el sudor de los ojos—. ¿Tenéis algún calmante? ¿Valium o algo?

—Ahora usamos Midazolam, o Versed —dijo Joan, que comenzó a rebuscar por el equipo para traumas.

Sacó una inyección hipodérmica, le quitó la capucha e inyectó un poco de la solución al vacío para expulsar el aire. Pero de nuevo vaciló.

—Si sigue retorciéndose de ese modo no voy a poder ponérsela, y desde luego no quiero pincharme.

—Métesela intranasal —sugirió Don—. No es tan rápido, pero es mucho más seguro.

Joan le tendió la inyección y Don le metió una pieza en el orificio de la nariz, en la cual encajó luego la jeringuilla. Una vez en su sitio apretó el émbolo y el filtro que llevaba la pieza convirtió el chorro de la solución en vapor.

—Vamos a comprobar las constantes vitales y a llevárnoslo de aquí de una vez —dijo Don.

Joan enganchó la pinza del pulsioxímetro a la punta del dedo índice derecho de Diviny. Don le colocó la cinta del manómetro alrededor del brazo y comenzó a inflarla para tomarle la presión sanguínea.

Joan pulsó las teclas de la radio portátil para llamar al hospital. Cuando por fin logró ponerse en contacto con el médico de urgencias, le informó:

—Tenemos a un agente de policía caído con un fuerte desgarro en el cuello. Según otros agentes se trata de un mordisco humano. Le han puesto una venda Izzi y le hemos administrado Midazolam por vía nasal. Ahora le estamos tomando las constantes vitales. Tiene la piel fría.

Joan tomó un termómetro digital y se lo colocó a Diviny en la punta de la oreja.

—¡Uau! Tiene treinta y un grados. Las pupilas no reaccionan. Imposible captarle el pulso con el pulsioxímetro.

Joan colocó los dedos sobre la muñeca de Diviny. Puso cara de sentirse molesta y volvió a intentarlo colocando los dedos en otro punto diferente. Y una vez más volvió a intentarlo.

—Doctor, no le encuentro el pulso —dijo por fin por radio—. Ha sufrido un fuerte shock y…

—El manómetro no capta nada. Cero sobre cero —dijo Don, que comenzó a inflar la cinta otra vez. Y otra vez más—. Este maldito trasto está roto.

—¡Olvidaos de esa mierda y llevároslo! —exclamó Dez.

Don no le hizo caso. Se colocó el estetoscopio y puso la pieza metálica redonda contra las costillas de Diviny. La expresión de su rostro pasó de la confusión a quedarse completamente en blanco.

—No hay respiración. Hay que entubarlo.

Diviny abrió la boca y enseñó los dientes.

—No puedes entubar a un tío que muerde —dijo Joan.

—¡Lo estamos perdiendo! —gritó Don—, ¡se muere…!

El final de la frase se desvaneció en el viento. Diviny no se estaba muriendo. Seguía enseñando los dientes, gruñendo, retorciéndose y luchando contra las ataduras.

—Esto no tiene ningún sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —preguntó Dez.

Dez oía al médico de urgencias del hospital por la radio. Gritaba y exigía que le informaran y que aclararan la situación. Joan se llevó la radio a los labios.

—Es imposible tomarle las constantes vitales —dijo. Después se quedó escuchando la radio por un momento y luego desconectó—. Quiere que le hagamos un EKG en cuanto lo metamos en la ambulancia. Y después una lectura de la glucosa en sangre. Está preparando la sala de operaciones.

Los cuatro se quedaron mirándose unos instantes y finalmente bajaron la vista hacia Diviny.

—No lo comprendo —dijo Joan con una voz distante—. No tiene presión sanguínea ni pulso. No respira…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dez.

Joan estuvo a punto de pronunciar las palabras, pero al final se conformó con decir:

—No conseguimos detectarle las constantes vitales.

—No es el equipo —añadió Don con calma—. Sencillamente… no le captamos las

señales vitales. Está… está… —concluyó, sacudiendo la cabeza.

Ninguno de los cuatro dijo una sola palabra.

Dez miró a J. T., que sudaba como si estuviera delante de una hoguera.

Metieron la camilla en la ambulancia sin decir absolutamente nada. Joan se subió atrás con el paciente, pero se sentó sobre una banqueta plegable metálica atornillada a la carrocería, lo más lejos que pudo de la camilla. J. T. se subió atrás con ella y Don ocupó el asiento al volante. Dez corrió a su unidad, encendió el motor y fue abriéndoles paso a través de la multitud de coches aparcados de cualquier modo. Había otra unidad policial de Bordentown aparcada al final de la calle, en el cruce, y el agente estaba sacando vallas para impedir el paso. Tras esa unidad se amontonaban ya docenas de coches y de furgonetas. Era la prensa, que por fin había llegado. Y en cuanto se conociera la naturaleza del problema habría más periodistas que polis. Había mirones caminando a lo largo de la calle e internándose en el bosque; mirones que habían dejado el coche aparcado en la calle Fábrica de Muñecas y en las calles colindantes, y que ocupaban kilómetro y medio en ambos sentidos.

En cuanto llegaron a la calle Fábrica de Muñecas, Dez encendió las luces y las sirenas y apretó el acelerador. El Cruiser se alejó ruidosamente del lugar de la muerte y de la miseria. Y la ambulancia, con su misterio encerrado dentro, la siguió.

32

Estado de Transición Hartnup

El jefe Goss se quedó contemplando la locura de sombras rojas y verdes esparcida ante él. Dos agentes allí mismo. Otro más bajando la pendiente. No eran agentes suyos, pero eso daba igual. Los distintos pueblos del condado compartían siempre el trabajo; los casos respectivos invariablemente se solapaban unos con otros. Formaban todos una familia.

Tres muertos.

Otro agente completamente loco.

El claro estaba en calma. Nadie se movía. Todos los presentes compartían una misma expresión de shock en la mirada y sus corazones palpitaban acelerados.

Goss observó los cuerpos. Mike Schneider, Jeff Strauss. No solo muertos, sino además en parte desgarrados. ¿Qué demonios les había hecho Andy? ¿Se los había comido?

Goss sintió que se le revolvía el contenido del estómago. Sentía deseos de vomitar. Quería marcharse a casa. Se giró hacia Sheldon.

—Shel, ¿qué ha ocurrido? —le preguntó en voz baja.

Sheldon sacudió la cabeza. Tomó aliento, se humedeció los labios y le explicó exactamente lo que él había visto. Y mientras tanto Goss a su vez tampoco dejó de sacudir la cabeza. No como si quisiera sugerir con ello que Sheldon estaba mintiendo, sino por la extrañeza de lo ocurrido. Era todo demasiado extraño, tenía que ser un error.

—¿Algún rastro de Doc Hartnup?

Goss puso una rodilla en el suelo y apoyó todo su peso en ella, a escasos centímetros de Strauss. Conocía a Strauss mejor que a Schneider. Sus hijos estaban en el mismo curso, jugaban en el mismo equipo de la liga infantil. El hijo de Strauss era centrocampista entre la segunda y la tercera base; el suyo era el catcher.

No tendrían más remedio que celebrar el funeral con el ataúd cerrado. Toda la parte inferior del rostro de Strauss había desaparecido. Tenía restos sobre el uniforme, sobre el césped, en el pelo. Y lo que faltaba…

No se atrevió ni a pensarlo.

—¡Ah, Jeff… maldita sea!

Goss jamás había estado así, junto al cuerpo muerto de un amigo caído. Las personas que conocía habían muerto en la cama o en el hospital, y las víctimas de los accidentes de tráfico por lo general eran desconocidos. Se preguntó si debía cerrarle los ojos. Es lo que se hacía siempre en las películas. Cerrarles los ojos. Era algo así como cerrar una puerta, bajar una persiana. Significaba algo, o eso al menos se figuraba. Era una especie de muestra de respeto; un gesto que restauraba de algún modo la dignidad del fallecido.

¿Les importaría a los forenses?

Reflexionó acerca de ello, apretó los labios y sintió un enorme peso en el corazón.

—Sí —murmuró para sí mismo—, es lo correcto.

Alargó la mano. Los dedos le temblaban de tanta adrenalina y del shock. Y debido a la repugnancia. Era duro contemplar ese rostro desgarrado. Goss sintió el contenido de su estómago revolverse una y otra vez.

Rozó con los dedos los párpados medio cerrados.

La boca sin labios de Strauss se irguió inesperada y bruscamente hacia delante y los dientes descarnados mordieron los dedos del jefe Goss.

33

Guardia Nacional del Ejército de Pensilvania
Compañía Acorazada D, 1-103RD
Avenida de Washington 108
Connellsville, Pensilvania

El sargento Teddy Polk estaba en pie bajo la lluvia, haciéndoles a sus hombres un gesto con la mano para que siguieran adelante, empujándolos para que se subieran a la parte trasera del camión de transporte de tropas. Una cola de camiones de transporte de tropas esperaba perezosamente bajo la lluvia.

Uno de los soldados que era del mismo pueblo que Polk, un cabo llamado Nick Wyckoff, asintió en dirección al convoy y preguntó:

—¿En qué consiste la operación? ¿En colocar sacos de arena para detener la corriente de agua y toda esa mierda?

Polk sacudió la cabeza.

—Nadie nos ha informado de nada, Nickie.

Wyckoff asintió y llegó a la cuerda a la que tenía que agarrarse para subir al camión, pero entonces Polk le dio una palmadita en el hombro y Wyckoff se inclinó hacia él.

—Hay un par de cosas extrañas en esta operación, ¿sabes?

—¿Sí? ¿Qué cosas?

Polk habló lo más bajo que pudo, que no era mucho teniendo en cuenta el rugido de la lluvia.

—Nos han pedido que escojamos a los soldados uno a uno. Que no elijamos a nadie que tenga niños o que tenga familia por los alrededores. Los casados solo van a hacer tareas de control de la inundación y de evacuación de emergencia de la población. No vienen con nosotros.

—¿Y por qué…?

—No, espera —lo interrumpió Polk—, la cosa es más extraña todavía. He visto a la tropa cargando cajones en un par de camiones.

—¿Cajones de qué?

Polk se humedeció los labios antes de contestar:

—De trajes contra materiales peligrosos.

—¡Dios! ¡Mierda! —murmuró Wyckoff.

—Exacto.

Minutos más tarde los camiones salían del recinto.

El general de división Simeon Zetter estaba en pie junto a la ventana de su despacho con las manos entrelazadas en la nuca, el rostro impasible y los ojos fijos en la cola de vehículos que se dirigía directamente hacia la zona en la que se localizaba la tormenta. Estaba solo en el despacho. Sus oficiales de rango superior se habían marchado con el convoy. No era una operación que pudiera confiarse a los tenientes.

La lluvia lo tenía preocupado. Formaba una cortina gris espesa. Ni siquiera podía ver con claridad la fila de camiones por la ventana. Los helicópteros Apache y Águila Negra estaban varados en tierra por culpa del viento. Y eso no era nada bueno. Si alguna vez se había producido un conflicto perfecto para una operación de las fuerzas aéreas, era esa.

¿Tropas de tierra? El condado de Stebbins tenía muy poca población, pero ocupaba un territorio muy amplio. Campos de cultivo, bosques y granjas. Mucha naturaleza que peinar. En cualquier otra circunstancia sin duda habría recurrido a los escáneres térmicos, pero durante la videoconferencia con el gobernador, el presidente del gobierno y el consejero nacional de Seguridad, este último había dicho algo a lo que todavía le estaba dando vueltas en la cabeza. Algo que no acababa de entender.

—El enemigo puede mostrar grados variables de temperatura —había dicho Blair, el consejero nacional de Seguridad.

—¿Cómo dice, señor? —había preguntado Zetter.

—Hay que estar preparados para la posibilidad de no podamos rastrear térmicamente a buena parte de las personas infectadas.

—¿Cómo es eso, señor? ¿Es que utilizan un supresor térmico o…?

—No —había negado Blair—, son solo civiles.

—Pero los civiles no…

—Su temperatura corporal desciende. Un grado por hora, por término medio. Y con este frío probablemente más.

—¿Se trata de… de un síntoma de la enfermedad, señor?

—No, general Zetter —había contestado Blair—, es la señal de la falta de vida.

Segunda parte

El otro reino de la muerte

Cada uno de nosotros es su propio demonio y hace de este mundo su infierno.
—Oscar Wilde, *La duquesa de Padua*

34

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono con las últimas noticias de la tormenta que está cayendo. Los avisos de huracán, en efecto, son para los condados de Stebbins y Fayette. Haced caso de mi consejo: no salgáis de casa a menos que sea imprescindible. Tengo al día la lista de colegios y negocios cerrados…

35

Pueblo de Stebbins

Le faltaban tres kilómetros para llegar al hospital cuando la radio comenzó a emitir interferencias. Dez cogió el micrófono.

—Aquí la unidad dos.

—¿Dez? ¿Qué demonios está pasando? —preguntó Flower precipitadamente—. Han vuelto a subir otra vez el nivel de peligrosidad de la tormenta, y quieren que llevemos a todos los niños a la escuela elemental. Las tiendas del pueblo están cerrando a mediodía, y no consigo comunicarme por radio con el jefe.

Las escuelas de enseñanza elemental y media situadas en el condado de Stebbins pertenecían a toda la región, de modo que a diario llegaban a ambas autobuses cargados de niños de todos los pueblos de alrededor. Cerrar antes de la hora suponía esperar hasta que los padres pudieran salir del trabajo para ir a recoger a sus hijos. Y por lo general significaba meterlos a todos juntos en el auditorio o en el comedor durante horas. Pero con la tormenta que se avecinaba, solo el edificio de la escuela elemental estaba catalogado oficialmente como refugio. Estaba situado en un terreno elevado al final de la carretera Schoolhouse Lane. Así que había que llevar allí en autobús a todos los chicos de enseñanza media y comunicarse con los padres para darles la nueva dirección. Vamos, una locura.

—No puedo ayudarte, Flower. Las cosas ahora mismo están que echan humo. Tendrás que encontrar voluntarios que se encarguen de meter a los niños en los autobuses para ir a la escuela elemental.

—¿No has llegado todavía al hospital?

—Casi.

—Bueno… ¿y qué hago con el teniente de la policía estatal?

—¿Qué teniente?

—Tengo al teniente Hardy por la otra línea. No hace más que repetir que quiere hablar con el jefe, pero…

—Pásamelo, Flower —contestó Dez—. Trataré de ponerlo al día.

—¡Oh, gracias! Está esperando en el canal ocho —dijo Flower, que parecía verdaderamente aliviada.

Dez buscó la emisora ocho, que era una de las líneas seguras. Se produjo un

estallido de interferencias y luego oyó hablar a una voz masculina.

—¿Con quién hablo?

—Aquí la agente Desdemona Fox, del Departamento de Policía de Stebbins.

—Agente Fox, bien. Soy el teniente William Henry Hardy, de la policía estatal, tropa B. ¿Está usted con el jefe Goss?

—No, señor. Goss está en el escenario del crimen.

—¿En Hartnup? —lo interrumpió Hardy.

—Sí, señor.

—No contesta por radio —dijo Hardy en un tono que parecía sugerir que se sentía muy ofendido por el hecho de que un jefe de policía de un pueblo perdido se atreviera a hacer caso omiso de su llamada—. Parece que es imposible ponerse en contacto con él.

—Tenía la radio cuando me marché. Y no hace más de quince minutos de eso. ¿No han llegado todavía sus chicos?

Justo en ese momento tres vehículos de la policía estatal giraron en la esquina y pasaron por delante de la unidad de Dez con las luces y las sirenas encendidas. Los habría oído de no haber sido por la sirena de la ambulancia a la que escoltaba.

—Me corrijo, jefe… tres unidades acaban de pasar por delante de mí hacia el escenario del crimen.

—Muy bien. Ellos me harán un informe completo —contestó Hardy, solo un poco más tranquilo—. Mientras tanto, ¿qué puedes contarme tú?

Dez esperaba la pregunta, así que trató de expresarse con la mayor calma posible. Le contó los hechos lo más objetivamente que pudo, sin teñirlos ni añadir especulaciones. Hardy la escuchó sin hacer ningún comentario hasta el final.

—Mis condolencias por la pérdida de vuestros colegas, agente Fox —contestó al fin. *La frase carece de verdadera emoción, pero al menos demuestra buena educación*, se dijo Dez—. El agente que se ha vuelto loco… ¿había mostrado algún indicio antes de un comportamiento irregular?

—Ninguno.

—Muy bien. Estaremos en contacto —dijo Hardy, que desconectó la radio sin añadir nada más.

—¡Gilipollas! —musitó Dez.

El hospital estaba a cuatro manzanas. Puede que allí les dieran alguna respuesta.

La radio volvió a emitir otro zumbido. Flower llamaba de nuevo.

—Dez, tenemos otro aviso y no tengo ninguna unidad a la que mandar. Se trata del robo de un vehículo que circulaba con un solo ocupante. El propietario dice que un hombre desnudo salió corriendo hacia él nada más detenerse en un semáforo. Dice que le mordió, le quitó los pantalones y se llevó su coche. ¿Te lo puedes creer? ¡Le quitó los pantalones! Y alucina… ¡le pegó un mordisco!

Dez estuvo a punto de estrellarse contra una cabina telefónica.

—Repite, por favor. ¿Cómo dices?

—¡Lo que oyes! El tipo le mordió. Y es un desastre, porque no quedan ambulancias que mandar en el hospital. Están todas en Hartnup. Así que tienes que ir a tomarle declaración al hospital.

¡Dios!, ¿otro mordisco?, pensó Dez.

Entonces se acordó de la serie de huellas de pies descalzos que salían del tanatorio de Hartnup.

—¿Cuál es su localización?

—La víctima está en la cafetería. Murph va a llevarla al hospital.

—Vale, trataremos de tomarle declaración cuando lleguemos allí.

La fachada del hospital asomaba media manzana más adelante, lejos del desastre.

36

Propiedad Conroy

Trout caminó junto a Selma, pero ninguno de los dos habló hasta llegar al socaire que ofrecía el granero desvencijado. Los cuervos se alineaban sobre el tejado inclinado, y treinta especies de pájaros diferentes entraban y salían volando por los agujeros de la madera de aspecto podrido. No se oían ruidos de animales en el interior, así que Trout se figuró que el granero llevaba al menos veinte años en desuso.

—Bien, aquí no nos oye nadie. Hablemos.

Selma rebuscó por los bolsillos de la bata y sacó un paquete de Camel sin filtro y un mechero con el logo del casino de Pensilvania. Casino de Mohegan Sun, en Pocono Downs. Sacó un cigarrillo, lo encendió y frunció el labio inferior para expulsar el humo hacia arriba, por delante de su rostro.

—Pregunta lo que quieras —dijo ella.

—¿Eres la tía de Homer Gibbon?

—Sí. Así es.

—¿Hasta qué punto lo conocías?

—Lo he visto muy vez en cuando. Sobre todo a partir del momento en que cumplió los diecisiete años en adelante. Después de que se escapara por última vez de la casa de acogida.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Selma resopló y se encogió de hombros.

—¿Podrías tratar de concretar? —insistió Trout.

—No lo sé. Puede que en los años noventa… en el noventa y uno.

—Eso fue después de cometer él varios asesinatos.

—Supuestos asesinatos —lo corrigió Selma—. Jamás lo han condenado por nada sucedido con anterioridad a esa fecha.

—Supuestos —concedió Trout. No tenía sentido discutir acerca de ese punto—. ¿Conocías sus… mmm… sus actividades?

Ella hizo una mueca y contestó:

—¿Has oído alguna vez la expresión «Soy de pueblo, pero no soy tonto»?

—Claro.

—Me estás haciendo las preguntas que le harías a un campesino ignorante que no

sabe una mierda. ¿Es así como pretendes hacer esta entrevista? Quieres que parezca la típica blanca pobre e inculteducada —dijo Selma, que pronunció deliberadamente mal la palabra inventada y con un fuerte acento de pueblo—. Si te digo que sabía lo que estaba haciendo, entonces soy su cómplice. Soy vieja, pero ¿tengo aspecto de imbécil?

Trout sonrió, pero no se disculpó.

—No, no lo tienes.

—Pues entonces demuéstrame un poco de respeto.

Nada más oír esa respuesta, Trout se dio cuenta de que la tía Selma le caía bien.

—Lo siento.

Ella asintió y le dio una calada larga al cigarrillo.

—¿Alguna vez te pusiste en contacto con Homer Gibbon después de que lo arrestaran por asesinato?

—No.

—¿No os escribisteis cartas? ¿Correos electrónicos? ¿Tarjetas de Navidad?

—¿Te parece que Homer era de esos que mandan tarjetas por Navidad? —preguntó ella a su vez con una sonrisa.

—Pues de hecho intentó mandarle al jurado tarjetas por San Valentín durante el primer juicio.

—Una estratagema publicitaria. Se le ocurriría a su abogado para que pareciera un loco, seguro.

Sí, probablemente eso era cierto, convino Trout.

—Entonces, ¿no mantuviste ningún contacto con él después del primer arresto?

—No.

—¿Ninguno en absoluto?

—No.

—En ese caso, ¿por qué presentaste una solicitud para traer su cuerpo a Stebbins para enterrarlo?

Selma se encogió de hombros antes de contestar:

—Por la familia.

—Lo siento, Selma, pero esa respuesta no se tiene en pie —aseguró Trout—. No es mi intención ofenderte, pero juraría por tu aspecto que no te sobra el dinero. Entre las facturas, el transporte, el coste del tanatorio y el de los sepultureros, te habrás gastado unos cinco o seis de los grandes.

—Cuatro y pico.

—Sigue siendo un montón de dinero.

—Solo si tuviera algún interés en ahorrarlo —contestó Selma, que se sacó una hebra de tabaco de la lengua con dos dedos y la dejó volar al viento—. ¿Tienes familia?

—Tengo una hermana en Scranton —dijo él—. Y primos en algún lugar del norte del estado de Nueva York.

—¿Y cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?

Trout tuvo que hacer memoria. Megan y él jamás habían estado muy unidos. Se mandaban postales en vacaciones, pero ¿cuándo la había visto por última vez?

—Hace un par de años.

Selma arqueó una ceja e insistió:

—¿Un par?, ¿seguro?

—Bueno, hace cuatro años.

—Así que no estáis muy unidos. Pero si muriera, ¿irías a su funeral?

—Claro.

—Lo has dicho sin pensar. ¿Por qué?

—Es mi hermana.

Selma asintió, y Trout captó la idea.

—Bueno, sí, vale —concedió Trout—, pero ella es enfermera y madre. No es una asesina en serie.

—Ni lo era Homer cuando yo lo vi por última vez. No era más que un chico joven y asustado al que jamás nadie le había dirigido una palabra amable. Su madre lo entregó en adopción al nacer. Y deja que te diga una cosa: eso deja huella. Luego estuvo entrando y saliendo de casas de familias de acogida hasta que se escapó. ¿Alguna vez has hecho un reportaje sobre las casas de acogida, señor Trout?

Trout no dijo nada.

—Sí, apuesto a que sí. Así que supongo que ya sabes el tipo de saca cuartos que son. La mitad de los padres de acogida se apuntan solo por el cheque a fin de mes; los niños les importan una mierda. Y la otra mitad son pedófilos que jamás deberían acercarse a un niño. ¿Es que crees que Homer tenía que ser así por fuerza, porque tenía mal los cables? —preguntó Selma mientras se daba unos golpecitos en el cráneo —. ¡Y una mierda! Ellos lo hicieron así. El sistema y esos hijos de puta violadores de niños a lo que llaman padres de acogida, esos son los que lo jodieron. Y no trates de convencerme de lo contrario, porque es mentira.

—No —negó Trout—, ya sé cómo son las casas de acogida. Muchos niños sufren traumas en esas casas; son víctimas de malos tratos y de violaciones. En definitiva, víctimas del sistema.

—Cosa que los convierte a ellos a su vez en maltratadores —señaló la tía Selma.

—No a todos —negó Trout—. Ni siquiera a la mayoría.

—Pero sí a bastantes. Los suficientes como para que todo el mundo piense que esos niños se convierten siempre en asesinos, y para que cuando de hecho sea así, a nadie le parezca una aberr… una aberr… ¿cómo se dice?

—¿Una aberración?

—Exacto, una aberración. Y encima dicen que como la mayoría de ellos no acaban siendo criminales, entonces los que sí lo son es por elección —concluyó Selma, que arrojó el cigarrillo al suelo y lo enterró con el tacón.

Trout notó que llevaba zapatillas de andar por casa con bordados de colibríes. ¿Un toque de inocencia?, ¿un recuerdo de la juventud perdida? En cualquier caso el detalle le hizo sentir pena por ella. Se preguntó hasta qué punto Selma había elegido su vida y en qué medida las circunstancias la habían obligado a tomar ciertas decisiones. Y eso le hizo preguntarse también si un niño pequeño, débil e impotente, al que se obliga a vivir unas circunstancias desafortunadas una y otra vez, llega algún día a tomar decisiones incorrectas motu proprio sencillamente por el hecho de que es el tipo de respuestas a las que está acostumbrado.

Tendría que hablar con un psicólogo a propósito de ese tema. Sería el argumento perfecto al hilo del cual contar la historia, ya se tratara de un libro o de una película.

—¿Estás diciendo que nada de lo que hizo Homer fue culpa suya?

Selma no contestó a esa pregunta de inmediato. Sacó el paquete de Camel, encendió otro cigarrillo y estuvo dándole caladas durante un rato con un brazo colocado bajo el pecho, el codo del otro apoyado en el primero y la mano un poco inclinada hacia delante, igual que una persona que estuviera contemplando y juzgando una obra de arte de un museo. Solo que la postura no se debía a la afectación, de eso Trout estaba seguro. Estaba reflexionando sinceramente acerca de la cuestión. *O elaborando con cuidado su respuesta*, pensó Trout momentos después. Uno de los cuervos del tejado del granero elevó la voz y partió el aire en dos con un grito lastimero tan perturbador como el de un niño llorando.

—No —contestó ella al fin—, eso tampoco sería verdad, y los dos lo sabemos. Es muy probable que a Homer lo empujaran por el mal camino, pero transcurrido un

tiempo… Sí, creo que matar llegó a gustarle.

—¿Y a pesar de eso querías enterrarlo aquí?

—Sí —asintió Selma.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Trout.

—Eso ya me lo has preguntado.

—Pero no me has respondido en realidad.

—Es de la familia.

—Bueno, pero tampoco es que esta granja sea la casa de los ancestros. Tú naciste en Texas. Homer nació en Pittsburgh. ¿Por qué aquí?

—Ahora es la propiedad familiar.

—¿Quedan familiares por los alrededores?

Selma sacudió la cabeza y alegó:

—No espero que me comprendas, señor Trout.

—Me gustaría comprenderte —dijo Trout, convencido en principio de que estaba diciendo una mentira.

No obstante, justo en el momento en que lo decía, comprendió que de verdad lo deseaba, y él mismo se sorprendió.

Selma se quedó mirando el horizonte de nubes grises que se acercaba por encima de la línea de las copas de los árboles lejanos mientras se fumaba el cigarrillo.

—Tengo cáncer —confesó ella entonces.

La revelación sobresaltó a Trout.

—¿Cómo…? Quiero decir… ¡Dios, lo siento! ¿Está… está muy avanzado?

—Prácticamente soy un cadáver. Estaré muerta para Navidad —afirmó ella, dándole vueltas al cigarrillo entre los dedos—. Tres paquetes al día durante cuarenta años.

—Lo… lo siento.

—A la mierda. La advertencia figura en todas las cajetillas. Sabía en qué me metía. En un suicidio lento. Pero saber que es esto lo que un día me remataría casi incluso le daba mejor sabor.

Trout no dijo nada.

Selma ladeó la cabeza y alzó la vista para mirarlo antes de continuar:

—No pretendo fingir que soy nada distinto de lo que lo soy, señor Trout, y te aseguro que ser puta o regentar un prostíbulo no es lo peor que he hecho en mi vida. He vivido en la marginación desde que nací. Me empujaron a esa vida y ahí me quedé.

Fue mi elección. No voy a disculparme, y estoy dispuesta a escupir a la cara a cualquiera que se compadezca de mí. Es mi vida, y también hubo momentos buenos a veces —explicó Selma. Una lágrima brilló en uno de sus ojos, que ella se enjugó con cierta ira—. No pretendo enmendar nada de lo que he hecho. La mayoría de la gente a la que le hice mal hace tiempo que está muerta, así que es imposible compensarlos de ninguna forma. Si es que en algún momento se me ocurre la idea de hacerlo. Apenas me arrepiento de nada, pero sí hay algo que… Solo hay una cosa que preferiría no haber hecho. O mejor dicho, hay una cosa que desearía haber hecho.

—¿El qué, Selma? —preguntó Trout en voz baja.

—Mi hermana Clarice vino a verme cuando se quedó embarazada. Me pidió que me quedara con el niño. Para entonces ella estaba ya realmente perdida. Su desesperación era tan profunda que vivía inmersa en su propia oscuridad y sabía que jamás saldría de ese agujero.

—¿Quién era el padre? ¿Dónde estaba él y qué hizo al respecto?

Selma soltó una carcajada amarga.

—Pudo ser cualquiera de los cientos de tipos con un billete de diez dólares en el bolsillo. Aunque Clarice hubiera sabido su nombre, sin duda él jamás habría cumplido con su deber porque nadie cumple jamás con su jodido deber.

—Entonces, ¿tu hermana te pidió que te quedaras con el niño?

Otra lágrima más resbaló en esa ocasión por la mejilla, surcando las miles de arrugas del rostro de Selma.

—Yo por aquel entonces tenía una casa y algo de dinero. Gobernaba un prostíbulo con diez prostitutas. Podría haberlas obligado a cuidar del niño por turnos. Podría haberlo hecho, y la verdad es que no me habría importado un bledo. No me habría costado nada.

Dos lágrimas brotaron al mismo tiempo de sus ojos.

—Pero para Homer habría sido su salvación. Nadie le habría puesto una mano encima. Ninguno de esos jodidos padres de acogida le habría metido la polla. Nadie le había dado azotes con cables eléctricos, nadie lo habría quemado con cigarrillos ni obligado a arrodillarse en la gravilla —continuó Selma, que de pronto agarró la manga de Trout—. Homer podría haber tenido una oportunidad, ¿comprendes?

—Sí —contestó Trout con voz pastosa—. Comprendo.

—Y todo el daño que él hizo a otras personas… todos esos asesinatos… las cosas malas que les hizo a esas mujeres y a esos niños. Puede que entonces él no hubiera

hecho nada de eso…

—Eso no lo sabes, Selma. Puede que lo llevara dentro, de nacimiento.

Selma apartó la mano de la manga de Trout y sacudió la cabeza con desprecio.

—¿Una mala semilla? ¡Gilipolleces! Yo no creo en eso. Los bebés no llevan la semilla del pecado.

—Me refiero a un desequilibrio químico o…

Pero Selma volvió a sacudir la cabeza en una negativa.

—No. Fue el sistema el que hizo un monstruo de él. Es culpa del sistema. De ellos… y mía.

Permanecieron en pie frente al viento helado, contemplando cómo el día soleado iba oscureciéndose paulatinamente.

—Entonces —comenzó a decir Trout despacio—, ¿por qué traerlo de vuelta aquí?

—Homer jamás tuvo un hogar —repitió ella—. Yo jamás antes le había dado nada. Ahora… al menos puedo hacer eso por él. Darle un hogar… y puede que algo de paz.

Trout tenía cientos de preguntas más que hacer, pero calló. Todas las cuestiones que quedaban pendientes sucumbieron como pájaros heridos que caen al suelo ante el brillo de los ojos verdes de Selma. Las ventanas del alma; y las de Selma se abrían ante un paisaje desgarrado por las tormentas y marchito más allá de cualquier posible reparación.

—Lo siento —dijo él.

Ella asintió. Las lágrimas volvieron a correr por su rostro, pero Selma apretó los dientes. Trout la observó apagar el segundo cigarrillo y encender el tercero.

Se giró sin decir una palabra más y se marchó despacio por el camino hacia el Explorer. La historia era oro puro, de eso no cabía duda, pero Trout sabía con absoluta certeza que tener que escribirla le desgarraría el corazón.

37

Hospital Regional de Wolverton
Condado de Stebbins, Pensilvania

Dez pisó el freno a fondo y paró en seco frente a la entrada de emergencias del hospital. Salió del coche antes de que la ambulancia pasara por delante y entrara en la rotonda. Un grupo de celadores, enfermeras y un médico se dirigieron apresuradamente a la ambulancia. Llegaron al mismo tiempo que Dez, justo cuando se abrían las puertas traseras y J. T. saltaba fuera.

Bajaron la camilla, dejaron caer las ruedas y todos entraron en el hospital en medio de un tumulto de voces y de jerga médica que J. T. y Dez no entendieron.

En lugar de llevar a Diviny a emergencias y de dejarlo en un pequeño cubículo separado del resto por cortinas, lo ingresaron en traumas: una sala medianamente grande destinada a un solo paciente en la que podían practicarse operaciones sencillas. Dez y J. T. se quedaron en el dintel de la puerta. No querían entrar, pero estaban ansiosos por saber qué le ocurría, aunque la información en ese momento fuera mínima, para darle un sentido a lo que estaba pasando.

Entonces estalló una discusión entre los enfermeros de la ambulancia y el médico, un hombre de origen indio cuyo nombre, según la etiqueta identificativa, era Sengupta. Hablaban de las constantes vitales del paciente. El médico se dirigió a ellos a voz en grito y con cierto aire de superioridad, y finalmente ordenó a las enfermeras del hospital que le tomaran las constantes vitales «como Dios manda, joder».

Así lo hicieron. O al menos lo intentaron. Cortaron la ropa de Diviny y le colocaron en el pecho los electrodos del electrocardiograma. Trataron de tomarle la temperatura primero en la oreja y luego en el recto. Lo colocaron sobre una máquina automática que medía la presión sanguínea, y le sujetaron otro pulsioxímetro en el dedo. Utilizaron hasta un dispositivo Doppler para tomarle el pulso.

Pero enseguida Sengupta se puso a gritar otra vez.

—¡Comprobad el estado de esas máquinas!

Las revisaron. Poco después el médico mismo volvió a revisarlas. Llevaron una máquina nueva para tomar la presión sanguínea. Utilizaron termómetros nuevos. Diviny tenía pegados más de media docena de estetoscopios al pecho y al abdomen.

De pronto el ruido y la confusión reinante en la sala se desvanecieron. Se hizo el

silencio, y los profesionales de la medicina se quedaron en pie alrededor de la camilla. Unos miraban a Diviny; otros se miraban los unos a los otros, buscando una explicación o una confirmación de sus sospechas. Nadie pronunció una palabra durante al menos medio minuto.

¡Mierda!, pensó Dez. Fue entonces cuando comprendió hasta qué punto había estado esperando una explicación médica del problema.

De inmediato el médico comenzó a lanzar órdenes a diestro y siniestro.

—Quiero un grupo de pruebas metabólicas básicas. Tests de las funciones renales y electrolítica. Test del hígado, gasometría arterial, un recuento sanguíneo completo… y análisis de toxinas completo, por sangre y por orina. Comprobadlo todo: alcohol, Tylenol, aspirina, cocaína, heroína y el resto de narcóticos, anfetaminas, marihuana, barbitúricos, benzodiazepinas. Conseguidme un análisis de orina y otro de la sensibilidad, así como cultivos de sangre y de enzimas cardíacas. Y vamos a hacerle unos rayos X del pecho y una tomografía axial computerizada. ¿Cómo va la intravenosa?

Entonces el médico se giró hacia el enfermero de la ambulancia.

—¿Quién lo ha traído?

Don señaló a Dez y a J. T. en el dintel de la puerta, y el médico se apartó de la camilla y se encaminó hacia ellos. Los guió con ambos brazos extendidos fuera de la sala como si fuera un pastor dirigiendo ovejas. Salieron al vestíbulo.

Sengupta tenía una tez oscura y unos ojos de mirada muy intensa. Era evidente que estaba de mal humor. Su cabeza sobresalía por encima de ambos; era más alto que J. T., que medía un metro ochenta y siete.

—¿Qué le ha ocurrido a este hombre?

—No lo sabemos… —comenzó a decir Dez, que enseguida se interrumpió.

—Entonces cuéntame lo que sepas.

Dez asintió y se lanzó de lleno. Sengupta la interrumpía constantemente para preguntarle acerca de diversos detalles. Dez captó su frustración creciente debida al hecho de que a pesar de que conocían casi todos esos detalles, ninguno de ellos le proporcionaba una imagen razonable de lo que le había ocurrido a Diviny.

Sengupta les exprimió toda la información. Acto seguido se quedó en silencio, con la mirada fija en las puertas batientes de vinilo que separaban el vestíbulo de la sala en la que estaba ingresado Diviny.

—Doctor, ¿qué le pasa? —preguntó Dez.

El médico no respondió. En lugar de ello preguntó a su vez:

—¿Visteis algo poco habitual? ¿Contenedores de productos químicos? ¿Algún veneno raro? ¿Algo de ese tipo?

—Solo las sustancias que guarda Doc Hartnup en el tanatorio —alegó J. T.—. Aunque realmente no sé qué tiene allí.

—¿Hay algún vertedero cerca del tanatorio? ¿Algún lugar desde el que pudieran filtrarse…?

—Nada en absoluto —contestó Dez, sacudiendo la cabeza.

—¿Bebió o comió algo el agente Diviny mientras estaba allí?

—No —contestaron ambos.

—Creo que ni siquiera entró en el tanatorio —añadió Dez.

—Vale, vale… —dijo el médico, que se mordió el labio inferior—. Voy a llamar a Control de Tóxicos para que me manden a alguien. Me gustaría que os pusierais en contacto con el jefe Goss y le preguntéis si hay alguien más enfermo o que se comporte de un modo extraño. Cualquier cosa, aunque sea el síntoma más insignificante.

—¿Es que se trata de eso?, ¿de un envenenamiento? —preguntó J. T.

El médico siguió sin responder. Por segunda vez.

—¿Podría ser alguna enfermedad de esa clase? ¿Una picadura de un insecto? —sugirió J. T.

—Eh… tendremos que esperar a los resultados de los análisis.

Sengupta hizo ademán de marcharse apresuradamente, pero Dez lo agarró del brazo y lo detuvo.

—Doctor… ¿y qué me dice de las constantes vitales? Los enfermeros no consiguieron medirlas y su equipo tampoco parece que haya podido. ¿A qué puede deberse eso?

El médico bajó los párpados y repitió:

—Hay que esperar a los resultados. Y ahora, por favor, agentes…

Dez suspiró y se apartó a un lado. Sengupta volvió a entrar en la sala de traumas y las puertas de vinilo se cerraron de golpe en sus narices. Dez trató de asomarse por la ventanilla de la puerta, pero era prácticamente opaca. Solo pudo ver unas cuantas siluetas rondando por el interior.

Dio un paso atrás y se giró hacia J. T.

—Esto es una mierda, amigo.

—Tengo que sentarme —dijo J. T., que se marchó renqueante hacia una fila de sillas horribles de plástico y se dejó caer sobre una de ellas.

Había pasado la urgencia y ambos notaron el cansancio. J. T. se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y enterró la cara en las manos. Dez se quedó en pie, observándolo. Temía que se echara a llorar de un momento a otro. Pero no fue así. Instantes después, J. T. se restregó la cara con las palmas de las manos y los ojos con los puños y se irguió.

—Sí, sin duda es una verdadera mierda.

—Pues me temo que todavía no ha terminado. Flower me ha llamado mientras veníamos de camino para decirme que van a traer a otro herido con un mordisco. Será mejor que lo busquemos y le tomamos declaración.

J. T. se quedó mirándola. Sus ojos castaños expresaban miedo y confusión.

—¿Qué ha ocurrido?

Dez dirigió la vista hacia el mostrador de enfermeras del vestíbulo, pero en lugar de ir a preguntar por la víctima del mordisco, se sentó junto a J. T. Frente a ellos, en la pared, había un reloj. La manecilla de los minutos marcó un minuto entero de silencio antes de que se decidiera a contestar. Pareció como si transcurriera una hora.

—¿De verdad quieres hablar de esto? —preguntó Dez despacio, dubitativa.

—Ni ahora, ni nunca más —negó J. T. sin dejar de sacudir la cabeza.

Ambos se quedaron mirando el minutero. Entonces J. T. añadió:

—No tiene sentido.

—No, desde luego que no —convino Dez.

Se sentía como si dentro de su propio cuerpo se estuviera librando una batalla. Tenía los nervios a punto de estallar, vibrando al límite del autocontrol. Pero en el fondo, más profundamente, lo que sentía era una ira como jamás había vuelto a sentirla desde Afganistán. Era el mismo sentimiento que la invadía cuando sus compañeros de filas pisaban una mina de tierra y de pronto el estallido lo desparramaba todo a cien metros de distancia por el paisaje, cubriendo soldados y vehículo por igual. El autor jamás firmaba su obra; no había una persona en concreto a la que odiar. Pero odiar una ideología o un concepto abstracto jamás resultaba satisfactorio. El odio era algo personal; la reacción a un ataque. En el caso en el que se encontraban, sin embargo… Dez no sabía si una persona había extendido esa toxina deliberadamente, si se había escapado un bicho de algún laboratorio o si había sido la madre naturaleza la que había creado un insecto microscópico malvado. Pero

necesitaba una causa, un culpable. Alguien a quien perseguir. Alguien a quien herir para reducir el dolor.

J. T. seguía sacudiendo la cabeza.

—Doc Hartnup estaba muerto. Quiero decir que… Tú lo viste, ¿no? Estaba muerto. Más que muerto.

—Sí. Lo mismo que la rusa.

El silencio que siguió a ese comentario parecía plagado de pensamientos horribles. Tras unos instantes, J. T. la miró de reojo. Se lamió los labios.

—Con respecto a eso… lo siento, chica.

—No importa.

—No… Tú tenías razón. Dudé de ti. No durante mucho tiempo, pero dudé, y eso me convierte en un gilipollas y en un mal compañero. Lo siento de verdad.

Se quedaron mirándose el uno al otro unos segundos. Dez sonrió.

—Prepárame una cazoleta de tu chili quemado con seis Sam Adams heladas y estamos en paz.

—¿Me estás pidiendo una cita, niña? —sonrió J. T.

—¡Buah! ¡No me seas viejo verde!

—Bien, porque yo no salgo con chicas blancas.

Dez soltó un bufido.

—Lo que te estoy diciendo, viejo, es que nos comamos juntos un chili con unas cervezas, a ver si nos olvidamos del día de hoy.

Él asintió. Ambos fingieron sonreír. El tiempo pasaba con una lentitud infinita.

—Bueno… —dijo ella despacio—, ¿de qué estábamos hablando?

J. T. volvió a sacudir la cabeza.

—Pues yo diría que hablábamos de la decadencia. De asesinos muertos que vuelven a la vida. De polis que matan a polis. Que se comen a otros polis. ¿Qué tal te suena eso?, ¿te parece lógico? Quiero decir… aunque sea un producto tóxico que se ha esparcido o algo así…

—Sí, ya lo sé.

—O me doy a la bebida, o tendré que ir a psicoterapia el resto de mi vida.

—A la mierda con la psicoterapia. Yo prefiero emborracharme. Es más seguro. Por lo menos los elefantes rosas y las langostas de lunares no pegan mordiscos.

Una enfermera salió corriendo de la sala de trauma en la que estaba Diviny y pasó por delante de ellos.

—¡Eh! —gritó Dez, que se puso en pie al instante.

Sin embargo, la enfermera no giró la cabeza. Por un momento Dez miró a J. T. pero después, sin decir una palabra, ambos se acercaron a las puertas de vinilo y se inclinaron para escuchar. Se oía jerga médica, pero ellos solo captaron algunos términos entre los gritos y los gruñidos constantes de Andy Diviny.

El sonido de pisadas tras ellos los hizo girarse. La enfermera volvía corriendo por el vestíbulo, cargada con un montón de trajes de protección contra materiales peligrosos. Una vez más no quiso detenerse, pero J. T. se interpuso y le bloqueó la entrada.

—Disculpe, enfermera… Somos los que hemos traído al agente Diviny. ¿Cómo está?

La enfermera le dirigió una mirada asustada y sacudió la cabeza con fuerza.

—Tendrá que preguntárselo al doctor Sengupta.

Acto seguido se abrió paso por un lado y entró en la sala de trauma.

Dez y J. T. se quedaron contemplando la puerta.

—Esto no puede ser nada bueno —musitó J. T.

Dez se sorbió la nariz y se marchó.

—¡Eh!, ¿te encuentras bien?

Ella sacudió la cabeza en una negativa, pero no dijo nada.

—Cuéntame qué te pasa, niña.

Dez respiró hondo y suspiró largamente, soltando todo el aire. Cuando volvió la vista hacia él tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

—Estoy verdaderamente asustada, amigo —dijo Dez, que acto seguido señaló la puerta de la sala de trauma y añadió—: Ya viste a los enfermeros cuando trataron de tomarle las constantes vitales. No tenía ni presión sanguínea ni pulso, y no respiraba. Y, a pesar de que no veo *Anatomía de Grey*, creo que sé lo que eso significa.

—Pero eso no puede ser, Dez —contestó J. T. sin dejar de sacudir la cabeza—. Es absolutamente imposible. El chico se movía y luchaba por soltarse todo el tiempo.

—¿Sí? Pues la puta rusa también estaba de lo más ágil. Y la verdad es que ninguno de nosotros cree que alguien entrara en el tanatorio y se llevara el cuerpo de Doc Hartnup.

J. T. no dijo nada.

—Doc y la mujer de la limpieza estaban muertos —afirmó Dez de mal humor—. Lo mismo que Andy. Pero luego… luego…

Dez sacudió la mano como si hubiera logrado captar las palabras exactas extrayéndolas del aire.

—Pero luego resultó que no estaban muertos —terminó la frase J. T. por ella—. Vamos, Dez… si lo que pretendes es convencerme de que son vampiros o fantasmas, o alguna otra gilipollez de esas, entonces de verdad que me largo a casa a emborracharme.

Dez se enjugó las lágrimas con un gesto de enfado.

—¿Acaso he dicho yo algo de vampiros? Andy no es el jodido Vlad el Empalador. Es Andy, pero aunque estaba muerto trataba de morder a nuestros compañeros.

—Vale. Entonces, ¿qué clase de cosa es?

Dez se mordió el labio inferior antes de responder.

—No lo sé. Simplemente está jodido.

Ambos asintieron como si estuvieran de acuerdo al menos en ese punto.

—Será mejor que vayamos a ver a la otra víctima de mordisco —dijo Dez.

J. T. asintió y ambos se apresuraron al mostrador de enfermeras a preguntar. La enfermera de emergencias les informó de que el paciente estaba en la sala de operaciones con anestesia general. J. T. le indicó que el doctor Sengupta tenía otro paciente con una herida de mordisco muy similar, y que probablemente era muy conveniente que ambos médicos hablaran. La enfermera asintió y siguió de inmediato la indicación.

Dez y J. T. volvieron a la fila de sillas de plástico.

—Cuesta hacerse a la idea de que están muertos —comentó J. T. al tiempo que tomaba asiento—. Doc, Jeff Strauss, Mike Schneider y Natalie Shanahan. Y Andy, supongo. Cinco personas a las que conozco desde hace años. Muertos. Así, sin más —terminó J. T., chasqueando los dedos.

Dez asintió.

J. T. se aclaró la garganta.

—¿Era así en Afganistán?

—Sí y no —contestó Dez mientras sacudía la cabeza—. El susto tremendo y la pena sí, eran exactamente iguales. Pero el miedo era muy distinto.

—Distinto, ¿en qué sentido?

—Bueno, allí era todo horrible, pero solo eran balas y bombas. Pero esto… —explicó Dez con un escalofrío—. No sé qué es lo que hay que temer. O sea, que no sé si mi reacción es la correcta. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, por desgracia.

La puerta de la sala de trauma se abrió y el médico salió. Les costó trabajo reconocerlo porque iba vestido con un traje de protección contra materiales peligrosos de la cabeza a los pies. Se acercó a ellos, se paró a unos tres metros y alzó la mano para que no se aproximaran más. Tenía el traje salpicado de betadine y de otros productos químicos.

—Doctor —lo llamó Dez al tiempo que se ponía en pie—, ¿hay noticias?

—Vamos a llevar al señor Diviny a cuarentena.

—¿Qué le pasa?

—Todavía no tenemos la suficiente información —contestó el médico, dubitativo. Luego los observó pensativo y añadió—: Y teniendo en cuenta que vosotros dos habéis estado en contacto con él, deberíamos considerar la posibilidad de ingresaros también en observación…

—¡Y una mierda! —respondió Dez de mal humor—. Se nos viene encima una tormenta.

Sengupta asintió.

—Entonces al menos me gustaría que una enfermera os tomara muestras de sangre. Y de orina también.

No le preguntaron por qué. Accedieron.

—He estado hablando por teléfono con Control de Tóxicos y con unos cuantos colegas. Los especialistas vienen de camino. He pedido que un equipo de Materiales Peligrosos vaya al escenario del crimen.

—¿Qué especialistas? —preguntó J. T.

—Especialistas en Toxicología, en Epidemiología y en otras especialidades. Se trata de un caso… verdaderamente poco frecuente. Puede que llame al Centro de Control de Enfermedades de Atlanta.

—¿Al Centro de Control de Enfermedades? —repitió J. T. con el ceño fruncido—. ¿Entonces es que no cree que sea una simple enfermedad?

—Tal y como he dicho, es algo muy poco habitual. Todavía no sabemos nada.

Las puertas de vinilo volvieron a abrirse y todo el equipo médico, todos ellos vestidos con el mismo traje de protección contra materiales peligrosos, sacó la camilla y se la llevó apresuradamente por el vestíbulo. Habían levantado las barras metálicas del marco de la cama, y de ellas colgaban unas cortinas protectoras bastante pesadas.

El doctor Sengupta llamó a una enfermera para que tomara muestras de J. T. y de

Dez y después se marchó apresuradamente tras la camilla.

38

Condado de Stebbins

Billy Trout se subió al Explorer y se alejó de la casa de Selma con una expresión seria y pensativa en el rostro.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Cabra.

Trout se sacó la grabadora digital del bolsillo, apretó la tecla de rebobinar, subió el volumen y por último presionó el botón de reproducir. La grabadora era un medio excelente para tomar nota de todo y volver a reproducirlo, y el sonido solo estaba ligeramente amortiguado por el roce de los pantalones de Trout. Escucharon toda la conversación dos veces.

—Interesante —comentó Cabra.

—Lo es, ¿verdad?

—Te has quedado con ella, ¿a que sí?

—No me importa admitirlo —confesó Trout, mirándolo de reojo—. ¿Qué has sacado tú en claro de ella?

Cabra se sacó una chocolatina York Peppermint Pattie del bolsillo de la chaqueta, la abrió, la partió por la mitad y le dio un trozo a Trout.

—Esa mujer es bestial —comentó Cabra, que inmediatamente después comenzó a mordisquear la chocolatina—. Si fuera veinte o veinticinco años más joven, me la follaría.

—¿En serio? ¿Y eso es todo lo que se ocurre después de escuchar la cinta?

—No me refiero a que me la follaría por pena. No me cabe duda de era una mujer muy sexi, y tampoco hace tanto de eso. Ya estoy viendo a Helen Mirren en el papel de Selma, y te aseguro que no vacilaría ni lo que dura un latido en follarme a la Mirren.

—A veces me preocupas, Cabra.

—¿Por qué? ¿Porque sigo en el mercado en lugar de estar colgado de una poli blanca sin blanca a la que le gustaría llevar tus huevos de llavero?

—Ni se te…

—¿Ni se me ocurra qué? ¿Pretendes decirme que no sigues colgado de la agente Tetazas?

—He entrevistado a veinte criminales en serie a lo largo de los años, Cabra. Sé todo lo que hace falta saber acerca de cómo esconder un cuerpo para que no lo

encuentren jamás.

—La verdad hace daño, ¿eh? —insistió Cabra.

—Te estoy hablando de desmembrar cuerpos y enterrar cada parte en un lugar distinto.

—Vale, vale. Punto en boca.

—Selma —insistió a su vez Trout—. Dime tu opinión profesional.

Cabra se encogió de hombros.

—El teatro se perdió a una verdadera estrella cuando ella decidió ser prostituta.

—¿Qué quieres decir?

—Que sabe controlarse. Apenas soy capaz de distinguir cuándo miente y cuándo dice la verdad.

—¡Vaya! Apenas, ¿eh? Entonces, ¿podrías poner la cinta y decirme en qué ocasiones está mintiendo?

—Sí, claro.

Trout lo miró por el espejo retrovisor.

—Vamos a ver, ¿dónde, por ejemplo?

Cabra reprodujo parte de la cinta.

—Aquí. Escucha esto.

Pregunta lo que quieras.

¿Eres la tía de Homer Gibbon?

Sí. Así es.

¿Hasta qué punto lo conocías?

Lo he visto muy de vez en cuando. Sobre todo a partir del momento en que cumplió los diecisiete años en adelante. Después de que se escapara por última vez de la casa de acogida.

¿Cuándo lo viste por última vez?

Pausa.

¿Podrías tratar de concretar?

No lo sé. Puede que en los años noventa… en el noventa y uno.

Cabra apretó el botón de parar.

—Ahí. ¿Lo captas?

—No —admitió Trout.

—Las pausas. La primera cuando le preguntas si es la tía de Homer Gibbon. Tarda

casi medio segundo en contestar.

—¿Y?

—¿Y por qué duda? Ella tenía que saber que tú ibas a preguntárselo, y sin embargo duda. Y luego otra vez, cuando le preguntas cuándo lo vio por última vez.

—Se encogió de hombros.

—Vale, se encogió de hombros. Pero debería haber tenido la respuesta en la punta de la lengua.

—¡Demonios!, chico, se está muriendo de cáncer y ayer ejecutaron a su único sobrino. ¿Cómo quieres que esté?

Cabra extendió las manos antes de responder:

—Solo era una observación. En las películas, las pausas significan algo; transmiten un sentido. Y lo mismo ocurre en la conversación. Puede que no siempre y no de una manera tan calculada como en el teatro, pero la gente utiliza las pausas para transmitir un mensaje o para darse tiempo a buscar la evasiva adecuada.

—Y luego dicen que yo soy un cínico.

—Tú me has preguntado —observó Cabra.

—Vale, sigue. ¿Y qué más?

Cabra reprodujo otro fragmento.

Eso fue después de cometer él varios asesinatos.

Supuestos asesinatos. Jamás lo han condenado por nada sucedido con anterioridad a esa fecha.

—¿Lo ves? No solo te corrige añadiendo eso de «supuestos», sino que además se enfada porque tú no has antepuesto el calificativo.

—Bueno, es su sobrino.

—Sin duda —contestó Cabra—. Pero no creo que sea esa la razón por la que se enfada.

—Entonces, ¿por qué razón se enfada? ¿Es que crees que ella piensa que es inocente?

—No… La verdad es que no creo que le importe en realidad si lo es o no. Se trata de un asunto de familia. Sobre todo para una familia tan marginada como esta. Es como si la mentalidad esa de «es mi país, esté bien o mal», pudiera aplicarse también a los asuntos de familia. Una persona puede joderla y hacer todo el daño que quiera, pero al final, si su apellido es el mismo que el tuyo, entonces se produce una especie

de… No sé cómo llamarlo… ¿aceptación?, ¿perdón?, ¿indulgencia, quizá?

—Así que, en definitiva, ¿cuál es tu punto de vista? —preguntó Trout—. ¿Por qué resulta tan difícil hablar con ella?

—¿Y cómo voy a saberlo? Yo interpreto la actuación; el escritor eres tú… Tú eres el que construye las historias.

Trout resopló. Tomó una curva demasiado deprisa y la BlackBerry salió volando del salpicadero. Cabra la recogió.

—Tienes mensajes —dijo Cabra, que le enseñó la luz roja intermitente—. ¿Es que lo tienes en el modo silencio?

—Normalmente sí. Tengo dos exmujeres, y las dos tienen un abogado bastante agresivo. Ya me ocuparé de eso luego.

—Pues parece que tienes miles de llamadas perdidas y un correo electrónico —comentó Cabra.

—Será el de Marcia. Sobre Volker. Llegaremos a casa de Volker en diez minutos, así que léelo.

Cabra pulsó una serie de teclas y leyó las primeras líneas del texto.

—Esto es de hace una hora. Mmm… parece que primero hay un montón de datos biográficos. Marcia dice que el doctor Volker nació en un lugar llamado Panevėžys. Ni idea de cómo se pronuncia. Está en lituano.

—Eso encaja. Me parecía que sonaba más a eslavo que a alemán.

—El padre era alemán, pero creció en Lituania. Volker estuvo siempre inmerso en el mundo de la medicina. Trabajó como técnico de laboratorio en la adolescencia, estudió Medicina. Hizo residencias en psiquiatría y en epidemiología. Se incorporó al Ejército soviético como médico. Luego se le pierde la pista una temporada, pero escucha esto: vuelve a salir a la luz cuando lo envían como cirujano a Afganistán con el Ejército soviético, pero mientras está allí deserta y se incorpora como personal civil al Ejército de los Estados Unidos de América.

—¿Con qué puesto y dónde?

—Eso no lo dice.

—¿Pero dentro de Afganistán?

—Eso parece.

—En la CIA —concluyó Trout—. Tiene que ser.

—Sí. Encaja. Once meses después se pone a trabajar en un hospital importante de Virginia. Las notas mencionan a una esposa y una hija, pero Marcia dice que no

encuentra ni rastro de ellas desde el momento en el que entró en el Ejército. ¿Estará divorciado? —preguntó Cabra, que comenzó a pasar pantallas buscando algo importante—. Hay muchos datos de su pasado, pero sin interés. Se mudó varias veces. Trabajó en diversos hospitales de Virginia, Maryland y Pensilvania y, por fin, hace diez años aceptó un empleo como médico de prisión. Primero en prisiones federales, pero luego hay unos cuantos traslados. Y otra cosa interesante: consiguió el trabajo como médico jefe de Rockview a pesar de que había otros seis candidatos por delante con más experiencia y antigüedad en instalaciones penitenciarias.

—Así que todavía tenía contactos a nivel federal —concluyó Trout sin dejar de asentir—. Alguien quiere estar seguro de que consigue todo lo que se propone. Me pregunto por qué.

—Y eso es todo —concluyó Cabra—. El resto son datos de la oficina de empleo, unos cuantos registros acerca de temas de impuestos que Marcia ha podido sonsacar, y referencias a evaluaciones diversas de Volker como empleado. En todas ellas tiene las mejores puntuaciones en todos los aspectos.

—Más chicha federal. Si mamas de la teta de la CIA, ellos se encargan de cuidarte. No me gustaría ser un agente de policía de tráfico y tener que multarle por sobrepasar la velocidad.

—O ser su rival a nivel profesional —sugirió Cabra.

Cabra le devolvió el teléfono. Trout se lo metió en el bolsillo sin quitar el modo silencio ni comprobar los mensajes del buzón de voz. La información sobre Volker era tan atractiva que sencillamente lo olvidó.

Ambos estuvieron reflexionando acerca de los datos de camino a casa de Volker.

—¿Y cómo es que tiene miedo si tiene contactos a nivel federal? —preguntó Cabra poco después—. Quiero decir que, si alguien lo jode, él solo tiene que hacer una llamada y desatar la ira de Dios sobre su agresor.

—Exacto —convino Trout—. Lo cual significa que si alguien lo hostigaba por ponerle a Gibbon la inyección letal, él disponía de todo tipo de apoyos.

—Bien, pues aquí estamos —musitó Cabra—. Justo delante de la puerta de su casa, a ver si conseguimos intimidarlo y que nos cuente la historia. ¿No somos inteligentes?

Trout no contestó. La tormenta comenzaba a oscurecer el cielo y a conferirle el toque rojizo de la carne recién desgarrada.

39

Antigua casa de los Hartnup
Condado de Stebbins, Pensilvan

El agente Ken Gunther estaba en el porche, dando sorbitos de café en una taza en la que por un lado ponía «Estado de Transición Hartnup» y por el otro, con la misma letra elegante, decía «La muerte es solo un momento, la vida es eterna».

—¡Gilipolleces! —comentó Gunther.

Dio otro sorbo. April, la hermana de Doc, no solo estaba como un tren, sino que además hacía un café condenadamente bueno. Nada de *latte* ni de *macchiato*. Ni de avellanas ni de jodida crema irlandesa. Café de Colombia preparado al estilo americano de siempre. Negro y amargo. Y encima caliente, lo cual era una bendición porque se le estaban helando los huevos. Todavía llevaba el uniforme ligero de verano y una sudadera cortavientos de nailon, cosa que era una estupidez porque le habría bastado con encender la televisión para saber qué temperatura hacía. Hasta la capucha de plástico para taparse la gorra se la había dejado en el maletero del coche, y eso que las nubes tormentosas eran tan espesas y tan negras que parecían a punto de reventar.

Se quedó mirando los árboles y continuó dando sorbos.

A la propiedad la llamaban la «casita antigua», pero en realidad era una casa grande de dos pisos. Espaciosa, limpia y apartada. No le costaba trabajo verse a sí mismo viviendo en un lugar así. Quizá incluso con April. Ella estaba en pleno proceso de divorcio de ese gilipollas alocado de Virgil, que a pesar de haber tenido dos niños al final se había dado cuenta de que era gay. *¡Uau, qué fuerte!*, se dijo Gunther. Menuda noticia. Todo el mundo lo sabía desde que él estaba en quinto. Se preguntaba cómo era que April no se había dado cuenta. Parecía una chica bastante inteligente, pero lo cierto era que mucha gente hacía la mar de estupideces cuando se enamoraba.

Gunther bebió un poco más de café y dejó la taza sobre la barandilla del porche. Tenía que hacer pis, pero no quería entrar dentro. Si entraba, se quedaría allí atrapado mientras Dana Howard salía a vigilar al porche. Visto por el lado positivo, así tendría más tiempo para estar con April. Pero visto por el lado negativo también tendría más tiempo para estar con los niños. Y Gunther no era ningún amante de los niños.

Echó un vistazo a la puerta principal cerrada y trató de atisbar algo discretamente por la ventana. Dana estaba en pie de espaldas a él, en el dintel de la puerta situada

entre el cuarto de estar y el cuarto de jugar. April estaba cambiando un pañal.

Era un buen momento.

Se movió con sigilo para no hacer crujir las tablas de madera del porche, bajó los escalones y continuó por un lateral de la casa hasta una fila de arbustos de acebo bien densos. Miró a un lado y al otro, y al no ver a nadie se desabrochó la cremallera del pantalón y comenzó a hacer pis sobre los girasoles otoñales de April Hartnup.

Al oír el crujido producido por un pie que pisaba hojas secas dio un brinco a un lado, trató de detener el chorro de pis, se guardó el pene y agarró el tirador de la cremallera, todo al mismo tiempo.

—Perdona, Dana, yo…

Pero no era Dana Howard.

Era una cosa con la cara blanca que salió de entre las sombras de dos sauces enormes. Tenía los ojos tan negros y tan vacíos como el agujero que hace una bala, los dedos del color de la cera envejecida y una boca repleta de dientes sanguinolentos.

Gunther logró decir solo una palabra antes de que esos dientes se le clavaran.

—Doc…

Y de repente el mundo entero se puso rojo y negro, y después se vació de cualquier color o sentido.

40

Selma y Homer estaban sentados en el suelo, en el comedor. Él tenía la cabeza enterrada en el regazo de ella y la rodeaba con los brazos por la cintura. La sangre de Mildred Potts iba empapando la bata de Selma, que acariciaba el pelo de su sobrino y tarareaba fragmentos sueltos de canciones infantiles mientras él lloraba.

—Ya pasó —decía ella de vez en cuando—. Todo irá bien.

Solo que era mentira. Ella lo sabía. Apenas podía contener el estrépito de la verdad en su mente. Y él también lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo?

El cuerpo de Homer tardó mucho tiempo en dejar de temblar. Durante un rato largo sus lamentos fueron tan profundos, que parecían a punto de resquebrajar las sombras del comedor. Eran sollozos terribles, arrancados de un lugar tan hondo que Selma estaba convencida de que hacía años que Homer no abría esa parte de su corazón. El llanto de un niño desgarrado y torturado, ampliado por la masa y la musculatura de un adulto.

Selma le limpió la sangre de la cara con la solapa de la bata. Homer tenía los labios blancos y la piel como la cera, excepto por unas manchitas rojas alrededor de los ojos.

—Selma —susurró él, alzando la vista hacia ella tal como haría un niño confuso.

—Sí, cariño, ¿qué ocurre?

—¿Me he… muerto?

Ella cerró los ojos un instante y trató de reprimir una mueca a pesar de que la mera idea la perforaba como el anzuelo a un pez.

—Dímelo, por favor… —rogó él.

Ella le acarició la mejilla y le preguntó:

—¿Qué recuerdas tú?

Él también cerró los ojos.

—Recuerdo la prisión. Recuerdo estar allí. Estuve mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—Recuerdo que vinieron a buscarme. Me sirvieron la comida y me lo comí todo.

—Como un buen chico —intervino ella con una voz que fue como un ronroneo.

—Ni siquiera tenía hambre. Tenía ganas de vomitar, pero quería comérmelo todo. Para que el tiempo durara más.

—Lo sé.

—Pero a pesar de eso vinieron a por mí. Eran cuatro. En las películas sale un cura, pero a mí no vino a verme ningún cura —explicó él, tras lo cual se sorbió la nariz.

Sonó secó, casi polvoriento—. Me llevaron a ese sitio. Era como la consulta de un médico, pero no era la consulta del doctor Volker. Ni la enfermería. Era el otro sitio.

—Sí.

—Me hicieron tumbarme. Yo… estuve a punto de negarme. Lo pensé. Quería luchar. Quería que me obligaran a tumbarme, ya me entiendes; para oponer resistencia. Demostrarles que yo era el más fuerte, que no me habían vencido, que al final no me habían derrotado. Pero… tenía miedo de que pensaran que era un cobarde, un gallina. Creo que me pusieron algo en la comida. Porque quería luchar, pero no podía. No tenía fuerzas. Cuando me empujaron encima de la camilla… me dejé caer. Fue extraño. Sentía dentro de mi cuerpo que quería luchar, que el ojo negro se abría en mi mente como hace siempre. Noté que tenía las manos en tensión. Todo mi cuerpo estaba listo. Iba a atacar. A llevarme por lo menos a uno o dos conmigo y a desgraciar a unos cuantos más. Ese sí que habría sido un buen final, ¿verdad? Desgarrar unas cuantas caras y sacar unos cuantos ojos. El ojo estaba abierto, pero la boca roja no me susurraba nada. No… no me dio permiso.

Selma cerró los ojos con fuerza; no quería llorar. Ni gritar. Lo sabía todo acerca del ojo negro y de la boca roja. Constaba página tras página en el testimonio ante el tribunal. Había fotos del ojo negro en las fotografías de una treintena de escenarios de crímenes. Fotos de bocas rojas grabadas en los pechos de muchas personas. Hombres, mujeres. Niños.

Homer jamás había pronunciado esas palabras ante el tribunal. Nunca había admitido que eran partes de su… Selma luchó por encontrar la palabra correcta. ¿Su estrategia?, ¿su estilo? Y sin embargo ahí estaba, contándoselo todo a ella.

¡Dios!, pensó. *¡Dios mío, Dios mío…!*

No es que Selma hubiera dudado jamás de que Homer había hecho todas esas cosas. Pero oírselas contar de alguna forma las hacía más reales. Antes siempre podía apagar la televisión, negarse a leer las noticias. Pero las palabras se las decía a ella. Le pertenecían a partir de ese momento, no tenía modo de rechazarlas.

Muerta para Navidad.

Antes quizá, si es que había algún Dios ahí arriba.

Homer movió la cabeza para apoyarla sobre el pecho de Selma. Apretó la oreja contra su esternón como si quisiera escuchar su corazón. Como hacía de niño. Como hizo una vez en el coche, cuando ella lo abrazó de camino al hospicio de Pittsburgh mientras Clarice conducía. Clarice jamás lo abrazaba así. Lo hizo solo cuando iba a

entregárselo a otra persona. A ella, a la enfermera del hospicio. Clarice hacía una mueca cada vez que ella le ponía las manos encima al niño.

Selma había deseado abrazarlo y no apartarlo de sí jamás.

¿Por qué lo había hecho? ¡Dios…! ¿Por qué lo había apartado?

Homer estaba hablando otra vez, buscando el hilo que uniera los recuerdos de su memoria fragmentada.

—Hablaban de una forma extraña los unos con los otros. Los guardias, quiero decir. El médico y todos. Como si estuvieran en una iglesia. Como una letanía. Era extraño, todos decían en voz alta lo que estaban haciendo y el resto de la gente de la sala afirmaba que lo estaba viendo. O que estaban de acuerdo. Era muy extraño.

Homer volvió a sorberse la nariz.

—Prepararon dos inyecciones intravenosas. Pregunté por qué dos. Tuve que preguntárselo dos veces al doctor Volker hasta que me contestó. Me dijo que una era de reserva por si fallaba la otra. Me pareció gracioso. ¡Tomarse tantas molestias para matar a un hombre! ¡Pero si matar es tan fácil como encender una cerilla! El estado jamás ha sabido hacerlo de la forma correcta. Deberían dejar que lo hicieran otros convictos. Los hay que, a pesar de no llevar nada encerrados, podrían acabar con un hombre en menos tiempo del que se tarda en guiñar un ojo. Limpiamente, sin montar tanto follón. E incluso sin provocar apenas dolor. Esas putas prisiones… se creen que es como la ciencia del espacio.

Homer soltó una carcajada y Selma se puso tensa. Era una de esas risas suyas. No tanto la risa del niño perdido, sino más bien la del hombre que había ido a prisión.

—Se llevaron una de las inyecciones intravenosas a la sala de al lado. ¿Y sabes lo más gracioso? Me refiero a una cosa jodidamente graciosa de verdad, tía Selma.

—¿Qué? —preguntó ella, con la garganta tan seca que su voz sonó ronca.

—Antes de pincharme la intravenosa, ¡me limpiaron el brazo con alcohol! ¿No te parece de lo más ridículo? Quiero decir…

Homer estalló a reír. Su cuerpo temblaba contra el de ella.

—Son tontos —corroboró Selma, tratando de calmarlo.

—Sí. Ridículo. Increíble. ¡Les daba miedo que cogiera una infección!

—Porque entonces cabía la posibilidad de que consiguieras un aplazamiento de la ejecución —dijo ella.

—Sí, sí, lo sé. Todo por mi comodidad y mi protección —concluyó Homer, que volvió a echarse a reír.

Era el adulto el que seguía riendo. Una risa irónica, malévola. Pero aun así seguía tumbado en el suelo con los brazos a su alrededor. Y su voz seguía siendo la de un niño.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Selma, que no sabía qué más decir.

—Encendieron el monitor del corazón. Me figuro que forma parte del espectáculo. Observar el blip, blip, blip. Está vivo, está vivo… ¡oooooh, está muerto! —exclamó Homer mientras todo su cuerpo se sacudía—. Los otros presos me habían contado cómo funcionaba. Primero te ponen una inyección de sodio no sé qué para dormirte. Una especie de barbitúrico. Luego un relajante muscular que te paraliza entero. Y luego otra cosa para pararte el corazón. Dicen que se tarda como una hora en terminar toda la operación, pero se supone que los medicamentos te hacen efecto desde el primer momento. Solo que no lo hacen bien. No, porque de repente abren las cortinas y empieza el espectáculo. Al otro lado del cristal hay una sala grande llena de gente sentada. A muchos los reconocí del juicio. Familiares de la gente a la que se llevó boca roja. El ojo negro los vio a todos y fue señalándolos uno a uno. Habían ido a ver cómo me marchaba. Y casi seguro que tuvieron que trabajárselo, que masticar el odio, que convencerse a sí mismos de que tenían agallas para verlo, para verme tumbado, atado y hasta arriba de inyecciones mortales. El ojo negro fue señalándolos uno a uno y no había ni uno solo, ni una puta persona, con tanto odio como para obligarme a pasar por eso. La boca roja se reía en mis adentros, porque nosotros sabíamos que eso iba a joderlos para siempre. Todos se llevarían una parte de mí en la cabeza cuando se marcharan a casa; yo estaría junto a su cama cuando se fueran a dormir, los arroparía todas las noches hasta el día de su muerte. Esa es una de las cosas que me otorgó la boca roja. Estoy dentro de sus cabezas, y siempre lo estaré. Cuando me miraron a través del cristal, vieron a una persona mucho más fuerte que ellos, y se dieron cuenta de que no son más que la mota de caca de un pájaro nadando en el universo.

Selma no dijo nada. Siguió acariciándole el pelo, aunque para entonces ya le costaba un verdadero esfuerzo. Ese no era el Homer al que había acunado de bebé. Ni el adolescente al borde de la madurez al que había abrazado cuando lloraba por las noches. Era el hombre que salía en los periódicos, y no sabía cómo hablar con él. Así que continuó acariciando su pelo lacio y escuchando al monstruo contar la historia.

—Los periodistas eran diferentes. Y había unos cuantos. Oí decir que para entrar les tenía que tocar la lotería, así que supongo que estarían contentos. Son muy diferentes. No les da miedo ni el ojo negro, ni la boca roja. Al revés, les encantan.

Casi tanto como a mí, pero de una forma distinta. Como los baptistas y los presbiterianos, que tienen la misma religión pero van a iglesias diferentes. Sin el ojo negro estarían perdidos. Igual que yo. Si no tuvieran a la boca roja, tendrían que hacer los reportajes sobre espectáculos de coches y competiciones de cerdos. No me importó que estuvieran allí. Veía el ojo negro en sus frentes. Me sentía como si fuera Jesús y mirara para abajo y viera a Pedro, Juan y Simón.

Homer se quedó callado por un momento. Selma trató de adivinar adónde había ido su mente. La casa vieja crujió a merced del viento frío. Esperaba que se derrumbara y los enterrara a ambos. Allí mismo, en ese preciso instante. Con Homer en sus brazos.

Muerta para Navidad. Pero eso estaba todavía muy lejos.

—Luego todo comenzó a ser muy extraño. Los presos decían que el médico por lo general no es el que te pone la inyección. Por algo relacionado con no sé qué juramento que hacen. O con una ley. No estoy seguro. Pero el doctor Volker sí que dirigía todo el espectáculo. Además Volker… ese sí que es un hijo de puta que lo sabe todo acerca del ojo negro. Se lo vi en la frente la primera vez que entré en la enfermería. Ese jodido ángel de la muerte no tiene nada en la conciencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Selma.

—Mucha gente trató de conseguir que yo confesara, que admitiera toda la mierda. ¡Como si yo fuera imbécil! Pero él no. Él sabía quién era yo desde la primera vez que me vio. Jamás me lo dijo, pero yo sé que él conoce al ojo negro y a la boca roja.

—¿Era él… era él como…?

—¿Como yo? —terminó Homer la pregunta por Selma. Luego estuvo considerándolo un rato largo, antes de contestar—. Sí. Bueno, no exactamente, pero sí. Lo llevaba escrito en los ojos. La boca roja le había susurrado sus secretos, seguramente hace ya mucho tiempo. Tenía esa mirada de haber convivido con ella; la de una persona que vive en paz con la voz. Es una locura, pero… en cierto sentido yo lo admiro. Es médico de prisión y todo eso. Le pagan para que meta la aguja. Todo el mundo lo observa. La audiencia más grande que te puedas imaginar. Periódicos, televisión. Testigos para ver cómo representa su papel.

Representa.

La palabra quedó suspendida en el aire. Imposible que sonara peor.

—Solo se abrió a mí una vez —continuó Homer—. Solo una. Fue la única vez que estuve a solas con él. Después de que el hispano ese me zurrara en el patio y tuvieran

que darme puntos. Ojalá hubiera matado a ese hispano. ¡Bah…! Bueno, el caso es que me ataron las muñecas y los tobillos, me colocaron boca abajo sobre la camilla, y Volker me cosió. Entonces se inclinó sobre mí y me dijo: «Lo sé». Y ya está. Solo dos palabras… pero lo decían todo.

—¿Y eso fue todo lo que dijo?

—No… pero me bastó. Lo capté. Quería decir que oía lo que decía la boca roja. ¿Qué otra cosa iba a significar?

Homer se apartó de ella y se irguió. Apoyó la espalda desnuda contra la puerta. La sangre de su pecho estaba negra y coagulada, y él se la rascó con las uñas. Sus ojos quedaban ocultos por las sombras de las cejas prominentes, pero Selma notaba que los tenía fijos en ella. La penetraban como si fueran taladros lentos.

Selma se humedeció los labios antes de preguntar:

—¿Y qué más te dijo?

—Solo una cosa más. Me dijo: «Después de que te marches, no te habrás ido. Estarás con nosotros para siempre. Tendrás conciencia para siempre». Quise darle las gracias —añadió Homer, sacudiendo la cabeza—. Era la única cosa bonita que me habían dicho desde que me echaron el guante.

—¿Estás seguro de que quería decir…?

Selma se interrumpió.

Homer asintió.

—Sé lo que quería decir. Él oye a la boca roja. Sabe lo que significa vivir para siempre a la vista del ojo negro. Eso era lo que me decía. ¿Y sabes? Eso es ser un hombre decente. Le di las gracias y le dije que me habría gustado estrecharle la mano. Pero entonces entró otra persona, así que la cosa quedó ahí. Después de eso no volvimos a estar solos.

Homer hizo una pausa, pero no tardó en continuar:

—Excepto durante una décima de segundo en la sala de ejecución. El doctor Volker se inclinó para revisar algo de la intravenosa y se giró para que pudiera ver su rostro. Entonces dijo en silencio las mismas palabras: «Tendrás conciencia para siempre». Después el director de la prisión hizo la señal para que empezara el espectáculo. Y ya… ya no recuerdo casi nada, después de eso.

Selma bajó la vista hacia las manchas de sangre de su bata. Trató de no mirar de reojo hacia la puerta del sótano, pero no pudo evitarlo. Homer la pilló y su rostro se tensó por un segundo. ¿Le había hecho gracia? ¿Se había enfadado? ¿Estaba

avergonzado?

Imposible saberlo.

—¿Es eso lo que ocurrió? —insistió Selma—. ¿El médico… lo amañó todo? ¿Fingió tu muerte para poder sacarte?

Homer se mordió el labio. O eso creyó Selma, hasta que se dio cuenta horrorizada de que estaba succionando unas gotas de sangre seca.

—Tiene que ser —contestó él—. No sé cómo lo hizo, pero de alguna forma los timó, porque después me desperté dentro de una bolsa de cadáveres en un tanatorio. El tipo que abrió la bolsa casi se muere del susto. Estaba masticando chicle y escuchando esa porquería de música celta cuando bajó la cremallera y ahí estaba yo. Con los ojos abiertos, sonriendo. Creo que estaba sonriendo.

Una expresión de confusión cruzó el rostro de Homer. Selma esperó a que le explicara la razón. Las paredes se estremecían con las ráfagas de viento helado, y las ventanas crujían como una dentadura postiza.

—Recuerdo que tenía hambre. Era un hambre… insaciable. Jamás había tenido tanta hambre. No hasta que… hasta que…

Homer se pasó la mano por el abdomen manchado de sangre.

—¿Y qué hiciste?

Homer se inclinó hacia delante y su rostro quedó expuesto ante un rayo de luz descendente plagado de motas de polvo. Era la cara de Homer Gibbon sin duda, no era ningún otro. El Homer de los periódicos. No quedaba ni rastro ni del niño, ni del adolescente.

—El ojo negro se abrió —contestó él en voz baja—. La boca roja me dijo lo que tenía que hacer. ¡Y estaba tan claro…! ¡Dios, estaba más claro que nunca!

Homer cerró los párpados muy lentamente mientras decía esa última frase. Los cerró como los cierra un *gourmet* en el momento de paladear los delicados sabores de un bocado de cordero en su punto. Con su ajo, su romero, su vinagre de estragón y su menta. Y su sangre.

—¿Mataste a Doc Hartnup? —preguntó Selma. Le costó mucho trabajo hacer esa pregunta. Las manos le temblaban de tal modo que tuvo que agarrar la bata y cerrar los puños con fuerza—. ¿La… la boca roja te dijo que lo hicieras?

—Sí —contestó él con una voz tan baja que era casi un susurro.

—¡Dios!

La voz de Selma era más tenue todavía. Insignificante. Casi insonora.

—A él y a la mujer.

—¿Qué mujer?

—Creo que era rusa. La que va a limpiar. Llegó justo a tiempo.

—¡Oh, Homer…!

—¡Tenía que hacerlo! —se justificó él al tiempo que abría los ojos—. La boca roja me estaba gritando. No susurraba. Ni siquiera hablaba. ¡Me gritaba!

—¿Y Mildred Potts?

—¿Quién? ¡Ah… esa! —asintió Homer—. Jamás… nunca en el pasado… había oído a la boca roja hablarme tan pronto después de… ¡Pero es que tenía hambre!

—¿Hambre? —repitió ella como si se tratara de un eco, a punto de desmayarse al comprender lo que quería decir.

—Estaba lleno… me sentía repleto… —comenzó Homer a explicar. Sin embargo su voz se desvaneció y en su rostro apareció una sonrisa a medias—. Estaba lleno, pero seguía teniendo hambre. Tú no lo entenderías.

El teléfono sonó.

Fue tan repentino y sonó tan fuerte, que Selma Conroy gritó. Se echó atrás como si fuera un mordisco en lugar de un timbre.

Homer sonrió al verlo. Miró alternativamente a Selma, en dirección al teléfono, y de nuevo a ella. El aparato estaba sobre la encimera de la cocina. Sonó una segunda vez.

—¿No vas a ir a cogerlo? —preguntó él con calma.

—No.

—Pues deberías. Podría ser el periodista ese otra vez. No queremos que sospeche.

Selma se quedó mirándolo mientras el teléfono sonaba por tercera vez.

—Adelante —la animó Homer.

Selma alargó la mano hacia la silla de madera de la esquina. Se apoyó en ella y se puso en pie lentamente. Le sonaron los nudillos.

—Te has hecho vieja.

Ella no dijo nada, solo resopló por el esfuerzo. El teléfono siguió sonando y sonando hasta que Selma llegó renqueante a la cocina y lo cogió.

—¿Sí?

No se produjo ningún ruido detrás de ella; nada que le permitiera adivinar que Homer también se había puesto en pie. Pero de pronto estaba ahí, apretando el cuerpo contra el de ella. De niño su piel siempre estaba caliente como una caldera. Pero en

ese momento estaba fría. Muy fría.

—Me gustaría hablar con Selma Conroy —dijo una voz.

Era la voz de un extraño. Masculina. Con acento. Y dubitativa.

—Soy yo —murmuró Selma, todavía con ese tono de voz apenas audible—. Dígame, ¿quién llama?

Homer se inclinó más cerca para escuchar. Selma apenas podía notar su aliento, pero a pesar de todo apestaba a podrido. Era como abrir la tapa de una alcantarilla.

—Soy el doctor Herman Volker, de la prisión estatal de Rockview —dijo la voz del extraño. Selma contuvo el aliento—. Me gustaría hablar con usted sobre Homer Gibbon.

Necesitaba soltar el aire retenido con un grito. ¡Dios, cuánto necesitaba gritar!

41

En carretera
Condado de Stebbins

Trout encendió el altavoz y llamó por teléfono a Marcia para ponerse al día en relación con la investigación de Volker.

—Marcia, tenemos lo que nos has enviado pero…

—¿Dónde estáis, majaderos? —lo interrumpió ella.

—De camino a casa de Volker. ¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—No lo sé, pero se ha desatado un infierno. Os he llamado una docena de veces. Murray me tiene frita. La policía sigue sin comunicarse por los canales habituales, pero no se oyen más que sirenas. Y Nell, que está en la cafetería, dice que han llegado unos doce coches de la policía estatal y que en los últimos quince minutos ha pasado por allí media docena de ambulancias.

—¿En dirección adónde?

—Al tanatorio de Hartnup. Sea lo que sea lo que pasa, la cosa está que arde.

—Ya —dijo Trout—. Puedo regresar, pero Dez me va a volver a echar.

—Mmmm —musitó Marcia—. Sigo sin comprender qué ves en esa poli. Es decir, ya sé que tiene un cuerpo fenomenal y es mona, pero es mercancía muy estropeada. Tendría que tocarte la lotería para poder pagarle las pastillas y el psiquiatra. Eso si estuviera dispuesta a dejar de mirarse el ombligo e ir a terapia.

—Los celos son un sentimiento muy feo, Marcia.

Marcia soltó un bufido y colgó.

Una fila de camiones de la Guardia Nacional pasó por delante de ellos en dirección sur. Trout contó treinta camiones.

—Demasiados camiones solo para una posible inundación —comentó Cabra.

—Y que lo digas —convino Trout.

Trout se quedó callado unos segundos y después marcó otro número. Apagó el altavoz. El teléfono sonó tres veces. Mientras tanto estuvo ensayando el mensaje que iba a dejar en el buzón de voz. Pero por fin contestaron.

—¿Sí?

—¿Dez…?

Pausa.

—No tengo tiempo para esto, Billy.

—No, no cuelgues. Escucha. Marcia me ha contado que pasa algo raro en el tanatorio. O en el pueblo. No sé, en alguna parte.

—Eso no es…

—¡Para! —la interrumpió él—. No te llamo para enterarme de la historia. Solo… solo quiero saber si estás bien. Dijo que hay muchas ambulancias.

Pausa más larga.

—¿Dez?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Vamos, Dez… No seas así.

—Estoy trabajando, Billy.

—Lo sé… por eso precisamente. Estás metida en eso y está pasando algo muy raro. Necesito saber que estás bien.

En esa ocasión la pausa fue tan larga que Trout tuvo que mirar la pantalla del teléfono para convencerse de que ella no había colgado.

—No… no estoy herida —dijo Dez.

Era lo mismo que le había dicho antes, y resultaba gracioso porque era una forma extraña de expresarlo. Sonaba raro; parecía una evasiva.

—¿Seguro?

—Estoy bien, Billy —soltó ella. Dez respiró hondo y volvió a repetirlo. Pero en esa ocasión con un tono de voz mucho más amable de lo que él había oído en meses —. En serio, Billy, estoy bien. —Trout se relajó en parte.

—¿Y J. T.?

—Los dos estamos bien.

Y antes de que Trout pudiera decir una sola palabra más, Dez colgó.

Trout sujetó el teléfono en la palma de la mano como si estuviera sopesándolo, preguntándose si podría arrojarlo por el parabrisas. Cabra lo escrutaba, y por primera vez no esbozaba una sonrisa.

—¿Va todo bien? —preguntó Cabra.

—No —negó Trout, sacudiendo la cabeza—. No creo que vaya bien.

Las gotas de lluvia comenzaron a salpicar el parabrisas justo al girar a la derecha y pasar bajo un arco de piedra en el que se leía «Urbanización "Puertas Verdes". Números 55 y siguientes».

Debajo, con pintura, estaba escrito: «Entre y olvídese de sus problemas».

42

Antigua casa de los Hartnup

Lee Hartnup permaneció oculto tras las sombras que arrojaba el edificio mientras observaba al agente morir.

Como no necesitaba respirar, era capaz de chillar de forma continua durante mucho tiempo, desde el instante de dar el primer mordisco hasta que esa cosa que era su cuerpo se apartaba de la carne muerta.

No lo comprendía.

La cosa se alimentaba de lo que fuera que pillara. Personas, animales, bichos que trepaban por los árboles. Se alimentaba, y para ello destrozaba a cualquier ser vivo. Se bebía la sangre, se comía la carne y roía los huesos. Y de pronto se detenía. Él flotaba en la oscuridad interior sin dejar de seguir conectado a cada nervio y a cada sensación, pero sabía que no era la satisfacción la que incitaba al monstruo a dejar de comer. El hambre que persistía en el hombre hueco era insaciable, vasta y eterna. Y sin embargo el monstruo se detenía.

¿Por qué?

Su cuerpo dejó que el cadáver del policía se escurriera lentamente por la pared de la casa y se despatarrara, formando un enredo desgarbado de miembros.

¿Por qué desperdiciarlo? ¿Por qué dejar de comer cuando todavía quedaba tanta carne?

Y justo en el momento en el que se le ocurría ese pensamiento, ante el hecho mismo de que la idea surgiera en su mente, el grito estalló otra vez.

El cuerpo se puso en marcha. Caminó arrastrando los pies hacia los escalones frontales del porche con los movimientos extraños del rígor mortis, que iba apoderándose cada vez más de cada una de las articulaciones.

Por favor, rogó Lee, *deja que eso me detenga por completo*. En ese momento era su única esperanza: que la rigidez de la muerte congelara su cuerpo y le impidiera seguir haciendo esas cosas horribles. No tenía forma de medir el tiempo, pero él sabía que el rígor mortis comenzaba unas tres horas después de la muerte. Y notaba cómo aumentaba rápidamente en él. Pero todavía tardaría por lo menos doce horas en alcanzar el punto culminante, y luego la rigidez duraría tres días.

Tres días.

Sin duda, el rígor mortis haría caer y dejaría tieso en el suelo al monstruo torpe, y entonces alguien lo encontraría en el plazo de esos tres días. Lo encontraría y harían con él lo que fuera necesario con tal de parar ese horror. Enterrarlo. Diseccionarlo. Quemarlo.

¡Por favor… lo que fuera, cualquier cosa!

Gustoso aceptaría la muerte, cualquier muerte real por muy dolorosa o prolongada que fuera, con tal de detener la carnicería.

Al llegar al escalón más bajo el pie de la cosa chocó contra la contrahuella y rebotó. Hartnup trató de escuchar en medio de la oscuridad interior con la intención de descubrir si había en la cosa algún rastro de una mente, de una presencia. Si había algo, un espíritu o una conciencia, y aunque fuera la del fantasma o la del demonio que le había hecho eso, entonces quizá fuera posible razonar con ella. Negociar con ella.

La pierna derecha se dobló por la rodilla y el pie se elevó sobre la contrahuella y se posó pesadamente sobre el primer escalón.

Hartnup sintió cómo ocurría, pero no pudo detectar en ninguna parte de aquella vasta oscuridad el menor rastro de una inteligencia que dirigiera los movimientos de la cosa.

¿Qué era lo que incitaba a las piernas a moverse? ¿Qué era lo que le permitía a esa cosa enfrentarse al problema de un obstáculo como las escaleras y llegar a la solución de alzar el pie? Ni siquiera un recién nacido podía hacerlo. La cosa tenía menos conciencia que un niño, así que cómo… cómo… ¿Cómo lo hacía?

Su mente racional se hizo pedazos tratando de resolver el problema.

La cosa muerta subió un segundo escalón, un tercero y por fin llegó al porche, frente a la puerta principal.

Hartnup comprendió con un terror repentino más profundo de lo que jamás hubiera experimentado a qué casa pertenecía esa puerta. Del mismo modo que adivinaba el horror insoportable que lo esperaba allí.

Oyó el sonido de voces a través de la ventana cerrada. Dos mujeres. Una era una extraña. Pero la otra no.

April.

Su hermana.

Y risas de niños.

La cosa levantó una mano y golpeó la puerta. La mano estaba flácida, casi sin

tensar, pero el sonido fue alto.

—Eh, Ken… ¿es que se te ha cerrado la puerta y no puedes entrar?

Oyó a la otra mujer, que se acercaba, con un toque de risa en el tono de voz.

La criatura golpeó la puerta otra vez. Y otra.

Y entonces la puerta se abrió.

Hartnup le rogó a Dios que lo dejara morir de verdad, por su propio bien, para no tener que ser testigo.

Pero su grito más fuerte era tan silencioso como la muerte, y ni siquiera Dios lo oyó.

Hartnup trató de gritar lo más alto que pudo para ahogar los otros gritos que comenzaron entonces a saturar el aire. Lo intentó.

Lo intentó.

Lo intentó.

43

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes

Les sorprendió que el doctor Volker abriera la puerta después de llamar solamente una vez. La abrió tan bruscamente que pareció como si quisiera saltar sobre ellos. Pero al instante se quedó helado, frunció el ceño y adoptó una actitud recelosa.

—Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Hemos hablado antes por teléfono, doctor —contestó Trout con una sonrisa—. Yo soy Billy Trout, de *Noticias Regionales por Satélite*.

Le faltaba poco para los setenta. Sin duda Volker había sobrepasado la edad de la jubilación. Sus rasgos duros germánicos se habían suavizado con la edad y apenas le quedaba pelo rubio cubriéndole la cabeza. Llevaba una bata gorda y peludita y tenía una mano metida en el bolsillo hasta el fondo. La tela del bolsillo colgaba con el peso y la presión, y de pronto Trout sintió que se le subían los huevos hasta la garganta.

Un arma, pensó. ¡Pero si tenía un arma, por Dios!

—¿Cómo habéis conseguido esta dirección?

—¿Importa eso? —preguntó Trout a su vez.

—Sí —soltó Volker—, importa. ¿Cómo habéis…?

—Por el carné de conducir. Figura la dirección.

—Tú no deberíais tener acceso a esa información.

Trout extendió ambas manos. Cabra se agitó nervioso detrás de él y entonces los ojos pálidos de Volker se fijaron en él.

—¿Quién es ese? —exigió saber Volker.

—Mi cámara. Gregory Weinman.

—Weinman —repitió Volker con un ligero gesto del labio que expresaba desprecio.

Genial, pensó Trout. Debía de odiar a los judíos. La entrevista sería de lo más divertida.

—Doctor —comenzó a decir Trout—, nos gustaría hacerle unas preguntas. Sobre Selma Conroy y Hommer Gibbon.

Volker le lanzó abiertamente una mirada torva. Trout estaba ya tratando de inventarse algo para convencerlo de que los dejara entrar cuando, de repente, Volker dio un paso atrás.

—Está bien.

El médico se giró y entró en la casa, dejando la puerta abierta.

Trout y Cabra se miraron el uno al otro. Cabra alzó ambas cejas como diciendo «Bueno, es lo que querías, ¿no?».

Siguieron al médico y cerraron la puerta.

El interior de la casa estaba desnudo y resultaba deprimente. Los cuadros de las paredes eran de los que se compran en Ikea. Los muebles del salón parecían escogidos de un catálogo cualquiera sin ninguna pasión y puestos allí exactamente igual que en la foto. Era técnicamente atractivo, pero carecía de calidez y de humanidad. Nada de revistas sobre la mesita de café. Ni de novelas o libros técnicos. Nada. Era un espacio, no un hogar. Volker les hizo un gesto con la mano para que se sentaran. Trout y Cabra tomaron asiento cada uno en una esquina del sofá.

Volker volvió a sorprenderlos.

—¿Queréis un café?

—Mmm… sí —afirmó Trout—. Gracias.

—Es instantáneo.

—Me gusta el instantáneo.

—No tengo leche ni azúcar.

Por supuesto que aquel viejo amargado no tenía azúcar.

—Solo me parece bien —dijo Trout.

—Yo también —intervino Cabra con precipitación, a pesar de que a él le gustaba tomar solo un culito de café, mitad de leche y mitad de café con ocho sobrecitos de azúcar.

Volker dejó una bandeja con tres tazas humeantes sobre la mesita del café. Dos de las tazas tenían el logo de la prisión estatal de Rockview. *Muy agradable en casa*, pensó Trout. En la tercera ponía «¡Feliz cumpleaños!» con unas letras rojas al estilo de las de los cómics. Trout eligió esa.

Volker tomó asiento en el sillón tipo La-Z-Boy frente al sofá. Se sentó al borde con los codos sobre las rodillas y sostuvo la taza con ambas manos. El vapor del café le empañó las gafas.

—Quiero explicar una cosa antes de que empecéis a hacerme preguntas. Vuestra llamada telefónica de esta tarde me sugirió la idea de grabar esto. Tenía intención de escribirlo, pero ahora que estáis aquí me he dado cuenta de que seguramente es mucho mejor contarles la historia a personas reales. Así podréis hacerme preguntas.

No quiero que se cometan errores, porque después no habrá ocasión de conocer los hechos.

—¿Por qué no? —preguntó Trout mientras dejaba la grabadora diminuta sobre la mesita del café.

El doctor Volker lo miró a través del vaho del café y respondió:

—Porque, en cuanto terminemos, voy a suicidarme.

44

Hospital Regional de Wolverton

Dez y J. T. se estaban subiendo al coche cuando llamaron por radio. J. T. contestó.

—Aquí unidad dos.

Flower le gritó:

—¡J. T.! ¡Por Dios… vuelve al tanatorio! ¡Oh, Dios mío! Ha llegado la policía estatal. Dicen… dicen… ¡Oh, Dios!

—¡Flower! Cálmate y cuéntame lo que ha ocurrido.

—¡Es el jefe! —sollozó Flower con voz nasal a causa de las lágrimas y chillando de puro terror—. ¡Oh, Dios mío, el jefe!

Dez metió la primera y pisó el acelerador con tal fuerza que el Cruiser salió disparado como una bala por la curva, y J. T. y ella se estrujaron contra el respaldo del asiento. Encendió la sirena, atravesó la fila de coches que venían de frente y alcanzó los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora en solo dos manzanas.

—Flower —continuó J. T. con la mayor calma que pudo—, cuéntame qué ha sucedido.

En realidad él ya lo sabía. Los dos lo sabían.

De todos modos, Flower lo dijo en voz alta.

—¡Está muerto! Me han avisado. ¡El jefe está muerto! ¡Oh, Dios mío! J. T., pero ¿qué está pasando?

¿Qué está pasando?, se preguntó a su vez Dez mientras adelantaba a un coche detrás de otro y los vehículos se iban apartando asustados de su camino. Esa era la pregunta que todo el mundo se estaba haciendo. ¿Qué demonios estaba pasando?

Dez sabía con una claridad meridiana que no quería en absoluto conocer la respuesta. Y con la misma claridad sabía que se precipitaba hacia ella a más de cien kilómetros por hora.

45

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes

Un silencio mortal se impuso en el cuarto de estar de la casa de Volker. Trout y Cabra se quedaron mirando al viejo médico mientras las motas de polvo vagaban por el aire igual que planetas diminutos.

—Vale —dijo Trout lo más sensatamente que pudo—, ¿y por qué quieres suicidarte?

—¿Querer? —repitió el doctor—. No quiero morir. Preferiría vivir el resto de mis días en algún lugar tranquilo en el que pudiera pescar por las tardes y escuchar a Wagner por las noches. Pero como reza el dicho, «ese barco ya ha partido» —explicó el médico con una sonrisa. Tenía una dentadura desastrosa para ser un médico—. Sin embargo… no me importa pasarme el resto de la vida en prisión.

Trout se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Y por qué ibas a ir a prisión?

En lugar de responder, Volker dijo:

—Además es necesario que quede constancia de esto. Para… para después.

—¿Después de qué?

—Si es que hay un después —añadió Volker.

Lo dijo más para sí mismo que para Trout, pero las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—Vale, doctor —continuó Trout—, si lo que pretendes es conseguir el primer premio a la oratoria críptica, ya lo tienes.

Los labios del médico no mostraron ni el menor rastro de sonrisa o humor. No obstante sí asintió.

—Muy bien. Aunque supongo que tengo que contaros algo de mi vida para que comprendáis el contexto en el que se sitúa lo que tengo que deciros.

El doctor Volker dio un sorbo al café y continuó:

—No soy un buen hombre. No merezco compasión. He hecho muchas cosas cuestionables en mi vida y no tengo excusa para ninguna de ellas. Lo único que puedo hacer es daros mis razones.

Trout acercó la grabadora unos centímetros. Un gesto neutro con solo una pequeña connotación de «date prisa, joder».

—Jamás quise ser médico de prisión. Fue una consecuencia colateral. Odio a los criminales, y en especial guardo un odio visceral a cierto tipo de criminales. A los asesinos en serie. Sobre todo a aquellos que hostigan a las familias. Tuve una… una relación especial con ese tipo de personas. Mi hermana y sus dos hijos fueron… fueron el blanco de esa clase de gente. Fue en Berlín Este, hace años. Durante la Guerra Fría. Vuestros servicios secretos se centraban en los temas políticos, pero había otras historias, otro tipo de… horrores. La naturaleza restrictiva y opresiva de la vida bajo el gobierno de la Unión Soviética sacaba lo peor de las personas. Por supuesto la paranoia era general, pero también lo eran el odio, la sospecha, la brutalidad, la falta de sentimientos, la avaricia y cierto tipo de ira, alimentada por un resentimiento tan profundo, que alcanzaba el corazón y la identidad de cada una de las personas que vivían bajo ese régimen.

»Mucha gente, incluso aquella que parece haber llevado una vida normal a partir de la caída del muro, albergaba los frutos de esos sentimientos. Todavía hoy la incidencia del maltrato en la relación conyugal, del abuso infantil o de la desviación sexual, es alarmantemente alta. Pero por aquel entonces… por aquel entonces, cuando los crímenes se cometían al por mayor y no se confesaban jamás al mundo exterior… por aquel entonces se criaban monstruos. Muchos monstruos.

»Aquí, en los Estados Unidos, montáis todo un espectáculo de masas alrededor de los criminales en serie. Se convierten en celebridades. Consiguen contratos para escribir libros. Incluso hay gente que colecciona sus objetos personales. Murderabilia llaman a ese coleccionismo. En las películas se presenta a esos monstruos como a personas atractivas y carismáticas. Como Hannibal Lecter.

El médico sacudió la cabeza con disgusto y prosiguió:

—En la Alemania del Este, cuando cogían a un criminal en serie, desaparecía de la faz de la tierra para siempre. A veces quien se dedicaba a dar caza al monstruo y hacer con él lo necesario era una persona con familia, puede incluso que un veterano de guerra que sabía matar. Pero mucho más a menudo era la policía la que se encargaba de él. La justicia era rápida, aunque desagradable. E incoherente. Porque no siempre se hacía justicia. En muchas ocasiones, cuando pescaban a un criminal lo bastante hábil y experto, lo que hacían las autoridades era reclutarlo para la policía secreta o el Ejército Rojo. Un buen asesino siempre venía bien en cualquiera de los dos cuerpos. ¡Y no me pongas esa cara! —exclamó Volker, dirigiéndose a Cabra—. Yo estaba allí, ¿sabes? ¿Cuántos años tenías tú cuando cayó el muro de Berlín? ¿Seis?, ¿ocho? Yo

para entonces era médico y comandante del Ejército. Había visto ya toda la clase de muertes que puedas imaginar y estaba familiarizado con las innumerables formas de corrupción humana e institucional. La máquina soviética no funcionaba gracias a la corrupción.

Cabra levantó una mano y dijo:

—No pretendía ofenderte, doctor.

Volker refunfuñó.

—Estabas hablando de tu hermana —intervino entonces Trout—. ¿La mataron?

Los ojos de Volker se giraron hacia él con una expresión que le recordó a un cocodrilo muerto. Era una mezcla extraña entre hostilidad potencial y falta de interés.

—La asesinaron —lo corrigió Volker, saboreando la palabra—. ¡Sí, la asesinaron! Y créeme cuando te digo que «asesinar» es una palabra demasiado blanda, terriblemente inadecuada para describir lo que le hicieron. La destruyeron. Le robaron su humanidad, se la arrancaron. ¡Querida Kofryna! Mi única hermana. La única familia de sangre que me quedaba, aparte de Danukas y Audra, sus hijos gemelos. Con tres años. ¡No eran más que unos críos! Demasiados pequeños para entender de política o comprender siquiera los conceptos del bien y del mal. Los destruyeron… a los tres.

—Lo siento —dijo Trout.

Los labios de Volker se curvaron con una sonrisa despectiva.

—De eso hace ya cuarenta años. Yo entonces todavía era joven. Un médico al que acababan de trasladar desde Panevėžys, en Lituania, mi ciudad natal. Un simple oficial médico al que habían destinado a Berlín Este. Un idealista, un comunista convencido. Un médico entregado.

—Y entonces te arrancaron a tu familia —dijo Trout en voz baja.

—Sí. El nombre del monstruo era Wolfgang Henker. Seguro que no habéis oído hablar de él. Era sargento de la Nationale Volksarmee. Yo en aquel entonces no lo sabía, ¿cómo iba a saberlo? Pero Henker era uno de esos asesinos arrestados por crímenes atroces al que habían enviado al Ejército como si se tratara de un gran hallazgo. ¡Le concedieron un destino militar, colocaron en sus manos el arma para que siguiera matando! —exclamó Volker, sacudiendo la cabeza—. Todavía hoy me sorprende, incluso después de tantos años y a pesar de todo lo que sé del mundo.

—Comprendo —dijo Cabra cuando Volker le dirigió una mirada airada—. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados desmantelaron los campos

de la muerte, encontraron cientos de miles de páginas de investigaciones científicas recabadas a partir de los experimentos hechos con los judíos, gitanos y otros prisioneros. Cualquiera creería que tiraron todos esos estudios a la basura, que nadie habría estado dispuesto a tener nada que ver con los resultados de esos… de esos… experimentos. Pero no. Nuestro gobierno… y me figuro que los demás también, el ruso, el inglés; todos los gobiernos se aprovecharon de los resultados de esas investigaciones a pesar de su origen. Por tratarse de estudios valiosos para la ciencia.

—Sí —convino Volker, suavizando solo en parte su actitud severa hacia Cabra—. Es muy frecuente que se defienda esa posición en las conferencias científicas y en los diversos artículos de medicina que se publican en las revistas, porque hay numerosas pruebas que demuestran que desde entonces se han salvado muchas vidas y que la ciencia médica ha progresado mucho.

—El fin justifica los medios —afirmó Cabra.

—Es la lógica que subyace bajo esa actitud.

—Pero usted no está de acuerdo con ella, ¿verdad? —preguntó Trout.

—Por supuesto que no. O… no lo estaba —admitió Volker—. Es confuso, porque yo mismo he tenido que tomar muchas decisiones cuestionables para lograr mi meta.

—¿Y cuál era esa meta, doctor?

Los labios de Volker esbozaron una sonrisa tenue.

—Castigar a los monstruos.

—¿Castigarlos?, ¿cómo? —siguió preguntando Trout.

—Estaba claro que yo no iba a tener acceso a Henker. Él era un oficial muy valorado en el Ejército y yo no era más que un médico militar. Era mucho más importante que yo. Su especialidad eran los interrogatorios. Ya os lo podéis imaginar: atado a una silla, a merced por completo de un monstruo como ese, de una persona que disfruta con el sufrimiento ajeno. De una persona para la cual los gritos son más exquisitos y placenteros que los susurros de un amante; de una criatura que conoce las técnicas para mantenerte vivo mientras va destruyendo, hábil y metódicamente, todas esas cosas que te definen como un ser humano, una a una.

Trout tragó. Se había dado cuenta mientras escuchaba a Volker de que podía imaginárselo, y era horrible. Él era una de esas personas dedicadas a la murderabilia. La mesa de su despacho había pertenecido a un asesino de masas. Había seguido el caso de Homer Gibbon más por fascinación que por identificación con las víctimas. De pronto, otra ventana de su mente se abrió y pudo ver el horror que describía

Volker.

—¡Jesús! —exclamó en voz baja.

—Exacto —contestó Volker, que acto seguido respiró hondo—. Naturalmente yo no sabía que Henker era un asesino. Quiero decir que al principio no lo sabía. No lo comprendí hasta que… hasta que la policía dejó de repente de investigar el caso de mi hermana. Pero yo sí seguí investigando. Lo hice con mucha circunspección. Soy una persona muy meticulosa, ¿sabéis? Seguí las pistas y recopilé todos los datos hasta que conseguí hacerme una idea de lo ocurrido. Entrevisté a gente, siempre bajo supuestos falsos y sin ninguna relación con el caso de mi hermana y, como era médico y miembro del Ejército, la gente se mostraba dispuesta a colaborar. Aproveché el ambiente de paranoia para investigar el asesinato. No voy a entrar en detalles. Durante los últimos meses he estado redactándolo todo.

Volker se interrumpió un instante y señaló en dirección a un armario.

—Ahí dentro, en un azucarero, hay unas cuantas memorias externas. Lo explican todo con mucho detalle. Podéis llevároslas. Tenéis mi permiso en la grabación que estáis haciendo, por si surgen problemas.

—Muchas gracias, doctor —dijo Trout sin ningún entusiasmo.

La historia era increíble, pero le revolvía el estómago.

—Me presenté voluntario para ingresar en los servicios especiales del cuerpo médico del Ejército Rojo con la intención de tener a Henkel a mi alcance. Tenía tanto la aptitud como la paciencia necesaria para investigar, y no soy una persona débil. Sabía que había divisiones especiales en las cuales había que tener los nervios de acero. Cada vez que se me pasaba por la cabeza que podía fracasar, me acordaba de las fotos del crimen de mi hermana. Y resultaba… de lo más efectivo. Me aceptaron. Mi determinación evidente y mi supuesta capacidad para distanciarme en apariencia del dolor ajeno me sirvieron para ir escalando puestos en el escalafón e ir profundizando cada vez más en el reducido círculo de la investigación médica clasificada. No tardé en conseguir un puesto en uno de los campos más antiguos de interrogatorios.

—¿Con Henker?

—No, al principio no. Me enviaron en misiones de investigación a diversos lugares por todo el planeta. Pasé un tiempo en Cuba como parte de la expedición multinacional de Haití. La tapadera era que íbamos a estudiar las cualidades médicas de la fauna y flora del lugar.

—¿La tapadera?

—La verdad es que buscábamos una generación de psicotrópicos nuevos que pudiéramos utilizar como base para crear una combinación de drogas útiles para los interrogatorios. Os sorprendería saber qué cosas puede ofrecer la naturaleza a ese respecto. Dirigí tres expediciones al Amazonas y a otras partes de la selva tropical brasileña que constituyeron un tesoro en el campo de la farmacología. Me convertí en un experto en etnobotánica y otras ciencias relacionadas. A mis superiores les hacía gracia el hecho de que además, durante el transcurso de la búsqueda de drogas aptas para la guerra, encontráramos sustancias compuestas capaces de contribuir muy positiva y significativamente a los tratamientos de diversas enfermedades. Por otra parte, los gobiernos de esos países apenas interfieren en las investigaciones. Los países biológicamente ricos de los Trópicos son pobres en dinero, así que los bosques tropicales están más que listos para la explotación.

Volker extendió las manos y continuó:

—Oficialmente era cirujano de guerra, pero la verdad es que formaba parte del equipo médico dedicado al apoyo y la confección de protocolos para los interrogatorios. Y de ahí a la guerra biológica… no hay más que un paso.

—Aquí, en Estados Unidos, ocupas un cargo relevante en una prisión importante —dijo Trout—. Alguien, un alto cargo a nivel federal, tiene que conocer tu historial profesional. Según nuestras investigaciones, desertaste. ¿Por qué?

Si Volker se quedó impresionado por los datos recabados por Trout, no lo demostró.

—No deserté así por las buenas. Más bien me reclutaron. La CIA tenía agentes distribuidos por todo el Ejército Rojo, exactamente igual que nosotros teníamos espías infiltrados en las Fuerzas Armadas americanas. Es la naturaleza del juego. En los servicios secretos hay un dicho según el cual a los candidatos «se los cultiva». Quiere decir que hay todo un procedimiento, que incluye contactos, y que sirve para entablar cierta confianza y buscar las grietas en la lealtad política del enemigo. Yo no soy un político en absoluto. Mi atención se centra por completo en el castigo. Cuando por fin mi contacto de la CIA se dio cuenta de ello, me hizo una oferta que simplemente no pude rechazar. Deserté en el momento previsto, y poco después me convertí en ciudadano americano.

—Apuesto a que la CIA se alegró de echarle el anzuelo a toda esa información que llevabas contigo.

—Mucho. Pero lo que más me duele es saber que casi con toda seguridad esa información que traje se utilizó con fines terribles. Hace mucho que dejé de ser el idealista confiado y convencido de que los gobiernos solo dirigen sus tácticas malévolas contra los malos. Es una perspectiva ridículamente ingenua. Me sonsacaron toda la información. Me ofrecieron diversos puestos dentro de la comunidad científica de los Estados Unidos, pero yo elegí trabajar en una prisión. Lo arreglaron todo para conseguirme ese puesto y me animaron a seguir con mi investigación.

Trout y Cabra se miraron el uno al otro.

Por fin había llegado el momento, creyó Trout.

—Como médico de prisión me concedieron mucha más libertad de la habitual. Eligieron escrupulosamente a mi personal de apoyo. Era imprescindible, porque de otro modo las irregularidades habrían sido patentes… pero la verdad es que poco de lo que he hecho en el sistema penitenciario americano ha tenido nada de normal —explicó Volker, que suspiró y se restregó los ojos—. Y eso nos trae por fin hasta el momento presente.

—Homer Gibbon —citó Trout, tratando de meterle prisa una vez más.

—Exacto. Otro monstruo como Henker. Pero un monstruo al que yo sí que podía manipular.

—¿Qué le ocurrió a Henker? —preguntó Cabra.

Volker soltó una carcajada breve y fría.

—Murió postrado por el cáncer. Jamás conseguí ponerle una mano encima. De hecho, ni siquiera lo conocí en persona.

—Vaya…

—Sí.

—Gibbon —repitió Trout.

—Un pequeño detalle más de la historia antes de ir al grano —añadió Volker—. Aunque tengo que añadir que se trata de un detalle crucial, y os garantizo que os merecerá la pena perder un poco más de tiempo.

Trout asintió.

—Entre las investigaciones en las que participé, había una cuyo objetivo era crear una droga capaz de controlar la mente. Ya sé que suena muy teatral, pero es un tema de investigación recurrente en el marco de la guerra biológica. El objetivo es crear una sustancia compuesta cuyo origen sea un virus patógeno que pueda introducirse entre la población enemiga y que afecte a la química del cerebro. Gran parte de lo que

sabemos sobre los usos terapéuticos del etanol, la escopolamina, el 3-quinuclidinilo bencilato, el tepazepam y los barbitúricos como el tiopentato de sodio o el amobarbital proviene de las armas biológicas y de la investigación química dedicada a los interrogatorios.

—Sí, de acuerdo.

—Nuestros viajes a Cuba y a Haití tenían por objetivo profundizar en concreto en esa investigación, utilizando al mismo tiempo una combinación de esas drogas y de neurotoxinas. Particularmente de la tetrodotoxina que se encuentra en el puercoespín de mar, muy común por esos parajes. La tetrodotoxina en una dosis cuasi letal puede dejar a un hombre en un estado «aparente» de muerte durante varios días, estado en el cual sin embargo conserva la conciencia. Nuestra tarea consistía en crear un arma biológica que dejara a la población enemiga inerte pero viva.

—He oído hablar de ello —intervino Cabra—. Vi una película de un tipo que fue a Haití a estudiar eso.

—Sí —confirmó Volker—. El doctor Wade Davis, etnobotánico, pero no era de los nuestros. Fue la primera persona en concluir que la tetrodotoxina, aparte de otras pocas sustancias, servía para dejar a una persona en un estado de trance semejante a la muerte. Tan semejante a la muerte que a menudo los médicos declaraban fallecidas a las víctimas y las enterraban. Aunque luego, naturalmente, se «levantaban» de la tumba. El asunto suele ocultarse tras un montón de superchería, pero yo os aseguro que es pura ciencia. Ciencia que nosotros desarrollamos hasta un grado muy alto de eficacia, y que luego yo me traje conmigo a los Estados Unidos y compartí con vuestro gobierno. O mejor dicho, nuestro gobierno. Ciencia sobre la que yo seguí investigando como médico del sistema penitenciario —añadió Volker, que volvió a restregarse los ojos—. Una ciencia que me temo que ahora se ha desatado y… y puede ponernos a todos en peligro.

Trout se quedó mirándolo.

—Espera un segundo, ¡joder…! ¿Wade Davis? ¿Tetrodotoxina? ¡Por Dios, doctor, pero si estás hablando de los putos zombis!

Una lágrima helada surgió en los ojos del doctor Volker.

—Sí —confirmó con una voz profunda—. Dios se apiade de mí, pero así es… estoy hablando de zombis.

46

Límite del condado de Stebbins

El teniente coronel Macklin Dietrich se giró hacia sus oficiales de confianza.

—Concededme un minuto.

Los dos jóvenes oficiales lo saludaron y salieron fuera, bajo la lluvia. Dietrich se quitó los auriculares en cuanto cerraron la puerta.

—Estoy solo, señor —dijo entonces.

El general de división Simeon Zetter parecía cansado.

—Acabo de hablar por teléfono con el presidente del gobierno, Mack. Se trata de un asunto feo. Nos han llamado para evitar que se convierta en un desastre completo.

—A mí me parece que es un desastre ya desde el principio.

Zetter y Dietrich eran viejos amigos. Habían luchado juntos en tres guerras. Ambos habían sido trasladados del Ejército regular a la Guardia Nacional y ascendidos en su carrera militar, y los dos se habían tomado muy en serio la orden de mejorar el nivel profesional de la Guardia de Pensilvania hasta dejarla lista para el combate. Y eso era lo que habían hecho, a pesar de que el equipo y las armas eran en su mayor parte una porquería de segunda mano, heredada de las tropas que habían luchado en Iraq. Toda la línea de camiones de transporte de tropa de dos toneladas y media cada vehículo era antigua, y ni uno solo de los helicópteros habría superado una inspección de vuelo civil. No obstante, la tropa era de primerísima categoría y, sin duda, cada uno de los soldados haría falta en la tarea que se les había encomendado. No solo eran fuertes desde el punto de vista físico, sino también a nivel emocional y psíquico.

—Mis equipos están en posición —dijo Dietrich.

—Vas a tener que mantener un control estricto sobre tus hombres, Mack.

Dietrich miró a través del parabrisas cubierto a medias por la nieve. Los sargentos iban sacando los trajes blancos de protección contra materiales peligrosos de la parte trasera de un par de camiones. Otros suboficiales se paseaban entre la tropa, supervisando el proceso de transformación de mil soldados vestidos con el uniforme de batalla de camuflaje en un grupo de extras de una película de ciencia ficción de alto presupuesto. Lo mínimo que podía decirse de los trajes de protección contra materiales peligrosos era que tenían un aspecto amenazador, pero cuando quienes lo vestían portaban además un M16 y llevaban granadas colgando del cinturón como si

se trataran de cascabeles, entonces la escena era surrealista.

—Son soldados profesionales —añadió Dietrich—. Harán su trabajo.

—No te lo tomes a broma. Esto no forma parte de su trabajo. Ninguno de ellos ingresó en el Ejército para enfrentarse a algo como esto.

—Bueno, demonios, Simeon… ninguno de nosotros ingresó para esto.

Zetter bufó.

—Y esto te va a encantar: el gobernador quiere garantías de que podemos acordonar y mantener un perímetro de seguridad que rodee todo el condado de Stebbins.

—¿Con una tropa de mil hombres? —rió Dietrich—. ¿Y con un huracán encima?

—Ya se lo he dicho. Me ha autorizado para que retire a todos los hombres que haga falta de la tarea de control de inundaciones y los destine a esta otra misión.

Dietrich se quedó en silencio por un momento antes de decir:

—Eso supondría emplear en la misión también a los hombres casados.

—Lo sé.

—La prensa está al tanto de nuestros movimientos, Simeon. Querrán saber a qué se deben.

—Ya se lo he dicho al gobernador. Su gente nos está preparando una historia y una declaración pública. Algo sobre un brote viral de un tipo y origen desconocido. Se trata de una táctica evasiva hasta que se inventen otro montón de mentiras más verosímil.

Dietrich soltó un bufido amargo.

—Y, Mack —continuó Zetter—, el gobernador va a sacar de allí a la policía estatal y va a dejar todo el asunto enteramente en nuestras manos. Ya les ha ordenado que se retiren de inmediato.

—Pero no nos vendrían mal unos cuantos hombres más sobre el terreno…

—No para esto —lo interrumpió Zetter con cansancio—. Muchos de los policías son chicos de allí. Conocen a gente en el condado.

—¡Ah! —exclamó Dietrich, que seguía observando el proceso de transformación de su tropa en hombres del espacio—. Y vamos a ver, ¿cómo quieren que planteemos el asunto? Dadas las circunstancias, hasta la mera contención de la población en el condado resulta problemática y…

—Mack —volvió a interrumpirlo Zetter con una nota de profunda tristeza en la voz—, nos han autorizado a disparar. Nadie debe cruzar los límites de la zona Q de

cuarentena. Sin excepciones.

Mack Dietrich cerró los ojos. Sabía desde el principio que esa era una posibilidad, pero le resultaba absurdo aplicarla en suelo americano. Obsceno.

—¡Dios todopoderoso!

47

Estado de Transición Hartnup

Desdemona Fox permaneció en pie al borde del césped, observando cómo se desataba un infierno delante de sus narices. Era perfectamente consciente de que el carácter de imposible de todo lo que estaba ocurriendo ese día se había convertido ya en una característica permanente, y todas sus esperanzas en que las cosas volvieran a su cauce natural se habían consumido en un banquete carmesí de voracidad sobrenatural.

—¡Dios…! —exclamó.

No se trataba de una plegaria, sino de un susurro lastimero.

Los coches de la policía estatal estaban dispersos a su alrededor, aparcados sobre el césped y ocupando toda la rotonda, intercalados con los de la policía del condado, las ambulancias y otros vehículos sin identificación. En total habría unos treinta o cuarenta. Más tres furgonetas de la prensa. Dos de los vehículos estaban ardiendo, y por sus ventanillas astilladas salía un humo negro y oleoso que se quedaba flotando en el aire sin brisa. La mayoría de los vehículos estaban llenos de perforaciones de bala o acribillados por los perdigones.

Había sangre por todas partes.

Sobre el césped, sobre la fachada del tanatorio desde bastante arriba, sobre la gravilla brillante del camino; por todas partes.

—Están muertos —murmuró J. T. con una voz tan inexpresiva y carente de vida como la de ella—. Están todos muertos.

Dez no pudo por menos que asentir.

Todos estaban muertos.

Y sin embargo sabía que J. T. no se refería a los cadáveres desperdigados por el césped con los ojos abiertos y los cráneos taladrados por la bala de una pistola o aplastados por la culata de una escopeta. Él no hablaba de esos cuerpos sin vida que daban relieve al paisaje carmesí.

No, J. T. hablaba de los otros; hablaba de los pellejos de bocas negras y ojos vacíos que arrastraban los pies, y que nada más salir ellos del coche habían dejado lo que estaban haciendo para aproximarse. Abrían y cerraban la boca como peces ansiosos por respirar o como si estuvieran practicando el ejercicio de masticar ante el próximo plato a capturar.

Los rodeaban por todos los lados. Los más cercanos estaban a solo unos veintidós metros. Dez reconoció a uno de ellos. No era de la policía estatal. Se trataba de Paul Scott, el agente forense. Le quedaba un solo ojo y le habían arrancado parte del cuero cabelludo a tiras. A su derecha, medio oculta tras el humo que salía de un Cruiser ardiendo, estaba Natalie Shanahan. Tenía el chaleco salvavidas de kevlar abierto, la camisa rasgada y varios agujeros enormes en lugar de pechos. Y había otros. Sheldon Higdon estaba en pie junto a la puerta abierta del tanatorio. Lucía una colección de agujeros de bala en el pecho. Había otras cuatro personas más, un civil, dos polis y un soldado, todos con esposas y con las manos sujetas a la espalda, y los rostros tan pálidos y vacíos como el resto.

Dez oyó un ruido que la hizo la volverse. Mucho más cerca que cualquiera de todos ellos, aproximándose lentamente por detrás de una ambulancia, apareció el jefe Goss. La mitad de su rostro había desaparecido. Se le veían los bordes angulosos de hueso blanco y desnudo y la fibra muscular adherida a ellos con grasa amarillenta. El jefe alargó una mano hacia ella y Dez vio que le faltaban la mayoría de los dedos de la mano derecha. Se los habían arrancado de un mordisco. No le habían dejado más que un muñón gordo y rosado.

—Muertos —repitió J. T.

Dez bajó la cabeza y comprobó que estaba moviendo el brazo y alzando la mano derecha sin darse cuenta. No era consciente de que hubiera querido moverlo deliberadamente. La mano se alzó, y con ella el arma. La pistola le pesaba una tonelada.

Ahora mismo puedo terminar con todo esto, pensó. *Con un disparo debajo de la mandíbula, contra la sien, o quizá incluso descargándole encima todo el tambor. Y derechito al cielo. A pedirle una explicación al que vive allí arriba. Adiós a toda esta mierda. Esto no es normal. No es como se supone que funciona el mundo. Y yo no puedo vivir en un mundo como este.*

El jefe estaba a tres metros de distancia. Tres pasos más y estaría a su merced.

No puedo.

El arma se alzó sola.

Goss dio otro paso. Dez podía olerlo. Tenía los intestinos al aire y despedía el mismo hedor que un retrete.

¡Hazlo y punto!, gritó una voz en su interior. Un solo disparo y despertaría en el infinito del más allá. Un viaje al cielo, si es que lo que predicaban los domingos no era mentira. Papá y mamá también estarían allí. Eso si no era todo una mentira y no había

nada después. Pero incluso esa opción era mejor que la mierda que tenía delante.

El medio rostro del jefe se arrugó en una mueca gruñona y amenazadora de pura voracidad. La sed de sus ojos brillaba como la llama de una cerilla mientras se acercaba a una distancia desde la que tocarla. Su mano sin dedos la golpeó y dejó rastros de carne y sangre sobre su chaleco. Trató de cogerla por el hombro con la otra mano, de acercarla hacia sí para darle un mordisco con la boca abierta.

Mandíbula, sien o boca. ¡Pero ya!

Eligió la sien.

Apretó el cañón contra la piel hasta dar con la dureza del hueso.

—¡Papá, ayúdame…! —susurró Dez.

Y apretó el gatillo.

El fogonazo fue espectacular. La bala perforó un agujero rojo enorme a través de dos paredes de hueso e hizo saltar la materia cerebral a unos seis metros de distancia por el césped.

El jefe Goss cayó al suelo.

Y Dez Fox volvió a vivir.

—¡J. T.! —gritó ella mientras se giraba y volvía a apuntar.

Le disparó a Gunther, le dio justo en el centro del pecho. Sin duda un disparo mortal. Gunther retrocedió y cayó sobre una rodilla. Pero acto seguido se puso en pie y siguió acercándose. Dez volvió a dispararle dos veces; una en el esternón, que solo sirvió para detenerlo momentáneamente, y otra en el puente de la nariz. Todo el cuerpo de Gunther se tambaleó hacia atrás, se detuvo unos instantes como si quisiera recuperarse, y avanzó un paso antes de derrumbarse en el suelo.

Las otras cosas que estaban a su alrededor seguían gimiendo, gruñendo y acercándose. Todos se aproximaban.

Dez volvió a girarse y disparó a Natalie. Le voló la mayor parte de la garganta.

Pero Natalie siguió caminando, estrechando las distancias. Le caía una baba roja de los labios.

—¡Joder! —gritó Dez, que volvió a disparar una y otra vez. Las balas golpearon el cuerpo de Natalie—. ¡Muérete ya, jodida cabra!

Natalie continuó acercándose.

Dez cogió el arma con ambas manos y disparó. El tiro siguiente eliminó el brillo del ojo izquierdo de Natalie y le voló la parte trasera de la cabeza. La agente siguió avanzando sin rumbo hasta que cayó al suelo. No hizo el menor esfuerzo por evitar

los disparos.

Dez se giró como un rayo hacia J. T., que seguía inmóvil y paralizado. Se cambió el arma de mano y le soltó una bofetada en la cara con la mano derecha lo más fuerte que pudo. Le pegó una y otra vez, con la palma y con el dorso de la mano.

J. T. se tambaleó hacia atrás y sus labios comenzaron a sangrar.

Dez observó el preciso instante en el que el vacío de sus ojos volvió de golpe a la vida. Del mismo modo que los disparos la habían sacado a ella del ensimismamiento, las bofetadas sacaron a J. T. de la parálisis y del shock.

—¡Cuidado! —chilló él, que inmediatamente la apartó a un lado, sacó la escopeta y disparó una ráfaga a Paul Scott.

La ronda acertó a Scott en el pecho y le hizo dar una vuelta completa sobre sí mismo, pero Scott volvió a enseñar los dientes enseguida y a lanzarse sobre ellos.

La segunda ráfaga le dio en el puente de la nariz con mucha violencia. Le giró la cabeza tan deprisa y con tanta fuerza que Dez comprendió que debía de haberle roto el cuello. Scott cayó hacia atrás y se quedó tendido como una muñeca de trapo. No volvió a moverse.

Pero el resto seguía acercándose.

No caminaban deprisa, pero tampoco hacían pausas. Se arrastraban pesadamente. Unos se apoyaban sobre piernas llenas de heridas. Otros, los que tenían una herida en la cara, se tambaleaban de la manera más extraña. Dez les disparó. Acertó en todos los sitios a los que apuntaba. Perforó corazones, estómagos, huesos del muslo y genitales.

—¿Por qué no se caen al suelo? —bramó, desesperada.

Al ver que seguían acercándose alzó el arma e intentó el disparo en la cabeza, algo más difícil. Alcanzó a un poli estatal en la mejilla y le desgarró un trozo de la cara, pero no logró que se detuviera. Volvió a apuntarle a la ceja derecha y el tipo se desplomó.

Disparó otras dos veces y deslizó el cañón de la pistola hacia atrás. Dio marcha atrás mientras cambiaba el cargador. Dejó que el vacío cayera al suelo, algo que iba en contra de su propio instinto además de en contra de todo entrenamiento, y metió el cargador nuevo. Estaba lleno de balas, lo cual resultaba de lo más reconfortante.

Disparó.

J. T. estaba espalda contra espalda detrás de ella, disparando a todas las cosas que ella no podía ver. Dez había visto cómo la ráfaga de balas tiraba al suelo a Scott, pero comprendía que se había derrumbado porque le había roto el cuello. J. T. solía

disparar al cuerpo con la escopeta. *Una estupidez*, pensó. *Una tontería completa. Mierda*.

Oyó a J. T. musitar una letanía una y otra vez.

—¡Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte!

J. T. disparó una y otra vez.

Hasta que se quedó sin munición.

—Estoy sin nada —dijo J. T., como si le sorprendiera que un arma pudiera cometer semejante traición en un momento de necesidad como aquel.

—¡Vamos al coche! Tengo una caja de municiones debajo del asiento —dijo Dez a voces, girándose y empujándolo.

En cuestión de segundos estaban corriendo.

Dez ni siquiera recordaba que se hubieran alejado tanto del Cruiser, pero estaba a más de doce metros de distancia. Algunas de esas cosas se interponían en su camino. Y además todos se acercaban, unos más rápido que otros. Dez se preguntó si los más rápidos serían los que habían muerto más tarde.

Otra parte de su mente, no obstante, no deseaba sino echarse a reír ante semejante idea.

Y una tercera parte le susurraba que tenían tres alternativas. Mandíbula, sien y boca.

J. T. utilizaba la escopeta como si fuera una porra. Un enfermero de ambulancia lo agarró de la manga y J. T. le pegó con ella entre los ojos. El golpe fue tan violento que el enfermero cayó de espaldas. Sin embargo, el joven trató de levantarse de inmediato. Otro policía estatal se lanzó contra J. T. y le hincó los dientes en el hombro. A pesar de llevar el chaleco de kevlar, el mordisco le produjo un dolor atroz. Pero J. T. lo transformó en rabia. Alzó el cañón de la escopeta contra la sien del poli con tal agresividad que le tronchó el cuello. La cosa cayó hacia atrás, sobre otras dos que se abalanzaban por detrás.

Eso le permitió a J. T. encontrar el hueco por el que llegar de un salto hasta el coche. Alcanzó la puerta, la abrió, arrojó dentro la escopeta y sacó la Glock.

—¡Dez, entra! ¡Yo te cubro!

J. T. comenzó a disparar de una en una a las cosas que iban cercando a Dez. Le dio a unas cuantas; una bala atravesó una frente y otra pasó rozando junto a una oreja. Pero la mayoría de los monstruos simplemente se tambalearon y siguieron adelante.

No obstante Dez consiguió llegar al coche, abrir la puerta del conductor, lanzarse dentro y cerrarla. Ambos subieron las ventanillas.

—¡Sal de este jodido sitio! —chilló J. T. mientras metía la mano por debajo del asiento para sacar la caja de las municiones.

Dez introdujo la llave en el contacto y la giró con tanta fuerza que estuvo a punto de desmantelar el mecanismo de arranque. El coche arrancó al instante. Soltó la llave, metió la primera y pisó el acelerador. El camino de grava estaba plagado de cuerpos que se arrastraban torpemente, así que el coche solo pudo avanzar un metro antes de atropellar a dos de ellos. Podía oír el ruido que hacían los huesos al romperse a pesar de llevar las ventanillas cerradas. El coche se detuvo; carecía de la fuerza suficiente para subir rodando por encima de los dos cuerpos a los que había arrollado y que en ese momento trataban de trepar por él.

Dez metió la marcha atrás y aceleró. Atropelló a otros pocos más. Sheldon Higdon intentó abrir la puerta, pero no consiguió hacerse con el mecanismo de la manilla. Se sacó el arma de la pistolera y la usó de palanca. Según parecía le quedaba aún cierta inteligencia, así que golpeó la ventanilla trasera del lado del piloto con la pistola y la destrozó. J. T. se giró en el asiento y le disparó, pero la bala simplemente le atravesó el pecho. Dez gritó al oír el fogonazo; sintió como si alguien le hubiera dado un martillazo en la cabeza.

Una docena de criaturas comenzaron a aporrear el coche; unos con piedras y palos, y otros simplemente con las manos. El parabrisas trasero se rajó formando un intrincado dibujo.

Entonces Dez volvió a meter la primera y a pisar el acelerador a fondo, hasta el suelo. Quedaban tres metros de camino de gravilla libre por delante, que Dez quería recorrer a la mayor velocidad posible. El coche salió disparado, el motor rugió. Pero al chocar las ruedas delanteras con unos cuantos cuerpos destrozados, tirados en el suelo, el vehículo dio un brinco, se levantó y volvió a caer. Aterrizó sobre las espaldas de las criaturas. El golpe brusco torció las ruedas delanteras. Nada más caer las ruedas traseras sobre la gravilla, Dez pisó otra vez el acelerador y el Cruiser se lanzó como una bala hacia una fila de muertos. En el último minuto Dez giró a la derecha, golpeó a un reportero muerto en la cadera y lo lanzó volando por los aires.

La masa de muertos vivientes seguía caminando tras ellos. Algunos trataban de correr, pero lo hacían del modo más extraño. Otros no podían sino reptar. Pero todos los perseguían.

—¡Vamos… venga! —gritó J. T. mientras recargaba la pistola.

Dez se desvió bruscamente para evitar a los vehículos aparcados y se estrelló contra un seto. Golpeó otros dos cuerpos y giró con la intención de tomar la vía de servicio. Se produjo un ruido sordo, y al mirar por el espejo retrovisor vio que se había llevado por delante el parachoques y parte de la parrilla de otro coche, que había aplastado. Tenía destrozada toda la zona delantera del vehículo y se había cargado la alineación de las cuatro ruedas. Tuvo que sujetar con fuerza el volante para mantenerlo bajo control.

Rodeó los edificios y giró hacia la salida.

Y apretó el freno de golpe.

El Cruiser se deslizó otros nueve metros por el camino, levantando nubes de polvo y lanzando gravilla por los aires y sobre los árboles circundantes. Frente a ella, la carretera estaba completamente bloqueada. Había dos Cruiser aparcados morro contra morro para evitar la entrada de la prensa y de los civiles, y más allá docenas de vehículos de civiles y de camionetas abandonados. Debía de haber al menos unas trescientas personas en total. La mayoría de ellos seguían vivos todavía. Casi todos trataban de huir. Pero había también por lo menos sesenta o setenta de esas cosas, desperdigadas entre la multitud. Era una locura de lucha y una carnicería sangrienta. El griterío era ensordecedor, pero no se oía ni un solo tiro. A diferencia de la policía, que era quien primero se había visto superada por los acontecimientos, aquella gente no tenía forma de luchar contra los muertos. No tenían más que las manos, los pies o lo que encontraran a su alcance.

—Dez —dijo J. T.

—Lo sé —contestó ella.

—No podemos evitarlos.

—Lo sé.

—¡Ya vienen!

Dez se giró y vio a una masa de polis estatales y del condado que rodeaba un edificio para acercarse. No había ninguna salida fácil.

—Dez…

—Lo sé —volvió a repetir ella.

Aceleró a fondo.

El Cruiser iba a más de ciento treinta kilómetros por hora cuando golpeó a los dos vehículos de la policía, que separó con el impacto. Pero la maniobra también lanzó a

Dez y a J. T. hacia atrás y luego hacia delante en sus asientos, y ejerció tal violencia sobre el cinturón de seguridad que ambos quedaron doloridos y sin aliento. Las dos ventanillas delanteras se resquebrajaron.

Dez siguió apretando el acelerador.

El coche avanzó por fin, pero apenas alcanzó los treinta kilómetros por hora. Salía humo del motor. Todas las luces del salpicadero estaban encendidas. La gente saltaba sobre su coche en un intento desesperado por escapar. Pero las criaturas se lanzaban sobre ellos, los mordían, los arañaban y tiraban de ellos para abajo. Dez condujo con la mano derecha y disparó la Glock con la izquierda a través de la ventanilla destrozada. J. T. comenzó a disparar con la escopeta y llenó el interior del vehículo de truenos y humo.

El Cruiser siguió adelante y por fin alcanzó la calle Fábrica de Muñecas. Desde allí la carretera continuaba cuesta abajo por una pendiente larga hasta un cruce, así que Dez se dejó llevar por la gravedad. El motor moribundo fue adquiriendo velocidad. Un hombre al que le sangraba una pierna debido a un mordisco se agarró al techo del coche. Apretaba los dedos con fuerza y no dejaba de gritar con la boca abierta. Se soltó y cayó sobre los raíles del tren justo al alcanzar el cruce de la calle Mason y superar las vías.

Al menos treinta de esas cosas muertas seguían tras ellos, aunque cada vez el número era más reducido. El hombre que había caído del coche trataba de ponerse en pie, pero se le doblaba la pierna herida continuamente. Antes de que pudiera escapar de allí reptando, las criaturas lo alcanzaron y pasaron en masa por encima de él.

El Cruiser siguió rodando y rodando cuesta abajo. Giró en una curva. Unos enormes pinos les bloquearon entonces la vista de la carretera que iban dejando atrás, pero Dez sabía que todavía los perseguían.

En ese momento el motor carraspeó y se paró, pero Dez dejó que siguiera rodando cuesta abajo hasta el cruce de Turk's Getty. Entonces giró el volante y el vehículo se detuvo en la salida.

Dez y J. T. salieron del coche y alzaron la vista hacia la colina. La curva y la pantalla de pinos quedaban ya a cuatrocientos cuarenta metros. Tan lejos, que no podían ver ni a un solo muerto.

¿Se habrían apiñado todos alrededor de esa cosa roja que ya no podía gritar? ¿O seguirían tras ellos?

Dios, sollozó Dez a gritos en el interior de su cabeza, *¿vienen detrás?*

48

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono con cotilleos nuevos para los conductores. Vale, chicos, ya está aquí la tormenta. Cerrad todas las puertas y haced las paces con Dios, porque esto es único y no va a volver a repetirse. Las unidades de la Guardia Nacional están desplegadas en las zonas en las que se prevé que se producirán inundaciones, y ya tenemos informes de pequeñas riadas en Fayette y en los pueblos del norte y del oeste del condado de Stebbins, situados a una altura más baja. Si vivís cerca de un río o un riachuelo y todavía no habéis corrido a refugiaros a zonas más altas, mejor que os apresuréis a hacerlo cuanto antes, porque de otro modo tendréis que saludar a la tía Marti cuando paséis por aquí delante, arrastrados por la corriente.

49

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes

—¿Zombis? —preguntó Trout con un susurro.

La palabra sonaba de lo más extraña. Sus labios parecían incapaces de pronunciarla. Los zombis eran un asunto de las películas. Bela Lugosi y Hal Leighton. Películas viejas en blanco y negro para noctámbulos. *El castillo maldito,*, con Bob Hope. *Yo anduve con un zombi.*

Los zombis no pertenecían al mundo real. Puede que en algún artículo del *National Geographic*. Pero no en Pensilvania. La historia trataba de un asesino en serie. Como en *El silencio de los corderos*. No trataba del rey de los malditos zombis.

—Espera… espera… ¿Estás diciendo que tu equipo médico de la cárcel hacía magia negra?

—No, no, claro que no —contestó Volker, secándose una lágrima de la mejilla—. En este asunto no hay nada de sobrenatural. Aunque puede que a vuestro juicio se trate de algo antinatural. El demonio y la madre naturaleza no tienen nada que ver con lo que hacíamos —explicó el médico, que efectuó una pausa y, acto seguido, se corrigió—: Con lo que yo hacía.

—¿Y qué hacías? —preguntaron Trout y Cabra al mismo tiempo.

—Homer Gibbon.

—¡Pero hombre…! —exclamó Cabra con un susurro.

Trout se humedeció los labios antes de decir:

—Vale, cuéntanoslo.

—Como ya he dicho antes, he cometido unos cuantos pecados. No pecados parecidos a los de Gibbon, pero pecados al fin y al cabo. Pecados morales, no religiosos. Yo no tengo fe. Mi fe murió con mi familia. Y así fue como llegué a tomar la decisión que tomé.

Volker se bebió el resto del café, pero siguió sujetando la taza.

—Mis benefactores no me colocaron en la prisión de Rockview por casualidad. Era una de las muchas prisiones en las cuales la pena capital solo figuraba en los libros a nivel teórico. Yo habría preferido vivir en un estado menos liberal… como Texas, por ejemplo. Pero allí utilizan la silla eléctrica. Y eso no encajaba en mis planes.

—¿Planes? —repitió Trout.

—Muerte por inyección letal. Creía que en esto me seguíais —dijo Volker, que se sorbió la nariz—. Quería trabajar en una prisión en la cual yo pudiera supervisar la ejecución de un monstruo como Henker. Y Homer Gibbon era un sustituto perfecto. Sus crímenes eran tan atroces como los perpetrados por Henker. Gibbon había destrozado tantas vidas… y no me refiero solo a las vidas de sus víctimas. Destrozó a sus familias, lo que les hizo las arruinó. Si es cierto que hay un Dios, entonces la justicia divina debería dictaminar que Gibbon ardiera en un tormento eterno. La idea de que pudiera vivir en una celda con televisión, biblioteca y muchas más comodidades de las que disfrutan millones de personas inocentes me…

—Hacer cola para entrar en la sala de ejecución no es llevar una buena vida precisamente —comentó Cabra.

Volker le lanzó una mirada agria.

—¿En serio? ¿Cuándo has visitado por última vez los guetos de Baltimore Oeste o los del norte de Filadelfia? ¿Has visto la miseria y la indigencia desenfrenada que reinan en Luisiana y en el territorio rural de Misisipi? ¿Has visto alguna vez a cuatro familias viviendo apiñadas en un cuartucho infestado de ratas en Gary, Indiana, o en Birmingham, Alabama? ¿No? Entonces, por favor, guárdate tu opinión de ignorante para ti.

Cabra se puso completamente colorado y se hundió en el asiento.

—Yo me propuse visitar esos lugares —continuó Volker—. Exactamente igual que me propuse visitar las casas de acogida para mujeres y las oficinas de los servicios de protección infantil, o asistir a las reuniones de los grupos de apoyo para víctimas de crímenes violentos. Toda mi vida… bueno, puede que sea más justo y más acorde con la verdad llamarlo obsesión; mi obsesión toda la vida ha sido encontrar la forma de castigar a hombres tales como Gibbon y Henker. Desde luego que no es agradable vivir esperando la ejecución. Pero tampoco es un castigo proporcional al crimen —sentenció Volker con una voz chillona—. Yo he encontrado un castigo más adecuado.

—¿Y cuál es? —preguntó Trout.

Tenía el corazón desgarrado entre el deseo profesional de conseguir la historia y el horror que le provocaba lo que estaba oyendo. Hasta ese momento todo había sido de lo más extraño. Ejército Rojo, investigación secreta de armas biológicas. Zombis.

—Hasta la ejecución constituye una vía de escape para esos criminales —siguió diciendo Volker—. Primero se les inyecta un tranquilizante. No sienten nada, o como mucho cierta molestia y algo de miedo los días antes de la ejecución. Pero yo os digo,

señores: comparad eso con lo que sufren las víctimas y con lo que sufren las familias de las víctimas día tras día durante el resto de sus vidas —dijo Volker, que no dejaba de sacudir la cabeza con violencia—. No. Es un pecado. Es inmoral. Está mal y es un crimen contra la justicia.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Trout.

—Inventé un mecanismo para que esos monstruos sufrieran. No solo durante la ejecución, sino también después. Mucho tiempo después.

—Eso no tiene sentido —alegó Cabra.

—Lo tendría si hubieras prestado atención. Me he pasado años buscando y desarrollando compuestos químicos capaces de controlar la conciencia. Como la tetrodotoxina y otros elementos procedentes del *Bufo marinus*, una especie de sapo de caña, o el veneno producido por la *Osteopilus dominicensis*, una rana arbórea. Todos esos elementos, combinados con otra media docena más, constituyen lo que los médicos brujos de Haití, los bokor, llamaban *coupe poudre*. No sé si sabéis que la religión vudú hace una distinción importante entre el cuerpo físico, el *corps cadavre*, el principio vital o *gwo bon anj*, y la conciencia o memoria, el *ti bon anj*. Si se mezclan y administran todos esos elementos correctamente, el *coupe poudre* es capaz de llevar al cuerpo a un estado al borde de la muerte, tan próximo a esta que solo el equipo de monitorización eléctrico más sofisticado es capaz de detectar los latidos del corazón y la respiración. La conciencia se separa del cuerpo del mismo modo que ocurre con ciertas drogas alucinógenas o con ciertos ejercicios espirituales tales como la proyección astral. La mente superior y el cuerpo físico se desconectan. La conciencia no tiene control en absoluto sobre el cuerpo y, sin embargo, es posible manipular la mente subconsciente mediante la sugestión.

Trout estaba sin aliento.

—¿Estás diciendo que has transformado a Homer Gibbon en un zombi?

—Sí —afirmó Volker con un asentimiento grave—. Eso es exactamente lo que he hecho. O bueno, en una especie de zombi. Una variante, o como quieras llamarlo. En lugar de inyectarle los compuestos químicos que se utilizan en la inyección letal, le administré mi propia versión del *coupe poudre*. No era más que la continuación del estudio que mi equipo había comenzado a desarrollar mucho antes, en un proyecto cuyo nombre en código era «Lucifer». El compuesto que le administré es el Lucifer 113.

—¿Y en qué sentido es un castigo? —exigió saber Trout.

Volker suspiró antes de contestar:

—Gibbon no tenía familia, ¿no es cierto? Por eso sus restos pasaron a ser responsabilidad del estado y se organizó todo para enterrarlo en la misma prisión poco después de la ejecución. De no haber aparecido su tía a última hora, habrían metido el cuerpo en un ataúd barato, lo habrían sellado y lo habrían enterrado en una tumba numerada detrás del edificio de la prisión. Nadie excepto el médico y el juez conocerían el lugar exacto en el que yacía, y se quedaría allí ya para siempre.

—Te lo vuelvo a preguntar… ¿en qué consiste el castigo? —insistió Trout.

—No, no, espera… —intervino entonces Cabra—. No, hombre, no, ya lo pillo. Ese Lucifer 113 lo dejó en un estado de… ¿de qué? ¿En una especie de trance? ¿En un estado de falsa muerte?

—Por decirlo en pocas palabras —corroboró Volker.

—Pero no muerto realmente, ¿no es eso?

—Exacto.

—Y su conciencia… seguiría ahí, solo que separada, ¿verdad?

—Sí. Todos los bokor con los que me entrevisté en Haití y en Cuba me lo confirmaron. Y nuestra propia investigación sobre armas químicas lo corroboró. La conciencia permanece despierta. Completamente despierta, unida a cada una de las terminaciones nerviosas, pero de una manera muy pasiva, incapaz de ejercer el menor control sobre el cuerpo físico. La conciencia no puede ni mover un dedo, ni guiñar un ojo.

Trout sintió que toda la sangre abandonaba su cabeza.

—¿Dentro de un ataúd?

Los ojos de Volker tenían un brillo oscuro cuando asintió y contestó:

—Sí, dentro del ataúd. ¿Se te ocurre algún castigo más adecuado para un asesino en serie que permanecer despierto en la tumba mientras su cuerpo se corrompe poco a poco?

Trout se dejó caer sobre el respaldo del sofá.

—¡Por Dios…! ¡Pero eso es horrible! —exclamó Cabra.

—¿A que sí? —preguntó Volker con frialdad.

Cabra sacudió la cabeza y añadió:

—Pero no, no compr… Hay algo que no encaja. Aunque Gibbon estuviera en ese estado de trance, de todas formas seguiría necesitando oxígeno, ¿no es cierto? Quiero decir, ¿cuánto tiempo podría permanecer en un ataúd sellado, antes de que su cerebro

muriera por falta de oxígeno y todo terminara?

El doctor Volker esbozó un gesto que Trout no pudo identificar. No era ni una sonrisa, ni una mueca de desagrado.

—Eso sería cierto en circunstancias normales —dijo por fin el médico.

—¿Normales? —repitió Trout—. ¡Dios, joder! ¿Cuál es el dato que falta?

—Bueno, tal como tu amigo ha dicho, el cuerpo necesita oxígeno aunque se encuentre en un estado de metabolismo ralentizado. Sin embargo, la cantidad exacta de oxígeno necesario puede modificarse.

Volker soltó una especie de gruñido al mismo tiempo que tomaba asiento. Parecía muy viejo y muy cansado.

—Una de las áreas principales de la investigación de armas biológicas llevadas a cabo en la Unión Soviética era lo que la gente suele llamar de un modo poco preciso la guerra de gérmenes. El Proyecto Lucifer se constituyó fundamentalmente para investigar una combinación concreta de parásitos y enfermedades patógenas. Yo avancé en ese tema al aplicar transgénicos a esos parásitos para modificarlos a mi antojo.

—¿Parásitos? —preguntó Trout.

—La naturaleza es sumamente inteligente y sutil. La gente no tiene ni idea de la cantidad de parásitos que nos rodean. Por todas partes. Los han encontrado incluso en el interior de las naves espaciales de la NASA, que se supone que están perfectamente esterilizadas. En todas partes. Se estima que la mitad de la población del mundo está contaminada por el parásito de la toxoplasmosis, que puede habitar en el cuerpo o en el cerebro. Y es un cálculo conservador. El *Toxoplasma gondii* es un parásito muy común en las tripas de los gatos. Sus huevos se extienden por medio de la orina. De ese modo se lo transmiten a otros animales, o a sus dueños humanos cuando les limpian las cajas. Cuando llegan al estómago de las ratas esos huevos se convierten en quistes, y entonces el parásito toma el control de la función cerebral de la rata. Por lo general, las ratas evitan los lugares empapados de orina de gato de una forma instintiva, pero las que están infectadas de hecho buscan las áreas marcadas con la orina de gato una y otra vez. Es evidente que eso es resultado directo y deliberado del parásito. Los científicos han encontrado una conexión clara entre el toxoplasma y la esquizofrenia humana. Y se trata de una tendencia a la esquizofrenia capaz de franquear la barrera de la placenta para anidar en los recién nacidos.

—¿Y eso lo incluyó en la solución que le dio a Gibbon? ¿Por qué? —preguntó

Trout.

—La esquizofrenia aumenta el miedo y el estrés psicológico.

—¡Por Dios!

—El toxoplasma no es más que uno de los muchos parásitos que introduje en la solución. Modificamos el ADN de los gusanos *Dicrocoelium dentriticum* y *Euhaplorchis californiensis* para que operaran conjuntamente con el toxoplasma. Cada uno de esos gusanos nos brinda la posibilidad de ejercer cierto control previsible sobre el comportamiento del cuerpo del anfitrión. La clave, sin embargo, está en la avispa esmeralda, que habitualmente se sirve de las cucarachas. Les inyecta un veneno que bloquea un neurotransmisor llamado octopamina, asociado con el estado de alerta y el movimiento. Esa sustancia nos permite doblegar los movimientos del cuerpo del anfitrión. Aceleramos el ciclo de vida de la avispa al máximo. Si por lo general las larvas tardan semanas en madurar, nosotros conseguimos que maduraran en cuestión de minutos. Por desgracia la duración de la vida de la avispa se acorta de manera similar. Necesita constantemente de una fuente de proteínas para poder mantenerse activa, así que las extrae del cuerpo de su anfitrión… cosa que era otro de los objetivos que buscábamos. Lucifer 113 ha transformado a Homer Gibbon en una fábrica de parásitos cuyo único objetivo es el sufrimiento. No solo se suponía que Gibbon permanecería despierto y consciente en el ataúd, sino que además tenía que sentir cómo su cuerpo se iba consumiendo. Ese era mi propósito.

Trout y Cabra se quedaron mirando al médico con una expresión de absoluto horror.

De repente, Trout se levantó y caminó de un lado a otro por el salón. Necesitaba darse un baño de agua muy caliente, un baño que le borrara de la piel incluso el recuerdo de aquella conversación. Todo le picaba. Se quedó mirándose el dorso de las muñecas como si de un momento a otro esperara ver a los parásitos moviéndose por debajo de la piel. Por fin se dirigió hacia Volker y trató de controlarse y de hablar con calma con él.

—Doc, comprendo que quisieras vengarte de un bastardo como Gibbon y del tipo que mató a tu hermana y a sus hijos. Es normal. Si me hubieras dicho que cogiste una escopeta y que disparaste, yo te habría dicho: vale, no importa, lo comprendo. Si me hubieras dicho que te pusiste en plan detective privado y que lo hiciste picadillo, pues vale, eso también lo comprendo. Pero esto… ¡Esto es una jodida locura! ¡Es un mal rollo de científico loco! Un…

Trout se quedó buscando la palabra correcta, y entonces Volker sugirió:

—¿Imperdonable?

Trout asintió al tiempo que se pasaba la mano por el cabello espeso y rubio, y añadió:

—No enterraron al jodido Homer Gibbon en una tumba numerada. Está en el tanatorio del condado de Stebbins. Y ahora tienes que decirme hasta dónde puede llegar esta locura. Esos parásitos, ¿pueden salir del cuerpo de Gibbon? ¿Es necesario llamar a alguien?

La expresión del rostro de Volker era indescifrable.

—Ya es demasiado tarde para eso, señor Trout. Llamé a todos los centros de control de enfermedades antes de que llegarais. No me creyeron. Pero también llamé al director de la cárcel y a mi contacto en la CIA. Él sí que me creyó, así que no tiene más que poner en marcha la maquinaria gubernamental para contener la situación.

—¡Espera, espera…! Entonces… ¿las autoridades ya conocen la situación?

—Sí, pero… hay otra cuestión.

Los ojos de Volker se movieron inquietos. Nada más llegar, Trout había pensado que estaba medio loco. En ese momento ya estaba completamente convencido de que le faltaba un pelo para volverse majara del todo.

—Cuenta —exigió Trout.

—Minutos antes de que llegarais hice otra llamada telefónica —confesó Volker con una voz seca, despacio—. A Selma Conroy.

—¿Para qué? ¿Para avisarla?

—Para que ella avisara a todo el mundo. Se suponía que Gibbon iba a llevarse a esos parásitos consigo a la tumba. A un ataúd sellado. Y con un ciclo de vida tan limitado, era de suponer que consumirían toda la materia corporal de su anfitrión en unas semanas y que después morirían. Y con eso se habría acabado la historia de Gibbon y de los parásitos. Una operación limpia y bien planeada. Yo jamás pretendí que esos parásitos entraran en la biosfera que habitamos. Ya cuando trabajábamos en el Proyecto Lucifer en Berlín Este sabíamos que se trataba de un arma biológica muy inestable, por mucho que se utilizara en lugares remotos.

—¿Y Selma ha avisado a alguien?, ¿ha dado la señal de alarma?

Una baba se despegó de la comisura de los labios de Volker y le recorrió la barbilla, pero el médico no hizo el menor gesto para limpiarse.

—No —negó Volker con una voz tan baja que fue casi imposible oírlo—. No.

Después de contarle solo una parte de la historia que os he relatado a vosotros, la señora Conroy me maldijo, me insultó… y le pasó el auricular a Homer Gibbon.

50

Antigua casa de los Hartnup

Lee Hartnup estaba en pie en medio del salón. Su cuerpo se balanceaba indeciso y medio lelo, incapaz de decidirse entre la inmediatez de una necesidad que iba cediendo en su interior y otra nueva, más profunda e inexplicable. La puerta principal estaba abierta y las garras húmedas de la tormenta alcanzaban a tocarlo todo. Las paredes, los muebles, las cortinas, los cuerpos.

Pero el olor a sangre era incluso más fuerte que el olor a lluvia. Flotaba informe alrededor de su cuerpo secuestrado. Hartnup podía olerla. Y el hecho de que le produjera semejante voracidad lo volvía loco. O mejor dicho… le hacía cobrar plena conciencia de la sed que gobernaba a aquella cosa, a aquel cascarón.

No obstante, el dolor y la pena eran peor que la voracidad. Eran tan inmensos que hubieran debido de partir en dos el casco infectado y liberar su alma al viento, aullando.

April.

Tommy.

Gail.

¡Oh, Dios, por favor, déjame morir!

Sin embargo, sus ojos secuestrados no miraban en esa dirección, así que por el momento se sentía dispensado de contemplar la masacre en la que había convertido a su hermana y a sus sobrinos. Aun así, la última imagen de ellos permanecía ardiente en su imaginación, en esa vasta oscuridad interior. April tirada en el suelo, muriéndose, tratando todavía de escapar a pesar de tener la garganta destrozada. Su sangre había pintado las paredes y el techo con grandes brochazos arteriales. Y los dos cuerpecitos pequeños que yacían debajo de ella, a los que April seguía abrazando como si pudiera protegerlos en la muerte mejor de lo que lo había hecho en vida.

Tommy y Gail. Cuerpos pequeñitos. Poco quedaba de ellos. La mayor parte estaba ya en su estómago.

Por favor, permíteme morir y que no tenga que ver esto… que no tenga que enterarme de nada de esto…

Se produjo un ruido a su espalda y su cuerpo se giró con un ademán torpe y pesado, alertado por la conciencia de un movimiento. Vio al policía. ¿Era el segundo

policía al que mataba o el tercero? *Gunther*, pensó Hartnup, se llamaba Ken Gunther.

El policía se izó lentamente sobre el cuerpo que se enfriaba tirado de espaldas sobre el brazo del sofá. Hartnup contempló el cadáver despatarrado. Le habría gustado llorar por él. Por todos ellos. Pero no era el dueño ni siquiera de algo tan pequeño como sus conductos lacrimales, así que no pudo derramar una sola lágrima por la agente Dana Howard. Tenía los ojos y la boca abierta. Y el estómago rajado. Salía vapor del horrible agujero.

Al acercarse Gunther despacio hacia la puerta, su hombro chocó contra Hartnup y el golpe los hizo tambalearse a los dos. Ninguno reaccionó de ningún modo, aparte de intentar recuperar cada cual el equilibrio. Ni enfado, ni el más mínimo intercambio de palabras. *Como los insectos*, pensó Hartnup.

Dana Howard se irguió de pronto en el sofá. El movimiento expulsó aire de su interior por el tejido rasgado de la garganta. Un sonido hueco para una persona hueca. Se puso en pie despacio, con una indiferencia total hacia sus propios intestinos, que se salían por el agujero dentado del vientre y caían sobre la alfombra. Dana dio dos pasos tambaleantes hacia delante con el cuerpo encorvado. Giró la cabeza con lentitud a derecha e izquierda con una expresión vacía. Ausente.

Hartnup se preguntó si la verdadera Dana seguía ahí dentro. Tal y como seguía él; un alma secuestrada en un cuerpo hueco. Quería acercarse a ella, mirarla a los ojos para ver si quedaba todavía algún signo, por pequeño que fuera, de que el alma o la personalidad de Dana Howard permanecían ahí, encerradas.

Pero si era así, ¿entonces qué? ¿Qué cambiaba eso? ¿Acaso iba a hacerle sentirse menos solo el hecho de saber que formaba parte de una catástrofe general? ¿O contribuiría a aumentar todavía más la tristeza, la impotencia y el dolor que sentía? ¿Qué era mejor? ¿Cuál de los dos infiernos ardía con menos intensidad?

Se oyó otro gemido. Era un gemido más natural que el ruido que había hecho Dana. El cuerpo de Hartnup se giró y maldijo a Dios al mismo tiempo, porque sabía a qué horror iba a enfrentarse.

No. No tirada. Sino en pie.

April.

Por alguna razón su rostro permanecía intacto, aunque el resto de su cuerpo estaba rasgado y rebanado con uñas y dientes.

April. Con los ojos muertos. Sujetando cositas pequeñas que no paraban de lloriquear y retorcerse en sus brazos.

El hombre hueco se giró y se marchó arrastrando los pies. Se apartó de ese lugar porque no quedaba ya nada más que cazar. El dolor y el hambre intensa volvían a despertar en su cuerpo secuestrado. Detrás, a escasos pasos torpes y pesados, lo siguieron su hermana y los agentes de policía. Todos salieron a la intemperie del viento aullador.

51

Intersección de las calles Fábrica de Muñecas y Mason
Condado de Stebbins, Pensilvania

Dez y J. T. llegaron a la gasolinera, pero estaba desierta. Las puertas estaban cerradas y los trabajadores se habían marchado.

—Turk se ha ido —dijo J. T. mientras se asomaba a la ventana mugrienta del despacho.

Dez limpió un trozo del ventanuco de la persiana que cerraba el garaje.

—Sí, y no están ninguna de las dos grúas. Deben de estar de camino entre un colegio y otro.

Turk y su hijo se ganaban la vida sacando coches atascados del barro cada vez que llovía con fuerza. Dez le dio un puñetazo a la puerta y volvió al coche de policía. No era más que un destrozo humeante. Llegar a la gasolinera había sido su fin.

J. T. corrió a agazaparse detrás del buzón de la esquina para otear la penumbra cuesta arriba, en dirección a la calle Fábrica de Muñecas. Dez abrió la puerta del Cruiser y sacó el micrófono, pero solo oyó interferencias. Había perdido el móvil, y ni siquiera sabía dónde. Puede que en la funeraria de Hartnup o quizá en el hospital.

—Dime, amigo —gritó Dez por encima del hombro—, ¿vienen?

J. T. recargó la escopeta y se metió los cartuchos sobrantes en el bolsillo del pantalón.

—No los veo —contestó con un susurro un poco alto—. Deben de estar llegando a la elevación. ¿Has conseguido hablar con Flower?

—Lo estoy intentando.

Dez volvió a probar, pero una vez más no oyó más que interferencias. Arrojó el micrófono al coche y corrió a arrodillarse junto a J. T.

—¿En qué demonios estamos metidos? —preguntó Dez—. Quiero decir… ¡Jesús!, esto se está extendiendo. Está fuera de control.

J. T. se humedeció los labios y preguntó a su vez:

—Esa gente… ¿está muerta?

Esa sería probablemente la décima vez que lo preguntaba desde que habían salido del coche.

—¡Sí, joder, están muertos! —contestó Dez con los dientes apretados.

Él la miró.

—No… no… me refería a que… —comenzó a decir J. T. Se interrumpió, sacudió la cabeza y volvió a intentarlo—. Les hemos disparado, Dez, pero seguían viniendo.

—No todos —lo corrigió ella.

—Exacto, ahí quería yo llegar. Algunos se derrumbaron. Algunos se quedaron muertos, pero muertos de verdad, ¿comprendes? No muertos, vagando por ahí. ¡Dios!, ¿acaso podría tener menos sentido?

Dez le tocó el hombro.

—Lo sé, colega. Lo sé. Al jefe y otros pocos más… les disparé pero no cayeron, y luego volví a dispararles y por fin cayeron. No tiene el menor sentido.

—Cuando… cuando mataste al jefe, ¿dónde le diste?

Dez lo pensó antes de contestar:

—En la frente.

J. T. dejó escapar una bocanada de aire que fue casi como un suspiro de alivio.

—Y ocurrió lo mismo cuando le disparaste al enfermero. Yo le di a Paul Scott en la cabeza y eso le rompió el cuello. ¿Y la mujer de la limpieza en el tanatorio?

—Le di en la mejilla y ella…

—No —negó él—. Con el último disparo, ¿dónde le diste?

Dez hizo una pausa antes de contestar:

—Justo entre los ojos.

—Un disparo en la cabeza —concluyó entonces J. T.—. Así que es eso. Hay que darles en la cabeza. En el cerebro, probablemente. Y con toda seguridad en la columna vertebral. Es el único modo de acabar con ellos de una vez por todas.

—¿Estás seguro?

—Piénsalo. ¿Alguno de ellos se levantó después de que le acertaras en el cráneo?

—No —contestó Dez después de reflexionar—. Ninguno.

—Un disparo en la cabeza —repitió J. T.—. Hay que conseguir darles en la cabeza.

Dez sacudió la cabeza y comentó:

—Yo tengo buena puntería, pero no puedo garantizar que vaya a darles en la cabeza a menos que los tengamos encima. Quizá, si tuviera un rifle de caza con mira telescópica. No, lo que necesitamos es al SWAT. Necesitamos francotiradores que disparen desde posiciones elevadas.

—Mira otra vez a ver si consigues que funcione la radio, Dez. Si conseguimos francotiradores, quizá podamos parar esto.

—O a un número suficiente de gente con armas, capaz de crear una línea de fuego —contestó Dez tras asentir—. Un disparo solo los paraliza. Pero una ráfaga los devolverá al lugar al que pertenecen.

J. T. la miró con preocupación.

—Dez… son de aquí. Eran el jefe Goss, Sheldon, Paul y…

—Ya sabes qué quiero decir —soltó Dez, aunque en realidad no lo sabía ni ella.

Se giró y corrió al Cruiser para intentar ponerse de nuevo en comunicación con la central de policía. Nada. Dez arrojó enfadada el micrófono sobre el asiento, y nada más producirse el golpe oyó una voz.

—… informe de su…

No era Flower.

Dez alargó la mano hasta el micrófono y apretó el botón.

—Aquí la unidad dos informando, ¿me oyes?

La respuesta fue inmediata.

—Unidad dos, sí, identifícate.

Dez reconoció la voz. Era el teniente William Henry Hardy.

—Teniente Hardy, soy la agente Fox.

Se produjeron un montón de interferencias, pero Dez captó cada una de las palabras.

—Agente Fox, por favor, dame tu posición y tu estatus.

—Mi unidad está destrozada en la esquina de las calles Fábrica de Muñecas y Mason. En la gasolinera de Turk Getty. Necesitamos apoyo de inmediato. Hemos perdido agentes. Repito: hemos perdido a muchos agentes. Estimo que a treinta o más. Del condado y estatales. Hay civiles muertos. Calculo que cincuenta o más.

—Repite.

Dez lo repitió. La enormidad de lo ocurrido era como un puñetazo en la cabeza.

—Envío refuerzos de inmediato —dijo Hardy—. ¿Cuál es la naturaleza de la urgencia?

—No… no lo sé.

Se produjo un chisporroteo.

—Agente, por favor, repite. ¿Cuál es la naturaleza de…?

—La gente aquí se está volviendo loca, teniente. Todo el mundo ataca a todo el mundo. Se comen los unos a los otros. Los polis también.

—Agente Fox, ¿has conseguido ponerte en contacto con el jefe Goss?

Dez respiró hondo.

—El jefe Goss está muerto —afirmó Dez. De sus ojos brotaron lágrimas que resbalaron por sus mejillas—. ¡Dios…! ¡Están todos muertos!

Un llanto salió del interior de su pecho. De pronto estaba llorando. Se apoyó en el lateral del Cruiser y fue resbalando hasta el suelo. El lamento la desgarraba, el dolor la atenazaba. Enterró la cara en las rodillas y se pegó con el micrófono en la cabeza. Una y otra vez.

—¡Ya vienen! —gritó J. T.

Dez ladeó la cabeza y vio cómo J. T. se levantaba y apoyaba la escopeta encima del buzón.

—¡Dios! —exclamó Dez que, de pronto, se dio cuenta de que todavía estaba apretando el botón de la radio—. Teniente, el centro de evacuación al que están llevando a todo el mundo a causa de la tormenta es la escuela elemental. Van a reunir allí a cientos de niños. Y de ancianos también. Está solo a dos o tres de kilómetros de aquí. Por favor… mande gente allí. No puede permitir que ninguno de los infectados llegue… hasta esos niños.

Horrorizada, Dez se dio cuenta repentinamente de que estaba hablando a través de una radio muda. Apretó varias veces el botón y sacudió el micrófono, pero esa vez no oyó ni interferencias siquiera.

—¡Mierda!

En su mente bullía la imagen terrible de esos niños agazapados en la escuela vieja y cavernosa, mientras la tormenta golpeaba las paredes y los muertos sedientos clavaban las uñas en la puerta para entrar.

Arrojó el micrófono al coche y sacó el arma. Le quedaban ocho balas y otro cargador más. J. T. había cargado la escopeta. Tenía nueve balas, más dos cargadores completos extra; uno en la Glock y otro guardado en el cinturón. Dez se limpió las lágrimas con la manga manchada de sangre.

No iba a permitir que la infección llegara al colegio. De ninguna manera. Aunque tuviera que matar a todos y cada uno de esos monstruos, aunque tuviera que romperles el cuello con sus propias manos. Jamás abandonaría a esos niños. A los pequeños, nunca. Dez sabía qué era sentirse abandonada. Sentir que la gente que supuestamente tenía que protegerte te dejaba a oscuras. Con el coco. Con los monstruos.

A pesar de lo que había dicho Billy por teléfono, Dez conocía bien sus fantasmas.

No eran particularmente oscuros, y sabía bien cómo y en qué sentido afectaban a su vida. Era un problema. Los veía ahí mismo, cada vez que se miraba al espejo. Se había ahorrado un par de billetes de los grandes en terapia, y tampoco es que el psiquiatra tuviera la píldora mágica o el mapa de carreteras que fuera a conducirla hacia un futuro brillante. Al diablo con la mierda de los psiquiatras.

La verdad pura y simple era que a veces los padres abandonaban a sus hijos. Cosas de la vida. Ocurría constantemente. Pero de ninguna forma estaba dispuesta Dez a convertirse en un número más de las dramáticas estadísticas. Salvaría a esos niños. Y fin de la historia.

Dez Fox no era una persona religiosa. Había perdido parte de la fe durante el segundo curso, cuando el fuego amigo acabó con la vida de su padre en la primera Guerra del Golfo. Y la poca fe que le quedaba la había perdido al morir su madre de cáncer unas semanas más tarde. Seguía creyendo en Dios, pero también lo odiaba por haber demostrado una indiferencia tan cruel. Sin embargo murmuró una plegaria corta y casi silenciosa mientras tiraba de la corredera de la Glock.

—Dios nos asista —dijo en un susurro.

Siguió escuchando, esperando oír sirenas. Pero lo único que oyó, transportados por la brisa, fueron los lamentos débiles de los muertos y el chapoteo de las primeras gotas gruesas de lluvia que caían del cielo plomizo.

—Dios nos asista.

52

Estado de Transición Hartnup

Todo hubiera debido de resultarle familiar. La Arboleda, la extensión enorme de césped. Los árboles eran los mismos. El edificio principal de la funeraria y el edificio de instalaciones técnicas seguían como siempre. Pero todo se le hacía extraño. Había vehículos de emergencia y coches aparcados desordenadamente en los caminos y en el césped. La hierba alrededor del tanatorio estaba aplastada y tenía manchas grandes rojas y charcos negros llenos de larvas que se retorcían.

Y además había hombres huecos por todas partes.

Docenas de ellos. De uniforme, con ropa de calle, con monos de trabajo y con la vestimenta rústica típica de los granjeros. Muchos llevaban cámaras colgadas del cuello y etiquetas de plástico con las credenciales de la prensa enganchadas a las chaquetas. Había dos chicas que eran gemelas, de unos diecisiete años, a las que por fin se podía distinguir debido a las diferencias de sus heridas respectivas. No era el tipo de gente que solía reunirse para asistir a un funeral. No había lágrimas ni carcajadas contenidas, nada de llantos ni de conversaciones en murmullos. Los zapatos de todos ellos susurraban cada paso sobre la hierba blanda y húmeda.

Los cascarones se arremolinaban y chocaban los unos contra los otros o contra las barreras que constituían los vehículos. Un hombre hueco trepó por encima de algo, y Hartnup vio que trepaba por encima del cuerpo gordo de Marty Goss. El jefe yacía tirado en silencio con un agujero negro grande en la frente. Sus dedos no se retorcían, ni tampoco trataba de ponerse en pie. Parecía… muerto.

Muerto.

Hartnup sintió de pronto unos celos irracionales hacia ese hombre muerto. ¿Cómo era posible que un gilipollas gordo como Marty Goss mereciera la muerte cuando él tenía que seguir adelante, flotando como una mota de polvo dentro de un cuerpo secuestrado? Resultaba desconsoladoramente injusto.

¿Cómo había muerto Goss? Muchas de las criaturas de por allí tenían heridas de bala. ¿En qué se diferenciaba Marty?

El cuerpo de Hartnup siguió arrastrando los pies sin descanso. Hartnup gritó desde lo más hondo de su interior para que se detuviera. Quería examinar el cuerpo de Marty, averiguar la causa del misterio. Por las manchas de sangre del rostro de Goss

estaba claro que, tras el primer disparo, se había reanimado para convertirse en lo mismo que seguía siendo él. Así que… ¿cómo era que el jefe había conseguido romper la maldición?

Su cuerpo siguió caminando y caminando, arrastrándose hacia la carretera exactamente igual que los demás, pues iban todos en esa dirección. Nada más girar en la esquina se oyó un ruido procedente de la calle. Un coche se acercaba.

Más carne para la fiesta.

¡Dios, no!

Conforme su cuerpo seguía moviéndose en dirección al lugar del que procedía el ruido, Hartnup pasó por delante de otro cadáver que yacía inmóvil en el barro. Le faltaba la tapa de los sesos. Se la habían arrancado de un fogonazo.

Y entonces Lee Hartnup comprendió. Era el cerebro.

¡Sí, sí, sí, sí, sí!, susurró su propia voz interior.

No tenía la respuesta a la pregunta de por qué o cómo, pero sí tenía el atisbo de una idea. El cerebro. El córtex motor y el conducto nervioso de la columna vertebral. Incluso un cuerpo secuestrado necesitaba como mínimo de ellos. Quizá solo ellos fueran necesarios. Un control rudimentario y señales nerviosas. Para seguir en pie, para caminar. Para agarrar y morder. Para masticar.

Destruye el cerebro y detendrás al monstruo.

Eso sería perfecto. No se quedaría simplemente hueco… sino vacío del todo.

¡Dios!, rogó Hartnup, *¡permite que alguien me dispare. Por favor, Dios, deja que alguien me vuele la cabeza y me mate!*

Era el pensamiento más extraño se le había pasado jamás por la cabeza, pero también el más cuerdo. Y era una plegaria sincera.

A menos que…

A menos que…

¿Y si la destrucción del cuerpo no apagaba todas sus luces? ¿Y si todavía permanecía perdido en la oscuridad de un cuerpo muerto y en putrefacción?

¿Sería eso todavía peor?

No, se dijo a sí mismo. *Si mi cuerpo muere, entonces no podré hacerle daño a nadie.*

El coche dobló la esquina. Era la policía estatal.

La masa de cosas gimió al unísono como si se tratara de un solo ser. Sus gritos se elevaron en intensidad, más fuertes que el ruido de la lluvia. El Cruiser derrapó y dio bandazos a los lados conforme el conductor pisaba el freno; la gravilla y el polvo

salpicaron a las cosas muertas que se tambaleaban hacia él. Ninguno de ellos cayó, y ninguno de ellos se detuvo tampoco.

Las puertas se abrieron y los dos oficiales salieron con las armas en la mano y los rostros casi tan pálidos como los de las cosas que se aproximaban.

Hartnup oyó a uno de ellos gritar:

—¿Qué diablos es…?

Y de pronto las criaturas estuvieron encima de ellos.

Los polis gritaron a modo de advertencia. Una y otra vez. Apuntaron. Hartnup esperó a ver el resultado de los disparos; necesitaba ver cómo una bala perforaba un cráneo y un cerebro, necesitaba comprobar cómo caía uno de los monstruos. Su propio cuerpo seguía avanzando a pesar de la rigidez de las piernas, sus brazos se alargaban tratando de alcanzar la carne distante; un hambre voraz rugía como un grito en el interior de su cuerpo.

Pero entonces los polis desaparecieron tras una montaña de miembros blancos y bocas rojas.

¡No, por favor!, rogó Hartnup. *¡Por favor, por el amor de Dios, no!*

Todavía no me habéis matado.

53

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes

—Espera un momento —dijo Trout mientras se ponía en pie—. ¿Cómo dices? ¿Dices que Homer Gibbon está vivo?

Las lágrimas resbalaban por el rostro del doctor Volker en el momento de asentir. Sacó un pañuelo y se apretó los ojos con él. Su cuerpo temblaba con un sollozo silencioso.

Cabra estaba en estado shock, con la boca abierta.

—¡No, no, no, maldita sea! —gritó Trout, acercándose a pasos agigantados al médico y quedándose amenazadoramente en pie, delante de él, con los puños apretados—. ¿Quieres decirme qué jodida mierda significa eso? ¿Cómo demonios has podido hablar con el maldito Homer Gibbon por teléfono? ¡Si está muerto! ¡Yo lo vi morir! Te vi inyectarle esa mierda en las venas y vi la línea plana en los monitores. ¡Te vi ejecutarlo, por el amor de Dios!

Al ver que Volker simplemente asentía, Trout añadió en tono gruñón:

—Le inyectaste la mierda esa, ¿verdad? ¡¿Verdad?!

—Sí —contestó Volker con un hilo de voz.

—¡La puta madre del cordero! —susurró Cabra.

—¿Quieres decir que Gibbon está libre? —continuó Trout en tono exigente.

—¿Libre? —repitió Volker—. No…

Trout comenzó a relajarse, pero entonces el médico añadió:

—Es mucho peor que eso, infinitamente peor que estar libre.

Trout soltó un gruñido y agarró a Volker, lo arrastró violentamente fuera del sillón y lo palpó a toda prisa, buscando la pistola que sabía que llevaba encima. Era de nueve milímetros y de bastante peso. Le rasgó el bolsillo del pantalón al sacársela y volvió a tirar al médico sobre el sillón. Volker hizo un intento por recuperar la pistola, pero Trout le apartó la mano de golpe y dio un paso atrás. Se quedó mirando al médico con una expresión de desprecio.

—Así que el plan era soltarnos a nosotros esta mierda y después meterte la pistola por la boca. ¡Eres un jodido cobarde!

—No —protestó Volker—. Ya te he dicho que… llamé a mi contacto. Las autoridades lo saben todo. Ellos se ocuparán.

—¿Se ocuparán? ¿En serio? Un criminal en serie infectado con… ¡Jesús!, no sé ni cómo llamar a esa cosa… infectado con un parásito zombi anda suelto por mi pueblo, ¿y tú crees que basta con llamar a tus jefes y confesárselo a un par de periodistas para arreglarlo todo?

—No, yo…

Cabra se inclinó hacia delante y preguntó:

—Doc… si esto se extiende, si Gibbon está por ahí fuera, en medio de toda la gente… ¿qué riesgo hay de infección?

—Creía que eso ya lo había dejado claro.

Trout tiró de la corredera de la pistola y colocó el cañón sobre la rodilla de Volker.

—Déjalo claro. ¡Ya!

Los ojos de Volker lanzaron un destello de terror.

—Por favor… los parásitos fueron modificados genéticamente para su propia supervivencia y proliferación. Fuera de un recinto de contención, como un ataúd, dirigirán al anfitrión a buscar a otros anfitriones a los que infectar.

—¿Por qué? —exigió saber Cabra—. ¿Por qué los modificaste genéticamente para que hicieran eso?

—Tienes que comprender que, cuando el Proyecto Lucifer estaba en desarrollo, el objetivo era crear un arma biológica —explicó el médico, limpiándose las lágrimas de las mejillas—. Crear algo que pudiéramos introducir entre la población enemiga, ya fuera una base militar o un campamento aislado, para después sentarnos a esperar a que los parásitos hicieran su trabajo. Se transmitiría por medio de la agresión del anfitrión, y el ciclo superacelerado de vida convertiría a la persona recién infectada en un vector de la enfermedad en cuestión de minutos. Luego los militares con trajes protectores entrarían, limpiarían la infección con lanzallamas y se llevarían de allí todo lo que fuera valioso.

Trout frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de la agresión del anfitrión?

Volker se agarró a los brazos del sillón con tanta fuerza que rasgó la tela con las uñas.

—Es un patógeno de transmisión por fluidos —dijo el médico con una voz fantasmal—. Puede vivir en cualquier fluido. La sangre y los esputos son abundantes alrededor de las larvas recién incubadas. La lógica inherente a los parásitos provocaría que el anfitrión intentara transferir las larvas a través del mecanismo más eficaz

posible. Como por ejemplo escupir a los ojos, a la nariz o a la boca de una víctima elegida como anfitrión. Eso funcionaría bien. La víctima absorbería los parásitos a través de las membranas mucosas. Sin embargo, la forma más eficaz y directa de garantizar una infección en masa es introducir los parásitos por la fuerza en la corriente sanguínea.

—¿Por la fuerza? —repitió Cabra.

—Mediante un mordisco —explicó Volker con un asentimiento.

Trout se echó atrás como si alguien le hubiera dado una bofetada.

—¡Cabra…! ¡Oh, mierda!

—¿Qué? —preguntó Cabra.

—Esta mañana… en la funeraria. Los polis que había allí… —dijo Trout, que no terminó ninguna de las frases. Entonces apuntó con el arma a Volker y preguntó—: ¿A qué hora has hablado con Gibbon?

—Hace una media hora —contestó el médico, que al instante se echó atrás.

—¡Joder! ¡Entonces los polis estaban poniéndole las esposas a ese hijo de puta enfermo!

—No —negó Volker—. Gibbon ya se había… marchado… del tanatorio.

—¡Uau! —intervino Cabra—. ¿Y qué se supone que significa eso? ¿Qué significan las pausas que has hecho? ¿Qué ha ocurrido en el tanatorio? ¿Qué te dijo Gibbon?

Volker se sorbió la nariz y apretó el pañuelo en el puño huesudo.

—Me dijo que… que se había despertado… en el tanatorio de Stebbins.

Despertado. La palabra permaneció flotando en el aire, vibrando con su significado terrible.

—¿Y el dueño de la funeraria, Lee Hartnup? —siguió preguntando Trout, que bajó el arma.

—No lo sé —contestó Volker mientras sacudía la cabeza.

—¿Y qué es lo que sabes? ¿Qué te dijo Gibbon?

—Me… me dio las gracias —confesó el médico. Decirlo en voz alta parecía provocarle un dolor casi físico. Hizo una mueca y se tocó el pecho—. Dios se apiade de mí…

—¿Te dio las gracias? —preguntó Trout, que por un instante pareció no comprender—. ¿Darte las gracias por qué? Creía que se suponía que eso era un castigo. ¿Acaso me estás diciendo que es otra cosa? ¿Me estás diciendo que ayudaste a

ese gilipollas a escapar?

—¡No! ¡Por Dios, no…! Le inyecté Lucifer 113 porque quería que sufriera. Quería que permaneciera en el ataúd aullando de puro tormento mientras los parásitos se lo comían vivo. Se lo merecía. Todos ellos se lo merecen.

—Entonces, ¿por qué te dio las gracias?

—¡Porque él cree que lo ayudé a escapar! —gritó Volker—. Ese maníaco cree que él y yo tenemos un acuerdo de algún tipo, que todo esto forma parte de un plan que yo proyecté para liberarlo. Me dijo que se dio cuenta en cuanto me vio por primera vez en la enfermería.

—¿Y por qué iba él a pensar eso? —preguntó Cabra con suspicacia.

Volker sacudió la cabeza y respondió:

—Hace meses, en una ocasión en que me quedé a solas con él, le hice una especie de amenaza velada. Le dije algo así como que cuando se fuera, no se iría del todo, que estaría con nosotros para siempre, que sería consciente para siempre. Eso fue más o menos lo que le dije. Pretendía ser una amenaza. Quería inspirarle miedo por lo que pudiera ocurrirle cuando por fin llegara el día de la ejecución. Quería que no pudiera dormir en paz ni tan siquiera una noche hasta entonces.

—Pero él no se lo tomó en ese sentido, ¿no? —preguntó Trout, que volvió a sentarse. Entonces asintió para sí mismo y añadió—: Sí, ya lo estoy viendo. Con una mente tan retorcida como la de él…

Volker volvió a menear la cabeza una vez más.

—Por teléfono… le he dicho la verdad. Le he contado todo lo que planeaba hacer con él. Le he dicho que, de un modo u otro, esa infección va a consumirlo, que a pesar de todo va a ser castigado por lo que ha hecho.

—¿Y cómo ha reaccionado? —siguió preguntando Trout.

—Se ha reído de mí. Y luego me ha dicho que vendría a por mí. Pero es una amenaza vacía, porque no tiene ni idea de dónde vivo. Y sospecho que no cuenta con vuestros recursos para averiguarlo.

—Pero de todas maneras ibas a pegarte un tiro. Por si acaso, ¿no? —comentó Trout entre risas despectivas.

El médico no contestó.

Cabra seguía sacudiendo la cabeza en una negativa llena de incredulidad, hasta que preguntó:

—Así que… ¿Homer Gibbon no murió? ¿Sigue… vivo?

Volker se aclaró la garganta.

—Es una forma de decirlo. Sí murió. Estaba clínica y legalmente muerto.

—Pero fue un truco —continuó Cabra.

—No. Estaba muerto. Su cuerpo estaba muerto. Su mente estaba… —comenzó a contestar Volker, que en ese momento se encogió de hombros—. Ni siquiera el Proyecto Lucifer tiene un término para definirlo. Es otra cosa.

—Pero ¿y la falta de oxígeno? —siguió preguntando Cabra—. Eso destruye las células cerebrales, ¿no?

—Por regla general las destruye, sí, pero no en este caso. Los parásitos utilizan sus propias larvas para construir una red de enlaces a través de la mucosa como si se tratara de un plasma cargado. Resulta fascinante que…

—¿En serio, Doc? —lo interrumpió Trout, meneando la pistola—. ¿Ahora encima te atreves a fanfarronear?, ¿te resulta fascinante? ¿En un momento como este?

—Lo siento —se disculpó Volker, que se puso colorado.

—Entonces esos parásitos, esas cosas como avispas, ¿mantienen vivo el cerebro de Gibbon? —siguió preguntando Cabra.

—No —negó Volker con frustración—. Señores, para poder hablar acerca de esto y que lo entendáis de alguna manera es necesario dar un paso adelante y salir del léxico científico habitual. No estamos hablando de la vida y la muerte tal y como las entendemos. Supuestamente esos han sido siempre los dos únicos estados de la existencia. Pero la actividad de esos parásitos y la manera única en que protegen y mantienen a su anfitrión no tiene parangón en la naturaleza. Se trata de un tercer estado de la existencia. Algo completamente nuevo, aunque existen atisbos de ello en la religión vudú. Por darle un nombre, se le podría llamar estado de «muerte viviente». Homer Gibbon sí murió. Eso es un hecho. Pero los parásitos mantuvieron activas ciertas funciones clave de su cuerpo de modo que, en lugar de morir, Gibbon pasó a un estado de muerte viviente. Oficialmente su cuerpo está muerto. Ahora mismo su piel se está pudriendo y, sin duda, el proceso del rígor mortis tiene que estar muy avanzado en él. Está muerto. Sin embargo, los parásitos requieren que ciertas funciones motoras permanezcan intactas. Cuando hablé con él por teléfono, sus capacidades como persona se habían… reducido. Su inteligencia era menos viva, y no obstante seguía siendo capaz de acceder a datos de la memoria, de hablar y de razonar.

—¡Pero eso es horrible! —murmuró Trout—. ¿Y querías que estuviera así en la tumba?

—¡Era un castigo, maldita sea! —bramó Volker—. Tú estuviste en la ejecución, señor Trout. Conoces el alcance y la naturaleza de los crímenes que cometió. ¿Es que tengo que recordarte lo que les hizo a esos niños? ¡A bebés!

Trout no dijo nada.

El médico dio un puñetazo en el brazo del sillón y continuó:

—No me arrepiento de los planes que tracé para Gibbon. Incluso aunque ese sufrimiento durara… semanas, aunque tardara meses en morirse del todo… Creo que el castigo es todavía poco, teniendo en cuenta sus crímenes. Dime que no es cierto.

Trout miró en lo más profundo de su mente y no vio ningún argumento en contra con el que atacar. Pero a pesar de todo arrojó la vieja y manida carta de:

—Tú no eres Dios.

Volker soltó un bufido.

—Tampoco lo son ninguno de los miembros del jurado que lo condenaron ni el juez que ordenó la ejecución.

—¡Eh, chicos! —interrumpió Cabra—, centrémonos en los aspectos importantes. A mí me trae al fresco si el castigo es proporcional a los crímenes o no. Lo que me tiene pillado por los huevos es que ese hijo de puta sigue vivo. O… lo que sea. Muerto viviente —se corrigió Cabra, sacudiendo la cabeza lleno de frustración—. Que anda vagando por ahí.

—Y a estas horas ha podido infectar ya a alguien —añadió Volker, que lanzó una mirada suspicaz hacia la mano con la que Trout sujetaba la pistola—. Se lo he explicado a mi contacto. Lo normal sería que cualquier persona infectada se sintiera absolutamente abrumada por los efectos de esos parásitos. En cambio, Gibbon parece que es un caso poco habitual.

»Antes de inyectarle los parásitos, lo drogué utilizando el *coupe poudre* haitiano. Estaba lúcido cuando hablé con él por teléfono, y eso no encaja con los perfiles con los que trabajamos en el Proyecto Lucifer. Los parásitos invaden la mente y básicamente desconectan las funciones más complejas en beneficio de sus propias necesidades y directrices. La conciencia permanece, pero no hay ningún control de la inteligencia. Solo que… con Gibbon no es eso lo que ha ocurrido. Por alguna razón él sigue teniendo su cuerpo bajo control. Su mente y su cuerpo siguen conectados a pesar de estar infectado. Tendría que… estudiar su caso en concreto para comprender cómo se ha producido esa variación del modelo ideal —terminó Volker la frase, tras una pausa durante la cual se humedeció los labios.

Trout apretó la pistola con más fuerza que segundos antes. Estaba deseando asestarle un golpe con el cañón del arma a ese viejo maníaco en plena cara. Quería darle una paliza.

—¿Cómo vamos a detener esto? —preguntó Trout con desánimo—. ¿Cuál es la cura?

—¿Cura?

Volker repitió la palabra en tono de pregunta como si no conociera en absoluto su significado.

—¿Cómo hay que tratar a los infectados? ¿Cómo vamos a salvarlos?

Pero antes de que terminara de hacer la segunda pregunta, Volker ya estaba sacudiendo la cabeza en una negativa.

—No hay modo de salvarlos. No hay ni cura ni tratamiento, nada. Los parásitos son hermafroditas, así que no hay ninguna reina a la que buscar y matar. Cada parásito nace embarazado. Comienzan a poner huevos segundos después de dejar el estado de incubación. Permanecen perpetuamente en estado de larva, produciendo y poniendo huevos. La única forma de detener el ciclo es destruir al anfitrión. De eso se trataba.

Volker hizo una pausa, consciente quizá de cómo había sonado lo que acababa de decir. Luego, con voz más tranquila, continuó:

—No obstante… si ningún otro humano se acerca al cuerpo, entonces en cuestión de semanas las larvas que anidan dentro del anfitrión terminan por consumir al cuerpo entero. Y sin comida, no pueden incubar ninguna otra larva más. Entonces las larvas ya nacidas terminan por morir en cuestión de días. Tres o cuatro semanas, y el cuerpo queda completamente inerte. Pero si lo que quieres es detener el número de anfitriones, entonces lo que hay que hacer es destruir el córtex motor o el tronco del encéfalo de la persona infectada. Y luego incinerar el cuerpo.

Trout se quedó mirándolo. Necesitaba que todo lo que estaba oyendo fuera falso, que fuera una mentira de un viejo enfermo y delirante.

—Estoy perdiendo la calma, Doc —aseguró Trout, haciendo un gesto con la pistola—. Necesito que me cuentes qué tienes pensado hacer al respecto.

El rostro de Volker esbozó una expresión de profunda confusión.

—¿Hacer? ¿Es que no me has escuchado? No hay nada que se pueda hacer. No podemos hacer nada ni tú, ni yo. Nada. Y dudo que a estas alturas el gobierno pueda hacer algo. No estamos aquí sentados para hablar de las respuestas posibles. Tu amigo

y tú sois testigos de lo sucedido. Sois los historiadores que contarán la verdad de la historia. Pero sois testigos solo si os mantenéis a distancia. Volved a Stebbins y formaréis parte de la infección. Quedaos aquí, o al menos lo más lejos que podáis del pueblo, y entonces podréis contar lo que os he explicado —dijo Volker, que hizo un gesto hacia la puerta como si se tratara de una barrera que no había que cruzar—. No te preocupes por Homer Gibbon. Los parásitos estarán consumiéndolo ahora mismo, mientras hablamos…

—¡Pero podría extenderlo por todo el maldito país! —lo interrumpió Cabra.

—No. Tal y como ya os he dicho, se lo he contado a mi contacto. Hay personas en el gobierno que conocen el potencial del Proyecto Lucifer. Estoy convencido de que ya han tomado las medidas oportunas.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso de oportunas?

Los ojos del médico brillaron una vez más debido a las lágrimas.

—Exactamente lo que indica la palabra.

54

Hospital Regional de Wolverton

El doctor Raja Sengupta se quedó mirando al paciente a través de la ventanilla de plástico reforzado del traje de protección contra materiales peligrosos. El agente Andy Diviny seguía retorciéndose y tirando de las cuatro correas de lona que lo sujetaban a la camilla, dentro de su propio traje. No había forma de que se desatara, pero a pesar de todo Sengupta no estaba dispuesto a volver a la sala.

Al menos de momento. No después de ver los resultados de los tests. Tenía pulso, pero era de menos de una pulsación por minuto. Respiraba, pero la actividad era tan leve que era imposible detectarla sin máquinas. Tan débil, que las neuronas cerebrales tenían que estar muriéndose. Sengupta había visto hipoxias en cientos de grados de intensidad distintos, pero ninguna como esa. Llegaba tan poca sangre y tan poco oxígeno al cerebro que rayaba con la anoxia; era imposible detectar el funcionamiento de la respiración celular. Y sin energía en las células, todos los tejidos del cuerpo de un hombre se convertían en apoptóticos, en necróticos. El agente se pudría como un cadáver a pesar de estar bramando y luchando por soltarse.

Lo cual no era posible. Ni siquiera en un paciente en coma profundo.

Pero, a pesar de todo, eso no era lo peor. No era eso lo que asustaba más profundamente al doctor Sengupta. Los tests de sangre y de saliva eran una pesadilla.

Le temblaban tanto los dedos, que tuvo que marcar cuatro veces el número de teléfono del Centro de Control de Enfermedades de Atlanta.

55

Zona Q de cuarentena, norte del perímetro
Condado de Stebbins, Pensilvania

El teniente coronel Macklin Dietrich se inclinó sobre el mapa plastificado del condado de Stebbins. Alrededor de la mesa estaban reunidos tres oficiales más y unas cuantas personas de confianza. Habían erigido un refugio de plástico para servir de cuartel general de campo para esa operación y, junto a la pared más lejana, habían instalado una mesa de comunicaciones.

—Esta es la funeraria a la que llevaron a Gibbon —dijo Macklin, dándole unos golpecitos al mapa—. Hemos perdido la comunicación con la policía local y estatal en esta zona, así que podemos suponer que ha resultado afectada. Sin embargo, poco después de fijar el perímetro ha llegado una segunda oleada de fuerzas policiales del estado. Para hacer la limpieza.

—Señor, ¿qué sabe la policía local? —preguntó un capitán.

—Nada —contestó Dietrich—. Y van a seguir sin saber nada.

—¿Y no podríamos utilizarlos como agentes de policía local? —inquirió entonces un mayor.

—No. Esta no es una operación conjunta. No queremos trabar lazos entre nuestra gente y las personas infectadas.

—¿Puedo preguntar por qué no, señor? —siguió preguntando el mayor.

—Porque tenemos que considerar como potencialmente y casi con toda seguridad infectada a cualquier persona que se encuentre en la zona Q —explicó Dietrich, suspirando—. Sé cómo os sentís. Yo me siento exactamente igual. Se trata de ciudadanos americanos completamente inocentes. Esto es una verdadera tragedia. Y es natural que tanto nosotros como los hombres que están bajo nuestras órdenes nos identifiquemos con ellos.

—Nos han entrenado para ayudar a la población civil, no para permanecer al margen y ver cómo se muere —comentó un mayor, sacudiendo la cabeza.

—Nadie ha sido entrenado para enfrentarse a una operación como esta, mayor —contestó Dietrich—. Es una situación límite que no debería haberse producido. Pero se ha producido, y nuestro deber es contenerla dentro de los límites del condado de Stebbins. Hemos dejado caer la bomba y ahora vamos a tener que cavar una tumba

del tamaño del Gran Cañón para enterrar a los muertos.

Los oficiales se miraron horrorizados los unos a los otros en medio del silencio.

—¿Cuáles son las medidas de seguridad a aplicar? —preguntó el capitán.

—No tenemos más que dos opciones con las que trabajar: la contención y la esterilización. No hay medidas de seguridad, y me han dicho que no hay ningún tratamiento viable. El ébola al lado de esos parásitos no es más que una leve infección de gonorrea. Estamos hablando de una enfermedad cien por cien infecciosa y cien por cien terminal —declaró Dietrich, que miró a su alrededor y vio cómo esa verdad y sus consecuencias se les clavaban en el corazón a cada uno de los oficiales presentes, igual que una espina—. Así que la mala noticia es que cualquier persona infectada no solo es un caso terminal, sino que además constituye una amenaza sustancial y muy real para el resto del país.

El mayor hizo una mueca de disgusto y preguntó:

—Pero entonces, ¿lo que quieren es que entremos ahí, los encerremos a todos y tiremos de la cadena? ¿Con siete mil personas dentro?

Dietrich se apoyó en la mesa y se quedó mirando al mayor con una expresión dura.

—Sí. Sin excepciones. Si ves a tu madre en el pueblo y resulta que está infectada, le metes una bala en el puto cerebro.

—¿Y si no está infectada, señor? —preguntó el capitán.

—Todo el mundo en Stebbins está infectado —declaró Dietrich con una mirada desoladora.

56

Calle Mason, cerca del cruce con la calle Fábrica de Muñecas

—¡Dios! —susurró J. T. con asco—. ¡Ya vienen!

Dez reptó a su lado y se asomó por detrás del buzón. Un grupo de criaturas surgía de la niebla como fantasmas a unos ciento sesenta y cinco metros ladera arriba por la calle Fábrica de Muñecas. Incluso desde esa distancia, y a pesar de no ver sus ojos muertos ni sus heridas, era evidente que no se trataba de personas. Habían dejado de ser personas. Se arrastraban como espantapájaros animados, con movimientos extraños y miembros rígidos. Le daba pena tener que aceptar que aquellas cosas seguían existiendo. Eran criaturas de pesadilla; no pertenecían al mundo de los vivos. Pero lo que más le dolía era que conocía a muchos de ellos y estaba forzado a matar a todos los que pudiera.

Se tragó las lágrimas. A su lado, J. T. se daba de cabezazos contra el buzón metálico helado. Una y otra y otra vez. Se paró solo cuando un sollozo le hinchó el pecho.

Dez colocó un brazo por encima de sus hombros y lo abrazó por un momento allí agachados, frente contra frente, igual que refugiados en un mundo hostil que no les perteneciera.

—¿Qué son? —preguntó él en tono de súplica—. ¿Son personas?

—No lo sé, amigo —contestó ella, sacudiendo la cabeza—. Dios, realmente no lo sé.

El viento sopló colina abajo en dirección a ellos y Dez observó cómo se llevaba una bolsa de plástico vacía de supermercado. La siguió con la vista al pasar y vio las luces de la cafetería. En el aparcamiento había por lo menos una docena de coches.

—Tenemos un problema —le murmuró a J. T., quien siguió la dirección de su mirada.

—¿Qué?

Dez se mordió el labio mientras miraba a su alrededor. La intersección de ambas calles estaba casi en el límite del pueblo. Todavía quedaban en las afueras unas cuantas fábricas derruidas, pertenecientes a un tiempo de mayor prosperidad del pueblo. Incluyendo la fábrica de muñecas en ruinas que daba nombre una de esas calles. Más allá de la cafetería había otros almacenes y negocios. Si las criaturas

continuaban en esa dirección, sería una masacre. En cambio por el extremo sur de la calle Mason no había más que un campo de cultivo de maíz cuya granja quedaba a tres kilómetros. A seiscientos sesenta metros al norte, justo en un recodo de la carretera, estaba el almacén de herramientas y equipos de Bell. Desde donde estaba podía ver media docena de coches y camionetas aparcadas en el aparcamiento.

—Cuéntame, pequeña —dijo J. T.

La masa de muertos se arrastraba ya con medio camino hecho por la pendiente de la colina.

—No podemos permitir que esas cosas lleguen a la cafetería —dijo Dez—. Tenemos que detenerlos hasta que venga la policía estatal.

—Eso es imposible —dijo J. T.—. No contamos con la munición suficiente para eso.

—Entonces tenemos que conseguir que se desvíen —insistió Dez, dándole un codazo y haciendo un gesto en dirección a Bell.

—Pero allí también hay gente.

—Sí, pero es un búnker, sólido como una piedra. Y más allá tampoco hay nada. Solo granjas, y con la tormenta que se nos viene encima no creo que haya nadie plantando.

La lluvia seguía consistiendo en una ligera llovizna, de modo que a pesar del ruido podían oír los gemidos de los monstruos. La distancia entre ellos se iba acortando rápidamente, por mucho que las criaturas fueran a paso lento. Porque no todos los muertos caminaban despacio; unos cuantos daban grandes zancadas de lo más estrafalarias.

J. T. se quedó mirándola por un momento. Luego desvió la vista hacia los muertos que caminaban arrastrándose y que seguían todavía a cientos de metros, y por último miró en dirección a Bell. Dez estaba en lo cierto a propósito del almacén de herramientas; el edificio era un cubo robusto gris con persianas deslizantes de acero. Allí podrían contener a las legiones del infierno.

—No quiero morir aquí fuera, Dez —declaró J. T., indeciso—. Enseguida llegarán los refuerzos, y además nosotros no estamos entrenados para esto.

—Pues proponme un plan mejor —contestó Dez.

—¡Mierda! —exclamó J. T., que acto seguido cerró los ojos.

Dez se puso en pie detrás del buzón. Se quedó parada un momento, esperando a que la vieran. Pero al ver que los muertos no reaccionaban comenzó a hacerles señas

con los brazos por encima de la cabeza. Las criaturas siguieron caminando como si nada. Puede que desde el principio los hubieran visto y que fueran incapaces de demostrar ninguna emoción, porque no se notó ningún cambio en su marcha.

—¡Que les jodan! —exclamó J. T., poniéndose él en pie también.

Apoyó la escopeta sobre el buzón metálico curvo y disparó. Las balas no podían provocar ningún efecto dada la distancia, pero los muertos giraron la cabeza al instante hacia ellos.

—¡Sí!, lo has conseguido —comentó Dez.

Las criaturas comenzaron a caminar más deprisa. Algunos tenían las piernas destrozadas y no podían más que tambalearse, pero otros, quizá los últimos en pasar a ese estado, trataron de acelerar todo lo que pudieron.

—¡Oh… mierda! —exclamaron Dez y J. T. al unísono, echando a correr de inmediato por la calle Mason en dirección norte.

Dez era joven y corría como el viento. J. T. estaba en forma, pero era mucho más mayor y pesaba bastante más, además de tener una rodilla fastidiada que hubiera debido de operarse hace años. Las gotas de lluvia se multiplicaron y con ellas se intensificó el frío y la humedad. J. T. respiraba ya trabajosamente después de cubrir una distancia similar a la de un campo de fútbol. Dez tuvo que reducir la velocidad para ir a su paso.

—Pronto llegarán los refuerzos —dijo ella—. Quiero arrastrar a estos jodidos locos a un lugar aislado para que la policía estatal disponga de un campo de tiro adecuado.

—¡Jesús, Dez! —jadeó J. T.—. ¡Que son gente!

—No parecía que pensaras eso cuando les disparaste, colega.

—Pero eso es diferente. Fue en defensa propia.

Dez se limpió el agua de lluvia de la cara.

—¿Y qué crees que es esto?

J. T. no dijo nada. Las gotas de lluvia y el sudor resbalaban por su rostro. Comenzaba a ponerse colorado por el esfuerzo a pesar de tener la tez negra. Dez se dio cuenta de que además corría cada vez menos. Giró la cabeza para mirar atrás.

La multitud de cosas muertas iba perdiendo terreno progresivamente. Algunos ni siquiera habían doblado la esquina de la calle Fábrica de Muñecas, pero costaba trabajo verlos con aquella lluvia espesa. No obstante los seguían. De eso Dez estaba segura. Fuera lo que fuera lo que les impulsara a hacerlo, la atracción seguía siendo

igual de fuerte en ese momento que cuando los atacaron por primera vez en el tanatorio.

—Gracias a Dios que son lentos —comentó Dez.

J. T. asintió. Era incapaz de hablar y correr al mismo tiempo.

Uno de los coches aparcados en Bell salió del aparcamiento y giró en dirección a ellos. Dez y J. T. corrían por en medio de la carretera, así que el vehículo disminuyó la velocidad. Dez le hizo señas con los brazos.

—¡Da la vuelta! —gritó Dez—. ¡Da la vuelta!

La conductora se aproximó a ellos y bajó la ventanilla. Se cubrió los ojos con la mano para evitar que le cayera encima la lluvia. Era Bid McGee, la propietaria de una tienda de artesanía del centro del pueblo.

—¡Bid! ¡Da la vuelta y lárgate de aquí echando leches! ¡Vamos, deprisa!

—Por Dios, Desdemona Fox, ¿qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien, nena?

Dez le dio una patada al parachoques.

—¿Es que estás sorda, joder? Te he dicho que des la vuelta y salgas pitando de aquí, Bid, o tendré que sacarte del coche y hacértelo comprender a puñetazos.

Bid se puso blanca del susto y luego colorada de rabia, pero giró el coche en dirección contraria y aceleró sin pensárselo dos veces.

—¡Imbécil! —bufó Dez.

J. T. sonrió a pesar de las circunstancias.

—Verdaderamente tienes don de gentes, Dez. Encantadora, educada y…

—Termina la frase y te meto una bala en la rótula que te dejo aquí, para que te coman esos jodidos muertos.

—Entendido.

Siguieron corriendo. No volvieron a hablar hasta llegar al aparcamiento del almacén. Las gotas de lluvia caían ya entonces con fuerza y se oía el bramido iracundo de los truenos en la distancia. J. T. se dejó caer sobre el maletero de un Ford F-150, exhausto.

—Yo… yo te espero aquí. Me quedaré vigilando —dijo J. T., que sacudió una mano en dirección a la puerta del almacén.

Dez permaneció en el aparcamiento unos segundos y preguntó:

—¿Desde cuándo te has vuelto tan viejo, camarada?

J. T. trató de sonreír, pero solo consiguió esbozar una mueca.

Dez abrió de golpe la puerta del almacén y se detuvo en la entrada. La tienda

estaba fuertemente iluminada con fluorescentes brillantes y salía una música country por los altavoces de mala calidad colgados de las paredes. Thom Bell estaba detrás del mostrador, cobrándole una tubería negra a un trabajador de la construcción. Él y el cliente se quedaron mirando a Dez muy sorprendidos.

—¡Thom! —gritó Dez—, escúchame. Tenemos un problema. Se ha producido un brote infeccioso. Un asunto muy, muy feo. Un grupo de gente infectada viene para acá, y no sé qué tienen, pero son locos peligrosos. Los refuerzos están de camino, pero hay que encerrar a todo el mundo aquí y cerrar la tienda a cal y canto. ¡Ahora mismo!

Thom Bell solo le hizo una pregunta:

—¿Se trata de un ataque terrorista?

—Sí —mintió Dez—. Y ahora vamos, necesito que…

Pero Bell ya estaba en marcha. Apretó un botón situado detrás del mostrador y apagó la música, y luego apretó otro para hablar por el altavoz. Les contó a los clientes casi literalmente lo que le había dicho Dez. Una mujer gritó, pero los demás simplemente se acercaron poco a poco a la puerta de la tienda y comenzaron a hacer preguntas.

—¡Vale! —gritó Bell—. Ahora escuchadme todos. Nos encontramos en una situación límite. Un ataque terrorista. La agente Fox acaba de decirme que hay que cerrar la tienda, y eso es lo que vamos a hacer. Quiero que todos vosotros vayáis al fondo del almacén. Entrad en el vestuario del personal y sentaos, yo me encargaré de sellar el edificio. Os prometo que nadie va a entrar aquí.

El propietario habló con un dominio absoluto de la situación; Dez sabía que había sido sargento y que había estado en dos ocasiones en la primera Guerra del Golfo. Era un hombre recio de rostro tosco y ojos tranquilos. Llevaba una gorra de visera en la que ponía «Arréglalo con una herramienta». Un hombre al que todo el mundo se tomaba muy en serio.

Dez observó los rostros de los clientes y del personal mientras Bell hablaba. Vio las caras de susto, la primera oleada de miedo y de dudas, y comprobó cómo desviaban la vista hacia la puerta. Pero también fue consciente de que la voz serena de Bell los mantenía tranquilos y sin moverse, al menos de momento.

—Chip, enséñales adónde tienen que ir. Scott, asegúrate de que la puerta trasera está cerrada. Y ponle la barra —ordenó Bell a sus empleados. Luego dio una palmada que sonó como un disparo. Todos se sobresaltaron—. Venga, vamos.

Y todo el mundo obedeció. Así, por las buenas. Bell le pidió a otro empleado que echara las persianas.

—Gracias, Thom —dijo Dez en voz baja, acercándose a él.

Bell asintió y escrutó sus ojos.

—¿En serio vienen refuerzos?

—Sí, y además J. T. está ahí fuera.

Bell la miró de arriba abajo y añadió:

—Estás cubierta de sangre, niña.

—Ya lo sé… —comenzó ella a decir.

—No, me refiero a que… ¿esa sangre es infecciosa? —preguntó Bell, interrumpiéndola.

Dez abrió la boca y la cerró.

—Pues…

—Puede que sea mejor que no te acerques mucho a nadie —afirmó Bell al tiempo que daba un paso atrás—. Y ahora… cuéntame en serio qué está pasando.

—La verdad es que no lo sé —contestó ella mientras sacudía la cabeza.

—Pues cuéntame lo que sepas.

Dez le contó todo lo que sabía con frases cortas y comiéndose algunas palabras. Cuanto más le explicaba lo sucedido más imposible le parecía, además de no comprender cómo había podido sobrevivir a la experiencia. Observaba los ojos de Bell, esperando ver en ellos una incredulidad creciente. Y comprobó que así era.

Por un momento Bell apretó los labios en silencio, reflexionando. Luego se acercó a la puerta y dijo:

—J. T., ¿qué ocurre ahí fuera?

Dez oyó la respuesta de J. T.:

—Vienen de camino. No los veo, pero los oigo.

—Será mejor que entres aquí —sugirió Bell, que le sostuvo la puerta.

J. T. entró cojeando de una pierna a causa de la rodilla y Bell cerró la persiana. Era de acero y solo tenía una pequeña ventana del tamaño de una hoja de papel, cubierta además de alambre. La cerradura era una barra pesada. Bell le dio un puñetazo para demostrarles su resistencia.

—Aquí no entra nadie a menos que traiga un tanque.

Los empleados se acercaron por el pasillo para decirle a Bell que el almacén estaba cerrado. Los rostros de todos ellos esbozaban la misma expresión, mezcla de miedo y

excitación.

—Muy bien —dijo Bell—. Vosotros, chicos, id con los clientes y esperad allí. Tenéis que conseguir que la gente se mantenga en calma. Y dejad que saquen lo que quieran de las máquinas. Vamos, id para allá.

Acto seguido, Bell se giró hacia Dez y J. T. y añadió muy despacio:

—Dez, he de admitir que de haber venido tú sola a contarme esto habría pensado que estabas borracha. No te ofendas, pero te he visto en el bar muchas veces y sé lo que eres capaz de beber.

Dez no dijo nada.

—Pero tú y yo nos conocemos hace muchos años, J. T. —continuó Bell—, y sé que eres un hombre serio.

El hecho de que Bell pudiera considerar a alguien una persona seria era un verdadero honor. Todo el mundo lo sabía; no era una cualidad que Bell estuviera dispuesto a conceder a la ligera.

J. T. miró a Dez.

—¿Se lo has contado?

—Todo.

—¡Menuda historia! —comentó Bell—. Gente convirtiéndose en… ¿en qué? ¿En sádicos, en macabros?, ¿comiéndose los unos a los otros? ¿Y Marty Goss también? ¿Y Paul Scott?

—Las pruebas vienen de camino, Thom —dijo Dez—. ¿Quieres salir ahí fuera a enterarte de qué tienen ellos que alegar?

—No la tomes conmigo, Dez —contestó Bell con dureza—. Esta es mi tienda, y eres tú quien los ha traído aquí. He hecho lo que me has pedido y he cerrado a cal y canto, pero tengo derecho a hacer preguntas.

Dez se puso colorada. Le costaba trabajo no ser impertinente cuando las circunstancias la presionaban, pero Bell no estaba dispuesto a aceptar el más mínimo comentario.

—Lo siento —se disculpó Dez con mansedumbre.

—Ya sé que suena a locura —comentó J. T.

—Sí, locura viene más o menos a definirlo correctamente —convino Bell.

—¿Por qué no echas un vistazo ahí fuera y nos cuentas qué te parece a ti? No lo digo en broma, Thom —sugirió Dez.

Bell se quedó escrutándola unos segundos. Después alargó la mano por debajo del

mostrador y sacó una Colt Commander enorme del .45.

—Tengo licencia —aseguró Bell.

Lo cierto era que en ese preciso momento a Dez le habría dado igual que sacara un arma antitanque. Bell abrió silenciosamente la ventanilla cubierta con la rejilla y se asomó. Una fuerte lluvia caía por oleadas sobre la persiana.

Se quedó escrutando unos segundos.

—Resulta de lo más inquietante —comentó Bell en voz baja.

—Justo lo que te decíamos —contestó J. T., tenso.

Bell se giró y les lanzó a ambos una mirada inquisitiva. Luego abrió la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exigió saber Dez, que inmediatamente dio un paso hacia él.

Bell sacudió la cabeza con un gesto breve de desaprobación y volvió dentro con ambos brazos levantados. Sostenía la Colt con dos dedos, lejos de su cuerpo. Una docena de hombres vestidos con el uniforme negro de la policía estatal, con cascos y con chaleco antibalas, entraron como un enjambre en la tienda. Llevaban M16 y escopetas de nueve milímetros, y no dejaban de gritar.

Le quitaron el arma a Bell y lo tiraron al suelo.

Un agente del SWAT apuntó con la escopeta a la cara de Dez.

—Agente Fox, estás arrestada. Aparta los brazos de los costados. ¡Ya!

—¿Pero qué demonios estáis haciendo, gilipollas? ¡Somos agentes de policía, maldita sea…!

Dos agentes se aproximaron a ella, la rodearon, le quitaron las armas y la obligaron a tumbarse en el suelo. J. T. bramó como un toro, pero también se tumbó en el suelo.

Pero Dez se conocía todos los trucos imaginables. Justo mientras se tiraba al suelo retorció una pierna y consiguió liberarla, y entonces le dio una patada en la espinilla a uno de los agentes. El policía estatal cayó al suelo a su lado. Sin embargo, al instante se le echaron encima seis pares de manos brutales que le aplastaron el pecho contra el suelo de linóleo. Dez gritó, luchó, los maldijo y los mandó al infierno unas cuantas veces.

—Agente Fox —bramó el sargento del SWAT—. O te callas y dejas de resistirte, o tendré que meterte una descarga eléctrica con la táser.

—¡Que te jodan, maricón! ¡Yo sí que voy a meterte la táser por el…!

De pronto sintió un dolor punzante que se prolongó y la quemó. Todo su cuerpo

se puso rígido, e instantes después se convulsionó con la corriente de treinta mil voltios que la recorrió.

Entonces el mundo se coloreó primero de rojo y luego de negro. Dez trató de gritar y de luchar, pero lo único que consiguió fue caer al suelo.

Oyó a J. T. gritar su nombre desde un millón de kilómetros de distancia.

Oyó a alguien gritar: «¡Cogedla!».

Oyó su propio grito, enfermizo.

Sintió que se daba en la cabeza con algo. Con el mostrador, con el suelo; no sabía con qué. Pero le abrió un gran agujero negro por el que cayeron tanto ella como el resto del mundo.

57

Urbanización «Puertas Verdes», números 55 y siguientes

Trout se metió la pistola por la cinturilla del pantalón. Se quedó frente a Volker, mirándolo desde arriba con una expresión de desprecio en absoluto disimulada.

—Escúchame, pedazo de mierda. Cabra y yo vamos a volver a Stebbins. Si hay alguien infectado, si una sola persona muere por culpa de lo que has hecho, me aseguraré de que todos los periódicos del mundo cuenten la historia de lo vil que eres.

Volker se echó atrás ante la intensidad de la mirada de Trout, pero en sus ojos seguía brillando cierta actitud de desafío.

—Tu trabajo era informar de cómo asesinaban a un hombre inyectándole veneno en las venas, señor Trout. Sacas beneficio de ese tipo de historias. A tus lectores les encantan esas cosas. ¿Vas a decirme ahora que eres tan ingenuo como para no darte cuenta de que somos todos unos monstruos? Cada uno a su manera.

—Ahórrate esa mierda y guárdatela para el jurado, gilipollas.

—¿O es que eres tan arrogante que te crees que tu punto de vista moral está por encima del resto del mundo? ¿Vas a decirme que tú no habrías ejecutado a Homer Gibbon, que no lo habrías torturado ni siquiera un poco a pesar de conocer los horrores que infligió a mujeres y niños?

—Sí, claro. Puede incluso que me hubiera divertido aplicándole la tortura del submarino mojado a ese cabrón —soltó Trout—. Pero ahora no estamos hablando de eso. Y yo jamás me habría atrevido a utilizar agua radioactiva para hacerlo. Una cosa es la revancha, que es una satisfacción primaria, y otra muy distinta arriesgar la salud y la vida de otras personas solo para satisfacer tu sed de venganza. Es inútil que pretendas decirme que somos todos iguales, Volker. Tal y como yo lo veo, y teniendo en cuenta el potencial destructor de la inyección que le has puesto a Gibbon, tú eres tan mala persona como él. Un monstruo exactamente igual que él.

Las venas le palpitaban en los oídos.

Volker sacudió la cabeza y desvió la vista de él.

—¡Espero que te pudras en el infierno! —añadió Trout con un susurro.

Entonces se dio la vuelta y se apresuró hacia la puerta que daba a la calle. Cabra permaneció junto al médico un poco más, contemplándolo, aunque era incapaz de expresar con palabras las cosas horribles que se le pasaban por la cabeza. Luego dio

una patada en el suelo y salió corriendo detrás de Trout.

El Explorer rugió calle abajo, quemando el asfalto y dejando marcas en él a pesar de la lluvia. Trout y Cabra sacaron los móviles y comenzaron a marcar números de teléfono a toda prisa.

El móvil de Dez Fox sonó en el interior del Cruiser destrozado de la policía del condado de Stebbins, perdido bajo el asiento entre los casquillos de bala. El tono de la llamada era una canción de Dwight Yoakum. Sonó el estribillo y luego saltó el buzón de voz en el que Dez anunciaba: «Estás llamando a mi teléfono. Deja un mensaje y tu número. Si no te devuelvo la llamada es que no me interesa».

Nada más oír la voz del buzón el corazón de Trout empezó a dar brincos.

—¡Vamos, Dez…! ¡Coge el teléfono! —susurró Trout. Luego, al oír la señal, habló—: Dez, tienes que llamarme inmediatamente —dijo Trout, que hizo una pausa mientras pensaba qué decir que Dez no borrara al instante—. Me he enterado de que hay una persona con una infección peligrosa en el pueblo. ¡Llámame ya!

Colgó y llamó a J. T. También contestó directamente el buzón de voz. Trout dejó un mensaje similar, colgó y llamó a Marcia.

El teléfono sonó tres veces. Cuatro, y por fin ella contestó.

—¡Marcia!

—¡Oh… por Cristo… Billy! —exclamó Marcia. Su voz sonaba débil y, más que respirar, jadeaba fuertemente. Parecía como si estuviera practicando el sexo—. ¡Billy! ¡Por Dios!

—Marcia, ¿qué pasa? ¿Qué está ocurriendo?

—Billy… he tratado de llamar al 911. Pero no contestan…

—¡Marcia!

—Me duele, Billy… ¡Oh, Dios, me duele mucho! No consigo que deje de salirme sangre.

La línea se cortó bruscamente.

Trout lanzó un grito por teléfono. Pero no consiguió nada. Volvió a marcar. Nada. Saltó el buzón de voz. Ni siquiera sonó.

—¿Qué ocurre? —exigió saber Cabra con una expresión de pánico en los ojos.

—Marcia. Está herida. Me ha dicho que estaba sangrando y luego la línea se ha cortado —explicó Trout, que miró la pantalla del móvil—. Y ahora dice que el número no está disponible.

—¡Oh, mierda! Yo he llamado a mi compañero de cuarto —dijo Cabra—. Me estaba contando algo de que oía sirenas y disparos y entonces, de repente, se ha cortado. ¿Crees que es por la tormenta por lo que los teléfonos no funcionan? ¿O…?

Trout le lanzó una mirada iracunda y lo interrumpió sin miramientos.

—Inténtalo con la policía.

Cabra marcó el 911, que lo puso en comunicación con la centralita regional. Encendió el altavoz y pidió que le pusieran con la policía del condado de Stebbins. Esperaba oír a Flower preguntarle cuál era la naturaleza de la emergencia por la que llamaba, pero en su lugar respondió una voz masculina severa que le preguntó dónde estaba. Trout alargó la mano y colgó.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Cabra.

—Era un militar —contestó Trout—. Me apuesto lo que quieras. Están interceptando todas las llamadas realizadas a la policía de Stebbins.

—¡Mierda! —exclamó Cabra en voz baja—. ¡Mierda, mierda!

Trout se incorporó y salió varias veces del flujo de tráfico rodado en la misma dirección. El resto de vehículos le pitaban, pero no disminuyó la velocidad ni siquiera para sacarles el dedo corazón. Su corazón latía todavía más acelerado que el motor.

—Eso de los militares… no es buena señal, ¿verdad? Me refiero a que… —comenzó a decir Cabra tras humedecerse los labios. Su voz se extinguió lentamente. Instantes después añadió—: A que estamos metidos en la mierda hasta el fondo.

—Lo sé —contestó Trout, que pisó el acelerador hasta el suelo.

58

Hospital Regional de Wolverton

—¿Dónde está?

Irene Compton, la enfermera encargada de la administración, alzó la vista hacia la estudiante residente que le había hecho la pregunta y que parecía un año más joven que su propia hija.

—¿Cómo dices? —preguntó la enfermera con una media sonrisa.

Pero la residente, una pelirroja menudita que no podía haber terminado los estudios en el instituto y menos aún la carrera de Medicina, no sonreía en absoluto.

—El paciente de la dieciséis. Según el gráfico presenta una herida por mordisco.

—Ah, el señor Wieland. Lo recogió un granjero en una estación de servicio y lo trajo aquí. Comprobamos sus constantes vitales y lo llevamos a… mmm… Sí, a la dieciséis —terminó la enfermera, tras consultarlo en el ordenador.

La residente, cuyo nombre según la etiqueta identificativa era Slattery, frunció el ceño.

—No, no está en la dieciséis. Vengo ahora mismo de allí. En esa habitación no hay nadie.

La enfermera Compton siguió sonriendo. Era perfectamente consciente de que por su aspecto, algo avanzado ya en años, los médicos residentes la trataban por lo general como si ella fuera su madre.

—Puede que haya ido al baño.

La doctora Slattery se giró y se marchó. Sin darle las gracias ni nada. La enfermera observó su silueta por el pasillo.

—¡Puta! —exclamó con un susurro.

La doctora Gail Slattery empujó las puertas batientes dobles que daban a la unidad de emergencias, en donde había dos mostradores centrales de enfermeras rodeados de filas de cortinas con camas de enfermos. Cada habitáculo estaba marcado con un número pintado en el suelo e impreso en un disco de plástico brillante que colgaba del techo, justo delante de la barra de las cortinas. Gail Slattery pasó por delante de los habitáculos once hasta el quince. La mayoría de ellos estaban vacíos. El paciente del catorce tenía una cadera rota, y el del quince era un joven de diecisiete años que se había caído con el monopatín. La víctima del mordisco tenía que estar en el dieciséis,

pero no era así. El cubículo estaba hecho un asco. Había manchas de sangre en las sábanas, en la almohada y en el suelo. Y un equipo de sutura abierto encima de una silla.

Slattery bufó y siguió adelante. Se asomó al habitáculo diecisiete, también vacío, y al dieciocho, ocupado por un paciente con un probable desgarro del ligamento anterior cruzado. El último habitáculo, el diecinueve, quedaba junto al baño. Slattery había visto otras veces a la paciente ingresada en ese momento en el diecinueve. Se trataba de Mona Greene, una anciana con dolores de pecho. Tenía noventa y tres años, era fumadora y su historia clínica incluía una angina de pecho, un enfisema y una insuficiencia cardíaca de los tiempos en que Clinton era presidente del gobierno. Era un milagro que siguiera viva, y más aun que acudiera ella sola al hospital conduciendo un coche cada tres meses para que le tomaran la presión arterial.

La cortina estaba echada, pero la doctora Slattery la abrió de un tirón.

Estaba a punto de decir algo, pero se quedó paralizada y con la boca abierta.

Sí, la señora Greene estaba en la cama… pero también el señor Wieland. Él se inclinaba sobre ella, y por un momento extraño Gail Slattery pensó que la estaba besando. O susurrándole algo al oído. Pero no era así.

La doctora Slattery lanzó un grito sofocado.

El señor Wieland oyó el ruido, alzó la cabeza y dirigió una mirada de lince hacia el hueco abierto entre las cortinas. Recorrió todo el perímetro con la vista, pero no se detuvo ni siquiera un instante en el estrecho hueco abierto. Sus ojos estaban completamente vacíos.

Su boca, sin embargo, estaba llena.

De sus labios salía una saliva roja que le recorría parte de las mejillas y de la barbilla e iba a caer sobre el camisón verde del hospital. Su boca trituraba y trituraba sin cesar y, a pesar de los tres metros y medio de distancia, la doctora Slattery pudo oír el ruido que hacía al masticar, al succionar con la lengua y los dientes la carne que le había arrancado de cuajo a Mona Greene.

Tendría que haber retrocedido en silencio. Tendría que haberse marchado para llamar a los agentes de seguridad. O a la policía. Pero no hizo nada de eso. Gail Slattery hizo exactamente lo que nunca hubiera debido hacer. Gritó.

Los ojos del señor Wieland se lanzaron de nuevo en su dirección y por fin captaron el hueco abierto entre las cortinas. Y a los ojos que lo observaban a él. Frunció los labios enseñando los dientes y soltó los restos del brazo que sujetaba.

Con un gruñido de hambre voraz, de un hambre no del todo satisfecha a pesar de la carne consumida, el señor Wieland se apresuró a trepar por la cama en dirección a la doctora Slattery. Ella gritó y gritó. Gritó todo lo que pudo. Y durante todo el tiempo que fue capaz.

59

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono con cotilleos nuevos para los conductores. Bueno, ya es oficial: queridos vecinos que vivís en una caravana… por fin el ventilador nos salpica la caca de vaca. Tenemos una tormenta instalada encima de nosotros. Los aeropuertos y las terminales de autobuses están cerrados, lo mismo que los colegios. Se ha cancelado toda actividad no esencial en la zona a la que llega esta emisora. Pero sigue habiendo todavía cierta actividad policial en la calle Fábrica de Muñecas, en Stebbins. Y tenemos noticias no confirmadas de un incidente en el hospital de Wolverton, en el límite de los condados de Stebbins y Bordentown. No dispongo de detalles, solo sé que la policía estatal ya está allí. Más cosas, chicos. Ya sé que una tormenta de las gordas puede resultar divertida en cierto modo, si es que estamos en una casa embrujada; es como subirse a la montaña rusa. Pero esto es serio. Ahí fuera hay gente que está tratando de solucionar las cosas. La policía, los bomberos y las unidades de rescate están trabajando al límite de su capacidad, así que, por favor, dejad ya de llamarme para contarme historias de monstruos que se comen a personas. A la tía Marti le gustan las travesuras como a la que más, pero ¡venga, chicos!, no es el momento más oportuno.

60

El bosque
Condado de Stebbins, Pensilvania

Hartnup siguió caminando por el bosque a una distancia de unos trece metros de la calzada, en paralelo a la calle Fábrica de Muñecas y en dirección a la calle Mason. No tenía ningún control sobre el destino al que se dirigía su cuerpo; ni siquiera sabía adónde iba. Había más como él, caminando por el bosque. Algunos estaban tan cerca que podía verlos; otros no eran más que sombras grises en medio de la lluvia. Unos iban en la misma dirección que él, atraídos por una fuerza más allá de su comprensión; otros se cruzaban con él en dirección norte, sur o este, instigados por otras necesidades, por otras llamadas.

Su cuerpo se movía con rigidez, lo notaba. El tan esperado rígor mortis había descendido sobre él; lo ralentizaba, lo hacía caminar más lentamente y lo obligaba a mover los miembros como si se tratara de zancos… pero a pesar de todo seguía adelante. Además dolía. Ningún ser humano antes que él había podido apreciar el dolor terrible e incesante que causaba el rígor mortis. Pero saber de ciencia no era ningún consuelo, al revés. El dolor sería cada vez mayor y mayor. Era un proceso que comenzaba en cuanto cesaba la respiración. Los músculos se iban contrayendo poco a poco, inevitable e irreversiblemente. Era peor que un calambre; peor que los retortijones del vientre. Porque sucedía en todos los músculos a la vez, y cada paso suponía una punzada de dolor enviada al cerebro directamente a través de los nervios.

El mundo de Hartnup no consistía más que en dolor. Trató de gritar para ver si así lo soportaba mejor, pero no había forma de escapar de aquel infierno. Lo único que podía hacer era seguir sufriendo.

Esto es un infierno, pensó. *He muerto y ahora estoy en el infierno.*

Su cuerpo se movía como una marioneta a la que nadie supiera manejar. Pero allí mismo, tras el dolor, se ocultaba algo todavía peor. Algo que estallaba a través de la grietas de agonía de cada uno de los músculos contraídos.

El hambre.

Un hambre tan grande que Hartnup no era siquiera capaz de abarcar sus dimensiones. El hambre era el dios de la cosa.

Lo era todo.

Y todo era hambre.

El cuerpo muerto en el que flotaba siguió tambaleándose, bajando por una pendiente lejos de la carretera en dirección a una granja. Donde había comida.

61

Calle Mason, cerca de la calle Fábrica de Muñecas

Dez se despertó en el asiento trasero de un Cruiser de la policía estatal. Estaba sola, no veía a J. T. por ninguna parte. Tenía las manos esposadas y una herida en la cabeza que parecía producto de la coz de un caballo. La habían metido en el asiento como habían podido, y le habían puesto el cinturón. Se irguió, y solo ese movimiento le dio náuseas y mareo.

—¿Qué demonios ha pasado? —bramó Dez.

Los limpiaparabrisas se deslizaban a un lado y a otro sin cesar. El agente de la estatal que iba conduciendo no le hizo ni caso.

Dez le dio una patada al asiento delantero.

—¡Tú, desgraciado! Te he hecho una pregunta.

El policía respondió sin darse la vuelta siquiera.

—Puedo parar en la cuneta y volver a meterte otra descarga eléctrica, agente Fox. O también puedes comportarte y esperar a que lleguemos a la central de la policía local.

—¿Es allí adonde me llevas?

—Sí.

—¿Y por qué demonios no me lo has dicho? ¿Qué ha sido de la cortesía profesional?

El agente emitió un sonido indescifrable. Dez creyó que era una especie de carcajada. Y volvió a darle otra patada al asiento.

—¡Eh! —gruñó el agente estatal.

—Para empezar, quiero saber por qué me habéis soltado una descarga eléctrica ¿Y quién me ha dado este golpe en la cabeza?

—Te golpeaste la cabeza contra el mostrador al caerte. Fue un accidente… lo siento. Pero no parece nada serio.

—Pues me duele como si lo fuera —contestó Dez de mal humor.

Se le ocurrió la idea de vomitar sobre la rejilla que separaba el asiento trasero de los delanteros. Sin duda su estómago se lo agradecería, además de que cabrearía a aquel tipo. Pero no lo hizo. En lugar de ello, preguntó:

—¿Qué demonios está ocurriendo?

—Estás arrestada, agente Fox. Creía que eso había quedado claro. Incluso para ti.

—¿Y qué diablos se supone que significa eso?

El agente no respondió. Dez se examinó las muñecas esposadas. Por lo general a la mayoría de los prisioneros se las ponían enganchando la cadena a una anilla instalada en el coche. En cambio a ella habían tenido la amabilidad de esposarla con las manos por delante, y suelta en el coche. Aun así las puertas traseras del vehículo estaban reforzadas y no se podían abrir desde el interior. La malla de alambre que la separaba del asiento delantero, y que parecía una jaula, era pesada y de buena calidad; tampoco podría salir por allí con una simple patada.

Dez se quedó contemplando la lluvia por la ventana. Estaban en medio del condado, a unos tres kilómetros del centro del pueblo. Stebbins era un pueblo diminuto en medio de un territorio enorme. El pueblo en sí mismo no consistía más que en una sola calle. Uno de los lados contaba con tres manzanas, el otro solo con dos. Todo estaba apiñado alrededor de la iglesia baptista y del despacho de seguridad ciudadana, que servía de comisaría de policía, oficina de correos, estación de bomberos, oficina municipal, alcaldía y otras pocas oficinas más atendidas por un solo empleado. El tercer edificio más grande del pueblo era la cafetería Bean-O's, un antro grasiento con aspiraciones a Starbucks.

Stebbins no había sido más que un pueblo fantasma incluso en sus días de gloria. Lo único que le impedía terminar de secarse y desaparecer era el dinero estatal y federal concedido a la escuela elemental regional, al noroeste del condado, a la escuela de enseñanza media regional, algo más pequeña y a pocos kilómetros del pueblo, y al hospital regional, que ocupaba un terreno limítrofe entre los condados de Stebbins y Bordentown.

Se detuvieron en un cruce de carreteras para dejar pasar a cuatro autobuses escolares amarillos que se dirigían desde el colegio de enseñanza media a la escuela elemental, declarada oficialmente refugio para casos de emergencia. Dez alargó el cuello para observar los rostros pálidos y asustados de los niños, apretados contra los cristales de las ventanillas. Una niña pequeña rubia con rizos la saludó con la mano. Dez le contestó, pero tuvo que levantar las dos manos. Después los autobuses giraron por la avenida de la escuela y desaparecieron en medio del viento gris.

—¿Dónde está mi compañero? —preguntó Dez.

—Lo verás en la comisaría —contestó el agente.

—Pero ¿qué está pasando? Nosotros somos la maldita policía, ¿o es que estabais

demasiado ocupados mirándome las tetas para leer lo que pone en la chapa?

—No seas engreída.

—¡Que te jodan! Contesta a la pregunta. ¿Por qué nos habéis arrestado?

—Eso tendrás que hablarlo con el teniente Hardy.

—¿Y qué te parecería dejar de portarte como un gilipollas y contármelo tú? ¿Qué ha pasado en el almacén?, ¿los habéis parado?

Nada. Ninguna respuesta.

—¡Te pregunto que si lo habéis parado, joder! —repitió Dez.

—¿Parar a quién?

—¿Cómo que a quién? Había como unas cincuenta de esas cosas en medio de la carretera. Habéis tenido que cruzaros con ellos.

—Creo que lo mejor será ir a la comisaría a que te lean tus derechos Miranda[1] antes de pronunciar una palabra, agente Fox. Y esto sí que es cortesía profesional.

—¿Qué?

—No me gusta ver a otro policía esposado, y no sé qué ha pasado ni por qué has hecho lo que has hecho —continuó el agente—. Pero necesitas a un abogado y alguien tiene que recordarte tus derechos. Y esto te lo digo de policía a policía.

Dez se quedó mirándole el cogote. Los acontecimientos absurdos de ese día comenzaban a transformarse en sucesos completamente surrealistas. Balbuceó, tratando de encontrar una explicación lógica que la llevara de nuevo sobre terreno firme. De pronto se puso tensa.

—Ni siquiera los habéis visto, ¿a que no?

—¿Ver a quién? —preguntó el agente.

—¡Jesús!

Dez repasó lo ocurrido. J. T. había dicho que los monstruos los seguían por la carretera, pero él estaba apostado detrás de una furgoneta y todos los demás estaban en el almacén. La lluvia era espesa y fuera estaba todo muy oscuro. *Quizá es eso*, se dijo. Quizá esas cosas carecieran de la imaginación o de la inteligencia suficiente como para seguir a una presa a menos que la vieran o la oyeran. O que la olieran. Puede que, al verse caminando ladera abajo bajo la lluvia por una carretera desierta, hubieran perdido su objetivo y no encontraran a nadie a quien seguir.

Pero entonces… ¿adónde habían ido?

No había más que bosque a ambos lados de la calle Mason. Bosques y más allá terrenos de cultivo. Trató de recordar si se podía oler a los animales de las granjas

desde la calle Mason. Era muy probable. En realidad todo Stebbins olía a boñiga.

—¿Ha ido alguien al escenario del crimen de la funeraria Hartnup?

El agente sacudió la cabeza.

—En serio que no te conviene seguir hablando.

—Sí, sí que tengo que seguir hablando, porque me tienes aquí esposada en el asiento de atrás cuando debería estar fuera trabajando. Alguien ha cometido un error tremendo, y más nos vale hacer algo antes de que esas cosas nos den a todos un mordisco en el culo. Y no es una jodida broma. Así que para, quítame las esposas y ponme en comunicación por radio con alguien que no piense con la polla.

—Lo siento —se negó el agente tras suspirar.

—Sentirlo, ¿por qué?

—Por lo que sea que te haya pasado. Porque algo no te funciona bien. Había oído que eras una calamidad, pero que jamás te escaqueabas. ¿Qué te ha pasado? ¡No… espera!, no me lo digas. Espera a que lleguemos a comisaría para hacer esto bien. Creo que prefiero no saberlo.

Dez se inclinó hacia delante todo lo que pudo con las esposas y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El agente no tenía ninguna razón para evitar esa pregunta, así que contestó:

—Agente de policía Brian Saunders.

—Agente Saunders. Bien. Brian. Te he visto alguna vez por ahí. Aquí la gente me llama Dez.

—Lo sé.

—No sé por qué o cómo es posible que alguien piense que yo soy la responsable de lo que está ocurriendo hoy aquí, pero quiero que me escuches. Yo he estado todo el tiempo protegiendo a la población civil. En algunos momentos he tenido que defenderme. No soy una loca, y no he cometido ningún crimen.

—Muy bien.

El tono de voz del agente no era ni despectivo, ni alentador. Sencillamente se limitaba a confirmar que la había entendido.

—Hay gente por ahí que se está comportando de un modo muy irracional. Están enfermos, posiblemente como resultado de un agente químico o de algún tipo de toxina. Puede que sea una enfermedad. No lo sé. Sea lo que sea, te pega fuerte y rápido. Yo he visto cómo le pegaba a un compañero de la policía local. Un chico que se llama Diviny, del Departamento de Policía de Bordentown. Se puso como una fiera

y atacó a otros compañeros. A agentes. Lo reducimos entre mi compañero, el sargento J. T. Hammond, y yo, y luego lo trasladamos al hospital. Consta en los registros.

»Compruébalo con el hospital. Fue inmediatamente después de recibir una llamada de la central para que volviéramos al escenario del crimen del tanatorio Hartnup. En la central nos dijeron que allí se estaban matando los unos a los otros. ¿Me entiendes? Matándose los unos a los otros. Sea lo que sea esa cosa, debe de haberse extendido. Esa llamada de la central también está en los registros. Llama allí. Habla con Flower, ella atiende el teléfono. Dile que te ponga la grabación.

Saunders no dijo nada. Los limpiaparabrisas parecían hacer un ruido estridente, fuera de lo normal.

—Cuando mi compañero y yo llegamos a la escena del crimen, los infectados nos atacaron. Algunos de ellos eran agentes de policía, incluyendo a agentes de la policía estatal. Lo intentamos todo: órdenes, ráfagas de aviso… Pero al final la situación nos obligó a dar un paso más y a utilizar la fuerza, así que nos defendimos lo mejor que pudimos, dadas nuestras habilidades y nuestro entrenamiento. Como habría hecho cualquier policía. Como habrías hecho tú, Brian.

Saunders no dejaba de sacudir la cabeza, pero siguió sin decir nada.

—Brian… —rogó Dez—. Por favor, compruébalo.

—Ya lo están comprobando —terminó por decir Saunders, a quien se le estaba acabando la paciencia—. Lo han comprobado, pero el relato de lo sucedido no es ese. No hemos encontrado a nadie «infectado». Solo a dos policías que se han vuelto locos y que han empezado a matar gente. A matar policías. Hemos encontrado al jefe Goss. Le habían volado la mitad de la cabeza. Y por las marcas de quemaduras alrededor de la herida, parece que tenía el cañón de la pistola contra la sien. Además de que llevaba todavía su arma guardada en la cartuchera. ¿Cómo crees que un policía va a permitirle a nadie que se acerque tanto, si no es porque lo conoce?

—¡Estaba infectado!

—Mmmm.

—¿Y qué me dices del hospital? ¿Habéis hablado con ellos? ¿Has hablado con el doctor Sengupta?

—Yo no sé nada de eso.

—Al menos déjame hablar con…

—¡Eh! ¡Cuidado! —gritó de pronto Saunders, al ver a una mujer embarazada salir de detrás de un autobús lleno de trabajadores del campo aparcado en el arcén.

Saunders giró violentamente el volante a la derecha. No la golpeó con el guardabarros del Cruiser por unos centímetros. Dez gritó, convencida de que la mujer acabaría aplastada.

—¡Por Dios! —exclamó Saunders mientras pisaba el freno hasta el fondo.

El Cruiser dio bandazos a los lados sobre la carretera mojada y levantó una ola de agua sucia. Dez salió disparada hacia delante hasta que el coche frenó del todo. Saunders abrió la puerta del coche de golpe.

—¡Estúpida!

—¡No! —gritó Dez.

Pero Saunders no le hizo caso y salió. La lluvia entraba por la puerta abierta. Dez se giró en el asiento para ver qué ocurría. La mujer embarazada miraba para el otro lado. Se había parado en medio de la carretera. Lleva el pelo suelto, colgando en mechones finos y mojados, y la ropa desaliñada.

Saunders se caló el sombrero de campaña, inclinó los hombros hacia delante para protegerse de la lluvia y se dirigió hacia ella con pasos decididos. Tenía la espalda rígida por el estrés y la ira, lanzaba gritos y señalaba con el dedo a la embarazada.

Dez comprendió que era un error antes incluso de que la mujer se diera la vuelta.

Era un error porque aquel día todo era un error. Porque algo no funcionaba correctamente en el mundo. Porque todo estaba del revés.

—¡No…! —volvió a repetir Dez con una voz mucho más baja todavía.

Sin embargo sabía que era inútil.

La mujer se giró justo en el momento en el que Saunders la alcanzaba. Tenía una barriga inmensa, debía de estar en los últimos meses de embarazo. Llevaba el típico vestido rústico con dibujos de la flor del maíz. Era joven, de unos veinticinco años, y tenía el pelo rubio y largo y los ojos oscuros. Le habían arrancado a tiras casi toda la carne de la cara y de los labios.

Saunders se detuvo en seco. Paralizado ante lo que estaba viendo. Paralizado ante la imposibilidad de que alguien herido de ese modo pudiera seguir siquiera en pie.

Dez oyó a través de la puerta abierta el ritmo que marcaban las gotas de lluvia al golpear sobre el ala ancha de su sombrero. Oyó a Saunders comenzar a decir:

—¡Por Dios, señora! ¿Está usted…?

—¡No! —gritó Dez una vez más.

Pero el grito rebotó contra la ventanilla cerrada del coche.

Y de pronto la mujer embarazada estaba encima de él. Se lanzó sobre él con sus

manos pálidas y pequeñas. Abrió enormemente la boca sin labios, enseñando los dientes blancos manchados de sangre negra, y lo mordió.

Dez gritó.

Un géiser de sangre salió disparado a una distancia de unos tres metros por encima de la cabeza de Brian Saunders.

Dez gritó y gritó. Le dio patadas a la rejilla y empujones con el hombro a la puerta.

Saunders flaqueó, dobló las piernas y cayó al suelo de rodillas. Pero la mujer siguió inclinada sobre él, con los dientes apretados a un lado de la garganta.

Entonces se produjo un movimiento dentro del autobús. Junto al autobús. Detrás del autobús.

Había más cosas de esas.

Un autobús lleno.

Rodearon al policía y lo arrastraron por el asfalto.

Dez gritó una vez más. Y luego trató de no volver a gritar porque aunque tarde, había comprendido qué ocurriría si seguía gritando.

Unas cuantas de esas cosas alzaron la cabeza por un momento de aquel festín increíble. Miraron en la dirección de la provenía el grito. La miraron a ella.

—No… —susurró Dez una vez más mientras, uno a uno, una docena de esos monstruos comenzaron a levantarse de encima del cuerpo destrozado y a acercarse torpemente al Cruiser.

La puerta del conductor estaba abierta. Dez estaba esposada. Se retorció como pudo y apretó el botón para soltarse el cinturón. Sin embargo no tenía forma de salir del coche. Estaba atrapada.

No… atrapada no. En conserva. Como la carne en la nevera.

—No… —rogó Dez una última vez, a pesar de que Saunders ya no podía oírla—. No me dejes aquí sola…

Se arrastraron hacia ella.

Ya no hacía falta guardar silencio.

Dez gritó una y otra vez.

62

Condado de Stebbins

—Dime, ¿a ti qué te da miedo?

La camarera que atendía en la barra de la cafetería Murphy's Diner alzó la vista del café que estaba sirviendo. No era la primera pregunta rara que le dirigía ese cliente. Se trataba de un escritor de novelas de suspense que llevaba un par de días rondado por allí y molestando a otros clientes con esa clase de preguntas. Aquel día era el único loco que se había arriesgado a salir con la tormenta que estaba cayendo.

—Los días largos y las propinas cortas —contestó ella.

El escritor sonrió. Era un hombre gordo de pelo blanco y mostacho gris que contrastaba con el rostro juvenil. Llevaba una cazadora de piel cara y una sudadera con el emblema del equipo de fútbol del instituto Northern Illinois Huskies.

—No, en serio, dímelo —insistió el escritor.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita que dejó sobre el mostrador y deslizó hacia ella. En ella ponía «Shane Gericke». La camarera, que llevaba una etiqueta de plástico blanca con el nombre de «Shirl» escrito, recogió la tarjeta y le dio la vuelta. En la parte de atrás figuraba una foto a todo color de la portada de su última novela.

—*«Destrozada»* —leyó la camarera, que acto seguido volvió a dejar la tarjeta en el mostrador—. Yo no leo novelas de terror.

—No es una novela de terror —dijo Gericke mientras se echaba leche en el café —. Yo escribo novelas de suspense.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que no hay monstruos.

—Entonces, ¿quién destroza a quién?

—Asesinos en serie, asesinos de masas. Pero nada de vampiros, hombres lobo, ni cosas de esas.

La camarera puso cara de que nada de lo que pudiera escribir podía interesarle. Al menos mientras no viera qué propina le dejaba. Si le dejaba un veinte por ciento o más, entonces la próxima vez sí que estaría mucho más interesada. Conocía a un par de escritores. Siempre estaban en la ruina. Los únicos que dejaban propinas peores eran los estudiantes universitarios.

—¿Sabes ya qué quieres? —preguntó la camarera, que dejó la cafetera y sacó el bloc del bolsillo del delantal para tomar nota.

—Sí, pero ¿me contestarás a la pregunta?

—¿Estás haciendo una encuesta?

—No, estoy investigando para un libro. El personaje principal de mi novela viene aquí desde Illinois para participar en la caza interestatal de un asesino. Estoy tratando de hacerme una idea de cómo es la gente de por aquí. El ambiente, la política, las relaciones, los caracteres.

—¿Y por qué no te lo inventas sencillamente?

Él se encogió de hombros, sopló sobre el café, dio un sorbo y dejó la taza.

—Es mejor sacarlo de la propia vida.

—Te refieres al ambiente de un pueblo pequeño, ¿no es eso? —comentó ella—. Lo que quieres es asegurarte de que todos los pueblerinos son trabajadores del campo sin ninguna educación.

Gericke soltó una carcajada.

—Yo me crié en un barrio de las afueras de Chicago. No era tampoco una gran ciudad. Y no, no todos mis personajes van a ser trabajadores del campo. Hace falta todo tipo de gente para construir un pueblo. No hay ninguna tipología definida —explicó el escritor, que hizo un gesto con la cabeza hacia la carretera—. De momento he conocido a algunos tipos interesantes. Al jefe Goss, a un periodista llamado Trout y…

—¿A Billy Trout?, ¿lo conoces?

Por fin el comentario hizo sonreír a Shirl. Cuando estaba seria parecía pasar de los cincuenta y carecer de toda vitalidad, pero la sonrisa le restaba quince años y de algún modo desvanecía gran parte de las canas que enmarcaban su rostro.

—Sí, ¿es que tú también lo conoces?

Shirl le lanzó una sonrisa como diciendo que no solo lo conocía, sino que podría contarle muchos cotilleos a propósito de él.

—Viene por aquí de vez en cuando —comentó Shirl, entornando los párpados con una coquetería maravillosa que le arrancó una sonrisa a Gericke.

El escritor no solo tenía planeado cimentar la personalidad de uno de sus personajes en Trout, sino que comenzaba ya a olfatearse una trama secundaria muy jugosa, basada en el enredo sexual del periodista sórdido de alma bella con la camarera solitaria pero todavía sexi de una cafetería. O algo así. Gericke sabía que

funcionaría. Un poco de sexo sudoroso y desesperado en plena oscuridad siempre animaba la historia.

—Estoy pensando en incluirlo en mi novela —dijo Gericke—. Naturalmente no con el nombre real, pero sí meter a un personaje con su personalidad.

Shirl soltó una carcajada.

—Bueno, eso no va a resultarte muy difícil, porque Billy es todo un carácter.

Un hombre empapado y con capucha entró entonces por la puerta, en el extremo opuesto de la cafetería.

—¡Maldita sea, Sonny, cierra la puerta! —gritó Shirl. Luego bajó el tono de voz y añadió en dirección a Gericke en tono de confidencia—: Y hablando de caracteres, este jamás contó con las neuronas suficientes como para captar cuándo arrecia la tormenta y es mejor quedarse en casa.

Gericke ocultó una sonrisa tras la taza de café y se giró para observar al recién llegado. No pudo ver el rostro de Sonny, que seguía en pie casi en el dintel e impedía que la puerta se cerrara con los talones. La lluvia había comenzado ya a formar un charco en el suelo de baldosas rojas.

—¡Vamos, Sonny! —gruñó Shirl con la voz con la que solía pedir los platos en la cocina cuando la cafetería estaba a reventar de camioneros esperando a que los sirviera—. Decídete, entra o sal. ¡Jesús!, ¿es que naciste en un pesebre?

Sonny dio un paso adelante, y Gericke frunció el ceño. El hombre se movía torpemente, de una manera extraña. ¿Estaría borracho a esas horas? El escritor pensó que quizá pudiera sacarle partido también a ese personaje.

Sonny dio un par de pasos hacia el interior y la puerta se cerró. Se giró a derecha e izquierda como si no tuviera muy claro dónde estaba.

—Venga, entra y siéntate —le dijo Shirl. El afecto que sentía por él sirvió para apaciguar el enfado—. Toma una taza de café caliente antes de que te pilles un constipado de… ¿muerte?

La última palabra sonó atragantada y débilmente, porque en ese momento Sonny levantó la cabeza y las luces fluorescentes borraron las sombras del interior de la capucha. Gericke se quedó paralizado. El rostro que apareció tenía dos colores: el blanco de la cera y un rojo oscuro. No parecía que la sangre le recorriera las venas bajo la piel, pero sí que le caía a chorros de los restos de la boca y por entre los dientes rotos.

—¡Madre de Dios! —gritó Shirl.

Shirl agarró una bayeta limpia y se apresuró a acercarse por detrás de la barra mientras le gritaba a Gericke por encima del hombro que llamara a la policía.

—Sonny… ¡Por el amor de Dios!, pero ¿qué te ha pasado? ¿Has tenido un accidente?

Shirl rodeó la barra y alzó la mano con el trapo. Su rostro expresaba tanto una clara repulsión como la fortaleza y la valentía de quien se hace cargo. Sonny se tambaleó hacia ella y alargó una mano como si aceptara la toalla. O un abrazo. O…

—No… —dijo Gericke. La palabra escapó de sus labios antes de que él mismo pudiera comprender por qué la pronunciaba. Fue una reacción instintiva, visceral. Inmediatamente después se bajó del taburete y la repitió en voz más alta—. ¡No!

Shirl le lanzó al escritor una mirada confusa.

Sonny saltó sobre ella y la aplastó contra la barra. Enredó los dedos en su pelo, le echó la cabeza atrás y expuso el cuello pálido. Hubo un grito, un gemido profundo, y después un estallido de rojo brillante que alcanzó a las luces del techo.

Para entonces Gericke ya se había puesto en marcha y había recorrido toda la barra. No tenía armas ni sabía luchar, pero eso no importaba. Se lanzó sobre Sonny a modo de táctica defensiva y lo tiró al suelo, de lado. Consiguió que soltara a Shirl. La sangre caliente le chorreó un lado de la cara mientras mantenía a Sonny clavado al suelo. Gericke oyó el sonido burbujeante y atragantado de Shirl al intentar pronunciar palabras. No pudo evitar preguntarse de una manera inconexa y distante qué imperiosa necesidad urgía a la camarera medio muerta a hablar, y qué era aquello tan importante que tenía que decir a pesar de tener la tráquea destrozada. Le habría gustado incluirlo en su siguiente novela.

Sonny y él cayeron al suelo y de pronto toda idea de escribir, todo diálogo y todo personaje curioso de novela se borraron de su mente. Solo le quedó una idea fija: la de apartar esos dientes manchados de rojo de su garganta.

No oyó abrirse la puerta. No oyó el sonido del viento y de la lluvia entrar en el bar, ni las pisadas pesadas y mojadas sobre el suelo de baldosines rojos de la cafetería.

Nick Pulsipher odiaba ese lugar. Ya cuando lo construyeron, allá por los años setenta, era un motel sórdido, pero desde entonces no había hecho más que empeorar. Con suerte conseguía alojar como mucho a un par de tipos decentes con familia, ansiosos por tomarse un descanso en una habitación barata tras cientos de kilómetros de viaje. También llegaban de vez en cuando ciclistas a los que merecía la pena

alquilar una habitación. En ocasiones aparecía incluso alguien de su estado natal, Nevada; personas que habían oído hablar alguna vez de Henderson, el pueblo en el que había crecido. Pero jamás llegaba nadie de Caliente, el lugar en el que había vivido antes de mudarse al este, a Stebbins. Al principio Nick había creído que pasar de recepcionista a director de una de las sucursales de la misma cadena de hoteles era un ascenso profesional. Tres años después, sin embargo, opinaba que si Caliente era el puto culo de América, entonces Stebbins era la mancha que dejaban los restos tras la limpieza. Y en cuanto a su carrera profesional, no formaría parte de los libros de historia.

Menos mal que tenía televisión por cable en el despacho, si es que la tormenta no la fundía también. Las luces ya habían comenzado a parpadear, y no se apostaba ni un billete de dólar roto a que no conseguirían pasar la noche entera con luz, electricidad y televisión por cable, todo intacto.

El ruido de la lluvia era como un bramido animal constante. Ojalá los clientes de las seis únicas habitaciones alquiladas se hubieran alojado en la luna. Esperaba que ninguno de ellos lo necesitara. No tenía ningunas ganas de salir fuera con esa tormenta. Con vientos como ese no había adónde agarrarse; uno acaba indefectiblemente arrastrado por la carretera junto con el lodo.

Rodeó el mostrador de recepción y se asomó por el ventanal. El toldo evitaba que la lluvia golpeara el cristal, pero a pesar de ello resultaba difícil ver el final del aparcamiento. El motel Crescent era una edificio cúbico en forma de ce, de modo que Nick podía ver el brillo de las luces de unas cuantas ventanas. Y el de una puerta. Nick se inclinó hacia delante. Sí, la puerta de la habitación 18, al final de la galería, estaba abierta de par en par, y el maldito viento estaba a punto de arrancarla de sus goznes.

—¡Hijo de puta! —musitó Nick.

La alfombra estaría empapada, y cuando se secara olería a ropa interior sucia y vieja. Nick vio a tres personas entrar corriendo, pero le fue imposible reconocerlas con esa luz tan escasa y con la espesura de la lluvia. La 18 la había alquilado una mujer que viajaba con su hija mayor a Washington D. C. por un asunto político. Al menos eso era lo que le habían dicho al registrarse. Iban a pasar una sola noche. Muy bien, perfecto. Pero no si en una sola noche le dejaban la alfombra empapada y una tarea de limpieza de aquí te espero.

Nick vio a otras dos personas más surgir del manto oscuro de la lluvia y entrar en

la habitación. Y luego otra. Y otra.

—¿Qué diablos está pasando?

¿Qué era aquello, una fiesta para celebrar la tormenta? ¡Qué tías más estúpidas!

La alfombra acabaría arruinada. El dinero para cambiarla salía del presupuesto de mantenimiento. Nick se llevaba un plus mensual que era un porcentaje extraído de lo que sobraba del presupuesto de mantenimiento al final de cada mes. Sustituir la alfombra de toda la habitación reduciría ese porcentaje a una miseria.

Así que consideró qué hacer; si llamar por teléfono o presentarse allí hecho una furia.

Decidió llamar.

El teléfono sonó y sonó. Nick soltó airadamente el auricular sobre el aparato, buscó en la ficha del registro el número del móvil de aquella mujer y llamó. Sonó tres veces, y después saltó el buzón de voz.

—¡Mierda!

Cogió la gabardina que colgaba de un gancho tras el mostrador y se la puso, y acto seguido se encasquetó una gorra de béisbol de los Pirates. Sabía que a pesar de todo acabaría empapado, pero estaba tan enfadado que le daba igual.

Abrió la puerta. Tuvo que luchar contra las garras del viento para volver a cerrarla. Se inclinó hacia delante y echó a caminar en contra del viento y de la lluvia como si atravesara un barrizal. El temporal de viento era fuerte, y el agua de lluvia estaba helada. A mitad de camino hacia el aparcamiento estaba ya empapado, le caían hilillos de agua por dentro de la ropa. La lluvia le azotaba la cara con la fuerza del granizo, y le caían gotas de las puntas de la larga barba. Iba con los ojos entrecerrados, pero vio a un grupo numeroso de gente reunida junto a la puerta abierta. Unos estaban en la habitación, otros fuera. Ninguno llevaba paraguas ni gorro para la lluvia. Permanecían en pie bajo el torrente de agua como si les importara un carajo. Nick estaba a poco más de veinte metros cuando ese hecho le dio que pensar.

Le faltaban solo diez metros cuando se dio cuenta de que todos estaban masticando. Mantenían las manos junto a la boca, absortos en lo que fuera que estuvieran comiendo.

—¡Demonios…!

¿Pero de qué coño iban? ¿Se trataba de una de esos estúpidos botellones en la puerta? ¿Cerveza, costillas y…?

Estaba a poco más de cinco metros cuando se dio cuenta de que se equivocaba.

Acerca de la naturaleza de la reunión. Y del menú. De todo, en realidad. Los que estaban más cerca alzaron la vista de la comida y se quedaron mirándolo con unos ojos en exceso oscuros y unas bocas demasiado rojas.

Nick estaba a tres metros cuando dejó de caminar y echó a correr.

Demasiado tarde, por dos metros.

Jillian Weiner sintió como si la oscuridad se cerniera sobre ella. Los tranquilizantes la adormecían por debajo del nivel de sensibilidad del dolor y del estrés, y la ola gigante, suave y oscura de la anestesia no tardaría en caer sobre ella para internarla en la dulzura de la nada. No sentiría el escalpelo cuando los médicos la abrieran para sacarle el apéndice. Y de todos modos, ¿a quién le hacía falta el apéndice? Sabía que le dolería cuando se despertara y que durante la recuperación sufriría todavía más, pero de momento… de momento era como bajar rodando por una colina cubierta de almohadas y seda.

Los ruidos comenzaron a sonar amortiguados, distorsionados, débiles. Apenas tenían sentido más que como un murmullo de fondo. Oía hablar al médico y a las enfermeras, e incluso entendía parte de la conversación, pero las palabras no tenía ningún sentido para ella, y su somnolencia era tan profunda que le daba igual.

—¿… diablos está ocurriendo ahí fuera…?

—… herido en el vestíbulo…

—¡Oh, Dios mío…! ¡Dios mío…!

—… por favor… ¡Oh, por Cristo…! ¡Por favor, no los dejéis entrar aquí…!

Los gritos se convirtieron en los chillidos de las gaviotas sobre la playa ociosa. Incluso cuando la sangre la salpicó, no era más que la espuma salada de las olas de verano.

Se estaba bien así, reflexionó. Era todo tan dulce, tan suave…

Jillian notó unas manos sobre ella. ¿Las de las enfermeras?, ¿las del médico? ¿A quién le importaba?

Ni siquiera necesitaba acordarse de qué era un médico.

O de por qué estaba allí.

La oscuridad flotaba a su alrededor e inundaba la sala. Las figuras que se movían por allí estaban pintadas en tonos verde menta y rojo brillante. Luego los colores se distorsionaron y ella se hundió más y más.

Sintió otras manos, manos más frías, sobre ella. Pero no le importó.

Sintió el pinchazo profundo de dientes. Era algo doloroso pero muy lejano. Olvidado, allá en la distancia, en otra parte.

Abrió los ojos justo antes de que la anestesia se la llevara por completo y echó un último vistazo a la sala. Un médico de rasgos indios con los ojos llenos de sangre se inclinaba sobre su estómago. Otro pinchazo, otro mordisco.

La anestesia terminó por hacer efecto. Jillian sonrió mientras el doctor Sengupta, las enfermeras y unos cuantos pacientes rodeaban la camilla y la devoraban.

63

Calle Mason, cerca de la calle Fábrica de Muñecas

Los muertos se acercaban al Cruiser. Para entonces el agente Saunders había dejado de gritar. Los gritos de Dez también se habían ido ahogando poco a poco en su garganta, conforme observaba a los monstruos a través del parabrisas cubierto de agua. La mayoría de ellos seguía apiñado en torno al cuerpo, pero algunos lo habían abandonado.

¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios, oh Dios…!

No había salida.

La lluvia comenzaba a caer de manera torrencial. Bloqueaba la vista por los cristales y le costaba trabajo ver qué estaban haciendo.

—¡Mierda! —jadeó Dez.

Se escurrió del asiento, se hizo un ovillo en el suelo e intentó desaparecer. La lluvia hacía tanto ruido que ni siquiera podía oír los gemidos de los muertos.

¡Por favor, por favor, por favor…!

Entonces oyó el crujido de los goznes de la puerta del conductor. No se atrevió a mirar. Oía ruidos débiles por encima de ella, alrededor de ella. Manos tocando. Cuerpos que golpeaban sin fuerza la carrocería del vehículo.

Contuvo el aliento.

Aquí abajo no pueden verme. No a través de las ventanillas, con esta lluvia.

Arañazos suaves de uñas sobre el cristal mojado y sobre el metal chorreando.

No pueden olerme. La lluvia huele a tierra mojada, a estiércol y a ozono.

El vehículo se balanceó como si… como si alguien se subiera.

¡Por favor, Dios… que no se hayan dado cuenta de que estoy aquí!

La lluvia provocaba un estruendo. Ahogaba todos los otros ruidos. Dez deseó que se la llevara consigo. El aire le ardía en los pulmones.

J. T., ¿dónde estás?

Fuera se oyó una especie de silbido al pasar otro coche por delante, y luego ese silbido fue cambiando de tono conforme aminoraba la velocidad.

—¡Eh! —gritó una voz—. ¿Estáis…? ¡Oh, por Cristo!

Chirrido de neumáticos. Neumáticos girando, girando, quemándose en cuanto se evaporaba el agua del asfalto y la goma comenzaba a echar humo. Un chirrido más

fuerte cuando por fin las ruedas se agarraron al pavimento, el rugido del motor al acelerar y marcharse el vehículo.

Y luego nada más que la lluvia. Mucha lluvia. Torrencial.

Caía sin parar. Producía un estruendo sobre el techo del coche y sobre el parabrisas trasero. Brisa helada y húmeda entrando por la puerta abierta.

Pero aparte del ruido de la lluvia… Nada.

Finalmente Dez tuvo que soltar el aire retenido en los pulmones. Era como una bola de fuego subiendo por el esternón.

Lo expulsó por la boca abierta. Lentamente, esforzándose por abrir al máximo la garganta. Sin constricciones, sin ruido. Exhalarlo todo. Retenerlo. Esperar. Inhalar. Silencio.

¡Dios… no dejes que me oigan!

Esperó a que las manos flácidas y muertas comenzaran otra vez a dar golpes sobre el cristal. Giró la cabeza un centímetro y miró para arriba, ansiosa por ver lo que estaba ocurriendo y aterrada ante la idea de que esos dedos blancos como gusanos se metieran por la rejilla.

Esperó. Observó.

Respiró calladamente como un fantasma mientras esperaba a que los muertos fueran a por ella y se la llevaran, la devoraran.

No tenía pistola. Saunders se la había quitado. Si lograban alcanzarla, si la infectaban, no tendría salida. Ninguna estrategia para escapar. Nada de salir pitando en un tren nocturno. Moriría, se la comerían y…

¡Dios, no permitas que me convierta en un monstruo!

¡Dios, por favor!

Por favor.

Por favor.

¡Mamá, por favor…!

Papá…

¡Por favor…!

La lluvia siguió cayendo, el viento siguió soplando.

Y Dez siguió esperando la muerte.

64

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono. Ahí fuera se está desatando un infierno. Tenemos la tormenta aparcada sobre el condado de Stebbins. Estamos padeciendo lluvias torrenciales y un temporal fuerte de vientos. Hay inundaciones ligeras y moderadas y nos llegan informes de carreteras cortadas. Las líneas de teléfono fijo y móvil se están llevando la peor parte en esta tormenta, que parece haber cortado toda comunicación con la policía y los bomberos. Esas son las malas noticias, y ojalá tuviera noticias buenas que daros a los que vivís en una caravana. Si podéis oír mi voz, entonces subid a los territorios más altos, cerrad la puerta y juntos capearemos el temporal.

65

Propiedad Conroy

Homer Gibbon caminaba de un lado a otro por el comedor. Selma Conroy permanecía en silencio. Él estaba nervioso, retorcía los dedos y desviaba bruscamente la vista de un sitio a otro. Se tambaleaba a cada paso que daba, luchando contra la rigidez de los músculos.

—Ese médico me mintió —soltó Homer—. Me mintió. ¡A mí!

Homer se giró, estiró el brazo por encima de la mesa y barrió de golpe los platos y las pilas de revistas y cartas que Selma había tardado una semana en ordenar. Luego le dio un puñetazo a la mesa, se apoyó en ella y sacudió la cabeza lentamente adelante y atrás.

—Creí que él me comprendía.

Selma siguió sin decir nada. Las revistas y las facturas sin pagar cubrían el suelo a su alrededor como las hojas caídas de los árboles.

Homer dejó de sacudir la cabeza y bajó la vista hacia sus manos. Las tenía manchadas de sangre. Eran manos frías, pálidas y…

… muertas.

Eso era lo que le había dicho Volker.

Eres una maldita cosa muerta. Esas habían sido las palabras textuales del doctor. Palabras traidoras y ponzoñosas. No era en absoluto la voz de la boca roja.

Alzó la mano derecha ante sus ojos y la examinó. La piel no tenía buen aspecto. No por los arañazos y la sangre, sino por otra razón. Tenía mal aspecto en un sentido más profundo, a un nivel mucho más inquietante.

Algo andaba mal.

Su carne… temblaba. Como tiembla la carne con los escalofríos cuando se contrae de frío. O como cuando tienes tanto miedo que parece como si la piel quisiera echarse atrás.

De ese modo. Solo que… No, no era así en absoluto.

Su piel… se ondulaba. Como si algo se moviera por debajo de la superficie.

Sin embargo apenas podía sentir nada. Tenía los brazos y las piernas rígidas y doloridas. Le dolía todo. Apenas podía resistirse a gritar cada vez que daba un paso.

Estás muerto.

Muerto.

Eres una maldita cosa.

Ese médico le había hecho algo. Él mismo lo había admitido. Le había inyectado una mierda científica. Parásitos o una cagada de esas. Era cierto que había tratado de hacer vudú con él.

Muerto.

Homer apretó el dedo índice de la mano izquierda contra la palma de la mano derecha. La piel tembló como si se retorciera.

—¡Oh, Dios, estoy jodido! —susurró Homer—. ¿Qué cojones me ha hecho?

Te condeno, señor Gibbon. Te condeno al sufrimiento hasta que comprendas.

—¿Sí?, ¡pues jódete tú, Doc! —continuó Homer con voz ronca—. Yo ya lo sabía. Siempre, toda mi vida lo he sabido. El ojo negro me lo enseña todo. La boca roja me dice todo lo que me hace falta saber. Puede que la hayas engañado, gilipollas, pero la boca roja te susurrará. ¡Ah, sí!, de eso no cabe ninguna duda. ¿A que sí, tía?

Selma no dijo nada.

—Pero ¿qué es lo que me has hecho, jodido Frankenstein?

Gibbon se hincó la uña en la piel. Sentía como si algo quisiera salir a la superficie desde el interior. Algo pequeño y húmedo. Sonrió con los dientes apretados en una mueca de odio y dolor y siguió clavándose la uña y arañándose la piel hasta hacerse una herida. No un arañazo rojo, sino un surco pálido. Pero solo consiguió enfadarse más. Continuó clavándose la uña, ahondando en el arañazo, y apretó y arañó constantemente arriba y abajo hasta hacerse un corte. Al mismo tiempo apretaba el puño para obligar a la sangre a salir.

Solo que lo que salió no era sangre. Era una porquería negra más espesa que el petróleo, repleta de hilillos blancos. No, no hilillos. Lombrices. O gusanos. Se meneaban y retorcían en cada una de las gotas negras que le salían del corte.

Homer Gibbon se quedó mirando esa sustancia pegajosa… y el enorme enjambre de bichos que crecían y florecían en ella. En su interior.

—¡No! —susurró Homer.

La verdad, lo que Volker le había dicho por teléfono y la evidencia de ello, reptando por sus venas, lo dejó atónito. Retrocedió igual que un borracho hasta chocar contra la pared. Se dejó caer al suelo y soltó un grito largo y desgarrado desde lo más hondo del pecho, capaz de rasgar el mundo.

—¿Tía?

Esa fue la única palabra lastimera que pronunció. Con una voz débil, casi la voz de un niño. La voz de una persona perdida.

La tía Selma no respondió.

No podía.

No tenía boca con la que hablar. Ni labios. Ni lengua.

Estaba sentada en el suelo, en medio de los platos destrozados, con la bata empapada con la sangre carmesí que brotaba de todas las bocas rojas que Homer Gibbon había abierto en su piel.

Homer se quedó mirándola sin comprender. Tardó casi un minuto en entender lo que estaba viendo. Tenía puntos negros en su mente, recuerdos oscuros y borrosos, tanto de sucesos recientes como de antiguos. Pero las palabras del doctor Volker sí las recordaba bien. Sí, se acordaba con claridad de cada una de ellas como si permanecieran agazapadas, susurrantes, detrás de su oído. Pero ¿y Selma…?

Homer sabía qué le había ocurrido a Selma.

Sentía el peso de su carne en el estómago. Comprendía lo que eso significaba. Solo que sencillamente no se acordaba de haberlo hecho.

En realidad no había querido hacerlo. No a Selma. No a ella.

Homer se irguió, se sentó, se quedó mirándola y trató de llorar. Se esforzó por derramar aunque no fuera más que una lágrima.

—¡Vamos, cabrón! —gritó como si Volker estuviera allí mismo, en el comedor—. Concédeme al menos eso. Deja que sea solo un poco humano.

Sintió cierto temblor en el punto lacrimal y alzó la mano con un alivio profundo para tocar con los dedos esa lágrima insignificante, brillante y húmeda, que tanto necesitaba ver. Pero el mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor. La gota húmeda de sus dedos era negra como el ojo negro. Y los gusanos nadaban en ella.

Gritó. Y esa vez el grito fue real, cargado con toda la energía de su odio y de su rabia.

Gritó una y otra vez. Se puso en pie de un salto y corrió por toda la casa hecho una furia, arramplando con todo lo que iba encontrándose por el camino. A la mierda con el dolor de los músculos; alimentaría ese dolor con su furia como si se tratara de gasolina. Rompió ventanas y arrojó sillas volando. Arrancó cuadros de las paredes y dio todas las patadas a todas las mesas que se le antojaron. Volcó el sofá, arrancó cortinas con los dientes y con las uñas y finalmente con un cuchillo de la cocina.

Y súbitamente se paró en seco.

La tía Selma estaba en pie en el dintel de la puerta del comedor. Su rostro era la máscara de la muerte, con las cuencas de los ojos vacías y el hueso al desnudo. La ropa le colgaba en jirones, teñida de rojo, enseñando una piel arrugada y hueca, sin cuerpo. Tenía algunos dedos rotos y mordidos.

—¿Tía?

Selma alzó las manos hacia él y gimió. Fue un gemido profundo y afligido de hambre ciega e insoportable. Homer se quedó mirándola, observándola arrastrar los pies hacia él. A pesar de estar a tres metros y pico podía ver la sustancia pegajosa caerle por entre los dientes desnudos sin labios. Y los gusanos… pululando en el interior.

Fue entonces, de repente, cuando Homer relacionó de golpe todo lo que Volker le había dicho sobre el Proyecto Lucifer, sobre el *coupe poudre* y los parásitos, con las cosas que había visto el ojo negro y con lo que la boca roja le había estado susurrando sin cesar toda su vida. Todo ello unido formaba un cuerpo de conocimiento. Observó la piel desgarrada de la tía Selma y se tocó su propia boca; comprendió instintivamente, al instante. Relacionó.

Homer había utilizado todos los instrumentos que había encontrado a su alcance a lo largo de los años, al servicio de la boca roja. Cuchillas, sierras, taladradoras, alicates, hachas, palos, tenedores e incluso instrumental odontológico. Cada una de esas herramientas había abierto una boca roja en la persona a la que él había sacrificado a sus propios dioses. Y de pronto…

Se tocó los dientes con los dedos, se palpó cada uno de ellos. Forma, tamaño, filo. Parecían dientes normales y corrientes, pero no. Ya no. Podía sentir el enjambre de gusanos pululando bajo las encías, en el interior de la lengua y en las paredes de la boca.

Sí, le susurró la boca roja.

Entonces oyó un golpe suave y un gemido en el sótano, y supo que era la dama de la parroquia, que intentaba subir por las escaleras. Lo supo sin verlo siquiera. De repente todo cobraba sentido. Todo estaba claro.

El estado lo había arrestado y encadenado, y el doctor Volker había tratado de transformarlo en la encarnación viva del dolor. Pero la vida de Homer la regía un poder superior más grandioso cuyo propósito comprendía por fin. Daba igual que la larva se transforme en avispa; todo giraba en torno a la transformación.

Por fin comprendía que, del mismo modo que la tía Selma había pasado de ser

carne viviente a sierva de la boca roja, él ya no era Homer Gibbon.

Él era la misma boca roja.

—¡Dios! —exclamó en voz alta, refiriéndose en realidad a sí mismo.

Sintió el hambre en su interior. Y en ese mismo instante notó que se desvanecían y desaparecían todas sus dudas y toda su confusión.

Abrió la puerta para dejar que la tía Selma saliera tambaleándose a la intemperie.

Rebuscó entre los trastos hasta que encontró las llaves del coche de la dama de la parroquia. Salió al porche sonriente, con las llaves en la mano. Su vida tenía un sentido.

Recordó un trozo del poema antiguo que solía repetir uno de los presos convictos de Rockview. Lo recitó en voz alta, en pie, sobre el escalón superior.

—Así es como acaba el mundo… —le susurró a la lluvia—. Así es como acaba el mundo… —le dijo al viento—. ¡Así es como acaba el mundo! —le gritó a la tormenta —. No con una explosión, sino con un mordisco.

Tercera parte

La tierra muerta

Aquel que, como yo, invoque a los demonios más malvados y a medio dominar que habitan en el pecho del hombre para enfrentarse a ellos, no puede esperar salir indemne de la lucha. —Sigmund Freud, *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Caso Dora)*

66

Magic Marti por la mañana
Radio Wahora, Maryland

—Aquí Magic Marti al micrófono. Nos han informado de que Harbison, el gobernador de Pensilvania, va a hacer una declaración pública, así que nos vamos al edificio del gobierno, en Harrisburg, para seguirla en directo.

—Amigos vecinos del estado de Pensilvania —comenzó el gobernador con una voz profunda y sombría—. Esta noche, a las siete en punto, declaro el estado de emergencia en el condado de Stebbins y el estado de alerta máxima en los condados siguientes: Beaver, Allegheny, Washington, Greene, Armstrong, Indiana, Westmoreland, Fayette, Somerset y Cambria. El gobierno federal y la FEMA, la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, nos han ofrecido su ayuda, que por supuesto yo he aceptado. He movilizado a la Guardia Nacional, que formará equipos de refuerzo para colaborar en la evacuación y otras tareas de rescate en las zonas afectadas por las inundaciones.

El gobernador hizo una pausa.

—No obstante, la tormenta no es nuestra única preocupación. Ahora que los Departamentos de Policía, los equipos de rescate y los bomberos están al límite de su capacidad, hemos recibido noticias de actos de saqueo y vandalismo. De momento estos hechos se reducen al condado de Stebbins, que es también la zona más afectada por la tormenta. Por eso he autorizado a la Guardia Nacional a proclamar la ley marcial en Stebbins de forma temporal. He impuesto el toque de queda, y los hombres de la Guardia colaborarán con las fuerzas locales de la ley para restaurar el orden.

»Es una lástima que unos cuantos corruptos se aprovechen de la mayoría, sobre todo en tiempos de crisis. Hemos sido testigos de actos de cobardía oportunistas semejantes durante el huracán Katrina y durante la ola de terremotos de Haití.

»Pero estoy convencido, y siempre lo estaré, de que la abrumadora mayoría de la gente de este estado glorioso de Pensilvania trabaja hombro con hombro junto a su vecino para salvar vidas, proteger la propiedad y hacer todo cuanto sea necesario para sobrevivir. No permitiré que unos cuantos actos atroces enturbien la paz, y prometo

que con el tiempo el orden se restablecerá de la manera más conveniente.

»Quiero rogarles a todos aquellos que se encuentran en las zonas afectadas que sigan las instrucciones de la policía, de los equipos de emergencias y de los servicios de noticias. Permanezcan a salvo en casa, y recen por aquellos que están en peligro. Saldremos de esta crisis y veremos juntos el final de la tormenta. Muchas gracias a todos, y que Dios bendiga a los vecinos del estado de Pensilvania.

67

Calle Mason, cerca de la calle Fábrica de Muñecas

Dez estaba acurrucada en el suelo del asiento trasero del coche con el cuerpo apretado como un puño. El Cruiser de la policía estatal permanecía inmóvil y helado. Fuera, el viento seguía soplando como un monstruo incansable.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. ¿Treinta minutos?, ¿más? Más, probablemente. Sabía que se había quedado dormida a pesar de todo lo que estaba ocurriendo, a pesar de la urgencia del momento y a pesar de toda lógica. Había sido su única vía de escape para evadirse.

Durante el sueño creía haber oído el traqueteo de armas automáticas, gritos de hombres y de mujeres y rugidos de motores de camiones. Pero de pronto despertaba y no oía nada.

Le dolían todos los músculos del cuerpo a causa de la tensión que suponía permanecer absolutamente quieta. Y le dolía la cabeza terriblemente por el golpe que se había dado cuando recibió una descarga de la táser. También le dolía el pecho por los nervios, por mantenerse en silencio cuando el llanto la desgarraba por dentro.

Y tenía frío. ¡Dios… tenía tanto frío! El viento de noviembre se colaba por la puerta abierta y era como la hoja de un cuchillo cortante. Una lluvia helada iba escurriéndose por los alambres de la jaula y formando un charco bajo ella. No había forma de escapar del frío. Las gotas de lluvia le calaban la trenza y le quemaban el cuero cabelludo como si estuvieran hirviendo, sobre todo en la herida. Le resbalaban por el cuello de la camisa hasta la cinturilla de los pantalones, le calaban la ropa interior y la hacían temblar de frío.

Él me ha abandonado.

Esas cuatro palabras permanecían fijas en su mente como un eco congelado en el tiempo. Sabía que no era una idea lógica, pero ¿qué tenía que ver ya la lógica con el mundo que la rodeaba? La lógica se había evaporado en el tanatorio de Doc. La lógica era la carne desgarrada y los huesos mordisqueados. La lógica había muerto.

Él me ha abandonado.

Dez se lo había advertido. Naturalmente que se lo había advertido. Le había dicho que no saliera del coche. Pero él no le había escuchado. Jamás escuchaban. Esa era la lección que aprendió cuando le rogó a su padre que no se marchara a Kuwait, cuando

se lo suplicó de rodillas, aferrada a sus piernas. Sus lágrimas le habían empapado la tela de los pantalones, y su padre se había visto obligado a apartarla de sí. La frustración de él era tan grande que le había gritado. Le había dicho que creciera.

Dez sabía que era un error que su padre se marchara allí. Porque ahí fuera, en la oscuridad, había monstruos. Siempre había monstruos ocultos entre las sombras, justo al borde de tu campo de visión, listos para llevarte con ellos.

Pero su padre se había marchado de todos modos.

Aquella mañana terrible del último día en el aeropuerto él había intentado arreglar las cosas. Se había arrodillado, le había acariciado el pelo rubio y le había dado un beso en la nariz. Y le había dicho: «No te preocupes, Calabacita, ya sabes que yo volveré a por ti».

Eso le había dicho.

No que volvería con ella.

Sino a por ella.

Y acto seguido se marchó. Seis semanas más tarde era ya para siempre; su helicóptero había estallado en los cielos de Arabia a causa de una granada disparada por un lanzagranadas accionado por un compañero de su propio pelotón. Fuego amigo, lo llamaban.

Mamá ya se estaba muriendo cuando recibió la noticia. Abandonaba a Dez con cada aliento, conforme el cáncer la devoraba con su voracidad incansable. Cuando el hombre del Ejército le leyó la carta, mamá sencillamente cerró los ojos y desvió la cara a otro lado. Una única lágrima de plata cayó sobre la almohada. No volvió a pronunciar palabra. Su madre se marchó tres semanas después. Ella también se alejó de Dez. Primero se ensimismó en su propio dolor, luego se internó en la oscuridad y finalmente bajo tierra.

Por aquel entonces Dez estaba en segundo. Demasiado joven para comprender los misterios de la muerte, pero lo suficientemente madura ya como para saber que antes o después todos nos abandonan. Por una razón o por otra. Su padre se lo había demostrado. Lo mismo que su madre.

Lo mismo que todos los demás.

Incluso ese compañero. Ese tipo joven llamado Saunders.

La había abandonado.

Estaba sola.

Con los monstruos.

Así que, ¿por qué no echarse a dormir?

¿Por qué no dejase caer en el agujero más profundo y oscuro que se abría en su mente? Allí estaba a salvo, porque allí estaba completamente sola. Nadie podía abandonarte cuando estabas sola.

Permaneció en el suelo del coche y escuchó el traqueteo de las gotas de lluvia sobre el techo. Se quedó allí, luchando contra los escalofríos. Tratando de no hacer caso del frío. Tratando de no pensar en el dolor de los músculos constantemente contraídos.

Preguntándose por qué seguía viva. Preguntándose por qué los monstruos no la habían atrapado. No podía huir. Estaba esposada, herida, indefensa. Carne en el congelador para esos cabrones.

Dez trató de escuchar el sonido de los gemidos ensartados en el viento y en la lluvia. Escuchó. Y escuchó. Pero no oyó absolutamente nada más que el ruido de la tormenta.

¿Por qué?

Se quedó allí, dolorida y ansiosa, esperando a que llegara J. T. No para rescatarla. No era ese su punto de vista, ni siquiera en ese momento. Dez no necesitaba que nadie le salvara el culo. Ni siquiera J. T., que era el único hombre que jamás la había decepcionado, el único hombre que no pensaba con el culo. Los refuerzos, sin embargo… eso sí que habría estado genial. Luchar hombro con hombro con otros polis… habría sido un buen momento para hacerlo.

—Vamos, colega —susurró Dez—. Échame una mano aquí.

Pero J. T. no apareció. Por mucho que se lo pidiera.

Dez llegó a pensar incluso en Billy Trout. Dios, menudo marica de mierda. Aun así, deseó que estuviera allí. Podría haber hecho una lista muy larga con los defectos de Billy. Para empezar, era demasiado emotivo; eso era lo peor. Sin embargo, si él abría la puerta del coche en ese instante, Dez estaba dispuesta incluso a arrastrar el culo hasta el altar. Si Billy conseguía abrir la cerradura de las esposas follaría con él hasta dejarlo ciego; quizá incluso tuviera con él un hijo o dos, tal como él quería. Se lo prometió a Jesús y a todos los santos mientras yacía en el suelo, empapada y congelada.

Cerró los ojos y recordó lo caliente que estaba él siempre. La sensación que le producía su piel era como la de la caricia del sol, incluso cuando hacían el amor en pleno invierno. Recordaba haber hecho el amor en invierno. Desnuda y aferrada a él

como los copos de nieve del exterior, abrazando ese cuerpo y esos miembros bronceados con brazos y piernas mientras el calor de sus alientos se mezclaba al jadear y respirar el uno en la boca del otro. El calor en el centro de su ser, mientras ambos movían las caderas creando esa fricción tan antigua como el mundo mismo y tan frágil como un copo de nieve. Recordaba el calor al penetrarla él, cuando Billy gritaba su nombre como si esa única palabra constituyera la entrada en el paraíso. Y el calor de después, mientras él la abrazaba, le acariciaba el pelo y le susurraba promesas en plena noche, y a su alrededor el mundo entero se congelaba como un testigo perfecto.

Entonces se acordó del calor de sus ojos el último día, cuando entró en la caravana con un ramo de flores y un anillo y se encontró con Gran Ted. Los ojos de Billy se habían llenado de un fuego azul, Dez creía poder sentir el ardor de ese fuego en el momento en el que la caldera de su corazón se partía.

Billy. Él sería el último calor del mundo que ella recordaría.

—¡Billy! —lo llamó a gritos, saboreando las letras de su nombre—. ¡Billy… lo siento!

Pero Billy Trout tampoco apareció.

—¡Maldito seas! —le dijo a la tormenta, fingiendo que sus lágrimas eran gotas de lluvia.

Nadie iba a buscarla. Nadie en absoluto. Ni J. T., ni Billy. Ni siquiera la policía estatal.

Pero…

De pronto Dez abrió los ojos.

¿Por qué?

¿Por qué no aparecía nadie?

¿Por qué no aparecían los muertos?

Quiso moverse; lo necesitaba. Pero necesitaba todavía más comprender por qué. Saunders la había abandonado y los muertos lo habían hecho pedazos. Dez había gritado, y entonces los muertos se habían arrastrado hasta el coche. Hasta ella.

Solo que… no la habían atrapado. La puerta delantera estaba completamente abierta.

Tendría que arriesgarse. Sabía que esa era la apuesta más peligrosa que había hecho nunca antes incluso de moverse un ápice. Y la más tonta, lo cual era ya decir mucho.

Estiró la pierna izquierda.

Los músculos comenzaron a lanzar un grito largo y lento de dolor mientras la flexionaba y luego estiraba la rodilla. Entonces se quedó helada al darse cuenta de otra cosa terrible.

Tenía la pierna derecha muerta. No podía ni siquiera sentirla.

¡Dios! Miles de pensamientos pasaron por su cabeza a voces. Los muertos la habían alcanzado. Estaba muerta… igual que ellos. Se estaba muriendo.

Esas ideas chocaron unas con otras como las bolas de billar, sin lógica alguna. Dez se balanceó a un lado y a otro, tratando frenéticamente de apartar la parte muerta de su cuerpo de sí.

Entonces sintió una ola de dolor intenso y repentino a lo largo de la toda la pierna y de la cadera muertas, y con la misma rapidez se dio cuenta de que el miedo la hacía pensar estupideces. Las terminaciones nerviosas de su pierna despertaron como alfileres y agujas dispersos, conforme la sangre comenzaba a circular por los músculos que habían permanecido aplastados hasta el entumecimiento debido a la postura y al frío.

—Eres una imbécil —se dijo a sí misma casi sin voz, pero en un tono serio de reproche y de rabia tal que habría podido congelar un arma recién disparada—. Eres una imbécil y una gilipollas.

Solo que para Dez los reproches eran como latigazos. La ponían furiosa, y la ira era para ella la única arma para luchar contra el miedo. La hacían arder en deseos de destrozar algo. A sí misma o a la primera persona con la que se encontrara y a la que pudiera gritar.

A pesar de todo se movió con precaución. Lentamente. Estiró los miembros entumecidos con la sonrisa de dolor en los labios que esbozan a menudo los atletas durante la terapia física. Adorando ese dolor. Detestando la debilidad. Esforzándose por recuperar la fortaleza corporal. Y escuchando al mismo tiempo cualquier cambio en el ruido ambiental. En busca de lamentos.

Pero nada.

Se sentó. Tardó cinco minutos. Tenía las muñecas arañadas y en carne viva por las esposas, pero le dio las gracias a Saunders por haberse apiadado de ella y no haberle atado las manos a la espalda. Eso habría sido una sentencia de muerte. Sujetas por delante… todavía le quedaba una posibilidad.

No podía ver el exterior por la ventanilla. Era demasiado bajita y el cristal estaba empañado por la condensación. Lo cual significaba que tenía que ponerse en pie en el

asiento.

—Vamos, vaca perezosa.

Levantó las manos y metió los dedos por las ranuras de la malla de alambre que separaba el asiento de atrás de los de delante. Le dolían los dedos por el frío, pero despachó ese dolor a la caldera de la ira que ardía en el centro de su pecho. Apretó los dientes y tiró para arriba, apoyándose en ambas piernas. Era como arrancarle la transmisión a un camión de reparto, pero su cuerpo se movió.

Por fin estaba en el asiento.

Inmediatamente se tumbó, se estiró en el asiento y siguió tratando de oír los lamentos. Siguió escuchando cualquier cosa que pudiera ocurrir en respuesta al ruido que había hecho.

Pero ni la lluvia ni el viento cambiaron de tono.

Dez se irguió muy despacio hasta sentarse otra vez.

Se inclinó y trató de mirar a través de la ranura de la puerta del conductor, pero no tenía un buen ángulo. Lo único que pudo ver fue un trozo de asfalto y las olas diminutas de agua sucia cayendo por el lateral.

Se balanceó hacia la ventanilla trasera izquierda y utilizó la manga de la camisa para limpiar el cristal de la condensación. Fuera, todo seguía sumido en la niebla, las formas estaban borrosas por el caer constante de la lluvia. Pero aun así… esas formas eran permanentes. No se movían.

¿Qué les había ocurrido a los malditos muertos?

No tenía sentido.

Hasta que de repente lo tuvo.

El golpeteo de la lluvia sobre el techo era parte de la respuesta. El ruido. Y el olor de la lluvia, cargada de ozono y rica con los olores de la tierra y del barro circundante; esa era la segunda parte. Los muertos no podían ni oírla, ni verla. Por el caer constante de la lluvia. No podían, oculta como estaba en la parte de atrás del Cruiser con las ventanillas llenas de condensación.

—¡Están ciegos!, ¡que se jodan! —dijo en voz alta.

Sonrió. Pero esa vez esbozó una sonrisa verdadera.

Entonces bajó la vista al suelo. Al lugar en el que había estado escondida. Imaginándose a sí misma, viendo en qué se había convertido. En algo diminuto. Roto. Destrozado. Abandonado.

De repente levantó la cabeza y comenzó a olisquear a su alrededor como un

spaniel, con los ojos fijos en el este, como si pudiera ver a través del coche, de la tormenta y de los edificios, y atisbar la escuela primaria.

Donde estaban los niños. Donde habían llevado a todo el mundo.

¿Estarían atrapados? ¿Abandonados por sus padres, que no habían podido ir a buscarlos a causa de la tormenta? ¿O abandonados por padres que habían tropezado con otras dificultades? Como Saunders.

—¡Cristo! —gritó.

Dez rebuscó por los bolsillos con la vana esperanza de que Saunders se hubiera dejado puestas las llaves de las esposas por descuido. No hubo suerte.

Maldito fuera.

La jaula era de alambre fuerte y jamás podría salir de allí. Las puertas no tenían picaporte por el interior.

Pero las ventanillas…

Dez las miró con desdén. Había destrozado unas cuantas en sus buenos tiempos. Con la porra, con la linterna. Con un palo en más de una ocasión. Incluso con la cabeza de Rufus Sterko, tras arrestarlo por darle una descarga eléctrica a su mujer con un cable. Las ventanillas no eran tan duras. Los cristales de seguridad estaban hechos para resquebrajarse al recibir el tipo de impacto adecuado.

El problema sería el ángulo y la resistencia. No podía ponerse en pie, que era el mejor ángulo para golpearla. Y hacerlo tumbada significaba que no tendría nada realmente sólido sobre lo que apoyarse. Sería cuestión de puro músculo y velocidad. Sobre todo de velocidad.

Dez se giró, se tumbó en el asiento y se estiró, doblando las rodillas de modo que pudiera apoyar los talones sobre la ventanilla. Después se agarró con las manos esposadas al cinturón del asiento, respiró hondo y dio la patada.

Sus talones rebotaron contra el cristal y se golpeó la boca con las rodillas. Se aplastó el labio inferior contra los dientes. Notó el sabor de la sangre y un dolor fuerte en todo el labio. Pero el cristal seguía entero.

—¡Hijo de puta! —gruñó Dez.

La rabia alimentó todavía más la caldera de la ira, así que le dio otra patada. Y otra. Y otra.

El cristal se resquebrajó, de modo que con la patada siguiente Dez perforó la ventanilla y la desintegró. Lanzó los cristales fuera, mezclados con la lluvia; no obstante los dientes afilados de cristal que permanecieron sujetos al marco de la puerta

le arañaron los tobillos y las pantorrillas.

Dez volvió a meter las piernas en el coche. Su pecho explotaba de rabia y de dolor. Le salía un hilillo de sangre de cada pantorrilla, y la lluvia entraba por el hueco, arrastrada por el viento helado.

Una vez más se quedó inmóvil, escuchando la tormenta.

Seguía sin oír gemidos. Ni arrastrar de pies sobre el asfalto mojado.

Dez se inclinó hacia delante con precaución y sacó la cabeza por el hueco de la ventana. Miró a derecha e izquierda.

El autobús seguía ahí, pero eso era todo. No quedaba nadie. Ni siquiera los restos de Saunders. ¿Se lo habrían comido entero, con los huesos y la ropa y todo? No, eso era una tontería.

Pero no quedaba nadie. De eso estaba segura. Igual que uno se da cuenta de algo malo cuando lo tiene encima. Saunders estaba en alguna parte, hecho jirones de arriba abajo, pero caminando. A la caza de carne.

El estómago le dio un vuelco.

Deja ya de pensar en tonterías, cobarde, se gritó a sí misma. *Sal del coche. Sal… y márchate.*

Dez sacó las manos por el hueco de la ventanilla y tanteó en busca de la manilla de puerta. La encontró, metió los dedos torpes y helados, tiró para arriba y abrió la cerradura. Empujó la puerta con la rodilla y en un abrir y cerrar de ojos estaba fuera, apresurándose a agazaparse y a observar la carretera.

No se veía ningún movimiento, más que el del viento y la lluvia.

Se arrastró por el lateral del coche hasta la puerta abierta del conductor, buscó la palanca de apertura del maletero y tiró de ella. Después siguió avanzando agachada hasta la parte trasera del coche, cubriéndose con él en todo momento y asomándose de vez en cuando para mirar a su alrededor. Pero no se veía a nadie. Se enderezó y abrió el maletero de par en par.

Y entonces sonrió.

Ahí estaba su sombrero. Su cinturón con la cartuchera, su Glock y su llavero.

Dez cogió las llaves, buscó las de sus esposas y probó a ver si podía soltarse. Cuando por fin consiguió abrirlas, arrojó las esposas lo más lejos que pudo con una mueca de desagrado.

Se ató el cinturón con fuerza alrededor de las caderas. Durante el forcejeo con Andy se le había acabado el espray de pimienta. Pero no importaba, porque de todos modos esa mierda no funcionaba con los hijos de puta muertos. Sacó el cargador de la

Glock. Le quedaban nueve balas, más la de la recámara. Esa no era una buena noticia. La que sí era una buena noticia era que había escopetas sujetas al reverso de la puerta del maletero. Solo que eran balas de fogueo. Servirían para golpear y tirar a los muertos al suelo, pero no para matarlos.

Las llaves del Cruiser estaban… ¿dónde?

Volvió al asiento del conductor, pero el hueco de la llave de contacto estaba vacío.

Saunders, como buen un oficial de policía disciplinado como una hormiguita, se había llevado las llaves. Mierda.

Dez se giró y examinó la carretera con la esperanza de ver el brillo del metal sobre el asfalto. Pero no hubo suerte.

En teoría Dez sabía cómo hacerle un puente a un coche, pero necesitaba un destornillador o alguna herramienta. Y además tenía los dedos tan entumecidos por el frío que no estaba segura de poder tirar siquiera de un gatillo.

Miró a su alrededor mientras consideraba las distintas alternativas que se le presentaban. Tenía el coche aparcado en la estación de servicio, a poca distancia de allí. Pero se había dejado las llaves dentro del maletín, en el Cruiser de la policía que conducía siempre, y la unidad se había quedado en el Turks. A kilómetros de allí.

Y si la policía estatal seguía creyendo que ella era una loca asesina, si todavía no habían comprendido la realidad, entonces volver a la estación de servicio a recoger el coche era el modo más rápido de conseguir que la arrestaran por segunda vez. Dez sabía que eso no podía permitirlo, incluso aunque tuviera que disparar a un par de policías en la rodilla.

¿Sería capaz de matar a un policía si era necesario?

Calibró el peso del arma en la palma de la mano. Las balas de fogueo podían ser un modo de abrirse paso entre ellos.

O podía simplemente esquivar a toda la lata de gusanos y buscar otra solución.

Alzó la vista hacia la carretera. La escuela elemental estaba a tres kilómetros de allí. Un trayecto largo y frío corriendo, con la lluvia. Su caravana estaba a una distancia similar, pero en dirección sudeste.

Quedaba muy apartada, pero sentía la llamada del hogar. Tenía un baúl con cerradura en el dormitorio. Y dentro, Dez guardaba dos rifles de caza, una escopeta, una Sig Sauer del nueve, una Raven Arms .25 y cajas de munición suficientes para empezar toda una maldita guerra.

Además Rempel, el encargado del cámping, tenía un Toyota Tundra. Un coche con

el que se podía atravesar un muro de ladrillo. Dez no tenía ningún inconveniente en darle una paliza para llevarse el coche si Rempel no se lo prestaba. O en dispararle a la rodilla, si venía al caso. En realidad era un gilipollas.

No estaría mal ponerse ropa de abrigo, recoger la chaqueta y el equipo antidisturbios, meter las pistolas y toda la munición en el Tundra y conducir desde allí hasta la misma puerta de la escuela elemental. Dez se mordió el labio. No era un plan genial y además era una pérdida de tiempo, pero era la única estrategia con la que al final ella salía de allí viva. Ella y los niños.

El viento sopló. La carretera permaneció vacía.

¿Adónde demonios había ido todo el mundo?

Y ya para el caso, ¿dónde estaba J. T.? ¿Preso, sudando la gota gorda en una jaula? ¿O se habría parado también el policía que lo conducía a la comisaría?

—Maldita sea, colega —le dijo al viento—, no me dejes tú también.

Su tono de voz sonó estrangulado al decirlo. Y eso la puso furiosa.

—¡Mierda! —le gritó al viento—. Siempre igual.

Dez se giró y corrió por la carretera camino a casa. En busca de armas.

68

Calle Bixby
Condado de Stebbins, Pensilvania

Homer Gibbon se alejó de la granja de la tía Selma conduciendo por diversas carreteras secundarias. No tenía ni idea de dónde estaba su tía. Al llegar a la casa de unos vecinos, Selma se había bajado del coche, había subido las escaleras del porche y había llamado a la puerta. Homer estaba ya casi a medio kilómetro de distancia cuando oyó los gritos. A la dama de la parroquia la había dejado en la puerta de la iglesia. Le había parecido la elección más acertada. Se marchó de allí partiéndose de risa.

El cochecito horroroso de la dama de la parroquia iba traqueteando y dando brincos por las carreteras llenas de baches; estuvo a punto de quedarse atascado en el barro dos veces. Pero lo llevaba bien. Había sintonizado radio Wahora e iba escuchando a Magic Marti hablar de la tormenta. Notó cómo le cambiaba la entonación de la voz al comenzar a leer las noticias sobre los brotes de violencia en el condado de Stebbins.

La información lo desorientó durante casi un minuto, hasta que comprendió.

Así que mientras conducía, trató de darle un sentido a la cadena de sucesos acaecidos desde el momento de la ejecución hasta ese instante. Se acordaba de la aguja y de que se había quedado dormido.

Luego recordaba haberse despertado y haber visto al hombre del tanatorio. Y después a la mujer rusa fea. Sabía que había luchado con ellos y que los había mordido.

Ese había sido el primer bocado sabroso.

En realidad no era la primera vez que Homer probaba la carne humana; en una ocasión se había comido unos cuantos trocitos de una camarera de una cafetería. Sin embargo, sí que había sido la primera vez que había comido carne humana por pura necesidad más que únicamente por curiosidad.

¡Y qué voracidad!

Despertar en una bolsa para cadáveres había sido muy extraño. ¡Jodida bolsa! Era oscura, resultaba aterradora; igual que hallarse en el vientre materno o en un ataúd. Pero peor todavía era el hambre. Era una sensación tan profunda, tan tremenda, que

había estado a punto de darse un mordisco a sí mismo. Y lo habría hecho, de no haber abierto entonces la bolsa el director del tanatorio y haberse inclinado sobre él. Deliciosamente cerca.

Homer se preguntaba si el director de la funeraria y la rusa se habrían despertado. Igual que la tía Selma y la dama de la parroquia.

Sí, no cabe duda, se dijo. Habían regresado como esclavos del ojo negro, y a esas alturas probablemente andarían ya por ahí, propagando la verdad de la boca roja.

Lo cual era… Homer buscó una palabra lo suficientemente grandiosa y gloriosa para calificarlo.

Era perfecto.

Delicioso. Y divertido.

Homer apretó el botón para bajar la ventanilla del coche, sacó la cabeza a pesar de los trallazos de la lluvia y gritó en plena tormenta: «¡Que te jodan, Volker!».

Estuvo cinco minutos riéndose. Ese cabrón de médico viejo no lo había castigado. Ni lo había condenado, ni nada semejante. Volker le había dado las llaves del reino maldito. Lo había hecho más poderoso.

Le gustaba esa palabra, «poderoso». La había aprendido en un episodio del doctor Phil.

«Poderoso». Repetirlo era placentero.

Lo único que le molestaba era el hecho de que la tía Selma y la dama de la parroquia parecieran un poco… De nuevo Homer trató de buscar la palabra exacta. Pero la única que encajaba era «agilipolladas».

Reflexionó un rato acerca de esa segunda palabra, pero siguió sin gustarle. Le parecía irrespetuosa. No, agilipolladas no. Huecas. Como la cáscara de un coco. Sin nada dentro, excepto el hambre. La tía parecía no conocer ni su nombre. Por supuesto que no podía hablar sin cara, pero es que ni siquiera respondía a su nombre. La dama de la parroquia seguía teniendo cara, pero tampoco hablaba. Simplemente «eran».

¿Serían todos así? Homer estaba considerando el asunto cuando una figura salió tambaleándose de entre los arbustos y se quedó parada en medio de la carretera. Pisó el freno y giró el volante varias veces como un loco para evitar que el Cube diera vueltas de campana y chocara contra los árboles que la tormenta había arrancado y arrastrado.

—¡Gilipollas! —gritó Homer. Pero luego se detuvo y trató de atisbar algo a través del vaivén de los limpiaparabrisas. Conocía a ese hombre. Sonrió—. ¡La hostia!

El hombre se giró hacia el coche y se quedó mirándolo con unos ojos oscuros y vacíos por completo de toda emoción, excepto la del hambre. Llevaba colgando los restos de una bata azul sobre la ropa de calle. Iba todo él cubierto con tanta sangre seca que ni siquiera la lluvia abundante había podido diluirla. El rostro que lo observaba a través del parabrisas era el mismo que se había inclinado sobre él tras abrir la cremallera de la bolsa de cadáveres: el director de la funeraria. Homer salió del coche y entonces el hombre cambió de rumbo y se dirigió hacia él. Dio dos pasos rápidos, como si estuviera listo para atacar.

Homer sabía que quería atacarle. Después de todo tenía hambre; él mismo conocía esa sensación de voracidad en sus propias tripas.

El hombre se detuvo y se quedó unos instantes bajo la lluvia con aire de estar desorientado. Su mirada estaba… hueca.

—Me temo que no soy tu mejor bocado, amigo —le dijo Homer.

Al oír la voz de Homer el director de la funeraria alzó la cabeza. Una levísima sombra de perplejidad cruzó por sus rasgos muertos. Después se giró y echó a caminar a trompicones en la misma dirección del principio, antes de que Homer se detuviera. Al otro lado de la carretera había un campo de cultivo y más allá… una granja.

—Estupendo —comentó Homer con aprobación.

Más adelante, en la misma carretera, había también movimiento. Homer vio a un policía salir del bosque. Tenía la garganta y la camisa desgarradas, y los ojos negros y muertos. El poli cruzó la carretera y siguió caminando en la misma dirección que el director del tanatorio.

—Mejor que estupendo.

Homer volvió a subirse al coche. Se sentía satisfecho. Había estado haciéndose preguntas, pero el universo acababa de darle la respuesta. Sin ambages.

Los seres huecos, como la tía Selma y el director de la funeraria, no eran muy distintos de los gusanos que él tenía debajo de la piel. Hacían lo que tenían que hacer; era la voluntad de la boca roja la que iba al volante.

—¡Perfecto! —exclamó al tiempo que le daba un puñetazo de entusiasmo al volante.

Subió la ventanilla, metió la primera marcha y siguió conduciendo. Kilómetro y medio después llegó a un cruce. Giró a la izquierda en dirección al pueblo de Stebbins y desde allí se desvió a la derecha para coger la carretera 381 hacia el límite del

condado.

Entonces vio por el retrovisor un Humvee de estilo militar que pareció materializarse de pronto como un fantasma que saliera de detrás de una cortina de lluvia. Segundos después apareció un camión de transporte de tropas. Y luego otro.

Homer esperó a que la boca roja le dijera qué hacer, pero el interior de su cabeza estaba en silencio. Entonces se acordó de que él era la boca roja.

Las larvas seguían pululando bajo su piel. El estómago le rugió.

Seguía delante del cruce. ¿Qué camino tomar, izquierda o derecha?

Hizo su elección y sonrió. Incluso puso el intermitente, solo para fastidiar.

69

Calle Mayor
Pueblo de Stebbins

Dez Fox corría por la acera. La calle Mayor estaba desierta. En cualquier otra ocasión habría maldecido a la tormenta a gritos, pero ese día se no se atrevió.

La lluvia reducía la visibilidad a una docena escasa de metros. Más allá era todo una confusión gris. Las siluetas se materializaban de pronto de forma amenazadora. Y cuando eso ocurría se ponía nerviosa, levantaba la escopeta y deslizaba el dedo por el gatillo. Pero solo dos pasos después descubría que se trataba de un buzón, de unos cuantos tallos de maíz atados para Halloween y abandonados, o del recortable metálico del vendedor sonriente del concesionario de coches usados Dollar Bill's. O sea, de una insignificancia. No era ninguno de ellos.

A kilómetro y pico del cámping donde estaba la caravana se encontró con tres cuerpos muertos tirados en medio del asfalto. Dos hombres y una mujer. Civiles. Los tres cuerpos estaban prácticamente acribillados a balazos y hechos pedazos con un arma automática. Tenían varias heridas en la cabeza.

El pavimento estaba cubierto de casquillos. De balas de 5.56 x 45 mm, la munición que utilizaba la OTAN. Es decir, M16.

Dez comprobó los alrededores y vio huellas de neumáticos de camiones y marcas de botas de al menos una docena de personas sobre el barro.

La Guardia Nacional. No podía tratarse de otra cosa. El pecho se le hinchó de esperanza. Si había llegado la Guardia, entonces alguien estaba utilizando la cabeza. Alguien había pedido un refuerzo de categoría. Y por fin había llegado la Guardia Nacional para dar patadas en el culo y exigirle a todo el mundo su nombre e identificación.

Siguió corriendo mientras las preguntas saturaban su cabeza. ¿Qué sabía el gobierno? ¿Acaso sabía algo realmente? La Guardia podía estar allí para reforzar los márgenes de los ríos con sacos de arena o evacuar a la población. Puede que hubieran disparado simplemente en respuesta a un ataque. Y si era así… ¿habría resultado herido algún soldado?, ¿habría recibido alguno de ellos un mordisco, y resultado infectado por tanto?

Esa era la idea más horrible de todas, porque la Guardia trabajaba a lo largo y

ancho de todo el estado. Y habría sido un verdadero desastre que fueran los buenos los que extendieran la mierda por los alrededores en sus misiones de rescate.

Entonces se dio cuenta de que eso ya había sucedido, y el estómago le dio un vuelco. Era exactamente lo que había ocurrido con Andy Diviny y con los otros polis. Con el jefe Goss. Y probablemente también con Saunders.

Alguien tenía que advertírselo a la Guardia.

—¡Mierda!

Dez aceleró el paso. Correr tanto le producía dolor de cabeza, pero no le importaba. Siguió corriendo cuanto pudo, a pesar del peso de los zapatos, cubiertos de barro.

Medio kilómetro más adelante encontró respuestas a algunas de sus preguntas. Primero vio el humo y nada más girar en una curva vio un coche ardiendo. Un Toyota RAV4. El vehículo estaba envuelto en llamas por completo, la carrocería estaba repleta de perforaciones de bala, las ruedas se habían derretido y los cristales habían desaparecido. Y alrededor había cientos de casquillos.

Había seis cuerpos. Dos seguían todavía en el Toyota, atados ambos a sillitas infantiles en el asiento de atrás, carbonizados.

—¡Dios, no!

Dez se giró espantada y embargada por el pesar. Los cuerpos de la carretera eran todos de adultos. Dos mujeres y dos hombres. Dez conocía a las mujeres. Katie Gunderson y su hermana Jeanne. Ambas casadas y con hijos en edad preescolar.

Muertas.

—¡Dios…!

Tirado en el suelo, parcialmente debajo del cuerpo de Jeanne, estaba el cuerpo de un hombre al que Dez recordaba vagamente por haberlo visto en las fiestas y en los acontecimientos importantes del pueblo. Un granjero. No tenía ni idea de cómo se llamaba. Los tres cuerpos estaban cosidos a balazos. Era evidente que el granjero estaba infectado. Tenía el rostro y el cuello desgarrados a base de mordiscos. Sin embargo Dez no vio ni el menor rastro de mordiscos o del fluido negro en los cuerpos de las mujeres.

El último cuerpo era una verdadera incógnita, y de nuevo le produjo un profundo pesar.

Era un soldado de la Guardia Nacional, con el traje blanco de protección contra materiales peligrosos totalmente desgarrado. Dez se agachó y le levantó la máscara

antigás con cuidado. Vio el rostro de un hombre joven, probablemente de unos veinte años. Tenía un mordisco en la mano izquierda, pero no era esa herida la que le había provocado la muerte. Alguien le había metido tres balas en la frente.

Pero… ¿por qué razón no se habían llevado a las personas infectadas para ponerlas bajo cuarentena, por qué no les daban algún tipo de tratamiento? ¿Y por qué habían dejado el cuerpo allí? Tanto si había muerto a consecuencia del mordisco como si lo habían asesinado por miedo a la infección, ¿cómo era posible que hubieran dejado tirado el cuerpo así? Abandonar de ese modo a un soldado iba contra todas las reglas del Ejército. Ni siquiera se habían llevado la placa de identificación. Le habían volado la cabeza y lo habían dejado tirado.

Y eso no era lógico en absoluto.

A menos que…

—¡Oh… Dios! —exclamó Dez alto y claro, consciente del pánico que se reflejaba en su tono de voz.

No era lógico en absoluto, a menos que la Guardia Nacional tuviera miedo de que se tratara de una plaga. A menos que la plaga fuera tan peligrosa que tuvieran que prohibir incluso mostrarle el debido respeto a un soldado muerto.

Dez se lamió las gotas de lluvia de los labios. ¿Hasta qué punto era peligrosa la infección? Bajó la vista hacia los cuerpos y después contempló al soldado.

¿Se habría contagiado ella?

Los muertos tenían secretos. Y su silencio parecía burlarse de ella, parecía prometerle cosas terribles.

Entonces oyó una serie de chasquidos. Al principio no comprendió qué era ni de dónde procedía, pero al volver a oírlos otra vez cayó en la cuenta. Eran las interferencias de un walkie-talkie.

Lo encontró debajo de la cadera del soldado muerto. Dez arrancó un puñado de hojas de un arbusto junto al pavimento y limpió el aparato de sangre y de barro. Comenzó a toquetearlo mientras echaba a correr otra vez por la carretera, camino al cámping. Nada más encontrar el canal en el que se oía a gente hablar, disminuyó la velocidad, apretó el botón para escuchar y se tapó el oído contrario para disipar el ruido de la tormenta. Se oían muchas voces y mucha cháchara superpuesta la una sobre la otra, y casi todos los tonos de voz delataban tensión. El resultado era una maraña de la que Dez solo pudo entresacar unos cuantos fragmentos.

—… los últimos polis estatales que quedan están en el perímetro de seguridad…

la primera línea de tiro con la retaguardia a veinte metros… los helicópteros están en tierra… dos coches de granjeros han tratado de saltarse la barricada sur… el equipo de incineración del Centro de Control de Enfermedades se ha retrasado por culpa de la tormenta…

Solo había captado algunos fragmentos, pero le bastaba con eso. Bastaba y sobraba para convencerla de que lo mejor era no pronunciar ni una sola palabra por el walkie-talkie. Si eran capaces de matar a los suyos y a los civiles…

Había oído la expresión «zona Q» al menos una docena de veces. Zona de cuarentena. Tenía que referirse a eso. Y eso era bueno y malo. Bueno para el resto del estado, o quizá para el resto del condado. Pero malísimo para ella y para sus conciudadanos de Stebbins. Aunque no la sorprendía; simplemente confirmaba sus peores miedos.

Casi los peores. Porque había oído otra frase en medio de la cháchara. Cuatro palabras, en realidad. Cuatro palabras terribles.

… disparad nada más verlos…

Dez se guardó el walkie-talkie en el bolsillo de la chaqueta y comenzó otra vez a correr. Más rápido aún.

Siguieron apareciendo otros cuantos coches más y camiones en la penumbra, pero todos ellos siempre con un aspecto normal. Todos aparcados, sin ningún signo de violencia.

Hasta que se encontró con un segundo Cruiser de la policía estatal.

Estaba aplastado contra un poste de teléfonos a escasa distancia de la carretera que conducía al cámping. Tenía la parte frontal como un acordeón, doblada sobre el trozo de poste que quedaba en pie. Los cables de teléfono yacían en el suelo como una telaraña deshecha. Todo a su alrededor estaba salpicado de trocitos de cristal de seguridad que resplandecían cuando les caían las gotas de lluvia.

Dez alzó la escopeta mientras se aproximaba al vehículo por un ángulo en diagonal. El parabrisas había recibido un impacto fuerte y se había cuarteado como una telaraña a partir del agujero. El conductor, que seguía como si nada, sentado y con el cinturón puesto, se había dado un golpe fuerte contra él. Por la gravedad de la herida y por el hecho de que no había marcas de haber derrapado en la carretera, Dez concluyó que iba a mucha velocidad y que no había frenado.

Había filas de perforaciones de bala a lo largo del lateral del copiloto. Los casquillos tirados en el asfalto eran de una M16. Las cuatro puertas estaban abiertas.

Dez se lanzó sobre el coche y apuntó con el arma, metiendo dentro el cañón.

El asiento del copiloto estaba desgarrado y destrozado, y tenía un charco de agua de lluvia sanguinolenta de dos centímetros y medio de espesor que iba derramándose sobre otros más pequeños a su alrededor. De pie, como una isla desolada en medio del charco, había trozos de carne y un dedo pulgar izquierdo de hombre.

De inmediato dio con el nombre cruel que describía lo que estaba viendo.

Las sobras.

Dez tragó amargamente y comprobó el asiento trasero. Había más sangre allí también.

Pero sangre, ¿de quién? El pulgar era de un hombre blanco; no era de J. T.

—Vamos, colega —murmuró Dez—. Cuéntame un final feliz para esta historia.

Pero allí no había nada más que contar.

Dez se dirigió a la parte trasera del vehículo. El maletero estaba abollado y abierto. La escopeta no estaba. Dez trató de sonreír, esperanzada ante la idea de que hubiera sido J. T. el que hubiera salido sano y salvo de allí. Pero el asiento trasero también estaba manchado de sangre.

—¡No…! —jadeó Dez, que al oír la palabra que ella misma había pronunciado comenzó a concebir dudas y a llenarse de pavor—. No, venga, no…

El golpeteo de la lluvia era tan fuerte que Dez no oyó las pisadas mojadas tras ella. Pero de repente unos dedos helados la agarraron de los brazos y la arrastraron hacia atrás.

70

Límite del condado de Stebbins

Billy Trout desvió bruscamente el Explorer hacia la cuneta y se detuvo detrás de la valla publicitaria de una tienda de artículos de Navidad abierta todo el año.

—¿Por qué paras? —quiso saber Cabra.

—¡Mira! —contestó Trout, señalando a lo lejos.

Cabra trató de vislumbrar algo a pesar de la tormenta. Cien metros más adelante, casi invisible a causa de la lluvia incesante, una fila de vehículos militares se apresuraba a lo largo de la carretera Hank Davis Pike que atravesaba el límite del condado para entrar directamente en el pueblo de Stebbins. Se trataba de, al menos, una docena de camiones militares y dos Humvees con ametralladoras instaladas en el techo. Entraban en tropel y ni siquiera reducían la velocidad cuando llegaban a un cruce; se saltaban los semáforos en rojo. Solo se detuvo el último vehículo, que salpicó barro por el costado. Los soldados saltaron fuera de inmediato y comenzaron a sacar barreras en forma de equis de la parte trasera del camión. Las colocaron atravesadas en la carretera por la que se entraba en el pueblo. Pertenecían a la Guardia Nacional e iban vestidos con ponchos para la lluvia, pero los M16 asomaban como cabestrillos por debajo.

Bajo los ponchos llevaban los trajes blancos de protección contra materiales peligrosos.

—¡Vaya! —exclamó Cabra—. Esta mierda debe de estar completamente fuera de control.

—Sí —murmuró Trout con sequedad—. ¡Dios!, hay que conseguir sacar a la luz esta historia. ¡Maldita sea…! Ojalá funcionaran los teléfonos. ¡Joder con la tormenta…!

—Déjate de mierdas de tormentas, Billy. Las comunicaciones estaban cortadas antes de que empezara a llover. Esos maderos han cortado las líneas y han obstruido las antenas de las torres de comunicación por móvil, y tú lo sabes. Necesitaríamos un teléfono vía satélite o un enlace de radiotransmisión para poder sacar la noticia fuera.

—Pero supongo que tú no tienes nada de eso, ¿verdad? —preguntó Trout, concibiendo ciertas esperanzas.

—Te aseguro que si lo tuviera, ya lo habría usado —contestó Cabra mientras

observaba a los soldados de la Guardia—. Estamos jodidos, Billy. Jamás lograremos entrar.

—Puede ser, ya lo veremos. Déjame pensar —dijo Trout, que giró la cabeza y miró más adelante en la dirección por la que habían llegado, pensando y sin dejar de morderse el labio inferior—. Vale, esta carretera está bloqueada, pero hay otras cuatro carreteras importantes que llevan al pueblo. La de Hank Davis cambia de nombre y pasa a ser Fábrica de Muñecas en cuanto se rebasa el embalse. Luego está Sawmill por el oeste, Brayer Bridge por el sudeste y Sandoval, que cruza el límite del condado hasta Maryland. Esas también estarán bloqueadas, no cabe duda. ¿Qué otras carreteras quedan?

—¿Te refieres a las carreteras secundarias? —preguntó Cabra—. Alrededor de un millón.

—Justo. Así que si ahora solo están bloqueando las carreteras grandes, todavía podemos entrar por una secundaria. ¿Cuál es la más cercana?, ¿la avenida Forest… o esa carreterita estrecha que pasa por la hacienda Miller?

Cabra parecía indeciso.

—Espera, amigo, vamos a pensar esto bien primero. ¿Por qué razón exactamente quieres entrar en el pueblo?

—¿Lo preguntas en serio?

—Tan serio como un ataque al corazón. Piénsalo, colega. Doc Volker ha infectado a un asesino en serie paranoico con un puñado de parásitos que, probablemente, van a volverlo más loco y más sanguinario todavía que antes, y encima esos parásitos van a extenderse como la pólvora. Dijo que lo que induciría a los bichos a dispersarse sería… ¿qué palabra utilizó?… la necesidad de comer y reproducirse. Estamos hablando de zombis que merodean por ahí, que seguramente van mordiendo a la gente o haciendo Dios sabe qué para proliferar.

—Exacto —convino Trout.

—Entonces, ¿por qué leches se nos ocurre siquiera la idea de entrar?

—Somos periodistas…

—¿Sí? Guárdate esa mierda para los paletos, Billy.

Trout se giró en el asiento antes de contestar:

—Vale, dejémonos de gilipolleces. Todo el mundo sabía que se nos iba a echar encima esta tormenta, así que a estas alturas habrán evacuado la escuela de enseñanza media y habrán llevado a todos esos chicos a la escuela elemental en autobús. Es el

refugio principal del pueblo. Es muy probable que estén llevando allí también a los viejos del asilo Sunrise House y a todos los que vivan en las zonas bajas que puedan quedar inundadas. Eso supone… ¿cuántas personas? ¿Unas dos mil? Y más de la mitad de esas dos mil personas son niños.

—La mayoría de los padres ya habrán ido a recogerlos.

—Puede que hayan ido los que viven al norte y al este, pero a los del sur y a los del oeste también los habrán evacuado. O puede que los soldados los hayan parado cuando iban de camino a recoger a sus hijos. Puedes darle todas las vueltas que quieras, Cabra, pero en ese colegio debe de haber cientos de niños, y puede que otros tantos viejos, y gente del pueblo que no tiene adónde ir. Estarán encerrados en ese refugio.

—Vale, ¿y qué?

—Que si no tienen ni idea de a qué se enfrentan, entonces dejarán entrar a cualquiera que se acerque. Y eso incluye a gente infectada. Gente a la que han podido morder. Ya has oído lo que ha dicho Volker, que esa cosa es muy contagiosa. Basta con que dejen entrar a una sola persona infectada para que Lucifer 113 se extienda por todo el refugio como la pólvora. Todo el mundo se contagiará y morirá, Cabra. Y me da la sensación de que los militares no van a impedirlo.

—No pueden dejar que se muera todo el mundo —protestó Cabra, apartando la vista.

—Sí pueden —insistió Trout—. Somos nosotros los que no podemos permitírselo. No podemos permitir que Stebbins acabe borrado del mapa.

Cabra sacudió la cabeza y preguntó:

—¡Joder!, ¿pero quién te has creído que eres?, ¿el capitán Venganza? ¡Si a ti ni siquiera te queda familia en Stebbins!

—Sigue siendo mi pueblo, Cabra. Todos mis amigos viven aquí.

—Y Dez Fox también, ¿verdad? —continuó preguntando Cabra. Al ver que Trout no respondía, Cabra asintió para sí mismo y añadió—: No puedes dejar que te coman los zombis o que te dispare la Guardia Nacional solo por una chavala que ni siquiera te echaría una meada encima ni aunque estuvieras ardiendo.

Trout no dijo nada.

—Billy, si entras ahí te va a pasar lo mismo que a todos los demás.

—Puede —soltó Trout—. O puede que me encuentre a Dez o a J. T. o a alguien que esté dispuesto a llevar a todo el mundo al refugio para encerrarnos allí y acabar

con esto.

—¿Y los infectados?

—Comprobaremos que no entra nadie con un mordisco. Nadie que parezca enfermo.

—¿Y qué vas a hacer con ellos? ¿Dispararles?

—¡Demonios, chico!, ¿quién te has creído que soy? No, los encerraremos. En la escuela hay aulas de sobra… Apartaremos a los infectados, a cualquiera que pueda estar infectado, y lo encerraremos hasta que todo esto se haya pasado. Ya encontrarán los federales el modo de curarlos y de rescatarnos.

Cabra se quedó mirándolo un rato largo.

—Joder, ojalá fuera yo tan optimista. No dudaría en gastarme todo el sueldo en boletos de lotería rotos —comentó Cabra, que sacudió la cabeza y entonces declaró—: Escucha, si quieres jugar al capitán Venganza, adelante. Pero no cuentes conmigo para eso. Yo…

—Tranquilo, Cabra. No te estoy pidiendo que vengas conmigo. De hecho, incluso preferiría que no vinieras. Prefiero que salgas de aquí. Consigue que alguien te lleve a Bordentown o a cualquier otra parte. A un lugar en el que estés a salvo.

—¿Por qué? —preguntó entonces Cabra, frunciendo el ceño.

—Porque así podrás llevarte la noticia contigo —contestó Trout, que sacó las memorias de Volker y su grabadora del bolsillo—. Asegúrate de que la verdad salga a la luz si las cosas acaban mal.

Cabra no hizo ningún movimiento para salir del coche.

—Billy… esto es una tontería.

—Sí, pero desde que Volker pronunció la palabra «zombi» por primera vez nada ha vuelto a ser ni racional, ni normal.

—Escucha —dijo Cabra, que cogió las pruebas de manos de Trout—, haz una cosa por mí, ¿de acuerdo? Antes de nada, ve al despacho y busca el aparato portátil pequeñito de enlace vía satélite que utilizamos para las noticias en vivo. Está en mi despacho. También hay un teléfono viejo vía satélite. El Ejército puede cortar las líneas de comunicación e internet, pero no van a cargarse un satélite.

—¿Puedo ponerme en contacto contigo con eso? —preguntó Trout.

—Claro —afirmó Cabra, que acto seguido le explicó cómo funcionaba el aparato —. Puedes comunicarte conmigo por el Skype. Con el teléfono vía satélite tendrás audio, pero no vídeo, aunque por lo menos podremos hablar. Avísame con él cuando

subas un vídeo. Llévate una de mis cámaras digitales. Toma vídeos de todo. De los zombis, de los soldados. De la gente muerta por las calles, de los niños escondidos en el colegio. Todo lo que pueda ser noticia. ¡Demonios, pero si todo es noticia!

—Bien —asintió Trout—. Eso es exactamente lo que necesitamos. Tenemos que conseguir que la noticia salga a la luz.

Cabra asintió y se quedó contemplando los campos llenos de barro por la ventanilla.

—Bordentown está a unos seis kilómetros y medio de aquí —dijo. Luego desvió la vista hacia la cartera de aspecto pesado, con el portátil y las cámaras. La caminata por el barro iba a ser una paliza, pero Cabra simplemente suspiró. Se volvió hacia Trout y añadió—: Dime una cosa, Billy. Si tú estuvieras al mando de esta operación militar… ¿qué harías? ¿Te gustaría… no sé, tirar una bomba nuclear y borrar este pueblo del mapa?

Trout soltó una risita cínica y contestó:

—No. Aunque supongo que habrán montado una barrera infranqueable y acojonante alrededor de todo el condado. Pero no… no lo volaría todo con una bomba nuclear, y no creo que ellos lo hagan tampoco.

—Eso es bueno, porque…

—Probablemente tirarán un par de bombas de aire-combustible —lo interrumpió entonces Trout—. Incinerarán todo el pueblo. Es lo más eficaz, la mejor manera de evitar cualquier riesgo.

Cabra se quedó mirándolo.

—¡Por Jesucristo, Billy…! ¿Me estás diciendo que lo más razonable es que los militares maten a todos los hombres, mujeres y niños del pueblo en el que te dispones a entrar? Es una completa locura.

—Lo que hizo Volker es una locura. Lo que ha hecho la CIA, permitiendo que Lucifer 113 se desarrolle hasta este punto, es una locura. ¿Pero quemar el pueblo y salvar a todo el país o incluso a todo el planeta? Es una medida dura pero práctica. No, no me mires así. No te estoy diciendo que sea eso lo que tienen que hacer, solo que es lo que yo creo que van a hacer.

—¡Demonios, Billy! —exclamó Cabra, que alargó una mano y añadió—: Cuídate, por favor.

—Y tú también, chico. Nos vemos cuando todo esto termine.

Cabra sacudió la cabeza y salió del coche. Se quedó en pie, expuesto al viento,

bajo la lluvia que le resbalaba por la cara mientras el Explorer volvía a incorporarse a la carretera. Inclinó los hombros hacia delante para hacer frente al frío y echó a caminar lo más deprisa que pudo, con la tormenta en contra.

71

Calle Mayor

Dez chilló al sentir que unas manos heladas tiraban de ella hacia atrás, pero de inmediato dio un paso en ese mismo sentido con fuerza y decisión, plantó el pie en el suelo y utilizó la pierna para hacer palanca y girar todo su cuerpo con rapidez. Y mientras se daba la vuelta alzó la escopeta al nivel de la cabeza y utilizó la culata para asestarle un golpe en la mejilla a un hombre alto vestido con un mono de mecánico. Le destrozó los huesos de la cara, pero el golpe le dejó a ella los brazos temblorosos.

El hombre se tambaleó hacia atrás y durante un segundo horrible Dez pensó que acababa de atacar a un superviviente. Pero entonces él recuperó el equilibrio y se dio la vuelta para mirarla a la cara. Tenía un ojo medio cerrado y la miraba con el otro desde las profundidades de un pozo ensangrentado, pozo cuya carne había sido desgarrada. El resto de la cara colgaba a tiras como harapos.

Una risa burlona de alivio escapó de su pecho. Se trataba solo de un muerto.

Un muerto viviente.

Lanzó una risotada sonora, alzó la escopeta y disparó. Dez creía que estaba cargada con cartuchos de perdigones, pero la ráfaga de balas cargadas con el doble de plomo le voló la tapa de los sesos a la criatura, que cayó desplomada al suelo encharcado con un ruido extraño.

—¡Sí, jodido cabrón, tú vas a ser el primero! —gritó Dez—. ¡Uau! ¡Voy a cargarme a todos estos hijos de puta!

Dez se quedó mirando el cuerpo del muerto viviente con las piernas abiertas, los brazos cruzados y el pecho subiendo y bajando conforme se le inflaba y desinflaba. Se aferraba a la escopeta con tal fuerza que tenía los nudillos del blanco de los huesos. Sentía cómo los últimos resquicios de su sensatez y de su salud mental se iban desvaneciendo. En parte incluso deseaba volverse loca. Echar a correr por la calle gritando y jurando, disparar a cualquier cosa que se moviera hasta quedarse sin municiones y meterse directamente en medio de la muchedumbre de muertos. Darles de patadas, hincharlos a puñetazos y a mordiscos, inflarlos a golpes hasta que tuviera que arrastrarse por el suelo, utilizando todos los trucos sucios. Pero todo ello a lo grande. La muerte de un guerrero. Como cuando los chacales derriban al león. Era el sueño de cualquier instructor de lucha libre: morir en pleno combate, vadeando por el

mar de sangre del enemigo, mientras ellos se ahogaban en la tuya.

Reconoció al muerto viviente. Fred Wortz. Granjero, también cultivaba maíz, y sus terrenos se extendían a lo largo de las proximidades del cámping. Un pedazo de la calavera de Fred se desgajó y cayó al suelo mientras Dez lo contemplaba. Fue una visión grotesca, y de pronto se echó a reír a carcajadas cada vez más estrepitosas hasta que la risa se convirtió en el chillido de una gaviota y se desintegró en un sollozo. Poco faltó para que hincara las rodillas en el suelo.

¡Basta!, le gritó una voz en su interior. *¡Basta, basta, basta…!*

El llanto se quebró y acabó en un ataque de tos. Pero no volvió a echarse a reír.

—¡Que te jodan! —le gritó a la lluvia, a la tormenta y a las sombras heladas que se arremolinaban en el viento—. ¡Que os jodan!

Los gritos fueron tan fuertes que le quemaron la garganta. Pero la tormenta se los tragó por entero y sorbió los ecos antes de que pudieran llegar a sus oídos.

Le dolía que se tratara de Fred. Dez se había tomado unas cuantas cervezas con él, sentados en sillas de jardín a las puertas de su caravana. Habían hablado de fútbol, de la marcha de la guerra en Afganistán. Era un error que ella lo hubiera matado. Por mucho que supiera que en realidad ya estaba muerto. Pero ¿qué podía importar ya eso en un día como aquel? Lo único que importaba era que ella lo conocía. Era un colega de copas. Un amigo. Y de pronto él estaba muerto. Exactamente igual que el agente Saunders. Y que el jefe Goss, Sheldon Higdon, Doc Hartnup… y todos los demás. Todas las personas a las que conocía estaban muriendo. Todos la abandonaban. Todos.

El estómago le dio un vuelco. Dez se apartó y vomitó sobre el barro.

Entonces oyó algo en medio del rugido de la tormenta, tras las sacudidas ondulantes de las ráfagas de lluvia.

Gemidos.

No de una sola voz.

De muchas.

Muchísimas.

Se quedó escrutando la lluvia con ojos de loca.

—¡Vamos, maricones! —gritó Dez mientras apretaba la culata de la escopeta contra el hombro y disparaba al viento. Una y otra vez. Se giró, disparó, volvió a girarse y a disparar. Desperdició los cartuchos de plomo en la tormenta, pero no le importó—. ¡Vamos, venga, vosotros…!

Sus palabras acabaron desintegrándose en un lamento que por fin la hizo caer al suelo de rodillas. Sacudió la cabeza. Los gemidos seguían fluyendo hacia ella a través de la lluvia.

—¡No puedo! —lloriqueó Dez mientras las lágrimas, los mocos y las gotas de lluvia se mezclaban en su rostro—. ¡No puedo hacerlo…!

No sin J. T., si J. T. estaba muerto. Y probablemente Billy también lo estuviera, el muy bastardo. Y el jefe, y Flower… y… y todos. Todos muertos. ¿Cómo iba a seguir adelante sin ellos?

Soltó la escopeta, que cayó sobre el asfalto, y se derrumbó. La cabeza le colgaba entre los hombros; a duras penas sostenía los hombros, apoyando las palmas de las manos en el suelo. Voces, mil tonos distintos de su propia voz, le hablaban en el interior de la cabeza. Le decían que se pusiera en pie. Que se rindiera. Que lo dejara todo al azar. Le decían que todo saldría bien, que ya no tenía de qué tener miedo. Que era solo un sueño. Un sueño en el que su padre aparecería para dejarla en la cama, arroparla, darle un beso de buenas noches y arreglarlo todo. Era solo un sueño. Nada más que un sueño.

Los gemidos se transformaron en el tarareo de una nana. Una docena de tonos distintos tararearon con la voz de su padre.

Pase lo que pase, Calabacita, yo siempre volveré a tu lado.

Volver a su lado.

Dez alzó la vista y abrió los ojos desesperadamente como si esperara ver a su padre salir arrastrándose de la lluvia con el cuerpo retorcido y destrozado por la explosión que había acabado con su vida. Papá volviendo a su lado. Para llevársela. Para devorarla del mismo modo que querían devorarla aquellos monstruos.

—¡Por favor! —gritó Dez.

Los gemidos se oían cada vez más fuertes. Dez cerró los ojos. Quizá le doliera, pero ¿y qué? No duraría mucho.

No duraría mucho. Y luego…

¿Luego qué?

Las voces murmuraron, gritaron y susurraron, pero ninguna de ellas tenía una respuesta.

Luego, ¿qué?

¿La muerte? Sin duda… de eso estaba segura.

Pero luego, ¿qué?

Dez oyó un ruido. Un roce suave. Alzó la cabeza unos centímetros y abrió los ojos bizqueando, como si la cegara una luz brillante o como si tuviera miedo. Las gotas de lluvia se balanceaban como péndulos en sus pestañas.

Vio un pie. Pequeño, con una playera de color rojo fuerte. Medias blancas.

Alzó la vista. Medias blancas, falda escocesa y debajo… Sangre.

El rostro que salió de la lluvia podría haber sido el suyo hace mucho, mucho tiempo. Ojos azul claro, pelo rubio del tono del maíz. Mejillas redondeadas. Una preciosa niñita.

Una…

… niñita…

La niña alargó las manos con un gesto delicado y lastimero. Una cría ansiosa de calidez, ansiosa por sentir la seguridad de unos brazos fuertes que la sostuvieran y la alejaran de los fantasmas.

Lo mismo podría haber sido ella.

Solo que no lo era.

—Por favor… —susurró la niñita.

Eso fue lo que la mente de Dez trató de contarle, la mentira que creó su propia ansiedad. *Por favor*. Pero era mentira, y Dez lo sabía. Algunos fragmentos de su mente todavía eran capaces de darse cuenta. Las voces de su cabeza gritaban esa mentira, pero una parte más profunda de su ser respondía con un susurro. No.

La niña no había dicho nada.

No podía.

Lo único que podía hacer era gemir. Emitir un ruego hueco, implorando para satisfacer un hambre gigantesca e infinita. Dez miró a la niña a los ojos. Había visto los ojos de otros muertos vivientes. Los del jefe Goss… y los de otros. Y no había atisbado absolutamente nada en ellos. Pero por una décima de segundo en los ojos de esa niña creyó ver el brillo de algo más; era como si mirara a través del cristal mugriento de una casa embrujada y viera el rostro pálido y suplicante de un fantasma. Un segundo antes de que aquella cosita se lanzara sobre ella y la atacara, Dez vio la sombra de una niña pequeña gritándole desde la más profunda oscuridad.

Fue el instante más terrible de toda su vida. Peor que la muerte lenta de su madre, a la que el cáncer redujo a una parodia esquelética de lo que había sido. Peor que el fantasma de su padre, que había creído ver entrar en su cuarto meses después de haberlo enterrado en un ataúd sellado. Peor que todos esos años sin parar de beber

para olvidar y de follar, tratando de sentir algo. Peor que todo lo sucedido ese mismo día junto.

El rostro sollozante de esa niña, atrapado en el interior de aquella cosa sin cerebro en la que se había convertido, era peor que cualquier otra cosa. Peor incluso que todas las voces que gritaban en su cabeza.

Así que Dez también se puso a gritar.

Y con un movimiento rápido y fluido, como si llevara toda la vida practicando solo para ese instante, Dez cogió la Glock, apuntó y disparó certera y directamente a las dos luces de la casa embrujada. La niña cayó hacia atrás sobre el asfalto. Dez se inclinó sobre ella y escrutó sus ojos oscuros. Se acercó más y más para mirar. Sin embargo lo único que vio fue el pálido reflejo de sí misma en sus pupilas negras y en su iris, de un azul cada vez más sombrío. El fantasma había muerto.

Y los gritos de la cabeza de Dez… también desaparecieron. Así de simple. Espantados hasta el silencio únicamente por la onda explosiva del arma. Se desvanecieron y cayeron al suelo como los casquillos gastados.

Dez Fox alzó la cabeza. Se oían otros gemidos en la tormenta, acercándose. Siluetas lentas de cuerpos oscuros y rostros pálidos emergían de las sombras de la manta de agua de lluvia. Dez permaneció allí unos segundos más, contemplando a la víctima del asesinato que ella misma había cometido. Pero no le pidió disculpas. El crimen no era suyo.

Ella había salvado a la niña.

Entró en una calle secundaria. La caravana quedaba ya a poco más de un kilómetro. Tenía que dirigirse allí. Recoger las armas. Coger la camioneta de Rempel. Y desde allí ir a la escuela elemental. Al colegio público de Stebbins, al final de una carretera secundaria. Con su gimnasio para la liga de los aficionados al baloncesto. Su salón de actos para reuniones y fiestas de Navidad. Su sótano diseñado como refugio civil para emergencias y desastres naturales.

Un paraíso a salvo… o una despensa bien provista, dependiendo de la perspectiva de cada cual.

Con todos los niños del condado de Stebbins dentro. Todos los niños y las niñas.

A la espera de ayuda.

A la espera de su ayuda.

Los muertos vivientes iban a hacer una carnicería con ellos. O si no la hacían los muertos vivientes, entonces la haría la Guardia Nacional. Dientes, balas o una jodida

bomba de aire-combustible. De un modo u otro, no quedaba nadie para protegerlos. Todos los demás habían salido huyendo o habían muerto.

No quedaba nadie excepto Dez.

—No —le aseguró Dez a la tormenta, a los gemidos y a su propio dolor—. ¡No!

Dez se enfundó la pistola y corrió.

72

Límite del condado de Stebbins

Justo después de girar en una curva, Billy Trout se salió de la carretera y atravesó una pantalla de arbustos para internarse por un camino de ciervos que serpenteaba entre dos granjas. Los arbustos volvieron a cerrarse a su paso, y si algunos de los helechos quedaron aplastados o rotos, sin duda lo atribuirían a la tormenta. Había árboles caídos por todas partes así que, ¿qué podía importar un poco de maleza destrozada?

Las ramas y los macizos verdes arañaron los laterales del Explorer que, con los brincos debidos a los baches y a las raíces de los árboles, levantó una ola de barro que llegó hasta las ventanillas.

El camino rodeaba las granjas de Miller y de Rubino, y después cruzaba una carretera pavimentada que lo llevaría directamente a la parte trasera del aparcamiento del edificio desde donde se emitía *Noticias Regionales por Satélite*. Con un poco de suerte estaría allí la plantilla al completo, informando acerca de la tormenta y atendiendo a los grandes bastiones del periodismo. Ellos lo ayudarían a difundir la noticia entre los pocos polis que quedaran en el pueblo y, sin lugar a dudas, entre las autoridades. Y puede que el llamamiento público obligara a los federales a considerar otras alternativas.

Aunque naturalmente difundir la noticia suponía colocar su propio cuello en la guillotina federal. La prisión era una posibilidad perfectamente verosímil, a pesar de la Primera Enmienda. Podían apalearlo hasta la muerte al amparo de la Ley Patriótica y hacerlo desaparecer durante décadas en un oscuro agujero infernal, en defensa de la «seguridad nacional». No se trataba de ninguna broma, y de hecho Trout no se reía.

—¿Qué cojones estás haciendo, Billy Trout? —se preguntó en voz alta a sí mismo.

A pesar de que solo tenía puesto el aire caliente del parabrisas para evitar la condensación, Trout estaba sudando a mares y tenía la boca seca como un trapo viejo. No se trataba solo de la amenaza de represalias por parte del gobierno por lo que se planeaba hacer. La cosa era mucho, mucho peor que eso.

Trout era solo un treintañero, pero como periodista había atravesado ya unos cuantos momentos terribles. Primero en Pittsburgh, después del instituto, y luego en Stebbins. Sin embargo nada de lo que había visto lo había imbuido ni por asomo del miedo que en ese momento le bullía en el pecho. Siempre había considerado el

«terror» más como un concepto político abstracto que como una experiencia humana real. Pero eso había sido antes de Volker y de Lucifer 113. Porque en ese momento estaba verdadera y completamente aterrorizado. Quería salir de la carretera, acurrucarse en el asiento de atrás y taparse la cabeza con el abrigo. O conducir hasta Pittsburgh y comprar un billete de avión para el primer vuelo que saliera del estado. Quizá incluso del país. Y por una vez no era una broma.

¿Y si se encontraba con Homer Gibbon?

La sola idea le daba ganas de gritar.

Una cosa era ver a un maníaco con las manos y los pies encadenados en la sala del tribunal o atado a la mesa de ejecuciones tras un cristal reforzado, y otra muy distinta pensar en encontrárselo suelto por el campo. Encontrarse con un Homer Gibbon libre, loco e infectado. Un Homer Gibbon que además era un zombi.

Un zombi.

La palabra le seguía pareciendo irreal.

De pronto algo salió de entre el follaje por su izquierda y cruzó corriendo la carretera. Trout pisó el freno, derrapó en el barro y dio unos cuantos bandazos hasta parar.

Echó un vistazo a la zona que iluminaban los faros y se quedó observando el camino.

Estaba desierto. Fuera lo que fuera, había cruzado el bosque hacia la derecha.

Entonces la misma figura volvió a salir a la carretera, se quedó en pie en medio del resplandor de las luces y giró la cabeza a un lado y a otro, muerta de miedo.

Un ciervo. No era más que un maldito ciervo. Un ciervo en un camino de ciervos. ¿Quién podría habérselo figurado? Trout comenzó a esbozar una sonrisa, pero entonces se inclinó un poco más hacia delante, le echó un vistazo más de cerca al animal y su sonrisa se desvaneció.

El ciervo estaba cubierto de heridas abiertas por las que le salía sangre lentamente, que se mezclaba con la lluvia.

Pero no heridas de bala.

Mordiscos.

Eran claramente… mordiscos.

El animal siguió desviando la vista a un lado y a otro de la carretera sin hacer el menor caso del coche. Era una hembra, quizá de dos o tres años de edad. Estaba flaca y era fuerte, pero se estaba muriendo ahí en pie, con los flancos inflándose y

desinflándose pesadamente debido al ejercicio o al miedo.

Trout ató cabos. No era difícil. Todo lo que Volker había estado diciéndole bullía por su cabeza como si hubiera grabado esas palabras con fuego.

—No —dijo Trout—. Venga, no… no.

Entonces otra figura salió del bosque y se detuvo en medio del camino a tres metros del capó del Explorer y a nueve metros del ciervo. Una mujer. De pelo negro lustroso y piel pálida. De curvas anchas, con un vestido de terciopelo y encaje y medias con un dibujo de telaraña. El rostro de forma ovalada se giró hacia él para mirarlo, y sus labios rojos se abrieron para susurrar un leve «¡oh!». Iba vestida de gótica y era grandota, pero sexi.

Y le resultaba tremendamente familiar.

—¡Oh… no! —susurró Trout, cuyo dolor en el pecho se incrementó diez veces.

El rostro de la mujer no tenía marca alguna. Pero el resto de su cuerpo sí. Los brazos, las piernas, los pechos generosos y el estómago… toda ella estaba desgarrada.

Mordida.

—No.

Trout conocía cada línea y cada curva del rostro de esa mujer, desde el verde líquido de los ojos hasta los labios voluptuosos. Unos ojos que siempre resplandecían llenos de diversión y dispuestos a la travesura; unos labios en los que se esbozaban mil variaciones distintas de la picardía de una sonrisa. Sin embargo en ese momento esos ojos estaban tan vacíos como un trozo de cristal verde, y los labios colgaban. Su expresión era por completo vacía. No expresaba ni dolor, ni miedo. Ni siquiera la ironía que la caracterizaba siempre. No quedaba nada.

—¡Dios! —exclamó Trout justo en el momento en el que las lágrimas brotaron de sus ojos—. ¡Marcia…!

Otra figura salió entonces al camino. Un hombre joven con un mono de mecánico y una gorra de béisbol ladeada. Un extraño. Tenía el cuello y la sección inferior de la cara destrozados, y a pesar de la lluvia llevaba toda la parte delantera del mono cubierta de sangre. Salió arrastrando los pies, se giró por un momento de una forma extraña hacia los faros y después se volvió hacia el ciervo. Y se lanzó sobre el animal sin vacilar un instante, solo que el ciervo echó a correr por el camino emitiendo un grito como Trout no había oído jamás emitir a ninguna bestia. El mecánico se fue dando tumbos tras él.

Marcia sin embargo permaneció en pie en el camino, ladeando la cabeza a un lado

y a otro como si tratara de ver más allá de los haces de luz de los faros. Y no obstante, durante todo ese tiempo, su expresión siguió estando en blanco. Era tan desconcertante como grotesco. Era el segundo tipo de respuesta a la infección que había descrito Volker. Cuerpos subyugados por completo a los parásitos. Anfitriones sin autocontrol.

Pero ¿tenían conciencia? La intención de Volker era que Gibbon mantuviera despierta la conciencia mientras estaba en la tumba. Que no fuera capaz de moverse, pero sí de sentir y de experimentar. ¿Era eso lo que estaba viendo en esa mujer? ¿Estaba Marcia atrapada en ese cuerpo?

Era lo más horrible que Trout habría podido imaginar. El cuerpo de Marcia secuestrado por unos insectos sin inteligencia, que funcionaban a un nivel puramente instintivo, y su mente, esa mente bella, inteligente, descarada y deliciosa, atrapada e incapaz de controlar lo que los parásitos le obligaban a hacer a su cuerpo. Como un fantasma atrapado en la casa embrujada que en una ocasión, en vida, le había pertenecido.

Trout deseó haber matado a Volker. No podía evitarlo; deseó haber cogido el arma y haber acabado con ese jodido maníaco.

O mejor aun, obligarlo a acompañarlo. De manera que pudiera ver con sus propios ojos los horrores que había creado. Y después echarlo a patadas del coche para que Marcia acabara con él.

Se atragantó solo de pensarlo y estuvo a punto de vomitar sobre el salpicadero.

Marcia era un monstruo. Un monstruo de verdad.

Sabía que si salía del coche ella lo atacaría. O mejor dicho… su cuerpo lo atacaría. Marcia no tendría ningún control sobre ese cuerpo. No tendría elección. Tendría que ser testigo de cómo su cuerpo cometía un asesinato y se dedicaba después al canibalismo.

—¡Dios mío! —susurró Trout.

¿Hasta qué punto se había extendido la infección? ¿Cuántas personas más estaban infectadas?

¿Estaba infectada Dez?

La idea prendió como el fuego en su mente. ¿Dónde demonios estaba Desdemona Fox? ¿Estaba viva o muerta? Y si estaba muerta… ¿qué clase de muerte era la suya?

De nuevo las lágrimas brotaron en sus ojos. Tenía una pistola, pero no tenía ni idea de cómo usarla. Jamás en su vida había disparado un arma. Y aunque hubiera

sabido usarla, no estaba seguro de ser capaz de dispararle a Marcia. O a Dez.

Aunque quizá sí fuera capaz de dispararse a sí mismo. La idea vagaba por su cabeza constantemente, en lo más recóndito. Si Dez estaba infectada, si de verdad la había perdido para siempre, entonces cogería el arma de Volker y le otorgaría la paz… y luego se marcharía con ella. Si no podía tenerla en vida, entonces la seguiría hasta la muerte.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Trout se enjugó los ojos con las mangas.

A la mierda. Lo más probable era que Dez estuviera tan muerta como Marcia. Puede que todos en el pueblo lo estuvieran. No le quedaba más que dar las buenas noches a todos, y las gracias por venir. Y hasta pronto.

Marcia dio un pasito hacia el Explorer.

—Marcia —susurró Trout en voz baja—. Lo siento.

Ella dio otro paso. Trout apagó y encendió las luces para cegarla. Sus labios se curvaron esbozando brevemente un gruñido, pero enseguida volvieron a su indiferencia correosa.

Trout levantó con sigilo el pie del freno. El coche avanzó perezosamente unos pocos centímetros.

Marcia no se movió. Trout volvió a pisar el freno.

—Vamos, Marcia… por favor —rogó Trout, enjugándose las lágrimas—. Pónmelo fácil.

Tenía la pistola en el asiento de al lado. Hasta un cabeza de chorlito como él podía tirar del cañón y apretar el gatillo.

Pensó en Cabra y en lo que habían planeado hacer.

Había cientos de niños en el refugio. Quizá más. Si habían llegado al colegio antes de que comenzara la tormenta, entonces quizá siguieran vivos, quizá siguieran a salvo entre los muros de la escuela elemental.

Pero Dez seguía ahí fuera, en alguna parte.

—¡Joder! —gritó Trout.

Marcia lo oyó y dio un paso con más decisión hacia el coche.

Un reloj con su tictac se puso en marcha en la mente de Trout.

Quitó otra vez el pie del freno y el coche avanzó. La distancia entre el parachoques del Explorer y Marcia se acortó. Ella no se apartó del camino. Alargó la mano hacia el capó, y Trout observó cómo arañaba y hacía marcas largas en la pintura con las uñas rojas. Una de las uñas se le dobló hacia atrás poco a poco hasta que se rompió,

llevándose consigo una tajada de piel. Trout soltó un grito imaginando el dolor; Marcia permaneció indiferente.

El Explorer fue aproximándose hasta que chocó contra ella con un golpe suave que produjo un ruido pesado. Trout apretó los dientes. Marcia se apoyó con fuerza en el vehículo y comenzó a empujarlo y a clavarle las zarpas, como si se creyera capaz de atravesarlo y entrar en su interior…

De nuevo Trout sintió que se le revolvía el estómago al darse cuenta con toda claridad de lo que intentaba hacer Marcia. Era algo que había comprendido desde el principio, aunque se había negado a aceptarlo. Hasta ese momento.

—¡Por favor! —rogó Trout, que tocó la bocina.

Marcia siguió clavando las uñas en el capó.

Trout pisó varias veces el freno para tratar de sacudirla y apartarla de allí. El sendero era demasiado estrecho como para dar la vuelta con el coche, y no había cuneta.

Pero no consiguió disuadir a Marcia; era imposible. Ella sabía que él estaba dentro. Y lo quería. A pesar de que sus ojos estuvieran muertos, su boca no cesaba de masticar. Mordía el aire.

—¡Por favor! —volvió a rogar Trout.

Sin embargo pisó el acelerador mientras suplicaba. Solo un toquecito, no obstante lo cual el Explorer avanzó metro y medio. Por un momento Marcia quedó aplastada contra la parrilla, pero luego le resbalaron los pies en el barro. Solo unos centímetros, pero lo suficiente como para que se escurriera hacia abajo al faltarle el apoyo de los pies.

Trout volvió a apretar el acelerador por un segundo. El Explorer se abalanzó hacia delante una vez más, y Marcia se escurrió hacia el suelo otro poco.

—Lo siento —dijo Trout, tras lo cual apretó el acelerado al tiempo que en su pecho brotaba un sollozo.

El vehículo avanzó hacia delante y Trout observó cómo Marcia se iba resbalando lentamente del capó para hundirse, centímetro a centímetro, delante del motor. Bajo el motor. Tenía los brazos extendidos hacia delante y seguía arañando y escarbando el metal mojado de la carrocería. Le caían gotas de lluvia que danzaban por la piel blanca de sus manos y brazos.

Unos cuantos centímetros más hacia delante, unos cuantos centímetros más escurriéndose hacia abajo.

Marcia desaparecía con una lentitud agonizante, se hundía en el barro bajo su propio peso conforme la masa del Explorer la empujaba. Trout se quedó observando sus ojos verdes vacíos, que lo miraban justo por encima del borde del capó hasta que… hasta que por fin desaparecieron y se hundieron. Luego resbalaron las manos y también desaparecieron de su vista.

Hubo un momento en el que el coche pareció atascarse, y entonces Trout se dio cuenta, más horrorizado todavía que antes, de que las ruedas trataban de escalar por encima de un obstáculo.

Un segundo sollozo más profundo surgió en su pecho al apretar con más ahínco el acelerador y ver que el motor de tracción a las cuatro ruedas avanzaba. El Explorer se balanceó a los lados, se desniveló extrañamente al pasar por encima del cuerpo. Luego las ruedas volvieron a caer sobre el barro, una detrás de otra, hasta que finalmente el vehículo siguió su marcha sin más obstáculos.

Trout apretó el freno a fondo y se inclinó hacia delante como si sintiera un dolor físico. Apoyó la frente en el arco del volante. Soltó las manos y le dio un puñetazo, después siguió dándole puñetazos al salpicadero y por último se los dio en la cabeza. Y soltó un grito tan estridente como todo el dolor del mundo unido.

Cuando por fin se decidió a seguir conduciendo, no se atrevió a mirar por el retrovisor. Ver a Marcia tirada y despedazada en el barro podía acabar con él. Como también podría acabar con él verla ponerse en pie.

—¡Oh, Dios! —exclamó entre lágrimas—. ¡Dez!

Apretó el acelerador y siguió conduciendo.

73

Condado de Stebbins

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Jimmy Hobbs al entrar con su novia, Elisabeth Donald, en el vestíbulo de las oficinas de *Noticias Regionales por Satélite*.

Era cinco años más joven que Elisabeth y su papel en la empresa era el de chico de los recados: lo mismo hacía de chófer para los cámaras que arreglaba la taza del váter. Tenía un pelo pelirrojo impactante y un montón de pecas que le daban un aire al Archie de los cómics. Elisabeth tenía el pelo negro rizado y los ojos oscuros, y seguía de cerca el estilo gótico de Marcia (a excepción de los piercings).

—¿Dónde está Marcia? —preguntó Elisabeth mientras se quitaba el abrigo mojado.

Elisabeth no sonreía. Más bien esbozaba una expresión de ligera confusión.

La silla de la recepcionista estaba echada hacia atrás, contra la pared, y la taza de café de cartón del Styrofoam Dunkin Donuts estaba tirada, goteando sobre un charco bajo la mesa.

—Puede que haya ido a por la fregona —sugirió Jimmy—. Iré a ver.

Sin decir una palabra más, Jimmy empujó las puertas batientes, al estilo de los salones del Oeste, que daban a la sala de redacción. Elisabeth se inclinó para sacudirse las gotas de lluvia del pelo y por un momento, desde ese ángulo, atisbó parte de la redacción por debajo de las puertas batientes, pero no supo interpretar lo que vio.

Jimmy parecía estar bailando con la secretaria de Murray Klein, Connie.

¿Bailando?

A pesar de tenerlo delante de sus narices no podía evitar pensar que se equivocaba y que su percepción estaba distorsionada, y no solo por el hecho de que estuviera inclinada hacia abajo. La imagen que veía no le encajaba.

Se enderezó lentamente y se asomó por encima de las puertas batientes.

Jimmy no estaba bailando. Naturalmente que no estaba bailando. La mera idea era una locura.

Lo que estaba haciendo, sin embargo, era una locura todavía mayor.

Connie y Jimmy estaban abrazados y apretujados el uno contra el otro, y Elisabeth creyó ver que Connie intentaba besarlo a la fuerza.

No. Besarlo no.

¿Morderlo?

Jimmy doblaba en estatura a la secretaria, pero la fuerza del ataque unido al factor sorpresa habían acabado por doblegarlo. Conseguiría matarlo en cuestión de unos instantes a menos que…

Elisabeth empujó bruscamente las puertas y entró.

Y entonces se detuvo, olvidándose momentáneamente del extraño y absurdo minué que se desarrollaba ante sus ojos. La sala de redacción estaba hecha un desastre. Las mesas estaban volcadas, los papeles esparcidos por el suelo. Las pantallas de los ordenadores estaban destrozadas; de algunas todavía salía humo. Y alguien había esparcido una pintura roja brillante por todas partes.

Una vez más la mente de Elisabeth rebobinó y trató de reformular la idea con otras palabras. No era pintura. Era sangre. Litros. Toneladas. Por las paredes, el suelo e incluso un poco en el techo.

Había cuerpos tirados por todos lados. Casi todo el personal. El hombre del tiempo, Gino Torelli, yacía sobre una mesa con la entrepierna y el interior de los muslos sencillamente… desaparecidos. Arrancados a tiras. Elisabeth vio los músculos desgarrados y el hueso blanco, pero lo peor era que alguien le había clavado un abridor de cartas en un ojo, formando el ángulo perfecto para llegar hasta el cerebro.

—¡Oh! —exclamó en un tono de murmullo.

La otra secretaria, Wilma, estaba desplomada en su silla y parecía como si estuviera tratando de despertar de un sueño profundo. Había también otras personas. Dos periodistas, un ingeniero, un editor y un hombre vestido de policía estatal. El ingeniero estaba en el suelo boca abajo; los otros estaban arrodillados a su alrededor como si estuvieran de acampada, arrancándole tiras rojas de carne.

Elisabeth solo fue capaz de articular un único grito agudo y estridente. Un ruido que no tenía el menor significado más allá de constituir una expresión de horror tan profunda que no había adjetivos para calificarlo.

Los rostros pálidos se giraron al oír el grito. Hacia ella.

Jimmy, que seguía luchando con Connie, chilló:

—¡Se han vuelto todos locos! ¡Sal de aquí!

Estuvo a punto de hacerlo. A punto de girarse y salir corriendo en ese mismo instante.

Pero a Elisabeth le gustaba Jimmy. Le gustaba mucho. Llevaba años esperando conocer a un tipo decente como él. Y por irracional que pueda parecer, su sentimiento

de pánico y desagrado desapareció de repente ante otro de indignación mucho mayor. No sabía qué clase de locura se estaba desplegando ante sus ojos, pero no estaba dispuesta de ninguna manera a permitir que nadie le arrebatara a Jimmy.

Emitió un gruñido tan falto de articulación como el grito, pero mucho más decidido y con un objetivo claro, y caminó a grandes zancadas hacia la pareja que forcejeaba. Agarró a Connie del pelo por detrás y tiró de ella con tal fuerza para apartarla de Jimmy que, por un momento, sus pies resbalaron por el suelo. La mujer menudita soltó a Jimmy y acabó tirada sobre un charco de sangre. Posiblemente suya. Pero eso a Elisabeth no le importó. La obligó a darse la vuelta y le pegó un bofetón en la cara con todas sus fuerzas.

La cabeza de Connie giró a un lado y dio unos cuantos botes.

Las cosas que se agazapaban alrededor del ingeniero dejaron caer los pedazos de carne que sostenían y poco a poco se fueron poniendo en pie.

Y fue entonces cuando el breve ataque de furia de Elisabeth se topó con el muro de la realidad.

—¡Oh… joder! —exclamó ella.

—¿Qué… qué demonios está pasando aquí? —quiso saber Jimmy, con los ojos vidriosos.

Por mucho que fuera su amorcito, era evidente que no era capaz de manejar la situación.

—¡Sal, Jimmy! —bramó Elisabeth—. ¡Corre!

Él se quedó mirándola, evidentemente poco dispuesto a abandonarla. Pero entonces el policía estatal le escupió una sustancia negra y mucosa y él se echó atrás para sortearla. Y una vez en movimiento, su cuerpo pareció no querer parar. Se lanzó contra las puertas batientes, salió al vestíbulo y de ahí al exterior y a la lluvia. Los monstruos, que era la palabra más adecuada que se le ocurrió a Elisabeth, echaron a caminar torpemente tras de él, atraídos por el ruido y el movimiento.

—¡Y una mierda! —gruñó Elisabeth.

Enganchó un pie en las ruedas de una silla, le dio una patada y la interpuso en el camino de los monstruos. El policía estatal tropezó y cayó encima, y detrás de él los demás. Elisabeth no pudo evitar el acto reflejo de echarse a reír a pesar de que la situación no tenía nada de cómica. Su risa, no obstante, tenía algo de histérica, cosa de la que ella misma se dio cuenta.

Connie se giró hacia ella. Tenía los labios torcidos y enseñaba unos dientes

blancos rotos.

—¡Mierda! —masculló Elisabeth, que echó a correr.

Pero no detrás de Jimmy. Tuvo la valentía suficiente como para tomar otra dirección, para darle a él otra oportunidad. Apartó a Connie de su camino de un empujón y se precipitó entre ella y el resto de los monstruos hacia el pasillo que daba a los distintos despachos de edición y finalmente a la puerta trasera. Empujó la barra de apertura de la puerta y la abrió de golpe con ambas manos.

Salió corriendo a la lluvia y a la oscuridad. Oyó el ruido que producía la barra de la puerta al abrirse una y otra vez conforme los monstruos iban saliendo tras ella. Elisabeth no era una gran corredora, pero los monstruos se movían lentamente y de una forma extraña. Y sin embargo, cada vez que miraba para atrás… estaban más cerca. Entonces se dio cuenta, más horrorizada aun que antes, de que algunos de ellos sí se movían deprisa. No tan deprisa como Jimmy, pero sí más rápido que ella.

¡Voy a morir! ¡Dios mío, voy a morir!

Tuvo la certeza absoluta de que moriría mientras corría, y tenía razón.

Pero no fueron los muertos los que la mataron.

Atravesó el aparcamiento y salió a la calle, pero en ningún momento vio el camión de transporte de tropas de la Guardia Nacional bajar a toda velocidad por la calle Mayor.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó el cabo Nick Wyckoff al tiempo que trataba de controlar el camión tras el impacto.

El sargento Teddy Polk iba de copiloto. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza para ver el asfalto.

—Buen disparo, Nick. Acabas de darle a uno de esos cabrones.

El tono de su voz era impertinente, pero sus ojos expresaban un profundo miedo.

Wyckoff se humedeció los labios.

—¿Estás seguro? ¿Seguro que era uno de esos infectados?

—Tiene que ser —dijo Polk. A pesar del frío, estaba sudando con el traje contra materiales peligrosos—. Ya oíste lo que dijo el capitán. En realidad todo el mundo en este maldito pueblo está muerto.

—Muerto —repitió Wyckoff como un eco.

Wyckoff se hizo el signo de la cruz sobre el pecho y se llevó la mano a la medalla de la virgen María oculta bajo la ropa.

El camión siguió a toda velocidad por una calle secundaria, salpicando de barro.

De pronto apareció una figura a la luz de los faros. Corría por la cuneta.

—¡Por Cristo, allí hay otra! —exclamó Wyckoff, que con la pálida luz del salpicadero reflejada en su rostro parecía tener diez años de edad.

—Atropéllala —lo azuzó Polk.

—¿Estás majara?

—Eh… el capitán dijo que no podemos dejar que nadie salga de aquí.

—Lo sé, Teddy, pero es que es solo una…

—¡Atropéllala, Nick, joder!

No obstante cuando el conductor giró para atropellarla, la figura había desaparecido; se había desvanecido en el bosque que limitaba con la carretera.

Wyckoff no paró. Apretó el acelerador y se dirigió al centro del pueblo.

Una figura salió de la espesura bosque cuando el reflejo de las luces traseras del camión desapareció en la distancia. Jadeaba, estaba empapada y hecha un desastre, y además estaba furiosa. Sostuvo la Glock con fuerza con ambas manos y apretó los dientes.

—¡Cabrones! —gruñó Dez Fox.

Entonces bajó el arma y se preguntó si habría disparado de haberse detenido y bajado algún soldado del camión. ¿Era capaz de disparar a un soldado que solo hacía su trabajo, por mucho que la tarea consistiera en la exterminación sistemática del pueblo?

¿Acaso ella misma podía estar segura de que no estaba infectada? No se sentía enferma, pero sabía que a menudo la gente padecía enfermedades y no tenía síntomas. Como María Tifoidea.

Palpó el walkie-talkie que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Si los llamaba y les explicaba lo sucedido… ¿la escucharían siquiera?

Antes o después iba a tener que descubrirlo.

Echó un vistazo a la carretera para ver si venían más vehículos, pero no vio nada.

Dez se enfundó la pistola y siguió corriendo. Casi había llegado.

74

Noticias Regionales por Satélite

Billy Trout estaba sentado en el Explorer, observando cómo buena parte de las personas con las que trabajaba en NRS estrechaban el cerco alrededor del chico de los recados, Jimmy, y lo arrastraban a patadas a la zona trasera de una furgoneta de noticias, aparcada en el aparcamiento. El chico gritaba sin cesar. Estaba a punto de bajarse del coche para ayudarlo, tenía la mano en el picaporte, pero entonces se dio cuenta de que Jimmy estaba perdido hacía tiempo. El asesinato fue rápido. Tan rápido que Trout se quedó sin aliento.

Lo tenían agarrado por los costados. El hombre del tiempo, Gino, enterró los dientes en la mejilla. Wilma lo rodeó con ambos brazos por la cintura y tiró con los dientes sanguinolentos de un pedazo del muslo. Los gritos del pobre chico eran tan escandalosos y agudos como los de una mujer.

Trout no pudo hacer absolutamente nada. La escena se convirtió ante sus ojos en un frenesí más salvaje que una jauría de hienas que atacara a una cebra. Se echó atrás, cerró los ojos e hizo una mueca como si fuera él el que estuviera recibiendo los mordiscos. ¿Cómo era posible que se hubiera extendido tan rápidamente? Su mente no dejaba de recrear la imagen de Marcia cayendo bajo las ruedas del Explorer.

Oh, vamos, imbécil, gruñó una voz en su interior, *estás perdiendo el tiempo*.

Abrió los ojos y examinó el edificio. Podía atisbar el área de recepción a través de la puerta principal abierta y del cristal del vestíbulo desde la plaza en la que había aparcado. No había movimiento en el interior.

Trout se humedeció los labios. Sentía el peso frío de la pistola de Volker sobre el muslo. La tocó con dedos trémulos. Esperaba que su solidez lo reconfortara, pero no fue así. Para matar a esas cosas, es decir, para matarlas verdaderamente tal como había dicho Volker, tenía que destruir el córtex motor o la columna vertebral. No confiaba en su puntería a la hora de pegarles un tiro en la cabeza. Podía darse con un canto en los dientes si acertaba en el cuerpo. Y no digamos ya si pretendía darle a algo tan minúsculo como el córtex motor. A menos que se situara frente a frente, pero la sola idea le resultaba insoportable.

Salió del coche con precaución. Los zombis no alzaron la cabeza de su presa. Ninguno de ellos pareció darse cuenta de que se encendía la luz interior del Explorer.

La lluvia seguía siendo una pantalla muy eficaz. A pesar de ello, el ruido que hacía cada vez que salpicaba agua o que tomaba penosamente aliento en su escapada sigilosa por el lateral del coche hasta la pared del edificio le pareció un verdadero escándalo. Se sentía extraño llevando encima una pistola. Casi hasta se sentía como un crío estúpido jugando a policías y ladrones, a pesar de las circunstancias.

Al llegar a la puerta hizo una pausa, echó un vistazo breve al interior y desvió la vista deprisa, maldiciéndose. A pesar de la rapidez con la que había hecho el movimiento, había echado a perder su capacidad de ver en la oscuridad. Agarró la pistola con las dos manos, entró despacio en el vestíbulo y empujó la puerta con la cadera para que se cerrara.

La zona de recepción estaba desierta, así que siguió con sigilo hasta la sala de redacción. Entonces reprimió un grito horrorizado. El ingeniero, un hombre de pelo cano llamado Jock Spooner, yacía en el suelo. Los muertos lo habían atacado. Parecía un espantapájaros al que le hubieran sacado las tripas. Tenía los brazos y las piernas extendidos como una estrella de mar, curiosamente intactos. Del resto del cuerpo; pecho, estómago, órganos y músculos, solo quedaban partes desgarradas. Digeridas. Trout estaba convencido de ello.

El estado lamentable en el que se encontraba era espantoso. Era inhumano hasta un grado tal como Trout jamás había sido testigo antes. Y no obstante no era eso lo peor del espectáculo horripilante. Ni por asomo era lo peor.

Jock tenía los ojos abiertos.

Movía la boca.

No para hablar, sino para morder. Hecho un despojo como estaba, el ingeniero intentaba levantar la cabeza y dar mordiscos.

Trout se quedó mirando a Jock desde arriba.

—¡Oh… Dios, no!

Jock golpeó los dientes inferiores contra los superiores. Sus brazos y piernas seguían ligados aun al tórax por unas cuantas fibras de carne. Atraído por una fascinación mórbida, Trout se inclinó sobre él lo más que se atrevió y lo miró a los ojos.

Jock volvió a morder el aire, lo cual sobresaltó a Trout.

—¡Mierda…! Mmm… ¿Jock? Eh, colega… ¿sigues ahí? ¿Me oyes?

Los ojos muertos e inexpresivos del ingeniero se quedaron mirándolo. Trout se inclinó un poco más aun para examinar las heridas. Trataba de comprender cómo era

posible que se moviera y que aparentemente siguiera vivo a pesar de su estado físico. Captó cierto temblor en sus carnes desgarradas, pero al darse cuenta de lo que era se echó atrás, horrorizado. Se le había coagulado la sangre hasta formar una sustancia gelatinosa oscura, rebosante de gusanos diminutos. Aquellas cosas eran iguales que los gusanos, pero mucho más pequeños y delgados.

Observó la sangre esparcida a su alrededor. Algunas manchas eran de un rojo brillante, pero otras eran tan oscuras como la sangre de Jock. Las oscuras vibraban repletas de larvas. Y allí donde los charcos de sangre de ambos colores formaban una intersección, Trout vio oleadas de larvas todavía más pequeñas y manchitas blancas minúsculas. Huevos y retoños recién nacidos. Tenía que ser eso. Sin embargo era algo realmente rápido. Arrollador.

—Volker, eres un bastardo hijo de puta.

Trout dio unos cuantos pasos atrás y miró a su alrededor por el despacho con nerviosismo, pero el edificio estaba vacío excepto por Jock. Se giró y corrió por el pasillo hasta el cubículo de Cabra. Después de años rodeado de equipos diversos era relativamente experto en tecnología, así que enseguida reunió lo que necesitaba y lo metió en una mochila grande de loneta de Cabra. Luego salió de puntillas por la puerta y corrió bajo la lluvia hasta el coche de nuevo. Los zombis levantaron la cabeza al poner en marcha el motor, pero para cuando lograron ponerse en pie Trout ya estaba de vuelta en la calle Fábrica de Muñecas, conduciendo a toda prisa hacia la escuela elemental.

75

Cámping de caravanas «Dulce Paraíso»

Byron Rempel estaba sentado en el suelo junto a la mujer que lo había asesinado.

Quince minutos antes estaba vivo, exactamente igual que la mujer. Se trataba de la señora O'Grady, que ocupaba una caravana modesta a tres huecos de distancia de la de Rempel. La de él era doble, pero le servía tanto de casa como de oficina. La señora O'Grady era una anciana tranquila que apenas daba problemas y que siempre pagaba a tiempo el alquiler, además prefería vivir con las cosas rotas que llamar al hermano Rempel para que las reparara. Por eso a Rempel le gustaba. O al menos la toleraba. Porque lo cierto era que a Rempel no le gustaba ninguno de los inquilinos de Dulce Paraíso. A su juicio todos eran basura blanca proletaria; es decir, perdedores. La mitad de ellos vivían de un subsidio o eran desempleados, y para él cualquiera de las dos opciones constituía una lacra social. Él se partía la espalda trabajando, y la idea de que parte de sus impuestos fueran a parar a los bolsillos de los maricones perezosos incapaces de mantener un empleo o de salir siquiera a buscarlo lo ponía enfermo.

Aunque había excepciones, por supuesto. Como la camarera engreída esa del 14-E. La tía jamás le rellenaba gratis la taza de café cuando iba la cafetería. ¡La muy puta! O el holgazán del escritor irlandés, ese tal Kealan Patrick Burke, que acababa de llegar desde Columbia. El tipo había ganado unos cuantos premios por sus estúpidas novelas de terror, y solo por eso ya se creía que su mierda no apestaba. Se creía el jodido Stephen-mierda-King. Pero por lo que a Rempel respectaba, incluso el jodido Stephen-mierda-King había dejado de ser Stephen-mierda-King. No lo era ya. No desde *La danza de la muerte*: el último libro bueno que había publicado ese gilipollas de Nueva Inglaterra.

Desde entonces Rempel no había vuelto a leer nada de King. Tampoco había leído una sola línea de los libros de Burke, pero estaba convencido de que era el típico irlandés sobrevalorado, además de un alcohólico y un maltratador de mujeres casi con toda seguridad. Todos lo eran. Todos los escritores a los que había conocido en su vida eran borrachos, igual que todos los irlandeses a los que conocía eran maltratadores de mujeres. Rempel estaba absolutamente convencido de ello, así que Burke le cayó mal desde el principio.

Sin embargo, la reina de las putas de Dulce Paraíso era Dez Fox. Esa sí que se

creía que cagaba barritas de oro y meaba gin tonic. Para que luego hablaran de engreídos. Rempel le había pedido que saliera con él a tomar café tres veces, pero en las tres ocasiones Dez Fox lo había mirado como si no fuera más que un escupitajo en medio de la acera.

No cabía duda: la tía estaba de toma pan y moja. La muy puta tenía un buen par de melones, y eso a Rempel le encantaba. Y un bonito culo también. Pero como sabía que estaba buena, trataba a Rempel como a una basura. Excepto cuando se le rompía algo de la caravana; entonces era toda dulzura y no hacía más que repetir «por favor, por favor» y «gracias, gracias» como si eso no la empalagara.

Lo que más le fastidiaba a Rempel era que alguien lo molestara. Y por eso se había enfadado tanto quince minutos antes, cuando tuvo que acudir en respuesta a la llamada de Burke en medio de una tormenta que habría asustado al mismísimo Noé. El escritor lo había llamado vociferando como un histérico acerca de no sé qué sangre o algo que cubría todo el suelo. Toda la alfombra. Rempel ni siquiera había podido sonsacarle una historia coherente a Burke. El muy idiota probablemente estaba bebido y se había cortado al afeitarse. Le habría estado bien empleado desangrarse hasta morir, al muy borracho. No obstante, Rempel había cogido su caja de herramientas, se había puesto el impermeable amarillo y se había acercado a la caravana del escritor, con el barro hasta los tobillos.

Lo primero que había hecho Rempel nada más ver la caravana de Burke había sido ponerse a jurar. La puerta estaba abierta de par en par, y la lluvia entraba a raudales. Sin embargo, conforme se aproximaba, aminoró la marcha y frunció el ceño, lleno de consternación. El agua que salía de la caravana estaba teñida de un rojo oxidado. ¡Por Cristo!, ¿qué demonios había hecho Burke? ¿Cortarse la cabeza entera?

Rempel subió los tres escalones metálicos y asomó la cabeza por la puerta.

No vio a Burke por ninguna parte. A la que sí vio fue a la señora O'Grady, tendida en el suelo justo a la entrada.

—¡Mierda! —exclamó al tiempo que se apresuraba a entrar y a arrodillarse junto a ella, a pesar del charco de sangre que la rodeaba.

La pobre anciana había sido tratada salvajemente. Un loco bastardo le había mordido la cara. Literalmente. La dentadura postiza yacía rota y aplastada en el suelo, y ella misma tenía la piel desgarrada a tiras desde el puente de la nariz hasta la barbilla. Se le veían por debajo todos los huesos, machacados también. Rempel se quedó mudo y horrorizado, contemplando las astillas de hueso que sobresalían de punta a

través de la carne mutilada.

No podía creer lo que estaba viendo. Era la obra de un loco, de un maníaco. ¿Sería posible que hubiera sido Burke? Rempel trató de imaginarse al escritor irlandés de voz delicada hecho un energúmeno hasta ese extremo. Burke no le gustaba, pero la idea no le encajaba en absoluto.

De todos modos resultaba difícil imaginar a nadie haciéndole algo semejante a una tía tan vieja y amable como la señora O'Grady. No solo asesinarla, sino encima desfigurarla hasta ese punto…

Bueno, se dijo Rempel, *es sencillamente una locura*.

Se puso en pie e inspeccionó la caravana con precaución. Ni rastro de Burke. Ni de ningún asesino loco tampoco. Sacó el móvil del bolsillo y llamó al 911. Inmediatamente saltó un contestador automático con el mensaje de que no había servicio. Ni siquiera dejó que el timbre sonara una vez.

—¡Mierda! —volvió a exclamar Rempel.

Llamó al 411 y obtuvo la misma respuesta, y tampoco tuvo mejor suerte con el número del móvil de Burke. El teléfono emitió un extraño bip electrónico, pero no la señal de llamada. Podía ser por dos razones: la tormenta y el asesino. En las películas era el asesino el que cortaba las comunicaciones telefónicas. Solo que eso no explicaba por qué el móvil tampoco daba señal.

Rempel oyó un ruido detrás de él y se giró. Esperaba que fuera Burke.

Pero era la señora O'Grady.

Estaba en pie, a un metro escaso de él, con los ojos muy abiertos, oscuros e inexpresivos, y con la cara arruinada de la que sobresalían huesos dentados y colgaban tiras de pie.

Rempel se quedó mirándola sin comprender.

—¿Qué…?

Ella le respondió con un mordisco. No con la dentadura postiza, que yacía rota en el suelo, sino con la serie de dientes nuevos que formaban las astillas de hueso desnudo a la altura de la mandíbula. No encajaban las unas con las otras, y además como arma resultaba increíble. Pero Rempel sin duda habría sido capaz de pararla, esquivarla y apartarla de sí. Él fácilmente la doblaba en tamaño. Y la señora O'Grady por otra parte no era particularmente rápida.

El quid de la cuestión fue la sorpresa. La incredulidad.

Rempel se quedó paralizado un segundo de más.

La misma razón por la que aquella noche murieron tantas otras personas en Stebbins.

La misma razón por la cual muchos de los que murieron dijeron exactamente la misma palabra justo antes de fallecer. Todos pronunciaron una sola sílaba, y todos la entonaron con el mismo miedo y la misma sorpresa.

«No».

Dez dejó de correr y continuó caminando con precaución al acercarse al cámping de caravanas. Incluso a unos treinta metros de distancia era evidente que la ola infecciosa había alcanzado y arrasado el lugar.

Dos de las caravanas ardían.

Había muchas puertas abiertas y coches parados en medio de la calle, abandonados.

No vio sangre, cosa que no era de extrañar con la lluvia, pero sí atisbó el brillo de unos cuantos casquillos por el suelo.

No sabía cómo reaccionar. Por una parte, la violencia parecía rodearla, pero nunca la alcanzaba. Por otra, sentía como si estuviera perdiendo la escasa comprensión que tenía de la situación.

¿Cuánto tiempo había estado durmiendo en el suelo del asiento de atrás del Cruiser?

Todo estaba completamente negro, pero no parecía que el cielo se hubiera oscurecido prematuramente debido a la tormenta. Era de noche. Puede incluso que fuera el final, la muerte de la noche, pensaba Dez con un escalofrío ante el juego de palabras.

Entró en el cámping. Las primeras caravanas estaban a oscuras a excepción de la de Rempel, pero él no estaba. No sabía si alegrarse o sentirse decepcionada por el hecho de que él no constituyera el plato principal del banquete de los monstruos.

Segundos después reflexionó en profundidad sobre ello. No se trataba solo de una broma de mal gusto. Se sentiría decepcionada de verdad si Rempel no estaba muerto, y esa era una forma errónea de pensar.

Comenzaba a perder la sensatez.

Siguió caminando y tratando de olvidar la idea, pero no podía dejar de pensar en ello.

¿Cómo sabía siquiera si estaba loca o simplemente desorientada?

Al llegar a la esquina de la caravana de Rempel se detuvo. Su propia caravana doble estaba a unos dieciocho metros de distancia, cruzando campo abierto. No había dónde cubrirse, a excepción de unas jardineras de flores que se habían marchitado con el frío y que yacían tumbadas por la lluvia. Estaba a punto de hacer el sprint cuando vio a una figura salir caminando por el hueco entre su caravana y la del vecino.

Era un adolescente. Uno de los gemelos Murphy de la sección F del cámping. Llevaba unos vaqueros y una sudadera blanca. Pero no llevaba ni abrigo ni zapatos. Dez comprendió que estaba muerto a pesar de estar a veinte metros de distancia. Fue como una puñalada en el corazón.

Los gemelos tenían trece años. No eran más que críos.

Levantó la pistola y apuntó. La distancia era excesiva para acertar con un buen disparo. De pronto, sin pensarlo, echó a correr con ese paso rápido de zancadas cortas que le habían enseñado en el Ejército, con el arma levantada. Los pasos largos sacudían y ladeaban el cuerpo, de modo que se echaba a perder la puntería. Los cortos en cambio mantenían el cuerpo nivelado al tiempo que se avanzaba, y de esa forma el arma seguía apuntando correctamente al objetivo. Corrió hacia el chico, que se giró y echó y a caminar hacia ella, y disparó un solo tiro a dos y pico metros de distancia. Le dio en la frente. Se llevó por delante un pedazo del cráneo del tamaño de una manzana de la parte trasera, y el impacto además le rompió el cuello.

A pesar de que el rugido continuo de la lluvia amortiguó el ruido, el disparo sonó demasiado fuerte. Sin duda atraería al resto. Dez tenía una certeza total, lo cual significaba que acababa de abrir un abismo en su futuro.

Tengo que darme prisa, se dijo al tiempo que juraba.

Corrió a su caravana, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta, entró y volvió a cerrar con llave.

Byron Rempel estaba sentado en el suelo, muerto pero despierto, e inerte ante la falta de presas a las que perseguir, cuando de pronto Desdemona Fox pasó corriendo por delante de la puerta.

La visión de Dez, su olor, la realidad viva de su persona incitaron de inmediato una respuesta en el enjambre de parásitos de su mente que en ese momento regía su cuerpo. No fue un pensamiento, sino una mera reacción. Un impulso a seguir: atacar, comer y extender las larvas a un anfitrión nuevo. Otro más. Uno de tantos.

Rempel y la señora O'Grady se pusieron trabajosamente en pie y salieron de la caravana arrastrándose despacio, siguiendo el rastro del olor a carne fresca. Otras siluetas salieron de otras caravanas a lo largo de todo el camino que había recorrido la mujer viva.

76

Cámping de caravanas «Dulce Paraíso»

La caravana estaba oscura. No había generador de emergencia, así que no disponía de luces de emergencia.

Dez se sacó la linterna del cinturón para buscar los quemadores de la cocina. Eran de gas. Los encendió los cuatro. El fuego alumbró la cocina y el comedor. Buscó por los armarios hasta que encontró una caja con velas. Dez no coleccionaba velas olorosas de esas que suelen tener las chicas cursis. Solo tenía las velas diminutas que habían sobrado del cumpleaños de J. T., así que las encendió todas y se llevó un puñado al dormitorio. Como no podía sujetarlas y hacer al mismo tiempo lo que tenía que hacer, cogió la papelera metálica y tiró las velas dentro, encima de los pañuelos de papel usados, los algodones sucios, las facturas rotas y una carta de Billy Trout que había tirado sin abrir. Los pañuelos se prendieron enseguida y el resto tampoco tardó, de modo que la pequeña hoguera produjo una luz amarilla brillante que alumbró el dormitorio.

Dejó la papelera sobre la alfombra, rebuscó por sus bolsillos en busca de las llaves y metió la que era en la cerradura. La abrió y levantó la tapa.

Todo estaba ahí. Las pistolas de mano en sus cajas de madera. Las escopetas. Los rifles de caza con mira telescópica. Las cajas de municiones. Los cuchillos. Todo.

Dez sonrió por primera vez en muchas horas.

Pero entonces los muertos comenzaron a dar porrazos en las paredes y en las ventanas de la caravana con sus puños pálidos.

77

Calle Fábrica de Muñecas

Billy Trout atravesó el pueblo conduciendo como un loco. En la esquina de la calle Fábrica de Muñecas con la calle del Ayuntamiento vio un Humvee de la Guardia Nacional aparcado.

—¡Gracias a Dios! —jadeó Trout.

Los soldados de la Guardia Nacional eran en su mayor parte chicos del lugar; si no del condado de Stebbins concretamente, sí al menos de la zona. Si había alguien capaz de comprender, eran ellos. Y si alguien contaba con los recursos suficientes como para dar un giro a la situación, eran ellos también. Los federales podían estar perfectamente dispuestos a borrar Stebbins de la faz de la tierra, pero Trout estaba convencido de que la Guardia Nacional no.

Al oír el claxon de Trout los soldados se giraron. Trout encendió los faros en su dirección. Esperaba una señal en respuesta: un saludo con la mano, una sonrisa. Cualquier cosa.

Los soldados le apuntaron con las armas.

Trout redujo la marcha. Seguía a cuarenta y pico metros de ellos.

Volvió a tocar el claxon.

Se produjo una pausa de dos segundos durante la cual los soldados inclinaron las cabezas para consultarse la situación los unos a los otros. Trout esbozó un amago de sonrisa.

Entonces abrieron fuego.

Una oleada de barro se levantó en forma de hilera delante del coche de Trout, que se agachó, se encogió en el asiento y comenzó a gritar mientras las balas iban acribillando la parrilla delantera, el capó y el parabrisas.

—¡Por Dios! ¿Qué demonios está haciendo esa pandilla de bastardos? —gritó Trout.

Los balazos cesaron por un momento.

El parabrisas formaba una cortina de encaje llena por entero de rajas y de agujeros.

Trout alzó la cabeza y se atrevió a asomarse por encima del salpicadero.

Los soldados avanzaban hacia él. Los cañones de sus armas echaban humo en

medio de la lluvia, y seguían apuntándole.

Trout alargó la mano, metió la marcha atrás, se irguió en el asiento y apretó el acelerador a fondo. El Explorer dio una sacudida hacia atrás y comenzó a rodar a toda velocidad en dirección contraria a los soldados, que inmediatamente volvieron a abrir fuego.

—¡No estoy infectado! —gritó Trout.

Trout sabía que no lo oían por culpa de los balazos, pero estaba enfadado. Siguió gritando cuando pisó el freno, giró el vehículo y cruzó la calle Fábrica de Muñecas en diagonal. Las balas crearon una hilera de agujeros dentados en el lateral del copiloto. Las dos ventanas de ese lado estallaron y salieron volando en pedazos; algunos trozos de cristal lo acribillaron. Sin embargo, el coche iba ganando velocidad; atravesó el aparcamiento de gravilla del negocio cerrado de Denny, salió por una calle lateral y se alejó de los soldados. Las balas continuaron golpeando la parte trasera del coche durante casi otro medio kilómetro más.

Fue entonces cuando Trout sintió verdadero miedo. El viento y la lluvia le azotaban la cara mientras conducía. No dejaba de pensar que a esos soldados les daba igual si estaba infectado o no. No les importaba. Era increíble, pero lo cierto era que no les importaba.

78

Sala de operaciones
Washington, D. C.

El presidente de los Estados Unidos estaba sentado en un sillón de piel giratorio con los dedos levantados y el ceño fruncido, observando el mapa del condado de Stebbins enviado por satélite. Sus hombres trataban de poner en marcha el protocolo de emergencia «Fuego Descontrolado» en la sala de operaciones, en donde sonaban decenas de teléfonos. Encima de la pantalla principal había otras más pequeñas, una de las cuales mostraba visualmente los resultados del radar Doppler sobre la tormenta. El Servicio Nacional de Meteorología estimaba que había exactamente las mismas posibilidades de que la tormenta girara al nordeste como de que permaneciera sobre el condado de Stebbins. Si ocurría esto último, los programas del ordenador calculaban que tardarían todavía seis horas en poder sobrevolar la zona con helicópteros. Seis horas durante las cuales la visibilidad en tierra era reducida.

Otra pantalla mostraba a unos cuantos hombres en medio de la tormenta cargando bombas de combustible en una hilera de helicópteros de combate Apache.

El presidente tenía la boca seca, así que dio unos sorbos de agua. Había muchas personas en la sala de control, y le costaba trabajo evitar que sus emociones se reflejaran en la cara mientras contemplaba cómo instalaban las armas.

Bombas termobáricas. Bombas de aire-combustible. Bombas de destrucción masiva que explotaban en dos fases, la primera de las cuales formaba una nube de material explosivo que se prendía en la segunda. Tal como le había dicho un general en una ocasión: «Señor presidente, esta es el arma no nuclear más poderosa que existe hoy en día. Se lo aseguro, es la definición exacta del infierno en la Tierra».

El general, que había luchado en la guerra interminable de Afganistán, había pronunciado esas palabras con orgullo. Sin embargo dadas las circunstancias…

Recogió el expediente de la mesa y lo abrió. La primera página era una copia del ritmo estimado de propagación de la infección si no lograban contener Lucifer 113 dentro de los límites del condado de Stebbins. El cálculo era increíble. Muy parecido a los de la ciencia ficción. Era una historia de terror.

El presidente cerró la carpeta, se inclinó hacia delante y siguió observando a los soldados cargar las bombas de combustible.

—¡Dios mío! —murmuró.

Cuarta parte

El último lugar de reunión

Pero tengo una cita con la muerte.
A medianoche, en alguna ciudad en llamas.
—Alan Seeger, *I Have a Rendezvous with Death*

79

Cámping de caravanas «Dulce Paraíso»

Dez alzó la vista del cajón de las armas y gruñó al oír el ruido que hacían las manos de los muertos al golpear la chapa delgada de la caravana. Corrió a la ventana, asomó la cabeza y se topó de frente con la cara de su casero, Rempel. Había otros ahí fuera. La mitad de los malditos residentes del cámping estaban ahí.

—¡Cabrones! —exclamó Dez.

Sin embargo, lo hizo en voz baja y con un tono trémulo, con el corazón henchido de miedo.

Trató de no pensar en términos racionales acerca de lo que estaba ocurriendo. Ninguna de aquellas personas era amiga suya. Tampoco quería verlas como a sus vecinos. No podía permitirse el lujo de hacerlo, si es que quería llegar al colegio. Y su objetivo prioritario era llegar al colegio.

Es decir, si es que el colegio seguía en pie.

Esto último era lo que le decía constantemente una vocecilla interior muy molesta, solo que Dez tampoco podía permitirse el lujo de escucharla.

Abrió de golpe un armario y sacó una bolsa grande de esquí de loneta gris, la arrojó al suelo y comenzó a echar dentro todas las armas y las cajas de municiones que podía cargar. Se ajustó un segundo cinturón con cartuchera encima del que llevaba, de modo que le colgara un arma a cada costado, igual que en las películas del oeste, y se colgó al hombro la funda de nailon de la Sig Sauer del nueve. Todos los bolsillos iban llenos de cargadores. Los pantalones le pesaban tanto que tuvo que atarse el cinturón más fuerte. Y por último se puso una chaqueta de cuero de motorista, muy pesada, que le había regalado Billy Trout por Navidad dos años atrás. Pellizcó el cuero.

—A ver si ahora podéis morderme con esto, cabrones.

Se vio a sí misma de reojo en el espejo de cuerpo entero clavado en la puerta del dormitorio mientras se colgaba al hombro la bolsa de esquí. Parecía un personaje de un juego de vídeo. Una de esas tetonas increíbles; una superchavala armada hasta los dientes, capaz de dar en el blanco con las dos pistolas mientras hacía una voltereta lateral.

—Estás jodidamente ridícula —se dijo a sí misma.

Su reflejo sonrió. Dez recogió la escopeta Daewoo USAS-12 automática, metió un cargador de diez balas, se miró al espejo y respiró hondo.

—Yupi, y toda esa mierda.

Abrió la puerta y salió a la intemperie.

80

Escuela elemental de Stebbins
Condado de Stebbins, Pensilvania

El cabo Wyckoff dejó que el Humvee siguiera avanzando hasta detenerse nada más cruzar las puertas de hierro del colegio elemental de Stebbins.

—¡Santo cielo! —exclamó con un murmullo.

El sargento Polk, que iba a su lado, se quedó mirando boquiabierto.

El camino ascendía desde las puertas del la verja hasta el edificio, situado en un cerro igual que un castillo medieval y rodeado de filas bien delineadas de robles viejos. La construcción parecía lo bastante sólida como para resistir el ataque de los morteros, pero el problema no era ese.

El asunto era que el camino estaba regado de autobuses de colegio abandonados y destrozados; había docenas. Y alrededor de ellos se apiñaban cientos de turismos. Unos cuantos estaban ardiendo, y muchos estaban volcados. También se estaban quemando dos árboles a pesar de la lluvia. El fuego debía de haberse extendido a partir de un autobús amarillo del que solo quedaba ya el armazón. Y había personas infectadas por todas partes.

—¡Por Jesucristo, Nick!, pero si hay cientos de esas cosas.

—Miles —lo corrigió Polk con un murmullo—. ¡Dios!, están destrozados.

Los muertos sitiaban el edificio igual que un ejército invasor. Wyckoff y Polk oyeron unos cuantos disparos de un arma de fuego pequeña. Fuera quien fuera quien disparara, o bien estaba entre la muchedumbre, en cuyo caso moriría en cuanto se le acabaran las balas, o estaba en el interior del colegio, y para eso lo mismo le habría dado estar en la luna.

Wyckoff hizo un gesto con la mano señalando el panorama y dijo:

—¿Y se supone que tenemos que entrar ahí dentro y salvaguardar el colegio? Imposible.

—Ya lo veo.

—¿Por qué nos han mandado aquí?

—Porque nadie sabía qué era lo que estaba pasando, por eso. No tienen ni idea de en qué clase de mierda se ha convertido esto. No ha habido reconocimiento aéreo, Nick; somos los primeros que lo vemos de cerca.

Polk sacó el mapa de la bolsa de plástico y analizó la situación del colegio. Le señaló los puntos destacados a Wyckoff.

—Vale, este es el colegio y aquí estamos nosotros. Solo tenemos dos pelotones, así que no vamos a entrar ahí de ninguna manera. Más allá del colegio hay un bosque, un riachuelo que va a parar a una serie de lagunas, parte de un campo de golf, y luego está la frontera estatal con Maryland. Ahora mismo el río estará crecido, lo cual es bueno porque no podrá cruzarlo nadie, y mucho menos esos jodidos diablos. Así que solo queda el lado oeste. Hay un campo de fútbol, un aparcamiento y otra valla. Por el este hay una valla y luego un par de granjas —explicó Polk, que se mordió el labio y añadió—: Puede que tengamos más suerte de la que creíamos.

—¿Sí?, ¿por qué?

—Porque contamos con una combinación de barreras naturales y artificiales que puede que contengan a los infectados. Al menos de momento.

—¿Y si vienen hacia aquí? —preguntó Wyckoff.

—Les cerramos el paso.

—¿Con dos pelotones?

Polk no respondió. Prefirió enviarle por radio un informe de la situación al oficial al mando, el capitán Rice. Cada pelotón estaba compuesto por dos equipos de cuatro hombres armados. Eso significaba que contaban con dieciséis soldados en total para defender la puerta y el camino. Esa era la cruda realidad a nivel matemático, pero al menos parecía que los infectados prestaban más atención al colegio que a ellos. Ninguno parecía haber visto los vehículos militares aparcados en el camino de entrada, junto a las puertas de hierro.

Al menos de momento.

81

Cámping de caravanas «Dulce Paraíso»

Dez saltó de la caravana y aterrizó en el suelo con tal fuerza, debido al peso de la bolsa, que se le hundieron los pies en el barro y se le doblaron las piernas de dolor. Se quedó de rodillas bajo la lluvia, pero mantuvo la escopeta levantada. Y en cuanto el primer muerto se abalanzó hacia ella, disparó.

Debía de haber unos cuarenta monstruos apiñados alrededor de su caravana.

Dez disparó y disparó.

Cada uno de los casquillos del calibre 12 iba relleno con nueve perdigones de plomo. El fogonazo pilló de lleno en la cara a una mujer que estaba junto a la ventana del baño, y le voló media cabeza. Algunos de los perdigones fueron a parar al hombre muerto que estaba detrás de ella, y uno de ellos le hizo un agujero en un ojo.

Dez se esforzó por ponerse en pie y girarse una y otra vez sin dejar de disparar. Las gotas de lluvia que caían sobre el cañón de la escopeta, más caliente cuanto más disparaba, producían un chisporroteo.

Tenía a los muertos tan cerca que apenas tenía que molestarse en apuntar. Era imposible no acertar. Pero no hubo un muerto por cada disparo. Su forma penosa de avanzar por el barro, entre tanto muerto torpe e inquieto, produjo unos cuantos disparos accidentales. Le voló el brazo izquierdo a Donny Phelps y acertó a Lisa Davis en el hombro. Cayeron siete antes de que se le acabara el primer cargador. Dez le dio una patada a uno en el muslo y lo tiró hacia atrás mientras sacaba el segundo y lo cambiaba. Aquello era peor que su peor día de guerra en el desierto. Era otro tipo de infierno.

El Tundra de Rempel estaba aparcado a nueve metros de distancia en el hueco que quedaba delante de la oficina. Sin embargo muchos infectados se interponían en su camino, sin contar con los que se iban acercando desde otros remolques, atraídos por los fogonazos. Dez disparó y disparó, y los cuerpos de los muertos fueron haciendo piruetas y cayendo al suelo de cualquier manera, salpicando partes de las caras.

Dez ni siquiera sabía que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Trató de no recordar el nombre de los muertos a los que iba matando. Sabía que permitirse el lujo de pensar que eran sus vecinos, que eran personas a las que conocía, la mataría. La carnicería ya había empezado. Así que abrió la boca y emitió un bramido incoherente

de rabia, dolor y desesperación, y siguió disparando.

De pronto solo quedaba Rempel interponiéndose entre ella y el Tundra. Su Tundra. Entonces Dez se acordó de lo que le había sucedido esa misma mañana mientras tiraba del gatillo para disparar la última ráfaga del segundo cargador. Nada más cortarse el agua caliente de la ducha, lo primero que había pensado era que sería capaz de meterle a Rempel una bala en la cabeza. Sin titubear y sin arrepentirse.

El fogonazo le acertó en el puente de la nariz y le voló la tapa de los sesos, lo cual produjo un géiser de sangre y materia gris que salió por la cabeza antes de que el cuerpo cayera al suelo.

—¡Dios! —exclamó Dez mientras saltaba por encima de él—. ¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Cuánto lo siento!

Llegó al Tundra.

Estaba cerrado.

Por supuesto que estaba cerrado.

Soltó la bolsa de las armas, se giró y volvió a apuntar. Metió el último cargador y disparó a los gemelos McGill y al viejo señor Peluzzi. Los destrozó a los tres; les borró la cara al mismo tiempo que enterraba sus nombres en lo más profundo de su mente.

Dez se arrodilló junto a Rempel, tratando de no mirarlo a la cara arruinada, y rebuscó por sus bolsillos. Los monstruos se acercaban cada vez más y más, y sus gemidos comenzaban a sonar más fuertes que la lluvia. Por fin sonó un ruido de llaves en el bolsillo izquierdo delantero de los pantalones de Rempel. Metió una mano y revolvió mientras apuntaba a los monstruos que se aproximaban con la otra. Las cogió y trató de escabullirse a gatas. Sostuvo el llavero de piel con los dientes y agarró la escopeta con ambas manos. Le disparó a un muerto que intentaba alcanzarla por encima del cuerpo de Rempel. El último fogonazo le dio a Max Scheinhert en el cuello. Lanzó su cuerpo hacia atrás y su cabeza fue a caer en el barro, justo entre las piernas estiradas y abiertas de Rempel.

Dez ahogó una arcada, se puso en pie y comenzó a disparar otra vez. Y echó a caminar de espaldas mientras iba matando a los que tenía más cerca, tratando de crear un hueco a su alrededor para tomar aliento.

Pero entonces la escopeta se quedó sin munición. Dez se la arrojó a la cara al infectado que tenía más cerca y echó a correr hacia el Tundra. Metió la llave en la cerradura, abrió la puerta, arrojó la bolsa dentro y se subió. Unos cuantos dedos helados comenzaron a arañarle los muslos. Les dio una patada y cerró la puerta del

coche.

Metió la llave en el bombín y el motor arrancó con un rugido fuerte y sin vacilar. Entonces se enjugó las lágrimas de los ojos, metió la primera, giró el volante y salió de allí disparada, llevándose por delante a toda una fila de cosas que habían sido sus vecinos.

—Lo siento —dijo con cada uno de los impactos del vehículo—. Lo siento…

82

Calle Beaver
Condado de Stebbins, Pensilvania

Billy Trout consiguió relajarse un poco, pero no mucho. Se había escapado por los pelos de la Guardia Nacional, pero eso solo significaba que a partir de entonces tendría que andar con más cuidado. Además de invadirlo la rabia y la desesperación por partes iguales.

Ni siquiera querían saber si estaba o no infectado.

Era increíble, pero sabía que era cierto. La Guardia no había acudido a una misión de rescate. Resultaba duro y desagradable pensarlo, pero era innegable. Y de haberle quedado alguna duda, lo que vio unos pocos minutos más tarde la disolvió.

Al girar en una curva se encontró con un Lexus plateado atravesado en medio de la calle Beaver, con las dos puertas delanteras abiertas. Heather Faville, alcaldesa de Stebbins, yacía tirada sobre el asfalto a escasos metros de su marido, Tony. Ninguno de los dos tenía síntoma alguno de infección: ni mordiscos, ni sangre negra, ni nada. Sin embargo, los habían cosido a balazos de tal modo que tanto el coche como ambos cuerpos estaban rajados. Había cientos y cientos de casquillos por el lugar. Trout se quedó contemplando la escena. Conocía a los Faville, le caían bien. Se preguntó si viviría lo bastante como para recordarlos.

El suceso era casi una repetición exacta de lo que acababa de ocurrirle a él. Los Faville debían de haber visto a los soldados de la Guardia y haberse detenido, probablemente muy aliviados. Habrían salido del coche… y habrían muerto bajo una lluvia de balas.

Aquello no era un intento de contener la infección, era un asesinato. Un genocidio de un condado entero.

A partir de ese momento, Trout condujo más despacio y comprobó que no hubiera soldados en las calles. Los monstruos de caras pálidas surgían de la lluvia por doquier. En general conseguía evitarlos, pero en muchas ocasiones los veía demasiado tarde y los atropellaba. Después del tercer impacto la dirección comenzó a funcionar mal y algo golpeaba continuamente la parte baja del motor, produciendo un ruido descorazonador. Pero las ruedas no estaban pinchadas y el motor seguía en marcha, así que continuó.

Había muchos muertos vivientes por las calles. Vio a gente infectada tambalearse hacia su coche, atraída por el ruido del motor, manzana tras manzana. Pero no vio a una sola persona viva. Ni una. Eso lo desanimó. La infección se extendía muy deprisa. A pesar de la lluvia. Era mucho peor de lo que había sugerido Volker. Trout rezó para que la Guardia Nacional fuera capaz defender las barricadas. Era extraño. Por un lado odiaba a los soldados por lo que estaban haciendo, pero por otro se alegraba de que estuvieran allí.

No obstante seguía albergando dudas acerca de que los soldados pudieran vigilar y defender el perímetro del pueblo. Después de todo él había conseguido escabullirse y entrar en Stebbins sin que lo detectaran. La idea le recordó un hecho horrible: se acordó de Marcia, resbalando centímetro a centímetro bajo las ruedas del Explorer.

¡Dios!

Casi había llegado al centro del pueblo cuando oyó más ruido de disparos. Trout pisó el freno y el utilitario patinó unos doce metros hasta detenerse dando bandazos. Bajó la ventanilla y observó la escena que se desarrollaba ante él en el enorme aparcamiento que rodeaba al hospital de Wolverton. Una masa de alrededor de cien personas infectadas, la mayoría de ellas con batas de laboratorio, de cirujano o en pijama, vagaba en dirección a un par de Humvees de la Guardia Nacional. Los soldados estaban en pie en la parte superior de ambos vehículos; parecían extraterrestres con los trajes de protección contra materiales peligrosos. Disparaban a la multitud con las metralletas instaladas sobre pedestales desde lo alto de los automóviles. Trout no supo reconocer el modelo o el calibre de las armas, pero aquellos brutos iban haciendo pedazos a la primera fila de gente. Haciéndolos pedazos literalmente. Había brazos y manos volando por los aires en medio de la lluvia, siguiendo las rachas de los vientos. Y sin embargo la masa de muertos era incesante. Absorbía la lluvia de balas, y los que no caían seguían moviéndose y tratando de acercarse.

Una figura salió tambaleándose de una calle lateral. Tenía el cuerpo cubierto de tatuajes e iba vestido con un uniforme de guardia de prisión. Trout lo conocía. Era Michael McGrath, el funcionario al mando de la cárcel del condado. McGrath cojeó en dirección a los soldados con una pistola en la mano y el otro brazo levantado. Los llamó con una voz por completo humana, y entonces Trout comprendió aterrorizado lo que estaba a punto de ocurrir. Tiempo atrás había hecho un reportaje sobre él. McGrath siempre había caminado así. Sufría una parálisis cerebral, pero a pesar de

ello había logrado conservar su puesto de trabajo como funcionario de prisión.

Pero los soldados no lo sabían. Se giraron y vieron a otra persona bamboleándose y arrastrando los pies. Trout trató de advertirles a gritos, pero su voz quedó ahogada por la ráfaga de fogonazos. El cuerpo de McGrath se sacudió y danzó al son de las balas que fueron desgarrándolo. La pistola se le cayó de la mano y su rostro se quedó sin expresión. Dio un paso final y cayó.

La ola de infectados seguía avanzando. Los soldados perdieron terreno bruscamente frente a ellos. Puede que les quedara poca munición o que la carnicería comenzara a resultarles intolerable; Trout no sabía la razón, pero los Humvee comenzaron a echar marcha atrás y al llegar al aparcamiento del Burger King se dieron la vuelta, aceleraron y se marcharon por una calle lateral.

¿Adónde se dirigen?, se preguntó Trout a pesar de saberlo con antelación.

Por esa carretera solo se podía llegar a un lugar.

Al colegio.

Trout soltó una maldición, metió la primera, giró el volante y siguió conduciendo por una calle perpendicular estrecha.

83

Carretera comarcal del colegio
Condado de Stebbins, Pensilvania

Dez conducía y escuchaba los mensajes del walkie-talkie. Los pelotones de soldados no dejaban de encontrarse con grupos de muertos vivientes, y algunos se veían desbordados. Ella sabía que cada uno de esos soldados que caía se levantaría después como un muerto viviente, de modo que el número de infectados no pararía de crecer.

Las conversaciones entre suboficiales y oficiales eran cada vez más histéricas. Algunos soldados se negaban a disparar a los civiles inocentes. Decían que no se trataba de terroristas. Su aspecto no era muy diferente del de ellos mismos, lo cual complicaba todavía más las cosas. Tenían el mismo color de piel, vestían de una forma similar. No tenía sentido hacer distinciones entre civiles y soldados, y Dez lo sabía. Los soldados tenían que apuntar con el cañón del arma hacia hombres, mujeres y, lo que era todavía peor, niños. Tenían que tirar a matar, estuvieran infectados o no, y sencillamente no todo el mundo era capaz de hacer algo así.

Los oficiales alternaban entre las frases inspiradoras, en las que repetían sin cesar términos como Dios y patria, y las amenazas crudas. Dez sabía que la operación hacía aguas. La única forma de evitarlo era ordenarles a todos que volvieran al perímetro. A la zona Q. Retroceder y esperar a que dejara de llover para que intervinieran los helicópteros. Matar desde una distancia de ciento cincuenta metros de altitud era mucho más fácil. Ni los misiles incendiarios ni los aire-aire tenían un corazón que se pudiera romper.

Dez estuvo tentada de interrumpir alguna conversación y de decir algo por radio, de rogarles que protegieran el colegio. Pero algunas de las cosas que oyó la hicieron dudar de que la protección de los civiles fuera uno de los objetivos de la misión. Oyó varias veces la expresión «contener y esterilizar», expresión que le puso los pelos de punta.

Embistió con el coche la valla de atrás de una propiedad y se salió por completo de la red de calles que constituían el pueblo. Conducía en dirección al colegio. Solo había una carretera comarcal que llevara allí, pero había muchas maneras de llegar. Dez rompió la valla de madera de otra casa y aterrizó directamente en el hoyo nueve del campo de golf del Stebbins Country Club. El césped estaba verde a pesar del frío,

pero las ruedas del Tundra destrozaron su forma perfectamente recortada. A la mierda. Estaba de acuerdo con Mark Twain en que el golf era «un buen método para echar a perder un paseo».

Al comenzar a remontar la siguiente elevación pudo ver por fin el piso superior del edificio del colegio. Columnas de humo ascendían hacia el cielo para mezclarse con las nubes tormentosas negras, solo visibles gracias al reflejo de luz que producían las armas. Las columnas de humo estaban justo delante del colegio. Conforme iba subiendo por la colina vio árboles, autobuses y coches ardiendo. Pero el edificio estaba intacto.

Se detuvo y reflexionó acerca de qué hacer. La carretera comarcal del colegio y la parte de la valla que daba a ella estaban completamente bloqueadas por los vehículos de la Guardia Nacional. Con la lluvia costaba trabajo distinguir qué estaban haciendo, pero parecía como si estuvieran levantando una barricada con sacos de arena. Los disparos eran continuos y el reflejo de luz que producían le permitió ver a miles de muertos vivientes rondando por el complejo educativo.

Dez se desanimó. ¿Cómo era posible que hubiera tantos?

El condado al completo contaba con menos de ocho mil habitantes, pero según parecía la mitad de la población estaba allí. Entonces cayó en la cuenta de que no todos eran del condado. Había chicos de los condados vecinos que tomaban el autobús escolar para asistir al colegio de la región. Y luego estaban las familias de esos chicos, que habían ido al colegio para refugiarse o para recoger a sus hijos. Corderos a los que degollar.

Había un ejército de muertos vivientes en la parte delantera del colegio y un ejército de soldados vivos fuera.

Y ella.

La única forma de entrar era destrozando la valla por un lateral.

La ventaja era que de esa forma entraría en el colegio y quizá pudiera ayudar a salvar a los que quedaran con vida.

El inconveniente era que abriría una puerta por la que los muertos podrían escapar. Aunque tampoco es que hubiera muchos de esos bastardos por los laterales del colegio, pero…

Dez siguió dándole vueltas al asunto mientras comenzaba a bajar por la colina en dirección a la verja del colegio. Dejó el vehículo en punto muerto y fue ganando velocidad con la gravedad. Entonces cogió el walkie-talkie y pulsó el botón de hablar.

Había estado escuchando mensajes durante bastante tiempo, así que sabía los nombres de las personas clave.

—¡Un momento!, ¡un momento!, ¡un momento! Aquí la agente Desdemona Fox, del Departamento de Policía de Stebbins, llamando al teniente coronel Macklin Dietrich. Sé que está usted escuchando, señor. Por favor, responda para confirmar que oye mi voz. Cambio.

Hubo una confusión de voces y Dez repitió la llamada. La repitió incluso una tercera vez. Hasta que por fin se oyó la voz brusca de Dietrich.

—¿Quién llama?

—Ya se lo he dicho, señor. Agente Fox, del Departamento de Policía de Stebbins.

—Esta es una línea militar…

—Disculpe, señor, pero corte ya esa mierda. Que yo sepa, soy la única agente de policía de Stebbins que ha sobrevivido, y voy a entrar en la escuela elemental para proteger a los supervivientes.

—¡Y una mierda, agente…!

—Lo siento, señor, pero de mierda nada —soltó Dez de mal humor, interrumpiéndolo—. Hay un par de cientos de niños ahí dentro.

—Todo el mundo en ese complejo está infectado, agente Fox. Lo que tiene usted que hacer es ir a un punto de control a informar y…

—¿Para que me maten? No, gracias, señor. Además, he visto fogonazos de armas que salen de la segunda planta del colegio. Esos hijos de puta muertos no saben disparar un arma, así que ahí dentro hay gente viva.

—Agente Fox, le estoy ordenando que se retire.

—Señor, llamo para informar, no para pedirle permiso. Y para advertirle de que vigile la seguridad por el boquete de la parte oeste de la valla que voy a hacer.

—¿Qué boquete?

Dez pisó el acelerador y lanzó el Tundra contra la valla de hierro forjado a ciento quince kilómetros por hora al tiempo que respondía a la pregunta con un grito de rebeldía. El parabrisas se resquebrajó, la carrocería se retorció y el viento se llevó volando por los aires los trozos de cristal. Por un momento el motor pareció a punto de fallar, pero Dez pisó de nuevo el acelerador y comenzó a atravesar el césped y a subir por la colina hasta el edificio.

Hubo un nuevo fogonazo de disparos. Dez miró por el retrovisor y vio a un Humvee con una metralleta del calibre 50 instalada en la parte superior. Se

aproximaba a ella a toda velocidad, siguiendo el perímetro de la verja. El soldado la apuntaba a ella con la metralleta, pero la distancia era demasiado grande y más de la mitad de las balas iban a parar a los alrededores de la verja.

Tratan de llamar su atención, pensó Dez. *Muy bien, pues ya la tienen*. Había llegado el momento de jugar.

Dez apretó el acelerador a fondo y atravesó el aparcamiento. Solo se desvió para evitar atropellar a los muertos vivientes que se tambaleaban en su dirección, atraídos por el ruido del motor. Reconoció unas cuantas caras e incluso recordó el nombre de algunos de ellos.

El Humvee entró en el complejo detrás de ella y siguió disparando. Dez se dedicó a sortear los coches aparcados. Su intención era que fuera a ellos a los que dieran de lleno las ráfagas de balas del calibre 50. Pero también cayeron unos cuantos muertos, cuyos huesos se quebraron con la fuerza del impacto.

Dez rodeó el edificio para comprobar la situación. Lo que vio no le gustó. Había miles de muertos vivientes en el aparcamiento. Y entre ellos, tirados como si fueran basura, una pila de al menos cincuenta cuerpos inmóviles bajo la lluvia. Sin duda alguien de allí sabía cómo matar a esas cosas. Nada más pasar a toda prisa por delante de la masa de muertos, estos comenzaron a perseguirla, bloqueándole el paso al Humvee. Dez giró en la esquina, pero siguió oyendo el ruido constante de la metralleta.

El verdadero problema, lo que la sacó de quicio por completo, fue lo que vio en la parte trasera del edificio. Por esa zona había muchísimos menos muertos, unos cincuenta más o menos, pero la puerta de atrás de la escuela estaba abierta.

Dos zombis se colaron dentro mientras Dez observaba.

—¡Bastardos! —gritó Dez, desviándose de inmediato hacia esa puerta.

De pronto lo pensó mejor y giró a la izquierda formando una curva cerrada, se ocultó detrás de un autobús escolar aparcado y paró. El motor se apagó bruscamente, con un rugido tan violento como el de un luchador que esperara el siguiente asalto. Dez observó al corrillo de muertos que deambulaba junto a la puerta, y luego desvió la vista hacia la esquina del edificio.

—Vamos, vamos…

Entonces oyó el ruido del Humvee, que giró en la esquina del edificio y disminuyó la velocidad. El conductor trataba de localizar el Tundra. Dez los veía desde donde estaba, pero sin lugar a dudas ellos tardarían un rato en divisarla a ella. Los muertos

que se acercaban a ella se giraron y echaron a caminar hacia el Humvee, que estaba casi cincuenta y cinco metros más cerca de edificio que ella. Algunos caminaban a grandes pasos, pero la mayoría lo hacía torpemente. Los soldados comenzaron inmediatamente a dispararles.

—Perfecto —dijo Dez en voz alta, con una sonrisa.

Agarró la palanca de cambios, apretó el acelerador y salió de detrás del autobús a toda velocidad y en línea recta hacia el Humvee. Ni el conductor ni los tiradores la vieron venir.

Dez aceleró al máximo y se estampó contra el Humvee a la velocidad del rayo. Entre el impacto y el estado resbaladizo del asfalto, el Humvee dio unos cuantos bandazos. Dez siguió pisando el acelerador a fondo hasta lograr empujar al otro vehículo treinta y tantos metros. Entonces las ruedas del lateral contrario del Humvee estallaron, y el vehículo volcó sobre el asfalto. El impacto produjo un chirrido tremendo, y el peso del coche detuvo de golpe al Tundra, cuyo airbag se desplegó con tal fuerza que golpeó a Dez y la dejó casi inconsciente.

Sin embargo, su mente volvió a ponerse en marcha enseguida, activada por el miedo y la urgencia. Trató de permanecer consciente mientras buscaba una navaja en el bolsillo de la chaqueta, rajaba el airbag y lo hacía trizas. Abrió la puerta del coche y salió de mala manera. Parecía como si el mundo diera vueltas con los primeros pasos, hasta que logró asirse al capó destrozado y recuperar el equilibrio. El muerto más próximo estaba a unos treinta y dos metros de distancia, pero se acercaba.

El Tundra estaba para el desguace, pero eso no le importó. De todos modos era de Rempel. El Humvee también se había convertido en un amasijo de hierros. El conductor estaba tirado encima, muerto o quizá inconsciente. Pero Dez no podía permitirse el lujo de sentir lástima por él. Aunque sabía que obedecían órdenes, eso para ella no era una excusa. El tirador había salido despedido del vehículo y yacía en el suelo, gimiendo y agarrándose un brazo roto. Un tercer hombre, un tipo que estaba en los huesos y que llevaba los galones de sargento pintados sobre el traje de protección contra materiales peligrosos, luchaba por salir del Humvee por una ventanilla rota. Dez corrió a su lado, lo agarró del cuello y lo sacó. El tipo se derrumbó en el suelo y se quedó mirando el rostro de Dez con el casco de plástico puesto. Inmediatamente echó mano del arma que llevaba en el costado, pero nada más sacarla Dez le dio una patada y se la quitó. Entonces ella alargó la mano, le quitó el casco con máscara y todo y le apuntó con el cañón de la Sig Sauer en la cuenca del

ojo.

—¡Quieto, cabrón! —gritó Dez.

—¡Dios! ¡No, por favor, no dispares!

—¿Cómo te llamas?

—Polk. Teddy Polk. Sargento del Ejército Nacional de Pensilva…

—Ahórrate esa mierda —dijo Dez, que apartó el arma del ojo y le dio un golpe en la frente. No con excesiva fuerza, pero sí con la suficiente. No se trató de una caricia —. Vale, Polk, ¿por qué intentas matarme?

—Tenemos órdenes de matar. Estás infectada…

—¿Te parece a ti que estoy infectada?

—¿Cómo voy a saberlo? Es fácil ocultar un mordisco.

—No me han mordido.

—Nos dijeron que algunos escupen un material infeccioso y que…

Dez se irguió. Estaba perdiendo la paciencia. La mujer rusa le había escupido sangre negra. Lo mismo que Andy Diviny. ¿Habrían acertado? Estaba casi segura de que no.

Casi.

—No estoy infectada —volvió a repetir en un tono duro y frío—. La cuestión es que vosotros, cabrones, no os molestáis siquiera en comprobarlo.

Los ojos de Polk se desviaron hacia el muerto más próximo que se acercaba. No parecía muy ansioso por volver a mirarla a ella.

—Yo… es que nos dijeron que…

—¿Qué es lo que os dijeron?

Polk era reacio a responder.

—Dijeron que todos en el pueblo estaban infectados.

—¡Jesús! Bueno, pues hay noticias nuevas, Einstein. Se equivocaban. Tus oficiales al mando te han contado una mentira. Yo no estoy infectada. La gente que está dentro del colegio no está infectada, los…

—¿Has entrado ahí? —interrumpió él.

—No, pero…

—Entonces no lo sabes. Fuera todo el mundo está infectado.

—Alguien de dentro está disparando. ¿Has visto a algún infectado disparar?

—He visto a algunos conducir y…

Dez volvió a pegarle con la culta. Pero esa vez más fuerte.

—¡Auh! ¡Maldita sea…!

—Eres un cabrón y un gilipollas. Si conducen un coche, disparan un arma o incluso hablan, es que no están infectados, ¡por el amor de Dios! ¿Así que los gilipollas de tus compañeros están matando a todo el mundo en el pueblo, eh?

Polk no respondió.

La lluvia era cada vez más fina, el rugido del viento era menos intenso y se podían oír los gemidos de los muertos que se acercaban.

—¡Por favor! —rogó el sargento, desesperado.

Dez sintió que la sangre le hervía de rabia.

—¿Por favor?, ¿me lo estás pidiendo en serio? ¿Cuántos de los infectados te han rogado por favor?

Estaba tan ansiosa por matar a ese hijo de puta que apenas era capaz de resistirse.

—Nosotros solo sabemos lo que nos han dicho. ¿Qué podíamos hacer?

Dez no dijo nada. Polk tenía razón. Se estaba peleando con un hombre cuyo rango estaba muy por debajo de aquellos que tomaban las decisiones políticas.

Dio un paso atrás sin apartar el arma de él.

—Escúchame, Polk —dijo Dez, seria—. Voy a entrar en el colegio. Sé que hay gente dentro. Gente no infectada. Niños. El colegio es el refugio de todo el condado. Es el lugar al que acuden porque se supone que aquí estarán a salvo. ¿Me has oído?

Él asintió.

—Vuelve y dile a tu oficial al mando que la agente Desdemona Fox, del Departamento de Policía de Stebbins, está en el interior del colegio con los supervivientes. Yo me aseguraré de mantener a salvo a todos los que no están infectados. Los meteré a todos juntos en el mismo sitio. Me ocuparé de ellos.

—¿Y si hay gente infectada ahí dentro? —argumentó él—. Dicen que esa cosa se extiende tan deprisa que es imposible contenerla. En cuanto te muerden o lo que sea, ya está. Es solo cuestión de tiempo, y tampoco disponemos de mucho tiempo.

—La gente de ahí dentro se está defendiendo. No están enfermos —repitió Dez con rabia.

La verdad era que los disparos desde la segunda planta habían cesado y que Dez no tenía ni idea en absoluto de qué iba a encontrarse.

Polk seguía mirándola; captaba la duda en su rostro.

—Probablemente ya estarán todos muertos…

Dez alzó un brazo para darle una bofetada con el dorso de la mano. Él giró la cara,

pero al final ella no le pegó. Bajó la mano.

—¿Qué os han dicho de esta infección? ¿Cómo empezó? ¿Qué es?

Polk se restregó la cabeza herida y miró más allá de Dez.

Ella esbozó una sonrisa. No se giró para ver qué lo asustaba.

—Sí, ya lo sé, tenemos compañía —comentó Dez.

—Tenemos que salir de aquí…

—Cuéntame, Polk, o te destrozo la rótula y te dejo aquí tirado para que te coman esos jodidos muertos.

Polk se revolvió inquieto como si estuviera sopesando sus ansias por echar a correr y sus posibilidades de salir ileso sin que Dez le disparara.

—No nos han dicho gran cosa. Más que nada nos hablaron de cómo evitar la infección.

—Pero tienen que haberos dicho algo de…

—Que son terroristas —dijo Polk—. Nos dijeron que se trata de un arma biológica terrorista —continuó Polk, que se humedeció los labios y volvió a mirar más allá de ella—. ¡Vamos, por favor…!

Dez sonrió. Sentía el frío en su corazón.

—Sí, Polk… ya vienen los monstruos malos a por ti. A que jode, ¿verdad? Eso de tener miedo jode mucho. Pues ahora imagínate cómo se sienten esos niños de ahí dentro. Ellos contaban contigo. La gente cree en vosotros, chicos. Sois los héroes, venís a salvar al pueblo.

Él calló.

—Solo que a veces no —continuó Dez con desprecio.

Se produjo un ruido detrás de ella. Dez se giró y disparó cuatro tiros. Dos veces sobre cada blanco. Uno en el pecho y otro en la cabeza. Dos de los infectados cayeron. El resto seguía todavía demasiado lejos como para acertar.

Dez se dio la vuelta otra vez y dirigió el cañón del arma hacia Polk.

—Acuérdate de lo que te he dicho. Diles que ahí dentro hay gente viva.

—No les importa lo que digas —dijo él—. Les da igual.

Dez dio un paso adelante y colocó el cañón caliente del arma sobre el labio superior del sargento. Polk resopló.

—Pues haz que les importe —ordenó ella.

Polk se quedó mirándola. Los ojos del soldado estaban llenos de dudas, de miedos y de rabia. Pero al final asintió.

Entonces ella bajó el arma y se apartó.

—Coge a tus amigos y largaos de aquí. Yo os cubriré.

El sargento Polk se puso en pie sin dejar de mirarla y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque se supone que eso es lo que tenemos que hacer —respondió Dez con una sonrisa leve—. Y ahora vamos, ¡fuera!

Polk pasó por delante de ella, pero a distancia. Sacó al tirador de la torreta del vehículo. El pobre hombre estaba todo magullado, pero después de un rato pudo ponerse en pie. Los dos juntos sacaron al conductor del Humvee, un cabo, que gimió pero no trató de levantarse. Polk y el tirador lo levantaron y se lo llevaron cojeando. Dez los observó marcharse y después se giró hacia el muro de muertos vivientes que se acercaban.

En cuanto los tres soldados llegaron a la valla, Polk hizo una pausa y volvió la vista unos segundos hacia Dez. Ella se sintió tentada de enseñarle el dedo corazón, pero al final no lo hizo. Antes de que ella se diera la vuelta, Polk asintió escuetamente en su dirección.

Dez frunció el ceño; no sabía cómo interpretar el gesto.

Un gemido le llamó la atención. Dez se volvió. Su valentía se derritió como la neblina cuando sale el sol de la mañana. Había docenas de esas cosas. Rostros mutilados convertidos en carne cruda, cuencas vacías, piernas retorcidas… Y no obstante, a pesar de todo, seguían acercándose. Parecían muertos que fingieran estar vivos, y no cesaban de mover la boca como si estuvieran hambrientos.

La puerta trasera abierta del colegio estaba detrás de ellos. A unos setenta y cinco metros. Lo mismo podía haber estado en la luna.

—¡Mierda!

Dez enfundó la pistola y rebuscó a toda prisa por el Humvee destrozado. Encontró dos M4. No tenía tiempo de buscar cargadores de reserva. Tendría que apañárselas con eso. Y si no lo conseguía, entonces adiós.

Sacó la bolsa de las armas del Tundra y se la cargó al hombro. Gruñó un poco por el peso. Apoyó una de las M4 sobre el hombro contrario, tiró del cerrojo de la otra y salió de detrás de los dos vehículos destrozados. Tomó aliento, reunió coraje, giró el selector de la M4 hasta la posición de semiautomática y echó a correr hacia la izquierda, siguiendo el perímetro del complejo.

Los muertos se volvieron para seguirla, pero ella no disparó. No era el momento.

Dez corrió trazando un círculo amplio con la esperanza de apartar a los monstruos de la puerta abierta. Había planeado echar la última carrera y entrar en el edificio en cuanto hubiera logrado despistarlos. Todos la seguían. Parecían más ansiosos por devorar su carne que la de las personas que seguían dentro.

Pero llegó el momento en el que ya no tuvo más alternativa que disparar, así que apuntó a los que tenía más cerca y soltó una ráfaga de balas. El peso de la bolsa, al que no estaba acostumbrada, malogró su puntería. Las balas perforaron los pechos de los muertos que tenía delante. Dez trató de corregir el error, mantuvo el arma nivelada y volvió a disparar. Uno de los monstruos se tambaleó hacia atrás con dos agujeros negros nuevos por encima de las cuencas vacías de los ojos. Dez siguió disparando una y otra vez mientras ese primero caía. Cayeron algunos más, pero solo habían muerto realmente cinco de ellos cuando se le terminó el cargador. No tenía puntería en absoluto con el peso de la bolsa. Siguió corriendo, soltó la M4 descargada y sacó la otra. Y trató de apuntar mejor. Disparó una y otra vez. Hasta que el cargador se vació.

—¡Mierda!

Tiró el segundo rifle y sacó la Glock. Estaba ya más cerca de la puerta trasera del colegio. Podía ver a un par de criaturas dentro, en pie. Les disparó y consiguió darle a una, pero desperdició tres disparos que fueron a incrustarse en el ladrillo al tratar de acertar en el otro. El ángulo no era en absoluto el correcto.

Así que echó a correr en medio de la lluvia hacia el edificio, chapoteando en el barro, salpicando y disparando a todo lo que se moviera. Estaba ya a medio camino cuando apoyó el pie en un disco de plástico de juguete medio enterrado en un charco, resbaló y cayó sobre la hierba. La bolsa grande de las armas se le escurrió del hombro y fue a parar a algún lugar en sombras. Y aunque no soltó la Sig, sumergió sin querer el cañón unos siete centímetros y medio en un charco de barro y se atascó por completo.

Un monstruo gimió. Dez se dio la vuelta y se quedó tumbada boca arriba. Harvey Pegg, el profesor de gimnasia del colegio, se lanzó sobre ella. La agarró del cuello de la chaqueta y hundió la cabeza para morderle el brazo con una fuerza terrible. Dez gritó, levantó la rodilla y le golpeó en la entrepierna. El profesor se desplomó encima de ella, y Dez aprovechó el instante para sacar el brazo de su boca y echar un vistazo rápido y desesperado al mordisco. Le había dejado una marca en la piel de la chaqueta, pero no la había traspasado.

—Gracias, Billy Trout —dijo Dez entre dientes.

Tanto Dez como Pegg se pusieron en pie, pero él tardó un segundo menos y se lanzó sobre ella. Había otros tres muertos tras él. Dez disparó dos veces y entonces el cañón se atascó.

Mierda.

No tenía ningún refugio al que correr ni tiempo para buscar más armas. Todo había terminado, y Dez lo sabía.

Entonces, de pronto, el mundo se inundó de una luz brillante y un estruendo espantoso. Un vehículo utilitario negro atropelló a los infectados con un golpe tremendo, que esparció cuerpos por doquier como si se tratara de muñecos de trapo. El coche derrapó y trazó tres cuartas partes de un arco hasta que el motor se paró con un carraspeo.

Dez se quedó mirándolo, absolutamente paralizada, mientras el conductor salía del vehículo de un salto. La sorpresa fue tal que no le salió la voz, y solo consiguió pronunciar su nombre en silencio:

—¿Billy?

84

Starbucks
Bordentown, Pensilvania

Cabra caminó kilómetros y kilómetros con el barro cubriéndole hasta los tobillos. No estaba hecho para ese tipo de actividad física, así que a medio camino en dirección a la autopista ya tenía los músculos doloridos. Trató de darse ánimos evocando las imágenes de las miles de historias de las que había sido testigo. Soldados cargando con más de veinte kilos de equipo a lo largo de cuarenta kilómetros de desierto bajo el sol infatigable de Arabia. Grupos de médicos, de Médicos sin Fronteras, caminando durante días por una jungla de malaria, decididos a llevar suministros médicos a las aldeas más remotas. Cosas de ese tipo. Ayudó, pero no mucho.

Lo que lo impulsó realmente a seguir adelante fue la voz de Volker. Llevaba los auriculares puestos, así que estuvo escuchando la grabación que había hecho Billy Trout en casa del médico. Ya entonces la conversación le había dado miedo, pero durante la caminata le produjo pavor.

Cuando por fin llegó a la autopista enseguida lo recogió el conductor de un tráiler que viajaba de Akron a Baltimore. Cabra le soltó la mentira de que se le había estropeado el coche. Al tipo le daba igual, pero pareció disgustado por el hecho de que Cabra lo acompañara solo durante un trayecto de ocho kilómetros, hasta Bordentown. El camionero tenía sintonizada la emisora de Magic Marti, que informó de que la tormenta daba muestras de comenzar a debilitarse. Resultaba algo difícil de apreciar cuando te caía encima. Quizá la lluvia fuera un poco menos intensa, supuso Cabra.

Se bajó delante de la puerta del Starbucks, invitó a café al camionero y este se lo llevó para bebérselo por el camino. Cabra buscó la mesa más aislada, abrió el portátil y se puso a trabajar.

Lo primero que hizo fue abrir los archivos de los pendrive de Volker y mandárselos a sí mismo por correo electrónico a distintas cuentas de correo. Mandó ese mismo correo también a Trout y a su editor, Murray Klein. Y luego actualizó su cuenta de Twitter y subió un anuncio en el que prometía «Noticias de última hora, próximamente». Una vez hecho todo eso, grabó la entrevista con el doctor en ficheros MP3.

Y entonces esperó a que lo llamara Trout.

85

Colegio elemental de Stebbins

Billy Trout había ensayado aquel momento quince veces en su mente solo desde que había escapado de la Guardia Nacional en la calle hasta que se escabulló y entró en el pueblo. No la escena tal como ocurrió, porque en ninguna de sus fantasías había soñado con que rescataría a Dez Fox, pero sí el momento en el que volverían a verse. En la mayoría de esas fantasías la expresión dura y enfadada que habían esbozado los labios de Dez la última vez que habían roto se suavizaba; sus ojos brillaban repletos de lágrimas contenidas, y ambos se lanzaban en brazos del otro con plena conciencia, en aquella hora tan terrible, de que estaban hechos el uno para el otro. Trout sabía que era un final muy típico, pero estaba secretamente convencido de que ese tipo de momentos tiernos sucedían en la realidad. Y desde luego en todas sus fantasías acababan besándose. Dándose uno de esos besos con los que Bruce Springsteen conseguía un número uno en récords.

Así que se bajó del coche, se echó la bolsa al hombro y le tendió la mano a Dez con la sonrisa ya preparada, mientras ella se quedaba mirándolo.

—¿Billy…?

—Hola, Dez —saludó él con ternura—. ¡Sabía que estarías aquí…! ¡Sabía que seguirías viva!

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí, gilipollas?

La sonrisa de Trout flaqueó.

—¿Cómo? Eh… ¿rescatarte?

—¡Ah, genial! ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora? ¿Lanzarme en brazos del gran Cazanoticias Billy Superman Trout, el héroe del día? ¡Déjame en paz, joder!

Dez dejó caer el cargador vacío y metió uno nuevo con un movimiento brusco de enfado.

—Eh… Pues no, Dez, la verdad es que yo…

—Tú tendrías que haberte marchado del pueblo, Billy.

—Salí del pueblo —soltó él, que ya comenzaba también a enfadarse—, pero he vuelto por ti.

—¡Oh, por favor! ¿Con la que está cayendo? No te lo crees ni tú. Has vuelto a por

el Pulitzer, a por un billete de salida de este maldito agujero. A ti lo único que te preocupa es tu firma en un reportaje.

—Tú sabes que eso no es verdad, Dez —negó Trout, sacudiendo la cabeza con desagrado—. ¿Dónde está J. T.?

—Me abandonó. Exactamente igual que los demás.

—¿Te abandonó? ¿Quieres decir que está infectado?

Dez apartó los ojos de él antes de contestar:

—No sé qué le ha pasado. Sencillamente desapareció.

—¿Así, sin más? ¿Sin circunstancias atenuantes?

—No, así sin más no, ¿vale? Nos arrestaron y nos metieron en dos coches separados. El suyo tuvo un accidente. Al conductor del mío lo atacaron. Pero J. T. no volvió a buscarme.

—¿Fuiste tú a buscarlo a él?

—Lo intenté.

—¿Probaste en su casa?

—No… no tenía tiempo.

Trout dio un paso hacia ella.

—Dez… J. T. no te ha abandonado. Lo sabes, ¿verdad?

—Me dejó sola. Siempre ocurre lo mismo. Igual que el soldado…

Trout se acercó otro poco más. Los ojos de Dez brillaban con un resplandor extraño que había visto en ella antes en otras ocasiones. En ese momento el resplandor era como una antorcha.

—El soldado no te abandonó. Murió. Se lo llevaron. Forma parte del drama de su vida. Y por muy aterrador que fuera para ti, las consecuencias que provocó en ti no son más que un efecto colateral. En realidad el hecho no tuvo nada que ver contigo. Y lo mismo la separación de J. T. Dices que su coche se estrelló. O bien logró escapar del asiento de atrás, probablemente herido, o bien se lo llevaron también. Pero no creo que ninguno de los dos estuviera pensando «Sí, esta sí que va a ser una buena lección para Dez. Así aprenderá».

—¿Aprender qué?

—Que mereces que te abandonen. Eso es lo que te hace la gente, ¿no?

—Eso son gilipolleces. Yo no me estoy inventando nada. Quiero decir que… tú también me abandonaste.

—¿En serio? ¿De verdad quieres mantener esta conversación ahora precisamente?

Bien, porque Dios sabe que las circunstancias no son apremiantes. Así que voy a decirte la verdad, Dez: tú me dejaste a mí las cuatro primeras veces, y la única razón por la que la última vez lo hice yo fue porque tú la fastidiaste. Puede que interpretara mal la situación, pero me parece que la palabra «jódete» estaba escrita con bastante claridad.

Dez no dijo nada.

—Dios sabe que este no es el mejor momento para ponerte al día con una terapia que necesitas con urgencia desde hace quince años, Dez, pero la verdad es que tienes problemas. Siempre piensas que la gente te abandona. Tu madre te abandonó…

—Tenía cáncer.

—Y tu padre también.

—Lo mataron en la guerra.

—Lo sé, Dez. Creo que soy el único que lo sabe. Puede que también se lo hayas contado a J. T., pero dudo que lo sepa nadie más.

—¿Crees que estoy loca?

—Sin duda. Estás más loca que una cabra, y tú lo sabes. Piensa en tu forma de vida. Todas tus costumbres son una muestra de autodesprecio. Bebes demasiado. Siempre estás dispuesta a fastidiarlo todo, sea lo que sea. Eres una zorra de proporciones legendarias. Y has hecho todo lo que estaba en tu mano, lo cual es decir mucho, para asegurarte de que le caes mal a todo el mundo. Y por supuesto para asegurarte de que nadie te quiere. Pero lo peor de todo es que eres casi casi un caso de manual. Los niños a los que abandonan en los bosques perdidos del condado de Stebbins se meten siempre en asuntos feos de sexo, drogas y rock and roll. O si no, dime que no es cierto.

Dez no le dijo que no fuese cierto. Lo miró de mal humor mientras contaba hasta dos y luego sacó la Glock y le apuntó a la cara.

—Será mejor que corras, Billy.

—¡Por Cristo, Dez…! No puedes dejar que esta conversación te supere hasta el punto de…

—¡Corre! —gritó ella.

Dez disparó. La bala pasó ardiendo a un par de centímetros de la oreja de Trout, que oyó el estampido húmedo a su lado y se giró y vio a un zombi caer hacia atrás con un agujero negro perfecto en plena cara. Tras él había una docena más, y se acercaban por lo menos otros cien desde los laterales del edificio.

—¡Oh… mierda!

Dez lo empujó con fuerza a un lado y volvió a disparar una y otra vez.

—¡Coge esa bolsa!

Trout miró a su alrededor y vio la bolsa de loneta en el suelo. Corrió hacia ella y alargó la mano para recogerla, pero el peso era mucho mayor de lo que había imaginado y tiró de él hacia atrás y hacia abajo. De pronto sintió un dolor agudo en la parte baja de la espalda.

—¡Deja ya de hacer el gilipollas y recoge la bolsa! —gritó Dez.

—La estoy recogiendo, agente Hitler —musitó Trout apenas sin aliento, mientras se agachaba y flexionaba las rodillas para levantarla.

Se echó la correa de la bolsa en el mismo hombro en el que llevaba colgado el equipo de Cabra, abrazó el bulto contra el pecho y miró a su alrededor.

—¡Corre formando un círculo grande! —gritó Dez al tiempo que le indicaba por dónde.

Trout asintió y echó a correr. Trazó una línea amplia alrededor de la masa de zombis que tenía más cerca. Si hacía lo que Dez le decía, tenía que dibujar un arco que englobara incluso la última línea de coches aparcados de los servicios de urgencia del condado. Por allí no parecía haber muertos. Sin embargo Trout captó el plan. Correr formando un círculo alrededor de un obstáculo grande, conseguir que todos los muertos lo siguieran, y atajar de pronto entre los coches para ir directo a la puerta abierta. Era una buena idea, de no ser porque cada vez que daba un paso sentía un dolor profundo en la parte posterior de la pierna izquierda. Entonces se dio cuenta de que debía de haberse tirado del nervio ciático al levantar la bolsa.

—¡Vale, esto es genial! —gruñó Trout, que sin embargo siguió corriendo y apretando los dientes, tratando de aguantar el dolor.

Dez corría justo detrás de él. Caminaba marcha atrás para seguir disparando al muro de muertos vivientes que los perseguían. Trout no dejaba de mirar para atrás por encima del hombro. Observaba horrorizado cómo Dez los iba matando uno a uno. La chica que trabajaba en el Mario’s Pizzarama; Archie, del despacho estatal multifunciones; el vicedirector del colegio; Melissa Crawford, madre de dos gemelos recién nacidos; y otros cuantos más. Trout conocía de vista todos los rostros y recordaba los nombres de casi todos ellos. Sabía que Dez también los conocía, y sabía que la experiencia debía de estar matándola. Exactamente igual que lo estaba matando a él.

La lluvia era cada vez más y más fina, de modo que Trout pudo atisbar el terreno del colegio hasta la verja de hierro. La Guardia Nacional al completo estaba allí, así que tenían que estar observando lo que estaba sucediendo… Pero no hacían nada.

Son unos bastardos, pensó Trout. Aunque en realidad su ira no iba dirigida exactamente contra ellos, sino contra los generales y los políticos con cerebro de mosquito, dispuestos a poner en práctica una política que iba a carbonizar la tierra en lugar de encontrar una solución que salvara las vidas de los americanos. Trout era un individuo lo suficientemente moderado, a pesar de ser liberal, como para aceptar que hacía falta un poder militar e incluso que era necesario luchar en ciertas guerras. No era un tonto. Pero por otro lado no le gustaba la falta evidente de conexión entre el elemento humano y la mayoría de los generales y estrategas militares. Año tras año, su punto de vista cínico acerca de que la humanidad era mucho menos importante que una ventaja táctica o que la ganancia financiera iba perdiendo terreno. Cuando oía a los políticos pronunciar la expresión «por el bien de los intereses de los americanos», él sabía que se trataba siempre de una decisión basada en el beneficio económico. Y no solo en tiempos de guerra. El frío distanciamiento era obvio tanto en el desafortunado manejo de asuntos como el huracán Katrina como en la forma de vacilar a la hora de proporcionar apoyo económico para cubrir las necesidades médicas de los trabajadores de la Zona Cero. O en el abandono innegable de los veteranos de guerra de vuelta en los Estados Unidos, especialmente de los heridos o de los que requerían un tratamiento médico caro.

Y ahí mismo tenía otro ejemplo: uno que en ese momento le tocaba a él de lleno. Era claramente más fácil, y desde luego evitaba muchas pesadillas a nivel político, solucionar el problema de la infección Lucifer 113 si no quedaba ningún superviviente. Barrer el territorio, gastar quizá unos pocos dólares en un monumento conmemorativo y darle un giro a la cuestión para echarles la culpa a los terroristas, a la administración anterior, a los políticos del partido contrario o a cualquiera que constituyera en ese momento el blanco de todas las injurias. Aunque consiguiera sobrevivir a la experiencia, Trout dudaba que algún día llegara a ver el nombre de Volker en los periódicos. Y desde luego jamás se mencionaría el Proyecto Lucifer 113 o a la CIA. Todo eso quedaría borrado, porque la verdad salía muy cara.

A la mierda, pensó Trout mientras trataba de hacer caso omiso de las punzadas de dolor. Pero ¿qué solución había? ¿Cómo iban a arreglarlo todo Dez, Cabra y él solos? ¿Es que acaso tenía arreglo?

La idea comenzó a ocurrírsele mientras corría y oía cómo Desdemona Fox, la mujer a la que amaba, iba matando a sus vecinos. Era realmente una idea maravillosa, valiente, decidida y ofensiva.

Dez disparó la última bala y cambió el cargador.

—¿Qué tal vamos? —gritó ella.

Trout miró hacia delante.

—Despejado. Pero solo si arrastramos el culo a toda hostia.

—Pues arrastremos el culo a toda hostia —gruñó ella.

Dez disparó otras dos veces, se giró y echó a correr en un sprint con la intención de alcanzar a Trout. Cuando vio que él cojeaba, lo agarró del hombro y cargó con él como pudo.

Los lamentos de los muertos inundaban el aire en ese momento en el que la tormenta se iba debilitando. Era un sonido tan horroroso que a Trout se le doblaron las rodillas. Luego, pensando en lo que significaban esos gemidos, en esa hambre insaciable de los zombis parásitos, apretó los dientes y dirigió toda su energía hacia las piernas.

Corrían por el extremo más alejado del edificio, por donde estaban los vehículos de los servicios de urgencias del condado. Un zombi se les lanzó encima desde detrás de un Highlander aparcado.

—¡Dez!

—¡Mío!

Ella se giró y disparó al muerto justo en la boca cuando el monstruo les escupía esa sustancia negra. La bala le echó la cabeza hacia atrás y el líquido negro subió hacia el cielo como un géiser y volvió a caer sobre el rostro del zombi. Unas cuantas gotas cayeron sobre la manga de Dez, pero todavía quedaba lluvia de sobra para limpiarlas. O eso esperaba Trout.

Al llegar al final de la fila de coches atajaron en dirección al colegio. Por mucho miedo que dieran los infectados, la mayoría carecía de inteligencia y de imaginación, así que habían salido corriendo tras ellos, trazando el mismo círculo amplio. Solo tres o cuatro se habían quedado junto a la puerta abierta.

Dez se adelantó a Trout, agarró el arma con ambas manos y cambió de forma de correr para comenzar a dar pasos cortos que no la hicieran balancearse y perder la puntería.

Los zombis de la puerta se giraron hacia ellos al oírlos llegar. Trout vio que uno de

ellos era el abogado de su segunda mujer. Esperaba sentir cierto entusiasmo malicioso en el pecho cuando Dez lo mató. Pero no sintió nada. Aquello no era un juego de vídeo; él conocía a ese hombre. El hecho de que a Trout no le cayera bien daba igual. El asunto no era quién caía bien a quién; se trataba de un ser humano que no merecía morir así. Trout se obligó a sí mismo a pronunciar su nombre en silencio mientras lo veía desplomarse.

—Mark David Singer.

Al instante ese acto se convirtió en un ritual que Trout sabía que cumpliría a lo largo de todo aquel trance crítico. Nadie debía morir sin nombre, sin que se reconociera de algún modo su humanidad.

Dez tuvo que hacer dos disparos para matar al segundo zombi. Mientras tanto Trout trató de recordar el nombre. Era la profesora de música de ese mismo colegio. Trout la había entrevistado el año anterior durante las fiestas de celebración de la Navidad. Era una mujer sexi de figura corpulenta y pelo gris. Una señora muy agradable. Le encantaban los chicos a los que daba clase.

Trout observó cómo se desplomaba con el lado derecho de la cara arruinado y lleno de sangre a causa de las balas que le había disparado Dez.

—Sophie Vargas —dijo Trout al pasar por delante del cuerpo.

El último de los infectados de la puerta era un desconocido. Iba vestido de hombre de negocios. Lo más probable era que fuera el padre de algún niño, supuso Trout. Habría ido a recoger a su hijo. El hombre de negocios agarró a Dez del brazo izquierdo para morderle la muñeca, pero Dez le colocó el cañón de la Glock en la sien con la otra mano. El fogonazo le sacudió la cabeza a un lado y a otro, y el hombre se derrumbó a los pies de Trout.

Dez llegó a la puerta y señaló hacia dentro con el arma.

Pero Trout se detuvo. Miró hacia atrás por encima del hombro. Otros zombis se acercaban con rapidez, pero Trout estaba pillado por aquel nuevo ritual. Se inclinó, gimió de dolor y palpó los bolsillos del desconocido hasta que encontró la cartera. La sacó, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, se giró y cojeó hasta la puerta. Llegó con una ventaja de dos metros y pico. Nada más entrar se tambaleó, soltó la bolsa pesada, se giró, agarró la barra que servía de picaporte de la puerta y tiró con fuerza. La puerta dio un golpe, pero no se cerró. Trout comprobó horrorizado que había pillado una mano entre la hoja y la jamba. Tuvo que seguir tirando para evitar que la abrieran.

Dez seguía disparando detrás de él.

—¡Dez!

—¡Ahora no, Billy! —contestó ella.

Así que tuvo que arriesgarse. Dejó de tirar de la puerta y la empujó hacia fuera para golpear con ella los rostros de la masa de gente infectada. Y había muchos. Caras desgarradas y sangrientas. Le escupieron sangre, y Trout gritó al ver que le caía en la chaqueta. Soltó un rugido de rabia y de miedo y levantó la pierna para darle una patada al zombi cuya mano había pillado. Se asustó al comprobar que el hombre que trataba de entrar era Doc Hartnup.

—¿Doc?

Los ojos muertos de Doc parecieron atravesarlo, pero su boca no era sino un gruñido de voracidad. Hartnup le escupió sangre, que fue a parar a su pecho.

Eso le produjo terror. Ya se tratara de Doc o no, Trout estiró el pie para darle una patada. Le dio en pleno estómago. Le dio de patadas una y otra vez hasta que Doc se soltó y Trout cayó hacia atrás, aferrado a la barra de la puerta. Por fin el panel metálico pesado se cerró de golpe.

Cerrada. Imposible abrir desde fuera.

Se oyeron golpes de puños por el otro lado. Trout se quitó la chaqueta, la lanzó a un rincón y se palpó la camisa en busca de rastros de la mucosidad negra.

Nada.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó, respirando con dificultad.

Al oír otro disparo se dio la vuelta y vio a Turk, el joven dueño del establecimiento Getty, que se tambaleaba y caía al suelo.

—Turk —murmuró Trout—. Danny Turkleton.

Dez estaba de espaldas a él. Alzaba y bajaba los hombros debido al ejercicio. Había cuatro zombis tirados en las escaleras. Trout conocía a dos de ellos. Dijo sus nombres en voz alta. Los otros eran desconocidos. Se trataba de un guardia de prisión y de un tipo irlandés al que Trout había visto por el cámping de Dez, pero cuyo nombre no recordaba. Trout le sacó la cartera del bolsillo, la abrió y leyó el nombre del carné de conducir.

—Kealan Patrick Burke.

—¿Qué? —preguntó Dez con brusquedad.

Entonces ella vio la cartera. Su expresión fue cambiando poco a poco, y Trout se dio cuenta de que Dez comprendía de algún modo lo que estaba haciendo. Dez miró

los cuerpos tirados a su alrededor y asintió.

—¿Los conocías? —preguntó Trout.

Ella volvió a asentir.

—A todos.

Dez dijo sus nombres, y Trout los repitió.

Por una fracción de segundo se miraron el uno al otro. El aire apestaba a cordita, a sangre y a desechos humanos; se oían golpes regulares y constantes en la puerta; cuatro cuerpos yacían en el suelo en lo que para ellos era su segunda muerte.

—Todo esto es increíble —dijo ella—. Me comprendes, ¿verdad?

—Es peor que increíble —dijo él.

Dez lo miró con el ceño fruncido y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Sé cómo comenzó todo —confesó él—. Y es mucho peor de lo que crees.

Entonces surgió una voz desde detrás de Dez, entre las sombras, que dijo:

—Pues entonces será mejor que empieces a contárnoslo, Billy.

Ambos se giraron y vieron a un hombre grande surgir de la oscuridad. Llevaba la ropa rasgada y vendas provisionales enrolladas en la cabeza y en el brazo izquierdo. Tenía la cara magullada y arañada, y los ojos aterrados después de todo lo que había visto. Pero aparte de eso era fuerte, tenía un aspecto amenazador y sujetaba un rifle de caza con las manos negras.

—¡J. T.! —lloró Dez.

Dez se lanzó hacia él, lo abrazó, enterró la cara en su pecho y lloró.

¡Hijo de puta!, pensó Trout con una sonrisa. Esa era exactamente su fantasía.

J. T. Hammond abrazó a Dez con fuerza y le besó el pelo.

Entonces Dez se apartó, alzó la vista hacia él con cierta agresividad y le dio una bofetada.

—¡Eres un gilipollas! —gritó Dez—. ¡Me abandonaste, cabrón!

Y esa era su chica, pensaba Trout con una sonrisa más amplia aún, que esa vez sí se reflejó en los labios.

86

Exterior del colegio elemental de Stebbins

Permanecía en silencio como una tumba. Unos cuantos hombres huecos golpeaban la puerta y otros vagaban por los alrededores, atraídos por el rastro olfativo reciente de carne fresca con el que jugaban los vientos de la tormenta, tendiéndoles trampas. Pero Doc Hartnup y la mayoría se detuvieron y se quedaron contemplando la puerta cerrada.

Hartnup había reconocido a las dos personas a las que su cuerpo había estado persiguiendo. Desdemona Fox, a la que conocía desde hacía años, y el periodista Billy Trout. Su mente había estado tratando de comunicarse con ellos incluso en el mismo instante en el que sus manos intentaban atraparlos y desgarrarlos. Gritaba sus nombres. También gritaba su propio nombre. Les suplicaba que lo mataran. Dez Fox había matado a muchos de los hombres huecos, que en ese momento yacían quietos e inmóviles. Esperanzado y suplicante, Hartnup se preguntó si estarían por fin muertos de verdad. Había visto a otros a los que les habían disparado primero la policía y poco después la Guardia Nacional. Muertos de un balazo en la cabeza. Estaba convencido de que ese era el truco. Cualquier bala podía ser mágica siempre y cuando te acertara en la cabeza. Tenía que creerlo porque en caso contrario no había Dios, no había esperanza, y todo sería ya una locura sangrienta roja para siempre.

Pero Dez Fox no lo había matado. Cada vez que disparaba en su dirección, era otro hombre hueco el que recibía la bala. Unos morían y otros seguían allí con él, golpeando la puerta, merodeando por los alrededores, o simplemente en pie.

¡Por favor!, rogó en medio de su oscuridad. *¡Por favor...!*

87

Colegio elemental de Stebbins

J. T. se restregó la mejilla y sonrió.

—Yo no te abandoné, niña. Hicieron falta seis policías estatales para evitar que corriera a tu lado cuando te golpeaste la cabeza y caíste al suelo —dijo J. T., que se tocó la cara magullada y añadió—: Y no fueron muy amables, la verdad. Me dieron una buena paliza. Oficiosamente, claro.

—Espera, espera un momento —intervino Trout—. ¿Por qué os peleasteis con la policía estatal?

—Creían que habíamos salido de excursión a matar gente —contestó J. T., que inmediatamente le relató la cadena de sucesos que comenzaron en el tanatorio de Hartnup.

—Doc está ahí fuera —aseguró Trout— Es uno de ellos.

—Lo sé. Lo he visto desde la ventana del piso de arriba, pero no conseguí un buen ángulo —dijo J. T., que pareció triste—. En cualquier caso la policía estatal se llevó a Dez en un coche y a mí en otro, y esa fue la última vez que nos vimos.

J. T. miró a Dez, que asintió y lo confirmó:

—Sí, ya lo sé.

Dez les contó lo que le había pasado a ella y cómo había muerto el agente Saunders. Luego les explicó lo de los hombres de la Guardia y la pelea en el cámping hasta el encuentro con Trout.

—A nosotros la Guardia nos ordenó que nos retiráramos. De camino a la comisaría, el policía estatal recibió la orden de salir de Stebbins. Todos ellos tenían que salir. De inmediato, sin hacer preguntas. Pero no fue eso lo que pasó.

—Me lo imagino —comentó Trout.

J. T. suspiró y continuó:

—Se trataba de una emboscada. Supongo que no querían que hubiera nadie armado e infectado por el pueblo, pero la verdad es que ya tenían decidido que estábamos todos infectados. Yo iba en el asiento de atrás del Cruiser cuando un Humvee abrió fuego contra nosotros. Nos estrellamos, y los del Humvee se largaron. El policía que iba conmigo quedó muy mal herido. Se las apañó para abrir la rejilla que separaba el asiento de atrás y quitarme las esposas, pero para entonces los

muertos ya se nos estaban echando encima. No pude hacer otra cosa que intentar escapar. Ojalá hubiera podido ayudar a ese poli, pero se estaba muriendo. Dos disparos. En el pecho. Me largué de allí y fui a la comisaría, pero era un completo caos —contó J. T. con una tristeza que le empañó los ojos—. Tuve que… que… ocuparme de Flower.

—¡Oh, mierda, colega! —exclamó Dez, tocándole el hombro.

—Lo siento —dijo Trout.

J. T. asintió y añadió:

—Eso ha sido casi lo peor de todo lo que me ha ocurrido hoy.

—¿Casi? —preguntó Trout.

—Sí… lo peor venía cada vez que pensaba que mi chica había desaparecido.

—¡Oh, gracias, papi! —exclamó Dez con una sonrisa forzada—. Pero volví del baile y llegué a casa sin que nadie me molestara.

Todos esbozaron la misma sonrisa forzada y escueta.

—Después de la comisaría decidí venir aquí. Pero ya entonces estaba todo hecho un desastre. Un par de cosas de esas atacaron a los chicos de enseñanza media al ir a subirse a los autobuses para venir. Cuando llegaron aquí, la infección se había extendido sin control. Y a partir de entonces todo fue de mal en peor.

Trout observó la serie de puertas contraincendios cerradas detrás de J. T.

—¿Cuál es la situación aquí?

—Uno de los padres salió por esa puerta para ver si conseguía llegar hasta el coche a recoger a su hijo. Pero el niño no estaba —negó J. T., sacudiendo la cabeza—. Se dejó la puerta abierta y entraron unas veinte de esas cosas. Un grupo de profesores y yo hemos estado registrando el colegio. Creo que les hemos dado a todos, pero todavía falta por comprobar la planta de arriba. El problema es que no me quedan más que seis balas.

Dez empujó la bolsa de loneta con el pie.

—¡Feliz Navidad, colega!

J. T. la miró, se arrodilló y abrió la cremallera de la bolsa. Trout asomó la cabeza por encima de su hombro y vio las armas y las cajas de municiones.

—¡Por Cristo nuestro señor! —murmuró J. T., sacando una escopeta Mossberg—. Estoy tan contento que casi podría ponerme a llorar.

Lo dijo con alegría, pero Trout vio la tensión reflejada en el rostro de ese hombre grandote y la sintió vibrar en el aire a su alrededor. Había sombras en lo más profundo

de sus ojos. Trout sabía que, por fuerte que pareciera, la experiencia iba a destrozar a J. T. también.

Dez alzó la vista hacia las escaleras.

—¿Y los niños?

—Todo el mundo está en el auditorio —contestó J. T.—. Tenemos allí a un par de tipos con un arma cada uno. Vigilan las puertas, pero no tienen más que dos balas por cabeza. Para proteger a chicos de los dos colegios, a un montón de padres y a unas cuantas personas del pueblo.

—¿Cuántos?

—¿En total? —preguntó J. T. a su vez, desviando la vista—. Unos ochocientos, más o menos.

El rostro de Dez se iluminó.

—¿Ochocientos niños? ¡Eso es genial!

—No —negó J. T. en voz baja—. Ochocientos entre niños, padres y demás. Perdimos a más de la mitad de los chicos cuando esos monstruos atacaron los autobuses. Algunos huyeron corriendo, pero…

Dez cerró los ojos y exclamó:

—¡Aj… Dios!

—Quería pedir refuerzos —continuó J. T.—. Quería decirle a la maldita Guardia Nacional que necesitábamos ayuda, que aquí estábamos casi todos a salvo. Pero no escuchan. Disparan. Mataron a un par de profesores que estaban tratando de ayudar a los niños. Puede que creyeran que los profesores los estaban atacando… no lo sé. Con la lluvia y todo eso, la verdad es que no lo sé. Parece que no conseguimos que nos entiendan…

—No han venido aquí a ayudarnos —afirmó Trout.

Él y Dez le contaron a J. T. sus respectivos encuentros con la Guardia Nacional.

—¡Pero eso es una estupidez! —dijo J. T.—. Nosotros no estamos infectados.

—No les importa —declaró Dez—. Les han dicho que tienen que evitar a cualquier precio que esto se extienda. Y fin de la historia.

J. T. sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Pero saben al menos qué es? ¿Es algo que está ocurriendo en todas partes, o se trata de algún tipo de tóxico que se ha extendido solo por aquí? No sabemos nada de esta infección.

—No es una infección —aseguró Trout—. Bueno, no exactamente. Es una

infección, pero todo comenzó con Homer Gibbon.

—¿Cómo? —quiso saber Dez—. ¿Cómo que con Gibbon?

—Trasladaron su cuerpo aquí después de la ejecución —explicó Trout—. Su tía Selma iba a enterrarlo en la granja familiar. Es una larga historia, pero la versión corta es que el cuerpo estaba infectado con una larva de avispa modificada genéticamente. Parásitos. Lo más probable es que Gibbon se lo transmitiera a Doc y que a partir de entonces se extendiera.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó J. T.

Dez apartó a J. T., cogió a Trout del cuello de la camisa y le preguntó:

—¿Qué es exactamente lo que sabes?

—Lo sé todo —contestó Trout con calma—. Pero… lo que vas a oír no te va a gustar.

—Bueno, vale, Billy, pero como hoy todo me lo tomo a risa, creo que podría compensarlo con un poco de mierda deprimente.

Trout apartó la mano de Dez con delicadeza y se alisó la pechera de la camisa. Tomó aliento y les contó la historia, empezando por la llamada telefónica del guardia de la prisión, siguiendo por la visita a la tía Selma y terminando con la discusión horrible con el doctor Volker. Se lo contó todo y, cuando por fin acabó, Dez estaba de un pálido mortal y J. T. parecía a punto de vomitar.

—Esto es una mierda —dijo Dez al fin—. Yo pensé que sería algún tipo de historia terrorista.

—El terror comienza en casa —alegó Trout. Dez le lanzó una mirada seca—. ¡Oh, vamos, Dez…! Eres demasiado inteligente como para creer que los americanos somos siempre los buenos. ¡Despierta!

—No —dijo ella, soltando el aliento contenido—, es solo que…

Dez sacudió la cabeza. No había palabras para expresar adecuadamente lo que sentía, y Trout lo comprendía muy bien.

—No anima mucho saber cómo empezó todo —dijo J. T.—, pero lo que sí sabemos es cómo va a terminar. Creo que la única razón por la que no nos han lanzado una bomba nuclear para devolvernos a la Edad de Piedra es la tormenta.

—No —negó Dez—, no van a lanzarnos una bomba nuclear. Nos van a lanzar una bomba incendiaria. Es más segura para ellos, y además el fuego…

—El fuego lo purifica todo —terminó Trout la frase por ella—. Yo también he estado pensando en ello.

—¡Genial! —exclamó J. T.—. Esto es simplemente genial. Porque la tormenta ya está amainando. No tardarán en mandarnos a los pájaros voladores para freírnos el culo.

—Yo tengo un walkie-talkie —declaró Dez—. Podemos hablar con ellos.

—Intentémoslo, por lo menos —añadió J. T.—. Aquí hay ochocientas personas sanas.

Dez encendió el walkie-talkie y ajustó el canal. Había gente hablando, así que le costó varios intentos ponerse en contacto con ellos. Trout sacó la grabadora de vídeo pequeña y comenzó a grabar.

—Un momento, por favor, un momento. Aquí la agente Desdemona Fox, del Departamento de Policía de Stebbins, llamando al teniente coronel Macklin Dietrich. Por favor, responda.

Las conversaciones se fueron apagando poco a poco y entonces la voz grave de Dietrich respondió:

—Este es un canal militar de seguridad, agente Fox. No está usted autorizada para emitir mensajes de radio por…

—Creo que ya hemos hablado de eso, coronel. Dejémonos ya de mierdas y vayamos al grano —contestó Dez por las buenas.

—¿Cuál es la razón de esta llamada, agente?

—Estamos intentando terminar el día de hoy sin morir, señor.

Hubo una pausa.

—¿Cuál es su localización?

—Estoy en el colegio elemental de Stebbins. Aquí hay ochocientas personas. Y ninguna está infectada. Contamos con puertas de acero de seguridad y este edificio es el refugio de evacuación para todo el condado.

—La infección se ha extendido por todo el pueblo, agente —dijo Dietrich—. Lamento tener que informarla de ello, pero…

—El pueblo, sí. Puede ser. Pero la escuela es una instalación de seguridad protegida. Es donde se refugian los supervivientes. Necesitamos que vengan y nos saquen de aquí.

—Creo que no ha entendido usted la naturaleza de los acontecimientos, agente.

—Se equivoca usted, coronel Dietrich, cuando dice que no entendemos la naturaleza de los acontecimientos. Somos plenamente conscientes de lo que ocurre. Y queremos preguntarle cómo pretende ayudarnos.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio. La voz de Dietrich sonó tensa cuando volvió a hablar. Pero era difícil distinguir si era a causa del miedo o de la rabia.

—No podemos hacer nada. Si está usted al tanto, entonces tiene que comprenderlo.

—Comprendo en parte, coronel. Lo que no comprendo es por qué ustedes no están tratando de rescatar y proteger a las personas que no están infectadas. No se trata de una infección que se propague por el aire. Se propaga a través de escupitajos, mordiscos o cualquier otro contacto de fluidos.

Justo en el momento en el que Dez explicaba ese detalle, Trout enfocó la cámara sobre los zombis muertos tirados en el suelo para mostrar la sangre negra alrededor de sus bocas. Luego enfocó el zoom sobre los gusanos alargados que se retorcían en el interior de la mucosidad. Por último volvió a enfocar a Dez. Parecía una heroína sacada de una leyenda con aquella luz, el pelo revuelto, su belleza de rasgos duros y su silueta de valquiria; una guerrera de cualquiera de las grandes batallas de la historia. Trout jamás había dudado de su amor por Desdemona Fox, pero en ese momento sintió deseos de gritarlo al viento.

—Usted es agente de policía, me parece —declaró Dietrich—. De un pueblo pequeño, ¿verdad? No es bióloga ni tiene conocimientos de medicina, ¿no es así?

—Sí, señor, soy policía de un pueblo pequeño. Pero he estado en Afganistán y he tenido que obedecer órdenes de cabrones como usted, así que sé muy bien cuándo alguien se está tirando un farol para darnos por el culo.

—Cuidado con esa lengua, agente Fox.

—¿O qué? ¿Es que va a venir aquí a arrestarme? Pues adelante. Pero si no es así, entonces deje de actuar como si estuviera al mando. Le estoy pidiendo, le estoy diciendo que se ponga en contacto con su jefe y que le diga que contacte él con el suyo, a ver si así llegamos hasta donde hay que llegar. Dígale que sabemos quién soltó a este monstruo y quién es el responsable del asesinato del pueblo entero… Y dígale también que sabemos quién quiere ahora tratar de taparlo, con la falsa pretensión de que los testigos supervivientes están infectados, para poder masacrarnos a todos. Dígale usted eso.

No hubo respuesta.

—¿Coronel?

La respuesta siguió sin llegar. De hecho ya no volvió a haber más charlas por el walkie-talkie. Ni una sola palabra.

Dez sacudió la cabeza y se quedó mirando a Trout, que seguía grabando.

—Van a dejarnos morir aquí a todos. ¡Dios…! ¡Van a asesinar a todos esos niños!

Dez rompió a llorar. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Calibró el peso del walkie-talkie en la mano, de pronto, con un grito de rabia, se giró para lanzarlo contra la pared. Pero J. T. se lo quitó de las manos a tiempo.

—¡No! —exclamó J. T.—, puede que luego lo necesitemos.

—¡La he fastidiado! —soltó Dez—. Lo he presionado demasiado y lo he fastidiado todo. ¡Dios!, ¿por qué me porto siempre como una zorra?

—De hecho —intervino Trout, que apagó la cámara y la bajó—, yo creo que has estado magnífica.

—¡Oh, cállate, Billy!

—No —declaró entonces J. T.—, el chico tiene razón. Has estado genial. Le has dado un buen azote en el culo a ese gilipollas.

—Sí, quedará muy bien como epitafio en mi tumba. Dejaos de tonterías, la verdad es que no he sabido jugar mis cartas. Ahora él sabe que somos un problema, así que va a quemarlo todo solo para evitar que se lo contemos al resto del mundo —dijo Dez, que miró a Trout de mal humor—. ¿Y tú de qué te ríes?

—He grabado la conversación que acabáis de mantener. Tengo la voz de Dietrich perfectamente clara.

—¿Y? ¡No podemos hacer nada! No hay ni internet, ni servicio de móvil. Están tan muertos como lo vamos a estar nosotros.

Billy Trout soltó la bolsa del equipo que había estado llevando a cuestas, se inclinó, por supuesto lamentándose de dolor, y abrió la cremallera.

—Tú no eres la única que ha traído pasteles a esta fiesta, Dez.

Sacó el aparato y se lo enseñó con una sonrisa radiante.

—Esto es un enlace vía satélite. Si vamos a hundirnos, cariño, entonces que sea bailando.

88

Guardia Nacional del Ejército de Pensilvania
Compañía Acorazada D, 1-103RD

El teniente coronel Dietrich dejó el walkie-talkie sobre la mesa y se quedó mirándolo durante cinco segundos largos. Al otro lado de la mesa, frente a él, el capitán Rice permanecía en pie, en silencio. No quería entrometerse en ese momento. Veía las venas fogosas de ira colorear la piel de su coronel. Los labios de su oficial al mando eran como el tajo de un cuchillo afilado. Las aletas de su nariz volaban amplia y acusadoramente, igual que las de un toro.

Preferiría haber sido invisible. Rice esperaba que Dietrich barriera de golpe todo lo que había en la mesa o que lanzara el walkie-talkie a la luna. Pero el coronel siguió sin decir ni hacer nada mientras los segundos seguían pasando y deshojándose uno a uno.

Dietrich se acercó a la ventana y contempló la tormenta.

—El viento está cediendo —dijo con un tono de voz sereno y en calma que sorprendió a Rice, que había sido testigo de la conversación entre él y la poli loca de Stebbins.

—Sí, señor —confirmó Rice—. Según el servicio meteorológico, ya ha pasado lo peor. El frente de la tormenta se dirige al norte desde el este. Los vientos han amainado hasta…

—¿Cuándo podremos mandar a unos cuantos pájaros? —preguntó Dietrich.

En lugar de responder directamente, Rice hizo una llamada telefónica, habló con otro capitán, estuvo un rato escuchando y finalmente colgó.

—En cuanto los vientos amainen otros veinticinco kilómetros por hora más, señor. Seguimos por encima del límite de seguridad.

Dietrich asintió. Entrelazó las manos a la espalda y siguió mirando por la ventana.

—Las intenciones de esa poli son buenas —añadió en voz baja—, pero ella no comprende todo lo que está en juego.

Rice se aclaró la garganta. Muy discretamente.

—No, señor. Está totalmente descolgada. Probablemente debido al estrés… o a los síntomas de la infección.

—Probablemente —convino Dietrich con frialdad.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

Dietrich estuvo callado durante casi veinte segundos. Rice esperó. Entonces el coronel se giró hacia él.

—El ruido atrae a esas cosas, ¿estoy en lo cierto?

—¿A los infectados? Sí, señor, eso es lo nos han dicho los nuestros, los que están sobre el terreno.

Dietrich asintió.

—Pues entonces esto es lo que vamos a hacer.

Rice escuchó en silencio. El plan de Dietrich era tan sólido como brutal.

Mientras salía a toda prisa del despacho para poner las cosas en marcha, Rice ofreció una plegaria silenciosa por la gente de Stebbins.

89

Escuela elemental de Stebbins

—¿Estás seguro de que esto va a funcionar? —preguntó J. T. mientras Trout montaba el equipo vía satélite.

—Cabra me dijo que funcionaría, y él conoce muy bien estos aparatos —contestó Trout—. A mí las peleas se me dan fatal, así que o hago esto o me escondo en el armario.

Trout le tendió el equipo a J. T. y le enseñó cómo funcionaba. Luego dio un paso atrás, se peinó el pelo mojado con los dedos y se alisó la camisa empapada.

—¿Qué tal estoy?

—Como un golden retriever ahogado —contestó Dez.

—¡Vaya!, gracias.

—Pero como un golden retriever ahogado muy guapo —añadió ella, lanzándole una sonrisa maliciosa aunque escueta.

Trout esbozó una sonrisa brillante.

—Creo que eso es lo más bonito que me has dicho en dos años.

Trout esperaba que Dez sonriera, pero en lugar de ello captó un destello de dolor en sus ojos. Se sintió como un imbécil por hacer una broma tan mala en un momento tan inoportuno. Así que intentó mantenerse ocupado, enganchándose el clip del micrófono a la camisa.

—Listo —dijo Trout.

J. T. cruzó los dedos. Dez simplemente asintió con una expresión neutral pero escéptica. Trout se aclaró la garganta y asintió en dirección a J. T. para que comenzara a grabar.

—Me llamo Billy Trout. Soy reportero de *Noticias Regionales por Satélite* en el condado de Stebbins. Por favor, vean este documental. No se trata de ningún engaño, no son efectos especiales ni una broma de mal gusto. Todo esto es real. La gente se está muriendo, y hay muchas personas más que van a morir. Yo seguramente voy a morir. Y muy probablemente todo eso ocurra hoy mismo.

Trout hizo una pausa y tomó aliento. Estaba sudando, así que se enjugó el sudor de los ojos con los dedos. Dez, situada detrás de J. T., levantó ambos pulgares en dirección a Trout, y este continuó:

—Si han estado ustedes al tanto de las noticias, sabrán que en este momento hay una gran tormenta centrada sobre el sudoeste de Pensilvania. Puede que hayan oído hablar también de ciertos problemas aquí, en Stebbins. De saqueos y disturbios. Nosotros sin embargo estamos aquí grabando esto para que en el futuro quede constancia de que en Stebbins no se ha producido ningún saqueo. No hay disturbios. Y sin embargo la gente está muriendo. Voy a contarles toda la verdad de lo que está sucediendo en Stebbins. Si consigo sobrevivir, probablemente iré a la cárcel. Pero no me importa, con tal de que se haga pública esta historia. Por favor, vean este vídeo. Cuélguenlo en YouTube. Pónganle un enlace en Twitter, en Facebook y en todos los sitios en los que se les ocurra.

»Ahora mismo estoy en el colegio elemental de Stebbins, al noroeste del condado. Hay ochocientas personas en este edificio, conmigo. Más de la mitad de ellos son niños. Mucha gente ha muerto ya aquí hoy, pero a menos que nos pongamos a trabajar y todos colaboremos, van a morir muchos más. Lo repito: esto no es una broma. No es un engaño. Es real, y está ocurriendo ahora mismo.

Trout se tomó un descanso. Le temblaban las manos.

—Aquí Billy Trout, informando en directo desde el apocalipsis…

90

Starbucks, Bordentown

Le pareció como si la llamada tardara una eternidad, pero por fin Cabra la recibió en su cuenta de Skype. Mandarla vía satélite a través de *Noticias Regionales por Satélite* era sin duda una ofensa de lo más provocadora, además de ilegal. Pero a la mierda. También era ilegal convertir a la gente en zombis.

Trout le enviaba tres vídeos. El primero tenía que lanzarlo de inmediato. Los otros dos tenía que guardarlos hasta que Billy le diera la orden de disparar.

Cabra utilizó los auriculares para que nadie pudiera oír el contenido de los vídeos, y configuró el Skype para que lo grabara todo y sirviera de archivo de reserva en caso de que fallara el satélite; de ese modo se grababa automáticamente todo en el servidor de NRS, en Pittsburgh, y no en Stebbins. Y además lo copió todo en el disco duro de su ordenador. Luego, en cuanto lo tuvo todo listo, se mandó a sí mismo todos los archivos a tres cuentas de correo distintas. De ese modo tendría copias guardadas en el correo, además de en tres bandejas. Todo ello le llevó unos cuantos segundos, pero a partir de ese momento habría copias de los vídeos a las que el gobierno ni podría acceder con facilidad, ni podría bloquear o confiscar.

Una vez enviada la retransmisión, Cabra recibió una llamada privada de Trout por el Skype.

—¿Lo tienes?

—Sí, Billy, lo tengo. Ahora mismo estoy sudando balas del calibre más grande. Dime que todo esto es verdad. ¿Es cierto que la Guardia Nacional está disparando a la gente?

—Disparan a todo el mundo.

—¿Sin hacerles ninguna prueba antes?

—Sí.

—Pero entonces, ¿cómo saben quién está infectado y quién no?

—Cabra, disparan a todo el mundo. Sin preguntar primero.

—¡Dios…! —exclamó Cabra, que sintió como si el salón de la cafetería comenzara a dar vueltas—. ¿Y crees que estaréis a salvo en ese colegio?

Trout tardó un buen rato en responder.

—¿Billy?

—Tienes que sacar eso ya. Escucha, amigo; esto es un millón de veces peor de lo que dijo Volker. Cabra… todo el mundo está muerto. Marcia, Gino… ¡Todos!

—¿Marcia? —repitió Cabra con un tono de voz grave.

Trout le contó lo que había visto y hecho… y lo que se había visto obligado a hacer. Rompió a llorar mientras le contaba el encuentro con Marcia.

—¡Oh, mierda, joder…! —exclamó Cabra con una voz ahogada por las lágrimas. Miró a su alrededor, pero el Starbucks estaba desierto y no había nadie que pudiera verlo u oírlo—. ¡Esos cabrones! ¡Marcia! Maldita sea, Billy, no podemos permitir que se salgan con la suya.

—No tengo intención de permitírselo, chico. Vamos a meterles esos vídeos por el culo.

Cabra se enjugó las lágrimas de los ojos y la nariz con la manga.

—¿Qué quieres que haga?

91

Escuela elemental de Stebbins

—¡Cuidado! —gritó Trout.

Dez se dio la vuelta justo en el momento en el que una zombi se lanzaba hacia ella desde las sombras del desembarco de la escalera del piso superior. Le disparó tres tiros, uno en el pecho y dos en la cabeza, y la mujer se retorció y derrumbó contra la pared, y después resbaló hasta el suelo como una muñeca de trapo.

—No la conozco —murmuró Trout.

Dez miró para abajo.

—Peggy Sullivan —dijo Dez—. La secretaria de este colegio.

—Peggy Sullivan —repitió Trout, que asintió y continuó subiendo por las escaleras.

Ambos estaban ya cerca del desembarco de las escaleras de la segunda planta. A Dez le faltaban solo unos pocos escalones para llegar, pero se había girado para mirar para abajo, hacia el cuerpo del niño pequeño que yacía retorcido en medio del descansillo intermedio entre planta y planta. Le habían pegado un tiro, pero estaba claro que estaba infectado antes de eso. Dez no se había distraído más que un segundo, pero bastó para que la zombi la pillara por sorpresa al salir de la oscuridad. El encontronazo entre ambas la había hecho dar bandazos, pero enseguida se había girado y le había disparado dos tiros en la cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó J. T. desde el último escalón.

J. T. les cubría las espaldas y cargaba con la bolsa de las armas. Trout iba en medio, desarmado pero en actitud vigilante.

—Sí —contestó Dez, respirando con dificultad. Agarró la pistola con las dos manos, subió los escalones que le faltaban y revisó todos los rincones—. ¡Despejado!

Los dos la siguieron y esperaron a que comprobara el pasillo.

—Creía que habíais limpiado el colegio de estas cosas —comentó Trout.

—Encerramos a unos cuantos en las dos primeras clases —contestó J. T.—. Pero arriba hay más.

Dez siguió adelante con precaución. Las puertas de las clases tenían las ventanillas empañadas por el frío, pero a pesar de ello pudo ver siluetas extrañas moviéndose tras el vidrio grueso. Se inclinó para ver si lograba escuchar los gemidos graves y

hambrientos.

—¿Cuántos hay aquí?

J. T. se le acercó.

—En esta clase seis, en la otra dos —contestó J. T., haciendo un gesto hacia el pasillo largo y oscuro.

—No podemos dejarlos ahí —alegó Dez—. De una forma u otra, acabarán por escapar.

J. T. tomó aliento entrecortadamente.

—Maldita sea —dijo, pero asintió.

—Espera —dijo entonces Trout—, ¿qué vais a hacer…?

Antes de que pudiera terminar la frase, Dez le dio una patada a la puerta y J. T. y ella entraron en la clase a toda prisa. Trout solo pudo ver las sombras y los fogonazos brillantes de luz desde el pasillo, aparte de oír los truenos que provocaron Dez y J. T. al vaciar los cargadores sobre los muertos vivientes.

Al salir ambos tenían el rostro rígido.

—Dez, yo… —comenzó a decir Trout.

Pero Dez lo empujó y pasó por delante de él para dirigirse a la puerta de enfrente. J. T. y ella hicieron una pausa para recargar las armas. Luego ambos asintieron el uno en dirección al otro, le dieron una patada a la puerta y entraron disparando.

Trout se quedó observándolo horrorizado. No porque estuvieran matando a tanta gente, sino porque la carnicería era necesaria. Cuando empujó la puerta y salió al pasillo, J. T. parecía diez años más viejo. Lo mismo que Dez. Se quedaron ahí, cargando otra vez las pistolas con las caras manchadas por el humo de los disparos y los ojos fijos a una distancia intermedia, ausentes y sin vida. Como los ojos de las cosas muertas que acababan de masacrar.

Dez dejó caer una bala sin querer, y Trout vio que le temblaban los dedos. Se agachó a recogerla y, al tendérsela, ella retuvo su mano un momento. Dez cerró los ojos con fuerza y trató por todos los medios de no hacer una mueca con los labios mientras reprimía un sollozo. Luego soltó la mano de Trout, cogió la bala y terminó de cargar la pistola.

—El auditorio está al fondo del pasillo, a la vuelta de la esquina —dijo J. T. con voz amable.

Dez lo empujó y pasó por delante de él.

Conocía aquel colegio como la palma de su mano. Los pasillos por los que se

colaban las corrientes de aire y las torres de vigilancia plagadas de ecos formaban parte de su infancia. Había sido una niña solitaria, amante de los juegos de la imaginación, para la que el edificio era un castillo sitiado, un palacio majestuoso repleto de caballeros y damas, una casa encantada o una guarida de un mago astuto. Podía recorrerlo a ciegas. Dez se apresuró sin hacer el menor ruido con sus zapatos de suela de goma. J. T. también caminaba silenciosamente, pero después de dos tramos de escaleras de piedra iba resoplando como un dragón. Billy Trout los seguía con cierta flojera. El dolor de la ciática empeoraba con cada escalón, y su paso se iba haciendo cada vez más lento. Y eso le hacía sentirse viejo y profundamente vulnerable.

J. T. se había criado en el condado de Fayette. Su familia se había mudado a Stebbins cuando él comenzó el instituto. En cambio Trout conocía aquel edificio viejo tan bien como Dez. Recordaba a la encantadora niña solitaria y rubia, y ya entonces la adoraba a distancia.

Trout estuvo recordándolo mientras se apresuraban bajo el reflejo pálido de las luces de emergencia. *A pesar de todo el tiempo que ha pasado, sigo estando igual de lejos de conquistarla*, pensó. *O quizá más lejos todavía*.

La idea lo entristeció tanto como la tragedia que estaba viviendo el pueblo, pero comprendía perfectamente, quizá mejor que nunca, el sentimiento de abandono que embargaba a Dez.

—¡Ay, Dez! —susurró con una voz débil que sabía que no llegaría a oídos de ella —. Estás loca, pero te quiero… ¿No estoy loco yo entonces, también?

Unos cuantos pasos por delante de él, Dez se detuvo ante las puertas dobles que daban paso al auditorio y volvió la vista atrás por encima del hombro como si lo hubiera oído. Sus miradas se encontraron y ella esbozó una sonrisa breve y triste.

¿Qué significa eso?, se preguntó Trout. ¿Acaso era el reconocimiento de un sentimiento, visto desde el lado opuesto e infranqueable de la misma ruina? Quizá. ¿O se trataba de una despedida? ¿Creía Dez que iban a morir todos allí? Ni ella ni J. T. habían mostrado mucha confianza o entusiasmo por los vídeos que le había mandado a Cabra. Aunque no lo habían dicho en voz alta, estaba claro que no creían que el plan de Trout fuera a funcionar.

Él mismo no estaba del todo seguro. Ni siquiera Cabra lo estaba. Era el tipo de juego en el que él jamás se había imaginado a sí mismo, ni en sus fantasías de Hollywood más alocadas.

Trout sostuvo la mirada de Dez con la esperanza de alargar el momento, de prolongar aquella conexión, por tenue que fuera. Pero el tiempo estaba en su contra y el vínculo era demasiado frágil como para perdurar. Dez se dio la vuelta y agarró los picaportes de las puertas.

92

Starbucks, Bordentown

Cabra se estaba volviendo loco.

Pasaba nerviosamente de Twitter a YouTube y luego a Facebook, y viceversa, revisando con atención el número de veces que el vídeo se veía, se retwiteaba y se volvía a colgar. Apenas tuvo cien visitas en YouTube durante la primera hora, y casi todos los comentarios de los usuarios eran o cínicos, o burlones. No se creían que el vídeo fuera real. Pero minutos después de esa primera hora en la que estuvo colgado ocurrió algo. Hubo un salto significativo de las visitas. Cabra volvió atrás y comprobó que era en Twitter donde se estaba moviendo. Unos cuantos jugadores clave habían retwiteado la dirección URL. Algunos no eran más que locos, teóricos de la conspiración convencidos de que se trataba de un regalo adelantado por Navidad; otros eran anarquistas de esos que creyeron que la información que subió Julian Assange en WikiLeaks en 2010 era palabra de Dios; pero muchos eran jugadores serios de la red. Cabra había subido el enlace a todas partes y lo había mandado en masa por correo electrónico a todas las direcciones de su lista de servidores. A miles y miles de personas de la prensa escrita, de la radio y de los medios digitales. Según parecía, algunos conocían a Billy Trout, y ese precisamente había sido el motor de arranque. Porque ellos habían mandado el enlace a sus contactos, incluyendo un comentario personal de aprobación y ánimo para Trout. La segunda oleada de edición del enlace había sido como una onda gigantesca. Alguien que conocía a Billy conocía también a un productor de la CNN, y esa persona había incluido el enlace en la actualización de las noticias del día. Ese tipo de fenómenos ocurría una y otra vez en la red. Transcurridos noventa minutos, la noticia se propagó como un virus.

Márketing viral. Cabra reflexionó acerca de la idea, y por un momento pensó que era una elección desafortunada de palabras; pero luego lo miró desde otra perspectiva. Tenía cierto sabor a justicia poética.

Transcurrida casi la segunda hora, el número de visitas en YouTube había escalado hasta las cinco cifras, y cada vez que Cabra actualizaba la página el número saltaba varios cientos. Y luego comenzó a saltar de mil en mil. La progresión era geométrica.

Pero Billy Trout no volvió a llamar.

El equipo de Cabra podía recibir una llamada vía satélite a través del Skype, pero

la conexión no funcionaba al revés. No podía ponerse en contacto con Trout.

Cabra se humedeció los labios, tamborileó con los dedos sobre la mesa y tomó mucho café. Y sintió cómo se le pulverizaban los nervios.

Finalmente, cuando ya no pudo aguantarlo más, subió el segundo vídeo a la red. Era el vídeo en el que Dez Fox discutía con un coronel de la

Guardia Nacional a través de un walkie-talkie. Si el primer vídeo había sido una bofetada en plena cara, el segundo sería como una patada en todos los huevos.

Siguió atento a la puerta, como si esperara que lo federales fueran a entrar de un momento a otro. *Bien*, pensó, sería una lástima que entraran… pero el vídeo ya estaba en la red. Así que… a joderse.

93

Sala de operaciones de la Casa Blanca
Washington, D. C.

El presidente de los Estados Unidos de América observaba los monitores de la pared. La lluvia y el viento habían disminuido significativamente. Dos minutos antes había concedido el permiso para despegar a seis helicópteros Apache, a los que seguirían de cerca cuatro Black Hawks de apoyo. Los Apache transportaban bombas de aire-combustible, además del equipo habitual de misiles aire-aire, ametralladoras y misiles no dirigidos aire-tierra. Armas suficientes para destrozar una ciudad americana de tamaño medio. Más de lo necesario, y con creces, para borrar Stebbins de la faz de la tierra.

Les había ordenado que volaran en dirección a Stebbins. Nada más. De momento. No sabía si sería capaz de pronunciar las palabras para dar la orden de disparar.

Scott Blair, consejero de Seguridad Nacional, entró corriendo en la sala de operaciones. Hizo un gesto con la mano a los que estaban junto al presidente para que se alejaran, y se inclinó para hablarle al oído en un tono confidencial.

—Señor presidente, acabamos de enterarnos de que alguien de Stebbins está mandando mensajes al exterior.

—¿Qué tipo de mensajes, Blair? ¿Y a quién?

—De los malos, señor presidente —advirtió Blair—. Y lo que es peor, los están colgando en internet. Sobre todo en YouTube, pero alimentado con enlaces a Twitter y otras páginas sociales de masas. Estamos tratando de controlar esas páginas, pero internet es muy volátil. Las unidades de la Guardia Nacional estacionadas en Stebbins están intentando localizar a la persona que envía esos mensajes para hacerlo callar.

—¿Y qué dicen esos mensajes?

—Puedo ponérselos, señor. ¿Quiere que despeje la sala?

—No tiene sentido si están en internet. Ponlos.

Blair asintió y apretó varios botones de un ordenador instalado en la mesa. La pantalla pasó del informe meteorológico a una página de YouTube. Blair apretó la tecla de reproducir. Apareció un hombre blanco rubio y bien parecido, con una camisa de rayas. Estaba empapado, y en su rostro se dibujaban las líneas del estrés. Sus ojos, del azul de los huevos del petirrojo, miraban a la cámara con la intensidad

de un rayo láser.

—Me llamo Billy Trout…

Todos en la sala dejaron lo que estaban haciendo para observar, y en cuestión de segundos no se oyó un solo ruido. Ni un comentario, ni un murmullo. Conforme veía el vídeo, el presidente sintió que se le obturaba la garganta. La grabación incluía metros y metros de película en la que se veían cuerpos infectados, mutilados o consumidos parcialmente, desgarrados por las balas y con manchas de una especie de mucosidad negra. Había otras dos personas más en el vídeo, ambos agentes de policía, con síntomas claros de heridas y de estrés. Se trataba de una mujer blanca y de un hombre negro. Trout dijo sus nombres y recitó los números de sus placas. Los últimos minutos del vídeo fueron los más duros.

—… este no es un desastre natural, ni se trata tampoco de un ataque terrorista. Es un desastre provocado por el hombre, y yo sé quién es el responsable y cómo ha ocurrido. Por favor, editen un enlace a este vídeo. Lo único que puede salvar las vidas de todas estas personas, de todos estos niños, es la verdad. Llamen a los periódicos locales, a los servicios de noticias. Contacten con el congresista de su localidad. Este no es un problema local. No es un problema solo de Pensilvania. Es una amenaza para todo el país, para el mundo entero. Por favor… aquí en Stebbins seguimos vivos, pero tenemos al demonio en la puerta. No permitan que cometan un asesinato en masa con nosotros. Salven a los niños del condado de Stebbins.

El vídeo terminó, pero la sala permaneció en un silencio absoluto. Todos los ojos estaban fijos en el presidente.

—¿Estás seguro de que no es una broma? —preguntó el presidente.

Blair sacudió la cabeza.

—Billy Trout es reportero de *Noticias Regionales por Satélite*. Apenas conocido, pero respetado. Los agentes Desdemona Fox y J. T. Hammond pertenecen a la policía de Stebbins. Ella estuvo en el Ejército. Según los archivos de tráfico, las identidades coinciden con las fotos. Es real.

—¿Y dice que quedan varios cientos de personas vivas? ¡Pero esa es una noticia estupenda! Quiero que la Guardia Nacional saque a esos niños. Que los proteja y que los saque de…

—Señor presidente, creo que no aprecia usted la complejidad de la situación. Nuestros protocolos de contención «Fuego Descontrolado» tienen seis modelos diferentes de respuesta para disturbios callejeros. Todos ofrecen alternativas distintas

para cada aspecto del problema, pero todos coinciden en un punto. Si es posible la contención por la fuerza, entonces es la única línea de actuación segura y fiable.

El presidente se quedó mirándolo.

—De ningún modo, Blair. Eso no puedo aceptarlo. ¿Me estás diciendo que la respuesta «Muro Rojo» es nuestra única respuesta?

—Por desgracia sí, señor. Es correcto.

—No. Eso es inaceptable.

—Señor, ya ha visto los informes; sabe que no podemos permitir que un solo anfitrión infectado traspase las fronteras de nuestra zona Q. Ni uno. Esto no es el cólera o el tifus. No disponemos de ninguna vacuna para esta infección. Nadie tiene inmunidad natural a esos parásitos. Cada anfitrión es un elemento infeccioso al cien por cien. Una sola gota de sangre contiene larvas suficientes para…

—Lo sé, maldita sea.

Blair se ajustó las gafas.

—Entonces, señor, tiene que comprender la gravedad de la situación. No hay protocolos para diagnosticar la infección. Ni ninguna medida profiláctica, aparte de la esterilización.

—Y entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Que tire las bombas de aire-combustible en el pueblo mientras una persona lo emite al mundo entero? Hay siete mil personas en el condado de Stebbins. ¡No tengo ganas de pasar a la historia como el presidente que masacró a más gente que toda la guerra de Afganistán entera! El doble de las que murieron en el 11-S.

Blair suspiró y sacudió la cabeza.

—Teniendo en cuenta los informes sobre el terreno que hemos recibido, señor presidente, dudo que ni siquiera un diez por ciento de esas personas sigan vivas.

—Eso son estimaciones, Blair. No números reales, y tú lo sabes muy bien. Podría haber cuatro o cinco mil personas vivas aún. No pienso autorizar un ataque a menos que se hayan agotado todas las demás alternativas.

—Bien, señor. Pero tiremos las bombas o no, de cualquier modo hay que detener a la persona que está enviando esos vídeos. De momento no ha dicho nada que perjudique a su administración, señor presidente, pero no podemos arriesgarnos.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

Blair no tuvo que pronunciar las palabras; su aspecto era lo suficientemente elocuente.

—¡Por Cristo! —gruñó el presidente—. ¿Y eso es lo mejor que podemos hacer? ¿Reaccionar como energúmenos?

—Se trata de una respuesta imperiosa a una amenaza muy real a este país, señor presidente. No es un huracán que haya roto unas cuantas hojas. Si no contestamos, si no somos lo suficientemente precavidos con nuestra respuesta, entonces nos enfrentaremos a una epidemia peor que la de la peste negra…

—Ahórrate el dramatismo —soltó el presidente.

—Disculpe, señor, pero no estoy exagerando. Como mucho estoy describiendo la naturaleza evidente de esta amenaza.

El presidente sacudió la cabeza.

—No voy a dar mi autorización para que se castigue a alguien que está tratando de salvar vidas de personas americanas. He llegado a muchos compromisos desde que me hice cargo de la administración, Blair, pero nunca he llegado tan lejos.

Blair respiró hondo.

—Comprendo su preocupación, señor presidente, pero nuestros consejeros científicos tienen mucho miedo. Nos instan a poner en marcha el «Muro Rojo». Insisten, señor.

—Comprendo —contestó el presidente con cansancio—. Ya he mandado a los helicópteros. En cuanto estén sobre el espacio aéreo de Stebbins, veremos con qué nos encontramos.

—Gracias, señor presidente.

94

Escuela elemental de Stebbins

Dez Fox contempló el mar de rostros. Cientos de ellos, jóvenes y viejos. Más jóvenes que viejos. Todos se giraron hacia la puerta al oír que se abría, todos pálidos, con expresiones de miedo y con los ojos brillantes por la esperanza.

Deben de haber oído los disparos, pensó Dez. ¡Dios, había algunos tan pequeños! Allí mismo. Y se creían a salvo.

Quería encontrar a los dos profesores que J. T. había apostado en las puertas para defenderlas. Encontrarlos y darles de patadas por abandonar su puesto, por abandonar a esos niños.

J. T. y Trout se colocaron cada uno a un lado de ella, ocupando todo el marco de la puerta.

Los chicos los miraron a los tres; contemplaron sus armas, sus uniformes. De pronto, todos a la vez, se pusieron a saltar y a aplaudir. Dez abrió los labios suavemente para pronunciar un «oh» silencioso. Se giró hacia J. T., confusa.

Trout se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Nos aplauden porque por fin ha llegado la caballería.

—Pero… pero si nosotros… pero si nosotros no somos…

—Sonríe y saluda con la mano, Dez. Es lo que están esperando. Sonríe y saluda. Sé una heroína. Que sepan que estás aquí por ellos. Después de todo es verdad, ¿no? Pues deja que se enteren. Deja que sepan que has venido por ellos, para protegerlos, y que jamás los abandonarás. Que no permitirás que entren los monstruos.

Dez miró a Trout a los ojos durante un largo rato mientras el ruido de los aplausos inundaba la sala como si fuera un trueno. Buscó expresiones de burla, brillos jocosos en los ojos. Pero no encontró nada de eso.

Levantó despacio la mano con la pistola por encima de la cabeza y se esforzó por sonreír.

Los aplausos crecieron en intensidad. Los profesores y los padres se abrieron camino entre los chicos y estrecharon las manos de Dez, de Billy e incluso de J. T.

—¿Es que ya vamos a salir? —preguntó una mujer con un bebé de dos meses en los brazos.

—Pronto —mintió Dez—. La… mm… la Guardia Nacional está todavía

despejando los alrededores. Tenemos que quedarnos bien sentaditos un rato más. Puede que unas cuantas horas, puede que toda la noche, pero la ayuda ya está en camino. Necesitan que cooperemos con ellos lo mejor que podamos.

Dez había utilizado las palabras mágicas, palabras que prometían orden y respuestas: «Guardia Nacional».

La directora del colegio, la señora Madison, se abrió paso apresuradamente entre la multitud con su cuerpo delgado como un palo para darle un abrazo a Dez. Entonces se produjo otro fuerte aplauso. Los profesores y algunos adultos más comenzaron a poner orden a su alrededor, y la multitud se fue calmando. El ambiente era sereno y disciplinado. Dez se figuró que la señora Madison había nombrado a esos adultos como jefes de sección. Buena estrategia.

—¡Gracias! —dijo la señora Madison—. ¡Dios!, muchas gracias. ¿Sabemos ya qué está pasando?

Dez alzó una mano para detener la oleada de preguntas. Entonces se llevó a la señora Madison al pasillo, lejos de los demás adultos.

—Escucha, no tenemos mucho tiempo, así que, por favor, presta atención. Nosotros ahora mismo ni somos la caballería, ni estamos al mando de la situación. Y la Guardia Nacional de momento no es nuestra amiga. Creen que estamos todos infectados, así que mientras no despejemos el colegio de personas infectadas, no podremos demostrarles que no corren ningún peligro por entrar a rescatarnos. Y eso significa que tenemos que asegurarnos de que no quede nadie que haya recibido un mordisco.

—¿Cómo que no quede nadie? —preguntó la señora Madison con el ceño fruncido.

Dez le explicó brevemente qué era Lucifer 113 y cómo actuaba.

—Cualquiera que haya sido contaminado, da igual cómo o si se encuentra mal o no, acabará por convertirse en una de esas cosas. Vamos a tener que eliminarlos a todos.

La señora Madison se puso pálida.

—Pero agente Fox, hay niños con mordiscos. ¿No esperarás que los matemos a ellos también? Sería una locura. Es inhumano. Están en una de las clases. Les estamos procurando atención médica…

—Dame otra alternativa. Si permitimos que siga habiendo personas infectadas en el colegio, moriremos todos. Se trata de un problema matemático simple.

—¡Dios…!

—J. T. y yo nos ocuparemos de eso —soltó Dez—. Señora Madison, quiero que os quedéis todos dentro del auditorio. Y que cerréis las puertas en cuanto nos marchemos, hasta que J. T. o yo os digamos que podéis abrir. No abráis la puerta a nadie que no sea él o yo, ¿entendido?

La directora asintió.

—El señor Chestnut está por alguna parte en el edificio. Oyó ruidos, y se llevó a dos conserjes para ir a investigar.

—¿Lucas Chestnut? —preguntó Dez. Chestnut era un profesor muy joven cuando Dez iba a clase, así que debía de haber pasado ya la mediana edad—. ¿Cuánto hace que salió del auditorio?

—Bueno, se marchó justo después del sargento Hammond. Me sorprende que no lo hayáis visto.

—¡Mierda! —exclamó Dez.

La señora Madison abrió la boca para decir algo, pero al final calló, se echó atrás y se llevó la mano a la garganta.

—Quedaos aquí y no dejéis que salga nadie más —ordenó J. T.—. ¿Entendido? Nadie. Y ahora entra dentro con una sonrisa y dile a todo el mundo que se siente y que espere a que volvamos. No le cuentes a nadie cómo van las cosas realmente. Todavía no, ¿entendido?

La directora asintió y J. T. guió a Dez al pasillo. Se quedaron en el hueco de la escalera, escuchando. Pero no oyeron nada.

—Vamos a comprobar la última planta —dijo J. T.—. De todos modos, hay que revisarla.

—Ten cuidado, colega. Nada de heroicidades.

—Ya estoy más que harto de héroes, niña —soltó J. T.

Ambos sonrieron. Estaban a punto de subir las escaleras cuando Trout llegó corriendo desde el auditorio.

—¡Eh, Dez!

Dez lo empujó.

—¿Adónde demonios crees que vas?

—Con vosotros. Pero necesito un arma.

—De ningún modo, Billy. Tú quédate con los niños. No confío en ti.

—¿Cómo? ¿Cómo diablos puedes decir eso?

—Quiero decir con un arma, tonto. Tú no sabes disparar, ¿o es que ya no te acuerdas? Ve a buscar un bate de béisbol y quédate allí.

—Pero Dez, yo…

Dez se encaró con él y aunque la expresión de sus labios era severa, sus ojos tenían una actitud suplicante.

—Billy, quédate con los niños, por favor.

—¡Aj… joder! —dijo él, que sin embargo asintió—. Vale, Dez.

Una expresión de alivio cruzó por un instante la mirada de Dez antes de darse la vuelta y correr por el pasillo para alcanzar a J. T. Fue solo un momento, pero a pesar de todas sus justificaciones racionales en contra, Trout intuyó que Dez no corría porque tuviera algo que hacer, sino que huía de él. No tenía sentido, pero la idea abrió una rendija en su mente a la comprensión.

Trout se giró. Dez se quedó observándolo hasta que cerró las puertas del auditorio.

Lo observó y no tuvo más remedio que sonreír. Ante sus ganas de ayudar. Ante el coraje que había demostrado al volver al pueblo. Incluso ante su culo. *Tiene un culo estupendo*, se dijo Dez. Suspiró y se dio la vuelta, consciente de que el otro miembro del equipo la observaba.

—Creía que habías terminado con ese chico —murmuró J. T.

—Y he terminado.

—No me lo parece.

—Sí, bueno, yo también creía que andabas sin muletas —dijo Dez.

—Y ando sin muletas.

Entonces Dez se encaró con él.

—¿Quieres empezar ahora a usarlas?

—Eh… no, gracias.

—Muy bien, pues fin de la discusión —asintió Dez.

Puede que J. T. pensara decir algo más, pero entonces se oyó un grito agudo de dolor procedente del hueco oscuro de la escalera.

95

Carretera antigua de Fairbanks
Cerca de Bordentown

Homer Gibbon oyó el ruido mucho antes de divisarlos. Era un ruido profundo, grave y considerable, que se filtraba a través del estruendo de la lluvia, la radio y los limpiaparabrisas. El chop-chop-chop de las aspas de los helicópteros. Se echó a un lado de la carretera, bajó la ventanilla y sacó la cabeza para mirar.

Se acercaban por encima de la línea de árboles como una bandada de insectos gigantes de una película de monstruos antigua. Homer jamás había estado en el Ejército, pero lo sabía todo acerca de la guerra. Por las películas, los libros, las revistas, y por sus conversaciones interminables en prisión. Eran Apache Longbow, y estaba convencido de que iban equipados con cañones de cadena de 30 mm, misiles aire-tierra, luces de emergencia, misiles infrarrojo tierra-aire y misiles infrarrojo aire-aire de corto alcance. O al menos de eso era de lo que se acordaba él.

Homer sonrió.

Perfecto.

Subió el volumen de la radio. Jason Aldean estaba cantando *Mi fiesta particular*.

—¡Sí, señor! —le dijo Homer a la radio.

Se incorporó a la carretera y siguió conduciendo.

96

Sala de operaciones de la Casa Blanca

—Ha salido otro vídeo de Billy Trout —dijo Scott Blair.

El presidente se giró en la silla hacia los monitores.

—Déjame verlo.

Blair vaciló.

—Señor, se trata de un asunto muy delicado. Esto va a convertirse en una pesadilla política.

—Ponlo —ordenó el presidente con firmeza.

Estaba colgado en YouTube. Mostraba a la misma agente de policía de antes, en pie en un pasillo repleto de cuerpos infectados.

—Esa agente le quitó el walkie-talkie a un soldado de la Guardia Nacional al que atacó.

—¿Lo mató?

—Nooo —negó Blair, alargando la palabra—. Pero destrozó el Humvee, y hay tres soldados que requieren tratamiento médico.

El presidente lo hizo callar al comenzar el vídeo. Se sentaron y observaron la intervención de Dez Fox en una conversación mantenida a través del walkie-talkie con el teniente coronel Macklin Dietrich.

Se equivoca usted, coronel Dietrich, cuando dice que no entendemos la naturaleza de los acontecimientos. Somos plenamente conscientes de lo que ocurre. Y queremos preguntarle cómo pretende ayudarnos.

No podemos hacer nada. Si está usted al tanto, entonces tiene que comprenderlo.

Comprendo en parte, coronel. Lo que no comprendo es por qué ustedes no están tratando de rescatar y proteger a las personas que no están infectadas. No se trata de una infección que se propague por el aire. Se propaga a través de escupitajos, mordiscos o cualquier otro contacto de fluidos.

Blair se inclinó sobre el presidente para susurrar:

—Ahora viene el trozo más importante.

Le estoy pidiendo, le estoy diciendo que se ponga en contacto con su jefe y que le diga que contacte él con el suyo, a ver si así llegamos hasta donde hay que llegar. Dígale que sabemos quién soltó a este monstruo y quién es responsable del asesinato del pueblo entero… y dígale también que sabemos quién quiere ahora tratar de taparlo con la falsa pretensión de que los testigos supervivientes están infectados, para poder masacrarnos a todos. Dígale usted eso.

Hubo unos segundos más de silencio en los que la agente Fox esperó una respuesta que jamás llegó. Entonces ella miró directamente a la cámara y añadió:

Van a dejarnos morir aquí a todos. ¡Dios…! ¡Van a asesinar a todos esos niños!

Las lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas, y entonces el vídeo terminó.

Blair agitó los brazos y añadió:

—Acaban de colgarlo, y ya está que arde por internet. Está en todas partes. En la CNN, en la Fox, en todas partes.

—¡Dios…!

—Supongo que ha oído esa última parte, ¿no?

—¿Lo de que sabe quién ha soltado al monstruo? Sí. ¿Crees que saben algo de Lucifer 113?

—No… no lo sé, señor. No sé cómo podrían haberlo averiguado.

Un ayudante de confianza entró corriendo en ese momento en la sala de operaciones.

—Disculpe, señor presidente. Los helicópteros acaban de entrar en el espacio aéreo de Stebbins.

97

Colegio elemental de Stebbins

Comenzaron a subir las escaleras. Dez iba la primera, sujetando la Glock con las dos manos. J. T. la seguía de cerca con una escopeta Mossberg 500 *bullpup* de doble agarradera vertical, incluyendo la del cañón. A ocho pasos del descansillo, entre planta y planta, se detuvieron a escuchar.

—¡Oh, Dios! ¡Ayuda…! ¡Oh, por Cristo!

—¡Ese es Lucas! —exclamó J. T. en voz baja.

Subieron los ocho escalones de dos en dos y comenzaron a apuntar con el arma en todas direcciones, esperando encontrar algún rostro pálido entre las sombras. Pero lo primero que vieron fue la sangre.

Una huella perfectamente dibujada en rojo. De un zapato pesado, un Timberland u otro zapato apto para dar patadas. Dez lo señaló con la Glock.

—Ya lo veo —dijo J. T. en voz baja, subiendo los pocos escalones que le quedaban sin hacer ruido.

—… por favor… Dios…

La voz de Chestnut sonaba débil, casi imperceptible. Dez sabía de antemano que no subían para salvarlo. Parecía herido, pero la experiencia de ese día le había enseñado que una herida era una sentencia de muerte. Por pequeño que fuera el mordisco, valía lo mismo que una bala en el corazón.

Giraron en el descansillo y encontraron otra huella.

Y un pie.

El zapato, el tobillo y parte de la espinilla guardaban todavía su verticalidad sobre el último escalón. El resto del cuerpo se arrastraba centímetro a centímetro por el pasillo, a unos seis metros de distancia de ellos. Reptaba en dirección a un hombre sentado en el suelo con la espalda apoyada sobre la puerta de la clase de inglés. Ese segundo hombre tenía un hacha de incendios ensangrentada sobre los muslos, y estaba cubierto de mordiscos de arriba abajo. Tenía docenas de ellos.

A su lado había otras dos personas más, agachadas. Una de ellas sujetaba el brazo de Chestnut con las dos manos, y justo fue a hincarle los dientes por la parte interior del codo cuando Dez lo vio. La otra figura, un adolescente, estaba arrodillado sobre el abdomen de Chestnut, comiéndoselo, mordiéndolo y arrancándole trozos de carne

con la intención de romperle la pared intestinal. El zombi que había perdido parte de la pierna continuaba reptando inexorablemente hacia delante mientras gemía lastimosamente, ansioso por compartir el banquete.

Chestnut estaba demasiado débil como para gritar. Sollozaba y sacudía la cabeza a un lado y a otro sin cesar, como si se negara a aceptar lo que estaba ocurriendo. Nada más aparecer Dez y J. T., desvió los ojos llorosos hacia ellos.

—Por favor… —suplicó débilmente—. Por el amor de Dios… por favor… detened esto…

Detened esto. No a los otros, sino esto.

Dez oyó a J. T. tomar aliento.

—Tranquilo, amigo —le dijo en voz baja, adelantándose a él.

El zombi mutilado fue el primero en oírla. Se giró hacia ella y gruñó. De sus labios caían gotas de saliva negra. Dez lo reconoció. Era uno de los conserjes. Un tal Roger.

Alzó la Glock y disparó. La bala le dio en la sien y la fuerza del impacto le sacó uno de los ojos. Cayó hacia delante, y se le rompieron los huesos de la cara al golpearse contra el suelo. Unos cuantos pasos más atrás, J. T. se atragantó.

Pero Dez no se dio la vuelta para mirarlo. Desvió el cañón de la pistola hacia el adolescente.

Bang.

Después hacia la mujer, una desconocida.

Bang.

Lucas Chestnut alzó la vista hacia ella. Le salía sangre de los labios.

—Por favor… —rogó.

Bang.

Dez bajó el arma y cerró los ojos.

Entonces una puerta crujió detrás de ella, y Dez se dio la vuelta justo en el momento en el que J. T. soltaba un grito de sorpresa. El grito se mezcló con los lamentos de los muertos que fueron saliendo al pasillo. Unos cinco. No, más. Ocho o nueve.

—¡Cuidado, J. T.!

J. T. cayó al suelo. Una pila de muertos fue amontonándose sobre él. El impacto le zarandeó el dedo con el que agarraba el gatillo. El disparo fue a dar a uno de los muertos por encima del codo. Le voló el brazo. Se trataba de una mujer que, a pesar de todo, no hizo ninguna pausa y se lanzó sobre J. T.

Dez disparó rápidamente tres veces a los muertos que seguían en pie. Mató a dos de ellos, y al tercero lo lanzó hacia atrás, en dirección a las escaleras. La criatura se derrumbó y echó a rodar hasta desaparecer de la vista.

Bajo la pila de muertos, J. T. hizo un esfuerzo por girar el hombro y golpear con la culata al zombi que tenía justo encima. Le dio en la cara y se deshizo de él. El muerto rodó con un pedazo de la camisa de J. T. entre los dientes. Pero nada más ver el hueco, otro más se lanzó de inmediato sobre él. Entonces Dez comenzó a darles de patadas a todos. A uno le clavó la punta de acero del zapato en la sien, a otro lo golpeó en la espinilla con el tacón, y al mismo tiempo agarró a un tercero del cinturón para apartarlo de J. T. Este último se giró hacia ella con un gruñido, pero Dez le golpeó con la culata en la boca y luego le disparó en el oído. Por su parte J. T. metió el cañón del arma bajo la mandíbula del muerto que tenía más cerca y disparó. Le voló el cuero cabelludo y los sesos, que llegaron al techo.

Dez golpeó a uno de los muertos en la mejilla y le disparó a otro en el ojo. Agarró a J. T. y lo arrastró para apartarlo de allí. J. T. comenzó a dar patadas para intentar escapar y ambos cayeron hacia atrás, de espaldas.

Los muertos se acercaron, pero Dez agarró la Glock con ambas manos y disparó una y otra vez. J. T. le voló a uno la rodilla, pero luego le metió una bala en la frente mientras caía al suelo. Empujó el cuerpo de una patada y disparó al siguiente. Primero le dio en el pecho, luego en el hombro y por último en la cara.

La última zombi era una mujer mayor. Dez le dio una patada con todas sus fuerzas justo en la barbilla. La cabeza de la mujer se sacudió violentamente a un lado y a otro, y se partió el cuello.

Por fin había terminado todo.

Ambos se quedaron un momento en el suelo, cubiertos de sangre, de mucosidades negras y de trozos de carne.

Dez fue la primera en recuperarse. Pero entonces vio una mancha de mucosidad brillante sobre su muslo y comenzó a gritar y a revolverse, y se disparó en el pie sin querer. J. T. se levantó de un salto. Cogió el extintor de incendios de acero de la pared y lo dirigió hacia ella. Utilizó la fuerza comprimida del aparato para limpiarle la sangre negra de la ropa. Dez se lo quitó de las manos y repitió la operación muy nerviosa. Ambos gemían y lloriqueaban como locos mientras vaciaban el contenido íntegro del extintor. Por fin Dez soltó una maldición y lo lanzó lejos.

—Estamos bien —dijo J. T., todavía nervioso—, estamos bien, estamos bien.

Pero no estaban bien.

Al otro lado del pasillo había un grupo de ventanas que daban al aparcamiento. Hasta ese momento habían permanecido tan negras como la noche tormentosa del exterior, pero de pronto resplandecieron con una luz blanca brillante e intensa.

—¿Destellos? —se aventuró a preguntar Dez.

Todo el edificio comenzó a sacudirse de repente, a vibrar con fuerza y a crujir al son del ruido de unas máquinas gigantescas. Ambos echaron a correr hacia las ventanas. Una fila de helicópteros Apache Longbow rasgó el cielo nocturno por encima de la línea de las copas de los pinos. No parecían más que fantasmas a la luz del reflejo blanquecino de las bengalas de fósforo que iban cayendo en paracaídas diminutos. A su lado volaban cuatro UH-60 Black Hawk de apoyo.

La tensión acumulada en el rostro de J. T. se diluyó para dar paso a una sonrisa.

—¡Dios del cielo! —exclamó—, ¡creo que acaba de llegar la caballería!

J. T. saludó a los helicópteros con la mano.

Segundos más tarde la puerta lateral del Black Hawk que iba delante rodó hacia atrás para mostrar la boca horrible de múltiples cañones de una ametralladora.

—¡No! —gritó Dez.

J. T. la agarró y la apartó de la ventana una décima de segundo antes de que cientos de disparos cosieran a balazos toda la pared, provocando una lluvia tormentosa de cristales, cascotes y madera astillada.

98

Auditorio

Trout se puso en contacto con Cabra.

—Te mando un montón de material —le dijo—. Súbelo a la red.

—Muy bien, pero estamos haciendo esto muy despacio, Billy.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la forma en la que estás rodando, por partes. Ya sabes, «Aquí, en directo desde el apocalipsis…». Esa es la clave. Deberíamos hacer un solo vídeo largo, todo en directo. No necesitamos retocar ni editar nada. No tenemos que esperar a la hora de la retransmisión, chico. Esto es directo, crudo e inmediato, así que empieza con el *reality show*.

—¿Pero crees que alguien va a verlo?

—Billy, lo está viendo todo Cristo. El mundo entero lo está viendo. Lo que no sé es de cuánto tiempo disponemos antes de que los federales me encuentren y me cierren el quiosco. Estoy mandándolo a través de un buen montón de servidores, pero antes o después me localizarán.

—Entonces pasemos al directo.

Trout comenzó a hacer entrevistas en el auditorio. Todo el mundo estaba paralizado del susto, e incluso había personas absolutamente histéricas de miedo y de pena. Trout se imaginó el tipo de cosas que habrían visto. Familiares a los que los zombis habían hecho pedazos; amigos y compañeros de colegio, arrastrados por la fuerza fuera de los autobuses escolares; profesores masacrados mientras intentaban proteger a los niños. O, como sugería mucha gente en voz baja, profesores y padres tan ensimismados en su propio miedo y preocupación que simplemente huían y dejaban al resto de inocentes a merced de su suerte. Algunas personas, tanto niños como adultos, se mostraban tan terriblemente excitados y nerviosos, tan rebosantes de esperanza que hablaban de una percepción fracturada de la realidad. Trout creía que esos serían los primeros que se desmoronarían en cuanto una sola cosa fuera mal.

Una niña pequeña se quedó mirando la cámara sin comprender y preguntó por su mamá. La llamó utilizando esa única palabra, una y otra vez. Trout era consciente de que la escena era oro puro, pero al mismo tiempo sabía que le estaba rompiendo el corazón. Sabía que el rostro de esa niña pequeña lo perseguiría en sueños el resto de

su vida… si es que le quedaba vida que vivir.

Pero siguió adelante con las entrevistas.

Nadie actuaba para la cámara ni pretendía llamar la atención; nadie se inventaba un cuento simplemente porque era para la televisión. Aquellas personas estaban demasiado inquietas, demasiado doloridas como para mostrarse artificiosas, y Trout era consciente de que le resultaría evidente a cualquiera que lo viera. Solo una persona con el corazón tan muerto como los zombis podría no conmoverse ante el vídeo.

Resultó descorazonador que fueran tan pocos los adultos que lograran mostrar cierta mesura, dignidad y coraje mientras rodaban el vídeo. En cambio, muchos niños desplegaron una valentía tan genuina que prácticamente rozaba el heroísmo. En concreto una niña de once años, Bailey, había reunido en una esquina a otros niños más pequeños para contarles cuentos y entretenerlos. No obstante, Trout había visto un bate de béisbol roto y lleno de sangre en pie, contra su asiento. Habría apostado cualquier cosa a que allí había una historia, y esperaba tener la oportunidad de ver cómo la contaba la niña.

Un chico de sexto curso que era como una mole, y a quien la pubertad le había pegado tan fuerte que parecía haberlo arrollado como si se tratara de un tren, llevaba puestas todas las espinilleras y todas las hombreras del gimnasio encima de la ropa de calle, además de un casco de aluminio de béisbol. Trout lo entrevistó. Se llamaba Bryan, y le contó que un par de muertos lo habían perseguido hasta el gimnasio y que allí se había encontrado con cinco chicas escondidas en la jaula de metal grande donde se guardaba el material de deporte. Bryan había corrido a la jaula, y una vez allí se había puesto encima todo lo que había encontrado y había vuelto a salir con un bate de béisbol. Para atacar a los zombis. Era una historia tan increíble que, por un momento, Trout dudó de su veracidad. Pero las cinco chicas sentadas a su lado no dejaban de lanzarle miradas de adoración.

Trout hizo todas las entrevistas cortas que pudo. Algunas eran historias de combate y victoria, otras de escapadas por los pelos. Sin embargo la mayoría eran de terror y de pérdida. En el caso de los niños casi siempre se trataba de un abandono o bien por cobardía o, más frecuentemente, porque los padres y los profesores habían muerto durante la lucha. Sin embargo, desde el punto de vista de un niño muerto de miedo, la historia venía a ser la misma. Y eso le recordó a Dez. Ella tenía más o menos la misma edad que esos chicos cuando sus padres murieron, y aunque como adulta

sabía que la muerte estaba más allá de la voluntad, Dez seguía todavía atrapada en esa sensación de abandono.

Trout estaba entrevistando a una bibliotecaria a la que había rescatado una animadora cuando de pronto todo el auditorio se quedó en silencio.

Trout habló por el micrófono:

—Estamos oyendo disparos. Suena como si… sí, viene de arriba. Son los agentes Desdemona Fox y J. T. Hammond. Han salido a cazar a los últimos infectados para proteger el interior del edificio y asegurarse de que estamos a salvo.

Trout hizo una pausa y dirigió el micrófono hacia el techo. Los disparos continuaron. Deseaba sentirse tan seguro y confiado como parecía ante la cámara, pero lo cierto era que no estaba tan convencido de qué pasaba arriba. No obstante, él tenía que transmitir el mensaje de que el edificio estaba bajo control.

—Los disparos han cesado —dijo Trout, que dirigió la cámara hacia los ochocientos rostros del auditorio que miraban para arriba con los ojos muy abiertos y con una expresión que era una mezcla de esperanza y de horror.

El silencio se mantuvo durante un rato muy largo, y de pronto todo el edificio comenzó a temblar.

—¡Helicópteros! —gritó uno de los hombres de la parte de atrás—. ¡Ha llegado el Ejército!

El auditorio se llenó entonces de gritos de felicidad. Trout se quedó mirándolos a todos con los ojos desorbitados, pero entonces cayó en la cuenta de que llevaban allí encerrados mucho más tiempo que él, así que no habían sido testigos de la crueldad con la que la Guardia Nacional trataba a los civiles.

—Escuchen esto —dijo por el micrófono—. La gente aquí grita de felicidad porque oyen helicópteros. Están convencidos de que los militares han venido a rescatarlos. Yo también compartía esa esperanza antes de atravesar toda la zona de cuarentena. Y llámenme loco si quieren, amigos, pero todavía espero que los chicos de los cascos blancos vengan a salvarnos a todos, porque me encantaría poder contarles un final feliz.

Trout inclinó el micrófono hacia arriba y se quedó esperando como todos los demás, musitando entre dientes «Vamos, venga… vamos», mientras el ruido de los rotores de los helicópteros se iba acercando.

Pero entonces las ametralladoras de los helicópteros abrieron fuego.

La ovación entusiasta se transformó al instante en un coro de gritos estridentes, y

las ventanas comenzaron a estallar, provocando una tormenta de cristales relucientes en el interior del auditorio. Los trozos de cristal volaron por encima de la masa de gente, produciendo cortes y desgarros a su paso. Los niños se escondieron debajo de los asientos y los adultos trataron de protegerlos con sus propios cuerpos. Pero las balas pasaban rozando por encima de la multitud como un enjambre de avispones furiosos.

Billy Trout se ocultó detrás del piano que utilizaban para las fiestas del colegio. Las balas extrajeron una melodía enloquecida e inconexa al fustigar las teclas del instrumento. Pero a pesar del caos reinante a su alrededor, Trout apretó los botones de grabar y de enviar y dirigió la cámara hacia las ventanas.

99

Escuela elemental de Stebbins

El Black Hawk se quedó planeando en el aire como una pesadilla, y la ametralladora surgió como un dragón que escupiera cientos de balas sobre la planta superior del colegio. Un segundo helicóptero avanzó con una lentitud monstruosa hasta la esquina opuesta del edificio, y a su paso fue disparando hacia la fila de ventanas de las que salía luz. Abajo los muertos vivientes gemían y alzaban las manos deseosas hacia el cielo, como si quisieran tirar de las máquinas hacia abajo para abrirlas y comerse la carne que había dentro. Pero volaban demasiado alto y no podían alcanzarlas, así que la intensidad de sus lamentos creció hasta convertirse en gritos horribles.

—¡Aquí Billy Trout, informando en directo desde el apocalipsis! —gritó Trout—. No sé si pueden ustedes oírme, pero nos están atacando. Por favor, si alguien puede oírme, ¡ayúdenos!

Trout giró el imperdible que le sujetaba el micrófono a la solapa para que se oyera su voz por encima del estruendo de gritos y disparos y continuó:

—Le hemos rogado al gobierno que nos ayude, ¡y miren cómo responde!

Dez estaba agachada y hecha un ovillo, protegiéndose la cabeza con los brazos y las manos. Todo su cuerpo sangraba por docenas de cortes. Cerraba los ojos con fuerza y abría la boca para emitir un grito continuo y desgarrado que le salía de lo más hondo. J. T. Hammond estaba a tres metros y medio de ella en una postura similar, tratando de encogerse al máximo. Y también gritaba.

Este no es un ataque de una organización terrorista. Ni tampoco son los infectados de los que les he estado hablando.

Billy hizo una toma panorámica de los helicópteros que planeaban en el exterior y de los cañones de las ametralladoras que inundaban el aire de fuego y de muerte.

Es un helicóptero Black Hawk UH-60. Forma parte del destacamento de la Guardia Nacional enviado para contener el brote infeccioso de Stebbins. Pero no están disparando a los infectados. Donde yo estoy no hay infectados. Me

encuentro en el auditorio de la escuela elemental de Stebbins, que sirve como escuela elemental para toda la región. Aquí, en el auditorio, casi todos son niños. Hay también profesores y algunos vecinos de Stebbins, que han venido porque las autoridades les dijeron que este era el refugio de emergencia del condado. Lo repito: las personas que hay aquí no están infectadas. Son en su mayoría niños y personas a las que se ha traído aquí por tratarse del refugio oficial.

La señora Madison se bajó reptando del escenario y entró en el estudio de sonido. Las balas no podrían alcanzarla allí, así que comenzó a llamar a la gente con la mano, niños y adultos, para que la siguieran. Sin embargo era arriesgado. Había que atravesar el escenario, convertido en terreno de nadie. Unos cuantos lo intentaron. Pero no todos lo consiguieron.

Podía ver a Billy Trout agachado junto al piano desde la cabina. Sabía lo que estaba haciendo e incluso oía algunos fragmentos de lo que decía. Entonces vio el micrófono grande con su pedestal plateado, el que utilizaban cuando la pianista cantaba con los niños. Los cables yacían esparcidos como serpientes por el escenario, pero los enchufes seguían conectados en sus lugares correspondientes en la mesa de sonido. Sabía que el auditorio formaba parte de los servicios de emergencia instalados en el colegio. El generador de reserva que permitía mantener las luces encendidas también daba corriente al equipo de emergencia más básico. Incluyendo el sistema de megafonía.

La señora Madison encendió una fila de interruptores y conectó el micrófono tirado en el suelo al sistema de megafonía. Luego subió el volumen a tope. De pronto la voz de Billy Trout resonó como un trueno por todos los altavoces instalados en el interior y el exterior del colegio. Al oírlo, Trout sonrió, alargó la mano hasta el micrófono y se lo acercó a los labios.

El culto al secretismo y la obsesión de los militares por poseer las armas de destrucción más letales nos han colocado a todos hoy en esta situación. Han muerto más de seis mil personas. Asesinadas. Casi toda la población del condado de Stebbins. Víctimas del terrorismo tanto como lo fueron las casi tres mil personas que murieron en las torres gemelas o las doscientas sesenta y seis que fallecieron en los aviones secuestrados el 11-S. O como las ciento veinticinco personas que murieron en el Pentágono ese mismo día. O las miles de personas asesinadas en Iraq y Afganistán. Pero lo que hace de este hecho una tragedia

mayor, más imperdonable, es que a la gente de Stebbins no la ha matado ni Al-Qaeda, ni los talibanes. En el condado de Stebbins no opera ninguna célula terrorista. A esta gente la ha asesinado el gobierno de los Estados Unidos, porque algunas personas creen que es mejor matar a un inocente que admitir un error.

En el otro extremo del auditorio, los niños, profesores, padres y refugiados seguían agachados bajo los asientos, gritando y llorando muertos de miedo y de confusión. La luz de la esperanza había desaparecido de los ojos de muchos de ellos, pero no barrida por una herida mortal, sino al tratar de comprender lo que estaba sucediendo. Primero los atacaban y masacraban a los infectados, y después, los que se suponía que tenían que rescatarlos, el Ejército, transformaba su refugio en un campo de batalla de sangre y cristales rotos.

No podemos permitir que América se convierta en una nación de estúpidos y esclavos. No podemos permitir que nuestro gobierno sirva solo a sus propios intereses a costa de la gente. Apelo a todo verdadero americano, a todo patriota, ya sea de izquierdas o de derechas, a que se ponga en pie y grite: «¡Paren esto!».

Al otro lado de la verja, cientos de soldados de la Guardia Nacional esperaban a que los helicópteros terminaran su trabajo, listos para comenzar con la segunda fase de limpieza. Entre ellos estaba el sargento Polk, que escuchaba las atronadoras palabras que salían de los altavoces instalados en el exterior del colegio. Se estaba fumando un cigarrillo, encendido con la colilla del que se acababa de terminar. A sus pies había más colillas amontonadas.

Uno de los hombres de su pelotón soltó una risita alegre y preguntó:

—¿Estáis oyendo toda esa cháchara?

Polk se giró hacia él.

—¿Qué ocurre, sargento? —siguió preguntando el mismo soldado.

Polk señaló con la cabeza hacia el colegio.

—Yo no firmé para esta mierda.

—¡Vaya, hombre!, pero ¿qué te ha hecho la puta poli esa? ¿Ahora vas a ponerte en plan maricón con nosotros?

Polk le dio una calada al cigarrillo, retuvo el humo en los pulmones y luego lo exhaló lentamente. Y de repente, saltó del vehículo y echó a caminar hacia la valla.

—¡Eh! —gritó el soldado—, ¡Polkie!, ¿qué demonios estás haciendo?

—Rebelarme.

—¿Para qué?

Polk se giró antes de contestar:

—Ahí dentro hay gente viva. ¿Es que no has estado escuchando?

Polk se giró de nuevo y siguió caminando.

Un teniente salió corriendo detrás de él.

—Sargento Polk, vuelve inmediatamente detrás de la línea de defensa.

Polk se giró una tercera vez.

—¡Esto no está bien! Se supone que hemos venido aquí a ayudar.

—No podemos ayudar a esa gente —gruñó el teniente.

—¡Pero si ni siquiera lo hemos intentado!

Polk llegó a la línea de vehículos Humvee aparcados y se subió a uno.

—Sargento, te ordeno que depongas tu actitud.

Pero Polk encendió el motor.

El teniente alargó un brazo en dirección a Polk.

—Sargento, depón tu actitud y baja de ahí o tendré que dispararte.

Polk retiró el pie del freno y dejó que el Humvee se desplazara hacia delante. El teniente corrió para interponerse entre él y la verja, y un montón de soldados de la Guardia se unieron a él. A su alrededor rugían las aspas de los helicópteros, el trueno de las ametralladoras y el sonido de la voz amplificada de Billy Trout. Polk apretó suavemente el acelerador y el Humvee comenzó a avanzar hacia la verja.

Algunos soldados alzaron las armas y apuntaron al vehículo, pero muchos otros no dejaban de mirar alternativamente al sargento y al teniente.

A estas alturas todos los servicios de noticias más importantes del país habrán recibido ya el fichero completo en el que se cuenta cómo comenzó esta plaga, incluyendo la confesión íntegra del doctor Herman Volker. Ya no quedan secretos que defender. Vais a asesinarnos, y no va a ser sino un acto de venganza. Y todo el mundo lo sabrá.

Polk detuvo el vehículo y sacó la cabeza por la ventana.

—O abres la verja y te echas atrás, o cuidado con el culo, porque voy a pasar por encima de él.

—Sargento, con todas estas tonterías no vas más que directo al infierno. Baja de ahí antes de que te baje yo.

Pero Polk volvió a pisar el acelerador.

Un único soldado se separó de la tropa y echó a caminar en dirección al Humvee. El teniente le gritó a él también, pero el soldado alzó un puño y extendió el dedo corazón. Se dio la vuelta y siguió caminando hacia atrás con el rifle en la mano y el cañón apuntando hacia el suelo.

—El sargento tiene razón, colegas. Esto es una mierda. No está bien.

El teniente desvió el cañón de la pistola para apuntar al segundo soldado.

—Tira el arma y apártate.

—Señor, declino respetuosamente obedecer esa orden.

—¿Con qué base, joder? —chilló el teniente con la cara roja de ira.

—Con la base de que yo me alisté para proteger a mi país y a mis conciudadanos americanos. ¿Es que no has estado escuchando lo que ha dicho el periodista? Tienen pruebas de que todo esto lo empezamos nosotros. Puede que fuera un error o puede que alguien se volviera loco y lo soltara, pero fuimos nosotros los que empezamos. ¿Cómo es posible que matar americanos sea la respuesta militar correcta a algo así?

—Eso no es un asunto sobre el que tú debas decidir.

El soldado sujetó el arma en vertical, apoyada en el brazo izquierdo, y contestó:

—Ahora sí.

—¡Joder!, ¡es cierto! —dijo otro hombre más.

El teniente se giró horrorizado para comprobar cómo el tercer hombre salía de las filas y se unía a Polk. Luego un cuarto. Después cinco más. Y otros diez.

... así que, por favor, detened esta masacre. Dejad de matar. Salvad a los niños del condado de Stebbins. Estamos aquí. Estamos vivos. Necesitamos vuestra ayuda. Por favor...

Mientras el teniente permanecía en pie, apuntando con la pistola con el brazo extendido, al menos la mitad de sus hombres desertaron. Abandonaron la zona en la que estaban aparcados los vehículos y se unieron a Polk. Formaron una fila desigual alrededor del Humvee. Otros soldados se apresuraron a correr a la verja para ver qué estaba ocurriendo.

Otro oficial, el capitán Rice, se aproximó al teniente y se quedó en pie junto a él.

—Eddy —le dijo en voz baja—, estás a punto de cometer el mayor error de tu vida, y te garantizo que, pase lo que pase hoy, va a ser el último error de tu carrera profesional.

—¡Están desertando en un momento de crisis!

—Esa no es la forma correcta de verlo —contestó Rice—. Pero dime, hijo… ¿alguna vez has oído hablar del general George Custer?

El capitán Rice bajó el cañón del arma del teniente, se giró y se unió a los rebeldes.

Y entonces los disparos cesaron. Las aspas de los helicópteros siguieron esparciendo el humo de los cañones de las armas como si se tratara de niebla en medio de la lluvia. Los helicópteros, tanto los dos primeros como los que se habían quedado planeando sobre el aparcamiento, siguieron volando con un ruido atronador en el cielo. Pero al menos la locura de los disparos había terminado súbitamente.

De los marcos de las ventanas seguían cayendo trozos de cristales que producían un tintineo.

Los muertos seguían gimiendo en el aparcamiento.

Los heridos del auditorio siguieron gritando.

Billy Trout salió a tientas de debajo del piano desvencijado y se sacudió el pelo de cristales. Se cortó la mano, pero ni siquiera se dio cuenta. Se quedó contemplando el desastre a su alrededor. Todo el mundo parecía estar herido, pero nadie muerto. Frunció el ceño, tratando de comprender lo que había ocurrido. Podía ver el Black Hawk planeando fuera con la ametralladora apuntando todavía hacia el colegio.

Se preguntó por qué habrían dejado de disparar.

100

Escuela elemental de Stebbins

—¿Ha terminado todo por fin?

La voz de Dez sonó débilmente, como el murmullo de una garganta ronca.

Fuera seguía tronando el zumbido de los rotores, pero en su cabeza oía un trueno todavía peor, al ritmo con el que la sangre iba bombeando en su cerebro. Rodó, ayudándose de manos y de pies, y los cristales del pelo y de la ropa fueron cayendo al suelo. Se quedó ahí, incapaz de moverse, sintiendo cómo los sucesos de ese día ardían en sus huesos, en sus músculos doloridos, en cada nervio electrizado.

J. T. Hammond se irguió lentamente, apoyándose en la pared y dejando un rastro de fibras de ropa desgarradas y huellas de manos y rodillas. Se agarró al alféizar de la ventana y se puso en pie.

Los dos Black Hawks se apartaron del edificio. Los muertos se apiñaban unos con otros justo debajo de ellos. El sonido de los disparos y la voz de los altavoces los habían sacado de todos los rincones del aparcamiento. Miles de manos blancas como el hueso se elevaban hacia arriba, hacia los pájaros, y miles de bocas gemían y mordían el aire.

Al mismo tiempo que los dos primeros Black Hawk se apartaban dejando un rastro de humo de ametralladoras, los otros dos helicópteros sobrevolaron el aparcamiento por encima de la multitud de muertos vivientes.

Los gritos de los muertos se intensificaron bajo la fría llovizna de la medianoche.

—¿Ha terminado todo? —volvió a preguntar Dez.

—No —negó él.

Las metralletas se giraron y apuntaron a las ventanas.

Entonces oyeron un ruido metálico detrás de ellos. Dez y J. T. se giraron y miraron para abajo. Era el walkie-talkie.

—… ente Desdemona Fox, por favor, responda. Agente Desdemona Fox, por favor, responda…

La llamada se repetía una y otra vez. Dez no reconoció la voz.

—Bueno —comentó Dez—, ¿no es un asco de lo más interesante?

J. T. soltó una carcajada. Se giró, se dejó caer en el suelo y se sentó con la espalda apoyada en la pared.

Dez se puso en pie trabajosamente y se acercó titubeante hasta el walkie-talkie, que yacía en medio de los cascotes. Se inclinó con un gemido, lo recogió y apretó el botón de hablar.

—Aquí Fox.

—¿Desdemona Fox?

—No, Michael J. Fox, gilipollas.

—Por favor, verifique el número de su placa y los cuatro últimos dígitos de su número de la Seguridad Social.

Tras unos instantes de vacilación, Dez obedeció.

La voz contestó:

—Confirmado. Gracias, agente Fox. Por favor, no cierre la comunicación.

—¿Es un truco? —preguntó J. T.

Dez no respondió.

Entonces habló otra voz, una que Dez no había oído antes.

—¿Agente Fox?

—Aquí Fox, sí. ¿Quién es?

—Soy el general de división Simeon Zetter, a cargo del Ejército de la Guardia Nacional de Pensilvania.

Un día antes, Dez se había quedado tan perpleja que no habría podido articular palabra. Pero muchas cosas habían cambiado desde entonces.

—¿Qué puedo hacer por usted, general?

—¿Está el señor Trout con usted?

—Está en el edificio, sí. ¿Por qué?

—Sus vídeos han suscitado bastante atención.

—Era la idea, general. Y tenemos más, listos para emitir.

—No me cabe la menor duda. Sin embargo, antes de que los retransmitan, quiero que ustedes dos me escuchen —dijo Zetter—. Voy a ser sincero con ustedes, y quiero apelar a su integridad y a su patriotismo.

—Ahórrese el discurso de reclutamiento —soltó Dez—. Nosotros hemos estado jugando limpio. Ustedes no, joder.

—Dez… —advirtió J. T. en voz baja.

Zetter continuó:

—Comprendo su posición, agente Fox. Y dudo que mis disculpas tengan mucho peso en este momento.

—No, mucho no.

—Acaban de ponerme al mando táctico de esta situación.

—¿Qué le ha pasado a Dietrich?

—Ha sido relevado del servicio, agente Fox. Le hablo en nombre del presidente de los Estados Unidos, de quien obedezco órdenes directas.

—Yo no voté por él —contestó Dez, simplemente para fastidiar un poco más.

—No por eso deja de ser su presidente, y mi jefe —afirmó Zetter—. Le doy mi palabra, si es que usted todavía cree en ella, de que estamos dispuestos a escuchar lo que tenga que decir.

—Con eso no me basta, general —contraatacó Dez—. Cuando miro por la ventana, no veo más que un montón de armas. Y de no haber colgado esos vídeos, ahora mismo estaríamos muertos.

—Cierto —convino el general—, estarían muertos. Y no voy a disculparme por ello. Nos enfrentamos a una crisis, cuya naturaleza nos ha obligado a tomar decisiones muy duras.

—¿Como la de masacrar a un pueblo entero?

El general hizo una pausa muy corta, pero Dez se dio cuenta.

—Sí —confirmó el general—. Por horrible, trágico y lamentable que le parezca. La enfermedad infecciosa que se ha extendido por Stebbins no tiene parangón con ninguna otra en la faz de la tierra. Y aunque lo que voy a decirle ahora le parezca duro, estoy convencido de que el huracán ha sido un regalo de Dios, porque sin duda sin él la plaga se habría propagado mucho más deprisa. Y no se trata de un comentario fatuo, agente Fox, ni tan cruel como pueda parecer.

—Me juego lo que quiera a que ahora mismo todos nos sentimos verdaderamente conmovidos por su preocupación.

—El presidente quiere garantizarle que se hará todo lo necesario para llevar a los responsables de este desastre ante la justicia.

—Eso no le servirá de gran cosa a la gente de Stebbins, general. Ni sirve de mucho tampoco para los niños que quedan en este colegio. Quiero saber qué es lo que va a hacer para resolver la situación.

—Lo cierto es que la mejor forma y la más segura de proteger todo el condado de Stebbins sería regarlo de bombas termobáricas. Fue el plan que se aprobó antes de que ustedes colgaran el segundo vídeo.

—¿Y para eso han traído aquí los Apaches?

—Sí.

—¿Y entonces, ahora qué?

—Ahora todo ha cambiado. El país entero ha elevado un grito de protesta. Todo el mundo habla de Stebbins. Las comunicaciones de la Casa Blanca han estado completamente bloqueadas durante dos horas. Nadie habla de otra cosa.

—Entonces… ¿significa eso que van a llevarse sus armas infernales de aquí?

—Estamos discutiendo acerca del modo de hacerlo —afirmó Zetter—. Pero necesito saber que usted comprende la seriedad de la situación.

—Estamos atrapados en un colegio rodeado de zombis, general. Sí, nos damos perfecta cuenta de la situación.

—Entonces dígame, si usted estuviera en mi lugar, sabiendo lo que sabe acerca de la infección, ¿qué haría?

—Buen intento —contestó Dez—, pero yo no soy general. Ni científica. Y tampoco soy el presidente. Nosotros solo queremos que solucionen esto.

—No podemos. Lo mejor que podemos hacer es erradicar la infección. O esperar a que se erradique. La opción termobárica tiene un porcentaje estimado de éxito del noventa y tres por ciento.

—¿Y qué posibilidades hay con la cuarentena?

—Para ser francos, de un cincuenta por ciento como mucho. Yo mismo le he advertido al presidente de que es una alternativa que no merece la pena. Y puedo respaldar esa opinión. Si una sola persona infectada rompe la cuarentena, entonces lo más probable es que nos enfrentemos a una plaga apocalíptica. Y he elegido las palabras con total precisión, agente Fox. Sería un apocalipsis biológico.

—Vale —contestó Dez, tensa—. Y entonces, ¿qué estamos haciendo aquí, hablando usted y yo? Si miro por la ventana, sigo viendo misiles y ametralladoras.

—Mis chicos dicen que la puerta trasera del colegio ha estado abierta durante un lapso de tiempo importante, y me informan de que han oído tiros procedentes del interior. Eso me sugiere que todavía hay gente infectada dentro.

—Ya nos hemos ocupado nosotros de los muertos vivientes —declaró Dez.

—¿Y qué hay de los mordiscos y de las exposiciones a esa sangre negra? ¿Sabe usted de qué le hablo?

—Sí.

—Cualquiera que haya estado en contacto con esa sangre o que haya recibido un mordisco estará probablemente infectado, incluso aunque ahora mismo no de señales

de ello.

—Tenemos algunas víctimas de mordiscos, pero están encerrados en clases bajo cuarentena. Las personas que hay en el auditorio no están infectadas.

—Con eso no me basta, agente Fox. Si quiere usted que la ayudemos, entonces tendrá que ayudarnos primero usted a nosotros. No puede quedar ni una sola persona infectada en el edificio. Ni tan siquiera un solo caso dudoso. Ni uno. ¿Está claro eso?

Dez miró a J. T., que estaba sentado con la cabeza apoyada sobre las manos.

—¡Por Cristo! —exclamó J. T.—, está hablando de niños, de amigos nuestros, de…

—J. T. —susurró Dez—, ¿tenemos alguna otra alternativa?

J. T. sacudió la cabeza y contestó:

—Me matas, Dez, no puedo.

—Haremos lo que sea necesario —contestó Dez por el walkie-talkie.

—Saquen a los infectados del edificio —ordenó el general.

—¿Va a ponerlos usted en cuarentena? ¿Va a llevarlos a una instalación médica segura?

Zetter hizo una pausa antes de contestar:

—Lo lamento, agente Fox, pero no es posible. No con esta infección.

Dez cerró los ojos.

—¿Y nosotros? —siguió preguntando Dez con voz ronca.

—Se quedarán en cuarentena durante un período de tiempo indefinido. Estamos tratando de determinar el alcance del ciclo vital del parásito fuera de un anfitrión en términos absolutos. Eso significa que desde ahora ustedes forman una comunidad. Les enviaremos comida, armas, suministros médicos, trajes de protección contra materiales peligrosos y otro tipo de materiales por vía aérea. Ninguno de mis soldados entrará en el edificio. Cualquiera que abandone el edificio antes de que termine el período de cuarentena será ejecutado. Sin excepciones. Y esa orden procede del presidente de los Estados Unidos, agente Fox.

—¿Y el resto del condado? Puede que quede gente por ahí que… puede que haya bolsas de resistencia, ¿no?

El general suspiró.

—Agente Fox… no queda ni rastro del resto del condado. Ya no.

Dez estuvo a punto de tirar el walkie-talkie por la ventana. Pero finalmente se acercó a J. T. y se sentó junto a él.

—De acuerdo —contestó por fin por el micrófono—. Pues al infierno vosotros también.

101

Escuela elemental de Stebbins

Billy Trout estaba cubierto de sangre. En parte era de él, aunque la mayoría era de los niños del auditorio. Tras el cese de los disparos, él y otros adultos habían salido en manada de sus escondrijos y habían sacado a los niños de debajo de los asientos. Los habían llevado al escenario, a los vestuarios y a los camerinos de la zona de atrás. Había sido un momento en el que los gritos histéricos habrían resultado mucho más naturales que los rostros demacrados y las expresiones vacías en los ojos infantiles. Trout había visto antes escenas parecidas, la mayoría de las veces en los reportajes y en las fotos de los niños de Iraq, Afganistán, Somalia, Chechenia, o en cualquier otro lugar del globo en el que se hubiera cebado la guerra. Eran las miradas vacías en los rostros deslucidos de niños que habían padecido emocional y psicológicamente el azote del miedo, del horror, de la traición y del abandono por parte de aquellos que supuestamente tenían que protegerlos.

El único consuelo, y no era grande, consistía en que no había habido muertos. A pesar de las múltiples heridas de todos, de las cuales solo algunas eran serias, no había muertos. Para Trout se trataba de un milagro un tanto ambiguo.

Todavía oía los helicópteros fuera, y se preguntó por qué habrían dejado de disparar.

La cámara seguía sobre la banqueta al borde del escenario, grabando y enviando las imágenes. Las escenas de los niños cubiertos de sangre, saliendo de los agujeros en los que se habían escondido, no necesitaban comentario. Además, de todos modos, estaba demasiado ocupado.

Recordó la diatriba que había soltado durante el ataque. Quizá se hubiera mostrado excesivamente expresivo, un tanto pasado de rosca. Aunque por otro lado la situación también era extrema.

Entonces se oyeron golpes en la puerta y todo el mundo se quedó helado. Los profesores que tenían armas se acercaron apresuradamente con una mueca de impotencia y de ira. Trout también se aproximó. Si se trataba de otro ataque, entonces todo el equipo de Stebbins estaba dispuesto a marcar unos cuantos tantos.

Volvieron a sonar más golpes. Tres, luego dos, y luego otra vez tres.

—¡Es Dez! —exclamó Trout, que se abrió paso entre los profesores armados.

Abrió los pestillos y la puerta.

Dez Fox y J. T. Hammond estaban en pie, temblorosos, cubiertos de sangre y tan repletos de heridas como las personas del auditorio. A pesar de no tener ni permiso ni derecho y de no haber sido invitado, Trout tomó a Dez en sus brazos y la estrechó con fuerza. Por un momento ella se puso rígida y quiso rechazarlo, pero luego se abrazaron y sintieron el temblor de los sollozos el uno en el cuerpo del otro.

—¡Dios, Dez! —susurró Trout, besándole el pelo.

Los profesores bajaron las armas. Trout soltó lentamente a Dez, aunque de mala gana. Pero ella no se alejó mucho, cosa de la que se alegró.

J. T. permaneció en pie en el pasillo, solo y apartado, con el arma en las manos cubiertas de sangre. La expresión de su rostro era indescriptible. Era una mezcla de la tristeza más profunda y de la conciencia de los horrores más espantosos.

—Hemos tenido noticias de la Guardia Nacional —dijo él—. Han llamado a Dez por el walkie-talkie. Nos han ofrecido un trato.

La gente se apiñó en la puerta para escuchar.

—¿Qué tipo de trato? —preguntó Trout, dubitativo.

—Uno bastante horrible —dijo Dez en voz baja—, pero es todo lo que vamos a conseguir.

Trout observó sus ojos mientras ella contemplaba el mar de rostros. La mayoría de los niños pequeños estaban en el escenario, pero había adolescentes y bebés en brazos de los adultos que, casi con toda seguridad, los habían salvado de las cosas en las que se habían convertido sus padres.

—Cuéntanos —dijo la señora Madison.

Dez se lo contó todo.

Y entonces fue cuando comenzaron los llantos. La dolorosa noticia dio por fin rienda suelta a las emociones acumuladas tras el ataque de los helicópteros.

—¿Cuántas víctimas de mordiscos tenemos? —preguntó Dez.

La señora Madison sacudió la cabeza y se negó a contestar.

Uno de los profesores puso la mano sobre el hombro de la directora, dirigió la vista hacia Dez y contestó:

—Quince adultos. Y tres… tres niños.

Dez se derrumbó, hundida, pero Trout la sujetó.

—No podéis sacar a los niños ahí fuera —insistió la señora Madison—. Es inhumano.

—Es una infección —dijo entonces J. T. con tal dureza que todos callaron—. Si las personas infectadas se quedan aquí, enfermarán y morirán, y luego se reanimarán. No podríamos salvarlos ni siquiera aunque los tuviéramos encerrados. Lo único que podemos hacer es decidir si morirán lentamente, paciendo un dolor terrible, o… más deprisa.

La voz de J. T. se quebró al final de la frase, pero sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

La señora Madison se giró hacia el profesor que tenía la mano sobre su hombro, enterró la cabeza en él y lloró. Todos se quedaron en pie, contemplando cómo su espalda se sacudía con el llanto.

J. T., Dez y Trout se dispusieron a cumplir con su deber. Pidieron voluntarios, pero nadie se presentó. Ni siquiera uno.

Cerraron las puertas del auditorio y se dirigieron por el pasillo hacia la clase en la que estaban aislados y encerrados los infectados. Trout pensó que aquello era como recorrer la última milla desde la celda hasta la sala de ejecución. Era igual de definitivo, igual de terminante, y conllevaba el mismo pavor desconocido y tremendo.

Sin embargo, lo que dijo en voz alta fue:

—Después de todo lo que ha ocurrido, casi nos hemos olvidado de la forma en que todo esto comenzó.

—¿Te refieres a Volker? —preguntó J. T.

—No, a Homer Gibbon. Volker dijo que él sería diferente del resto de las personas infectadas, que conservaría cierto control consciente sobre su cuerpo. Me pregunto… me pregunto si sería posible que hubiera escapado. ¿Será por él por lo que la infección se ha extendido tan deprisa? ¿Acaso anda por ahí, sembrando la infección como una especie de Johnny Appleseed monstruoso?

J. T. no dijo nada.

Dez sacudió la cabeza y contestó:

—Si anda por ahí, entonces la Guardia Nacional tendrá que capturarlo.

—Ahora mismo es difícil decidir cuál de esos monstruos es peor —comentó entonces J. T. en voz baja—. Si Gibbon, Volker, o la gente del gobierno que permitió que los científicos trabajaran en ese tal Lucifer. Son todos unos monstruos.

Dez asintió, y Trout estuvo absolutamente de acuerdo.

Las víctimas de los mordiscos estaban en una clase, los enfermos por la mucosidad negra en otra.

—Billy, tú abre la puerta y quédate detrás de nosotros —dijo Dez—. Tenemos que entrar preparados y apuntando con las armas, por si acaso alguno de ellos se ha transformado.

—¿Crees que será más fácil si se han transformado? —preguntó Trout sin dejar de mirar a Dez.

J. T. y Dez contestaron al mismo tiempo:

—Sí.

Pero ninguno de ellos se había transformado. Seguían todos allí, vivos todavía, aunque terriblemente enfermos. Más que sentados estaban derrumbados sobre las sillas, con las cabezas apoyadas en los pupitres; otros yacían en el suelo, cubiertos con abrigos o con lo que hubieran encontrado para taparse y mantenerse calientes.

Trout observó la clase y luego miró a J. T. y a Dez.

—Esto va a ser un infierno.

—Hace tiempo que vivimos en el infierno —dijo J. T., que se arrodilló junto a Greg Schauer, amigo suyo y dueño de una librería pequeña en Stebbins. Le tocó el hombro y lo sacudió suavemente—. Eh, amigo… eh, Greg…

Schauer abrió los ojos, somnoliento, como si llevara durmiendo una noche entera. Su expresión era vaga e inconexa.

—¿J. T.? ¿Qué ocurre?

—Vamos, Greg —dijo J. T. mientras lo levantaba por las axilas y lo ponía en pie —. Ha llegado la hora de marcharnos.

Schauer lo miró adormilado.

—¿Marcharnos?, ¿adónde?

—Fuera, nos están esperando.

—¿Quién?

—La Guardia Nacional.

—¡Ya era hora de que llegara la caballería! —comentó Schauer con una sonrisa débil.

J. T. se enjugó las lágrimas y contestó:

—Sí, por fin han llegado los chicos buenos a ocuparse de nosotros.

J. T. le lanzó una mirada asesina de odio a Dez. En realidad no se la dirigía a ella en particular, y Dez lo sabía. Simplemente expresaba algo que no sabía cómo

describir, y ella compartía ese sentimiento con la misma intensidad.

Los chicos buenos.

Aquellas palabras sonaban a maldición, sonaban como un puñetazo o una broma de mal gusto.

Ayudaron a los enfermos a ponerse en pie, uno a uno. Dez sacó los dos últimos pares de guantes de polietileno del compartimento de su cinturón, le tendió unos a Trout y se puso ella otros en las manos llenas de heridas.

No hubo problemas, los enfermos no opusieron resistencia. Todos estaban demasiado enfermos y asustados, y los que todavía tenían la energía suficiente como para luchar se dejaron guiar, creyendo que por fin iban a rescatarlos y a recibir ayuda médica, a pesar de que nadie se lo había dicho expresamente. Lo único que habían oído era el comentario cínico de J. T.

Los chicos buenos iban a ocuparse de ellos.

Tras salir todos al pasillo, Dez agarró el picaporte de la puerta de la segunda clase. Era la clase en la que estaban encerrados los niños. Trout dio un paso adelante y le apartó la mano.

—No, yo lo haré.

El hecho de que Trout comprendiera cómo se sentía significaba mucho para Dez. Ella esbozó una sonrisa entre las lágrimas, pero rechazó el ofrecimiento y abrió la puerta.

Se trataba de niños muy pequeños. Había dos chicos en edad de guardería y una niña que parecía del segundo curso. Pero los tres estaban condenados. Ninguno de esos niños volvería jamás al colegio. Nunca aprenderían, nunca jugarían, nunca crecerían. Se les recordaría siempre como a niños, si es que quedaba alguien entre los supervivientes que los conociera.

A pesar del riesgo de infección, Trout se inclinó y cogió a uno de los niños en brazos. El chico estaba al borde del coma por la fiebre, pero seguía con los ojos abiertos. Miró a Dez con una expresión de desesperación, y ella asintió.

El niño sabía lo que le ocurría, dedujo Dez.

J. T. recogió al otro chico y lo acunó en sus brazos fuertes. Tenía un mordisco en el brazo que ya se estaba infectando.

—Tenemos que hacer esto deprisa —dijo J. T.

Dez se acercó a la niña. Ardía como las brasas, pero abrió los ojos en el momento en el que Dez la tomó en brazos.

—¿Por fin nos vamos a casa? —preguntó la niña.

Dez rompió a sollozar y por un momento se quedó paralizada, apretando a la niña contra su pecho con una expresión de abatimiento en el rostro.

—Sí —le susurró a la niña—. Sí, preciosa, por fin vamos a casa.

Salió de la clase la primera y avanzó por el pasillo. J. T. y Trout esperaron a que los adultos infectados la siguieran con paso renqueante, y después cerraron la procesión de los muertos.

Llegaron a la escalera y bajaron por la torre helada que ya no formaba parte ni del castillo del caballero, ni del palacio resplandeciente de la princesa, ni de la guarida del mago. En aquel momento no era más que piedra fría, piedra sin vida como la de las paredes de una cripta.

Se detuvieron ante la puerta trasera del colegio. Dez se desenganchó el walkie-talkie del cinturón sin soltar a la niña y apretó el botón para hablar.

—Estamos a punto de sacar a las víctimas. Tres de las personas que salimos ahora no estamos infectadas. Somos dos policías y un civil con camisa azul y pantalones caqui. No disparen.

—Recibido —dijo una voz que no era la de Zetter.

—Tampoco queremos que la gente infectada de ahí fuera nos ataque. ¿Podéis atraerlos y llevároslos lejos de la puerta para que podamos salir?

—Sí, señora. ¡Ya lo habéis oído!

—¿Señora? —preguntó Trout en dirección a Dez con una sonrisa—. A mí me amenazaste con dispararme en la rodilla si alguna vez te llamaba eso.

—Y la amenaza sigue en pie, así que no te confundas.

De pronto comenzó a sonar una sirena en el exterior. Y luego otra, y otra. Dez se inclinó sobre la puerta para escuchar. El sonido comenzó a desvanecerse; se alejaba.

—Usan las sirenas para apartarlos —concluyó Dez.

—Es la primera cosa inteligente que se les ocurre —contestó J. T., asintiendo con un gesto de aprobación.

Tras unos minutos, el walkie-talkie emitió un zumbido.

—La puerta está despejada, agente Fox —dijo una voz—. No tienen mucho tiempo, así que dense prisa.

J. T. presionó la barra y abrió la puerta. Fuera había cuerpos destrozados. Miró con actitud vigilante a su alrededor, en busca de movimiento. Pero no vio nada.

—Despejado.

Salió fuera y sujetó la puerta mientras salían los adultos infectados. Trout y Dez salieron los últimos, con los niños todavía en brazos. Los soldados habían encendido más bengalas, pero estaban en el extremo más alejado del aparcamiento. Las furgonetas con las sirenas estaban aparcadas al otro lado de la verja.

—¿Vienen a ayudarnos? —preguntó una de las víctimas de los mordiscos.

—Sí, vienen a ayudarnos —dijo Dez.

Se detestaba a sí misma por mentir. Les pidió a los heridos que se sentaran en el suelo junto a la pared. Algunos se quedaron dormidos al instante; otros miraban con ojos inexpresivos hacia las luces resplandecientes de las bengalas en el cielo.

Por un momento, Dez, Trout y J. T. fueron los únicos que quedaron en pie, cada uno de ellos con un niño moribundo en los brazos. La escena era horrible y surrealista. Se miraron los unos a los otros, paralizados, incapaces de dar el paso siguiente, más horrible todavía. Pero entonces se percataron de cierto movimiento.

—Ya vienen —dijo J. T., atisbando entre las sombras.

—¿La Guardia? —preguntó Dez con un último brillo de esperanza en los ojos.

—No.

Oyeron gemidos. Por una razón o por otra, atraídos por alguna faceta inexplicable de su voracidad, algunos de los muertos se habían quedado cerca en lugar de seguir a las bengalas y a las sirenas. Y en ese instante se acercaban a rastras hacia los vivos en pie junto a la puerta.

—Tenemos que irnos —dijo Trout.

—Ahora mismo —convino J. T.

J. T. le dio un beso en la mejilla al niño pequeño y lo dejó en el suelo entre dos de los enfermos dormidos. Trout suspiró entrecortadamente e hizo lo mismo.

—Vamos, Dez… —murmuró J. T.

Pero Dez se dio la vuelta y se alejó un paso, como si quisiera proteger a la niña de él.

—Por favor, compañera.

—Dez…

—¡No puedo!

—Dámela a mí, preciosa. Yo me ocuparé de ella. Tú no te preocupes —dijo entonces J. T.

Permitir que J. T. le arrancara a la niña dormida de los brazos supuso para Dez un esfuerzo que acabó con toda la energía que le quedaba. Dez sacudió la cabeza en señal

de rechazo. Odiaba a J. T., odiaba al mundo entero, lo odiaba todo.

—Es mejor que vayáis dentro —advirtió J. T.

Algunos zombis estaban ya muy cerca. A unos veinte pasos.

Trout corrió a la puerta.

—¡Dez, J. T., vamos! Tenemos que entrar. No podemos dejar la puerta abierta.

Dez retrocedió en dirección a la puerta, se alejó de la niña a la que no tenía más remedio que abandonar. Trout la cogió de la mano, y ella le devolvió el apretón con una fuerza tal que le dolió. Trout tiró de ella en dirección a la puerta justo en el momento en el que el primer muerto entraba bajo el haz de luz pálido de las luces de emergencia.

—¡Vamos, deprisa, J. T.! —gritó Trout.

Pero el policía enorme no se movió. Sostuvo a la niña pequeña con ternura, le acarició el pelo y le murmuró algo al oído.

—¡J. T.! —gritó Dez—. ¡Tenemos que cerrar la puerta!

—Sí —sonrió J. T., mirándola—. Cerradla.

Esperaron a que él se diera prisa, pero J. T. siguió sin moverse.

—¿J. T.? —preguntó Dez en voz baja, asustada—. ¿Qué ocurre?

J. T. besó a la niña en la frente y la dejó en el suelo con los otros. Luego se enderezó y les enseñó la muñeca. La tenía repleta de arañazos de los cristales.

—¿Qué? —siguió preguntando Dez.

Y entonces lo vio.

Una herida semicircular, hecha de perforaciones pequeñas.

Dez lloriqueó y dijo algo. Hizo una pregunta.

—¿Cuándo?

—Arriba, cuando me atacaron todos esos bastardos. Uno de ellos me mordió. No vi cuál. Tampoco importa. Lo hecho, hecho está.

—¡No! —gritó Dez, consciente por fin de lo que eso significaba.

Trout no pudo hacer otra cosa que sujetarla. Ella luchó ferozmente e incluso le dio un puñetazo. El golpe le hizo balancearse a los lados, pero Trout no la soltó. Jamás la soltaría. Nunca.

—¡No! —gritó Dez—. ¡Tú no!

Los muertos se acercaban a J. T. Él sacó el arma. Las luces de las bengalas en el extremo opuesto del aparcamiento comenzaron a desvanecerse.

—Vete, preciosa —dijo J. T.

—De ningún modo, compañero —gritó ella sin dejar de luchar con Trout, pegándole, haciéndole daño—. Hemos estado juntos en esto, y nos iremos juntos a la mierda.

—Esta vez no —dijo J. T. Lo dijo con una sonrisa. Trout lo comprendió, por mucho que Dez no pudiera siquiera ver el gesto. J. T. estaba en paz con su decisión—. Voy a mantener a esos bastardos lejos de estos niños todo el tiempo que pueda. Pero para eso necesito que os vayáis. Necesito que le digáis a la Guardia Nacional que ya pueden hacer lo que tienen que hacer. Pero que se aseguren de que lo hacen bien. Tienen que limpiarlos a todos. A todos.

La idea estaba clara, solo que era horrible.

—¡J. T., no me dejes ahora!

—Jamás te dejaré, pequeña —negó él, sacudiendo la cabeza—. No te abandono. Y ahora… adelante. Hay niños dentro que te necesitan. No puedes abandonarlos.

Esa era la clave.

Dez se dejó caer sobre Trout, y él la llevó dentro y la sostuvo con fuerza mientras se cerraba la puerta.

Oyeron la primera ráfaga de disparos. Trout no oyó la segunda porque Dez no dejaba de gritar.

102

Escuela elemental de Stebbins

J. T. Hammond permaneció en pie, de espaldas a la fila de víctimas, sujetando la escopeta con las dos manos. No dejaba de disparar. Apenas tenía que apuntar, porque había muchos zombis y estaban todos muy juntos. Vació el cargador y después utilizó el arma como porra para seguir matando a todos los que pudo hasta que comenzó a dolerle el brazo. Entonces dejó caer la escopeta y sacó la Glock. Le quedaba un cargador entero.

Dudaba acerca de si utilizar las balas para matar a los heridos, pero entonces notó que el silbido de las aspas de los helicópteros cambiaba, que el ruido se intensificaba y acercaba, y comprendió qué iba a ocurrir. Lo único que tenía que hacer era mantener a los monstruos lejos de los niños hasta entonces. Pronto acabaría todo, muy pronto. Y sería rápido.

Cogió la pistola con ambas manos y disparó.

Y disparó.

Y disparó.

Un muerto se le acercó por la izquierda. J. T. se dio la vuelta y vio que era Doc Hartnup. Casi sonrió.

—Lo siento, Doc —dijo J. T., y disparó.

Doc Hartnup vio a J. T. luchando por sobrevivir. Habría dado cualquier cosa por ayudar a ese hombre, por salvar aunque solo fuera una vida. No compensaría con eso todas las vidas que había arrebatado, pero al menos le proporcionaría un instante de gracia. No obstante no tenía ningún control sobre su cuerpo, que se acercaba al agente con pasos torpes. Movía las piernas deprisa, acuciado por una voracidad enloquecida.

Alargó las manos blancas hacia J. T., dispuesto a agarrarlo, a destrozarlo, a arrancarle toda la carne fresca.

Y entonces J. T. se giró hacia él y alzó la pistola.

Hartnup contempló el interior del cañón de la pistola negra automática. No parecía tener fondo, era de un negro eterno.

—Lo siento, Doc —dijo J. T. Hammond.

Entonces se produjo un momento de un blanco intenso, más brillante que el sol. Y luego todo se puso negro. Hartnup sintió que su cuerpo se derrumbaba.

Pero luego sintió otra cosa. Se sintió a sí mismo caer dentro del cuerpo hueco. Se sintió moverse. Se vio arrastrado a un pozo de oscuridad. Sintió miedo y trató de oponer resistencia, pero era como si lo arrastraran a un pozo negro de gravedad. Cayó y siguió cayendo, y mientras se hundía sintió cómo las conexiones de su cuerpo secuestrado se cortaban y se bloqueaban, sintió como si el andamiaje que lo sostuviera en pie dentro del caparazón hueco de su cuerpo se resquebrajara.

No sintió el cuerpo del hombre hueco.

No sintió nada. Ni hambre, ni dolor. Nada.

Y pronto dejaría también de pensar.

Mientras su cuerpo se desplomaba sobre el suelo encharcado de sangre, Doc Hartnup cayó al pozo negro de la muerte y desapareció por completo.

J. T. Hammond seguía en pie entre los niños con la pistola humeante entre las manos, la corredera echada hacia atrás y el arma descargada. Las luces de vigilancia barrían el mar de zombis y formaban un círculo ardiente alrededor de él. Alzó los brazos a los lados y dejó caer la Glock. Los muertos vivientes se apiñaron a su lado como un enjambre.

Pero los Black Hawks abrieron fuego.

Aquellas balas pesadas rasgaron en pedazos a los zombis, perforaron carne y quebraron huesos. Muchos se echaron atrás y cayeron al suelo. Muchos cráneos estallaron y muchas extremidades se separaron de los troncos.

El presidente de los Estados Unidos estaba sentado en la sala de operaciones de la Casa Blanca con su personal de confianza y con Scott Blair, el consejero de Seguridad Nacional. Contemplaban la masacre que se estaba llevando a cabo con los infectados.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó el presidente con un murmullo.

Blair se quitó las gafas y se restregó la cara.

—Hemos hecho lo correcto, señor presidente.

El presidente sacudió la cabeza y lo negó.

—No, no hemos hecho lo correcto.

Dez y Trout estaban acurrucados en el suelo, en el interior del colegio, abrazándose el uno al otro mientras las balas martilleaban las paredes como gotas de granizo helado. Las ráfagas parecían durar una eternidad. El dolor, el estruendo y la muerte eran casi lo único que importaba. El bombardeo comenzó a comerse las paredes y a salpicarles cascotes.

Y de pronto… silencio.

El polvo del enlucido de las paredes seguía cayéndoles en las cabezas a pesar de que el ruido de las aspas de los helicópteros se fue debilitando hasta desaparecer.

—Ya ha terminado todo —susurró Trout. Le acarició el pelo, la besó en la cabeza y lloró con ella—. Yo jamás te abandonaré, Dez. Jamás.

Dez alzó la cabeza lentamente. Tenía la cara sucia, en sus mejillas se dibujaban los surcos de las lágrimas, y sus ojos estaban inundados de dolor y de pena. Alzó los dedos temblorosos hacia el rostro de Trout. Tocó sus mejillas, su oreja, su boca.

—Lo sé —dijo Dez.

Dez lo rodeó con los brazos y lo apretó con fuerza. Trout se dejó estrujar, la atrajo aún más hacia sí. Se aferraron el uno al otro y lloraron hasta hacer desaparecer todo el horrible mundo a su alrededor.

103

Starbucks, Bordentown

Cabra contemplaba la tormenta. El cielo nocturno seguía todavía negro, pero la lluvia había cesado y no quedaba más que una llovizna suave. Podía ver las líneas de luz blanca y roja de los faros delanteros y traseros de los coches que circulaban por la autopista. Se preguntó cuántos de aquellos conductores sabrían lo que estaba ocurriendo.

Probablemente a esas alturas ya todos.

La noticia estaba en todas partes. Era casi lo único de lo que se hablaba en ese momento; copaba todos los servicios informativos. Cabra sospechaba que la mitad de aquellas luces blancas de vehículos que llegaban pertenecían a periodistas que trataban de capturar la noticia fresca todavía y en vivo, en Stebbins. De hecho, había visto llegar furgonetas de la ABC, de la CBS y de la CNN.

Echó un vistazo a las noticias de la red. La Fox había sido la primera en entresacar la palabra «zombi» del arsenal de información de la entrevista a Volker. «Plaga de zombis en Pensilvania», era el titular. Cabra resopló. Sonaba a sátira de la SNL. Pero no tenía ninguna gracia.

Miró el reloj del portátil. Diez minutos para la una. No habían transcurrido ni siquiera veinticuatro horas desde que todo había comenzado. Y sin embargo parecía como si hubiera pasado un año.

De pronto surgió una noticia nueva, con relación a la historia, en la que se anunciaba que el presidente se dirigiría a la nación a las tres de la madrugada. Cabra se preguntó si le echaría la culpa a la administración anterior o a los fantasmas de la CIA, apegados todavía a los tiempos de gloria de la Guerra Fría. ¿O se nombraría el capitán del barco y se adueñaría de los parabienes? De un modo u otro, muchas cosas iban a cambiar.

Dio un sorbo de café y se preguntó cuándo lo llamaría Billy. En el último mensaje le decía que estaban a punto de sacar a las personas infectadas fuera del colegio. Pero desde entonces… Nada.

Unos cuantos faros se encendieron por un segundo cuando un vehículo salió de la carretera y entró en un aparcamiento. Cabra echó un vistazo. Se trataba de un Cube verde metalizado. Muy feo. Del mismo color y año de fabricación que el coche que

había aparcado en el jardín delantero de la casa de la tía Selma. Entonces se acordó de esa visita y de cómo había comenzado todo.

Su mente se quedó paralizada cuando el conductor abrió la puerta y salió del vehículo.

Era un hombre alto. Iba con el pecho al descubierto a pesar del frío.

Se trataba de un hombre sonriente, con un tatuaje de un ojo negro en cada uno de los pechos.

Cabra quiso gritar, pero estaba mudo y no podía articular palabra. Quiso correr, pero estaba paralizado.

El hombre dio unos cuantos pasos con movimientos extraños entre el coche y la puerta abierta; era como si tuviera tiesas las articulaciones de las rodillas y de las caderas.

Cabra tenía los dedos sobre el teclado. Los movió casi sin pensar, comenzó a presionar teclas sin dejar de mirar al hombre de pecho desnudo que abría la puerta del Starbucks y entraba. Los pocos clientes que había en la cafetería se volvieron para mirarlo. La camarera alzó la vista del *macchiato* al caramelo que estaba preparando. Vio el pecho desnudo y los dos tatuajes. Vio la sangre coagulada y la sonrisa malévola.

El hombre se quedó en el dintel de la puerta, bloqueando la salida. Sonriendo con los dientes cubiertos de sangre.

Los dedos de Cabra escribieron siete palabras.

La camarera gritó.

Cabra introdujo las direcciones de la oficina de prensa y de las listas de servidores en la barra de direcciones.

Los clientes comenzaron a gritar.

Cabra apretó el botón de enviar.

Y después gritó él también.

Bordentown. Homer Gibbon. Cuarentena violada.

Está aquí.

Así es como acaba el mundo.
Así es como acaba el mundo.
Así es como acaba el mundo.
No con una explosión, sino con un mordisco.[2]

Notas

[1] N. de la t.: Es decir, el derecho a guardar silencio, la advertencia de que cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra en un tribunal, y el derecho a un abogado. Los derechos Miranda recibe tal nombre a raíz del caso Miranda contra Arizona, de 1966. <<

[2] N. de la t.: El autor se inspira en el poema Los hombres huecos, de T. S. Eliot: Así es como acaba el mundo. / Así es como acaba el mundo. / Así es como acaba el mundo. / No con una explosión, sino con un quejido. <<